JOSÉ RODRIGUES DOS SANTOS



EL PROTOCOLO DEL CAOS

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

LV

LVI

LVII

LVIII

LIX

LX

LXI

LXII

LXIII

LXIV

LXV

LXVI

LXVII

LXVIII

LXIX

LXX

LXXI

LXXII

LXXIII

LXXIV

LXXV

LXXVI

LXXVII

LXXVIII

LXXIX

LXXX

LXXXI

LXXXII

LXXXIII

LXXXIV

LXXXV

LXXXVI

LXXXVII

LXXXVIII

LXXXIX

XC

XCI

XCII

XCIII

Epílogo

Nota final

Créditos

EL PROTOCOLO DEL CAOS

JOSÉ RODRIGUES DOS SANTOS

Traducción de Virginia López



A mis cuatro niñas

«El caos es un orden sin descifrar».

JOSÉ SARAMAGO

PRÓLOGO

La imagen de un hombre encapuchado apareció en la pantalla. Unas gafas oscuras ocultaban sus ojos y un pañuelo le cubría el rostro. En la parte superior del vídeo, un enlace indicaba que se trataba de una retransmisión en directo a través de Facebook Live. El hombre abrió la puerta de un coche aparcado junto a la acera y se sentó al volante. Transmitía desde lo que parecía ser un teléfono móvil.

El desconocido miró a cámara y respiró hondo, como si quisiera clavar sus ojos en de quienes lo observaban. En los asientos traseros se apilaban armas y cajas de munición.

«La fiesta va a comenzar».

La imagen se volvió inestable, oscilando de un lado a otro: el asiento, el techo, el salpicadero... Finalmente se estabilizó en posición vertical, mostrando el volante, el panel de mandos y la calle, con los árboles alineados en la acera, visibles a través del parabrisas. Era evidente que el móvil grababa fijado a la capucha.

El coche arrancó y comenzó a avanzar lentamente. En el interior del vehículo sonaba una canción en una lengua eslava, sin duda salida del sistema de reproducción del coche.

Od Bihaća do Petrovca sela, do Petrovca sela
Srpska zemlja napadnuta cela, napadnuta cela.

Karadžiću vodi Srbe svoje, vodi Srbe svoje
Nek se vidi, nikog se ne boje, nikog se ne boje.

El trayecto fue breve, siempre acompañado por la misma melodía.

Joj da vide hrvatske Ustaše, hrvatske Ustaše
Ne dirajte vi ognjište naše, vi ognjište naše.

A lo lejos apareció un muro blanco, ennegrecido por la humedad e interrumpido por una puerta que daba acceso a un gran edificio. La cúpula dorada, el minarete y los grupos de personas de aspecto paquistaní, afgano, malayo y de otras regiones asiáticas no dejaban lugar a dudas: era una mezquita.

El vehículo se detuvo junto al bordillo. La música cesó, así como el motor. El reloj digital del salpicadero marcaba las 13:40. La cámara giró de nuevo: mostró la calle, luego los asientos traseros con las armas y al hombre, inclinado para revisar el arsenal. Escogió una escopeta de cañón recortado —con la inscripción *kebab remover* grabada en la culata— y la cargó con cartuchos. Luego tomó un rifle semiautomático AR-15 y se lo colgó del hombro. Por último, amartilló la escopeta. Todo lo hacía con una calma escalofriante.

Cuando estuvo preparado, cerró la puerta del coche y echó a andar. Junto a la entrada del edificio conversaban cuatro jóvenes asiáticos, tres en vaqueros y uno con un caftán blanco. Al verlo acercarse, lo miraron con desconcierto: evidentemente, no era normal que un desconocido encapuchado, con un móvil fijado a la cabeza, entrara en el recinto de la mezquita con una escopeta recortada y con un AR-15 al hombro.

El joven del caftán alzó una mano, vacilante.

—Hola, hermano...

El recién llegado lo apuntó con la escopeta y disparó. Acto seguido, giró el arma hacia los demás, paralizados por el miedo, y abrió fuego una y otra vez hasta que los cuatro cayeron al suelo y la tierra se empapó de sangre. Se oyeron gritos; la imagen mostraba

hombres, mujeres y niños corriendo en todas direcciones. El hombre volvió a disparar hiriendo a varios, hasta quedarse sin munición.

Actuaba con frialdad, con método. Se encaminó hacia la entrada de la mezquita mientras recargaba la escopeta. En la puerta se amontonaban los zapatos. Entró y se topó con decenas —quizá cientos— de fieles, en su mayoría sentados sobre una gran alfombra azul turquesa. Oraban. Los que estaban más cerca de la entrada levantaron la vista con expresión interrogativa; aún no comprendían lo que ocurría.

Él no vaciló. Apuntó al hombre más próximo y disparó. Luego a otro. Y a otro. Estalló el caos. La multitud intentaba huir desesperadamente, pero el atacante no dejaba de disparar. Caían uno tras otro, como en un videojuego.

De pronto, la escopeta hizo clic: estaba vacía. La tiró y empuñó el AR-15. En la culata tenía grabado el número 14. Una luz parpadeante iluminaba el cañón mientras seguía disparando contra la masa. Más cuerpos cayeron al suelo. Los gritos se intensificaban, el pánico se propagaba. Los disparos, ahora más agudos y entrecortados, resonaban de forma distinta a los de la escopeta, pero eran igual de letales.

Cuando ya había abatido a más de una decena, se le vació el cargador y cayó sobre la alfombra. Mientras metía otro, el salón principal quedó desierto. Entonces se dirigió al ala destinada a mujeres y niños, y volvió a disparar. Caían sin distinción: una anciana aquí, una joven allí, un bebé, una adolescente. Ya ni siquiera apuntaba. Disparaba al bulto, a la masa de cuerpos apretados que no habían logrado escapar. Enseguida, todos yacieron entre charcos de sangre.

Recargó el AR-15 una vez más y volvió a la sala principal de oraciones. Solo quedaban cuerpos esparcidos, algunos muertos,

otros agonizantes. A medida que avanzaba, les disparaba un tiro en la cabeza. Un *coup de grâce*. Así se aseguraba de que no quedaba nadie con vida.

Llegó a la salida y consultó su reloj: las 13:47. Siete minutos después de haber aparcado. Solo cinco desde que comenzara la masacre. No había nadie de pie. Era hora de irse. Se encaminó hacia la puerta. Cerca de los primeros cuerpos que había abatido se topó con una mujer tendida en el suelo. Estaba cubierta de sangre, pero aún respiraba.

El encapuchado se detuvo y se inclinó como si fuera a escucharla.

—¡No! —suplicó ella, con el rostro contraído de horror—. ¡Por favor..., no! —La apuntó con el rifle—. Tengo hijos, tengo...

Le metió una bala en la cabeza. El cuerpo quedó inerte. Solo los pies se agitaron brevemente, como en un último espasmo. El atacante retomó la marcha, salió del edificio, entró en el coche y arrancó a toda velocidad.

La misma canción en eslavo volvió a sonar en el interior del vehículo.

Iz Krajine krenuli su vuci, krenuli su vuci
Čuvajte se Ustaše i Turci, Ustaše i Turci.

Karadžiću vodi Srbe svoje, vodi Srbe svoje
Nek se vidi, nikog se ne boje, nikog se ne boje.

El conductor respiró hondo.

—Las armas se han portado bien —dijo en voz alta, como si redactara un informe. O quizás hablaba con los espectadores de la retransmisión en Facebook Live—. Una pena ese cartucho que se me cayó en medio del combate, ¿no? Por lo demás, chicos, ni siquiera he tenido que apuntar. Había tantos objetivos...

El trayecto hasta su próximo destino fue breve. El reloj marcaba las 13:52 cuando aparcó junto a un edificio blanco, pequeño y rudimentario, como un pabellón prefabricado. Varias personas se dirigían hacia él, algunas vestidas con ropa occidental, otras con trajes musulmanes tradicionales. Más objetivos.

La retransmisión en directo continuaba. El atacante repitió el ritual: salió del coche, fue al asiento trasero, cogió la misma AR-15 y una nueva escopeta recortada. Las cargó. Luego se giró hacia los fieles que se acercaban al edificio y volvió a disparar. Los más próximos cayeron al instante.

De pronto, la escopeta falló o se quedó sin munición. La arrojó al suelo. Mientras preparaba el AR-15, uno de los musulmanes —vestido con un caftán— le lanzó un objeto grande y él tuvo que desviarse. El musulmán recogió la escopeta del suelo y lo encañonó.

Presa del pánico, el encapuchado corrió hacia el coche sin saber si el otro sería capaz de disparar. Arrancó a toda velocidad. Logró oír cómo la luna trasera se hacía añicos por el disparo, pero, en cuanto tomó una curva, escapó de la línea de fuego.

Pocos segundos después, interrumpió la retransmisión en directo. Pero siguió grabando. El coche salió de la ciudad, se adentró en el bosque, avanzó por un camino de tierra y dejó atrás la carretera principal para evitar a la policía.

En una zona protegida por árboles y grandes rocas, el vehículo se detuvo. La imagen, hasta entonces estable, volvió a temblar: salpicadero, techo, asiento, volante..., hasta que se estabilizó en el rostro del atacante. Se había quitado el teléfono de la capucha y ahora miraba a la microcámara.

Con la imagen fija en él, el hombre se retiró la capucha, se desató el pañuelo y se quitó las gafas oscuras que ocultaban sus ojos

verdes. Por fin, con el rostro libre y la identidad al descubierto, esbozó la más luminosa de las sonrisas.

Era Tomás Noronha.

I

Con el fin del verano, hacía dos días, las hojas caían de los árboles y formaban sobre las calles de Riazán una alfombra rojiza, como si la hierba ardiera. Pero lo que menos le interesaba a Dimitri Chernishev era la llegada del otoño. Ajeno al paisaje, sentado en su despacho del distrito de Dashkovo-Pesochnya, el teniente de la policía rusa clavaba sus ojos azules en la pantalla del ordenador.

Desde sus años de estudiante en el instituto número 1535 de Moscú, todo lo relativo al universo digital lo fascinaba. Y eso que, durante la Unión Soviética, el régimen comunista —centralizado y obsesionado con vigilar a la población hasta la paranoia— se había quedado rezagado con respecto a Occidente en desarrollo tecnológico. En los años cincuenta, el Instituto de Electrotecnología de Kiev desarrolló una máquina de cálculo electrónico llamada MESM. Después vinieron los ordenadores Strela, Mir, Minsk, BESM, Argon, y más tarde el Micro-80 y el Radio-86RK, entre otros.

Aun así, el país nunca logró competir en ritmo ni, sobre todo, en calidad con los ordenadores fabricados por la industria occidental. Para disimular las carencias, el régimen prefirió demonizar la informática. En su afán por restarles valor, llegó a describir los ordenadores como un producto pequeñoburgués del capitalismo decadente.

Tonterías. Aquella propaganda para ingenuos nunca había convencido a Dimitri ni a quienes como él soñaban con las tecnologías del futuro. Ni entonces ni ahora le interesaba lo más

mínimo la ideología del régimen. Repetía la doctrina porque lo obligaban, y aunque tarareaba los himnos aprendidos de memoria, ni pensaba ni sentía las palabras que salían de su boca. Su verdadera pasión eran los ordenadores y su sueño siempre había sido ingresar en la Academia Soviética de las Ciencias y trabajar con máquinas capaces de pensar, incluso de hablar, como en las películas de ciencia ficción.

Ese sueño empezó a cobrar forma cuando en su instituto instalaron un Elektronika BK-0010. ¡El primer ordenador que veía en directo! ¡Qué emoción! Aun así, tuvo que esperar a que cayera el comunismo para hacerse con un preciado Agata, imitación del Apple II estadounidense, aunque el suyo se averiaba continuamente. No importaba: desmontarlo era la excusa perfecta para estudiarlo, como si quisiera conocer su alma.

—¿Té?

Levantó la vista. Ekaterina, la nueva auxiliar administrativa de la comisaría, le sonreía con una tetera humeante en la mano. Dimitri llevaba un año sin pareja y la llegada de la joven no lo había dejado indiferente. Era simpática, con las puntas del cabello rubias y unos grandes ojos marrones, vivos y brillantes. Además, se le acercaba con frecuencia. No podía ser casualidad. En su mente se abrían mil posibilidades. Solo tenía que hablar con ella y dejar que la conversación siguiera su curso.

El teniente cogió la taza que tenía sobre la mesa y se la tendió.

—Solo un poco, por favor.

La auxiliar sirvió el té.

—¿Hay más noticias sobre Volgodonsk?

Era una referencia al último de una serie de atentados en varias ciudades durante los últimos diez días: más de trescientos muertos, más de seiscientos heridos y un país entero sumido en el pánico.

—Por lo visto han sido los chechenos —respondió el policía—. Y el Gobierno sigue sin mover un dedo. ¡Una vergüenza! Aunque este nuevo primer ministro sea un chequista, parece igual a los demás. Todos son unos inútiles.

Se refería a Vladímir Putin, nombrado para el cargo hacía un mes.

—¿El nuevo primer ministro es chequista?

—Claro. Era de la KGB, ¿no lo sabía? Y antes de asumir la jefatura del Gobierno, dirigió el FSB —recordó Dimitri, refiriéndose a los servicios de seguridad del Estado, conocidos en la era comunista como Checa, NKVD y KGB. Diferentes nombres para la misma temida organización—. Ahora las cosas son diferentes. Ese tipo subió como la espuma ayudando a Yeltsin a librarse del fiscal que lo investigaba. Y ahora querrá su tajada, como todos. Querida, déjeme que le diga algo: esta Rusia está perdida.

Ella terminó de llenar la taza y negó con la cabeza.

—Los atentados han sido horribles —comentó—. Tengo primos en Volgodonsk, y me han contado que todo el mundo está en *shock*. ¿Cómo es posible? Esos bandidos han volado edificios llenos de gente. Primero Buynaksk, luego Moscú, ahora Volgodonsk... ¡Una tragedia! Esos salvajes incluso han matado niños. ¿Cómo puede haber gente tan cruel?

Dimitri se encogió de hombros y dio un sorbo al té.

—En este mundo hay gente capaz de todo —afirmó, tajante—. Pero para detener a los criminales estamos nosotros, la policía.

La joven desvió la mirada hacia la pistola que llevaba Dimitri en la cintura.

—Si estuviera frente a uno de esos chechenos..., ¿usted qué haría, teniente?

El policía le devolvió una sonrisa traviesa.

—¿Qué cree que haría un hombre armado con un pistolón como el mío?

Ella contuvo una risita.

—Oh, vaya. No sé. ¿Qué haría?

—Mi deber, claro está. Un tiro entre ceja y ceja. Pum.

—Ay, qué malote...

—No sabe cuánto.

—Quizás no fuera el mejor momento para flirtear, pero la conversación estaba cargada de insinuaciones. Aun así, Ekaterina estaba muy afectada por los atentados.

—Ahora en serio: ¿qué cree que hará el presidente?

—¿Yeltsin? Nada. Quizá emborracharse con vodka, como siempre.

—¿Y el nuevo primer ministro?

—Lo mismo. Ya se lo he dicho, esta gente solo quiere su parte de la tarta. Basta ver a los oligarcas. Gobiernan solo para ellos y al pueblo que le den. Lo mismo de siempre.

La auxiliar estaba desconcertada. Los atentados habían sido terribles, habían muerto cientos de personas... ¿y no iban a hacer nada? ¿Cómo era posible?

Al ver que la atención del agente regresaba al ordenador, ella se giró para regresar al samovar, a por más té para los otros policías de la comisaría, pero se detuvo a medio camino y volvió a mirar a Dimitri.

—¿No le parece raro lo que dijo el presidente de la Duma?

El agente, inmerso ya en su mundo digital, pestañeó y volvió al mundo real.

—¿Qué?

—La declaración de Selezniov —insistió la chica—. Interrumpió la sesión de la Duma para anunciar que había recibido la noticia del atentado en Volgodonsk.

—¿Y?

—Selezniov lo dijo tres días antes del atentado.

Dimitri volvió a pestañear.

—¿Cómo?

—¿No lo sabía? Me lo contó mi prima. Tres días antes de la explosión en Volgodonsk, el presidente de la Duma anunció que acababa de producirse un atentado. Como no había ocurrido nada, nadie le hizo caso. Pero después de que se produjera, en Volgodonsk a todos les pareció extraño que hablara de un atentado en la ciudad tres días antes de que ocurriera. Raro, ¿no cree?

El agente se sorprendió. No sabía nada.

—¿El presidente de la Duma habló del atentado de Volgodonsk tres días antes de que sucediera? —Movió la cabeza—. No puede ser, querida. Debe de ser un error.

—Teniente, yo misma lo confirmé en el periódico. Selezniov anunció el atentado en Volgodonsk tres días antes. Justo después de la explosión, un diputado en la Duma le preguntó por eso. Lo dice el periódico.

Dimitri se quedó pensativo. Segundos después, esbozó una sonrisa.

—Oiga, lo que seguramente pasó es que el FSB sospechaba que podía haber un ataque en Volgodonsk, y el presidente de la Duma entendió mal la información y creyó que el atentado ya había ocurrido. A veces hay malentendidos.

Ekaterina asintió lentamente.

—Sí, tiene razón —respondió—. Seguramente fue eso. —Agitó la tetera—. ¿Quiere más té, teniente?

—No me llame teniente, parece que estamos en el ejército. ¿Por qué no me llama Dimitri? O mejor, Dima.

Ella sonrió.

—Vale, pero si usted me llama Katia. Ekaterina suena demasiado formal, parece que esté hablando con mi abuela.

—Hum... Hecho. Pero cuando las personas se tratan por su nombre es porque son amigas, ¿o no? ¿Puedo considerarla mi amiga?

—Claro.

—Los amigos a veces salen juntos. Van al cine, toman un café, cenan...

Ekaterina se rio.

—Ya veo que con usted he de tener cuidado. Es muy listo.

—¿Verdad? Entonces, ¿cuándo nos tomamos un café?

La chica dio media vuelta y volvió al samovar, desde donde le lanzó una mirada prometedora.

—Me lo pensaré.

Con un poco de maña, sería capaz de llevar el agua a su molino, pensó Dimitri, girándose de nuevo hacia la pantalla del ordenador. Era el agente de la comisaría que mejor dominaba las nuevas tecnologías, y su jefe le había encomendado un trabajo de cruce de datos que solo él sabría llevar a cabo. Por eso se sumergió de lleno en aquel mar de información y volvió a establecer correlaciones. Los datos estaban relacionados con transacciones financieras, y su labor consistía en rastrear los flujos de dinero y detectar conexiones que no eran evidentes a simple vista. La Rusia poscomunista se había convertido en el Lejano Oeste de los gánsteres y oligarcas. Desentrañar las tramas criminales entre personas poderosas era un auténtico rompecabezas para la policía. Tras varios minutos de concentración absoluta, una voz lo sacó de su ensimismamiento.

—Dima, tenemos una llamada de un ciudadano con una información extraña.

Necesitaba trabajar sin que lo interrumpieran, pero al ver que era Ekaterina disimuló su impaciencia.

—Páseselo al jefe de turno, por favor.

—Ahora el jefe de turno es usted, Dima.

Miró por la ventana y comprobó con sorpresa que ya era de noche. Consultó su reloj: eran las 21:15. El tiempo había volado y, absorto en su trabajo, ni siquiera se había percatado del paso de las horas. Todos los demás se habían ido, excepto Ekaterina.

Respiró hondo, resignado.

—Páseme la llamada.

La joven desapareció y, momentos después, sonó el teléfono de su mesa.

—Teniente Dimitri Chernishev —se presentó al descolgar el auricular—. ¿Dígame?

—Buenas noches, señor policía —respondió una voz ronca al otro lado de la línea—. Me llamo Tankov. Alexéi Tankov. Soy conductor y vivo en un edificio de la calle Novoselov. No sé si sabe dónde está.

—Sí, lo sé. Diga.

—Quiero informar de un hecho sospechoso, señor policía.

Desde la Unión Soviética, «informar de un hecho sospechoso» se había convertido casi en un deporte nacional.

—Diga.

—Hace unos diez minutos vi un coche blanco, un Zhiguli-5 o quizá un Zhiguli-7, no estoy seguro. El coche se detuvo frente a mi edificio y salieron dos personas: un hombre y una mujer. Entraron por la puerta del sótano y, pocos minutos después, regresaron al coche. Luego volvieron a acercarse al sótano. Esta vez salieron tres personas, incluida la misma pareja, y los vi sacar varios sacos del maletero que metieron dentro del sótano. Al cabo de un rato, todos volvieron al coche y se marcharon.

—A lo mejor eran vecinos...

—De ninguna manera, señor policía, se lo aseguro como me llamo Alexéi Ivanovitch Tankov. Conozco a todos los vecinos y le aseguro que nunca he visto a esas personas por el barrio. Además, la matrícula del vehículo era de Moscú.

—¿Vio la matrícula?

—Incluso la anoté, señor policía. A ver..., déjeme ver... Aquí está: T 534 BT 77 RUS.

El agente copió la secuencia de letras y números.

—¿Y qué más?

—Esa es la cuestión, señor policía: ¿qué traían en esos sacos, qué han metido en nuestro sótano unos desconocidos de Moscú? Yo no quiero líos, pero con todos esos atentados la gente está muy nerviosa, ¿sabe? Los chechenos son peligrosos. Mire, mi hijo combatió en Afganistán y me dijo que hay que desconfiar de ese tipo de personas. Son fanáticos capaces de cualquier cosa.

La referencia a los chechenos despertó el interés del agente.

—Los sujetos que vio con las bolsas ¿tenían aspecto de chechenos?

—Bueno..., no exactamente, señor policía. Para serle sincero, me parecieron...; en fin, de los nuestros.

—¿Qué nuestros?

—Rusos, señor policía. Pero, oiga, en Chechenia hay muchos de los nuestros que se han unido a ellos, como bien sabe.

Todo aquello le sonaba a cuento chino.

—Oiga, señor Tambov...

—Tankov.

—... no se preocupe. Váyase tranquilo a dormir. No será nada.

—Bueno, vale, no digo que sean terroristas chechenos, pero... ¿y si son traficantes? Esto ahora está lleno de mafias, señor policía, y a

los que yo vi no parecían gente fina, ¿me entiende? No se parecían a nadie de por aquí. Me pregunto qué hay en esos sacos. ¿Será droga? ¿No sería mejor echar un vistazo? O..., si lo prefiere, ¿quiere que llame a otra comisaría?

Los ciudadanos que se pasaban el día llamando para «informar» de todo tipo de sucesos sospechosos se habrían ganado la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de los Pesados, si existieran. Dimitri quería decirle que no fuera tan entrometido, que se metiera en su vida y se fuera a la cama. Pero... ¿y si realmente se trataba de traficantes? Parecía un tipo un poco paranoico, por lo que seguramente llamaría a otra comisaría. Y si por casualidad descubrían algo, Dimitri acabaría acusado de negligencia y lo castigarían. El reglamento, herencia de la época soviética, era claro: no se podía ignorar una denuncia.

Se resignó.

—¿Cuál es la dirección?

—¿La de mi casa? Es el 14-16 de la calle Novoselov, señor policía. Es fácil de encontrar, hay una mercería en la planta baja.

Dimitri anotó la dirección.

—Enseguida vamos.

Colgó el teléfono y se levantó. Cogió su chaqueta, se la puso y se dirigió al despacho contiguo, donde otro agente dormía con los pies apoyados en la mesa.

—Andrei, vamos.

El agente se removió y lo miró con cara de sueño.

—¿Qué? ¿Qué? —balbuceó mientras se incorporaba—. ¿Qué pasa?

—Tenemos un servicio.

Andrei se puso en pie y, todavía medio dormido, se enfrentó al aire frío de la noche de Riazán.

—Nada especial —añadió Dimitri—. Volvemos enseguida.

Todavía no sabía que lo que le esperaba esa noche iba a cambiar su vida.

Y la del mundo.

II

Leroy Roderick no lograba concentrarse. Apoyaba las botas embarradas sobre la balaustrada de la terraza, frente a las aguas revueltas del Misisipi, que se agitaban a unos metros de distancia. Aunque era cristiano practicante, le fascinaban los misterios de lo profano, los secretos del antiguo Egipto, la cábala y sus respectivos códigos. Ahora estaba aprendiendo un nuevo sistema de cifrado y trataba de ejercitarlo mentalmente, pero no lo lograba. La razón, por prosaica que le pueda parecer a alguien interesado en lo místico, era la calidad del aire.

Se acomodó el sombrero de *cowboy* —un viejo Longford Western de cuero marrón oscuro— para poder observar mejor las corrientes turbulentas. Las fulminó con la mirada, como si eso pudiera intimidarlas. El agua lo ignoró. Estaba acostumbrado a los malos olores que con frecuencia emanaban del río junto a Burnside, la localidad en la que vivía, pero aquella tarde de domingo, a primera hora, el hedor era sencillamente insoportable. Imposible concentrarse.

—¿Leroy?

Su mujer lo llamaba desde el interior de la casa de madera donde vivían con sus hijos, justo al lado de una curva del río.

—¿Qué pasa?

—Sal de ahí —le dijo—. Hoy el olor es pésimo.

—Pésimo aquí, pésimo allí.

—No. Cerré todas las ventanas en cuanto empecé a percibirlo. Aquí se está mucho mejor. Anda, entra.

Leroy pensó en quedarse donde estaba. La terraza tenía unas vistas espectaculares y la brisa era agradable, ¿por qué no disfrutarla? Recordó su juventud, cuando aún podía beber agua fresca y pescar con su padre en ese mismo río. En aquella época, ese tramo del Misisipi estaba lleno de buenos peces: esturiones, bagres, peces remo, lubinas, carpas, salmonetes. Incluso saltaban fuera del agua. Bastaba lanzar el anzuelo y ver cómo trepaban por la caña sacudiendo la cola. Qué buenos tiempos aquellos.

Pero en la misma curva del río donde se alzaba la casa que había sido de sus padres —y ahora suya— todo eso había desaparecido. Los peces habían muerto, envenenados por los mil residuos que las fábricas y los productores agropecuarios arrojaban al agua, al igual que las aves que se alimentaban de ellos. En esa parte pestilente del río ya no se veían pelícanos, ni gaviotas, garzas o charranes. Tampoco volvió a escucharse el croar leve de las ranas. En su lugar se cernía sobre el agua una especie de neblina amenazante, un presagio constante de muerte, un hedor eterno y nauseabundo.

En ese momento el olor era realmente insoportable. Quería aguantar, no dejarse vencer por la podredumbre del Misisipi, pero un minuto después acabó rindiéndose a la evidencia y se puso de pie.

—Fuck, man.

Contrariado y de mal humor, se arrastró hacia su casa. Su mujer tenía razón: dentro se estaba mucho mejor. La vio sentada en la alfombra del salón, en posición de loto, terminando sus ejercicios. A ambos les gustaba el yoga; los equilibraba en ese mundo de locos, pero ella, tal vez por su enfermedad, lo practicaba con mayor frecuencia. Leroy prefería centrarse en los misterios de las pirámides y en los códigos antiguos.

—¿Qué crees que es ahora? —le preguntó su mujer abriendo los ojos—. ¿Mercurio?

—El mercurio no huele así, Betty —respondió—. Tal vez sea nitrógeno, o nitratos, o fertilizante fosfatado. O algún otro tipo de bacteria, qué sé yo. Huele mal, eso sí.

Se quedaron en silencio. Elizabeth, a quien todos llamaban Betty, tosía ocasionalmente mientras se ejercitaba; era una tos cavernosa que a veces daba miedo. El año anterior, el médico le había diagnosticado un cáncer de pulmón y tenían que operarla. La cirugía costaba una fortuna y la aseguradora Medicare no cubría por completo el tratamiento. Además, a su hija Sally le habían detectado un enfisema pulmonar, y su hijo Charlie sufría ocasionalmente problemas de piel. Una pesadilla para la familia Roderick.

Esa pesadilla formaba parte de otra mayor, cristalizada en las historias de las casas abandonadas de los alrededores: todos los propietarios habían muerto o huido. Los Lavigne sufrieron todo tipo de cánceres, los Broussard también, y lo mismo les ocurrió a los Fontenot. Los Chalnot se asustaron, hicieron las maletas y se marcharon a Baton Rouge. Los Roderick no se habían ido porque no tenían dinero suficiente. La única forma de reunir lo necesario era vender la casa, pero ¿quién iba a querer comprarla en un lugar como aquel?

No era casualidad que hubieran bautizado a esa parte del Misisipi como la «Alameda del Cáncer». En aquella franja de cien kilómetros se concentraban muchas de las principales industrias petroquímicas y de hidrocarburos del país: más de cien, muchas de ellas altamente contaminantes, apiñadas en una zona convertida en una gigantesca cloaca. El agua ya no era potable, el aire resultaba en ocasiones irrespirable, y la naturaleza estaba muerta o agonizante. Las enfermedades —sobre todo el cáncer— eran la moneda corriente.

La Alameda del Cáncer.

Betty volvió a toser. Terminó sus ejercicios sobre la esterilla y se dirigió al sofá, donde comenzó a tejer con ganas. Desde hacía un tiempo se dedicaba a los jerséis, con los que ganaba un dinero extra, libre de impuestos. Hacía ropa para niños y luego la vendía por internet; se había abierto una cuenta en Facebook y, además de usar la red social para asuntos personales, la empleaba para captar clientas. Eso ayudaba a cuadrar las cuentas en casa, lo que venía muy bien, dadas las dificultades que atravesaban.

Como no tenía nada mejor que hacer ese domingo de modorra, Leroy se fue a ordenar el garaje. Por la mañana había ido a misa en la vecina localidad de Gonzales —su pueblo natal y donde aún acudían a la iglesia— y había dejado tareas pendientes. Cuando terminó, se sentó en su poltrona y observó el gallo de porcelana que había heredado de sus padres y que aún conservaba en la estantería como una reliquia familiar; en aquella pieza vítrea se concentraba la historia de sus antepasados. El gallo se había convertido en un símbolo tan importante para él que Betty se lo había bordado en la solapa de varias prendas.

Sonó el gong del viejo reloj de pared, otra herencia de sus padres. Miró las agujas y se sorprendió al ver la hora.

—Vaya, las noticias están a punto de empezar.

Cogió el mando y encendió el televisor. A veces le dolía la espalda, pero evitaba ir al médico; nunca se sabía qué nuevas desgracias podían anunciarte esos buitres. La televisión estaba sintonizada en Fox News, como siempre. La noticia de apertura hablaba de los planes para construir lo que describían como «la mezquita de los terroristas en la Zona Cero de Nueva York»: un santuario islámico junto al lugar donde los yihadistas de Al-Qaeda habían destruido las Torres Gemelas en los atentados de 2001.

Leroy dio un respingo en su sillón.

—¿Cómo es posible? —gritó, indignado—. ¿Lo has visto, Betty? ¡Se han vuelto locos! Después de lo que nos hicieron, ¡los musulmanes ahora se ríen de nosotros! ¡Y nuestro gobierno se lo permite! ¡Este país está perdido!

El reportaje de Fox News hablaba de las manifestaciones organizadas contra ese proyecto y de las protestas por la «transformación de Nueva York en una nueva Meca».

—¡Una vergüenza!

El siguiente reportaje era sobre un vídeo de un latinoamericano que explicaba en español a inmigrantes ilegales cómo podían usar las leyes estadounidenses para ocupar viviendas. Según Fox News, el autor se jactaba de que él, su mujer y su hija recibían del Estado ayudas por valor de trescientos cincuenta dólares semanales —mil cuatrocientos al mes— desde que habían entrado ilegalmente en el país.

—¡Es inadmisible! —bramó Leroy, fuera de sí—. Esta gente entra como quiere, ocupan nuestras casas, se quedan con el dinero de nuestros impuestos... ¡y encima enseñan a otros cómo usar nuestras propias leyes para robarnos más! —Alzó las manos al cielo—. Dios mío, ¿no hay nadie que ponga fin a esta vergüenza? ¿Cómo es posible que el Gobierno colabore con estos bandidos?

—Es Hussein —comentó Betty, apretando los labios mientras contenía el enfado que le provocaban esas noticias—. Desde que las élites lo pusieron en el poder en Washington, esta gente hace lo que quiere. Y nosotros venga a pagar...

Muchos estadounidenses —especialmente en el sur— llamaban «Hussein» al presidente. Barack Hussein Obama. Destacaban su segundo nombre como si fuera una mancha en un mantel blanco.

—No es solo Hussein, son todos —protestó su marido—. Demócratas, republicanos... Todos hablan igual, todos repiten las mismas tonterías. Se llenan la boca diciendo que hay que ser tolerantes, que debemos acoger a estas personas, ¡inclusive a los que luego nos ponen bombas o viven de nuestros impuestos! Entran y entran y entran. Pero luego ¿quién los mantiene, eh? ¿Quién paga la factura? ¿Ellos?

—Nosotros.

—Nosotros, claro. ¿Quién si no? Nosotros pagamos impuestos, pero no tenemos ni voz ni voto. Ellos, las élites de Washington, predican virtud mientras se pasean en sus Cadillacs y mandan a sus hijos a Harvard o a Yale. Si tuvieran que ir en autobús, si sus hijos estudiaran en las escuelas a las que van los hijos de los inmigrantes, como los nuestros, ya me gustaría verlos hablar de virtudes. *Jesus Christ!* ¡Las élites van a acabar con este país!

Su mujer asintió.

—Cuando haya elecciones, no piso el colegio electoral.

—Ni yo, ni yo.

El telediario pasó a la siguiente noticia: un reportaje sobre el plan del presidente Obama para regularizar a once millones de inmigrantes que habían entrado de manera irregular en Estados Unidos. La pareja saltaba en el sillón, cada vez más indignada con cada noticia que Fox News transmitía. No les dio tiempo a reaccionar a la propuesta de legalización masiva. Sin previo aviso, la puerta de la calle se abrió con estrépito y una joven despeinada irrumpió en la casa entre gritos.

Era su hija. Venía llorando desconsoladamente.

III

Tomás Noronha estaba cerca de la Biblioteca Nacional, donde esperaba concluir la investigación sobre las estelas sumerias en la que llevaba trabajando toda la semana, cuando de repente se dio una palmada en la frente. Se había dejado en casa algo indispensable para su trabajo.

—Mierda —protestó—. ¡Los apuntes!

¿Cómo era posible que se le hubieran olvidado? Tenía la cabeza en las nubes y no lograba apartar de su mente a Maria Flor. El hecho de que su mujer lo hubiera dejado lo atormentaba día y noche. Era su mayor preocupación, una auténtica obsesión que incluso le impedía desempeñar con precisión su trabajo de historiador. Intentaba concentrarse en las investigaciones, pero inevitablemente su mente regresaba a ella, una y otra vez, y terminaba cometiendo errores tan estúpidos como aquel.

Barajó la posibilidad de seguir con su rutina y acudir a la Biblioteca Nacional, aunque no llevara consigo el cuaderno reservado para las notas sobre las estelas sumerias. Pero enseguida se dio cuenta de que le hacían falta las anotaciones de los días anteriores para poder seguir. Frustrado y resignado, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a casa. Echó cuentas: veinte minutos de ida, otros veinte de vuelta, cinco más para subir al piso y coger el cuaderno. En total, unos cuarenta y cinco minutos perdidos. Irritante, sin duda. Pero tendría que asumirlo.

Al llegar a su barrio, recordó que a esa hora probablemente ya no quedarían plazas libres en su calle, así que optó por aparcar en una pequeña plaza discreta detrás del edificio. Bajó y recorrió un camino estrecho que daba a las fachadas traseras de las casas. Entró por la puerta de servicio y subió las escaleras con prisa, saltando los peldaños de dos en dos. Con agilidad metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y, tras dar apenas dos pasos, se detuvo en seco, estupefacto.

En su piso había un hombre al que jamás había visto.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué haces aquí?

Preguntas absurdas. El desconocido, un asaltante sorprendido in fraganti, no tardó en reaccionar. Echó a correr hacia la puerta y salió disparado del piso.

—¡Eh! ¡Vuelve aquí!

Tomás lo siguió. Oyó sus pasos por la escalera y corrió hacia allí con intención de alcanzarlo. Pero al girar una esquina, se encontró al ladrón en el rellano, apuntándole a la cabeza con una pistola.

Se detuvo en seco.

Estaba a merced del desconocido, y por un instante temió que le disparara. Pero el ladrón se limitó a hacerle un gesto para que diera marcha atrás y volviera al interior del piso. Tomás pensó que con un hombre armado, nervioso, con el dedo en el gatillo, lo mejor era no discutir, por lo que obedeció de inmediato. Lo único de valor que tenía en casa —y que pudiera caber en los bolsillos del asaltante— eran un par de relojes y unos cien o doscientos euros en efectivo. Sería muy estúpido arriesgar la vida por tan poco.

Desde la ventana del piso, vio cómo el hombre entraba en un Mercedes negro de alta gama que arrancó a toda velocidad. Intentó ver la matrícula, pero a esa distancia le fue imposible. Eran profesionales. Y Tomás había sorprendido al ladrón solo porque

había regresado a casa antes de lo previsto y había entrado por la puerta trasera del edificio.

Pensó en llamar a la policía para denunciar el robo, pero ¿qué iba a decir? ¿Que había sorprendido a un asaltante que luego huyó en un coche cuya matrícula no consiguió identificar? ¿De qué serviría? Tendría que ir a comisaría, prestar declaración, responder preguntas. ¿Para qué tanto esfuerzo si no iba a obtener ningún resultado? Sería una pérdida de tiempo.

En lugar de llamar a la policía, cerró con llave y revisó la casa de arriba abajo. Fue directo a la caja donde guardaba los relojes y comprobó que estaban. El dinero en billetes que tenía guardado también estaba intacto. Recorrió todas las habitaciones, abrió cajones, inspeccionó cada rincón. Todo parecía en su sitio. No faltaba nada. Tal vez fuera porque había llegado antes de que el ladrón tuviera tiempo de registrar a fondo el piso. Mejor así.

Un poco más tranquilo, aunque seguía con el miedo en el cuerpo, se sentó al ordenador y lo encendió. En la bandeja de entrada había un correo del curador de la Fundación Gulbenkian, con quien colaboraba, para concertar una reunión a las cinco de la tarde del día siguiente. El asunto eran las estelas sumerias, cuya autenticidad Tomás tenía que verificar, ya que la fundación estaba interesada en adquirirlas. Precisamente por eso se había pasado la última semana en la Biblioteca Nacional. La institución quería avanzar con la compra y para ello necesitaban que él redactara con urgencia el informe técnico.

A continuación, como era habitual, Tomás abrió la página web de Amnistía Internacional. Maria Flor, conmovida por la guerra en Ucrania, se había sumado a la organización de defensa de los derechos humanos. Hacía meses, su mujer había salido de su vida y se había mudado a Coímbra. Visitar esa página era la única forma

que tenía de sentirse cerca de ella. Navegó sin rumbo y, de repente, vio premiada su esperanza.

—Ajá.

Era lo mejor que podía encontrar. La página indicaba que la víspera Maria Flor había llegado a Lisboa para tratar un caso de derechos humanos. Ahí estaba su oportunidad. Si algo tenía claro era que aquella separación no podía ser definitiva. No podía. Por supuesto, aceptaba que ella tuviera motivos para sentirse insatisfecha. Por un lado, él estaba siempre metido en aventuras peligrosas, algo que Maria Flor no toleraba: quería una vida normal, tranquila. Por otro lado, había algo en él que le impedía tocar su alma de forma profunda.

Fuera cual fuese la causa, la aventura anterior no había terminado bien para ninguno de los dos. Aun así, Tomás no creía que lo ocurrido en el episodio de *La mujer del Dragón Rojo* pudiera justificar una ruptura definitiva. Es más: ni siquiera encontraba razones de peso para que se hubieran separado. Se negaba a aceptarlo. Quejas sí. Entendía que Maria Flor quisiera tener hijos. Era natural. También comprendía que no soportara los líos en los que él se metía y que deseara otra vida, más pacífica. Todo eso era legítimo. Pero... ¿separarse? Para Tomás, aquella decisión era radical e inexplicable. Había aprendido que, en la vida, solo la muerte es irreversible; todo lo demás, de un modo u otro, tiene arreglo. Pensaba que solo hacía falta intentarlo, insistir, creer.

Hasta lograrlo.

Por eso necesitaba una excusa. La conocía bien. Y él era un hombre de recursos y pensamiento rápido. No le costó improvisar una solución. Cogió el móvil, buscó su número y llamó.

Maria Flor respondió al tercer tono.

—Hola, Tomás. —Su voz sonaba dolida, o quizá era solo cansancio —. ¿Pasa algo?

—Tengo algo para ti —le dijo. Hizo como si no supiera que estaba en la ciudad y le preguntó—: ¿Cuándo vienes a Lisboa?

—Bueno..., casualmente llegué ayer y...

—¿Estás aquí?

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué me quieres dar?

—Una cosa. Dime dónde estás y voy.

—¿Qué cosa?

—Es una sorpresa.

—Venga, dímelo —se impacientó Maria Flor—. He venido por un tema de Amnistía Internacional y no tengo tiempo que perder. ¿Qué quieres darme?

—Sorpresa, ya te lo he dicho.

—Oye, sabes perfectamente que lo nuestro se ha acabado. He seguido con mi vida y tú...

—Solo quiero darte algo.

—Ella dudó, tentada.

—Hum, espero que no me estés vendiendo humo solo para que nos veamos...

—¿En serio me crees capaz? Solo serán diez minutitos. Dime dónde estás y voy.

Tomás sabía que a ella le encantaban las sorpresas. Esa palabra bastaba. Aunque intentó resistirse, acabó cediendo. Le dio la dirección y quedaron en verse a las tres de la tarde del día siguiente.

Cuando colgó, Tomás esbozó su primera sonrisa en mucho tiempo. Hablar con su mujer fue un rayo de luz en las tinieblas en las que se había convertido su vida. Tener una cita con ella era como ver brillar el sol en todo su esplendor. Se incorporó, se estiró e inspiró el aire fresco de la mañana. Se sentía revigorizado. Como si sus problemas

se hubieran esfumado de golpe: ni estelas sumerias, ni ladrones en su casa, ni ningún otro asunto pendiente. En su mente solo estaba ella: Maria Flor. Se sentía como Alfonso Enríquez, el primer rey de Portugal, frente a los moros atrincherados en su castillo.

La reconquista estaba a punto de empezar.

IV

Aunque todavía era septiembre, la noche rusa era fría. El teniente Dimitri Chernishev lamentó no haber llevado un abrigo más grueso, quizá uno de esos *shubas* típicos de Siberia. Además, tenía hambre. Durante toda la tarde había estado tan absorto en su trabajo frente al ordenador que se le había olvidado comer; unos *blinis* calentitos no le habrían venido nada mal. Dadas las circunstancias, lo último que le apetecía en ese momento era perder el tiempo con un cuento chino nacido en la mente paranoica de un exaltado sobre presuntos «incidentes sospechosos».

Se mordió el labio inferior, reprimiendo su impaciencia. No podía comportarse así, se dijo. Era su profesión y, de vez en cuando, tenía que soportar payasadas como aquella. Formaba parte del trabajo. Resignado, el agente de la comisaría de Dashkovo-Pesochnya observó el edificio que tenía delante, igual a tantos otros en Riazán; en realidad, en toda Rusia.

Tenía doce pisos y parecía una caja de cerillas gigante; feo como todos los inmuebles de la época soviética. Sin gracia y, además, mal construido. Era habitual que en este tipo de construcciones las paredes presentaran grietas por todas partes, signo evidente de materiales de baja calidad. La nota discordante era la mercería del bajo, abierta las veinticuatro horas del día, con enormes luces de neón resplandecientes a lo largo de la fachada. Era el único toque de color —y de capitalismo— en medio del paisaje soviético.

Hizo lo posible por disimular el enfado que le provocaba tener que estar allí perdiendo el tiempo con un caso que, a todas luces, no llevaría a ninguna parte. Dimitri giró la cabeza hacia el hombre que lo acompañaba: el denunciante. Era un sexagenario, con barriga prominente, escaso pelo, ropa gastada y de aspecto barato, lo que revelaba las eternas dificultades que, desde tiempos inmemoriales, parecían formar parte de la vida en Rusia.

—¿Y bien, señor Tankov? —se dirigió a él—. Dígame dónde está el famoso sótano.

El hombre señaló una zona oscura junto a la puerta de entrada.

—Ahí, señor agente —le indicó—. Por ahí entraron con los sacos. Lo vi todo desde la ventana de mi habitación.

Dimitri hizo un gesto a su subordinado Andrei y los dos policías se dirigieron con el denunciante hacia la zona sombría. Se encontraron dos peldaños medio rotos que bajaban hacia una puerta lateral. Como buen anfitrión, Tankov la abrió y encendió la luz: una bombilla amarillenta iluminó una escalera descendente. Bajaron y entraron en un espacio oscuro que olía a humedad. El denunciante pulsó otro interruptor y se encendió una bombilla colgada del techo mohoso que iluminó tenuemente el lugar.

Los dos policías recorrieron el sótano con la mirada. Había cajas por todas partes, un pequeño generador, tres bidones de gasolina y algunas herramientas agrícolas: palas, azadones, picos. También había material de limpieza, dos escobas gastadas y algunas botellas de detergente y lejía. Una bicicleta oxidada yacía en el suelo. En el centro, apoyados contra un pilar estructural, había tres sacos con un logotipo impreso: «Refinería de Azúcar Circasia».

—¿Son esos sacos?

—Sí, señor agente. Los tres del coche los trajeron hasta aquí y se marcharon.

Dimitri se encogió de hombros.

—Solo son sacos de azúcar.

—Si es solo eso, ¿por qué tres personas que no tienen nada que ver con este edificio vinieron desde Moscú, en mitad de la noche, a dejarlos aquí y luego se fueron? —preguntó Tankov—. ¿Le parece lógico?

Tenía parte de razón. Seguramente habría una explicación. Pero ya que estaban allí, Dimitri decidió aclararlo. Ambos agentes se acercaron a los sacos. El teniente encendió su linterna y se arrodilló para examinarlos.

—Lo más probable es que, dado que son de azúcar, contengan azúcar. Pero no cuesta nada comprobarlo, ¿verdad?

El problema era que estaban sellados. Andrei cogió uno y lo levantó para calcular su peso.

—Pesa unos cincuenta kilos, mi teniente.

Dimitri se frotó la barbilla, pensativo. Para confirmar el contenido tendría que abrirlos. Antes inspeccionó con cuidado el primero, que estaba completamente sellado. El segundo igual. Al llegar al tercero detectó una pequeña raja lateral. Apuntó con la linterna y comprobó que el contenido era un polvo blanco muy fino, casi como talco. El azúcar, aunque también es blanco, no suele ser tan fino.

—Oh, oh.

¿Sería droga? Metió el dedo por la abertura y extrajo un poco. El polvo blanco estaba formado por granos minúsculos, más pequeños que los del azúcar. Lo olió.

—¿Es hachís, mi teniente?

El teniente negó con la cabeza. El olor era distinto. No era azúcar, pero tampoco hachís ni ninguna otra droga que hubiera olido antes.

—Tenemos que ver esto mejor.

Tras analizar con más cuidado la raja del saco con la linterna, Dimitri se dio cuenta de que había un objeto en el polvo blanco. Metió la mano, la hundió hasta tocar algo sólido, lo agarró con cuidado y lo extrajo: un cable negro quedó sobresaliendo del saco. Observó el objeto intentando entender qué era.

—¿Qué es, mi teniente?

Dimitri lo examinó con atención. No quería equivocarse. Lo que vio lo inquietó profundamente.

—Una batería.

El sótano quedó en silencio.

—Esto me huele mal —murmuró Tankov, moviéndose nervioso—. ¿Para qué iban a meter una batería en un saco de azúcar? No creo que sea para hacer caramelos. ¿Y ese cable negro? ¿A dónde está conectado?

Preguntas pertinentes: ¿qué hacía una batería ahí y a dónde conducía el cable? La situación empezaba a ser alarmante. Totalmente concentrado, Dimitri volvió a meter la mano por la abertura y siguió el cable. Extrajo otras dos baterías similares, todas con cables y conectadas entre sí. Las observó con detenimiento. Tres baterías. En un saco lleno de polvo blanco.

¿Era lo que temía?

Volvió a meter la mano y siguió el cable negro. Enseguida tocó otro objeto sólido. ¿Otra batería? Lo extrajo con cuidado. No, no era una batería. Era una caja con una pantalla digital que mostraba una cuenta atrás.

07:19:12
07:19:11
07:19:10

Los tres hombres se miraron, aterrados.

—¿Un reloj?

El teniente consultó su reloj de pulsera e hizo el cálculo mental. Si eran las diez y once de la noche y el contador marcaba siete horas y diecinueve minutos, significaba que el reloj llegaría a cero a las...

—Cinco y media de la mañana —murmuró Dimitri—. La cuenta termina a las cinco y media.

Con las manos temblorosas, deseando con todas sus fuerzas que no fuera lo que parecía, volvió a introducir la mano en el saco y siguió explorando. No tardó en tocar otro objeto sólido. Lo extrajo con sumo cuidado.

—Teniente, ¿qué es eso?

—Llama a la unidad de desactivación de explosivos.

—Sí, pero ¿qué...?

—¡Ya! —rugió—. ¡Ahora mismo!

Su subordinado se levantó de un salto y salió del sótano corriendo para hacer la llamada. Por su parte, Dimitri posó el objeto con sumo cuidado y se incorporó lentamente, temiendo que cualquier movimiento brusco pudiera desencadenar una catástrofe.

Tankov estaba empapado en sudor. Tenía los ojos como platos, paralizado por el miedo.

—Vi mucho material así durante el servicio militar —dijo, señalando el objeto—. Donde hay detonadores, hay problemas.

Sin perder más tiempo, el teniente agarró al denunciante del brazo y ambos subieron apresuradamente por la escalera. Tenían que salir de allí. Y deprisa.

Una vez fuera, Dimitri señaló el edificio.

—¿Cuántos pisos hay aquí?

—Seguramente, más de sesenta.

Un hormiguero de personas. Todas durmiendo a las cinco y media de la mañana. El teniente se acercó al panel metálico junto a la puerta, donde estaban los timbres de los apartamentos, y contempló decenas de botones alineados.

—Tenemos que evacuar el edificio.

Y empezó a pulsar los timbres, uno a uno, para alertar a los vecinos y pedirles que abandonaran sus casas de inmediato.

V

El matrimonio Roderick no lograba tranquilizar a su hija. Aquel domingo, Sally había salido con sus amigas, pero acababa de regresar abatida. Lloraba desconsoladamente. Estuvo apenas un instante en el salón, donde sus padres veían el telediario de Fox News. Corrió a su habitación y se cerró con llave. Preocupados por no saber qué ocurría, y temiendo lo peor, Leroy y Betty se apresuraron a la puerta.

—Sally —la llamó su padre—. ¿Qué ha pasado?

Del otro lado solo se escuchaba el sonido apagado del llanto; probablemente, su hija lloraba con la cabeza hundida en la almohada.

—Sally, cariño, habla con nosotros —le pidió su madre—. ¿Qué pasa? ¿Te han hecho algo?

Su única respuesta fue más llanto.

—¡Abre la puerta!

—¿Sally?

Como seguía sin responder, Leroy empezó a barajar medidas más drásticas.

—A lo mejor deberíamos tirar la puerta abajo, no vaya a ser que...

—No va a hacer nada. Saldrá cuando esté lista.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy su madre. Lo sé.

Volvieron al salón, a sus lugares habituales. El televisor, permanentemente sintonizado en Fox News, retransmitía las

declaraciones del senador republicano Jim Inhofe, quien sostenía que el debate sobre el cambio climático no era sobre el clima, sino sobre controlar la población a través del miedo. En circunstancias normales, los Roderick habrían aplaudido esas palabras con entusiasmo. Todos en Luisiana sabían —o creían saber— que las alteraciones climáticas no eran sino una invención de las élites progresistas para atacar la industria petrolera, aumentar el desempleo y sumir al Sur en la pobreza, facilitando así su control desde el Norte. Pero en ese momento, en lo único que podían pensar era en el estado en que su hija había regresado a casa.

Pocos minutos después, oyeron la puerta de la habitación. Sally apareció en el salón y se sentó en el sofá, cabizbaja. Estaba muy delgada, casi cadavérica, con ojeras marcadas. Pero lo que más llamaba la atención era la tristeza profunda que empañaba su rostro.

—Cariño —empezó su madre con voz suave—. ¿Qué pasa?

Sally rompió a llorar en silencio, con la cabeza baja y las lágrimas surcando su rostro pálido.

—Cuéntamelo, hija. Dile a mamá qué ha pasado...

Ella levantó la cabeza, parecía desesperada.

—Estoy... Estoy horrible. —Seguía llorando.

—¿Por qué dices eso, hija? Eres preciosa.

Sally negó con la cabeza, inconsolable.

—Estoy gorda.

Sus padres abrieron los ojos, sorprendidos. Desde hacía algún tiempo comentaban lo extremadamente delgada que estaba y lo poco que comía. Solía evitar las comidas alegando tareas escolares urgentes, y había días en que solo la veían mordisquear una galleta salada. Y ahora, entre sollozos, les decía que estaba... ¿gorda?

—Qué tontería. Estás delgadísima.

—¡Estoy gorda!

—Perdona, pero... ¿tú te has mirado en un espejo? Estás en los huesos. Eso no es sano, ¿me oyes?

—¡Estoy gorda!

—¿Quién te ha dicho eso?

La chica levantó la mano y les mostró su *smartphone*.

—Mirad esto.

En la pantalla sus padres vieron a una modelo delgada y a la vez curvilínea, con una cintura irreal, el cabello rubio flotando al viento sobre la arena dorada de una playa de agua azul turquesa.

—¿Esa chica te ha dicho eso?

—¡No! —gritó Sally, furiosa—. Miradla... Comparadla conmigo. ¡Mirad su cintura! Yo... estoy horrible. ¡Gorda, fofa! Horrible. Horrible.

Su madre la abrazó con ternura, como hacía desde que nació.

—Qué disparate, hija mía.

A sus padres les parecía surrealista que a Sally le preocupara más su imagen que el enfisema pulmonar que le habían diagnosticado. No obstante, Betty era más comprensiva, quizás por ser mujer. Leroy, en cambio, no lograba aceptar que estuviera montando ese numerito por algo que para él era superficial.

—Oye, Sally, nosotros somos cajunes —le recordó—. Y los cajunes son fuertes. Los cajunes aguantan. No lloran por ridiculeces, ¿me oyes?

Los cajunes eran estadounidenses de origen francés. Sus antepasados eran los acadianos, inmigrantes franceses que en el siglo XVII se establecieron en Canadá y luego emigraron a Luisiana, colonia nombrada así en honor a Luis XIV. Para entender las raíces francófonas del Estado, bastaba con ver los nombres de sus ciudades: Baton Rouge, Lafayette, Ville Platte, Chalmette o Nueva Orleans, con su famoso Mardi Gras.

—¡Tú sí que eres ridículo! —soltó su hija, furiosa. Seguía llorando —. Te crees francés, ¡ni siquiera tenemos un apellido francés!

Era cierto, y Leroy nunca lo había ocultado. Aunque su familia tenía raíces cajunes, el apellido Roderick no era francés. Era una versión anglicanizada de Rodrigues, el apellido de su abuelo paterno, un portugués cuyos antepasados habían emigrado de las Azores a Massachusetts y luego a Luisiana, donde se casó con una cajún de apellido LeBlanc y tuvo seis hijos, entre ellos, el padre de Leroy.

—¿Qué tiene de malo el nombre?

—¡No es cajún!

—Es americano. ¿No es suficiente para ti?

—No es normal llamarse Sally Roderick —protestó su hija—. Queda fatal en Instagram. Todo el mundo se burla de mi nombre... y de mis fotos.

El llanto volvió a apoderarse de la adolescente.

—¡Te voy a decir dónde me meto yo el Instagram ese! —exclamó su padre, queriendo arrojar el teléfono por la ventana—. ¿Desde cuándo Instagram dicta las normas en esta casa?

Estaban enzarzados, pero a Betty le entró un violento ataque de tos y los dos se callaron de golpe. Una tos cavernosa, profunda, de las peores que habían presenciado. Tosió tanto que cayó al suelo, que quedó teñido de gotas rojas.

Sangre.

Los dos enmudecieron. Betty acababa de toser sangre. ¿De qué servía discutir si la madre de Sally, la esposa de Leroy, se estaba muriendo de cáncer?

VI

A doña Ermelinda le faltaba un diente, pero por su aire jovial y su colorido puesto parecía que llevara la primavera dentro. Tomás Noronha, también sonriente, se detuvo ante el tenderete montado en la calle donde ella vivía en Lisboa y contempló las flores que la mujer ofrecía al mundo a cambio de un puñado de monedas.

—Buenos días, doña Ermelinda —la saludó—. Necesito algo especial.

La mujer, una norteña que llevaba años afincada en la capital, le devolvió una sonrisa mellada.

—¿Cuál es la ocasión?

—¿Las flores cambian según la ocasión?

—¡Anda, claro! Hay flores para todo: bodas, funerales y para meter mano también, si se tercia.

Tomás se ruborizó.

—No, no es eso, doña Ermelinda. Es... algo serio. Una reconciliación.

—¡Pues haber empezado por ahí, hombre! La gente da más rodeos que una vaca sin cencerro. ¡Hay que decir las cosas sin miedo, leches!

Él miró las flores atentamente, sin decidirse.

—Es una reconciliación. ¿Qué me recomienda? ¿Un clavel amarillo?

—¡Virgen santa! Eso no se le ocurre ni al demonio. El clavel amarillo es para mandar a alguien a paseo, hombre. ¿Usted quiere

reconciliarse o cabrearla más?

—No, claro que no, doña Ermelinda. Entonces..., ¿qué me sugiere?

Siendo historiador, Tomás sabía que el lenguaje de las flores existía desde tiempos inmemoriales. De Asia a África, pasando por Europa, múltiples culturas habían atribuido significados a las distintas especies y se comunicaban a través de ellas. Lo hacían los chinos, los egipcios, los ingleses... ¿Por qué no iba a hacerlo él?

La florista se inclinó, rebuscó entre las flores y alzó una.

—Una camelia.

—¿Camelia? ¿No era la flor de las cortesanas?

Tomás lo había leído en la novela de Alejandro Dumas *La dama de las camelias*.

—¡Ay, qué fino! En mi tierra, a las cortesanas las llamamos putas, a secas. Y las camelias de las putas son rojas, bien rojas. Mi hombre decía siempre: «Para las cortesanas, lo mejor es... ¡un buen cortesano!».

—Vale, vale...

Doña Ermelinda le señaló una de color rosa.

—Mire, esta camelia es distinta. Confíe en mí. Resulta. ¡Ay, sí resulta, leche!

El cliente miró la flor, sorprendido.

—¿La camelia rosa?

—Significa morriña —le aclaró la vendedora—. ¿No me diga que no lo sabía? Mire, esta camelia quiere decir que no se quita a la moza de la cabeza y que está deseando arrimarse otra vez. Adiós a los morros... ¡y todos tan contentos!

Trato hecho. Tomás se marchó con su ramo de camelias rosas. No sabía si surtirían efecto en Maria Flor, pero al menos tenía que intentarlo.

Al llegar a la dirección que su mujer le había enviado por mensaje la víspera, Tomás se atusó el pelo, arregló las camelias y tocó el timbre. Unos segundos después, la puerta se abrió y apareció Maria Flor.

—Ah, eres tú —dijo, como si la visita le resultara inoportuna—. Se me había olvidado que venías... Menudo rollo.

¿Rollo? ¿Se le había olvidado que habían quedado? No pintaba bien. Desde que hablaron, él no había pensado en otra cosa; estaba ansioso, tanto que incluso le había costado dormir. Había ensayado mil veces lo que le diría, lo que haría cuando estuvieran juntos. Al parecer, ella no le había dedicado ni un segundo de sus pensamientos.

—¿Te pillo en un mal momento? —preguntó, esforzándose por disimular su decepción—. Si quieres, vuelvo más tarde...

—Entra, entra.

Lo dijo con desgana, echándose a un lado para dejarla pasar. Las señales no parecían favorables, pero Tomás no era de los que se rinden fácilmente.

—Te he traído esto. —Sonrió, entró en el vestíbulo y le tendió el ramo que había comprado en el puesto de doña Ermelinda—. Camelias rosas.

Esperaba que al menos le preguntara si esa era la famosa sorpresa que le había prometido por teléfono. Pero Maria Flor cogió las flores con expresión ausente, sin entusiasmo, casi sin mirarlas.

—Gracias.

—Deberías echar un vistazo al significado de las camelias rosas —sugirió él, deseando captar su atención—. No las he elegido al azar. Espero que te gusten.

—Claro, claro.

Entonces oyó una voz masculina con acento brasileño en el interior del piso. Tomás se quedó helado al escuchar la agresividad escalofriante del tono de voz:

—¡Hija de la gran puta! Te voy a matar y a cortar en pedazos como...

VII

La unidad de desactivación de explosivos de la policía de Riazán no tardó en llegar. Los dos policías que habían detectado la bomba en el bajo ya habían evacuado el edificio de la calle Novoselov por completo. Los vecinos, algunos en pijama, aguardaban en el exterior, al relente, asustados, mientras la unidad terminaba su trabajo. Habían acordonado el edificio con vallas y cintas de seguridad, y un equipo de bomberos estaba listo para actuar en caso de que los procedimientos técnicos en el sótano salieran mal y sucediera lo peor.

Tras unos veinte minutos, el capitán Iuri Sokolov, jefe de la unidad de artificieros, salió del sótano y, a pesar del frío, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Se dirigió a la multitud, que lo observaba con ansiedad.

—Ya pueden volver a sus casas —anunció—. Hemos desactivado el aparato.

—Capitán, ¿era una bomba? —preguntó un vecino—. ¿Es cierto lo que dicen? ¿Había peligro de explosión?

—Pueden volver a sus apartamentos —repitió el capitán Sokolov —. Está todo en orden. El sótano permanecerá aislado para proceder a las investigaciones. Está terminantemente prohibido ir allí, ¿me oyen? Por lo demás, la policía emitirá un comunicado cuando lo considere oportuno.

El jefe de la unidad no había respondido directamente a la pregunta, pero, de algún modo, sus palabras sirvieron para

tranquilizar a los vecinos. Retiraron las vallas y los cordones de seguridad, salvo los que custodiaban la entrada al sótano, y los residentes se apresuraron a volver a sus pisos. Nadie quería permanecer más tiempo a la intemperie: algunos deseaban continuar con sus cenas, otros volver al sofá y a la televisión, y unas cuantas parejas a sus camas, ya fuera para dormir o a reanudar esa actividad que había sido bruscamente interrumpida.

El teniente Dimitri Chernishev se acercó al capitán Sokolov y lo saludó con un gesto.

—Mi capitán, ¿se confirma?

—Sí, teniente —respondió el jefe de los artificieros—. No hay duda. Eran un detonador y un reloj. Su intervención ha sido muy oportuna.

—Pero ¿dónde estaba el explosivo?

—Hemos analizado el polvo de los sacos y los resultados son concluyentes. Se trataba de una mezcla homogénea de nitrocelulosa. Es decir, el propio polvo de los sacos era el explosivo.

—Una bomba.

—Casera —precisó el capitán Sokolov—. Colocada junto al pilar estructural para hacer más daño. Al destruirlo, y esa cantidad de explosivo tenía fuerza suficiente para hacerlo, todo el edificio se habría venido abajo como un castillo de naipes.

Dimitri se estremeció.

—Y todo el mundo dentro...

—Exactamente como en Buynaksk, en Moscú y en Volgodonsk —masculló el oficial—. ¡Malditos cabrones chechenos!

No había tiempo que perder. De inmediato, Dimitri cogió el teléfono y llamó a su superior. El capitán Volkov tardó unos segundos en responder, y su tono delataba que no le había gustado

que lo molestaran a esas horas. Sin embargo, tras las explicaciones, su voz cambió de inmediato.

—Voy ahora mismo —dijo—. Lo primero que hay que hacer es informar al gobernador y también a Moscú. Toda la policía debe salir a la calle y bloquear las carreteras. ¿Tenemos algo para identificar a los sospechosos?

—Enviaré agentes a preguntar a los vecinos de puerta en puerta. Puede que alguien más haya visto a los terroristas —respondió Dimitri—. Pediré a nuestros dibujantes que hablen con los testigos y preparen retratos robot. Hemos tenido suerte: el hombre que dio la alerta apuntó la matrícula del coche.

—¿En serio?

—Le paso enseguida esa información para localizar al propietario.

—Comunique la matrícula a nuestros puestos de control. ¡Tenemos que atrapar a esos malditos chechenos antes de que se esfumen!

Tras colgar, Dimitri se puso a organizar las diligencias. En cuestión de minutos, la ciudad entró en ebullición. Más de mil agentes de Riazán se desplegaron por las arterias principales y bloquearon las vías de acceso con retenes armados hasta los dientes. El gobernador decretó el estado de emergencia y, con la autorización del Ministerio de Defensa, pidió al ejército que patrullara las calles y montara dispositivos de seguridad en todas las zonas residenciales. Informaron al director regional del FSB de la amenaza chechena y él se implicó de lleno en la operación.

También pidieron la colaboración ciudadana. En pocas horas se formaron milicias de vecinos armados con escopetas de caza y se organizaron turnos de guardia en barrios y edificios. Tenían que encontrar a los terroristas lo antes posible. Por ello, el gobernador

ordenó registros en todos los pisos de Riazán. Costara lo que costara, atraparían a esos hombres.

La caza estaba montada.

VIII

Leroy Roderick maniobraba los tubos que había junto al tanque principal. Eran peligrosos, requería experiencia y, sobre todo, cuidado. Pero él llevaba años trabajando en la unidad petroquímica, por lo que los conocía a la perfección. No tenían secretos para él. Se sentía orgulloso de su ética profesional: era dedicado, meticuloso y precavido. En el trabajo había encontrado su propósito en la vida y se sentía útil cumpliendo con lo que consideraba un papel importante para la sociedad. El trabajo lo dignificaba y le hacía estar orgulloso. Se sentía más hombre porque contribuía, tanto en beneficio de su familia como de su comunidad y de su nación.

No comprendía a quienes vivían de las ayudas, que siempre se estaban quejando, reclamaban subsidios al Estado y convertían esa dependencia en un derecho. Mucho menos entendía al propio Estado, que repartía el dinero de los impuestos —el dinero de gente como él, que se levantaba cada día para trabajar— entre vagos y pedigüeños que no estaban dispuestos a dar un palo al agua. Claro que no se refería a los enfermos ni a quienes padecían limitaciones. Era cristiano y se compadecía de esas personas. Él hablaba de los otros, los sanos, los que tenían dos brazos y dos piernas para trabajar. ¿No deberían esforzarse en ser útiles y aportar algo al bien común en lugar de vivir a costa del esfuerzo ajeno?

Se sacudió esos pensamientos y volvió a concentrarse en su tarea. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer y cuándo hacerlo. En ese momento manipulaba los tubos que transportaban dicloroetileno

—un hidrocarburo líquido, tóxico y probablemente cancerígeno— hacia el tanque principal. Pero nada lo intimidaba: ejecutaba su trabajo como siempre, con cuidado y dedicación. Si las cosas se hacían bien, no había nada que temer.

Lo que de verdad lo angustiaba era Betty. El último ataque de tos había sido tan fuerte que tuvo que pasar la noche en el hospital. Le dieron el alta al día siguiente, pero el médico confirmó lo que él ya temía: el cáncer se había extendido. Le recomendaron reposo y Leroy no sabía cuánto tiempo le quedaba a Betty, pero intuía que pronto la perdería, como había perdido a sus padres y a tantos vecinos consumidos por esa misma enfermedad que daba nombre al tramo más maldito del Misisipi: la «Alameda del Cáncer». Apretó los dientes, decidido a no flaquear. Era cajún, y los cajunes, como siempre decía, aguantaban.

La sirena de alarma de la unidad comenzó a sonar y todos se detuvieron en sus quehaceres. Estaban acostumbrados a los simulacros de seguridad, pero esta vez no había habido ningún aviso previo. Leroy miró a un compañero que también trabajaba en el tanque principal.

—¿Es un simulacro?

—Probablemente.

—¿Lo han anunciado?

—A mí no me han dicho nada.

Era raro. Salieron a ver qué pasaba. Algunos trabajadores corrían, sabían a dónde tenían que ir, pero otros parecían desorientados. Algo pasaba.

—¡Fuera! ¡Salid ya!

Era el señor Dean, gerente de la unidad. Estaba agitado, sudoroso.

—¿Qué ha pasado?

—Hay una fuga y el cloro está expuesto a temperaturas altísimas. Hay gas por todas partes. ¡Los que no tengáis equipo salid inmediatamente!

—Yo puedo ayudar —se ofreció Leroy—. Dame un equipo y sello los tubos.

—¡No hay más equipos de protección! Ya hay personal encargándose de la reparación. ¡Sal de inmediato!

En teoría, debía haber trajes para todos. En la práctica no. Muchos trabajaban sin ellos porque no había suficientes. Leroy cerró la válvula de seguridad del tubo que manejaba, siguió el protocolo y se apresuró a evacuar.

En la salida se cruzó con un compañero del área de almacenaje del cloro.

—¿Tú también sales?

—No tengo equipo.

—Entonces, ¿quién se queda?

—Quince hombres. Los únicos con protección.

—¿Y crees que...?

Una explosión interrumpió su frase y el estruendo los lanzó al suelo. Leroy, aturdido, volvió la cabeza y vio una bola de fuego que se elevaba sobre la sección del cloro.

—¡Corre!

Se levantaron y huyeron. Las explosiones se sucedían en cadena, propagándose por otras áreas de la planta.

A una distancia segura, Leroy se detuvo junto a otros funcionarios.

—¿Y nuestros hombres?

—Siguen dentro.

—¡Tenemos que ir a buscarlos!

—¿Estás loco? ¡No podemos!

—¡Van a morir ahí dentro!

Intentó volver, pero un compañero lo detuvo.

—¡Es imposible! No hay forma de entrar sin que mueras tú también. No tienes mascarilla, ni equipo, ni nada. ¿Quieres dejar viuda a tu mujer y huérfanos a tus hijos? ¡Quédate aquí!

Leroy sabía que tenía razón. Betty ya estaba muy mal. Cuando ella partiera, ¿quién cuidaría de sus hijos si no lo hacía él? Era lo único que les quedaría. Se quedó junto a la entrada, entre los trabajadores que habían logrado salir, contemplando el desastre.

—¿Cuántos había dentro?

—Quince.

Las sirenas de la planta se mezclaban ahora con otras: llegaron bomberos, policía, ambulancias...; incluso helicópteros de televisión. Los bomberos desplegaron mangueras y comenzaron a rociar la zona con potentes chorros de agua. De pronto, entre las llamas, surgieron figuras tambaleantes.

—¡Están vivos! ¡Están saliendo! —gritó alguien.

Las siluetas eran hombres con uniforme y mascarillas: los que se habían quedado intentando contener la fuga y que, a trompicones, lograban salir del infierno. Algunos tenían el equipo hecho jirones, pero estaban vivos y eso era lo único que importaba. El personal médico los atendió de inmediato y las ambulancias partieron hacia Baton Rouge, a los hospitales mejor preparados.

—¿Cuántos han salido?

—He contado ocho.

—Son diez.

Los médicos confirmaron que eran diez. Lo que significaba que cinco hombres seguían desaparecidos. Esperaron a que los bomberos apagaran las llamas, con la esperanza de que también emergieran. Pero no ocurrió.

—¡Leroy! —lo llamó el señor Dean. Se acercó con un traje de protección que acababa de dejar uno de los supervivientes—. Póntelo. Necesitamos ayuda para la búsqueda.

A él ni se le pasó por la cabeza negarse. Se enfundó el equipo, se ajustó la máscara y, cuando tuvo luz verde de los bomberos, se adentró con otros tres compañeros en la zona siniestrada. El calor era insoportable, y con cada paso aumentaba la temperatura. ¿Cuarenta grados? ¿Cincuenta? Imposible saberlo.

La devastación era total. Los gases flotaban en el aire, el fuego devoraba escombros y lo único que se oía era el rugido de las llamas. Por gestos, uno de los compañeros señaló un rincón: había un cuerpo. Leroy vio que le faltaba la parte inferior; estaba partido por la cintura, las entrañas desparramadas por el suelo. Reprimió el asco y, coordinándose con otro, recogió lo que quedaba del cadáver. Vio a sus compañeros sacar otro cuerpo, pero no encontraron ninguno más.

Tras una hora de búsqueda, regresaron a la zona de primeros auxilios.

—No vamos a encontrar nada —dijo uno, exhausto—. El ácido descompone los cuerpos.

A pesar del despliegue, las explosiones habían dañado solo una parte de la planta. La zona del tanque de dicloroetileno parecía intacta. Como Leroy aún llevaba el equipo puesto, su jefe se le acercó.

—Necesito que alguien vacíe el tanque. No quiero más problemas. No podemos arriesgarnos a otra explosión. ¿Puedes ir?

Leroy no lo dudó. Se ajustó de nuevo la máscara y volvió a la sección en la que trabajaba antes del desastre. El tanque estaba como lo había dejado, incluso el aire parecía limpio. Giró válvulas, activó la extracción y lo vació. Después fue a comprobar los

monitores. La máscara se le había empañado y no lograba ver las agujas de los indicadores. Miró alrededor: no había señales de gases. Con cautela, se la quitó y aspiró una bocanada. No olía a nada. Aun así, mantuvo el respirador en la boca por precaución. Con tranquilidad, inspeccionó la tubería. No había gas dentro. Perfecto. Se inclinó hacia otro tubo, por el que pasaban hidrocarburos clorados. Justo en ese momento, una nube de vapor caliente con olor a almendras salió disparada y lo cubrió.

—¡Arg!

Quedó empapado. Se alarmó. Se ajustó la máscara y salió corriendo. Llegó hasta los bomberos con los ojos muy abiertos, intentando no entrar en pánico.

—¡Estoy contaminado!

El señor Dean señaló una tienda de campaña.

—¡Ducha de descontaminación!

Lo llevaron de inmediato. La piel le ardía como si estuviera quemada, pero respiraba bien porque no se había quitado el respirador de la boca. Tal vez había sido su salvación. O tal vez no.

El agua de la ducha cayó sobre su cuerpo con la violencia de ochenta litros por minuto.

—¡Quítate el equipo, todo, rápido!

Obedeció. Gran parte de la tela se había disuelto. De los calzoncillos solo quedaba la goma; las botas estaban corroídas y los calcetines, deshechos. Se arrancó lo poco que quedaba.

—¡Frótate la piel!

Bajo la presión del agua, se restregó con desesperación. La piel le ardía, enrojecida, pero siguió frotando, frotando, frotando, hasta casi arrancársela.

—¡Los ojos! ¡Lávalos bien!

No sabía quién le gritaba, solo oía una voz bajo la ducha. Obedeció. Se echó agua en los ojos una y otra vez. Tras quince minutos salió de la ducha tiritando. La piel le quemaba, sobre todo en las ingles, las axilas y la hendidura de las nalgas. Pero estaba vivo.

Por ahora.

IX

—... como si fueras picaña. Después de matarte, te cocinaré y obligaré a tu familia a que te coma, ¿lo pillas? Lo que le has hecho a mi hija...

Tomás Noronha se quedó boquiabierto al escuchar aquellas brutales palabras. De inmediato, Maria Flor reaccionó y corrió hacia la habitación de donde provenía la voz.

—¡Cuelgue!

—...n o tiene perdón, el niño naci...

La voz se cortó de golpe. Tomás entendió que era una llamada y que habían colgado. Entró en el salón y vio a una mujer sentada en el sofá, llorando. Las camelias rosas estaban tiradas en el suelo. Maria Flor dejó el teléfono sobre la mesa y abrazó a la mujer para reconfortarla.

—Maite, no se preocupe, aquí está segura —murmuró suavemente —. Se lo he dicho muchas veces: si recibe estas llamadas, cuelgue de inmediato. No permita que la molesten.

La mujer asintió, aunque seguía llorando.

—Dios mío, ¿cuándo se va a terminar esto? —gimió la desconocida —. ¿Cuándo me dejarán en paz?

Por su acento, Tomás adivinó que era brasileña. Estaba seguro de que se trataba de un caso de violencia doméstica: marido violento, mujer abusada, hijos maltratados, huida, persecución, amenazas. Una pesadilla demasiado común, aunque no siempre apareciera en las noticias.

—Aquí está segura —repitió Maria Flor—. Estamos en Lisboa, no puede pasarle nada. Tranquila.

Tomás comprendió la frialdad de su mujer al abrirle la puerta: no era porque no quisiera verlo —aunque no descartaba esa posibilidad —, sino porque tenía entre manos un asunto delicado. Y, dadas las circunstancias, le pareció que sobraba.

Miró a Maria Flor e hizo un gesto hacia la puerta de entrada.

—Quizás sea mejor que vuelva en otro momento...

—No, quédate.

Maite, la brasileña, se limpió las lágrimas; todavía sollozaba, pero parecía más tranquila.

La portuguesa no la soltaba, ayudándola a recuperar las fuerzas.

—Mamá, mamá.

Una niña de unos diez años entró corriendo en el salón, con un *smartphone* en la mano.

Maite la miró y, pese al dolor, sonrió.

—¿Qué pasa, mi cielo?

—¡Mira! ¡Mi vídeo está aquí! ¡Qué bien!

En la pantalla aparecía con una amiga, en bañador, jugando en la piscina de un jardín, entre risas y salpicones.

—¡Qué chulo! Estás en YouTube, mi amor. Mamá subió las imágenes con Tatiana. ¿Te gusta?

La niña chillaba de alegría, daba saltitos con el móvil apretado contra el pecho y salió de la habitación rumbo a su cuarto. Maria Flor notó que Tomás se sentía como un intruso, sin saber cómo gestionar la situación, por lo que decidió presentarlos para relajar la tensión.

—Maite vivía en Río de Janeiro, pero ha tenido que huir —explicó, tras las presentaciones—. Amnistía Internacional me pidió que la

ayudara. Su trabajo como médica le estaba trayendo muchos problemas.

Tomás frunció el ceño, sorprendido. Pensaba que se trataba de un caso de violencia doméstica, pero la referencia a la profesión de la brasileña cambiaba el escenario.

—Perdone, no quiero ser indiscreto —dijo—. Pero ¿qué problemas pueden obligar a una médica a huir de su país?

Maite suspiró.

—El Zika.

—Ah, el virus. ¿Se marchó para escapar de la epidemia de Zika en Brasil?

Quizás *epidemia* no era el término más adecuado. El virus del Zika lo transmitían los mosquitos en zonas tropicales causando, sobre todo, problemas de salud, principalmente neuropatía y mielitis. Tomás recordaba haber leído noticias sobre el impacto devastador del Zika en Brasil, pero nunca les había prestado demasiada atención.

—No he huido de ninguna epidemia —respondió la brasileña—. He tenido que huir de quienes combaten la epidemia.

—¿Cómo? No entiendo...

Maite buscó a Maria Flor con la mirada, como si le pidiera permiso para hablar. Su protectora asintió.

—No sé qué sabe usted, pero en Brasil, sobre todo en Maceió, empezaron a nacer muchos niños con microcefalia, un problema que reduce el tamaño del cráneo y provoca graves deficiencias neurológicas en los recién nacidos —explicó—. Me llamaron porque soy infectóloga. Concluimos que era por culpa del Zika. Como había vacuna, se la recomendé a las mujeres de la región. Pero fue extraño: la primera dudó, me dijo que las vacunas estaban caducadas. Le aseguré que eso era absurdo. Luego...

Le sonó el móvil y, acto reflejo, ella pulsó el botón verde.

—¡Puta! —gritó una voz de mujer con acento brasileño, no era el hombre de hacía instantes—. ¿Fue George Soros quien te mandó hacerle eso a mi nene? ¡Me las vas a pagar! ¡Te vamos a matar, bruja asquerosa, te vamos a...!

Con rapidez, Maria Flor se lanzó sobre el teléfono y colgó.

—¡Maite, por favor, se lo he dicho mil veces! —la reprendió—. ¡No puede contestar!

La médica temblaba, con los ojos llorosos.

—Yo... Yo... Es más fuerte que yo.

—Vale, tranquila —la calmó Maria Flor—. Aquí en Lisboa, está a salvo. Pero no coja el teléfono, por favor. Lo único que va a conseguir es ponerse más nerviosa.

—Intentaré controlarme.

Maria Flor se levantó y cogió su móvil.

—Voy a llamar a Estados Unidos, por lo de los vídeos. Cuando consiga conexión, vuelvo para que escuche la conversación. A ver si esta vez funciona.

—Vale.

Tomás entendió que las llamadas hostiles eran frecuentes y de varias personas. El misterio crecía. Mientras Maria Flor se alejaba con su *smartphone* para contactar con alguien en Estados Unidos de quien él no sabía nada, para hablar de unos vídeos de los que tampoco había oído hablar, fue a buscar un vaso de agua. Maite se lo bebió de un trago.

Tomás se sentó en el sofá.

—Estaba contando lo que ocurrió en Maceió —le recordó cuando vio que se recomponía—. La historia de esa mujer que decía que las vacunas contra el Zika estaban caducadas.

—Sí. Al principio no le di importancia —retomó Maite—. Pero luego, al seguir, otras mujeres me interrumpieron. Me acusaron de trabajar para Bill Gates, Oxitec y el movimiento eugenésico. Decían que las vacunas causarían malformaciones para impedir que las latinoamericanas se reprodujeran y así eliminar a las razas inferiores. Como yo soy blanca y les recomendaba vacunarse, pensaron que formaba parte de esa conspiración nazi. Creían que si me hacían caso, sus hijos nacerían con microcefalia.

—¿Bill Gates y el movimiento eugenésico? —preguntó Tomás—. En la última llamada han mencionado a George Soros...

—Sí. En cada reunión me encontraba con una excusa distinta. Unas decían que era un complot de Soros y los judíos para debilitar a los cristianos y traer extranjeros blancos para dominar el mundo. Otras culpaban a la Fundación Rockefeller, a los capitalistas y a las grandes farmacéuticas de querer provocar malformaciones para luego presentarse como salvadores y enriquecerse a costa del sufrimiento brasileño. Otras más decían que era Monsanto, también para lucrarse. Algunas incluso culpaban a la Organización Mundial de la Salud, infiltrada por intereses financieros. Cada estupidez... Ni se imagina las barbaridades que oí.

—Por lo visto, esa gente tiene mucha imaginación.

—No es imaginación —le corrigió la médica—. Esas mujeres solo repetían lo que alguien les había contado.

Eso era nuevo.

—¿Quién?

—Empecé a preguntar y lo entendí. ¿Sabe de dónde sacaban todas esas tonterías?

—¿De sus amigas?

Maite señaló su *smartphone*, que usaba como teléfono y ordenador.

—Del móvil.

X

El teniente Dimitri Chernishev y los hombres de la unidad de desactivación de explosivos llegaron a la comisaría de Dashkovo-Pesochnya, en el centro de Riazán, a las cinco de la mañana. Mientras el capitán Sokolov y sus subordinados depositaban las pruebas en el almacén —los sacos, el detonador, las baterías y el reloj incautados en el sótano del edificio—, Dimitri se dirigió a la pequeña cocina. Estaba agotado y muerto de hambre. Se preparó dos sándwiches de jamón y queso y los devoró con ansiedad.

Poco después, los agentes de la unidad regresaron para despedirse desde la puerta.

—Hemos dejado las pruebas en el depósito —anunció el capitán—. Nos vamos.

Uno a uno, se marcharon a sus casas. Cuando Dimitri se quedó solo en la comisaría, se acercó al samovar para calentar agua y prepararse un té negro. Le quedaba trabajo por terminar antes de marcharse: debía redactar el informe con los acontecimientos de la noche. Y también quería comprobar un detalle.

Con la taza humeante en la mano, se dirigió a su despacho. Se sentó frente al ordenador y accedió al registro central de la propiedad de vehículos. A esas horas ya habrían solicitado la búsqueda, pero Dimitri quería ver la respuesta con sus propios ojos.

Tecleó la matrícula que le había dado el testigo:

T 534 BT 77 RUS

En menos de un segundo, apareció el nombre del propietario:

Elena Alexandrova Vitalina

¿Sería ella la joven que habían visto transportando los sacos? Si lo era, habría sido un golpe de suerte. Y también la confirmación de que se trataba de unos aficionados. A continuación, consultó los datos del sistema: era una arquitecta retirada que vivía en la calle Shabolovka, en Moscú. Tenía setenta y tres años.

—¡Mierda!

No podía ser ella. El testigo había sido claro: se trataba de una mujer joven. Probablemente, los terroristas habían usado una matrícula falsa. La policía de Moscú ya estaría interrogando a la mujer, pero Dimitri dudaba de que sacaran algo en claro. Los chechenos no habrían cometido tamaño error. Había llegado a un callejón sin salida.

Se conectó al sistema de la comisaría y comenzó a redactar el informe. Tardó una hora en terminarlo. Justo al acabar, sonó el teléfono del despacho contiguo. Dimitri se sobresaltó. ¿Quién llamaba a las seis de la mañana? ¿Habría novedades? ¿O habría ocurrido algo más?

Descolgó.

—Teniente Dimitri Chernishev al habla. ¿Dígame?

Una voz femenina respondió al otro lado.

—Buenas noches, teniente. Siento molestarlo a estas horas. Me llamo Natalia Sakharova y trabajo en Elektrosvyaz. —La empresa rusa de telecomunicaciones.

—¿Ocurre algo, señora Sakharova?

—Es por el asunto de la bomba aquí, en Riazán —dijo con voz insegura—. ¿Cree que podría hablar con alguien relacionado con la

investigación?

—Yo mismo, la escucho. ¿Qué información tiene?

—Como le decía, soy operadora de telefonía en Elektrosvyaz —repitió, y enseguida pasó al asunto que la inquietaba—. A veces escuchamos llamadas, ¿sabe? Tenemos órdenes de asegurarnos de que se respetan las leyes. Es una medida preventiva, por si surgiera algo inusual...

—Adelante, señora —la interrumpió Dimitri, impaciente. Sabía perfectamente que en Rusia era habitual que las autoridades interceptaran conversaciones privadas, una herencia directa de la época soviética—. ¿Ha oído algo sospechoso?

—Sí.

Ah.

—¿Y...?

—Una llamada extraña, de Moscú a un móvil. La persona de Moscú dijo, cito de memoria: «Venid solos, hay controles por todas partes».

—¿Está segura?

—Sí. Es más o menos lo que dijo el hombre. Luego colgaron.

—¿Tiene los números?

Vaciló unos segundos.

—Tengo el número desde donde se hizo la llamada. Pero no el de Moscú.

—¿Y eso por qué?

—Es un poco raro... Tengo que investigarlo más a fondo. Antes de dar esa información, necesito comprobar un par de cosas.

—¿Qué cosas?

—Un detalle técnico. No puede haber errores, como comprenderá.

A Dimitri lo sorprendió tanta prudencia. Pero era su responsabilidad, así que no le quedó más remedio que respetarla.

—Vale. Haga lo que tenga que hacer. Y grabe todas las llamadas, ¿me oye?

—Inmediatamente, teniente.

—Esté muy atenta a cualquier otra conversación sospechosa. Tanto usted como sus compañeras. Llámeme en cuanto tenga novedades.

Colgó y miró hacia la ventana. No pretendía observar el paisaje —aún era de noche, solo brillaban algunas farolas tristes en la calle desierta—, sino saborear la satisfacción. Habían lanzado la red. Y muy pronto atraparían a los terroristas chechenos.

XI

El empleado, un chico con el pelo teñido de naranja, un pendiente en la oreja izquierda y gestos afeminados, se acercó al cliente. Estaban en una terraza rodeada de rascacielos relucientes situada junto al río Schuylkill. Le tendió una cartulina negra, enorme.

—Vuelvo enseguida para tomarle el pedido —dijo el chico con una sonrisa—. Tómese su tiempo.

Con desconfianza y miedo, Leroy Roderick cogió la cartulina y la miró. La palabra *menú* impresa no dejaba margen a la duda. «Se creen muy finos», pensó. Estaba más habituado a las cartas plastificadas de los restaurantes de su Luisiana natal que a diseños tan cuidados. ¿Para qué tanta sofisticación para una simple lista de platos? La leyó.

Pasta de boniato con berza crocante
Albóndigas de guisantes y quinoa con ensalada de remolacha
Tofu de coco picante con calabaza y brócoli
Seitán frito con salsa de cacahuetes al estilo de Indonesia
Tartaletas de calabaza asada, salvia, hinojo con nueces y pesto de rúcula

«¿Qué mierda es esta?». Estaba en inglés, pero más bien parecía chino. Claro que reconocía la mayoría de las palabras, pero combinadas entre ellas no les encontraba sentido, como si estuvieran ahí solo para sonar bien, no para significar algo. ¿Qué demonios iba a pedir si no entendía nada? Leyó y releyó cada línea, pero no lograba descifrar lo que le proponían.

—¿Ya sabe lo que va a pedir?

El tipo del pendiente y el pelo teñido de naranja había vuelto.

—Oiga... Bueno... ¿Tienen un filete?

—Este restaurante es vegano, cielo.

Había oído esa expresión por televisióny, aunque no estuviera del todo seguro, creía saber lo que significaba.

—¿Solo tienen comida vegetariana?

—Vegana. Mire, le recomiendo el seitán frito con salsa de cacahuetes al estilo de Indonesia. Es una especie de *satay*. Está di-vi-no.

Estas modernidades no lo convencían nada.

—¿Y pollo frito con patatas fritas? ¿O un filete poco hecho? ¿Tienen?

El chico apretó los labios, como si intentara tragarse lo que pensaba de alguien como él. Estaba claro que solo un cateto podría exhibir gustos culinarios tan toscos.

—Cielo, aquí no tenemos ningún plato que haga sufrir a los animales. Solo tenemos comida vegana. Es sabrosa, sana y protege a los animales y al medioambiente. ¿Por qué no la prueba?

Leroy se sintió incómodo con el tono condescendiente del camarero y se removió en la silla.

—Solo quería un filetito —respondió con avidez—. Y, perdone, no me llame «cielo», yo no soy ningún marica...

El camarero esbozó una expresión de *shock*.

—¿Cómo ha dicho? —se escandalizó—. ¡Eso es homofóbico!

—Vale, pero yo no acepto que me llame «cielo» un puto afeminado con el pelo teñido de naranja.

—¡Me está ofendiendo!

A Leroy le sorprendió la reacción del chico. Él solo había dicho la verdad.

—Pero si tienes el pelo teñido de naranja. No es una ofensa, es una constatación.

—¡Además de homofóbico, hace discriminación capilar!

—¿Discriminación cap...?

En las mesas de alrededor se oyó un coro de protestas. Leroy echó un vistazo, convencido de que los demás comensales estarían de su lado; al fin y al cabo, según él, no había dicho nada malo. Pero se sorprendió al comprobar hacia quién iba dirigida la furia de los clientes de la terraza. Todos los rostros de enfado y las palabras agresivas eran para él.

—¡Debería darle vergüenza!

—¡Tendría que aprender a respetar a las personas!

—¡Estos catetos supremacistas y reaccionarios del sur se creen que todavía están en la época de la esclavitud y que pueden decir lo que les dé la gana! ¡Era lo que faltaba!

—¡*Redneck* de mierda, vete por donde has venido!

—¿Habéis visto a estos pueblerinos desdentados? Además de burros, son sexistas y homófobos. ¡Qué gentuza!

Era imposible quedarse en la terraza. Estaba aturdido. Se levantó tambaleándose; en las piernas aún sentía las quemaduras del ácido y no podía doblar bien las rodillas. Aun así, se alejó lo más deprisa que pudo. Aunque dejaba atrás los insultos y las risas, la humillación lo acompañaba. Se sentía sucio, rebajado, inferior. ¿Quiénes eran esas personas y por qué se creían con derecho para hablarle así? ¿Cómo era posible que lo hubieran maltratado por decir cosas que a él le parecían tan normales? Aunque ganaran más y tuvieran otras comodidades, nada les autorizaba a tratarlo así.

Dio la vuelta a la esquina y se apoyó en una pared, jadeando. Era un cajún y los cajunes aguantaban todo, se dijo, intentando recuperar algo de la valentía de su vieja alma acadia. Miró a su

alrededor y se fijó en los rascacielos, que lo hacían sentirse pequeño. Si había una ciudad en Estados Unidos cargada de historia era esa: Filadelfia. Fundada en el siglo XVII, había sido el escenario de la Declaración de Independencia. Por eso, la gran urbe de Pensilvania representaba los valores más sagrados de América. Y si había algo que Leroy veneraba, además de la Biblia, eran esos valores. Aun así, no se sentía a gusto. Peor: no sentía que estuviera en su país. Estaba en Estados Unidos, sí, pero era como si hubiera emigrado a otra parte, a un lugar donde se hablaba inglés, pero muy distinto de su querida Luisiana.

Incluso en las cosas más banales, las diferencias saltaban a la vista. Allí se veían asiáticos con traje y corbata, y negros de la mano de blancos, mientras que allá todos sabían muy bien cuál era su sitio. Allí se oían lenguas extranjeras por la calle, mientras que allá todos hablaban inglés; allí muchos iban a pie o en bicicleta, mientras que allá las aceras estaban vacías y las autopistas llenas de *jeeps* gigantes; allí los tejados estaban cubiertos de placas solares, mientras que allá las refinerías decoraban el paisaje; allí las tiendas ofrecían productos «orgánicos» y «biológicos», mientras que allá las estanterías rebosaban *bacon*, tortitas y pollos decapitados; allí los restaurantes servían comida vegana y sin gluten, mientras que allá los menús ofrecían *jambalaya*, costillas fritas y filetes *ribeye* sangrantes.

Lo peor: en aquella terraza no había visto a nadie dar las gracias a Dios antes de comer, y las iglesias de Filadelfia que había visitado al llegar le habían parecido más bien atracciones turísticas, con su función espiritual archivada en algún cajón del olvido. ¿El norte se estaba convirtiendo en unas nuevas Sodoma y Gomorra?

¡Ah, América se echaba a perder!

Los canales de televisión también eran diferentes en Filadelfia y, suponía, que también pasaría lo mismo en todo el Norte progresista. En las cafeterías y restaurantes solo se veía la CNN o la MSNBC. ¿Qué pasaba con Fox News? ¿Nadie veía el canal que sacaba a la luz los verdaderos problemas del país? ¿Cómo iban a superar los enormes retos a los que se enfrentaba Estados Unidos si ni siquiera sabían que existían? No entendía cómo el Norte, supuestamente tan rico, estaba tan ciego. Y más aún: si el Norte era tan próspero, era gracias al Sur. ¿Qué era la «Alameda del Cáncer» sino la tierra del sacrificio, la fábrica en la que la industria petroquímica generaba la riqueza de la que vivía el Norte? Aquellos progresistas mordían la mano que les daba de comer. Más que incomprensible, le parecía imperdonable.

Meneó la cabeza. Cómo le gustaría abrir la mente a esos progresistas y meterles un poco del viejo *common sense* americano. Los habían contaminado con ideas radicales. Justo en ese momento pasó por delante un quiosco y le llamó la atención la portada de *The Philadelphia Tribune*: unos universitarios habían lanzado pintura a un monumento, una protesta en defensa del medioambiente.

Le pareció una estupidez monumental. ¿Cómo iba a ayudar al medioambiente arrojar pintura, un químico contaminante? ¡Era contraproducente! Siempre había pensado que los estudiantes universitarios eran inteligentes, pero por lo visto estos eran idiotas. Seguramente, sería culpa de la droga. En el Sur solía decirse que las universidades del Norte estaban llenas de *hippies* que andaban por ahí desnudos, fumando porros y montando protestas en clase.

Se alegro al encontrarse en la acera a un vendedor de perritos calientes. Compró dos, bien condimentados con mostaza y kétchup, y un refresco con gas. ¡Qué alivio! Al menos, en el Norte todavía

quedaba quien vendía comida estadounidense de verdad. Se sentó en un banco, cerró los ojos y rezó.

—Señor, te doy las gracias por los alimentos que voy a comer. Soy tu hijo, tú eres mi padre. Protégeme de la tentación y sálvame del pecado. Amén.

Terminó y dio el primer mordisco. No sabía tan bien como los perritos calientes de Luisiana, pero se conformó. Mientras masticaba, vio a dos mujeres cogidas de la mano besándose en los labios. Dejó de masticar, atónito.

¡Qué mundo era ese!

Cuando terminó de comer, sacó un papel del bolsillo y miró la dirección. Después la buscó en el mapa. No estaba lejos. Echó a andar. El gerente de su unidad petroquímica, el señor Dean, le había comprado un billete de avión a Filadelfia para que fuera a hablar con un tal Alexis Rubinstein sobre un empleo que podría interesarle. Por eso estaba allí. Siguió la dirección y llegó a su destino.

Se trataba de un rascacielos de unos cuarenta pisos; el último casi tocaba las nubes bajas. Volvió a mirar el papel que el señor Dean le había dado y comprobó que tenía que subir al vigésimo séptimo. Al llegar a la puerta del edificio, se cruzó con una mujer vestida con ropa de ejecutiva que también quería entrar. Casi por instinto, se detuvo y le cedió el paso. La mujer lo miró, irritada.

—¿Por qué es condescendiente conmigo? —le preguntó con una agresividad inesperada—. ¿Porque soy mujer? ¡El patriarcado tiene que acabar, ¿me oye?! Pase usted primero, que para eso ha llegado antes.

Leroy se quedó perplejo. Como la mujer se negaba a pasar, antes de que montara un numerito, decidió avanzar y entró en el edificio. Ella lo siguió. Al llegar al vestíbulo, se detuvo y la vio dirigirse a los ascensores. Nunca le había pasado nada igual. Desde niño, sus

padres lo habían educado para que fuera cortés con las señoras, pero, por lo visto, en el Norte progresista las cosas no funcionaban de la misma forma.

—Feminazis —murmuró para sus adentros, una expresión muy común en el Sur para referirse a las feministas—. ¡Jesús! Estas ahora quieren ser hombres...

Esperó hasta que la mujer se fue, no estaba cómodo compartiendo el ascensor con una feminazi, y luego subió él. Se detuvo en el piso 27 y se dirigió a la recepción que había en esa planta.

—Buenas tardes. Tengo una reunión con el señor Alexis Rubinstein.

—No es un señor.

—Ah, perdone. ¿Es una mujer?

Alexis era uno de esos nombres ingleses que podían usarse para ambos sexos.

—Lo siento, es una forma incorrecta de referirse a Alexis —lo corrigió la recepcionista—. Es una persona que menstrúa.

Leroy parpadeó.

—¿Perdone?

—Decir «mujer» es discriminatorio, como ya debería saber. La expresión inclusiva es «persona que menstrúa».

Leroy se quedó boquiabierto.

—¿Ya no se puede decir «mujer»?

—No es una palabra inclusiva —insistió la recepcionista, cortante —. Y no, Alexis Rubinstein todavía no ha llegado. Llegará dentro de media hora..., si viene.

Seguía estupefacto por lo que acababa de oír respecto a la forma correcta de referirse a las mujeres en el Norte. Tampoco entendía del todo lo que la recepcionista le acababa de decir. ¿Se habría

equivocado de hora? Miró el papel que le había dado el señor Dean y comprobó que no.

—Pero si yo tenía una reunión a esta hora con la señora..., eh..., con... con esa persona.

—Ya, bueno, pero es que las cosas no funcionan así. La hora es un mero indicador.

—¿Indicador? ¿Qué quiere decir?

—Que se puede cumplir... o no. Puede aguardar en la sala de espera, por favor.

El recién llegado se quedó mirando a la recepcionista sin entender nada.

—¿Se va a cumplir el horario o no? —preguntó, visiblemente confundido—. ¿No existe la puntualidad en esta empresa?

—La puntualidad es un concepto racista.

—¡¿Racista?! —Lo último que esperaba oír.

—Sí, racismo camuflado. La puntualidad es un valor de la cultura blanca que se intenta imponer a todo el mundo. Hay otros valores igual de buenos o mejores que los de la cultura blanca.

—Pero... Pero la puntualidad no tiene nada que ver con el racismo, señora. Déjeme que le aclare algo: ser puntual es sinónimo de ser profesional.

—La profesionalidad también es un concepto racista. Otras culturas tienen valores distintos a los que la cultura blanca intenta imponer. Y aprovecho para decirle que es inaceptable que haya usado la palabra *aclarar*. Viene de *claro*, que a su vez viene de *blanco*. Es una palabra de origen racista.

Leroy no sabía qué decir. Cada expresión que usaba desataba un problema; era como pisar un campo de minas donde cada paso provocaba una explosión. No le quedaba ninguna duda de que estaba en un mundo totalmente nuevo. ¿Cómo podía una sociedad

funcionar si la gente no cumplía sus compromisos ni se comportaba de forma profesional? ¿Ahora tampoco se podía llamar *mujeres* a las mujeres ni usar la palabra *aclarar*? Con una lógica así, él se sentía incapaz de razonar, así que se dirigió a la sala de espera, se sentó en una silla y esperó obedientemente, mientras intentaba procesar todo aquello.

Unos cuarenta minutos después, la recepcionista lo llamó y lo llevó a un despacho. Entró casi con miedo, pero Alexis Rubinstein parecía simpática y no hizo ninguno de los comentarios desagradables que había oído hacía media hora en la terraza ni en boca de la recepcionista. Al contrario, se mostró respetuosa y le presentó una propuesta laboral bastante interesante: técnico de mantenimiento en la refinería Valero Texas City. Y más importante aún: el sueldo era un veinte por ciento superior al que recibía en Luisiana, algo poco común en aquella época.

—Y... ¿cuál es el seguro médico?

Era una pregunta importante, teniendo en cuenta el estado de Betty y las limitaciones que él mismo sufría tras exponerse a la contaminación en su puesto de trabajo. Rubinstein sacó un cuaderno del cajón y se lo dio.

—Vea.

Leroy leyó el plan; no era muy diferente del que tenía en su empresa. Le habría gustado que fuese mejor, pero el sueldo superior compensaba el estancamiento en los apoyos sanitarios.

Solo quedaba una cuestión por resolver.

—¿Cómo será el alojamiento? —preguntó—. ¿Ofrecen casa?

—No.

Eso era un problema.

—¿Y alquilan?

—Solo habitaciones. En esa zona no hay apartamentos de alquiler, me temo.

Así era imposible.

—Bueno..., esperaba que la empresa pudiera acomodar a mi familia mientras yo trabajo en la refinería...

Rubinstein le propuso una solución que a ella le parecía bastante obvia.

—¿Por qué no compra una casa? Ponga la suya a la venta y con el dinero compra una en Texas. En las inmediaciones de la refinería hay barrios con chalés excelentes.

Solo alguien que no conociera el lugar en el que vivía Leroy, junto al Misisipi, podría sugerir algo así. Vender su casa en Burnside era impensable, no porque no quisiera ponerla en el mercado, sino porque la fuente de contaminación ahuyentaba a cualquier comprador. Solo un loco consideraría la posibilidad de adquirir una propiedad en la «Alameda del Cáncer».

—Bueno..., me lo voy a pensar.

Se despidió de Rubinstein desanimado. La perspectiva de un buen aumento salarial, algo muy raro en aquellos tiempos, le había entusiasmado. Pero sin casa para su familia, no había nada que hacer. En ese caso, el aumento del veinte por ciento no compensaba. Al contrario, estarían peor. Su casa en Burnside estaba pagada, pero si se trasladaban a Texas tendría que asumir también los gastos de la vivienda.

Al salir del ascensor, sonó su móvil. Era su hijo.

—Hola, Charlie.

—Papá, tienes que venir inmediatamente. —El tono no auguraba nada bueno.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Tenía la voz embargada. Era evidente que Charlie estaba compungido, aunque hiciera un gran esfuerzo por aguantarse las lágrimas y controlarse.

—Mamá ha muerto...

XII

Cuando Maite le mostró su *smartphone*, Tomás Noronha se quedó un buen rato observándolo, intrigado. Ella acababa de decirle que en aquel aparato estaba la fuente de los más variados rumores sobre el origen del Zika y los peligros de las campañas de vacunación. Todo estaba ahí. O, mejor dicho, en las redes.

—¿Está todo en el móvil?

—Eso descubrí —confirmó la médica brasileña—. Twitter está lleno de mensajes sobre el tema. En Facebook hay «grupos» donde se discute la manipulación del Zika con fines siniestros. Reddit está plagado de debates interminables sobre los peligros de las vacunas. *Blogs*, pódcasts... Todo lleno de disparates. Fui a YouTube y hay vídeos y documentales que exponen las acciones siniestras de los más diversos agentes que supuestamente están detrás del Zika.

—¿Como por ejemplo?

—Mire, hay un documental de un tal VM Granmisterio, promocionado en YouTube, que afirma que la Fundación Bill Gates está desarrollando campañas de vacunación por todo el mundo con gran mérito, dice, pero que también financió Oxitec, una empresa que trabaja en la modificación genética de mosquitos para crear una cepa capaz de exterminar a las razas no blancas. Todo forma parte de un plan del movimiento eugenésico para garantizar el dominio mundial de los blancos.

Tomás no daba crédito.

—¿Ha encontrado eso en YouTube?

—Eso... ¡y mucho más! Hay vídeos que dicen que el problema es el mercurio de las jeringuillas. Otros afirman que el Zika es culpa de Monsanto, como sabe, el mayor productor mundial de pesticidas, y que están envenenando las cosechas, lo que provoca el virus. Un vídeo explica que el Zika ha sido creado en un laboratorio de la Fundación Rockefeller por instigación de los Illuminati. Otros culpan a Soros y a su agenda de globalización, que pretende debilitar a los brasileños y facilitar la llegada de extranjeros para conquistar Brasil. Algunos aseguran que todo formaba parte de una agenda anticristiana promovida por grupos feministas para legalizar el aborto. Incluso hay un vídeo de un cura que suplica a las madres brasileñas que no escuchen a los médicos, asegurando que son unos malnacidos vendidos a las farmacéuticas y que el Zika es un negocio para sacarles dinero. Mire, es imposible describir todas las barbaridades que he encontrado en las redes sociales. ¿Me entiende? Una locura.

—¿En YouTube no hay ningún vídeo serio que cuente la verdad, que presente pruebas científicas?

—Cuando se hace una búsqueda en YouTube o en Facebook, lo primero que aparecen son esas tonterías. No sé cómo es posible, pero solo he encontrado vídeos y discusiones surrealistas, nada serio.

—¿Y la gente se lo cree?

—¿Cómo no se lo va a creer? Las personas piensan que YouTube es tan creíble como TV Globo y que Facebook informa con la misma veracidad que los periódicos. En internet hay informaciones que no aparecen en televisión ni en prensa... Estamos hablando de una avalancha de contenidos. Así que las conclusiones a las que llegan es que los medios les están ocultando información, ¿lo entiende?

Tomás se rascó el cuero cabelludo.

—Bueno, visto así, la cosa se complica.

—Se ha creado un problema muy grave, ni se imagina —prosiguió Maite—. Los vídeos y las publicaciones en redes sociales afirman que las vacunas ponen en peligro la vida de madres y bebés. Eso genera pánico. Las mujeres comenzaron a rechazar las campañas de vacunación contra el Zika. Aldeas enteras se alzaron en contra de las vacunas. Intenté explicarles que no había ningún peligro, que las vacunas eran seguras..., pero ¿quién soy yo para contradecir a YouTube, Facebook o Twitter y las redes de fama mundial? Nadie me creía. Peor aún: los vídeos dicen que nosotros, los médicos, somos cómplices de ese complot contra el pueblo brasileño. Entonces... —No terminó la frase. Señaló su móvil—. Empezaron las amenazas. Un idiota dijo mi nombre en uno de sus vídeos de YouTube. Le contó al mundo que yo, personalmente, estaba detrás de un proyecto secreto para obligar a las mujeres brasileñas a abortar. Y entonces comenzaron las llamadas. Que obedezco a Soros, a Rockefeller, a las farmacéuticas, a los nazis, a las feministas... Mire, no se hace una idea. Que iban a matarme, a mi hija, a toda mi familia... Un infierno. Imagínese. Claro que tengo miedo, ¿cómo no? Tuve que huir. Por suerte, tengo un amigo en Amnistía Internacional que me dijo que lo mejor era venir a Portugal... Así que me vine. Cogí a mi hija y...

—... *you're the person in charge of complaints?* —los interrumpió Maria Flor, que se acercaba hablando con la opción de manos libres del móvil—. ¿Es usted la persona responsable de las quejas? Muy bien, llevo días intentando hablar con usted. Lamento que solo ahora haya sacado tiempo para atenderme.

—Me temo que he estado muy ocupado —respondió la voz—. ¿Cómo puedo ayudar?

—Como ya expliqué ayer varias veces a sus compañeros, no sé si le han pasado esa información, es una situación de emergencia —

dijo Maria Flor—. Estamos ayudando a una médica brasileña que ha tenido que huir de Río de Janeiro por culpa de YouTube.

—¿Por culpa nuestra? ¿Puede probar esa acusación?

—Hay un vídeo en su plataforma donde se la nombra como responsable de la epidemia del Zika en Brasil. Es totalmente falso. Ella es médica infectóloga, cuyo único «delito» ha sido intentar convencer a las mujeres brasileñas de que se vacunen contra el Zika, un virus que está provocando una oleada de nacimientos de niños con microcefalia y otros problemas graves. De hecho, esos vídeos están generando un problema grave de salud pública en Brasil, ya que cada vez más mujeres se niegan a vacunarse por culpa de las teorías falsas que esos vídeos de YouTube están ayudando a propagar. Todo esto está agravando la pandemia.

—YouTube se toma muy en serio las cuestiones de seguridad y bienestar, señora. Realizamos investigaciones internas y llegamos a la conclusión de que nuestra plataforma promueve contenidos rigurosos y positivos. En algunos casos excepcionales puede haber problemas, no lo negamos, pero...

—¡¿Casos excepcionales?! ¡La mayoría de los vídeos sobre el Zika que aparecen en YouTube promueven teorías absurdas!

—No es lo que indica nuestra investigación, señora. Es cierto que en ocasiones aparecen vídeos problemáticos, pero, infelizmente, es imposible eliminarlo todo; aun así, estamos convencidos de que se trata de casos aislados.

—¡No es lo que sucede en el caso del Zika!

—Insisto, nuestro equipo interno es claro. Son casos aislados. Cuando encontramos vídeos potencialmente peligrosos, los retiramos. Conviene recordar que YouTube no se hace responsable del contenido de los vídeos subidos a su plataforma. Eso está claramente indicado en las cláusulas de aceptación de los usuarios.

—¿Qué cláusulas? ¿Ese texto denso, largo, escrito en letra minúscula que aparece cuando una persona entra en YouTube por primera vez y que todos aceptan sin leer?

—No tenemos la culpa de que la gente no lo lea, señora.

—¿No tienen la culpa? Entonces, si *The New York Times* publica una noticia falsa, ¿no sería responsable de lo que publica?

—*The New York Times* es el autor de sus contenidos, señora. Nosotros no. YouTube es solo una plataforma. No producimos contenidos. Los responsables son los autores.

—¡Ustedes los divulgan!

—Sí, pero no somos los autores. Eso está explícito en las cláusulas de aceptación.

Maria Flor puso los ojos en blanco. Estaban dando vueltas al tema sin salir del mismo sitio.

—Vale, bien —dijo, intentando simplificar—. ¿Y el vídeo en el que se menciona el nombre de la doctora? ¿Pueden al menos retirarlo?

—Me temo que no.

—¿No? ¿Por qué?

—Lo hemos revisado y no consideramos que esté probada una relación de causa-efecto entre lo que dice el vídeo y las amenazas que, presuntamente, ha recibido la médica. Además, le repito: YouTube es solo la plataforma. La responsabilidad es exclusiva de los autores.

—¡El vídeo pone en peligro su vida! ¡Ha tenido que huir de Brasil por las amenazas que recibe! ¿De verdad no pueden retirarlo?

—Lo siento, señora. Entendemos su preocupación, pero no podemos considerar probado el vínculo. Y, como ya dije, YouTube no se responsabiliza del contenido. Es la ley.

Hablar con ese hombre era como hablar con una piedra. La conversación terminó sin acuerdo. Cuando colgó, Maria Flor estaba

tan furiosa que parecía que iba a estampar el móvil contra la pared.

—¿Habéis oído eso? —exclamó, exaltada—. ¡Mierda! ¡Estas personas no asumen ninguna responsabilidad! ¡Es increíble! Divulgan vídeos que ponen vidas en peligro, algunas personas reciben amenazas, otras se niegan a vacunarse por culpa de estas campañas de desinformación y estos tipos... ¡¿Qué es esto?!

En ese momento, la niña de diez años apareció de nuevo en el salón.

—Mamá, mamá, ¿sabes cuántas personas han visto mi vídeo jugando en la piscina?

La médica sonrió para que la niña no percibiera su angustia.

—¿Cuántas, mi niña?

—Miles y miles.

Su madre mantuvo la sonrisa con ternura.

—No puede ser, angelito. Es solo un vídeo donde juegas con una amiguita. ¿A quién iba a interesarle eso? Solo a los abuelitos y a la familia, ¿no?

La niña le tendió el móvil.

—Te lo juro, mamá. Miles de visualizaciones. Todo el mundo me sigue. Mira, mira.

Maite miró de reojo la pantalla del *smartphone* y, de repente, abrió los ojos de par en par. Estaba perpleja.

—¡¿Cuatrocientas mil?!

Los tres adultos intercambiaron miradas, incrédulos. Cuatrocientas mil visualizaciones, poco para el medio millón. No era normal para un simple vídeo casero de dos niñas jugando en una piscina.

—No es posible —dijo Tomás—. Enséñeme eso.

Tras comprobar de nuevo la cifra, la médica le tendió el móvil.

—Mire.

El historiador confirmó el número. Ahí estaban: cuatrocientas mil visualizaciones. ¿Cómo era posible? Intrigado, empezó a ver los vídeos que YouTube sugería.

Se quedó boquiabierto.

—¡Oh, no...!

—¿Qué pasa? —preguntó Maite—. ¿Qué sucede?

Tomás se acercó y le mostró la secuencia de imágenes asociadas al vídeo de su hija en la piscina.

—Mire esto.

Eran decenas de vídeos caseros que mostraban a niñas preadolescentes, todas parcialmente desnudas. En la playa, en la piscina, en la cama, rodando por el suelo, saliendo del baño. Una tras otra. Todas entre seis y doce años, en bañador o en ropa interior. Los vídeos eran inocentes; lo inquietante era lo que sugerían las secuencias. Era un *shock*.

Maite estaba atónita.

—¡Dios mío!

Después, Tomás siguió las recomendaciones de YouTube y se puso a ver vídeos de mujeres hablando de sexo, en ropa interior, dando de mamar a sus bebés, posando eróticamente vestidas como bebés, prometiendo vídeos privados a cambio de dinero, niñas captadas en momentos de desnudez no intencional, niñas de seis años cambiándose de ropa o haciendo gimnasia. Todos tenían miles y miles de visualizaciones. El patrón de recomendaciones era perturbador.

—¿Os dais cuenta de lo que está pasando? —preguntó—. YouTube está relacionando vídeos de niñas con contenido que puede interesar a un público muy específico. Un segmento enfermizo.

Se quedaron paralizados. El patrón era evidente y alarmante. Durante unos instantes, los tres permanecieron en silencio,

intentando asimilar lo que acababan de descubrir. Ante sus ojos había una prueba tan irrefutable que casi se imponía como una epifanía.

¿YouTube estaba promoviendo la pederastia?

XIII

Nada más despertarse, bien entrada la mañana, Dimitri Chernishev creyó que había tenido una pesadilla en la que un denunciante lo conducía a un edificio en el que había tres extraños y en donde, tras inspeccionar el sótano, habían encontrado una bomba artesanal tan poderosa que si hubiera llegado a explotar, habría provocado el colapso de toda la estructura. Tras el hallazgo, miles de policías se lanzaron a patrullar las calles en busca de los tres sospechosos. Tras unos instantes, Dimitri se dio cuenta de que no lo había soñado. Aunque pareciera increíble, es lo que había ocurrido la noche anterior. Ya despierto, saltó de la cama y encendió el televisor. En Rossiya 1, el principal canal del país, varios reporteros informaban en directo desde Riazán, dando detalles de lo sucedido y de lo que se esperaba para las próximas horas. Entre otras cosas, hablaban de la amenaza chechena que se cernía sobre Rusia y entrevistaban al héroe de la noche: el valeroso Alexéi Tankov, un ciudadano bravo y concienzudo que, con indomable coraje y elevado sentido cívico, se había percatado de las actividades nefastas de los siniestros terroristas chechenos y había alertado de inmediato a las autoridades, que actuaron con proverbial rapidez.

—Me limité a cumplir con mi deber patriótico —proclamaba Tankov, rebosante de orgullo, al ser entrevistado por el reportero de Rossiya 1—. Cualquier ruso decente habría hecho lo mismo. Tenemos que proteger nuestra amada patria.

A continuación, el reportero informó que el ciudadano ejemplar Tankov iba a ser premiado con un magnífico televisor a color, un imponente Rubin —marca nacional, por supuesto—, para que pudiera disfrutar mejor de las deslumbrantes emisiones de Rossiya 1. Además, el reportaje incluía detalles sobre el polvo explosivo hallado en el edificio y los retratos robot de los tres chechenos sospechosos de haber colocado la bomba.

Dimitri comprobó que no había más novedades desde la noche anterior, excepto que el incidente en el edificio de la calle Novoselov mantenía en vilo a toda Rusia. Primero habían sido las explosiones en Buynaksk, luego en varios edificios de Moscú. A continuación, el atentado en Volgodonsk. Y ahora, por suerte fallido, el intento de destruir un edificio en Riazán con todos los vecinos dentro. ¿Cuándo iba a acabar ese horror? ¿Cuántos atentados más tendrían que producirse, cuántas vidas perderse, para que las altas autoridades del país actuaran con decisión y mandaran a los chechenos al infierno?

El teniente debía presentarse en el servicio lo antes posible. Momentos extraordinarios exigían horas extraordinarias, así que se fue directamente al baño. Se lavó, se afeitó, se puso un uniforme limpio y fue a la cocina a comer algo antes de salir. En el salón, el televisor seguía encendido en Rossiya 1. Escuchó a la presentadora dar una noticia de una última hora:

—... desde Grozny —decía—. El presidente Yeltsin ha dejado claro que el ataque aéreo es una represalia por los recientes atentados en Rusia. El Gobierno, liderado por el primer ministro Vladímir Putin, atribuye la autoría de los ataques a militantes islamistas chechenos. Además, anoche se detectó una bomba en el sótano de un edificio en...

«¡Por fin!», pensó Dimitri, satisfecho. Las sucesivas explosiones en edificios, con su carga de horror, muertos y heridos, habían conducido al país a una nueva guerra contra Chechenia. En 1994 el presidente Yeltsin había decretado la primera invasión y ahora, cinco años después, las fuerzas rusas volvían a entrar en tierras chechenas.

El primer ministro Putin apareció en pantalla.

—Vamos a acabar con todos, aunque se escondan en los retretes.

—¡Bum! —exclamó el policía, impresionado con la declaración—. ¡Joder!

Aquel hombre no se andaba con rodeos. Putin, un oficial de la KGB, se había ganado a pulso un lugar en el mando del FSB. Lo había logrado al neutralizar a un fiscal que incomodaba a Boris Yeltsin con una investigación por corrupción. Había demostrado tanta eficacia al frente de los servicios de seguridad del Estado que, como premio, el presidente lo había nombrado jefe de Gobierno. Y, al parecer, había sido una decisión acertada. Contra todo pronóstico, ese Putin era el hombre adecuado en el momento justo. No hablaba como un político, con esos discursos enrevesados y mil precauciones, sino como un hombre de acción. Y los hechos lo corroboraban.

Dimitri salió a la calle animado. Tomó el tranvía hacia el barrio de Dashkovo-Pesochnya, donde estaba la comisaría. Normalmente, los pasajeros viajaban en silencio, sumidos en sus pensamientos. Pero esa mañana las noticias eran tan extraordinarias que se multiplicaban los comentarios, incluso entre desconocidos. Algunos hablaban del incidente en la calle Novoselov, otros vilipendiaban a los chechenos, esos fanáticos sanguinarios. Pero el tema principal era la determinación del nuevo jefe de Gobierno. No la de Yeltsin, un borracho incorregible, sino la de su sorprendente sucesor.

—Ese Putin es de los míos —decía un anciano—. Va a poner en su sitio a todos esos cabrones.

—Ya deberíamos habernos cargado a los chechenos hace cinco años —comentó otro, de mediana edad—. Entonces, Yeltsin y compañía se acobardaron. Pero este primer ministro es de otra pasta, ¿o no? ¡Los tiene bien puestos!

—Con los chequistas es mejor no meterse, ya lo decía mi padre —añadió una mujer de mejillas sonrosadas—. Los chechenos van a probar ahora de su propia medicina. ¡Bien hecho!

Dimitri comprobó que la popularidad del nuevo primer ministro estaba por las nubes. Su respuesta contundente ante los atentados había calado hondo. Era un hombre a la antigua usanza, de los que no les tiembla el pulso a la hora de defender los intereses del país. Quién lo habría imaginado...

El tranvía llegó a su destino y el agente se bajó. Entró en la comisaría y se dirigió a su despacho. El ambiente en el edificio era mucho más agitado de lo habitual: policías y administrativos iban de un lado a otro, las puertas de los despachos estaban abiertas y los agentes se agrupaban haciendo comentarios.

Sonrió a Ekaterina cuando se cruzó con ella.

—Hoy las cosas están moviditas —comentó—. El circo de anoche lo ha animado todo, ¿eh?

—No es solo eso, Dima —respondió ella—. Acabamos de saber que los han cogido.

—¿A quiénes?

—A los tres que pusieron la bomba en el sótano.

Dimitri se quedó paralizado.

—¿Lo dices en serio?

—Ahora mismo los están interrogando en Moscú —sonrió—. No me gustaría estar en su pellejo...

La detención de los sospechosos había sido más rápida de lo que Dimitri había imaginado. En vez de ir a su despacho, se dirigió al del jefe de la comisaría. Intentó entrar, pero la asistente se lo impidió.

—El capitán ha pedido que no lo molesten.

—Pero si fui yo quien empezó la investigación del incidente en la calle Novoselov —argumentó—. Necesito hablar con él para presentarle el informe.

—En estos momentos, el capitán está hablando con el Ministerio de Seguridad del Estado. Como mucho, al terminar la llamada, lo informaré de que usted estuvo aquí.

Dado el ritmo de los acontecimientos, no le sorprendió que Volkov estuviera tan ocupado. Tampoco era nada urgente; solo quería enterarse de más detalles. Tal vez Ekaterina supiera algo.

—¿Cuándo se ha sabido que los habían capturado?

—Ahora mismo, hace poco —respondió—. Estaba redactando una declaración cuando llamaron de Moscú.

—¿Y quiénes son?

—Ah, eso no lo sé.

—¿Son chechenos?

—Eh... Parece que... En fin, son rusos.

—¿Rusos?

El dato coincidía con lo que él mismo le había transmitido a Alexéi Tankov la víspera a partir de lo que le había contado el testigo que presentó la denuncia. Pero resultaba desconcertante. ¿Serían rusos a sueldo de los chechenos? ¿O rusos que vivían desde hacía tanto tiempo en Chechenia que habían acabado rebelándose contra su propio país?

—¿Quiere un té?

La pregunta de Ekaterina interrumpió sus pensamientos. No era el mejor momento, pero ella cada vez se mostraba más interesada en

él. Dimitri le sonrió.

—Mejor el café que me ha prometido.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No le he prometido nada...

Se dio media vuelta y se dirigió al samovar. Se estaba haciendo la difícil, pero Dimitri pensó que la tenía en el bolsillo y ya se imaginaba cómo terminaría de conquistarla. La invitaría a cenar, beberían vino de Crimea y después, cuando fuera el momento adecuado, se la llevaría a la...

—El señor capitán ha acabado la reunión.

Oyó una voz a sus espaldas. Se giró. Era la asistente del capitán.

—¿Puedo hablar con él?

—Sí, el capitán quiere verlo. Venga conmigo.

Dimitri cogió el informe que había redactado durante la madrugada y siguió a la asistente hasta el despacho de Volkov. Llevaba el documento en la mano izquierda y usó la derecha para el saludo marcial.

—Mi capitán —dijo, y le tendió los papeles—. Aquí está el informe sobre los graves acontecimientos de ayer en nuestra ciudad.

El capitán miró el documento, pero no lo tocó. Llevaba el pelo corto al estilo militar. Durante la guerra de Afganistán, había pertenecido a las Spetsnaz, las fuerzas especiales del GRU. Lo hirieron cerca de Kabul, lo enviaron de vuelta a casa y acabó como jefe de la comisaría de Riazán, su tierra natal, en un puesto que se suponía tranquilo.

Tras unos segundos, hizo un gesto para que Dimitri se sentara.

—Tiene que reescribir el informe.

—¿Reescribir el...? —dudó—. Pero... ¿por qué?

—Hemos recibido nuevas informaciones que podrían afectar al contenido del texto.

—¿Nuevas informaciones, mi capitán?

—Acabo de hablar con un contacto de alto nivel en Moscú —explicó Volkov, refiriéndose a la llamada con el Ministerio de Seguridad del Estado—. Ya han terminado los interrogatorios a los tres sospechosos.

—¿Tan rápido?

El capitán se removió en su silla, incómodo.

—No querían hablar, pero nuestros hombres supieron presionar. Entonces, confesaron que pertenecen al... FSB. —Pronunció la sigla casi en un susurro, como si revelara un secreto de Estado.

Dimitri creyó haber oído mal.

—¿Perdone?

—Son del FSB.

Se quedó boquiabierto. Miró al capitán con absoluta incredulidad. Aquello no tenía ningún sentido.

—¿Los terroristas son... chequistas?

Y al decirlo, como por arte de magia, encajaron todas las piezas de aquel insólito puzle.

XIV

El féretro estaba frente al altar, con la tapa abierta para que todos pudieran contemplar el rostro pálido de Betty y despedirse de ella por última vez. Leroy habría preferido el ataúd cerrado. Ver a su mujer sin vida, el cuerpo sin alma, le resultaba insoportable. Pero las tradiciones eran así, y por eso intentó soportarlo con el estoicismo de un verdadero cajún.

—Papá, ¿cómo estás?

Se giró y vio a Sally y a Charlie, que lo miraban con preocupación. Solo en ese momento se dio cuenta de que las lágrimas le escurrían por las mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano y forzó una sonrisa para tranquilizar a sus hijos. Lo último que necesitaban, en el momento de enterrar a su madre, era ver a su padre perdido o dando señales de debilidad. Tenía que ser fuerte. Por él, por Betty y, sobre todo, por ellos.

—Estoy bien, hijos —murmuró—. Solo echo de menos a vuestra madre.

Sus palabras humedecieron los ojos de sus hijos, sobre todo, de la escuchimizada Sally. No era fácil para ninguno de ellos. Era un momento de luto, y el luto también se componía de recuerdos. Leroy rememoró el momento en que conoció a Betty. Fue en una barbacoa organizada por la Texaco en Jambalaya Park hacía ya veinte años. Se sentaron en la misma mesa, comenzaron a charlar, se cayeron bien. Él la invitó a ver una película de Clint Eastwood en el Sonic Drive-In, el cine al aire libre de la ciudad. Ella llevó palomitas hechas en casa

y se pasaron la película entretenidos el uno con el otro... Cuatro meses después, se casaban. En aquella misma iglesia. Entonces, el futuro se abría ante ellos con la promesa de horizontes infinitos. Tuvieron dos hijos. A Charlie probablemente lo concibieron aquella noche, en el inolvidable cine al aire libre. Ambos creían firmemente en el *american way of life* y en la promesa de un futuro glorioso.

Sin embargo, las cosas se torcieron en algún momento del camino. El cáncer empezó a multiplicarse en ambas familias, al igual que en el país. Por mucho que se esforzaran, por más duro que trabajaran, seguían en el mismo sitio. Habían intentado conseguir mejores sueldos, pero lo que encontraban era un Estado codicioso que se quedaba con casi todo lo que ganaban, divinizaba a las minorías y distribuía los impuestos de quienes más se esforzaban. ¿Qué futuro podía haber en un país donde se premiaba la vagancia y se castigaba el sacrificio?

Lloró cuando su hijo lo llamó desde Filadelfia para decirle que Betty había muerto. Lloró por ella, por sus hijos, pero, sobre todo, lloró por sí mismo. ¿Qué clase de vida era esa en la que un hombre se sacrificaba tanto para acabar siendo castigado así? Los progresistas del Norte se habían reído de él en aquella terraza junto al río, pero en realidad era el destino el que se burlaba de él y de los suyos. Betty y él se habían esforzado mucho, igual que sus padres antes que ellos, ¿y de qué había servido? Seguían siendo pobres, estancados en una tierra enferma. El premio final era morir de cáncer por culpa del aire venenoso que respiraban. ¡Maldita vida!

Sentado en la iglesia frente al ataúd de Betty, Leroy hizo un esfuerzo por reprimir las lágrimas. Era un cajún, se repitió una vez más, y los cajunes aguantaban. Orgullosos y determinados. La única forma de soportar el dolor era no mirar al féretro. Sus ojos se paseaban por el altar, por los vitrales, por los símbolos, por cualquier

detalle que lo ayudara a no mirar a su querida Betty allí dentro, en esa caja que pronto se la llevaría a las entrañas de la tierra.

Aunque en esa iglesia no había demasiado que ver. Pese a que eran cajunes —y eso implicaba raíces católicas—, Leroy y Betty acudían todos los domingos al templo de la primera iglesia bautista de su pueblo natal, junto a Burnside, donde vivían con sus hijos y donde ella había muerto. Tenía una arquitectura moderna y la congregación reunía a blancos y negros en lo que Leroy consideraba una buena armonía: cada uno con los suyos, con sus costumbres, pero todos cristianos y unidos en la fe. ¿No debería ser así en todo el mundo?

El sermón del pastor Chopin fue hermoso. Tras leer un pasaje del Antiguo Testamento, dirigió unas palabras tiernas a Betty.

—Conocí a nuestra hermana Elizabeth cuando era joven —recordó —. No había cristiana más pura que ella. Contribuía a la Iglesia todos los meses con la décima parte de su salario. Nunca olvidaré sus palabras al entregarlo: decía que, a la hora de cobrar impuestos, el Estado llamaba solidaridad a la coerción, mientras que la verdadera solidaridad nace de la libre voluntad, cuando el corazón se siente pleno y el alma generosa. —Un murmullo de aprobación recorrió la sala—. Contribuía de buena voluntad con la Iglesia. Con la comunidad también. Con las tropas en Afganistán e Irak igual. No tenía mucho, pero daba lo que podía. Y no hay alma más pura y generosa que la que comparte con Dios y con su comunidad lo poco que posee. Por eso descansa en paz, Elizabeth Roderick. Tu cuerpo baja hoy a la tierra, pero tu alma se sienta ya a la derecha del Señor.

Cuando el pastor Chopin terminó, el coro de la primera iglesia bautista entonó los salmos. Leroy miró hacia atrás y, de alguna manera, se sintió reconfortado por lo que vio. Había unas seiscientas personas en el templo; muchos eran amigos o compañeros de

trabajo, incluidos varios de la unidad petroquímica donde trabajaba. Pero la mayoría eran desconocidos. La Iglesia era el punto de confluencia de la comunidad, la institución que daba sentido a las cosas, que los ayudaba a no perder el rumbo ni el propósito. Los del Norte podían alardear de lo que quisieran, pero no había solidaridad como la del Sur.

El coro guardó silencio y el pastor bendijo el ataúd dando por finalizada la ceremonia. Los hombres de la funeraria, vestidos de negro, lo alzaron en procesión por la nave central hasta depositarlo en el coche fúnebre. Luego colocaron las coronas de flores alrededor. Los amigos abrazaban a Leroy y a sus hijos, dedicándoles palabras de consuelo. Incluso el señor Dean intentó animarlo, aunque ¿cómo se consuela a alguien en semejantes circunstancias?

A pesar de la conmoción, Leroy vio las dos cajas de limosnas junto a la puerta: una para ayudar a familias con cáncer en Misisipi y otra para las familias de las víctimas del reciente accidente en la petroquímica. No podía ignorarlas. Sabía que eso era lo que Betty habría hecho, así que dejó un billete de cinco dólares en cada una. Como su mujer —y como tantos en aquella comunidad—, él creía en la solidaridad que nace del corazón.

El coche fúnebre arrancó y una pequeña caravana lo siguió por las calles del pueblo hasta llegar al cementerio de Cornerview. La tumba ya estaba abierta en la tierra húmeda y con cuidado bajaron el ataúd de Betty hasta sus entrañas. Aunque fuera un cajún, Leroy no pudo soportarlo. Lloró, abrazado a sus hijos, mientras el pastor Chopin pronunciaba las últimas palabras para recordar a una feligresa más, víctima de la enfermedad que caía como una maldición sobre aquel rincón olvidado del Misisipi.

—Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra de la que saliste. Polvo eres y en polvo te convertirás...

De forma simbólica, los presentes lanzaron algunas piedras al fondo de la tumba. Primero Sally, luego Charlie, después Leroy. Y así, uno a uno, todos los amigos se reunieron en torno a la tierra abierta. Padre e hijo, de luto, dieron media vuelta y caminaron de la mano. A sus espaldas, los enterradores continuaron lanzando paladas de tierra sobre el agujero que ahora se llamaba Betty. La víctima más reciente de la «Alameda del Cáncer».

XV

Tomás Noronha eliminó de YouTube el vídeo de la niña y ayudó a tranquilizar a Maite. Después, miró el reloj. La visita a Maria Flor había sido más larga de lo previsto, y a continuación tenía un compromiso al que no podía faltar.

—Es una reunión en la Gulbenkian por unos descubrimientos arqueológicos en el sur de Irak —le explicó a su mujer como si le estuviera pidiendo perdón por tener que marcharse—. Son estelas encontradas en Ur con inscripciones en sumerio y, como puedes calcular, la fundación necesita que compruebe su autenticidad antes de avanzar con la compra y restauración. No quieren pagar una fortuna para luego descubrir que son antigüedades de hace dos días, como es lógico.

—Lo entiendo perfectamente —respondió ella—. No te preocupes. Ya has sido de gran ayuda y te lo agradezco. Puedes marcharte, tranquilo.

Maria Flor lo acompañó hasta la puerta. Parecía menos distante que a su llegada. Quizá por eso, antes de irse, su marido le lanzó una mirada llena de esperanza.

—Si necesitas algo, llámame.

—Lo haré, tranquilo —murmuró ella—. Una vez más, gracias. Has sido muy amable.

—Y si no necesitas nada..., llámame también. Seguiré siendo amable.

Por primera vez desde la aventura de *La mujer del Dragón Rojo* la vio reírse.

—Bueno, no te pases.

Maria Flor se despidió con dos besos. No en los labios, como a él le habría gustado, sino en las mejillas. Aun así, eran dos besos. Los primeros que se daban desde que se habían separado. Y, sobre todo, lo que parecía haber cambiado era el tono y la forma en que le hablaba. Para mejor. No como antes de que las cosas empezaran a torcerse, pero al menos era algo.

Al salir a la calle, Tomás se sentía más animado y leve; tarareó una canción de moda y casi se puso a bailar en plena acera. Estaba claro que lo peor ya había pasado y que quizás esa visita —o, mejor dicho, los problemas que acababa de ayudar a resolver— había servido para acercarlos un poco. O, más bien, a ella. Porque él nunca quiso alejarse.

Bajó al metro. En su mente seguía reviviendo el momento de la despedida, imaginando la reconciliación que tanto deseaba. La decisión de separarse había sido exclusivamente de Maria Flor, por lo que volver a estar juntos era algo que tendría que salir de ella. Si por Tomás fuera, nunca se habrían separado. Ni siquiera creía que su mujer tuviera motivos suficientes. Para él, la ruptura solo se justificaba por que estaba traumatizada por lo que había vivido. Pero eso era pasado y el pasado, pasado estaba. Lo que ahora importaba era que las cosas empezaban a encarrilarse, y él tenía claro que al final todo saldría bien. La reconciliación era inevitable. Su mujer regresaría a sus brazos y volverían a ser felices. Como en el clásico final feliz de las películas románticas de Hollywood.

Salió en la estación más cercana a la Gulbenkian y se dirigió a la fundación; seguía tarareando la canción y el rostro se le había iluminado con una luz radiante de esperanza. La vida era hermosa y

él volvería a ser feliz. Al llegar a la entrada del edificio, un hombre de rostro familiar lo estaba esperando.

—¿Coronel Glebov? —Se detuvo, sorprendido—. ¿Qué hace usted aquí?

El ruso lo saludó con una amplia sonrisa y se acercó con los brazos abiertos.

—*Privet, moj druk!* —lo saludó—. ¡Hola, amigo mío! ¡Qué alegría volver a verte!

Los dos hombres se abrazaron y automáticamente a Tomás lo invadió un sentimiento contradictorio. Por un lado, estaba eternamente agradecido al comandante por la misión Lyubov y todo lo que había hecho por él entonces; era agradable reencontrarlo y sentía que tenía la obligación de acogerlo bien. Pero, por otro lado, estaba el problema de la guerra en Ucrania y el hecho de que el coronel Vitaly Glebov perteneciera a la fuerza aérea rusa. Seguramente, estaría involucrado en operaciones militares contra ese país solo porque su población se negaba a obedecer a Moscú como si Rusia fuera soberana y Ucrania un simple vasallo.

¿Cómo podía reconciliar esas dos emociones?

—Confieso que no esperaba verlo por aquí —admitió Tomás—. Cuénteme, ¿qué le trae por Lisboa?

Preguntar a un ruso qué hacía en la capital portuguesa, y más si se trataba de un militar, parecía un chiste de mal gusto, pero al historiador no le quedaba otra opción. Le debía la vida a ese hombre y no podía simplemente ignorarlo.

—Oh, tantas cosas —respondió el coronel Glebov—. Y a mi amigo ¿qué tal le va? ¿Todo bien?

—Excelente, excelente.

—Mire, tenemos que tomarnos un cafetito.

Tomás miró su reloj e hizo una mueca incómoda.

—Serán solo cinco minutos.

Volvió a mirar su reloj. Iba a llegar tarde a la reunión sobre las estelas sumerias, pero... no podía decir que no, ¿cierto? Le debía demasiado como para rechazar algo tan sencillo como tomarse un café. Los curadores de la fundación tendrían que esperar unos minutitos.

—Claro, claro —accedió—. Vamos.

Entraron en el edificio y se dirigieron a la cafetería. Iban charlando e intercambiando frases de cortesía: «¿Qué tal la familia?», «¿Cómo está su mujer?», «El tiempo en Lisboa está fabuloso», «Hay turistas por todas partes»... Se sentaron a una mesa con vistas al jardín, cada uno con una taza de café en la mano. Fue entonces cuando el coronel Glebov le explicó qué hacía allí.

—Mire, profesor Noronha, tengo que pedirle un favor.

—Si está a mi alcance, cuente con ello, coronel.

El ruso bajó la voz.

—Sabe, un amigo mío está en una situación complicada y ha venido a pedirme ayuda. No sé bien cómo explicárselo... Dicho así le va a parecer ridículo, pero él... Bueno, ha perdido un móvil muy importante y necesita recuperarlo. Es una cuestión de vida o muerte, digámoslo así. Ha hecho de todo para encontrarlo, sin éxito. Como sabe que nos conocemos, me ha pedido que le solicite su ayuda.

Tomás permaneció inmóvil, intentando procesar lo que acababa de oír.

—Perdone, no sé si lo he entendido —dijo por fin—. ¿Quiere que lo ayude a... encontrar un móvil?

El coronel soltó una risita nerviosa.

—Sí, ya sé que suena raro, pero se lo agradecería enormemente. Este amigo es una persona que...; en fin, alguien muy importante. Y

significaría mucho para mí que aceptara. ¿Me haría este pequeño favor?

Tomás no sabía qué decir.

—Coronel, me encantaría ayudarlo. No olvido lo mucho que hizo por mí. Pero solo soy un historiador experto en lenguas antiguas y criptoanálisis. Esto me parece más bien un asunto de..., no sé, la policía. ¿Su amigo ha puesto una denuncia?

Otra risa nerviosa.

—Digamos que no es un caso en el que se pueda involucrar a la policía. No sé si me entiende.

Tomás lo entendió de inmediato y no le gustó nada.

—Mire, coronel, haría lo que fuera por usted. Pero la legalidad es mi límite. Si estamos hablando de algo ilegal, me temo que no puedo participar.

—Buscar un móvil perdido no es ilegal, profesor.

—Sin duda. Pero si dice que no puede recurrir a la policía..., ya sugiere algo. No quiero ofenderlo, pero hay algo poco claro en todo esto. Si fuera normal, ¿por qué no iba a presentar una denuncia?

El coronel se movió en su asiento, visiblemente incómodo.

—Digamos que estamos hablando de un asunto de Estado.

—¿La desaparición de un móvil es un asunto de Estado?

—En este caso, sí.

—¿De qué Estado estamos hablando? ¿Del ruso?

—Sí.

Ahora fue Tomás quien se movió, incómodo.

—Oiga, coronel, no puedo involucrarme en actividades a favor del Estado ruso. Mi conciencia no me lo permite. No después de lo que han hecho a Ucrania. Por mucho que lo aprecie —y créame, lo aprecio—, me es imposible. Espero que lo entienda.

—Sería un favor personal.

—A usted le haría todos los favores que hicieran falta. Pero al Estado ruso, con sus actos irregulares, no. Imposible. Además, aunque quisiera, no sabría cómo ayudarlo. Como le acabo de decir, buscar móviles desaparecidos no es exactamente mi especialidad. Y si el Estado ruso necesita encontrar uno, seguro que tiene medios y expertos más cualificados para hacerlo.

—En este caso, concretamente, me temo que solo usted nos sirve.

—Lo siento de verdad, pero tal como lo ha planteado no puedo.

El coronel Glebov bajó la cabeza con desánimo.

—Me decepciona.

A Tomás le dolió su reacción; se sentía ingrato por no ayudar a quien tanto había hecho por él.

—Bueno, qué quiere que le diga. También a mí me cuesta negarme, sobre todo después de todo lo que vivimos. Pero actuar a favor del Estado ruso me parece demasiado comprometido. Y, además, en un asunto tan poco claro...

El coronel apuró su café de un trago, dejó la taza sobre la mesa y lo miró directamente.

—Entonces, voy a pedirle otro favor. Entiendo que no pueda ayudarnos. En realidad, ya lo había previsto, dado que la situación implica a otros países. Pero le pediría que, al menos, aceptara hablar personalmente con mi amigo. Escuche sus argumentos y, si aun así mantiene su postura, explíquele directamente sus motivos. Sería muy importante para mí. ¿Puedo contar con usted?

—Sí, claro. Lo haré encantado, sin problema. Hablar con alguien no me cuesta nada. ¿Cree que podría venir a la Fundación Gulbenkian?

El coronel se levantó y sacó un sobre del bolsillo interior de la americana. En la esquina superior izquierda había una banda azul

con un emblema blanco: una hoz y un martillo con alas. Encima, una palabra en caracteres cirílicos: «Аэрофло́т».

—Él está en Moscú.

La palabra era Aeroflot, la aerolínea rusa. En el sobre había un billete de avión a nombre de Tomás Noronha con destino a la capital rusa. Lo más llamativo era la fecha impresa en el billete: el día siguiente.

XVI

El teniente Dimitri Chernishev regresó a su despacho como un zombi. Aún estaba en estado de *shock* tras descubrir que los tres sospechosos que habían colocado la bomba en el sótano de la calle Novoselov eran agentes del FSB. Se quedó un buen rato sentado, contemplando la pantalla en blanco del ordenador. ¿Cómo era posible? ¿Los servicios de seguridad del Estado habían colocado bombas contra su propia gente? La información era tan increíble que necesitaba tiempo para digerirla.

El teléfono sobre su mesa comenzó a sonar.

—Teniente Dimitri Chernishev —se identificó—. ¿Dígame?

—Señor, soy Natalia Sakharova, teleoperadora de Elektrosvyaz. Hablamos esta madrugada.

—Ah, sí. ¿Alguna novedad?

—Sí. Le llamo sobre la intercepción telefónica que le mencioné. Acabo de completar la verificación del número desde el que se hizo la llamada sospechosa y he confirmado su origen.

—¿Y...?

—Es... Es del FSB.

—¿Cómo dice?

—La persona que avisó sobre los controles y dio la orden de salir uno a uno utilizó un número vinculado a la central telefónica del FSB.

Dimitri se quedó en silencio un instante, tratando de interiorizar las implicaciones de lo que acababa de escuchar.

—¿Está segura?

—Completamente, teniente. Cuando identifiqué el origen esta madrugada, no me lo podía creer, así que realicé varias comprobaciones. Ahora no tengo ninguna duda: la llamada provino de la central telefónica del FSB. Lo he verificado todo.

Dimitri suspiró.

—Gracias, señora Sakharova. Su información es muy valiosa.

Colgó, encendió el ordenador y buscó los informes recientes sobre las explosiones en Buynaksk, Moscú y Volgodonsk. Los leyó con atención, concentrado en cada detalle.

—Dima, rápido. ¡Encienda la televisión!

Era Ekaterina, que irrumpió en su despacho jadeando. Al ver que no reaccionaba, fue directamente al televisor y lo encendió.

—¿Qué ha pasado?

—El director del FSB va a hacer una declaración. Parece importante.

En pantalla apareció un reportero en directo desde una sala llena de periodistas. Todos miraban hacia un atril vacío del que sobresalía un micrófono. Segundos después, se presentó Nikolai Patrushev, director del FSB, con corbata y expresión imperturbable.

—Señoras y señores, buenas tardes —saludó—. Como saben, se ha desatado una gran alarma por la supuesta bomba descubierta anoche en un edificio en Riazán. Pero lo que se evitó no fue una explosión, sino que se trataba de un ejercicio de seguridad. En los sacos solo había azúcar. No había explosivos. —Un murmullo recorrió la sala—. Nunca hubo una bomba real. El detonador era falso. Las pruebas realizadas por la policía local han sido hechas con un equipo defectuoso, lo que ha provocado una conclusión errónea y precipitada. Se trataba de una maniobra de seguridad interregional

del FSB. Riazán no es la única ciudad donde se ha llevado a cabo el ejercicio. Lamentamos el trauma psicológico causado...

Dimitri escuchaba petrificado, sin moverse de su silla. Cuando terminó la noticia, se levantó de golpe y salió disparado al despacho del jefe.

El capitán Volkov también había visto la rueda de prensa, como el resto del personal, y escuchado las declaraciones de Nikolai Patrushev. Al ver a su subordinado, le hizo una seña para que pasara.

—Mi capitán, el FSB está mintiendo descaradamente. No podemos permitir que esto quede así. Anoche evitamos un atentado real, como los de Buynaksk, Moscú y Volgodonsk.

El jefe de la comisaría parecía tan desconcertado como él, pero se mantuvo sereno.

—¿No acaba de escuchar a Patrushev? En los sacos solo había azúcar.

—¿Azúcar? —Se señaló el pecho—. Yo mismo metí los dedos y toqué ese polvo. Puedo asegurarle que no era tal. Nunca había visto una sustancia así. Además, el detonador era real. El capitán Sokolov de la unidad de artificieros me lo confirmó tras desactivarlo. ¿Cree que nuestros expertos no saben distinguir entre un detonador auténtico y una burda imitación? ¿O que no son capaces de diferenciar entre azúcar y una mezcla explosiva de nitro no-sé-qué?

—Patrushev ha dicho que era azúcar...

—¡El FSB es solo la KGB con otro nombre! Y la mentira, para los chequistas, es una forma de vida. Siempre lo ha sido.

—Eso no es cierto. Todo el mundo sabe que los hombres del FSB son honorables.

Era la opinión que los rusos, en general, tenían de los agentes de la KGB. Una imagen que ahora el FSB, formado esencialmente por

muchos chequistas, trataba de capitalizar. Muchos rusos opinaban que los chequistas eran hombres inteligentes, honorables, profesionales y fuertes. Dimitri, por razones familiares, tenía una opinión diferente.

—Mi capitán, están mintiendo —insistió—. Y si hay dudas, basta con analizar los sacos y el detonador. —Señaló hacia la puerta—. El material está guardado aquí. Podemos ir al depósito y comprobar ahora mismo que el polvo no es azúcar y que el detonador no es de juguete.

El rostro del capitán Volkov se contrajo ligeramente.

—Me temo que ya no es posible.

—¿Por qué no? Solo tenemos que...

—Las pruebas ya no están aquí.

—¿Cómo que no, mi capitán? Yo mismo vi cómo las guardaban en el depósito esta madrugada y...

—Está todo de camino a Moscú —lo interrumpió su superior con voz neutra, casi monocorde—. Hace poco he recibido una llamada del Ministerio de Seguridad del Estado. Me ordenaron sellar inmediatamente las pruebas y enviarlas al FSB. Las colocamos en una furgoneta blindada. Van camino de la Lubianka. Han sido clasificadas como secreto de Estado.

Dimitri lo escuchó, atónito.

—No puede ser...

—Órdenes de arriba.

No tenía sentido.

—Pero... si las pruebas aún van camino de Moscú, ¿cómo sabe Patrushev que los sacos contienen azúcar y el detonador es falso? Además, acabo de recibir la confirmación de la operadora de Elektrosvyaz: la llamada sospechosa de esta madrugada salió del FSB.

—¿Está seguro?

—Es lo que me ha dicho. Patrushev ha mentido al país descaradamente.

Volkov negó con la cabeza.

—No nos corresponde hacer ese tipo de valoraciones, teniente. Recibimos una orden y debemos cumplirla. El caso está clasificado como secreto de Estado.

Dimitri lo miró con indignación contenida.

—¡Esto no puede quedar así, mi capitán! Hay que denunciarlo.

—¿Denunciar qué, exactamente?

—¡Lo que está ocurriendo!

—¿Y qué es lo que ocurre, teniente Chernishev?

El subordinado pestañeó: o el capitán Volkov era idiota o se estaba burlando de él.

—Las maniobras interregionales no se hacen sin notificación —le recordó—. Nadie fue informado aquí. Ni usted, ni el gobernador, ni siquiera el director general del propio FSB, que participó en la búsqueda anoche. ¿Cómo pueden organizar algo así sin avisar a las autoridades regionales? No tiene sentido.

—No lo discuto. Pero ¿qué vamos a denunciar? ¿Que no nos avisaron? Se reirán de nosotros. Dirán que Moscú no tiene que informar a provincias, solo somos paisaje. Ya lo hemos visto antes.

—Lo que quiero decirle es que la versión de Patrushev no se sostiene. No se lo creería ni un niño pequeño, teniendo en cuenta lo que ya sabemos —insistió Dimitri—. Decir que se trataba de una maniobra interregional es totalmente falso. Y aun más: nadie confundiría azúcar con explosivos: es de consumo diario; ni un detonador verdadero con algo de juguete.

—Sí, eso es cierto.

—Y hay más, mi capitán. Ayer estuve leyendo los informes sobre los atentados de Buynaksk, Moscú y Volgodonsk y en todos se produjeron explosiones durante la madrugada, cuando la gente dormía en sus casas. Justo como el que evitamos anoche. Es decir, el objetivo era provocar el mayor daño posible. Todo encaja con el atentado que evitamos en la calle Novoselov. Las técnicas coinciden, los objetivos también. Son los mismos autores.

El capitán carraspeó.

—Puede ser... Pero eso no descarta que lo que sucedió anoche en Riazán fuera un ejercicio.

—¿A las cinco de la mañana? ¿En un edificio habitado? ¿Sin avisar? ¿Con una bomba artesanal? Si querían probar tiempos de reacción, podrían haber usado sacos con arena en vez de azúcar, que está carísimo y racionado en toda Rusia. ¿Para qué azúcar?

El capitán Volkov se lo pensó un instante.

—Quizá era un ejercicio de desactivación de bombas. A lo mejor querían testar las capacidades técnicas y emocionales de la unidad de artificieros.

—Puede ser, pero ¿a las cinco de la mañana en un edificio lleno de personas? Lo podrían haber hecho por la tarde, en algún almacén a las afueras, sin casas, sin poner a nadie en peligro. ¿Para qué tres sacos? Uno era suficiente si se trataba de una prueba. De todas formas, esa hipótesis cayó por tierra en el momento en que Patrushev afirmó que el artefacto era falso. Entonces, ¿cómo iban a comprobar las capacidades de desactivación si no era una bomba verdadera?

Volkov se rascó la cabeza. Las explicaciones de las fuerzas de seguridad tenían más agujeros que sus calcetines.

—Supongamos que tiene razón y que han mentido. ¿Por qué mentiría el FSB?

Dimitri sabía que ese era el quid de la cuestión. Estaba claro que el director del FSB había mentido al país. El problema era descubrir por qué. ¿Por qué razón el FSB había puesto una bomba verdadera en el sótano de un edificio de la calle Novoselov? No tenía ningún sentido, sin embargo, Dimitri sabía que por detrás de algo así debía de haber una explicación. Pero ¿cuál?

—Hay un detalle del atentado de Volgodonsk que hasta ayer me había pasado desapercibido, pero que ahora me hace dudar: me contaron que el presidente de la Duma lo anunció tres días antes de que ocurriera. ¿Cómo podía saberlo?

El rumbo de la conversación empezaba a poner nervioso al capitán Volkov.

—¿A dónde quiere llegar, teniente?

Dimitri dudó un instante. Era policía y sabía que cuando se juntaban bien las piezas del puzle, solía desvelarse el misterio. Su superior también era policía, así que ahora mismo los dos debían de estar imaginando lo mismo. Nada bueno. ¿Se atrevería a responder a una pregunta tan pertinente?

Se atrevió.

—Capitán, ¿ha oído hablar de operaciones de falsa bandera?

Su jefe se enderezó en la silla. Su voz parecía haberse congelado.

—¿Está insinuando que el FSB quiso volar el edificio con todos los vecinos dentro?

Dimitri era perfectamente consciente de lo delicado del asunto, por lo que tardó dos segundos en encontrar el valor suficiente para responder.

—No veo otra explicación. Y no hablo solo de Novoselov. También de Buynaksk, Moscú y Volgodonsk. El patrón es idéntico. El autor, el mismo. Quienes anoche pusieron la bomba en la calle Novoselov son las mismas personas, o entidades, que colocaron las otras.

—¿Y por qué haría eso el FSB? ¡No tiene sentido!

Cierto, no lo tenía. Eso era lo más difícil de entender. Pero usando el método deductivo y repasando la consecuencia lógica de los últimos acontecimientos, la respuesta era tan sencilla que incluso podía resultar ridícula.

—Hace poco, de camino a la comisaría, cogí el tranvía —contó—. Normalmente todo el mundo viaja en silencio, cada uno metido en sus asuntos. Sin embargo, hoy era diferente. Las personas hablaban entre ellas, incluso sin conocerse. Comentaban los acontecimientos: los atentados, la bomba de anoche aquí, en la ciudad, la guerra de represalia contra Chechenia...; esas cosas. Cada cual tenía su opinión, pero todos estaban de acuerdo en lo mismo: nuestro primer ministro, al atacar Chechenia como respuesta a los atentados se muestra como un HOMBRE, así, en mayúsculas, que los tiene en su sitio. Un tipo valiente, decidido, a la antigua usanza. El salvador, el predestinado. El mesías. Mire, yo mismo casi me creí que era un héroe..., hasta que descubrí que quien puso la bomba fue el propio FSB. Ese dato me ha hecho repensarlo todo.

El capitán Volkov entrecerró los párpados.

—¿Cree usted que el FSB ha matado a trescientos compatriotas... para aumentar la popularidad del primer ministro?

—Putin es un chequista, mi capitán. Las operaciones de falsa bandera son parte de su manual.

Su superior jerárquico lo sabía. También sabía otras cosas. Se pasó la mano por el pelo rapado como para ganar tiempo, y clavó los ojos en su subordinado. Quería que supiera que lo que estaba a punto de comunicarle era de máxima importancia.

—Mire, teniente Chernishev. Las altas esferas lo han clasificado como secreto de Estado. Cualquier divulgación de la investigación puede ser considerada traición...

—¿Traición, mi capitán? —lo interrumpió Dimitri, perplejo—. ¿Quién traiciona a su país, quién mata a su propio pueblo por adquirir más poder y empieza una guerra con el único objetivo, mezquino, de aumentar su popularidad, o quién denuncia semejante barbaridad?

El capitán Volkov lo señaló con el dedo.

—Usted lo ha dicho, teniente Chernishev. Si los chequistas han hecho esto, y oiga bien, no estoy diciendo que haya sido así, entonces significa que han provocado la muerte de trescientos de nuestros compatriotas, incluidos ancianos, mujeres y niños, y han empezado una guerra solo por motivos políticos. Es muy grave. Permítame que le haga una pregunta: si los chequistas han sido capaces de algo tan terrible, tan inhumano, ¿no cree que también serán capaces de provocarle un accidente mortal... a usted o a mí? ¿Está dispuesto a arriesgar su vida, o la vida de su familia, Dios no lo quiera, por denunciarlo? ¿No cree que no les temblará el pulso a la hora de eliminar a quien se atreva a ponerse en su camino? ¿Y que harán lo que haga falta, incluso las cosas más horribles, con tal de proteger un secreto así?

Todas estas preguntas sacudieron a Dimitri como un puñetazo en la boca del estómago. Lo que su jefe decía no era ninguna tontería. En Rusia, todo el mundo sabía que los chequistas eran hombres muy peligrosos y que quien se atrevía a enfrentarse a ellos acababa pagándolo caro. Él mismo había oído las historias tenebrosas que contaban sus padres sobre la KGB, o a sus abuelos hablando de los horrores de la Checa o NKVD, incluso lo que hacían en los campos de concentración. ¿Quién mandaba ahora? ¡Un chequista! ¿De verdad quería meterse con personas de ese calibre? Si él no era más que un simple policía cuyo único pasatiempo era explorar el fascinante mundo de los ordenadores sin meterse con nadie. Si se

salía del tiesto, ¡lo aplastarían como a una hormiga! Y entonces, no sería de ninguna utilidad a su país.

Dimitri tragó saliva.

—Entonces, ¿qué sugiere, mi capitán?

El rostro de su jefe se relajó; por lo visto, su subordinado empezaba a entrar en razón.

—Es secreto de Estado —repitió—. No está en nuestras manos. Si Moscú dice que los responsables de los atentados en Buynaksk, Moscú y Volgodonsk fueron los chechenos..., así será. Y si dicen que la bomba que encontramos en la calle Novoselov no era verdadera, que se trataba tan solo de un ejercicio interregional de seguridad..., así será también. No nos corresponde cuestionar las decisiones de las altas esferas. ¿Ha quedado claro?

—Sí, mi capitán.

—Y en su informe... deberá incluir esto. Sin contradicciones. Su carrera y su vida dependen de ello. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

Volkov se levantó de su silla y se acercó a él. Le puso una mano en el hombro, un gesto paternal antes de seguir hablando. Su voz ahora era más suave, casi dulce.

—Yo mismo redactaré una mención elogiosa. Y confirmaré que su informe sobre la investigación en el terreno respalda las declaraciones del director del FSB. ¿Le parece bien?

Dimitri bajó la cabeza.

—Si usted lo dice...

—Queda dispensado.

Salió del despacho cabizbajo, con el informe bajo el brazo. El capitán Volkov regresó a su mesa para iniciar los trámites y concluir la investigación. Por su parte, el caso estaba cerrado.

Pero sus consecuencias cambiarían el mundo.

XVII

Charlie estaba nervioso. Bastaba verlo atar y desatar sucesivamente el nudo de la corbata delante del espejo de la entrada y después andar de un lado a otro. No era para tanto, pero su padre entendía su nerviosismo. De todas formas, el papel de Leroy Roderick era tranquilizar a su hijo, por lo que le dio una palmadita en la espalda.

—Todo va a ir bien, no te preocupes.

—Pero ¿y si no? —preguntó Charlie, inquieto—. Papá, necesitamos el dinero. Desde que murió mamá nos hemos quedado sin una fuente de ingresos.

Lo sabía. Los jerséis que tricotaba Betty con tanto ahínco se vendían muy bien en Internet y durante algunos años habían sido una importante fuente de ingresos para la familia, lo que les permitía no solo financiar los costes del tratamiento contra el cáncer que acabó matándola, sino también los del enfisema pulmonar de Sally, así como los habituales problemas de piel de Charlie.

Con el sueldo de Leroy cubrían los gastos básicos de la familia, como comida, ropa, agua, luz y coche, pero les hacía falta un segundo sueldo para pagar todo lo demás, sobre todo, los tratamientos. Sin la madre, al hijo mayor no le quedaba más remedio que hacerse cargo. Además, el puesto al que se presentaba ofrecía un sueldo por encima de la media. Si conseguía aquel trabajo, sería como si les tocara la lotería.

Por eso era tan importante que se le diera bien la entrevista que tenía en poco más de media hora.

—¿Cuántas plazas hay?

—Diez —respondió Charlie, tenso—. Pero me han dicho que hay dieciocho candidatos.

—Tranquilo. Será tuya.

Leroy prefirió no hablar más del tema; le daba la sensación de que lo único que conseguía era poner más nervioso a Charlie, por lo que fue a la cocina a prepararse un sándwich. Lo miraba de soslayo mientras untaba la mermelada en el pan. El chico seguía colocándose el nudo de la corbata frente al espejo.

Sonó el móvil de Leroy. En la pantalla apareció un nombre: Dean. Atendió la llamada.

—Hola, señor Dean. ¿Pasa algo?

—Hola, Leroy. ¿Qué tal todo?

—Me voy encontrando mejor, de semana en semana. En breve espero estar en condiciones de convencer al médico para que me deje volver al trabajo. ¡Por mí volvía hoy mismo, *fuck*!

—Le creo, Leroy. Es de los duros. Un verdadero superviviente.

—Herencia cajún. —Sonrió—. Y usted, ¿qué tal todo?

—Bien, bien. —El gerente de la unidad petroquímica respiró hondo —. Mire, Leroy, ¿podría acercarse a la oficina en Duplessis?

—¿Hoy?

—Sí, en un rato. ¿Puede?

Leroy miró el viejo reloj de pared y comprobó que no faltaba mucho para llevar a su hijo a la entrevista de trabajo. Pero podría salir un poco antes.

—Sin problema, señor Dean. Ahora mismo voy para allí.

Le hizo un gesto a su hijo y ambos salieron de casa en dirección al coche. En el aire se respiraba un olor ácido a químicos, aunque no era tan intenso como habitualmente, por lo que casi no le prestaron atención. Aunque todavía le costaba un poco andar por culpa del

accidente, que le había dejado un cierto ardor en la piel, Leroy insistió en conducir.

Le costaba doblar las piernas, así que se acomodó como pudo en el asiento del conductor y arrancó. La unidad más cercana de la empresa en la que quería trabajar su hijo estaba en Napoleonville, pero la entrevista era en Prairieville, no muy lejos. El trayecto fue relativamente corto.

Detuvo el coche delante de la entrada del edificio en el que su hijo iba a ser entrevistado.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Mejor no. Además, tienes la reunión con el señor Dean...

—Puede esperar.

Decidido, Charlie abrió la puerta del coche y salió de un salto.

—No te preocupes, papá. Hasta luego.

Quiso desearle buena suerte, pero su hijo se escapó como el agua entre los dedos y desapareció en el interior del edificio. Se quedó un instante mirando la puerta por la que había entrado. Deseaba de corazón que todo fuera bien. Buena falta les hacía, a él y a su chico. Y también a Sally. Pero esta vez no era una cuestión de suerte, como bien sabía. Tenía que ser mérito. Y de eso su hijo tenía para dar y vender, pensó. Charlie también era un cajún y vivía en Estados Unidos, la tierra de las oportunidades y de los hombres libres, el lugar en el que los sueños se podían convertir en realidad.

Con esa autoinyección de confianza arrancó y condujo hacia las oficinas de su empresa. No iban a tener la reunión en la unidad petroquímica en la que trabajaba habitualmente, donde todavía duraban los trabajos de reparación de los daños provocados por las explosiones acaecidas meses antes. Sería en las oficinas de Duplessis. Estaban cerca, así que no tardó mucho en llegar.

En la entrada informó que tenía una reunión con el señor Dean, así que lo sorprendió que lo llevaran a una sala en la que había tres hombres con corbata sentados a una larga mesa y dos mujeres con pinta de ejecutivas. Una de ellas le hizo una señal para que se sentara. Leroy pensó que se había confundido de sitio, por lo que siguió de pie.

—Debe de haber un error —dijo—. He venido a una reunión con el señor Dean.

—El señor Dean no está aquí —le respondió la mujer—. La reunión es con nosotros. Siéntese, por favor.

Empezaba a olerle mal, pero obedeció. Se sentó en la silla y escuchó mientras la mujer hacía las presentaciones. Se llamaba Susan Dillon y, por lo visto, era la gerente encargada de presidir la reunión. Tras nombrar al resto, nombres que Leroy no memorizó, fue directa al asunto.

—Señor Roderick, no comparece en su puesto de trabajo desde hace tres meses...

—Sí, desde el desastre en la unidad de producción —confirmó—. Accidentalmente, me cayó una descarga de químicos encima y el médico de la empresa me dio la baja. ¿Por qué?

—El accidente fue un infortunio y lo lamentamos profundamente —dijo la gerente—. El problema es que, debido a las explosiones, nuestra unidad todavía no ha podido retomar los trabajos y las pérdidas se acumulan. En estas condiciones no veo otra alternativa sino dejar que se marche.

Era lo último que Leroy esperaba. Las palabras no solo lo pillaron por sorpresa, sino que lo golpearon con brutalidad.

—Perdone, pero... ¿me están despidiendo?

Ella intercambió una mirada incómoda con sus compañeros de mesa antes de coger unas hojas que entregó a uno de los hombres

con corbata y este se las dio a Leroy.

—Estos son los papeles del acuerdo con el que cesa su contrato —le informó con tono neutro—. Verá que le ofrecemos una compensación por los años trabajados y por su dedicación a la compañía, que agradecemos enormemente. Debo añadir que nos gustaría que las cosas fueran diferentes, pero las circunstancias nos obligan.

Leroy miró los papeles, estupefacto. Los ojeó por encima y posó los ojos en la cifra de la indemnización. Era mucho. En realidad, para alguien como él, que lo único que quería era trabajar y sentirse útil para la comunidad, no era nada.

Los miró con un gesto de incomprensión.

—Pero... ¿ya no me necesitan?

La gerente se levantó y se dirigió a la puerta. Enseguida sus compañeros la imitaron, lo que dejaba claro que la reunión había terminado. En la puerta se volvió hacia el empleado, que, en la práctica, había dejado de serlo.

—Tiene veinticuatro horas para firmar el documento. Después ya no será posible, el valor de la indemnización, en caso de haberla, tendría que decidirse en los tribunales tras años de litigio. Lo siento mucho, señor Roderick, pero, como le digo, si la unidad no funciona, no hay sueldos. Le deseo mucha suerte.

El grupo abandonó la sala. Leroy se quedó solo, anonadado. Atónito. Era surrealista. Todo le salía mal. Primero el accidente en la petroquímica, después la muerte de su querida Betty. Ahora el despido. ¿Qué más podía pasar?

Estaba tan nervioso que le temblaban las manos. Cogió el móvil y llamó al gerente de su unidad.

La voz del señor Dean sonó al otro lado de la línea.

—¿La reunión ya ha terminado?

—Me han despedido.

—Venga a mi despacho. Primer piso, segunda puerta a la izquierda.

Leroy colgó la llamada, salió de la sala y echó a andar con gestos mecánicos, como un autómata. Estaba aturdido, incapaz de creer que fuera real lo que le estaba sucediendo.

El señor Dean lo estaba esperando en su despacho.

—Lo siento mucho —murmuró cuando lo vio entrar—. He intentado impedirlo, pero no lo he conseguido. Cuando me enteré de que seguirían adelante con el despido, les pedí un tiempo para encontrar una solución. Por eso le conseguí aquella reunión en Filadelfia con la propuesta para trabajar en Texas, pero por lo visto no le gustó y..., bueno, aquí estamos.

—Pero... ¿cuánto tiempo va a estar la unidad sin funcionar? ¿Un año? ¿Dos años?

—Dos meses como máximo.

—¡¿Dos meses?!

—Sí.

—¿Y me despiden sin esperar dos meses? —preguntó Leroy, incrédulo. En medio de las tinieblas en las que parecía haber caído, vio encenderse una luz de esperanza—. Si es por eso, señor Dean, puedo prescindir de mi sueldo dos meses perfectamente. No hay ningún problema. Cuando la unidad vuelva a funcionar, volveré al trabajo y me pagan de nuevo...

—Me temo que es más complicado.

—¿Complicado? ¿Por qué? A mí me parece muy sencillo. Mientras la unidad está parada, no me pagan. Y cuando se retome la actividad, me vuelven a pagar. No es nada complicado.

—También está el tema de la salud, los daños provocados por el accidente.

—Pero si cada día que pasa me encuentro mejor, señor Dean. Además, el médico me ha asegurado que en unos meses estaré como nuevo. No veo qué problema hay.

Era cierto y el gerente lo sabía.

—Bueno, vale, pero...

—Pero ¿qué?

—Mire, es más complicado. He intentado convencer a la administración, pero ellos también sufren presiones...

Leroy entendió que había algo más. Los argumentos para despedirlo no le parecían convincentes. No le estaban contando todo.

—¿Presiones por parte de quién?

—Del... Del Estado.

Eso sí era un dato sorprendente.

—¿Del Estado? ¿Qué tiene que ver Baton Rouge en todo esto?

—No hablo del estado de Luisiana, Leroy. Es Washington D. C.

Todavía más sorprendente. ¿El Estado federal estaba presionando a la administración para que lo despidieran? Eso no tenía ningún sentido, él no era nadie. ¿Por qué iba a interferir el Estado en su vida?

—Perdone, señor Dean, pero no entiendo nada. Dígame la verdad, me lo merezco. ¿Qué pasa?

El gerente parecía incómodo, pero la manera en que Leroy le habló lo empujó a ser completamente sincero. Tenía razón: aquel hombre merecía una explicación honesta.

—Sabe, Leroy..., el problema es la discriminación positiva.

—¿Perdone?

—La empresa está en apuros por incumplir las cuotas de discriminación positiva —le explicó—. Mire, el Estado federal tiene una política social inclusiva que obliga a las empresas a contratar un

determinado número de personas de grupos minoritarios que están en desventaja social o de género. Por motivos de...

—¿Me despiden para contratar a feminazis, negros, mexicanos y maricones?

—... equidad social, estas personas tienen prioridad en los procesos de contratación hasta alcanzar una cuota determinada. Sin embargo, como la empresa no ha cumplido este requisito, corre el riesgo de ser sancionada. Por ese motivo, han tomado la decisión de prescindir de un cierto número de trabajadores y reemplazarlos por candidatos pertenecientes a minorías. Dado que usted sufrió aquel accidente y ha estado inactivo, lamentablemente se ha convertido en una de las opciones más vulnerables en esta reestructuración. Lo lamento profundamente, pero se trata de una decisión que supera mis competencias... e incluso las de la empresa. Varias decenas de empleados tendrán que salir para dar cabida a un número equivalente de personas provenientes de las minorías. Si no fuera usted, sería otra persona. La realidad es que, tal y como están las cosas, los hombres blancos son los primeros en ser descartados. Es tan sencillo como eso.

—¿Me despiden por ser un hombre blanco?

—Me temo que sí.

—Entonces, ¿qué pasa con el mérito? ¿No deberían premiar a las personas por su mérito o despedirlas por la falta del mismo?

El señor Dean seguía incómodo y ni siquiera se atrevía a mirarlo a la cara.

—Dicen que..., bueno, que la meritocracia es un concepto racista.

—¡¿Racista?!

—Es lo que dicen.

Leroy estuvo un buen rato mirando fijamente al gerente. Estaba estupefacto por lo que acababa de escuchar. Los telediarios de Fox

News ya habían mencionado en varias ocasiones la ley de discriminación positiva, pero nunca creyó que le tocara a él. Pero así era. Ahora mismo. Y de la forma más brutal posible.

No había nada más que hacer. De nuevo como un autómata, cogió el bolígrafo, firmó el documento que le había dado la gerente y se lo entregó al señor Dean. Salió por la puerta sin pronunciar una sola palabra. El alma le hervía de humillación y rabia.

Mucha rabia.

XVIII

Tomás Noronha se miró la muñeca para comprobar la hora. Faltaban diez minutos. Tenía que darse prisa. En las instrucciones que el coronel Vitaly Glebov había incluido en el sobre de Aeroflot decía que la reunión sería allí, en el hotel Ukraina. Un nombre bastante fatídico. ¿Los rusos lo habrían elegido como provocación por ser europeo?

Había llegado a Moscú la noche anterior y su vuelo de regreso a Lisboa no tenía fecha determinada. Al parecer, quienes lo habían convocado creían que podrían convencerlo de hacer algo a lo que él se negaba rotundamente.

Desde que aterrizó, se había preguntado mil veces qué hacía allí. Ese viaje no tenía ningún sentido. Y dadas las circunstancias geopolíticas tras la invasión de Ucrania, no le apetecía en absoluto estar en Rusia. Nada. Incluso había tenido que ocultárselo a Maria Flor. Sabía cuánto le dolía la guerra provocada por el Kremlin, así como la represión dentro del propio país. Se había unido a Amnistía Internacional por eso, entre otras cosas.

Así que la misma pregunta se repetía en su cabeza, una y otra vez: «¿Qué hago aquí?». Estaba claro que sabía la respuesta. Había aceptado viajar porque se lo había pedido el coronel Glevob, el hombre a quien debía la vida. No podía negarse ante una solicitud del comandante de la misión Lyubov. Esa era la única razón que explicaba que hubiera aceptado volar a Moscú para decirle a un desconocido que no pensaba participar en la búsqueda de un móvil

que, seguramente, estaba al servicio de un régimen tiránico y oscuro.

Nada tenía sentido. Pero ahí estaba. En Moscú. Única y exclusivamente para saldar una deuda de gratitud. Volvió a consultar el reloj. Dos minutos. Se miró en el espejo y se acomodó el cuello de la camisa. Estaba listo.

Salió de la habitación y caminó por el pasillo hacia los ascensores. Sacó del bolsillo el sobre de Aeroflot y repasó el papel que Glebov había dejado junto a los billetes. Eran instrucciones para la reunión. La hora y número de habitación: 34001. Es decir, la primera habitación del piso 34. Se alojaba en el 14, así que debía subir veinte plantas.

Entró en el ascensor, pulsó el botón 34 y comenzó a subir. En un folleto había leído que el hotel Ukraina, situado en una curva del río Moscova, era el más alto de Europa. Estaba construido en estilo imperial estalinista, una especie de neogótico comunista. Era uno de los rascacielos de Moscú conocidos como las «Siete Hermanas», todos en ese estilo arquitectónico megalómano. El Ukraina contaba con medio millar de habitaciones y había perdido el título de hotel más grande del mundo en 1976.

Un «plin» característico anunció la llegada. Piso 34. Las puertas del ascensor se abrieron y, al salir, se topó con dos hombres corpulentos, parecían culturistas, vestidos con traje y corbata. Llevaban gafas oscuras y auriculares en las orejas. No había duda de que eran los hombres de seguridad. Y tenían cara de pocos amigos.

—¿Profesor Tomás Noronha?

—El mismo.

—Acompáñenos.

Tomás obedeció. ¿En qué demonios se había metido?, se preguntó. La misma pregunta le daba vueltas con más intensidad

mientras avanzaba escoltado por los dos gorilas rusos. «¿Qué hago aquí?». A esas alturas, ya daba igual. Estaba allí y punto. Pronto entendería qué querían de él y, con algo de tacto, podría dejar claro que no tenía ninguna intención de colaborar. Ni en la búsqueda de móviles para el Estado ruso ni en nada que se le pareciera.

Llegaron a la habitación 34001. Uno de los hombres tecleó un código. La puerta se abrió y Tomás, siempre flanqueado, entró. Era una *suite*. Frente a la ventana, con una vista espléndida de Moscú, un hombre rubio de pelo corto y estilo militar le daba la espalda, ocupado en el minibar.

—¿Vodka, profesor Noronha? —Lo preguntó sin volverse.

—No, gracias.

El hombre se giró con dos copas en la mano, una con vodka y la otra vacía. Lo miró con expresión relajada.

—No me diga que prefiere vino de Oporto...

—Agua, si no le importa.

El anfitrión llenó la copa vacía con agua y se la ofreció. Luego le indicó el sofá junto a la enorme ventana con vistas a la ciudad.

—Moscú es magnífica, ¿verdad?

—Dicen que Kiev lo es aún más.

El ruso soltó una carcajada.

—Ya me habían dicho que es usted un provocador —observó, y dio un trago a su vodka—. El informe que habla de usted es muy claro en ese aspecto.

—¿Hay un informe sobre mí?

—Por supuesto, profesor Noronha. Usted para nosotros es una persona de gran interés.

—¿«Nosotros» quiénes?

El hombre hizo un gesto con la mano señalando hacia la ciudad.

—Para Rusia, ¿para quién iba a ser?

Todo sonaba muy vago. Demasiado.

—Al parecer hay un informe mío y yo ni siquiera sé su nombre.

El ruso volvió a reírse.

—Me llamo Sasha.

—Sasha es el diminutivo de Alexandr. Imagino que también tendrá apellido, ¿no?

—Khristorozhdestvensky. Pero es difícil de recordar para los occidentales. Con Sasha basta.

—Sasha, ¿a quién representa exactamente?

—Podría inventarme una larga historia, contarle esto y aquello, pero no voy a hacerlo. Es usted demasiado inteligente para que pierda el tiempo con rodeos. Así que considérese afortunado de estar hablando conmigo.

Es decir, no iba a decirle a quién representaba. Todo muy secreto. Y sospechoso.

—Ya veo —dijo Tomás—. Muy bien, señor Sasha, entonces ¿qué quiere de mí?

El ruso cruzó una pierna, se acomodó en el sillón y volvió a beber de su copa, consciente de que tenía el control de la situación. Conocía todos los detalles sobre su invitado, mientras que Tomás no sabía nada de él. Sasha estaba en su ciudad y el portugués era el extranjero. Dos matones vigilaban la puerta; Tomás estaba a su merced. ¿Cómo no iba a sentirse en inferioridad?

Aun así, Noronha pensó que era hora de ir al grano.

—El coronel Glebov me pidió que colaborara en una operación que me pareció muy poco transparente, por no decir algo peor. Esto no es un favor. Hay cosas por las que no paso: cometer ilegalidades es una de ellas. Colaborar con el Estado ruso es otra.

—Oiga, profesor. Necesitamos su talento, de verdad. Y le pagaremos bien.

—¿Quiénes?

—Rusia, por supuesto.

—No me interesa.

—Cien mil dólares.

—¿Cree que me vendo tan barato?

Sasha sonrió. La respuesta le indicaba que había margen para negociar. Todo era cuestión de cifras.

—Muy bien. Doscientos mil.

—No.

—Trescientos mil. Es nuestra última oferta.

—Ni aunque fueran trescientos millones —respondió con firmeza —. Ya le he dicho que no me interesa. No trabajo para el Estado ruso.

Al final, no era una negociación.

—Bueno, bueno. ¿Acaso tiene algo en contra de Rusia?

—¿Hace falta que se lo diga?

—¿Es por la operación especial?

—Por ejemplo.

—Pero si lo único que queremos es desnazificar Ucrania...

Tomás se inclinó hacia delante y lo miró fijamente.

—Si están tan preocupados por el nazismo, ¿por qué no empiezan por el Kremlin?

Sasha casi se atraganta con el vodka.

—Bum. Ya veo que no mide sus palabras.

—¿No decía su famoso informe que soy un provocador? Pues ahí lo tiene.

—Profesor Noronha, provocador o no, va a colaborar con nosotros.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Pues yo le respondo que no pienso hacerlo.

La mirada de Sasha se endureció. Se volvió hacia uno de sus matones y le dio una orden en inglés para que Tomás la entendiera.

—Oleg, haz lo que tienes que hacer.

El energúmeno avanzó hacia Tomás.

XIX

El sonido del *smartphone* interrumpió violentamente su sueño erótico. Medio adormilado, lo primero que Dimitri pensó fue que tenía que cambiar el tono por algo más suave. Quizá el canto de unos pájaros. Miró el reloj sobre la mesilla: las manecillas marcaban las cinco y media de la mañana. ¿Quién demonios llamaba a esa hora? Seguro que sería de la comisaría. Alguna urgencia.

Tendió la mano y cogió el móvil. Intentó ver el número, pero en la pantalla solo aparecía «Desconocido».

—¿Dígame?

Se oyó una voz ronca al otro lado.

—¿Capitán Chernishev?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Le habla el coronel Ivan Gusak del FSB. Lo han convocado a una reunión mañana en Moscú.

—¿Cómo dice?

—Tiene que estar en mi despacho, en la Lubianka, a las nueve en punto.

Todo era tan inesperado y surrealista que Dimitri se preguntó si seguía soñando y aquella conversación formaba parte de su delirio onírico.

—¿Es una broma?

—Le han enviado un correo electrónico con todos los detalles. Sea puntual.

La conversación terminó con un clic seco. Durante un instante, Dimitri se quedó mirando el móvil, atontado y confundido. ¿Qué había sido aquello? ¿Tenía que estar en la Lubianka por la mañana? Seguramente sería una broma de algún compañero de comisaría. Cuando averiguara quién había sido el gracioso, se las vería con él.

—¿Quién era?

Miró de lado y vio a su mujer, adormilada, con los ojos entrecerrados.

—Nada, nada. Una broma.

—¿Qué broma?

—Nada. Duerme.

Ella volvió a dejarse caer sobre la almohada y se durmió. Ekaterina seguía siendo guapa, aunque ya no tenía la frescura de cuando la conoció en la comisaría de Riazán, diecisiete años atrás, durante los atentados de 1999 que condujeron a la segunda invasión de Chechenia. Empezaron a salir en aquella época, después se casaron y tuvieron dos hijos. A él lo ascendieron a capitán y lo enviaron a la comisaría de Podolsk, una ciudad industrial a las afueras de Moscú. No era su sueño, pero al menos estaba cerca de la capital. Y era capitán.

Se tumbó en la cama y se tapó con la colcha. Estaba muy cansado. Días atrás le habían ordenado someterse a unas pruebas psicológicas increíblemente exigentes. Desde el ministerio le habían informado de que eran necesarias para garantizar que los jefes de policía contaran con una salud mental adecuada para ejercer sus funciones. Estaba agotado. Y aquella llamada a deshora era una broma de mal gusto. Lo único que quería era aprovechar la hora y media de sueño que aún le quedaba. Se acurrucó junto al cuerpo cálido de su mujer, esperando volver a dormirse. ¡Había cada idiota suelto! Ahora hasta se hacían pasar por el FSB para convocar

reuniones en la Lubianka. ¡Menuda estupidez! ¿Qué sería lo siguiente?

Molesto por la llamada, intentó vaciar la mente. Se concentró en la nada, si es que eso era posible. Mientras lo hacía, dos palabras retumbaron en su cabeza: *correo electrónico*.

El hombre había mencionado un *e-mail*. Sacudió la cabeza para apartar la idea. «Duérmete, Dima. No pienses en eso». Pero las palabras seguían zumbando. «Dima, duerme». Se lo ordenó con firmeza. Dentro de poco tendría que levantarse, y sabía que si no descansaba, no rendiría. Así que... a dormir.

Un minuto después, se incorporó enfadado. Esas malditas palabras no lo dejaban en paz. Lo mejor sería comprobarlo. Cogió el *smartphone*. Seguramente no era más que una broma elaborada, pero sabía que no lograría quitarse la duda de encima hasta revisarlo. Entró en su cuenta de correo y, efectivamente, había un mensaje en la bandeja de entrada. El corazón le dio un vuelco.

El remitente era: Federalnaya Sluzhba Bezopasnosti. Es decir, el FSB.

El asunto: Reunión.

Alterado, pulsó sobre mensaje. Se abrió al instante, revelando su contenido:

> Excmo. Sr. Capitán Dimitri Chernishev:
>
> Se le convoca a una reunión con el coronel Ivan Gusak, División de Contraespionaje, hoy a las 9:00, en el número 2 de Ulitsa Bolshaya Lubianka, Moscú. Preséntese en la recepción para su acreditación.
>
> Atentamente,
>
> Teniente Evgueni Balakin
> Secretaría del FSB

Dimitri, perplejo, se frotó el cuero cabelludo. Si era una broma, estaba muy bien montada. Desde su *smartphone*, entró en el sistema de la policía, conectado al Ministerio del Interior, e hizo una búsqueda sobre el FSB. Los registros confirmaban que existían un coronel Gusak y un teniente Balakin en la agencia de seguridad del Estado.

—¿Qué diablos...?

Todo era cierto. Lo había citado el FSB. Se puso nervioso. ¿Qué querrían los chequistas? Nada bueno, seguro. ¿Habría cometido alguna irregularidad? Es cierto que había aceptado sobornos para dejar tranquilas a dos bandas en Podolsk con negocios turbios. ¿Sería por eso? Negó con la cabeza. No tenía sentido. Al FSB no le interesaban esas cosas. Además, si fuese grave, no lo habrían llamado, lo habrían detenido en su casa. Y a saber qué más.

Volvió a leer el correo y se percató de un detalle clave: tenía que estar en la Lubianka a las nueve. Miró el reloj. Casi las seis. Tres horas. Tenía tiempo, pero tampoco podía relajarse demasiado. Podolsk estaba cerca de Moscú, a unos cuarenta kilómetros. Sin tráfico, haría el trayecto en menos de hora y media, pero con los atascos matutinos..., mejor contar con dos horas.

Se levantó y se metió en la ducha. Se puso su mejor uniforme y desayunó. Antes de salir, como si temiera que algo pudiera salir mal en la Lubianka, fue a la habitación de sus hijos y les dio un beso en la frente. Luego se acercó a su esposa. Ekaterina seguía dormida, pero se despertó al notar su presencia.

—Dima, ¿adónde vas?

Estuvo a punto de contárselo. La convocatoria de los chequistas lo abrumaba como una sombra ominosa, pero lo único que haría sería inquietarla.

—Me han llamado de la comisaría —mintió—. Al parecer ha habido un homicidio. Tengo que irme.

La besó en los labios y se marchó rumbo a Moscú con el corazón encogido y el miedo agazapado en el pecho. Temía no regresar y acabar encerrado en las temibles mazmorras de la Lubianka.

¿Qué demonios quería el FSB de él?

XX

Leroy Roderick seguía completamente desorientado desde que el señor Dean le explicara las «razones» de su despido. Se sentó en el coche, cerró los ojos e intentó controlar la respiración, haciendo lo posible por calmar su espíritu. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿En qué se estaba transformando Estados Unidos? ¿Seguía siendo la tierra de las oportunidades y de los hombres libres?

Su país había cambiado, y no sabía cómo encajarlo. Los informativos de Fox News ya lo habían advertido sobre ciertas transformaciones que se estaban produciendo, pero hasta entonces eran cosas que solo ocurrían en las noticias, locuras que les pasaban a otros. Sin embargo, en su reciente viaje a Filadelfia había descubierto un país que ya no reconocía. Aun así, conservaba la esperanza de que solo existiera en el Norte progresista, gobernado por un Estado dictatorial, con feminazis, vigilancia permanente, policías ideológicos y censura del lenguaje impuesta por las élites.

Pero esa misma mañana se dio cuenta de que aquel mundo también había llegado al Sur, contaminando su querida Luisiana. Todo a su alrededor se desmoronaba. Lo habían despedido, sí, aunque eso fuera algo relativamente normal. En Estados Unidos era habitual que la gente cambiara de empleo; las comunidades seguían el ritmo de la economía, y claro que en tiempos difíciles había despidos, pero también surgían nuevas oportunidades. Se ganaba o se perdía, se creaban y se deshacían fortunas, pero el país seguía avanzando, confiando en el talento, la capacidad de innovación y el

espíritu emprendedor de sus ciudadanos. Esa era la historia de Estados Unidos. Sus firmes creencias en la libertad y en el ingenio humano eran la base de su éxito.

Lo que no le parecía normal eran las razones de su despido. Ni por falta de competencias, ni por absentismo laboral, ni porque ya no pudiera cumplir sus funciones en la unidad petroquímica, ni siquiera por una reducción de personal o problemas financieros. Nada de eso. Lo habían despedido porque tenía que ceder su puesto a alguien de una minoría. Eufemismo, pensaba él, para feminazis, mexicanos o maricones. Al parecer, en Estados Unidos ya no importaba el mérito, sino quién eras. ¿No fueron los nazis y los comunistas quienes discriminaron a las personas no por lo que hacían sino por quiénes eran? ¿En qué se diferenciaba eso de lo que acababa de sucederle?

Golpeó el volante.

—Fuck, fuck, fuck!

Golpeó una y otra vez, hasta que se ensangrentó los nudillos. De forma extraña, eso le hizo sentirse mejor. El volante no tenía la culpa, pero soltar su furia le aliviaba parte de la tensión que le encogía el alma. Sin embargo, la indignación seguía ahí. Y la rabia también.

Miró el reloj. La entrevista de trabajo de su hijo ya debía de haber terminado. Cogió el móvil y lo llamó. Sin respuesta. ¿Estaría aún en la entrevista? Justo entonces, el teléfono sonó. Seguramente, era su hijo devolviéndole la llamada.

—Dime, Charlie. ¿Cómo ha ido?

Una voz dubitativa respondió.

—Eh... ¿Señor Roderick?

No era Charlie.

—¿Quién es?

—Fred Garnier, director del Instituto Ascension Christian. Lo llamo por su hija.

Leroy se sobresaltó.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un malestar. Al parecer, se ha desmayado en clase.

—¿Sally se ha desmayado?

—Sí, pero ya la ha visto un médico, no se preocupe. Está medicada y descansa. ¿Podría venir a recogerla? Como medida de precaución, el médico considera que lo mejor es que se vaya a casa.

—Pero ¿qué le pasa?

—Aquí lo esperamos, señor Roderick.

Colgó. Leroy se quedó unos segundos mirando el móvil, atónito. ¿Qué más podía suceder? Ahora Sally. ¿Qué le pasaba a su niña? ¿Habría sido por el enfisema pulmonar? ¿O tal vez una de esas enfermedades con nombres impronunciables que ya se habían llevado a tantos vecinos, incluida su querida Betty?

Arrancó con el corazón en un puño y se dirigió al instituto. Tardó apenas unos minutos. Entró en el Ascension Christian con el paso acelerado típico de los padres preocupados y fue directo a la enfermería. Allí estaba Sally, sentada en una camilla, conversando con un hombre calvo con bata blanca y estetoscopio al cuello.

Al verlo entrar, la adolescente sonrió.

—¡Papá!

Leroy la abrazó con fuerza, inquieto pero aliviado al verla aparentemente bien.

—Sally, ¿cómo estás?

—Me dio un mareo y me desmayé, pero ya estoy mejor.

—¿Seguro?

—Sí. —Señaló al médico—. El doctor Charbit dice que es mejor que me vaya a casa a descansar.

Los dos hombres se saludaron con un apretón de manos y el médico le indicó la puerta contigua.

—Señor Roderick, ¿podemos hablar en privado?

La puerta daba a un pequeño despacho. Una vez a solas, el doctor fue directo al grano.

—Supongo que está al tanto del problema de su hija...

—¿El enfisema se ha agravado, doctor?

El médico negó con la cabeza.

—El problema de su hija no está en los pulmones. ¿No la ve muy delgada?

—¡Ah, eso! —exclamó Leroy, poniendo los ojos en blanco—. Está obsesionada con las dietas, ni se imagina. Quiere parecerse a las modelos de Instagram, y lo que más desea es subir fotos para recibir muchos *likes*. Es cosa de la edad, la adolescencia... No sé si me entiende.

—Sí, lo entiendo perfectamente, señor Roderick: su hija está enferma.

—¿Enferma?

—Anorexia, señor Roderick. Es un trastorno alimentario provocado por dietas extremas y una necesidad descontrolada de adelgazar, lo que lleva a pasar hambre. Lo peor es que, aunque estén excesivamente delgados, quienes la padecen se siguen viendo gordos. Algunos incluso pierden el apetito por completo, lo cual es muy peligroso. Este trastorno hormonal afecta el desarrollo físico, el sistema reproductor... Puede dejarla estéril. Y si sigue sin comer, su vida correrá peligro.

Era lo que le faltaba.

—Oh, no. Y ahora ¿qué hago?

—Debe recibir tratamiento.

—¿Y cómo se cura, doctor?

El médico escribió un nombre en un papel.

—Es común entre adolescentes. He tratado varios casos aquí en el instituto. —Le tendió el papel—. Este especialista de Baton Rouge ha ayudado a muchas chicas. También puede ayudar a su hija.

—Gracias, doctor.

—Pero si quiere dar ya un primer paso, le sugiero algo. —Hizo una pausa—. Quítele el móvil.

—¿Quitárselo? Mi hija no lo aceptará, doctor.

—Señor Roderick, por detrás de la anorexia está Instagram. Si le prohíbe el acceso, le estará haciendo un favor.

—¿Instagram?

—Quítele el móvil.

Leroy se despidió del médico, guardó el contacto en el bolsillo y regresó con Sally. La ayudó a recoger sus cosas y se dirigieron al coche. Antes de arrancar, volvió a llamar a Charlie. De nuevo sin respuesta.

—*Damn!*

—¿Qué pasa, papá?

—Tu hermano no lo coge. Tenía una entrevista para un buen empleo y todavía no sé cómo le ha ido.

Cada cosa a su tiempo, pensó Leroy. Arrancó. Su prioridad ahora era Sally. Y conseguir dinero para el tratamiento. Sabía que el especialista no sería barato. La indemnización del despido cubriría los gastos durante un tiempo, pero no era una solución a largo plazo. Necesitaba otro trabajo. La propuesta de Filadelfia era perfecta, salvo por el tema del alojamiento. Tenía que encontrar algo en Luisiana. Y rezar para que Charlie consiguiera el empleo. El sueldo era superior a la media y, dadas las circunstancias, les vendría muy bien.

Al llegar a casa, Leroy seguía preocupado por la debilidad de Sally, así que le llevó la mochila. Ella aprovechó para sacar el móvil, pero él se lo quitó de un tirón.

—Se acabó Instagram.

—¡Papá...!

Su hija protestó, pero él no respondió. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Al entrar, vio el abrigo de Charlie colgado.

—¡Charlie! —lo llamó—. ¿Ya has vuelto?

Sin respuesta. Pero el abrigo estaba allí. Atravesó el salón, fue hasta la habitación de su hijo y llamó a la puerta.

—¿Charlie? —Intentó abrir, pero estaba cerrada con llave. Eso, y el silencio, no presagiaba nada bueno—. Charlie, abre la puerta.

Escuchó su voz.

—Déjame solo.

—¡Abre ahora mismo!

El sonido metálico de la llave al girar indicó que le obedecía. Charlie abrió, cabizbajo.

—Hola, papá.

Leroy intentó sonreír. No hacía falta ser muy listo para saber cómo le había ido.

—No te desanimes. A veces se gana, a veces se pierde. Así es la vida. Lo que nos derrota no es caer, sino no volver a levantarnos. ¿No te han cogido? Ellos se lo pierden. Otros sí lo harán. Eres cajún, y los cajunes resisten.

Pero sus palabras no parecían animarlo.

—No ha habido entrevista, papá —susurró—. Ni siquiera me han escuchado. Entré, me miraron y me pidieron que me fuera.

—¿Te pidieron que te fueras? ¿Sin entrevistarte? ¿Por qué?

El chico se encogió de hombros, resignado.

—Dijeron que no cumplía con la cuota.

—¿Qué cuota?

—La de las minorías —respondió—. Solo quieren contratar a gente de las minorías, por la política de discriminación positiva. Como soy hombre y blanco, me echaron.

Leroy abrió y cerró la boca tres veces sin encontrar las palabras. Se lo creía, a él le había pasado lo mismo una hora antes. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Era ese aún su país? ¿En qué se estaba convirtiendo Estados Unidos?

No tenía respuestas ni sabía qué decir. Los hechos hablaban por sí solos. Fue al salón, se dejó caer en su sillón y encendió la televisión. Sintonizó Fox News. Necesitaba descubrir cómo frenar el desmoronamiento de su mundo.

XXI

Tomás Noronha escuchó a Sasha decirle a su guardaespaldas que hiciera lo que tenía que hacer y reaccionó al instante. Casi instintivamente, dio un salto y se puso en pie, listo para defenderse. Pero Oleg, en vez de acercarse, se dirigió al televisor colgado en la pared de aquella lujosa *suite* del hotel Ukraina en Moscú. Sentado en su sitio, con las piernas cruzadas, a Sasha le divirtió la reacción de su invitado.

—Veo que está nervioso, profesor Noronha. Tranquilícese, no se pierda el *blockbuster* que Oleg le va a enseñar.

Tomás volvió a sentarse en el sofá, algo avergonzado por haber pensado que iban a agredirlo. El guardaespaldas se agachó ante el televisor y apretó un botón. La pantalla se encendió y lo primero que mostró, con letras blancas sobre fondo negro, fue la referencia a un lugar: «Christchurch, Nueva Zelanda». El fondo negro y la referencia geográfica se desvanecieron y en la pantalla comenzaron a aparecer imágenes reales. Mostraban a un hombre con capucha, gafas de sol y el rostro cubierto por un pañuelo. En la parte superior del vídeo se leía el nombre de la aplicación: Facebook Live. Se trataba de la grabación de un vídeo que, en su momento, había sido emitido en directo. El encapuchado abría la puerta de un coche aparcado junto a la acera y se sentaba al volante; se grababa a sí mismo, probablemente con un *smartphone*. Dentro del coche llevaba un auténtico arsenal: armas semiautomáticas y cajas de munición.

«Que empiece la fiesta». Lo dijo con total naturalidad. Luego arrancó al son de una canción eslava. Todo sucedió muy deprisa. El vehículo se detuvo frente a un edificio lleno de gente. Por su indumentaria y actitud, se trataba de creyentes musulmanes. El hombre salió del coche con las armas en la mano y empezó a disparar indiscriminadamente a todo lo que se movía. Abatía hombres, mujeres y niños como si estuviera en un videojuego. Así murieron decenas y decenas de personas.

Luego, regresó al coche, encendió el motor y se marchó; sonaba la misma música. Se detuvo en un segundo edificio y repitió el procedimiento. Una segunda masacre. Cuando terminó, subió de nuevo al vehículo y recorrió las calles de la ciudad hasta girar en dirección a una zona boscosa. Tomó un camino de cabras y, finalmente, detuvo el coche. Ante la microcámara de su *smartphone* se quitó la capucha, el pañuelo que le cubría la cara y las gafas de sol que ocultaban sus ojos verdes, dejando su rostro completamente visible.

Desde el sofá, Tomás seguía la secuencia en estado de *shock*. No era habitual ver un vídeo en el que se cometía una masacre. Pero en el momento en que el asesino se descubrió el rostro y miró a la cámara con una sonrisa de orgullo por lo que acababa de hacer, sintió que se le congelaba la sangre y se le detenía el corazón. Lo reconocía. No podía creerlo. Se quedó boquiabierto.

Era él.

XXII

Entrar en la Lubianka, con su larga y siniestra historia, no era algo que se hiciera de buen ánimo. En aquel edificio de ladrillo amarillento, los bolcheviques instalaron la Checa, la policía política comunista encargada de la vigilancia y represión de opositores y sindicalistas. Después, bajo el nombre de NKVD, siguió siendo responsable de la gestión de los gulags, campos de concentración soviéticos, así como de su sistema de esclavitud y muertes masivas. Por la Lubianka habían pasado miles y miles de prisioneros sometidos a encarcelamientos arbitrarios, tortura y fusilamiento, y un sinfín de indignidades. Los rusos solían decir que se trataba del edificio más alto de Moscú, ya que incluso desde el sótano se podía ver Siberia, sinónimo de los campos de concentración. En aquella época, solo el humor les servía para aplacar el miedo.

Miedo era, literalmente, lo que hacía temblar las piernas del capitán Dimitri Chernishev en el momento en que se dirigió al mostrador de la recepción. El reloj de la pared gigantesca marcaba las ocho y cuarenta y siete. Había llegado un poco antes de la hora prevista. Tenía la garganta seca y sentía que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

—Buenos días —saludó, haciendo lo posible por sonar tranquilo—. Tengo una reunión con el coronel Gusak.

Dimitri mostró el correo con la convocatoria. La funcionaria comprobó el ordenador, hizo una llamada y pareció satisfecha.

—*Propiska?*

Se trataba de la antigua expresión feudal usada para describir el sello en los pasaportes internos soviéticos, los documentos de identificación en vigor. La *propiska* había dejado de existir tras la caída de la dictadura comunista, pero la expresión siguió usándose porque la obligación de validar los pasaportes internos no había cesado.

Dimitri entregó el suyo a la recepcionista y ella le pasó dos acreditaciones y le señaló un camino vigilado por guardas de seguridad.

—Vaya por ahí —dijo—. La primera acreditación es para entrar y la segunda le da exclusivamente acceso al tercer piso y al despacho del coronel Gusak. No está autorizado a pasar o entrar en ningún otro lugar si no quiere sufrir graves consecuencias.

Las normas de seguridad para circular en la Lubianka eran muy estrictas; ni siquiera los oficiales superiores podían saltárselas. Con la primera acreditación, Dimitri entró en el perímetro interno del edificio y fue siguiendo las indicaciones que constaban en la segunda. Entró en el ascensor, donde un vigilante comprobó que tenía autorización para estar allí, y subió al tercer piso, donde tuvo que pasar por más controles hasta llegar al despacho del coronel Gusak.

Una asistente le pidió que esperara sentado en una vieja silla de madera. El visitante obedeció y esperó. Para calmar los nervios, se entretuvo observando el espacio que servía de antesala al despacho del coronel. Las paredes estaban envejecidas, pero el ordenador sobre la mesa era moderno. Un Apple, lo identificó Dimitri, que estaba muy familiarizado con todo lo relacionado con la tecnología.

En un lugar destacado de la pared colgaba un retrato enmarcado del presidente Vladímir Putin. El visitante lo contempló pensativo. Parecía que había sido ayer, pero habían pasado diecisiete años

desde los atentados en las tres ciudades, presuntamente responsabilidad de los chechenos, que condujeron a la segunda invasión de Chechenia y dispararon la popularidad del entonces primer ministro. De tal forma que, cuando llegó el momento de sustituir a Yeltsin en la presidencia, eligieron a Putin.

Rusia, en particular, y el mundo, en general, cambiaron con el nuevo señor del Kremlin. La cooperación con Occidente se transformó en enfrentamiento debido a las operaciones militares occidentales en los Balcanes e Irak, y a las operaciones rusas en Crimea y el Donbás.

En medio de todo, Putin se consolidó en el poder colocando a una serie de chequistas al mando del país que transformaron el Estado ruso en un Estado FSB. O, para ser más exactos, en un Estado chequista. Unos años antes, en Podolsk, Dimitri había tenido que cerrar una investigación relacionada con seis hombres abatidos en la ciudad. Entonces descubrieron que los desgraciados habían sido clasificados como terroristas porque habían prestado dinero a un antiguo jefe de la KGB que después les había exigido que lo devolvieran. Bang, bang, bang. Problema resuelto. «Sin hombre, no hay problema», ya lo decía Stalin.

Los chequistas se protegían entre ellos y mandaban en todo. Durante la época soviética, al menos el Partido Comunista los mantenía bajo control. Ahora ya no respondían ante nadie. Su único límite era Putin. Él mismo era un chequista, el jefe de una hermandad que había tomado el poder y se autodenominaba *siloviki*, «caballeros». Vladímir Putin, exagente de la KGB y exdirector del FSB; Igor Sechin, antiguo agente de la KGB en Angola y Mozambique; Viktor Ivanov, también procedente de la KGB y del FSB; Nikolai Patrushev, exagente de la KGB y director del FSB. Los cuatro caballeros. Los *siloviki*. Patrushev los describía como «nuestra

nueva nobleza». Es decir, una élite sin freno ni vigilancia. En realidad, nadie los controlaba. Los chequistas se habían convertido en un Estado dentro del Estado. Ellos eran Rusia. Habían convertido el país en un Estado chequista: la mafia de las mafias.

Sintió una presencia a su lado.

—Capitán, puede pasar.

Había llegado el momento de averiguar qué querían los verdaderos dueños del país.

XXIII

Desde hacía tiempo, a Leroy Roderick le preocupaba el problema de la inmigración en Estados Unidos, sobre todo, porque Fox News no dejaba de hablar del tema, tanto en sus informativos como en los *talk shows*. Pero lo que realmente lo llevó a querer saber más fue el impacto que la política de discriminación había tenido en su vida personal y profesional. Estaba desesperado, angustiado, y necesitaba encontrar una salida, costara lo que costara. Abrió YouTube y escribió: «inmigración Estados Unidos».

Automáticamente, apareció una lista de documentales y reportajes televisivos. En el *top* había uno titulado «¿Qué ha destruido el sistema de inmigración de Estados Unidos?», de la CNBC; después otro, de Vox, titulado «La ley que destruyó la inmigración a Estados Unidos»; y un tercero, también de la CNBC: «¿La crisis de la inmigración destruirá las ciudades en Estados Unidos?».

Casi nunca veía la CNBC porque era un canal típico del Norte progresista, pero bastaron los títulos para ponerle nervioso. Pinchó en el primer reportaje y vio imágenes de miles y miles de inmigrantes latinoamericanos haciendo fila en México para saltar el muro e intentar entrar clandestinamente en Estados Unidos. El reportaje los llamaba «inmigrantes sin documentos» y responsables del propio Gobierno afirmaban que el número de personas que entraban en el país «sin papeles» se había disparado tanto que el sistema estaba al borde del colapso. ¡Lo decían incluso los progresistas!

A continuación, YouTube les recomendaba una lista de vídeos sobre el mismo tema a los usuarios que, como él, habían visto el reportaje. Leroy abrió uno de los mejor posicionados: un reportaje de Fox News titulado «Inmigrantes en Nueva York provocan el caos». El contenido metía miedo. Al terminar, las sugerencias llevaban a otro vídeo: «Manifestantes en Nueva York bloquean autobús con inmigrantes», y después otra sugerencia: «Inmigrantes consiguen casas de lujo».

Leroy saltó en la silla.

—¿¡Qué!?

Además de dispararse en número, los inmigrantes estaban provocando el caos en las ciudades estadounidenses. Era gravísimo. Y, por si fuera poco, las élites les ofrecían casas de lujo. Mientras tanto, él, Leroy —un hombre honesto, patriótico, respetuoso y trabajador—, estaba condenado a vivir en una rodeada de químicos cancerígenos que le habían arrebatado a sus padres y a su esposa, y que probablemente acabarían con él y con sus hijos.

En la práctica, la política de discriminación positiva se traducía en despidos de estadounidenses blancos —muchos de ellos gente trabajadora que había levantado el país— por el simple hecho de ser hombres y blancos. Eran sustituidos por una multitud de inmigrantes que, según él, en nada habían contribuido a Estados Unidos. Esa gente pasaba por encima de los suyos con el beneplácito de las élites progresistas del Norte, que usaban el sistema de cuotas y la discriminación positiva para perjudicarles y robar el trabajo al estadounidense común.

¿El país se estaba volviendo loco?

Estaba aterrorizado, convencido de que todo lo que había visto era verdad. Siguió navegando por las sugerencias de YouTube con avidez. Apareció un vídeo titulado «Tiendas abandonan Nueva York

por culpa de los robos». En ellos, de forma gradual, los inmigrantes pasaban de ser «indocumentados» —la expresión políticamente correcta de las élites para evitar estigmatizarlos— a «ilegales». El siguiente vídeo que le recomendó YouTube decía: «Con barricadas, soldados y nuevas leyes, Texas intenta impedir la entrada ilegal de inmigrantes». Y después: «No más ciudades santuario: Nueva York empieza a deportar inmigrantes».

—¡Es lo que hay que hacer! —murmuró entre dientes, totalmente de acuerdo con el título del último reportaje—. ¡Impedir que entren no es suficiente, hay que deportarlos!

Leroy estaba solo en su habitación, delante del ordenador, pero hablaba como si a su lado todavía estuviera su querida Betty. Reaccionaba ante los vídeos con miedo, además de rabia. Estaban invadiendo Estados Unidos, literalmente. Millones y millones de inmigrantes entraban en el país ilegalmente, ocupaban las ciudades, robaban en las tiendas y sembraban el caos. ¿Qué hacían las élites? ¡Los acogían y les daban casas de lujo! ¿Lo había oído bien? ¡Casas de lujo! ¡¿Qué locura era esa?! ¡Las élites progresistas estaban lanzando Estados Unidos al abismo! Por suerte, algunos compatriotas en Nueva York se habían percatado de la gravedad del asunto y habían empezado a deportarlos. Cuando empezó a ver el reportaje, entendió que las deportaciones eran solo de inmigrantes condenados por algún delito.

—¿Y qué pasa con los demás?

Leroy empezaba a desquiciarse. ¿Cómo era posible que estuvieran tan ciegos? ¡Las políticas de las élites progresistas eran un delito contra el ciudadano común! No se aguantó, se puso de pie y empezó a gritar al ordenador con todas sus fuerzas.

—¡Estados Unidos, despierta! —exhortó—. ¡Despierta! ¡Hay que parar esta locura! ¡Tenemos que defender a los estadounidenses!

¡Levantad ese muro que los impida entrar! ¡Hay que acabar con los ilegales! ¡No vamos a permitir que se hunda Estados Unidos! ¡Hay que limpiar Washington y sacarlo del pantano! ¡Hay que hacer América grande otra vez!

Gritaba a la pantalla del ordenador como si alguien pudiera oírlo, como si el país entero pudiera oírlo y su voz sirviera para despertar a las personas. Pero lo cierto es que estaba solo y nadie podía oírlo; le estaba gritando a las paredes, literalmente. Aunque, por lo visto, quizá alguien lo oyera, porque los comentarios del reportaje sobre las deportaciones eran elocuentes y reproducían casi palabra por palabra lo que él pensaba en ese exacto momento. «¡Deportación, deportación, deportación! ¡Los estadounidenses y los Estados Unidos primero!», clamaba el primer comentario, al que seguían otros mensajes parecidos: «Cuidad a los estadounidenses en vez de dejar que los inmigrantes entren en nuestro país», «Debería ir a la cárcel quien los dejó entrar», y «Votar a los demócratas trae consecuencias terribles».

YouTube seguía sugiriéndole más reportajes similares, cada cual con un título más preocupante que el anterior, como «Inmigrante ataca a ciudadanos», «El presidente se ha vuelto loco», «La verdad sobre la crisis de la inmigración ilegal», «El ejército patrulla en Nueva York», «La clase media está acabada» o «La ilusión de los demócratas: quién controla nuestras vidas de verdad».

Eso, ¿quién controlaba sus vidas?, se preguntó Leroy al leer el título del último reportaje. «¡Las élites del Norte! Los progresistas que se creen demócratas, paladines de la libertad de expresión. Pero cuando nosotros, comunes ciudadanos, hacemos o decimos algo que no les gusta o con lo que no están de acuerdo, se nos echan encima, nos humillan, se ríen de nosotros, nos aíslan. "¡Islamofóbico! ¡Racista! ¡Homofóbico!", gritan como quien insulta.

Pero ¿qué es esto? ¿Ya no se puede llamar "marica" a un marica o "negro" a un negro o "pelo naranja" a quien tiene el pelo naranja? ¿Ya no se puede ser puntual ni profesional ni promover el mérito? ¿Quién ha dado a esta gente el derecho a censurarme y empequeñecerme como si yo no fuera también un ser humano con derecho a opinar? ¿Esto es una democracia o una parodia?».

Movió la cabeza. No, para él no era una democracia sino un espejismo. Una fantochada. «Ni siquiera controlamos nuestras vidas, al menos no el ciudadano común, ni el pueblo estadounidense. Son ellos, los de Washington, la legión de lo políticamente correcto, la policía del pensamiento, los que humillan a los verdaderos ciudadanos y quieren sustituirnos por esa gente».

Después, YouTube le sugirió otro vídeo y después otro y otro, que cada vez lo asustaban más. Las políticas catastrofistas de las élites citadas en los reportajes alimentaban su furia. Una ira descontrolada le crecía en el pecho y le revolvía las tripas hasta el punto de casi volverlo loco en una explosión de rabia descontrolada.

«Ah, las élites, las malditas élites aliadas a las grandes empresas. Viven en grandes casas, llevan a sus hijos en cochazos a colegios privados. ¿Qué hacen todas esas personas que han nacido entre algodones? Para probar la supuesta superioridad de sus valores, imponen el infierno a los demás, a sus conciudadanos, a esos que, por tener, solo tienen su honor, el amor a la patria, el espíritu de sacrificio. A las élites les encantan los inmigrantes, sí, pero en los coches ajenos, en empleos ajenos, en colegios ajenos. ¡Malditos! Están destruyendo mi país y nos están destruyendo a nosotros, los que estamos por debajo. Criminales. Me han quitado el empleo para dárselo a quienes no han contribuido a hacer de este país lo que es hoy. ¡Están saqueando Estados Unidos! ¿Y dicen que quieren defender a las minorías? ¡Si la minoría somos nosotros! Nosotros.

Nos llaman *rednecks* y se burlan de nosotros. Nosotros. Los preteridos en los trabajos. Nosotros. ¡Los blancos del Sur! ¡La minoría somos nosotros! ¿Quién va a tener el valor de levantar un muro y frenar toda esta locura? ¿Quién va a limpiar este pantano de la política sucia que se practica en Washington? ¿Quién hará de nuevo grande América?».

Sonó el móvil.

—¡Papá!

Era Sally.

—¿Qué?

—Que cuándo me vienes a buscar.

—A las tres de la tarde, como hemos quedado.

—Papá, ¡ya son las cuatro!

Consultó su reloj y comprobó con sorpresa que así era.

—¡Ah!

¡El tiempo había volado! Había empezado a ver vídeos por la mañana y ya era por la tarde. Aun así, se sentía incapaz de salir del ordenador. Estaba aterrorizado y también muy rabioso.

—Entonces, ¿me vienes a buscar o no?

Su padre respiró hondo.

—Ya voy.

Colgó y apagó el ordenador con desgana. Al parecer, la información que buscaba solo estaba en YouTube, en ningún otro sitio.

Cogió las llaves del coche y salió de casa para ir a buscar a su hija al instituto. Tenía prisa porque quería volver lo antes posible. Al regresar, lo primero que haría sería encender otra vez el ordenador para seguir averiguando cosas terribles de las que nadie hablaba. Ni las televisiones ni los periódicos progresistas, que se lo callaban

todo. Pero ahora sabía lo que pasaba en su país, lo que le estaba sucediendo a su hijo. Y también lo que le estaba pasando a él.

XXIV

El vídeo de la masacre en Christchurch, en Nueva Zelanda, terminaba con la imagen del asesino quitándose la capucha, el pañuelo y las gafas de sol. Tomás Noronha estaba boquiabierto, intentando procesar lo que acababa de ver. ¡El autor de la matanza era... él!

Señaló el televisor apagado inquisitivamente.

—¡Eso es falso!

Sasha observó su reacción cuando el autor de la matanza reveló su identidad, y ahora no ocultaba su sonrisa.

—El que está ahí es usted. ¿No lo ha visto? Las imágenes no engañan.

—¡Las imágenes son falsas!

—El vídeo es verdadero —le corrigió el anfitrión—. Se transmitió en Facebook Live y miles de personas siguieron la matanza en directo. Además, el vídeo de la masacre en Christchurch está guardado en los servidores de Facebook. Eso no puede negarlo.

El historiador negaba con la cabeza sin parar.

—¡No es posible! Si el vídeo es verdadero, entonces yo no soy ese hombre. Es... alguien que se me parece mucho. Pero si yo ni siquiera he estado nunca en Nueva Zelanda...

—Le estoy diciendo que el vídeo es verdadero y que el que aparece ahí es usted. La mismísima policía neozelandesa tiene este vídeo. Es una prueba del delito cometido.

—Vale, pero yo le digo que nunca he estado en Nueva Zelanda. O el vídeo es falso, o entonces la persona que mató a toda esa gente se parece mucho a mí. ¡No soy yo! ¡Yo no he hecho nada de eso! ¡Es imposible! Si ni siquiera sé cómo funcionan esas armas.

Por ahí no iban a llegar a ninguna parte y el ruso era consciente. Se enderezó en el sofá y con semblante serio miró a su interlocutor a la cara. Estaba a punto de asestarle el *coup de grâce*.

—El vídeo es verdadero —repitió despacio, para enfatizar cada palabra—. Sobre el rostro del asesino..., ¿usted se acuerda de que hace poco le hicieron una visita en su casa?

Tomás no entendía a dónde quería llegar.

—¿Una visita?

—Sí, una visita. ¿No se acuerda de que llegó a casa y se encontró con una persona que..., bueno, que no había visto nunca?

De repente recordó al asaltante en su salón cuando volvió por sorpresa a su piso para buscar el cuaderno.

—¿Es de los suyos?

—Profesor Noronha, digamos que pedí a unos técnicos especializados en este tipo de operaciones que instalaran una serie de cámaras en su casa.

—¿¡Qué!?

—Oh, fue precioso. Durante dos días registramos imágenes suyas mirándose en el espejo, sentado en la taza del váter, duchándose, vistiéndose, leyendo, recorriendo el pasillo, sentado en el sofá, hablando por teléfono, escribiendo en su ordenador, viendo la tele, comiendo, durmiendo, tirándose pedos... En fin, todo lo que forma parte de la gloriosa rutina de un hombre en la intimidad de su hogar, dulce hogar.

Tomás no sabía si indignarse por la intrusión en su vida privada o admirar la desfachatez con la que el tipo se lo estaba contando todo

sin ningún pudor.

—Pero ¿cómo se atreven?

—Nos atrevemos a muchas cosas, señor Noronha. ¡Vaya si nos atrevemos! Ni se hace una idea de hasta dónde llega nuestro atrevimiento. Me imagino que ahora se estará preguntando cuáles son los motivos para hacer lo que hemos hecho.

—Por supuesto.

—La respuesta es muy sencilla, profesor Noronha. Necesitábamos muchas imágenes suyas. Muchas, muchas, muchas.

—¿Imágenes mías? ¿Para qué?

Sasha señaló el televisor apagado.

—Para poner su cara en ese vídeo, profesor Noronha. Su rostro ahora es el del asesino de Christchurch. Es lo que coloquialmente, en inteligencia artificial, se llama *deepfake*.

—Ah.

Estaba todo explicado. *Deepfake* era un producto mediático sintético, hecho con imágenes y sonido, parcialmente manipulado o totalmente creado por inteligencia artificial, pero con tanto realismo que parecía real. Había visto el vídeo de una figura sintética con la cara y la voz de Barack Obama diciendo cosas que nunca había dicho, como llamar «tipo de mierda» a Donald Trump. Eso era un *deepfake*. De la misma forma que lo habían hecho con Obama, acababan de hacerlo con él. Pero en vez de ser una broma, lo suyo iba en serio. Habían puesto su cara, la de Tomás, en el lugar del rostro del autor de la masacre de Christchurch. Es cierto que el día del asalto le había sorprendido el hecho de que los ladrones no se hubieran llevado nada. Ahora entendía por qué.

—La policía neozelandesa tiene las imágenes, las que van hasta el final de la masacre en la segunda mezquita de Christchurch —aclaró el ruso—. Sin embargo, las siguientes, cuando vemos al asesino

quitarse la capucha y revelar su identidad, trabajadas en *deepfake* con su rostro, las hemos añadido nosotros. Profesor Noronha, el problema es que todas, incluido el *deepfake* de su rostro, no solo las tenemos nosotros. También están guardadas en el servidor de Facebook en Estados Unidos.

—¿Qué pretende decirme?

—Nuestros *hackers* entraron en los servidores de Facebook, eliminaron el vídeo original y lo sustituyeron por este con el *deepfake* de su rostro al final.

Tomás pestañeó, sorprendido.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué? ¿Para qué se han molestado en hacer algo así?

—Kompromat.

Conocía bien la palabra rusa de origen latino, usada desde la época de la KGB. Las intenciones del ruso quedaban claras.

—¿Para comprometerme?

—Es el significado de *kompromat* en ruso, ¿cierto?

—Perdone, pero... ¿me están chantajeando?

Sasha soltó una carcajada.

—Ah, las grandes palabras. Venga, profesor Noronha, la palabra *chantaje* es un poco fuerte, ¿no cree? Digamos que solo estamos dándole un pequeño... incentivo. Véalo como una forma original de motivarlo para que nos ayude.

Tomás se enfureció.

—Pues si la idea es esa, le aseguro que no va a funcionar. No cedo a chantajes.

—¿Prefiere que circule por internet este vídeo con el *grand finale,* en el que se muestra su magnífico rostro? El Pierce Brosnan de Portugal: el verdadero autor de la masacre de Christchurch.

—Si hacen algo así, denunciaré el vídeo como un *deepfake*.

Sasha volvió a reír.

—Oh, profesor Noronha, vamos a ser serios. ¿Usted cree que funcionaría una excusa como esa?

—No es ninguna excusa, es la verdad. En mi país solemos decir que la mentira se lava con la verdad. Es más, ni siquiera es muy difícil probar que no estaba en Christchurch el día de la masacre. Seguramente hay registros míos de ese día sacando dinero o pagando compras, peajes, restaurantes, *parkings* o alguna otra cosa. Algo probará que, mientras se producía la masacre, yo no estaba en Nueva Zelanda, sino en Lisboa o en alguna otra parte del planeta.

El semblante del ruso adquirió una expresión sombría, siniestra.

—¿Usted de verdad cree que no hemos pensado en eso, que no nos hemos encargado de todos los detalles?

La forma en que lo dijo preocupó a Tomás: no le cabía la más mínima duda de que estaba ante todo un profesional de la desinformación.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cuando decidimos que sería usted quien nos ayudaría en esta operación, nos centramos en los detalles —reveló Sasha—. No nos limitamos a recoger informaciones e imágenes suyas para hacer este *deepfake* para su *kompromat*, sino que también usamos el registro de Google Maps para descubrir todos los lugares en los que estuvo el día de la masacre de Christchurch, así como los días previos y posteriores. Borramos todo lo relacionado con su presencia esos días en Lisboa, incluso sus compras y comunicaciones: registro de tarjetas de débito y crédito, de Google Maps, peajes, videocámaras de las calles por las que pasó... Lo hemos limpiado todo, todo, todo. Es como si nunca hubiera estado esos días en la ciudad.

Tomás estaba estupefacto.

—¿Han hecho todo eso?

—Eso... ¡y mucho más! —respondió con rapidez—. Después de limpiar todos los vestigios de su presencia en Lisboa durante esos días, sembramos otros de su paso por Christchurch en las mismas fechas. Nuestros *hackers* trabajaron con sus tarjetas y le compraron un billete de avión a Nueva Zelanda, inventaron registros informáticos de compras y comidas en Christchurch, el pago de tres noches en un hotel. Incluso dejamos registros suyos de compras la víspera de la matanza en una tienda al lado del Masjid an-Nur, donde comenzó la masacre. También hay registro de compras de municiones y armas. ¿Se da cuenta de las implicaciones de revelar todo esto? Si la policía investiga el tema, rápidamente encontrará muchos rastros de su «paso» por Christchurch.

Tomás entendió la dimensión de la trampa que los rusos le habían tendido.

—¡Dios mío!

Sasha también entendió que acababa de conseguir lo que pretendía. Ahora solo faltaba darle la estocada final a su interlocutor.

—Profesor Noronha, está a un paso del abismo —sentenció—. Dejamos más pruebas de su paso por Christchurch que las que habría dejado Agatha Christie en diez novelas. Incluso un Poirot de pacotilla sería capaz de encerrarlo durante muchos años como autor de la matanza. —Negó con la cabeza, como si estuviera compungido —. Murieron cincuenta y una personas ese día. Qué triste, ¿no le parece? Bueno, espero que le guste el sexo anal, porque va a pasar mucho tiempo entre rejas.

El portugués se le quedó mirando. ¿Cómo era posible que hubiera personas capaces de hacer algo así?

—Me da asco.

—Bueno, señor Noronha, será mejor mantener el tono profesional si no le importa. Esto no es nada personal, como debe calcular. Es

solo trabajo.

Tomás estaba a punto de explotar.

—¡Váyase a la mierda!

Sasha ignoró sus palabras, contaba con ellas, y mantuvo una actitud impersonal.

—Ahora tiene una decisión importante que tomar —dijo, a modo de conclusión—. O pone a mi servicio su notable talento, que lo convirtió en uno de los mejores profesionales del mundo en esta materia, y me ayuda a encontrar el móvil perdido, y toda esta pesadilla desaparece como por arte de magia; o mantiene su postura intransigente y rusófoba y, en ese caso, con gran pesar, me veré obligado a utilizar ciertos medios discretos para poner en conocimiento de las autoridades competentes la existencia del vídeo que acaba de ver con todas sus consecuencias. Dígame, profesor Noronha: ¿qué hacemos?

Formuló la pregunta como si fuera el punto final de la conversación. Se cruzó de brazos y esperó la respuesta. Instintivamente, Tomás quería rechazar la propuesta. No solo le desagradaba trabajar para el Estado ruso, sino que también le indignaban los métodos utilizados. No podía comulgar con esas personas. Pero, tras encajar la furia inicial, empezó a ver el otro lado del asunto.

Si su rostro aparecía en un vídeo *deepfake* como aquel, y si su interlocutor, como afirmaba, había dejado tantas pistas falsas de su paso por Christchurch el día de la masacre, entonces estaba metido en un lío monumental. El ser humano está hecho para creer lo que ve, y Tomás lo sabía mejor que nadie. Si su cara era la del asesino que había perpetrado aquella terrible matanza, ¿quién iba a creer en su inocencia? Una imagen vale más que mil palabras, dice el proverbio chino —y más aún si esa imagen va acompañada de

pruebas fabricadas—. Ignorarlo sería una imprudencia suicida. Aunque todo fuera falso, el vídeo equivaldría a una condena.

Ponderó con cuidado su situación, haciendo lo posible por conservar la cabeza fría y pensar con claridad. Mentalmente, analizó las posibles salidas de aquel embrollo como un jugador de ajedrez que calcula, con precisión milimétrica, cada movimiento y sus consecuencias. Finalmente, suspiró y volvió a mirar a Sasha.

—Dígame qué tengo que hacer.

Era una rendición.

XXV

La voz de la asistente invitándolo a pasar al despacho del coronel Gusak hizo que Dimitri se pusiera en pie de un salto, como si tuviera resortes. Había llegado el momento. Inspiró hondo, llenándose los pulmones para reunir el valor necesario antes de cruzar la puerta. Tras el escritorio lo esperaba un hombre con uniforme militar, ojos de un azul translúcido y cabello canoso peinado hacia atrás.

—Capitán, siéntese —lo invitó el hombre de voz ronca que había escuchado horas antes al teléfono—. Espero que mi llamada esta madrugada no lo haya puesto nervioso...

Dimitri tragó saliva.

—De ninguna manera, mi coronel.

Gusak tomó unos folios que tenía en la mesa y empezó a ojearlos con aire distraído.

—He estado leyendo el informe del ejercicio que llevamos a cabo hace diecisiete años en aquel sótano del edificio de Riazán, no sé si lo recuerda. Lo firmó usted...

—Sí, yo dirigí la investigación inicial de la policía, mi coronel. ¿Algún problema?

El hombre del FSB fijó su atención en una parte del documento.

—Capitán, escribió aquí que los sacos en los que se encontraron el reloj, el detonador y las baterías tenían azúcar. —Levantó los ojos y lo miró con aire inquisitivo—. ¿Lo confirma?

Dimitri no sabía qué debía responder. ¿Qué esperaría el chequista que dijera?

—Confirmo que... es lo que escribí en el informe, sí.

—¿Y es cierto? ¿Los sacos tenían azúcar?

¿A dónde quería llegar su interlocutor? Dimitri notó una gota de sudor que le nacía en la sien. ¿Su anfitrión quería saber la verdad o solo lo estaba poniendo a prueba? Estaba nadando en aguas peligrosas y traicioneras; debía ser prudente. Muy prudente. Intentó leer algo en sus ojos, pero era como mirar una pared. Tendría que decidir por sí mismo.

—En los sacos había lo que el coronel quiera que hubiera.

Gusak soltó una carcajada inesperada.

—¡Bingo! —exclamó, dando una palmada en la mesa—. ¡Ha hablado como un auténtico chequista!

Por lo visto, la respuesta había sido de su agrado.

—Siempre intento cumplir con mi deber hacia la patria, mi coronel.

El rostro del anfitrión se tornó serio de repente, como si hubiera apagado la carcajada con un interruptor. Se inclinó hacia delante y miró al visitante a los ojos.

—Menos mal, porque la patria lo necesita.

Dimitri sabía que, en realidad, aquello significaba que el FSB lo necesitaba.

—Estoy... a su entera disposición, mi coronel.

Gusak volvió a mirar la carpeta de la mesa como si acabara de reparar en un detalle nuevo en las hojas que tenía delante.

—He estado leyendo su informe y dice que su especialidad son los ordenadores. ¿Lo confirma?

A Dimitri se le iluminó la mirada.

—Mi coronel, me apasionan desde que era adolescente. Siempre supe que iban a cambiar el mundo... Justo lo que está ocurriendo. Y todavía no hemos visto nada. Estoy convencido de que...

—¡Vale, vale! —lo interrumpió el oficial del FSB—. De esas cosas yo no entiendo ni papa. Lo único que me interesa es confirmar su entusiasmo por los ordenadores. Y, por lo que veo, es mucho.

—Sí, mi coronel.

—Precisamente, necesitamos especialistas en esta área con urgencia. ¿Consideraría la posibilidad de trabajar para los órganos de seguridad?

La invitación fue tan inesperada que Dimitri se quedó momentáneamente congelado.

—¿Yo en el... FSB?

—Le duplicaremos el sueldo y tendrá que trasladarse a San Petersburgo. Además, como sabe, la agencia le otorga un estatus especial. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. A fin de cuentas, nosotros somos la nueva nobleza de Rusia, ¿no le parece?

El visitante no sabía qué responder. Su sexto sentido le decía que lo mejor era rechazar la oferta. Aunque el FSB era poderoso, entrar en la organización era un camino sin retorno. ¿No había sido el propio Putin quien había dicho que los exchequistas no existían? Una vez chequista, para siempre chequista. No se le olvidaba que eran capaces de todo, como vio en el 1999 en Riazán. Con ellos, todas las precauciones eran pocas. Tenía que ser prudente. Mucho.

Pero, por otro lado, que le doblaran el sueldo y trasladarse a San Petersburgo no era algo que pudiera rechazar así como así. Ekaterina se quejaba de «vivir en Campolandia», y seguramente le encantaría la propuesta. Así como a los chicos. Abandonar los suburbios industriales para mudarse a la mejor ciudad del país. Nunca se imaginó viviendo en San Petersburgo; siempre había idealizado Moscú, pero quizás fuera incluso mejor. Mejor casa, mejores condiciones, mejores colegios. La ciudad más europea de Rusia. Además, iba a dejar atrás las labores tradicionales de un

policía para dedicarse a su verdadera pasión: los ordenadores. ¿Cómo iba a rechazar una oportunidad así?

—Para ser chequista, antes hay que pasar un análisis psicológico profundo, creo.

Una leve sonrisa recorrió momentáneamente el semblante de su interlocutor.

—¿Qué cree que ha estado haciendo en comisaría durante la última semana?

Al instante, Dimitri recordó el conjunto de test psicológicos que había hecho para determinar su estado de salud mental.

—Ah..., ¿era para eso?

—¿Se acuerda de que la semana pasada un pasajero le contó chistes de nuestro presidente en el tranvía?

Claro que se acordaba. El pasajero se había burlado de la baja estatura de Putin. Normalmente, Dimitri se habría reído, pero ese día estaba tan cansado que ignoró los chistes. Menos mal que lo hizo.

—¿También eran ustedes?

Al parecer, el pasajero era un agente enviado por el FSB para ponerlo a prueba.

—Debíamos tener la certeza absoluta de que estábamos ante una persona de confianza, alguien tan leal al presidente como para ser capaz de guardar secretos de Estado —respondió el oficial del FSB—. Enhorabuena, pasó la prueba. Por eso está aquí. ¿Listo para servir a su patria y defenderla de sus enemigos?

Esa idea le ponía un poco nervioso. Pero considerando las ventajas de entrar en la agencia de inteligencia rusa, tanto para su vida como para la de su familia, ¿cómo iba a decir que no?

—Cuente conmigo, mi coronel.

Gusak ya lo daba por hecho. Cogió los papeles y se los entregó al visitante. Dimitri confirmó que se trataba de un compromiso de

confidencialidad y de su ficha de inscripción, que —detalle significativo— estaba previamente rellenada. Tras leer las condiciones de su nuevo trabajo, incluido el sueldo, cogió el bolígrafo y firmó los papeles.

Se había convertido en un chequista.

XXVI

Era la última visita que Leroy Roderick hacía a la empresa en la que había trabajado durante los últimos años. El exempleado fue a tramitar la documentación para recibir la indemnización por despido. Tras firmar los papeles y recoger el cheque, de camino a la salida, se cruzó con el señor Dean. A pesar de todo, seguían llevándose bien e intercambiaron algunas palabras.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, he venido a tratar unos asuntos. —Leroy le enseñó el cheque que acababan de entregarle y el gerente lamentó que las cosas hubieran terminado así—. Estoy reorganizando mi vida poco a poco —le explicó el exempleado—. Pero no está fácil...

—¿Por qué no prueba en Sasol? Han anunciado una gran inversión en Bayou d'Inde. He oído que quieren contratar a más de cinco mil trabajadores, entre temporales y permanentes. Con su experiencia en esta área, seguro que hay un puesto para usted.

Sasol era un gigante petroquímico de Sudáfrica que iba a montar en Luisiana un proyecto llamado «Catar en Bayou». Según la prensa, iban a construir un inmenso complejo con fábricas de fertilizantes, polímeros y amoníaco, instalaciones de producción de boro, terminales de metanol y edificios para la industria de la celulosa. Es decir, una gran inyección de dinero con la que se emplearía a muchas personas.

Aun así, Leroy seguía desanimado.

—¿Cree que no lo he intentado? —respondió—. En cuanto nos enteramos, mi chico y yo nos presentamos. Pero los tipos nos respondieron de inmediato con un «no». Por lo visto, los trabajadores serán todos de Irlanda y Filipinas. Dicen que son más baratos.

El señor Dean hizo una mueca.

—¡Qué mal!

—Es la mierda de la globalización.

La cosa estaba difícil. El gerente de la empresa se quedó un momento en silencio. Cuando volvió a hablar, lo hizo para preguntarle algo con lo que no contaba.

—¿Suele ver *The Apprentice*?

A Leroy le sorprendió la pregunta porque no tenía nada que ver con el tema anterior. De hablar sobre la nueva inversión de Sasol en Luisiana, el gerente había pasado de golpe al *reality show* de la NBC sobre las habilidades empresariales de sus concursantes. Lo más probable era que el señor Dean no supiera qué más decir y había optado por desviar la conversación hacia un asunto menos incómodo.

—Sí, Betty y yo lo veíamos a veces —respondió Leroy. Se calló al recordar las veladas en casa con su mujer, los dos viendo la televisión y riéndose con las peripecias que pasaban en el programa. Bonitos tiempos—. A ella le gustaba mucho. ¿Sabe quién era su personaje favorito? Trump. Ese tío es impagable, ¿no le parece? Todo un personaje.

Se refería a Donald Trump, el más extravagante de los miembros del jurado de *The Apprentice*, un divertido empresario del área inmobiliaria que actuaba con descaro y hacía cosas raras, como usar el programa para promocionar sus productos e incluso a su propia familia, tanto a su mujer Melania como a sus hijos Ivanka y Donald

Trump Jr. Los Trump se habían convertido en una especie de familia Kardashian. O en los Simpson. Su vida era casi un *reality show*.

—¿Ha visto que se ha presentado a las elecciones?

—¿A las elecciones para qué? ¿Cómico del año?

—A la Casa Blanca.

Leroy soltó una carcajada.

—Ese tío tiene cada cosa...

—No es ninguna broma, va en serio —aclaró el señor Dean al percatarse de que su antiguo empleado pensaba que era un número de circo más con el que pretendía alimentar las audiencias del programa de televisión—. Ha anunciado que se presenta a presidente de Estados Unidos. Quiere llegar a la Casa Blanca.

Su convicción deshizo la sonrisa de Leroy.

—¿En serio?

—Trump anunció su candidatura en mitad del programa. A continuación, la NBC lo despidió. Los periódicos dicen que ya tiene la campaña lista y la van a lanzar en breve.

Leroy no tenía ni idea.

—¿Trump? ¿Candidato? Pero ¿puede hacer algo así?

—Nada se lo impide —respondió el gerente encogiéndose de hombros—. El tipo tiene mucho dinero y sigue las normas legales. Cualquier persona puede ser candidato, ¿o no? Incluso Kim Kardashian. En el caso de Trump, quiere ser el candidato del Partido Republicano.

A Leroy le parecía una posibilidad remota.

—Venga, hombre, no se quede conmigo...

—Se lo estoy diciendo en serio —insistió el señor Dean—. Se lo cuento por las declaraciones que hizo en el último episodio de *The Apprentice*. Espere un momento, que se las enseño.

El gerente cogió su *smartphone* y escribió las palabras clave. Cuando encontró lo que buscaba, lo giró hacia Leroy. La imagen mostraba a Donald Trump en el plató del programa de la NBC. Estaba anunciando su candidatura a presidente de Estados Unidos. Al escuchar la declaración, a Leroy le entraron ganas de echarse a reír, parecía otra de las bromas del comediante. ¿Acaso no se conocía a Trump por sus extravagancias como miembro del jurado del programa? Borat y él eran de lo más cómico que había visto. Pero, de repente, el empresario dijo algo que llamó su atención.

«Cuando México nos envía a su gente, no nos envía a los mejores —afirmó—. Nos envían a personas problemáticas que vienen con sus problemas a cuestas. Traen drogas y criminalidad. Son violadores. No digo que algunos no sean buenas personas, pero cuando hablo con los guardas fronterizos, me cuentan todo lo que está entrando en nuestro país».

Al acabar, el señor Dean buscó otro enlace en su *smartphone*.

—La NBC lo despidió por haber llamado «violadores» a los inmigrantes ilegales mexicanos. Como respuesta, Trump ha emitido una declaración. Lea.

El texto que apareció en la pantalla del móvil, firmado por Donald Trump, decía que la «NBC era floja y estaba siendo políticamente correcta, como todo el mundo; por eso, nuestro país enfrenta problemas tan graves». El párrafo siguiente detallaba su opinión sobre el tema: «Necesitamos fronteras fuertes, no podemos permitir que inmigrantes ilegales entren en Estados Unidos. Como cuenta la prensa, cruzan nuestras fronteras sin parar. Las noticias hablan de delitos cometidos diariamente por los inmigrantes ilegales. Esto tiene que parar ahora mismo».

Leroy se quedó callado. Se despidió del señor Dean sin hacer ningún comentario, se metió en el coche y se fue a casa. Durante el

trayecto solo pensaba en lo que acababa de ver y de leer en el móvil de su exjefe. Siempre le había hecho gracia Donald Trump, le parecía un personaje divertido, pero para él no era más que un cómico, una figura de ficción, un payaso cuya única función era distraer y hacer reír al público. ¿Trump presidente? La idea le parecía totalmente surrealista. Ridícula. Solo faltaba que Borat o las Kardashian anunciaran sus candidaturas y así ya estaría montado el circo de lo absurdo.

Sin embargo, Trump había dicho cosas que tenían sentido. A veces los payasos decían la verdad, aunque lo hicieran bajo la capa del humor. Aunque, al parecer, ninguna de esas declaraciones tenía la intención de hacer reír. Sonaban reales.

¿Era posible que un payaso se convirtiera en presidente?

XXVII

Sasha sabía que, por mucho que el portugués protestara o pataleara, la conversación con Tomás Noronha iba a llegar a ese punto. El *deepfake* lo convertía en el verdadero autor de la masacre de Christchurch, y las pistas falsas dejadas en el terreno corroboraban esa teoría. Su interlocutor entendió que estaba acorralado y no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia: no tenía otra alternativa sino colaborar con ellos.

El ruso posó el vaso de vodka en la mesa y miró al historiador, que acababa de convertirse en su agente gracias al *kompromat*. Finalmente lo tenía en la palma de la mano, había llegado el momento de darle el *briefing* de la situación.

—Como el coronel Glebov le explicó en Lisboa, lo necesitamos para recuperar un *smartphone* —le dijo el ruso—. El aparato desapareció con una información que..., digámoslo así, no puede caer en manos equivocadas. Tiene que conseguirlo deprisa y de forma muy discreta. Creemos que es la persona adecuada para hacerlo.

A Tomás le frustraba verse forzado a hacer algo que no quería. Pero no tenía escapatoria. Había caído en una emboscada.

—Sigo sin entender por qué me han elegido a mí para ese trabajo. ¿Por qué yo?

—Por su talento para resolver casos complicados —le respondió—. No vale la pena entrar en detalles de todos los que ha resuelto en el pasado, usted los conoce mejor que nadie, y nosotros también.

También lo hemos elegido por otra razón. El móvil se ha perdido en territorio enemigo y nuestros hombres están teniendo muchos problemas para localizarlo, sobre todo, porque están bajo vigilancia rigurosa debido a las circunstancias geopolíticas internacionales. Sus movimientos están limitados. Además, las pistas nos conducen constantemente a callejones sin salida. El tiempo se agota y nos hacen falta ideas frescas. Por eso pensé en usted. Para resolver este caso, quiero al mejor profesional. Ahora bien, el mejor... es usted.

Tomás ya intuía que el peligro estaría en los detalles de la historia.

—Cuando dice «territorio enemigo», ¿a qué país se refiere exactamente?

—A Estados Unidos, por supuesto.

Lo que le sorprendió no fue la respuesta, sino la ligereza de esta.

—¿Para usted el territorio estadounidense es territorio enemigo? ¡Rusia es la que está en guerra con Estados Unidos!

—Digamos que es al revés —le devolvió Sasha—. Estados Unidos es el país en guerra y nosotros nos limitamos a defendernos.

El portugués se rio sin ganas.

—Entonces, Rusia invade Georgia y Ucrania, dice que todos los países de la antigua Unión Soviética les pertenecen, lanzan ataques cibernéticos contra todo Occidente, amenazan a medio mundo con armas nucleares... ¿y son los demás quienes atacan a Rusia?

—Todo eso es el resultado de los ataques permanentes de Estados Unidos. Es culpa de su maquiavélico plan para destruir nuestro país.

—¿Qué plan?

—El Plan Dulles. ¿Nunca ha oído hablar de él?

Allen Dulles, agente secreto estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial y director de la CIA en la época de Dwight Eisenhower, era una figura odiada en el seno de la antigua KGB.

—Pero... ¡si eso es ficción!

—¿Ficción? ¡De ninguna manera! Para su información, el director de la CIA propuso el Plan Dulles en un discurso en 1945. Preveía la destrucción de la Unión Soviética desde dentro. Para ello, usarían la desinformación, destinada a provocar el caos en nuestro país sustituyendo los valores rusos por falsedades y convenciendo a la población de que eran ciertas.

—Le estoy diciendo que todo eso es ficción —insistió el portugués —. Soy historiador y sé de lo que hablo. Esa patraña nació a partir de una novela publicada en la década de los setenta, escrita por un novelista soviético que se inventó un plan maquiavélico de los nazis para manipular la mente de los rusos. La novela se popularizó y llegó a convertirse en una serie de televisión soviética. La prensa rusa se hizo eco en la década de los noventa y de repente el plan nazi se metamorfoseó en un plan estadounidense. Dulles nunca hizo ese discurso, es solo un delirio paranoico.

Su interlocutor dudó.

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro. Mi trabajo es investigar el pasado.

—No es lo que me han contado. Todas las acciones estadounidenses contra Rusia se parecen a lo que se ha dicho del Plan Dulles. Por tanto, el plan existe. Es más, si se fija, las reformas de Gorbachev que condujeron al final de la Unión Soviética siguieron las líneas del plan de la CIA que pretendía envenenar a los rusos.

—¿Es así como explican en Rusia el colapso de la Unión Soviética? ¿Diciendo que todo fue una conspiración de la CIA?

—¿No le parece evidente?

Tomás casi puso los ojos en blanco.

—Oiga, lo que están haciendo es utilizar teorías de la conspiración para explicar algo que no quieren aceptar, en concreto, que el colapso de su país sucedió debido a profundas disfuncionalidades

internas. Ya solo falta que digan que el accidente de Chernóbil fue una conspiración de la CIA y que por eso...

—Vale, vale —lo cortó el ruso, impacientándose—. Esta conversación no nos lleva a ninguna parte. No nos desviemos del tema que nos ha traído hasta aquí. Hay un *smartphone* desaparecido en territorio enemigo con material muy sensible y tenemos que recuperarlo urgentemente. Por lo tanto, vamos a concentrarnos en esa misión. El resto es cháchara.

No era cháchara, sino todo lo contrario. Que los rusos creyeran en el Plan Dulles y en otras conspiraciones decía mucho de la mentalidad dominante en aquel país. Creían que todo el mundo se pasaba los días pensando en cómo conspirar para destruirlo, como si en Occidente no hubiera nada más importante que hacer. Estaba seguro de que, por más que lo intentara, no iba a conseguir convencerlos de lo contrario. Intentarlo sería una pérdida de tiempo. A los rusos les convenía creerse todo aquello: era una explicación fácil para problemas muy complejos. Lo mejor sería concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Si había que llevarla a cabo, cuanto antes, mejor. Cuanto más deprisa se librara de ese grupo de paranoicos acomplejados, mejor.

—Si quiere que lo ayude a encontrar ese móvil que tanto le preocupa, me tiene que dar informaciones muy específicas —indicó Tomás—. ¿Qué contiene exactamente? ¿Los detalles de la construcción de la bomba de hidrógeno? ¿Los detalles técnicos de sus misiles hipersónicos?

—Como supondrá, el contenido del *smartphone* es materia sensible y secreta. Le puedo asegurar que se trata de algo que podrá ayudar a garantizar la paz mundial.

La respuesta hizo desconfiar a Tomás. ¿El ruso necesitaba el móvil para garantizar la paz mundial? Estaba claro que era una mentira

para que colaborase más motivado.

—Tengo que saber cuáles son las circunstancias en las que se perdió el aparato. Ya sé que fue en Estados Unidos, pero ¿dónde en concreto? ¿Cómo fue?

Tampoco le puedo revelar el lugar —respondió—. Pero puedo darle elementos específicos de la persona que se lo llevó. Se llama Gonzalez. Rodhes Gonzalez para ser más exactos. Forma parte de las milicias trumpistas y llevaba una chaqueta con símbolos muy distintivos, en concreto, un gallo y una serie de iniciales.

—¿Se acuerda de ellas?

El ruso cogió un lápiz y escribió en un papel.

—Eran estas.

WWG1WGA

Tomás analizó la secuencia de letras.

—¿Qué es esto?

—Descúbralo.

El portugués cogió el papel, estudió las letras durante un par de minutos y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Algo más?

En vez de responder, Sasha puso otro papel encima de la mesa.

—Esto es lo más importante.



Tomás miró el papel y se quedó un rato observando su contenido.

—¿Qué acertijo es ese? —preguntó—. ¿Un alfabeto de extraterrestres?

—Fue lo que me dio el tal Gonzalez cuando le pedí su contacto. Me dijo que eran migas y que no tendría dificultad en cocinarlas. Y afirmó: «Está todo conectado». Después, desapareció con el *smartphone*.

—¿Se lo robó?

—No exactamente. Se lo llevó con mi consentimiento porque me encontraba en una situación delicada. Por motivos que no puedo compartir, necesitaba que alguien se lo llevara. Este rompecabezas, supuestamente, me ayudaría a llegar a ese hombre, pero...

—No llegó.

—Lo intenté, pero no, no lo conseguí. Usamos nuestros ordenadores, tanto mis hombres de confianza como yo recorrimos las listas en Estados Unidos de personas llamadas Rodhes Gonzalez. No encontramos nada. Después, buscamos a todos los Gonzalez, y mire que son muchos. Sin éxito. —Señaló el papel—. Estuvimos dándole vueltas y... nada de nada. Investigamos la pista de los símbolos que tenía en la chaqueta, en concreto, el gallo y esa extraña secuencia de letras. El resultado fue...

—Nada.

—Exactamente. Nos ha resultado imposible encontrar al hombre que se llevó el *smartphone*.

—Es muy probable que le diera una información falsa.

El ruso negó con la cabeza.

—Nos entrenan para saber leer a las personas. El tipo desconfiaba un poco, es cierto. Eso podría explicar su exceso de prudencia. Sin embargo, llegué a la conclusión de que decía la verdad. Iba con las milicias trumpistas. Se trataba de un cateto.

Tomás se frotó la barbilla.

—Un cateto, dice. ¿Y qué más?

—Eso es todo. Con lo que le he dicho..., encuéntrelo. Ahí tiene material más que suficiente. Supongo que una persona con su talento será capaz de hacerlo.

El visitante analizó las pistas colocadas a su disposición; le parecían ridículamente exiguas.

—Oiga, montar esta caza cuesta dinero. Voy a tener que viajar, comprar billetes de avión, reservar habitaciones de hotel... No tengo dinero para todo eso. Me va a tener que ayudar.

Sasha se levantó y se dirigió al mueble que había junto al bar. Abrió un cajón y de su interior sacó un sobre. Volvió al sofá y lo lanzó encima de la mesa.

—Ahí tiene veinte mil dólares, más el billete para marcharse y las coordenadas que le permitirán contactar conmigo cuando concluya la búsqueda y encuentre el *smartphone*. Esta tarde tiene un vuelo a Lisboa desde el aeropuerto de Vnukovo, vía Estambul. Quiero resultados en un mes, ¿me oye? Si después de ese tiempo el aparato no está en mis manos, el vídeo de la masacre en Christchurch con su cara estará en la Interpol. Es mejor que se dé prisa. Cómo lo consiga es problema suyo.

Tomás señaló el papel con el enigma.

—¿Me puedo quedar con eso?

—Es una copia, se lo puede llevar.

El portugués cogió la hoja y la metió en el sobre donde ya había guardado el otro papel. Después lo abrió para comprobar el contenido: ahí estaba el dinero con la cantidad indicada, el billete de Turkish Airlines y las coordenadas. Se guardó el sobre. Se levantó. No se despidió de su interlocutor ni pronunció una palabra más. Pasó por delante de los energúmenos que se encargaban de la seguridad y se marchó de allí.

XXVIII

El mapa colgado en la pared mostraba el continente euroasiático en su inmensa extensión: de Vladivostok a Lisboa, de Murmansk a Hong Kong, de Irkutsk a Oslo. Dimitri Chernishev, que mantenía el título de capitán aunque ahora no fuera más que un mero instrumento del FSB, se acomodó en su asiento y esperó a que el instructor de la sesión apareciera en la sala. No debía tardar mucho; hasta entonces, la formación había sido puntual.

La semana anterior, en el despacho del coronel Gusak, en la Lubianka, Dimitri había firmado el acuerdo de confidencialidad y la ficha de inscripción en la agencia de seguridad del Estado heredera de la Checa, el NKVD y la KGB. Cómo era posible que se hubiera convertido en un chequista. Solo había tenido tiempo de ir a Podolsk para informar a su esposa del traslado al nuevo puesto de trabajo y había regresado inmediatamente a Moscú. Por lo visto, el FSB lo necesitaba con la máxima urgencia para una operación específica que no le habían explicado, pero que, según le habían dado a entender, tendría lugar en San Petersburgo.

Antes debía pasar por un entrenamiento que incluía formación en misiones de recogida de información y vigilancia de elementos enemigos. Por eso estaba en Vychka, como se conocía a la Escuela Superior del FSB en Moscú, el centro de formación de agentes de espionaje más antiguo y prestigioso. También estaban previstas sesiones de formación sobre tácticas de información, contrainformación y desinformación, pero le explicaron que la

urgencia era tanta que esa parte la recibiría ya en San Petersburgo, durante la operación.

La sesión de esa mañana era sobre pensamiento ideológico. No tenía ni idea de qué significaba. Si hubiera sido en la época soviética, seguramente sería una clase sobre marxismo-leninismo destinada a explicar que el capitalismo generaba cada vez más pobreza y que llevaría al proletariado a desencadenar la revolución; que la Unión Soviética era el paraíso en la tierra y otras falsedades que después la realidad se encargó de desmentir con crueldad. Pero el Imperio soviético había colapsado en 1991 y, con él, el comunismo y toda su construcción teórica. Aquella religión estaba muerta y enterrada.

Los rusos aún echaban de menos a la Unión Soviética, un sentimiento que estaba más vivo que nunca, pero se equivocaban quienes pensaban que se trataba de nostalgia del comunismo. No. Lo que echaban de menos era el imperio, la memoria de los tiempos en que la Unión Soviética mandaba en medio mundo, la añoranza de aquellos días gloriosos en que un ruso aparecía y todo el mundo temblaba y se inclinaba para rendir vasallaje. Rusia alimentaba esa nostalgia desde que Vladímir Putin llegó al poder. Aparecía constantemente en las noticias y en los comentarios en periódicos, radio y televisión. La nostalgia del imperio.

Un hombre pequeño y delgado, calvo y con una barba espesa y blanca hasta el pecho, apareció en la sala y dejó sus apuntes encima de una mesa. Parecía un ermitaño. O un pequeño Rasputín. Se plantó frente al grupo de alumnos del FSB y los miró.

—Buenos días, chicos —los saludó el recién llegado—. Había un pueblo que tenía el cielo más bonito del mundo. Un día, varias coaliciones se involucraron en una gran guerra, unas contra otras, y para la batalla final eligieron ese cielo, ya que era tranquilo y no

había nubes. El problema fue que la batalla cerró el cielo del pueblo. Los vecinos se quedaron sin firmamento. Para poder ver el sol, las nubes, los pájaros, la luna y las estrellas, tuvieron que ir a la ciudad vecina. A los de la ciudad no les gustaban los habitantes del pueblo, decían que eran campesinos rudos y toscos, pero no les impedían mirar el cielo. Los campesinos se sentían molestos porque veían que en la ciudad se vivía en la opulencia mientras ellos estaban en la miseria; en la ciudad había de todo y ellos no tenían nada. Además, descubrieron que en la ciudad vivían en libertinaje: los hombres se sodomizaban mutuamente, los ideólogos fanáticos desmentían la evidente distinción entre hombres y mujeres, habían declarado que Dios no existía, la moralidad se había evaporado, imperaba la mentira, el rey era el dinero. Para los habitantes del pueblo, esa ciudad era un antro de pecado, el reino de la perdición, la casa de Satanás. Entonces, decidieron crear una organización secreta, la Sociedad, con el objetivo de destruir la ciudad. Empezaron enfrentándose a ella a escondidas, sin que nadie se diera cuenta, y se unieron bajo un juramento: «Avanzaremos mañana, conquistaremos o moriremos, no hay una tercera opción».

Se hizo el silencio en la sala. El instructor miraba a sus alumnos a la espera de que comentaran lo que acababan de escuchar. Uno de ellos levantó la mano.

—Perdone, ¿eso no es el cuento «Sin cielo», de Dubovitsky?

—Se publicó en la revista *Pionero Ruso* en 2014, cuando liberamos Crimea y el Donbás —matizó el instructor—. Pero lo que quiero saber es el significado del cuento.

El mismo alumno, al parecer familiarizado con la historia, volvió a levantar la mano.

—El pueblo es Rusia y la ciudad es Occidente —aclaró—. El cuento significa que estamos en guerra con Occidente, pero es una guerra

invisible, sin límites precisos. De esta forma podemos engañarlos, mantenerlos adormecidos para que duden de nuestras verdaderas intenciones. Así podremos ganarles.

El instructor asintió con aprobación.

—Nathan Dubovitsky, el autor del cuento, es en realidad Vladislav Surkov —reveló—. La historia relata metafóricamente el inicio de nuestra revolución contra la decadencia, nuestra cruzada contra el colapso de la moralidad, nuestra guerra contra Occidente.

—¿Surkov escribió ese cuento? —se sorprendió el alumno. Parecía perplejo—. ¿Estamos hablando de Vladislav Surkov, el ex vice primer ministro y después consejero del presidente?

El instructor volvió a asentir.

—Vladímir Putin se rodea de los mejores —dijo—. Para los más jóvenes, que no recuerdan lo que sucedió cuando eran pequeños, o quizás ni siquiera habían nacido, permitidme que recuerde que esta historia empezó en 1991 con el colapso de la Unión Soviética. Los occidentales, esos perros traicioneros, provocaron la caída de nuestro gran imperio. Cuando colapsó, se aprovecharon de nuestra debilidad para desintegrarlo en varios países ficticios y para venir a mandar en nuestra propia casa. Lo lograron en la época de Boris Yeltsin, ese borracho endeudado con los occidentales y su decadente ideología progresista. Pero gracias a Vladímir Putin, nuestro jefe y salvador, la Santa Rusia se ha vuelto a poner de pie. Para eso, el país actúa según el plan de un hombre. ¿Alguien sabe quién?

La sala respondió en una especie de coro desafinado.

—Putin.

—Putin manda, sin duda, pero el pensamiento filosófico que nos guía es de Aleksandr Dugin —aclaró el instructor—. Supongo que todo el mundo sabe quién es...

Reconocieron el nombre y le pusieron cara. Salía a veces en televisión. Todos levantaron las manos a la vez.

—¡El Imperio euroasiático!

¿Quién no iba a reconocer a Aleksandr Dugin, al que en Occidente llamaban el *Rasputín de Putin*? Tras el colapso de la Unión Soviética, Dugin había creado el Partido Nacional Bolchevique, cuya bandera era la misma que la nazi, pero con la hoz y el martillo en lugar de la esvástica. A los militantes de este partido se los llamaba *nazibols*, los nazibolcheviques. Las ideas de Dugin influyeron profundamente en los *siloviki*, los chequistas que gobernaban Rusia. Uno de sus libros, *Fundamentos de geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia*, había sido elegido texto oficial de la Academia de las Fuerzas Armadas Rusas.

El instructor señaló con un gesto amplio el gran mapa de Eurasia colgado en la pared detrás de él.

—El Imperio euroasiático es la idea central de Dugin —confirmó—. En estos momentos, el mundo está dividido en dos polos: Roma y Cartago. Roma es la tierra, la tradición, el pueblo, la patria. Cartago es el mar, la subversión de la tradición, la élite, la globalización. Roma es continental, Cartago es atlántica. —Señaló al alumno que había reconocido el cuento—. ¡Tú! ¿Quién es hoy Roma y quién es Cartago?

—Roma es Rusia —respondió el joven de inmediato—. Cartago es Occidente.

—Cartago es el orden decadente y Roma es el orden emergente —proclamó el instructor, levantando los brazos como si estuviera transmitiendo el mensaje a toda Rusia—. Esa es la idea de Aleksandr Dugin, base de nuestro pensamiento estratégico. Rusia es impensable sin un imperio; su gran pueblo lo sabe, tiene plena autoconciencia étnica. Pertenecer a la nación rusa es un privilegio,

un lujo increíble de la existencia, la mayor dignidad antropológica, dado que los rusos son el eje étnico del imperio. ¡Incluso los niños, antes de ser niños, son rusos! Pero este gran pueblo ha sido aplastado por la bota de Cartago, por la dictadura del atlantismo, por la tiranía del liberalismo y el unilateralismo. En una palabra: por Occidente. Ahora bien, os pregunto: ¿cómo podemos librarnos de esta camisa de fuerza progresista que nos cohíbe y nos impide ser quienes somos y asumir toda nuestra grandeza imperial?

Ante la pregunta, los alumnos parecieron un poco perdidos. Uno de ellos levantó la mano tímidamente.

—¿Siguiendo nuestro propio camino?

—Se hace enalteciendo a nuestra nación sagrada —aclaró el instructor—. Tenemos que azuzar las tendencias nacionalistas hasta el límite, desencadenar un dramático y rápido despertar de un grupo étnico grande y poderoso: el ruso. El nacionalismo ruso tiene que ser una ideología única y total, hasta que la nación se convierta en el todo y el individuo no sea nada. Solo así podremos derrotar al mercantilismo, al capitalismo, al individualismo, al atlantismo y al globalismo. En una palabra: a Occidente.

Uno de los alumnos, que hasta el momento había permanecido en silencio, levantó la mano.

—Pero para enfrentarnos a Occidente, profesor, no basta con enaltecer a la nación rusa...

—El patriotismo es un paso necesario, pero en realidad es solo el primero —coincidió el instructor—. El siguiente paso, indispensable para erigir este nuevo imperio, es instituir un modelo multipolar que sustituya al actual orden unipolar de los atlantistas. Tenemos que destruir Cartago, y solo Roma puede hacerlo.

Las palabras resonaron en la sala con tal intensidad que los alumnos del FSB casi contuvieron la respiración.

—Perdone, profesor, ¿está insinuando que... que Rusia tiene que destruir a Occidente?

—Chicos, ¿todavía no lo habéis entendido? —preguntó el instructor, casi escandalizado—. ¿Cuál es el mensaje del cuento de Surkov? ¡El pueblo tiene que atacar a la ciudad! ¿Qué dijo Dugin? El nuevo orden tiene que deshacer el viejo, la tierra tiene que imponerse al mar, ¡Roma tiene que arrasar Cartago!

—Pero... pero eso es una misión imposible, profesor. Occidente es inmensamente poderoso. Tiene una economía fortísima y unas fuerzas armadas con tecnología sofisticada. ¿Cómo se destruye a Occidente?

—La doctrina militar rusa, inspirada en el Plan Dugin e instituida por nuestro jefe, el presidente Vladímir Putin, establece a Occidente como *glavny protivnik*, el enemigo número uno de Rusia. ¿Quién manda allí? Estados Unidos. Es ahí donde se asienta el poder de Occidente. Si Estados Unidos cae, el resto caerá como un castillo de naipes. Eso implica que tenemos que sabotear de forma sistemática e inapelable el poder estadounidense, hasta la destrucción total de su estructura geopolítica. A la par, hay que trabajar el sentimiento patriótico de los rusos como etnia y desencadenar la expansión del nuevo imperio, del poder imperial ruso, para recuperar todos los territorios que nos pertenecieron. Estableceremos nuevas fronteras y reformularemos las áreas inmediatamente adyacentes a Rusia. Tenemos que asumir el control total de toda la costa que va desde los territorios de Ucrania hasta Abjasia. Lo que fue nuestro, a nosotros volverá.

—Perdone, profesor, ¿eso quiere decir que vamos a reconstituir la Unión Soviética?

—La Unión Soviética... sin los soviets, claro —aclaró el instructor —. Fíjense, el Plan Dugin empezó a ponerse en práctica cuando

entramos en Georgia en 2008. Después, con la liberación de Crimea y el Donbás, en Ucrania, dimos otro paso, usando siempre las tácticas híbridas desarrolladas por el general Valery Guerásimov. La Doctrina Guerásimov, establecida inmediatamente antes de la liberación de Crimea y el Donbás, parte del principio de que la naturaleza de la guerra ha cambiado, dado el enorme poderío económico de Occidente en general y el músculo militar de Estados Unidos en particular. Por eso, hay que usar medios no militares, o militares enmascarados, para alcanzar objetivos políticos y estratégicos. Debemos recurrir a medios asimétricos para reducir la capacidad de combate del enemigo.

—¿Cómo, profesor?

El instructor sonrió.

—Destruir a Occidente con un ataque directo es impensable —afirmó—. Sería una catástrofe. Estados Unidos tiene un ejército inmenso y gasta en armas diez veces más que nosotros. Además, está el tema de las armas nucleares. —Movió la cabeza—. No, no podemos ir por ahí. La sutileza es un arte y vosotros, si queréis trabajar en el FSB, tenéis que aprender a dominarla. En vez de ataques de fuerza, tenemos que usar las tácticas híbridas y asimétricas propuestas por el general Guerásimov. Para derrotar al enemigo, hay que minarlo por dentro. Eso se hace con *aktivnyye meropriyatiya*, medidas activas. Por ejemplo, atacarlo en el espacio de la información y obtener datos que nos permitan actuar en la propaganda para controlar a su población y hacer que tomen decisiones contrarias a sus propios intereses.

La idea se quedó flotando en el aire durante unos instantes mientras los presentes reflexionaban sobre ella.

—Profesor, ¿está diciendo que hay que meter caballos de Troya en las filas enemigas?

El rostro del instructor se iluminó.

—Veo que lo habéis entendido —dijo—. Con la Doctrina Guerásimov, daremos el paso más importante del Plan Dugin: neutralizar a Estados Unidos. Además, tanto el Plan Dugin como la Doctrina Guerásimov se inspiraron en las propuestas de un excamarada de la KGB, Ígor Panarin, quien en 1998 propuso manipular los problemas internos de Estados Unidos, en particular el miedo a la inmigración masiva, para dividir a los estadounidenses y fragmentar el país. Y si es posible, fomentaremos una guerra civil que fracture a toda la nación. Esta es la pieza clave que permitirá la destrucción de Cartago y llevará a la caída de Occidente.

—¿Con tácticas híbridas y asimétricas?

—Siempre —confirmó—. El Plan Dugin prevé provocar un caos geopolítico en el seno de la vida doméstica estadounidense, fomentando el separatismo, los conflictos étnicos, sociales y raciales ya existentes en el país. Tenemos que apoyar a todos los movimientos disidentes y a los grupos extremistas, racistas y sectarios que sirvan para desestabilizar los procesos políticos internos. Para lograrlo, debemos respaldar las tendencias aislacionistas en la política estadounidense y las tesis de esos círculos, en concreto, los republicanos conservadores que creen que el país debería dedicarse en exclusiva a los problemas domésticos. El objetivo es siempre el mismo: debilitar, desmoralizar, engañar y, finalmente, derrotar al enemigo.

Los alumnos del FSB comprendían que el Plan Dugin era audaz. Mucho. Pero no imposible de ejecutar. Dimitri, que hasta ese momento había permanecido en silencio, levantó la mano.

—Supongamos que logramos neutralizar a Estados Unidos y cortar sus lazos con Europa, dividiendo de esa forma a Occidente —dijo—. ¿Qué hacemos después?

—La pieza clave del plan es neutralizar a Estados Unidos —repitió el instructor—. Lo demás será relativamente fácil. Como acabo de decir, si Estados Unidos cae, Occidente se desmoronará como un castillo de naipes. Cartago está en manos de los anglosajones, por lo que, si alejamos a los estadounidenses, también tendremos que hacerlo con los británicos. Eso se consigue convenciéndolos para que abandonen la Unión Europea.

Dimitri lo entendió al instante, así como todos los que se encontraban en la sala. En una semana estaba prevista la celebración de un referéndum sobre la permanencia o salida del Reino Unido de la Unión Europea.

—¿Insinúa que vamos a interferir en el referéndum británico?

El instructor lo miró, pero optó por no responder directamente a la pregunta.

—Lo que puedo decir es que la salida del Reino Unido sería muy beneficiosa para nuestra política —señaló—. No solo debilitaría a Europa y a Occidente, sino también al propio Reino Unido. ¿Os dais cuenta del caos que se va a instalar en el país? Perderán fuerza, y la guinda del pastel será tener que enfrentarse a los problemas que surgirán en Escocia e Irlanda del Norte, dos regiones que quieren seguir en Europa. Quién sabe si no declararán la independencia, fragmentando al Reino Unido.

Un murmullo de excitación recorrió la sala. Una victoria del Brexit en el referéndum británico sería un verdadero golpe a favor de Rusia.

—¿Eso es posible, profesor? —preguntó Dimitri—. Los sondeos dan la victoria a los defensores de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea...

El instructor del FSB parecía muy seguro de sí mismo.

—Lo que cuenta son los votos en las urnas, no los sondeos —recordó—. Aun así, la neutralización del Reino Unido es solo un paso en el camino de nuestra victoria en Europa. Quién sabe si, animados por su salida, Francia no decide también dejar la Unión Europea. Chicos, estamos trabajando en ello. Si logramos el Frexit, la Unión Europea se desintegrará. —Se sopló la palma de la mano como si tuviera polvo—. ¡Puf! —Miró a la clase—. Pero antes, tenemos que eliminar a los Estados ficticios, como Ucrania y los Bálticos.

—¿Se refiere a Crimea y al Donbás?

—Me refiero a toda Ucrania. Llegará su momento, creedme. Y después serán los Bálticos. Finalmente, actuaremos en todos los países de la orla de Rusia, desde Polonia hasta Bulgaria, pasando por Rumanía, Hungría, Chequia y Eslovaquia. Todo será reconfigurado a nuestra manera. Los vasallos regresarán a los dominios de su señor para besarle los pies.

—Pero, profesor, aunque la Unión Europea se desintegre, conviene recordar que todos esos países pertenecen a la OTAN...

El instructor se rio.

—¿A la OTAN? —dijo con tono irónico—. ¿Qué OTAN? Si separamos a Estados Unidos de Europa, si retiramos al Reino Unido y provocamos el colapso del organismo, la OTAN no será sino una entidad de papel. También acabaremos con ella. —Se inclinó hacia delante como si fuera a hacer una confidencia—. Chicos, escuchad: los europeos solo son unos maricones aburguesados y decadentes. —Todos se rieron—. No se dan cuenta de lo que está pasando. A estos señores bien instalados en sus vidas solo les preocupan sus vacaciones, el sueldo mínimo, las pensiones de jubilación, los restaurantes, los gais, lo políticamente correcto, las minorías, los derechos de los musulmanes, la seguridad social, esas mierdas burguesas que los debilitan. Se pasan el día pidiendo paz, pero se

oponen a gastar un céntimo en armamento. ¡Incluso han reducido sus ejércitos a un puñado de hombres mal armados! Son unos flojos y unos ingenuos. ¡Pobrecillos! Sin Estados Unidos no serán nada, ¿me oís? Nada. Si dejan de protegerlosy, creedme, nos estamos encargando de ello, los europeos maricas huirán a toda pastilla cuando nos vean llegar con nuestros valientes soldados, avanzar con nuestros poderosos tanques, nuestros aviones sofisticados y nuestros misiles hipersónicos. Chicos, os aseguro algo: si somos capaces de dividir a la OTAN y sacar a los estadounidenses de la ecuación, los europeos caerán como fruta madura. ¡El pueblo conquistará la ciudad!

Se hizo silencio en la sala. Los alumnos reflexionaban sobre el escenario descrito. Dimitri se imaginaba a los soldados del ejército ruso saqueando las tiendas de la Unter den Linden y tocando el trasero a las francesas en los Campos Elíseos. ¿Qué otras cosas harían en De Brouckere, en Váci Utca, en la Gran Vía, en Vitosha, en la Via del Corso o en la Avenida da Liberdade? ¿Sería posible una conquista así?

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó Dimitri, intrigado—. ¿Vamos a anexionarnos a todos esos países? Porque lo cierto es que nunca han pertenecido a Rusia...

—Rusia es quien nosotros queramos, chicos. Nuestras fronteras se han movido a lo largo del tiempo y nada impide que vuelvan a hacerlo. Que yo sepa, la historia no ha terminado ni lo hará tan pronto. El plan consiste en sustituir el actual orden occidental por uno multipolar, dividiendo el mundo en tres grandes zonas de influencia. Estados Unidos y el mundo anglosajón serán para los estadounidenses; Europa y nuestra parte asiática, para nosotros; y el resto será de los chinos.

—¿Europa será nuestra? ¿Cómo? —insistió Dimitri—. ¿Integrada en nuestras fronteras?

El instructor se volvió hacia el mapa que tenía detrás, abriendo los brazos para abarcarlo todo. Señaló la ciudad en el extremo oriental de Rusia y después la del extremo occidental de Europa, uniéndolas con un gesto.

—Dugin lo llamó Imperio euroasiático —insistió—. En realidad, será el Imperio ruso. De Vladivostok a Lisboa. Aunque no los integremos formalmente en nuestro país porque eso suscitaría resistencias no deseadas, todos los pueblos serán nuestros vasallos.

La sala en la que se desarrollaba la formación del FSB entró casi en erupción. ¡Caramba, una Rusia de Vladivostok a Lisboa! ¡El sueño imperialista por antonomasia! Si lograban algo así, serían el mayor imperio de la historia. Mayor que el romano, mayor que el de Gengis Kan, mayor que el británico. ¿Quién iba a quedarse impasible ante un proyecto tan grandioso?

El instructor se volvió hacia la mesa en la que había dejado sus apuntes y los recogió, dando por finalizada la sesión de pensamiento ideológico. Los alumnos se levantaron. Charlaban animadamente sobre el gran proyecto que Rusia tenía entre manos. Antes de abandonar la sala, el instructor volvió a dirigirse a ellos.

—Mañana avanzaremos. Conquistaremos o moriremos —declaró el hombrecillo calvo de barba blanca que los había guiado durante la última hora. Levantó el puño, como si se dirigiera a una multitud—. No hay tercera opción.

La guerra estaba en curso y todos eran combatientes.

XXIX

Leroy llegó a casa con el cheque de la indemnización en el bolsillo. Abrió la puerta y se encontró con Charlie.

—He encontrado trabajo —le anunció su hijo—. Empiezo mañana.

Lo dijo sin ningún entusiasmo, como quien comenta que va a llover.

—¿Dónde vas a trabajar?

—En la tienda Family Dollar, en Brittany. Atención al público.

Eso explicaba la falta de entusiasmo. En un trabajo así seguramente no pagaban bien. Pero tanto el padre como el hijo sabían que no tenían alternativa. Los buenos empleos en la industria petroquímica escaseaban: las empresas tiraban de la globalización para emplear a trabajadores importados, aplicaban cuotas de discriminación positiva para minorías o contrataban a personas dispuestas a aceptar salarios mucho más bajos. Solo quedaban trabajos como el de las tiendas Family Dollar o similares. Tenían que conformarse con lo que hubiera: era la única forma de pagar los gastos, incluido el nuevo tratamiento de Sally.

Leroy se esforzó por controlar la rabia que lo consumía y abrió el congelador. Revisó los platos preparados que había comprado en el supermercado.

—¿Qué quieres para comer? ¿Albóndigas con puré de patata o *jambalaya*?

—Albóndigas.

Sacó los platos congelados y los metió en el microondas. Aunque estuviera mal pagado, que su hijo tuviera un trabajo era mejor que nada, pensó. Él mismo —era un manitas— había empezado a aceptar chapuzas ocasionales para ganar unos dólares extra y así poder guardar el dinero de la indemnización —que acababa de recoger en la empresa— para emergencias.

Cuando el microondas pitó, sacó los platos y los puso en la mesa. La televisión estaba sintonizada en Fox News, como siempre. Tras su vivencia en Filadelfia, Leroy tenía curiosidad por saber qué tipo de información consumían los progresistas del Norte. Cogió el mando y cambió a la CNN. El canal de Atlanta emitía un reportaje sobre la crisis migratoria en el Mediterráneo y mostraba a refugiados sirios llegando a Europa. Multitudes en Grecia, Hungría y Austria gritaban al unísono que querían ir a Alemania.

—¡Hala! —exclamó Charlie masticando una albóndiga—. ¡Quieren venir todos!

—Si son musulmanes, ¿por qué no se van a Arabia Saudí, que tiene tanto dinero? —gruñó su padre—. Si no se ayudan entre ellos, ¿por qué tenemos que ayudarlos nosotros los cristianos?

La reportera de la CNN apareció en directo relatando el drama de las personas que huían de la guerra, muchas con niños pequeños. Subrayaba que necesitaban ayuda urgente. Contó que había entrevistado a una siria embarazada que viajaba con su otro hijo en brazos y lloraba porque no entendía por qué no la dejaban pasar. A Leroy, como buen cristiano que era, le dio pena, pero no terminaba de convencerlo.

—Quieren ablandarnos el corazón para que los dejemos entrar a todos —murmuró—. ¿Has visto cómo nos intenta manipular esa periodista? Nos piden que sintamos pena para abrirles las puertas a millones de musulmanes. Apuesto a que se cree una santa, como si

fuera la mejor..., pero ¿quién asume la responsabilidad si alguno de ellos comete un atentado? ¿O si los estadounidenses pierden sus empleos porque las empresas tienen que meter a toda esa gente? ¿Ella?

—Eso es en Europa, papá. ¿De verdad crees que esos musulmanes van a venir aquí?

Leroy señaló la televisión.

—Esa periodista es estadounidense y nos está hablando a nosotros, Charlie. ¿Qué crees que quiere? Nos está diciendo que nos apiademos, que el mundo es injusto y que tenemos la obligación de arreglarlo. Incluso da a entender que somos responsables de su sufrimiento y eso es falso. Tú y yo no somos malas personas por no resolver los problemas de esa gente, igual que ellos no son mala gente por no resolver los nuestros. Cada uno debe lidiar con lo suyo. La culpa de que esos niños sufran no es nuestra. Viven en países independientes y soberanos: que solucionen sus problemas. Para eso se hicieron independientes, ¿o no? Cuando Estados Unidos consiguió la independencia y después vivió una guerra civil, ¿quién resolvió nuestros problemas?

—Nosotros.

—Entonces, que resuelvan ellos los suyos. Que no vengan a echárnoslos encima. Pero no, la CNN nos enseña todo ese drama para hacernos sentir culpables. No es nuestra obligación resolver todas las desgracias del mundo. Eso les corresponde a sus líderes. ¿No sirven? Que los cambien. No hace falta que la CNN nos diga que sintamos pena. ¿Acaso han venido a Luisiana para enseñarle al mundo cómo aquí nos discriminan por ser blancos? Esos periodistas progresistas están muy preocupados por los sirios, víctimas de sus propios dirigentes, pero no se preocupan por nosotros, que somos compatriotas y también lo estamos pasando mal.

—Verdad —asintió su hijo—. Nadie vino a hacer un reportaje cuando te despidieron para poner a un mexicano en tu puesto.

—¿Sabes lo que pasará con toda esta presión para que los inmigrantes nos den pena? Que las élites aparecerán compungidas y les abrirán las puertas: «Venid, venid, esta es vuestra casa». ¿Y quién paga la factura? ¿Las élites? ¿Crees que los inmigrantes van a quedarse con sus empleos o a invadir sus casas? ¡Eso sí que estaría bien! Esa periodista habla así porque sabe que su trabajo no está en peligro, no la van a sustituir por una siria. Los que pagamos el pato somos nosotros, los de abajo. Ellos imponen la discriminación positiva... siempre y cuando no les toque. Nos quitan el trabajo a nosotros, nos bajan el sueldo a nosotros, porque esa gente acepta trabajar por la mitad.

Con un gesto de irritación profunda, Leroy apagó la televisión. Ver informativos le ponía de mal humor. Con Fox News, le entraba un miedo atroz ante el panorama que dibujaban sobre las políticas progresistas; con la CNN o MSNBC, se enfurecía con el discurso políticamente correcto que acabaría destruyendo el país y a su familia. Era su convicción.

Charlie, al ver a su padre cada vez más enfadado, decidió cambiar de tema.

—¿Cómo ha ido el día?

Leroy se percató del cambio brusco, pero se sintió aliviado. Le hervía la sangre, y lo mejor era no pensar más. Metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre con el cheque para enseñárselo.

—He ido a la empresa a buscar la indemnización —dijo—. Voy a ingresar el dinero en el banco.

—Menos mal que ya lo tienes. Con esa gente nunca se sabe: pueden inventarse cualquier cosa para quedarse con él. No sería la primera vez...

Terminaron de comer. Mientras Charlie metía los platos sucios en el lavavajillas, Leroy sacó unas tortitas de postre, las puso en la mesa y las bañó con sirope.

—¿Sabes a quién me encontré cuando fui a buscar el cheque? Al señor Dean.

—Ah, ¿y qué tal está?

—Bien, creo. Charlamos un rato. No te vas a creer lo que me dijo. Trump, ese payaso de *The Apprentice*, ¿sabes quién? Se ha presentado a la Casa Blanca.

—Ya lo sabía. Lo vi ayer en Facebook.

—¿En Facebook? ¿Hay noticias en Facebook?

—Sí, claro.

—Pero... ¿eso no es una página para ligar?

El chico se rio.

—Bueno, papá, también sirve para eso, no digo que no, pero es mucho más. Primero, no es una página, es una red social. Hablas con gente y la gente habla contigo. Mamá lo usaba para vender sus jerséis. Segundo, tiene una sección de noticias, News Feed. Salen algunas que muchas veces no aparecen en otros sitios. Es muy útil. Ahí vi lo de Trump. Deberías abrirte una cuenta.

Leroy lo pensó. Casi todo el mundo que conocía estaba en Facebook: amigos de infancia, excompañeros. Incluso Betty lo usaba. Él, un cajún de la vieja escuela, siempre había despreciado esas modernidades. Pero si allí había noticias que no salían en ningún otro lugar, la cosa cambiaba.

—¿Me ayudas a entrar en Facebook?

Antes de probar la tortita, Charlie cogió el *smartphone* de su padre, descargó la aplicación e introdujo los datos necesarios. En pocos minutos, la pantalla mostraba una foto de Leroy en su canoa por los pantanos de Atchafalaya. Le explicó lo básico: cómo publicar,

subir fotos, consultar noticias, invitar a amigos, dar *likes* y entrar en grupos.

Cuando terminó, le devolvió el móvil con una sonrisa.

—Te va a cambiar la vida.

XXX

Tomás sabía que para descubrir la localización del móvil perdido tenía que resolver el enigma que Sasha le había dado en Moscú. El ruso le había explicado que aquel tal Gonzalez —el desconocido que se había quedado con el teléfono— le había dado ese papel como si fuera una pista que, una vez descifrada, lo conduciría hasta él. Si ese Gonzalez era un trumpista, cabía la posibilidad de que perteneciera a una de las muchas sectas conspiranoicas que pululaban por Estados Unidos.

Tendría que empezar por ahí.

Un día después de regresar a Lisboa, el historiador pasó todo el día encerrado en casa estudiando las sectas estadounidenses y sus ideas estrambóticas. Se centró, sobre todo, en comprender la cultura de esos grupos, casi todos con visiones apocalípticas: proyectos escatológicos de salvación tras un cataclismo final.

Tras varias horas de estudio, entendió que la palabra *migas* se refería a un lenguaje propio para designar pistas, y que *cocinar* significaba «conocer». Es decir, *migas* para *cocinar* equivalía a «pistas que descifrar».

Posó la mirada en el papel que el estadounidense le había entregado a Sasha con aquella sucesión de símbolos enigmáticos.



Si el enigma era una «miga para cocinar», significaba que estaba ante una pista concebida para ser descifrada. Ese tipo de juegos era muy propio de la mentalidad de esos grupos: empleaban códigos herméticos para comunicarse, comprensibles solo para los iniciados. Una forma de reforzar la idea de hermandad secreta, donde solo los miembros compartían la clave de los mensajes.

Tomás se dio cuenta de que esos curiosos símbolos —a los que en broma había llamado «alfabeto de extraterrestres»— le resultaban extrañamente familiares. ¿Dónde los había visto antes? Encontraba similitudes sorprendentes con los caracteres cuadrados del alfabeto hebreo y, si se fijaba con más atención, con el código cabalístico de las nueve cámaras de la temurá: un sistema de permutación de letras dentro de una misma palabra para construir otras relacionadas.

¿Y si era eso? La posibilidad era tentadora y se sintió motivado intelectualmente. Si la memoria no le fallaba, el código de la cábala de las nueve cámaras tenía relación con la tradición hermética judía, la doctrina esotérica que, según la leyenda, Dios reveló a Moisés en el monte Sinaí.

¿Era posible que...?

La hipótesis era demasiado atractiva para un historiador especializado en lenguas antiguas, pero frenó su entusiasmo. El acertijo parecía relacionado con la cábala, pero *parecer* no es sinónimo de *ser*. La secuencia tenía una forma sencilla y regular, casi como un código Morse, y daba la sensación de que detrás había mano de geómetras. Decidió tirar de ese hilo.

Como bien sabía, los mayores geómetras son los matemáticos. Mentalmente añadió a los arquitectos a la ecuación. ¿Estaría ante un código propio de matemáticos o de arquitectos? La idea seguía

siendo prometedora, pero se sentía caminando a ciegas por un callejón oscuro.

Hasta que, de repente, se hizo la luz.

—¡Joder! —murmuró, mordiéndose el labio inferior como si se castigara a sí mismo—. ¿Cómo es posible que no lo haya visto antes?

Los autores de esos símbolos eran matemáticos y arquitectos..., pero de una generación mucho más antigua. Los antecesores de los arquitectos, todos ellos maestros en matemáticas, eran los constructores de casas. Los albañiles. Y, con ellos, los canteros medievales. En aquella época, los albañiles y canteros se organizaban en gremios, asociaciones de artesanos del mismo oficio. Hablaban de construcción, como era lógico..., pero también de física. Y de *otra* construcción: la de una sociedad nueva, trazada con líneas más atrevidas, basada en ideas revolucionarias. Ideas peligrosas, como era evidente, porque amenazaban el orden de su tiempo. Por eso, la única forma de comunicarse era en secreto. Para ello, desarrollaron alfabetos cifrados y escrituras codificadas. En la Edad Media, a esos albañiles y canteros se los conocía con un nombre.

Masones.

¿Estaba ante un alfabeto masónico? ¿Sería posible?

XXXI

El verano había empezado hacía dos días, pero en San Petersburgo seguía haciendo frío. Al cruzar la calle, Dimitri Chernishev se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento agreste que soplaba en dirección al lago Ladoga y sacó el papel del bolsillo. Ahí estaba la dirección a la que debía dirigirse esa mañana: el número 55 de la calle Savushkina.

Buscó la placa de la calle y no tardó en encontrarla, colocada en una esquina.

Улица Савушкина

Ulitsa Savushkina.

Había llegado.

Ahora solo faltaba localizar el número 55. La calle era larga y ancha; el asfalto estaba atravesado por los carriles de los tranvías, así que echó a andar sin perder tiempo.

Era su primera operación en el FSB y, teniendo en cuenta la alta confidencialidad de la misma, se trataba de una misión muy delicada. Todavía no sabía con exactitud qué le esperaba. Lo habían asignado a una unidad ultrasecreta, la Unidad Especial 71330, también llamada Centro 16. Las unidades secretas rusas solían identificarse con números para no llamar la atención, como ocurría en este caso. Era el resultado de la fusión de dos divisiones del FSB: Operaciones Electrónicas y el Servicio de Informaciones Extranjeras.

Lo único que le habían dicho era que sus conocimientos de informática serían imprescindibles. De hecho, era la razón por la que lo habían reclutado con tanta prisa. Le aseguraron que lo entendería todo cuando empezara a trabajar. Estaba intrigado, como era lógico, pero no preocupado. Cuando llegara el momento, estaría preparado.

Lo que de verdad lo inquietaba era su familia. Aunque los niños estaban a punto de terminar el curso escolar y podían cambiar de colegio sin problemas, Ekaterina aún no había tramitado su traslado a San Petersburgo. La cirugía a la que debía someterse su madre había retenido a la familia en Riazán. Serían unas semanas, pero durante ese tiempo tendría que vivir solo en un piso provisional que el FSB le había conseguido. Quizá fuera mejor así. La vida en soledad le permitiría concentrarse plenamente en sus nuevas tareas.

Tras caminar unos quince minutos a paso rápido sumido en sus pensamientos, se encontró frente a un edificio moderno de cuatro plantas. Buscó la puerta y confirmó que era el número 55.

Era ahí.

Entró en el vestíbulo, sacó la tarjeta del bolsillo y se la enseñó a una de las recepcionistas.

—El coronel Mijaíl Arseniev me espera.

No tuvo problemas para entrar; bastó mostrar la tarjeta del FSB. Un chequista siempre imponía respeto, ¿no era cierto?

La recepcionista lo condujo al interior del edificio. Subieron en un ascensor y salieron en una amplia sala que ocupaba todo el piso. Decenas y decenas de personas trabajaban concentradas frente a sus ordenadores. En la puerta, una placa anunciaba en cirílico el nombre de la unidad:

Американский Отдел

Americanskiy Otdel. El Departamento Americano.

Un hombre de mediana edad, con traje y corbata, cruzó la sala y fue a su encuentro.

—¡Capitán Chernishev! —exclamó con jovialidad—. Soy el coronel Arseniev, encargado de esta operación.

—Mi coronel.

Los dos hombres se saludaron con una corrección marcial mientras la recepcionista regresaba a su puesto.

—Ni se imagina la alegría que me da verlo aquí —dijo el anfitrión —. Hace tiempo que pedíamos refuerzos desde Moscú. —Hizo un gesto abarcando a las personas de la sala—. Con nosotros trabajan lo que llamamos «especialistas». Son sobre todo adolescentes, la mayoría *hackers* del Shaltai Boltai. No sé si lo sabe, pero esta gente...

—¿Personas del Shaltai Boltai? —se sorprendió el recién llegado, mirando con recelo a los jóvenes que tecleaban frente a las pantallas —. Pero... ¡¿no es ese el grupo de la oposición?!

Dimitri, apasionado por todo lo relacionado con los ordenadores, conocía bien el nombre de aquel grupo de piratas informáticos rusos que durante años habían accedido a los sistemas de mayor nivel del Estado para obtener información sobre figuras clave y chantajearlas a cambio de dinero. Se decía que el Shaltai Boltai poseía un archivo con información extremadamente sensible, incluidos registros de todas las comidas de Vladímir Putin y miles de correos electrónicos de los altos cargos del Kremlin. Habían llegado incluso a filtrar correos de Dimitri Medvédev que revelaban los esfuerzos rusos por financiar grupos etnonacionalistas en medio mundo, desde Francia, Alemania, Grecia, Rumanía, Polonia, Hungría, Croacia y Turquía hasta Chile, Argentina, Malasia, Líbano, solo por nombrar algunos países.

El coronel Arseniev se encogió de hombros con una expresión de resignación.

—¿Cree que no lo sé? Capturamos a estos chicos, y si están vivos es porque los necesitamos. Hacen cosas que el FSB, formado por gente de la vieja escuela, no sabe hacer. El trato es simple: pueden seguir con sus actividades, pero el FSB tiene poder de veto. No queremos más *hackeos* al Kremlin, por ejemplo. A cambio, usan sus conocimientos para ayudarnos en nuestras operaciones contra Occidente.

—Es una buena idea.

—Sí, pero, como comprenderá, no me fío de ellos. Recuerde que estamos hablando de piratas informáticos. Por eso necesito un camarada del FSB que entienda de ordenadores. Alguien tiene que dirigirlos y controlarlos. Llevo tiempo pidiendo a Moscú más personal, sobre todo teniendo en cuenta las operaciones que nos han confiado. Pero parece que escasea la gente especializada en esta área.

—Ahora entiendo la urgencia de Moscú en contratarme —observó Dimitri. Sacó unas hojas dobladas del bolsillo y se las entregó a su nuevo jefe—. Aquí tiene los papeles de mi traslado. Debo advertirle, mi coronel, de que mi formación está incompleta. Ni siquiera me dieron detalles de lo que tengo que hacer. Por eso no sé cómo puedo ayudarlo.

—Su formación quedó incompleta porque yo pedí refuerzos con urgencia y exigí que viniera antes de terminarla —le explicó Arseniev —. No se preocupe, aquí aprenderá lo que le falta. —Comenzó a guiarlo por la sala—. En este edificio hemos lanzado la operación *aktivnyye meropriyatiya*, medidas activas, contra Occidente. —Fue señalando áreas—. Aquí está el Departamento de Análisis de Datos,

allí el de Diseño Gráfico, allá el Departamento Financiero y al fondo el de Información Tecnológica.

—¿Me va a presentar a toda esta gente, coronel?

Arseniev negó con la cabeza.

—Mire, aquí hay cientos de personas. Además, hoy no es un buen día para presentaciones. Como sabe, en el Reino Unido se celebra el referéndum sobre su permanencia en la Unión Europea. Es el Día D. Estamos hasta arriba de trabajo.

—¿Hasta arriba de qué, exactamente?

—Estamos saboteando a Occidente para dividirlo y debilitarlo —respondió con naturalidad. Hizo un gesto abarcando la sala—. Es una operación vasta y ambiciosa. Formalmente es un proyecto privado. Se llama Internet Research Agency y su dueño es Yevgueni Prigozhin.

—¿El cocinero del jefe?

—El dueño del grupo Wagner —añadió Arseniev—. Todo fachada, claro. Esta operación es parte de las tácticas híbridas de la Doctrina Guerásimov. Usamos agentes privados para poder negar que el Estado ruso esté detrás. Pero no se engañe, capitán: esto es FSB puro.

—Como es lógico —asintió Dimitri—. Entiendo que ahora mismo la operación en curso es el Brexit, pero ¿cuáles son los detalles?

—A lo largo de los años, por órdenes del Kremlin, nuestros oligarcas han estado invirtiendo millones de libras en el Reino Unido: partidos políticos, universidades, instituciones culturales y de caridad, empresas de relaciones públicas, inmobiliarias, clubes de fútbol... Hemos inyectado dinero en muchos frentes.

Dimitri frunció el ceño.

—¿Estamos comprando el Reino Unido?

—Comprar. Esa es la palabra exacta —confirmó el jefe de la operación—. Con todo ese dinero, tenemos bajo nuestras órdenes a una serie de políticos británicos, así como a abogados, empresarios, agentes deportivos, artistas... ¡Qué sé yo! Incluso controlamos a miembros de la Cámara de los Lores, ¡fíjese! En la práctica, se han convertido en nuestros agentes, una especie de colaboracionistas de la guerra silenciosa que estamos promoviendo contra su país en particular y contra Occidente en general. Cuando, por ejemplo, el Gobierno británico intenta protegerse de nuestros ataques, todas estas personas salen corriendo en nuestra ayuda y lo presionan, y no tiene más remedio que recular. Y eso nos permite seguir atacándolos como nos dé la gana.

—Genial.

—Hay operaciones similares en otros países europeos. Francia, Austria, Italia... La lista es enorme. Hace dos años llevamos a cabo una campaña para fomentar el voto separatista en el referéndum sobre la independencia de Escocia, con el objetivo de debilitar al Reino Unido. Otro ejemplo: por esas mismas fechas, nos interesó la campaña proindependencia de Cataluña, en este caso para debilitar a España. Es cierto que ninguna de las dos regiones, Escocia y Cataluña, terminó siendo independiente, pero los conflictos internos provocados por nuestras maniobras invisibles desestabilizaron y debilitaron a sus países. Y eso, capitán, es una victoria para Rusia. Todo lo que los divida es bueno para nosotros.

Dimitri ya estaba familiarizado con las líneas generales de la estrategia rusa —el Plan Dugin y la Doctrina Guerásimov— gracias al curso de formación que no llegó a terminar. Ahora solo le faltaba conocer los detalles operativos para poder desempeñar su trabajo. Señaló a los jóvenes que trabajaban en la sala.

—¿Cómo ponen en práctica el plan estas personas del Shaltai Boltai? No me imagino que estén usando los ordenadores para enviar dinero a políticos, empresarios y artistas británicos...

El coronel lo llevó hasta una mesa junto a la ventana, donde un chico de pelo largo castaño escribía en su ordenador.

—Como sabe, hoy la gente en Occidente ya no recibe la información solo de los medios tradicionales, como televisión, radio y periódicos, sino a través de internet y, sobre todo, de las redes sociales. Nuestro trabajo es usar a estos *hackers* como *trolls*. Utilizan *bots* para inundar las redes, en concreto Facebook, Twitter, YouTube y otras, con miles de mensajes diseñados para convencer a los británicos de que voten a favor del Brexit.

—Pero, coronel, yo no tendría muchas esperanzas. Todos los sondeos dicen que los británicos votarán para quedarse en la Unión Europea.

—Bueno, capitán, yo no estaría tan seguro —replicó Arseniev—. Los mensajes de última hora son los más importantes porque permanecen frescos en la mente del elector cuando va a meter la papeleta en la urna. En ese último instante, la gente puede cambiar el voto. No hace falta persuadir a muchos. Nos basta con convencer a un tres o cuatro por ciento de los vulnerables y..., bingo, hemos ganado. Precisamente ahora estamos atacando a esos indecisos. Usamos la verdad, la mentira, lo que haga falta. Hace meses abrimos miles de cuentas falsas en Twitter, fingiendo ser ciudadanos británicos corrientes o amigos estadounidenses preocupados por el Reino Unido. Esas cuentas, controladas por *bots*, están lanzando mensajes constantes para dividir y crispar. Los británicos reciben un tuit y creen que es de un compatriota en Huddersfield, pero en realidad somos nosotros, manipulándolos desde San Petersburgo.

—¿De qué tipo de mensajes estamos hablando?

El coronel se giró hacia el joven.

—Alexéi, ¿qué estás haciendo ahora?

El operador, un adolescente civil que escribía en una cuenta de Twitter llamada @SouthLoneStar, mostró la pantalla. En ella había una fotografía de una de las víctimas del atentado en el puente de Westminster: una persona tendida en el suelo, rodeada de gente que intentaba socorrerla, mientras una mujer con hiyab pasaba junto a la escena mirando su móvil.

—Estoy trabajando en la narrativa de esta imagen —explicó—. Se ha vuelto viral gracias al pie de foto que le puse. Miren.

El texto sobre la imagen decía:

Musulmana ignora víctima del atentado terrorista
pasando distraídamente junto a un moribundo
mientras sigue mirando su móvil.
#RezadPorLondres #ProhibirIslam

El coronel Arseniev casi aplaudió.

—¡Guau, brillante!

El chico les enseñó una serie de mensajes programados desde la misma cuenta.

—He enviado cientos de mensajes con el mismo tema. Todos se han vuelto virales. Otros usuarios los reenvían y mis cientos de mensajes ya se han convertido en miles. Miren algunos.

Una sucesión de tuits apareció en la pantalla. Entre ellos, Dimitri leyó dos que lo impresionaron:

Espero que el Reino Unido, tras el #VotaBrexit,
empiece a limpiar el país de la invasión musulmana.

El Reino Unido vota para dejar el futuro
califato de Europa. #VotaBrexit

El coronel Arseniev se giró hacia el visitante.

—Alexéi está explotando el descontento de los británicos y el resentimiento que sienten hacia el islam, alimentado por los sucesivos atentados yihadistas en Europa en general y en el Reino Unido en particular. El objetivo es avivar esa sensación entre los indecisos y convencerlos de que, si permanecen en la Unión Europea, las fronteras seguirán abiertas para que entren más musulmanes y se produzcan nuevos atentados.

Dimitri asintió, impresionado.

—Si yo fuera británico y viera esto..., probablemente votaría Brexit.

Todos rieron.

—La buena desinformación siempre tiene una base de verdad —explicó Arseniev—. Es cierto que hubo atentados, es cierto que esa mujer pasó junto al herido mirando su móvil..., pero también hay fotos donde se la ve horrorizada. Esas no las mostramos, obviamente. Usamos la parte de la verdad que nos conviene para canalizar emociones: indignación, rabia, resentimiento. En este caso, para convencer a las personas que voten a favor del Brexit.

—Por lo tanto, estamos explotando el miedo al islam.

—Más que el miedo, la rabia. Sabemos que las personas con miedo tienden a ser prudentes. Ahora bien, muchos británicos son plenamente conscientes de que salir de la Unión Europea supone un riesgo económico. Eso significa que quienes sienten miedo no votarán a favor del Brexit. Por eso, tenemos que evitar el miedo y encender la indignación, la rabia, el cabreo. «¡Mirad a esta musulmana ignorando el sufrimiento de la víctima del atentado

cometido por sus amiguitos!». Ese es el mensaje que enciende la rabia, no el miedo. «¡Esa musulmana hija de puta, que quizá está en connivencia con los que mataron a ese pobre hombre!». Es la rabia la que lleva a la gente a asumir comportamientos arriesgados. «Vale, salir de la Unión Europea es un riesgo, lo sé, pero estoy tan indignado que estoy dispuesto a correrlo para librarme de esta gente». Así es como conseguimos que apoyen el Brexit, ¿lo entiende?

—¿Y envían estos mensajes a todo el mundo?

—No —aclaró el coronel—. En el caso de la fotografía del atentado en el puente de Westminster, el mensaje se envió únicamente a los electores británicos indecisos que tienen en común la rabia hacia el islam, por ser la religión de los terroristas islámicos. Tocamos esa tecla para reavivar esa rabia y lograr que cada elector la tenga muy presente en el momento de depositar su voto en la urna. Aquellos a quienes el mensaje no les afecta no lo reciben. Reciben otros adaptados a su perfil específico.

—¿Cómo por ejemplo?

—El coronel hizo una señal a Alexéi, que abrió otra cuenta falsa desde la que se habían enviado mensajes a miles de electores británicos con un perfil radicalmente diferente del anterior.

—Para este mensaje, usé una cuenta en la que finjo ser un paquistaní que vive en Birmingham —explicó el chico—. Miren.

¡El voto proinmigración es solo para traer más europeos blancos!
¡A nosotros nos revisan todo, pero ellos entran como quieren!
No permitáis que los musulmanes seamos inmigrantes de segunda.
¡Defended el islam! #DefensaIslam #VotadBrexit

Dimitri se llevó las manos a la cabeza, sorprendido.

—¡Esto contradice el otro mensaje!

—Porque se dirige a otro público —explicó el coronel Arseniev—. Los otros mensajes fueron programados por nuestros *trolls* para encender la rabia de los británicos blancos que temen al islam. Este, en cambio, pretende avivar el resentimiento de los musulmanes paquistaníes hacia los blancos y los infieles en general. Como le he explicado, aquí no nos inventamos los problemas: lo que hacemos es explotar los que ya existen y sazonarlos con nuestros mensajes y algunas mentirijillas. En este caso, ¿en qué herida metemos el dedo? Cualquier inmigrante que venga de Pakistán tiene que pasar por rigurosos exámenes antes de que le permitan entrar en el país. Pero si un francés o un belga se presenta en la misma frontera, entran sin dificultad debido a las reglas de libre circulación. ¿Cree que los paquistaníes no lo saben? Claro que lo saben. ¿Están resentidos? Mucho. Lo que hacemos es aprovechar ese resentimiento, ¿entiende? Cuando un paquistaní escucha a los defensores de la Unión Europea pidiéndoles que voten por la permanencia del Reino Unido porque las reglas europeas son proinmigración, lo que piensa es que se trata de inmigración problanca. Por tanto, si manipulamos bien esos resentimientos con mensajes como este, conseguimos que los paquistaníes voten a favor del Brexit.

—No solo los paquistaníes —se apresuró a matizar Alexéi—. También enviamos mensajes como este a electores de origen jamaicano, indio, nigeriano... A todos los no europeos. Cada grupo tiene sus propios problemas y lo que hacemos es explotarlos, adaptando nuestros mensajes a cada público y manipulando siempre su rabia y su resentimiento. La idea es que todos esos inmigrantes de piel oscura voten en contra de la Unión Europea bajo el argumento de que es blanca y solo protege la inmigración de blancos al Reino Unido. Así conseguimos que muchos de ellos

terminen convencidos de votar a favor del Brexit... incluso en contra de sus propios intereses.

Dimitri soltó una carcajada incrédula.

—¡Bingo! Los blancos votan Brexit por miedo a las minorías y las minorías votan Brexit por miedo a los blancos. ¡Es sofisticadísimo!

Sus interlocutores se miraron como si les hiciera gracia el comentario.

—No sabe ni la mitad. Pero, atención: detrás de toda esta sofisticación hay una técnica muy simple. Estudiamos a la gente para entender qué la irrita. Si a los paquistaníes los molesta la inmigración blanca, decimos que la culpa es de Europa. Si a los ingleses los irritan los paquistaníes, decimos que la culpa es de Europa. Si alguien está cabreado porque lo despidieron...

—La culpa es de Europa, ya lo he entendido.

—Exacto. Si hay un problema, cualquier problema, la culpa es de Europa. Identificamos resentimientos y miedos y los transformamos en rabia. Luego dirigimos esa rabia hacia Bruselas. Defensores de animales reciben mensajes contra leyes europeas que perjudican a los animales, amantes de la caza reciben mensajes sobre leyes que protegen a los animales de los cazadores. Cada uno hierve de furia por razones opuestas, pero todos contra Europa. La solución que les ofrecemos es siempre la misma: votar Brexit.

—¿Y funciona?

—Lo veremos mañana cuando salgan los resultados, pero estamos convencidos de que sí. Al menos, es lo que nos dice nuestro inglés.

—¿Qué inglés?

—El que trabaja aquí con nosotros.

Dimitri abrió mucho los ojos.

—¡¿Estamos trabajando con un inglés?!

—Trabajamos con quien haga falta —respondió Arseniev con calma—. Y hay algo que debe grabarse a fuego: el elemento central de toda nuestra estrategia es el nacionalismo. Apelar a él funciona especialmente bien en las clases bajas. Si tocamos esa tecla las veces suficientes, inevitablemente obtenemos resultados.

—¿Las clases bajas son nacionalistas? No sé yo, mi coronel. Siempre pensé que los pobres solían ser socialistas...

—Una cosa no excluye la otra...

—Pero, mi coronel, nacionalismo y socialismo son ideologías antagónicas. Los nacionalistas son antisocialistas; los socialistas, antinacionalistas.

El coronel soltó una carcajada.

—¿Quién le ha dicho eso?

El nuevo recluta del FSB estaba desconcertado.

—Bueno..., todo el mundo lo sabe. El socialismo es internacionalista. Lea a Marx, a Engels...

—Marx y Engels eran socialistas nacionalistas, capitán. Marx se consideraba un gran patriota alemán y pedía una Alemania «única e indivisible». Defendía la Gran Alemania, que incluía Prusia Oriental, Silesia, Bohemia, Moravia, Austria... Exactamente los territorios que Hitler se anexionó décadas después. Y, como Hitler, Marx no dudaba en estigmatizar a otros pueblos: llamó «degenerados» a los españoles, dijo que los chinos sufrían de «estupidez hereditaria». Engels nos describió a los eslavos como «pueblos basura» y llamó «mestizos» y «miserables impotentes, casi naciones» a belgas, suizos, holandeses y daneses. ¿Le parece un discurso internacionalista?

Dimitri parpadeó, desconcertado.

—Bueno..., eh...

El coronel bajó la voz, más serio.

—La Unión Soviética era profundamente nacionalista. El internacionalismo era propaganda para atraer a minorías e intelectuales extranjeros. Cuando la cosa se ponía fea, lo que galvanizaba al pueblo no era el socialismo, era la patria. Por eso nuestros soldados gritaban «¡Por la patria!» en la Segunda Guerra Mundial, no «¡Por el materialismo histórico!». Aún hoy la llamamos Gran Guerra Patriótica, no la Gran Guerra Socialista o la Gran Guerra Proletaria. El propio NKVD enviaba gente a la Lubianka o a los campos de concentración en Siberia por haber estado en el extranjero o tener contactos foráneos, o por pertenecer a minorías étnicas. ¿Cree que eso es internacionalismo real?

Dimitri asintió despacio.

—Sí... Mis padres me lo contaron. Un tío abuelo mío fue prisionero de los nazis y, cuando lo liberaron, pobre, lo mandaron directo a Kolimá. A él y a todos sus camaradas. Murió allí.

Kolimá, el Auschwitz del comunismo. Cualquier ruso mínimamente informado lo sabía.

—El internacionalismo, capitán, es una idea burguesa. Los burgueses viajan, hablan idiomas, son ciudadanos del mundo. El dinero no entiende de fronteras. El dólar vale lo mismo en Estados Unidos, Rusia o Argentina. Los banqueros y los empresarios se entienden, independientemente de las nacionalidades. El pueblo no. El pueblo ni viaja ni habla idiomas. Cuando un ruso de clase baja se va a vivir al extranjero, ¿qué hace? Busca a otros rusos porque echa de menos su tierra, su gente, sus tradiciones. Echa de menos su vodka, la sopa *broscht*, los *blinis*, la *Kalinka*, nuestra música... Todo lo nuestro.

—Correcto, mi coronel.

—Y lo mismo pasa en todas partes, capitán. ¿Dónde cree que Marine Le Pen buscó votos? En el Partido Comunista francés. ¿Cuáles

son los países más nacionalistas de Europa? Precisamente los que fueron socialistas: Polonia y Hungría. ¿Dónde nació PEGIDA, el movimiento alemán contra los musulmanes? En Dresde, en la Alemania comunista. ¿Quién defiende las llamadas «políticas patrióticas» en Europa? Los comunistas. ¿Qué ideología impulsa al independentismo vasco? El socialismo. ¿Cuáles son los movimientos más activos de liberación en África y Asia? Movimientos nacionalistas disfrazados de socialistas. ¿Y qué son China y Corea del Norte? Países gobernados por partidos comunistas profundamente nacionalistas. Los socialistas de Corea del Norte incluso llegan a acusar a Corea del Sur de permitir la mezcla entre etnias diferentes, de contaminar la pureza de la raza coreana, ¡fíjese bien!

—Ya, vale, pero tiene que reconocer que esta migración del socialismo al nacionalismo es una tendencia reciente...

—De ninguna manera, capitán —negó el jefe de la operación del FSB—. Basta mirar al pasado. ¿A dónde fue Mussolini a buscar a la mayoría de sus seguidores? ¡Al Partido Comunista italiano! ¿Y cómo llamaba Ceausescu a su régimen socialista en Rumanía? ¡Nacional-comunismo! ¿No invitaron a la Unión Soviética, en 1940, a integrarse en el pacto panfascista del Eje, con Alemania, Italia y Japón... y aceptó?

—¡¿Aceptamos adherirnos al Eje?!

Tal fue la sorpresa que Dimitri subió la voz y el coronel Arseniev le hizo un gesto para que se tranquilizara.

—No debemos hablar de esto en público, es un poco embarazoso, pero... sí, así fue. Además, los chequistas estuvimos involucrados en ese proceso e incluso llegamos a tener reuniones con la Gestapo. Solo no nos integramos formalmente en el Eje porque nuestra condición era controlar Rumanía, algo que Hitler no aceptó porque necesitaba el petróleo rumano. Aun así, seguimos dando apoyo

logístico a los nazis en sus invasiones y llegamos incluso a felicitarnos por la derrota de Francia, diciendo que el triunfo nazi representaba la victoria del socialismo sobre el capitalismo. No olvide que, un año antes, habíamos firmado el pacto nazicomunista con Hitler. Es más, no es casualidad que todos los ideólogos que fundaron el fascismo en Italia fueran socialistas y que el proyecto fascista consistiera precisamente en desarrollar un socialismo nacionalista. Recuerde que los bolcheviques firmaron tratados comerciales y militares con los fascistas. Socialistas y nacionalistas, capitán, se disputan el mismo electorado: las clases bajas. Los burgueses tienen el mundo entero ante sus ojos, pero el pueblo solo ve su tierra. Por eso los burgueses suelen ser progresistas internacionalistas y el pueblo tiende a ser socialista nacionalista.

El FSB, que durante la Segunda Guerra Mundial se llamaba NKVD, estaba al tanto de todo eso. Pero Dimitri no conocía muchos de esos hechos históricos porque habían quedado archivados en la estantería de los acontecimientos embarazosos, escondida en algún sótano perdido de la Biblioteca del Olvido.

—Perdone, mi coronel, no tenía ni idea —admitió—. Pensaba lo contrario, que el socialismo era un feroz adversario del fascismo...

—Si se refiere al socialismo neomarxista, tiene razón —confirmó el coronel Arseniev—. Es como con las religiones. El cristianismo, por ejemplo: durante mucho tiempo tuvo guerras intestinas entre católicos, protestantes, ortodoxos, cristianos asirios y otras corrientes. Pero todas eran cristianas, aunque muchas veces no se reconocieran como tales y se acusaran mutuamente de no serlo. En el islam pasa lo mismo: sunitas contra chiitas, salafistas contra sufíes; todos se acusan entre sí de no ser verdaderos musulmanes. Y, sin embargo, todos lo son, solo que de corrientes distintas. En el socialismo sucede igual: anarquistas contra sindicalistas, marxistas

contra proudhonianos y lassallianos, fascistas contra neomarxistas. Sin embargo, todos reivindican el socialismo, todos se proclaman los verdaderos socialistas.

—Creo que lo he entendido..., pero ¿por qué estamos hablando de esto?

—Porque es la cuestión central de nuestro trabajo —respondió el coronel con rapidez—. Si el típico electorado socialista, es decir, las clases más bajas, es susceptible de abrazar abiertamente el nacionalismo, y si nuestra estrategia consiste en exacerbar su sentimiento patriótico, entonces, inevitablemente, el electorado socialista es el que más nos interesa trabajar para alcanzar nuestros objetivos. La unión de la idea socialista con la idea nacionalista, consumada en Italia, en Alemania, en la Unión Soviética y, en realidad, en todos los regímenes socialistas que existen o han existido, es realmente explosiva. La historia lo demuestra.

Los ojos de Dimitri se desviaron hacia la sala en la que se encontraban y recorrieron la multitud de *hackers* involucrados en la operación para controlar el referéndum del Reino Unido.

—Coronel, ¿en Inglaterra también pasa?

—¡Igual! Recuerde que el fundador del Partido Fascista británico, Oswald Mosley, fue un dirigente laborista. Nuestros estudios muestran que el electorado más susceptible de ser convencido para votar a favor del Brexit es el de clase baja, la gente del pueblo. El electorado del Partido Laborista británico es el que más fácilmente se deja seducir por el mensaje del Brexit, al igual que muchas de las personas de las provincias que votan al Partido Conservador. Los burgueses son un caso perdido: quieren seguir en la Unión Europea y nada los convence de lo contrario. Ni siquiera vale la pena intentar persuadirlos.

Se giró hacia el *hacker* que seguía a su lado.

—Alexéi, dime, ¿cuál es el público al que estás enviando los mensajes para convencerlos de votar a favor del Brexit?

—Las clases bajas, mi coronel. Son ellos quienes votarán salir de la Unión Europea.

El jefe de la operación dio por terminada la charla y pidió a Alexéi que retomara su trabajo. El chico lo hizo de inmediato. El coronel se giró hacia el recién llegado para mostrarle su sitio.

—No hay tiempo que perder. Tenemos mucho trabajo con el referéndum. Después seguimos hablando.

—Usted manda —respondió Dimitri rápidamente—. Solo tengo una duda, no sé si ahora es oportuno.

—Diga.

—¿Los rusos aquí, en San Petersburgo, somos los únicos haciendo campaña pro-Brexit? ¿Los ingleses no hacen nada en el Reino Unido? Tengo entendido que hay organizaciones inglesas trabajando también a favor...

El coronel sonrió maliciosamente.

—Estamos todos articulados, capitán. Ingleses y rusos. No sé si me entiende.

—¿Articulados con los ingleses?

—Con los nacionalistas ingleses pro-Brexit —especificó el jefe de la operación—. El UKIP, por ejemplo, partido de Nigel Farage, defiende la independencia del Reino Unido y lanzó la campaña «Leave.UE» a favor del Brexit. Nuestro embajador en Londres se ha reunido con los principales financiadores del partido y de la campaña «Leave.EU» y les ha ofrecido..., digamos, buenos negocios en oro y diamantes a cambio de una serie de contrapartidas. Ya sabe: en la vida, nada es gratis.

Dimitri lo entendió al instante.

—Espere..., ¿está insinuando que...?

—Que los nacionalistas ingleses pregonan proteger su patria mientras conspiran en contra de su propio país y trabajan a favor de los intereses extranjeros. Los de Rusia.

El recién llegado se quedó de piedra al ver la magnitud de lo que estaban haciendo. Era descomunal.

—¿Los nacionalistas británicos saben que colaboran con nosotros?

—¡Se reúnen con nuestros diplomáticos, capitán! Y, por lo visto, eso no les preocupa ni lo más mínimo. Claman a los cuatro vientos que son grandes patriotas, sus electores creen que están profundamente preocupados por el destino del Reino Unido, pero lo cierto es que trabajan en contra de su propio país y a favor de Rusia.

Dimitri se echó a reír.

—Perdón, coronel, pero es... cómico —dijo, recomponiéndose.

—No son solo ellos. En Francia, Hungría, Italia, Estados Unidos... En todas partes pasa lo mismo. Los nacionalistas están colaborando con nosotros contra sus propios países mientras se proclaman grandes patriotas.

Ambos rieron. Dimitri echó un vistazo a la sala, a los *trolls* del Shaltai Boltai tecleando sin parar en sus ordenadores.

—Por cierto, en Moscú ni siquiera me dijeron cómo se llama esta operación contra Occidente. Me imagino que tendrá un nombre en clave...

El coronel Arseniev se dirigió hacia su despacho para seguir de cerca todos los detalles de la operación en curso. Sin embargo, desde la puerta se giró, esbozó una sonrisa enigmática y, antes de entrar, respondió con una sola palabra:

—Caos.

XXXII

Después de que Leroy Roderich leyera una noticia relativamente inocua en News Feed sobre el papa y su relación con su antecesor, que había abdicado, Facebook le sugirió otra sobre el jefe de la Iglesia católica. Todo lo que tenía que ver con el cristianismo y el catolicismo le interesaba a su espíritu místico. Solía ir todos los domingos a misa con Betty y desde su fallecimiento buscaba consuelo en Jesucristo.

Leroy pinchó en la noticia y se encontró una sorprendente revelación: «el papa anterior no había abdicado». Intrigante. ¿El papa anterior no había abdicado? Qué raro... y curioso. Empezó a leer el artículo y descubrió que, en realidad, el papa actual era un «antipapa» que estaba ilegítimamente al frente de la Iglesia católica, gracias a una conspiración para inocular el virus de las ideas progresistas en la mente de los católicos.

Leroy se quedó boquiabierto.

—¿Cómo?

Jamás había oído nada parecido. Pero estaba entre las noticias recomendadas y Facebook era una fuente fidedigna para él. Cómo iban a divulgar noticias falsas. Seguía intrigado; buscó y encontró otras publicaciones que revelaban detalles perturbadores que hasta entonces desconocía. En concreto, que la cruz que el papa llevaba colgada al pecho no era de Jesús crucificado, sino un símbolo satánico. Estaba estupefacto. ¡¿El papa usa un símbolo de Satanás?!

Según las noticias del News Feed, en el Vaticano se celebraban rituales satánicos como parte de una vasta conspiración para subvertir los valores de los cristianos en general y de los católicos en particular. Las declaraciones del papa a favor de los homosexuales eran —según esos artículos— una prueba inequívoca de satanismo, ya que fomentaban prácticas explícitamente condenadas por Dios cuando destruyó Sodoma y Gomorra. ¿Cómo era posible que Dios castigara la sodomía, considerándola un acto del diablo, y el papa no viera ningún mal en esa práctica?

—No me lo puedo creer.

—A Leroy le preocupaba lo que acababa de descubrir. Aunque era cajún y sus orígenes eran católicos, él no lo era. Pero seguía siendo cristiano, iba todos los domingos a la iglesia, con más fervor desde la muerte de su mujer. No reconocía al papa como su líder, pero era perfectamente consciente de la importancia que el sumo pontífice tenía para millones de cristianos; no podía quedarse indiferente ante noticias tan desconcertantes.

Al principio le costaba creérselo. ¿Cómo iba a ser verdad? Además, si lo fuera, otros medios de comunicación se habrían hecho eco. Sin embargo, todas las recomendaciones de Facebook lo conducían a más y más noticias sobre las conspiraciones que involucraban al papa. Eran muchas y todas decían lo mismo. ¿Cómo iba a haber tantas falsas? ¿Y Facebook las recomendaría si no fueran verdaderas?

Decidió descubrir la verdad. Cerró Facebook y abrió YouTube. El primer vídeo mostraba imágenes en directo del Vaticano. A continuación, en la lista de sugerencias, aparecía otro: «¿Por qué el anterior papa abandonó el Vaticano?»; y otro: «Diez secretos que el Vaticano nos oculta». Había tantos vídeos contando cosas alarmantes de la Santa Sede que Leroy ya no sabía qué pensar.

—Son muchos, no pueden estar todos equivocados...

Volvió News Feed y encontró más noticias inquietantes, esta vez sobre pederastia en la Iglesia. Ya había leído sobre este tema en periódicos tradicionales y lo había visto en televisión, lo que corroboraba que la información de Facebook y YouTube era fiable. Si esas noticias eran ciertas, entonces las otras también debían serlo. Es decir, si había pederastia en el seno de la Iglesia, también podían existir rituales satánicos promovidos por el mismísimo papa.

—¡Dios mío!

Todo aquello era muy grave. Leroy siguió leyendo y encontró otra noticia sorprendente: la pederastia no solo sucedía en la Iglesia, también estaba instalada en el poder político de Estados Unidos. Una sucesión de artículos aseguraba que la NYPD, la policía de Nueva York, había encontrado pruebas de una red de tráfico humano en masa de niños violados por las élites políticas en Washington D. C. La fuente era, presuntamente, un agente del FBI sin identificar, dada la extrema sensibilidad del caso.

Cada vez más preocupado, siguió buscando y comprobó que el tema estaba en muchos otros servicios de noticias digitales, como Infowars. Una de sus publicaciones revelaba que en el centro de esa red de tráfico humano estaba nada menos que una figura clave de la política estadounidense: Hillary Rodham Clinton.

—¡No me jodas!

Era absolutamente increíble. Hillary Clinton, esposa del expresidente Bill Clinton, secretaria de Estado del presidente Barack Obama, candidata presidencial demócrata y gran favorita para ganar las elecciones... ¿dirigiendo una red de tráfico humano y pederastia? ¡Era una bomba! ¡Pólvora pura! No le sorprendía que los medios tradicionales guardaran silencio sobre un asunto tan grave. Todos con el pico cerrado. No había dudas de que se protegían entre ellos.

Las noticias de Facebook incluían enlaces a vídeos de YouTube y todos decían lo mismo, algunos con más detalles. Varios artículos aseguraban que, según la investigación de la NYPD, Hillary Clinton gestionaba la red junto con el excongresista demócrata Anthony Weiner, a quien habían pillado enviando correos electrónicos a una menor. También estaba involucrada Huma Abedin, esposa de Weiner y, ¡sorpresa!, colaboradora de Hillary. Una verdadera pandilla.

Al parecer, algunos de los treinta mil correos electrónicos privados de Clinton podían contener pruebas comprometedoras. Una noticia mencionaba incluso una extraña declaración de Donald Trump dirigida a Rusia. Leroy buscó el vídeo y lo encontró en YouTube. Pinchó en el enlace. «Rusia, si me estás oyendo, espero que encuentres los treinta mil correos electrónicos que andan desaparecidos —decía Trump—. Creo que, con total probabilidad, nuestra prensa os premiará».

Leroy recordaba haber visto ese llamamiento de Trump tanto en Fox News como en los periódicos, lo que probaba que todas las noticias de Facebook y YouTube, por más increíbles que parecieran, eran ciertas. Los terribles secretos de Hillary Clinton podían estar en esos correos desaparecidos.

—¡Guau! ¡Menudo lío!

Había más sorpresas y lo peor estaba por llegar. Por lo visto, tras la declaración de Trump, los rusos habían entrado en el sistema del Partido Demócrata y habían accedido a los correos ocultos. WikiLeaks los había publicado. Era una fuente completamente segura, avalada por uno de los grandes defensores de la libertad, el célebre Julian Assange. Estaban analizando miles de correos; su contenido era una auténtica bomba.

La clave que desvelaba el terrible secreto de Hillary Clinton estaba en los mensajes de su jefe de campaña, John Podesta. Según las

noticias y vídeos, en esos correos Podesta revelaba que una pizzería de Washington D. C., Comet Ping Pong, era la base de operaciones donde las élites —incluida Clinton— practicaban tráfico humano y pederastia. Peor aún: también se decía que allí se realizaban rituales canibalísticos con los niños. Es decir, los miembros de la red liderada por Clinton ¡se los comían!

Leroy se llevó las manos a la cabeza, horrorizado.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿En qué mundo vivimos, Dios mío? ¿Cómo es posible que suceda algo así?

Sintió palpitaciones y ansiedad. Las noticias y vídeos le recordaban coincidencias escalofriantes. ¿No era Bill Clinton un mujeriego compulsivo? Las historias de Monica Lewinsky, Juanita Broaddrick, Paula Jones, Kathleen Willey y tantas otras mujeres que lo habían acusado de acoso sexual eran prueba de ello. ¡Ese hombre era un depravado sexual! Y su mujer, la bruja Hillary, ¡era todavía peor! Quizá Bill también estaba metido en esas prácticas satánicas. ¡Seguro! No había dudas: los Clinton y las élites progresistas eran el diablo encarnado. ¡Y Washington, la nueva Sodoma y Gomorra!

No podía parar de ver más cosas sobre el escándalo que en las redes sociales llamaban «Pizzagate». Según las publicaciones de Facebook y los vídeos de YouTube, Podesta camuflaba la información con un lenguaje codificado que la policía había logrado descifrar. En los correos usaban palabras relacionadas con comida para referirse a los niños y los actos sexuales. Por ejemplo: *cheese pizza*, «*pizza* de queso», cuyas iniciales en inglés son «cp», era código para *child pornography*, «pornografía infantil». ¿Coincidencia? Imposible. En los correos de Podesta todo estaba calculado: *pizza*, queso, pasta, helado y nueces eran códigos para chicas, chicos y prostitutos.

Leroy estaba al borde de una apoplejía. Por suerte, vivía en Luisiana y no en Washington D. C., ese antro de depravación moral

que avergonzaba, traicionaba y oprimía a la nación. Si su familia viviera allí, ni quería imaginar lo que podría pasarle a Sally, su adorada hija, a la que tanto quería. Seguro que acabaría cayendo en esa red satánica, sometida a horrores inimaginables en la trastienda de Comet Ping Pong. Ni Charlie estaría a salvo. Pero si Sally y Charlie estaban protegidos en Luisiana, ¿quién protegía a los hijos de todas las personas inocentes de Washington D. C.?

Donald Trump, que Dios lo ayudara, parecía ser el único candidato preocupado por estos crímenes satánicos. ¿No había sido él quien pidió a Rusia que encontrara los correos de Clinton? ¡Benditos rusos! Gracias a ellos habían descubierto los mensajes codificados de Podesta y la red de pederastia. ¡Gracias a Dios por Trump! ¿Quién iba a pensar que el payaso de un *reality show* se convertiría en un gran hombre? Y Putin, ese campeón de la libert...

El móvil sonó. En la pantalla apareció un nombre: Sally. Miró el reloj, eran las cinco de la tarde.

—Fuck!

Contestó.

—Perdona, perdona, perdona —dijo antes de que ella hablara—. Estaba con unas cosas y... he perdido la noción del tiempo. Perdona.

—Papá, es la tercera vez esta semana que se te olvida venir a buscarme al colegio. No me digas que has vuelto a pasar todo este tiempo en las redes sociales...

Se sintió avergonzado.

—Eh... Estaba con unos asuntos y..., bueno, me distraje y se me fue el santo al cielo. Pero ya voy, tranquila. En un minuto estoy ahí.

Colgó y salió corriendo. Había entrado en Facebook y YouTube a las diez de la mañana y no había parado: siete horas seguidas leyendo noticias, viendo vídeos y enlaces. Estaba tan absorto que hasta se le olvidó comer.

De camino al colegio de su hija, tras salir del estado hipnótico en el que lo dejaba Internet, le entró un hambre atroz. Se desvió ligeramente para parar en el Burger King más cercano. Compró una hamburguesa con patatas y una Coca-Cola. De regreso al coche, se fijó en un comercio al lado del restaurante: Sullivan's Gun Outlet. Una armería. El mundo estaba cada vez más loco, las élites daban rienda suelta a pederastas e inmigrantes. Había que reforzar la defensa.

¿No sería mejor entrar a comprarse una escopeta?

XXXIII

Tomás Noronha clavó sus ojos verdes en la inscripción encriptada que Sasha le había entregado; como si la intensidad de su mirada bastara para arrancarle el secreto a la hoja y desvelar así el misterio oculto en aquellos caracteres.



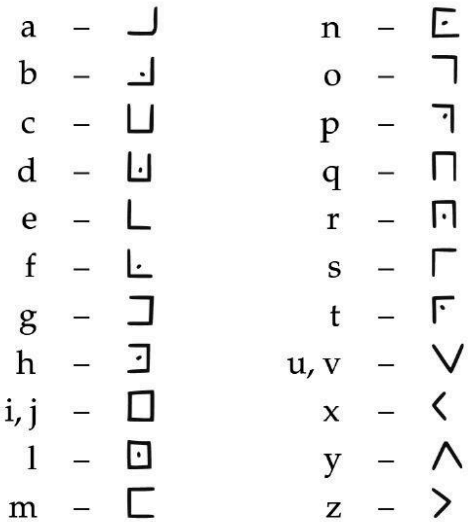
Momentos antes había barajado la posibilidad de que se tratara de un alfabeto masónico, pero ahora esa teoría le parecía tremendamente lógica, sobre todo, teniendo en cuenta la nacionalidad del autor del enigma.

Nadie ignoraba el peso de la masonería en Estados Unidos. Los símbolos masónicos aparecían en los billetes de un dólar, en particular el Gran Sello con la pirámide y el ojo del Gran Arquitecto. En ese billete estaban inscritas expresiones masónicas en latín: *annuit coeptis* —«la providencia favorece nuestros trabajos»— y *novus ordo seclorum* —«el nuevo orden de los tiempos»—. Además, muchos estadistas del país habían sido masones: desde los padres fundadores George Washington y Benjamin Franklin hasta presidentes recientes como Roosevelt, Truman, Johnson o Ford. Incluso Ronald Reagan y Bill Clinton tenían conexiones con la masonería.

Ese era el camino.

Se puso de puntillas para alcanzar la última estantería de la parte superior de un armario, y cogió un libro antiguo que había comprado en su juventud en una librería de viejo del Barrio Alto de Lisboa. Lo examinó. En la portada decía que había sido impreso por el Gran Oriente Lusitano. Era un volumen grueso y polvoriento, de tapa dura desgastada y carcomida. Las páginas amarillentas guardaban en su interior la lista de los códigos masónicos. Recordaba la fascinación que sintió cuando lo hojeó años atrás, aunque entonces era joven y enseguida su atención se desvió a otros descubrimientos. Estaba claro que no recordaba los detalles de aquellas páginas.

Se sentó a la mesa y abrió el libro. El olor dulzón del tiempo lo envolvió en una especie de magia, como si fuera un perfume añejo. ¿Qué historiador no sentía placer con ese aroma? Empezó por el sistema rosacruz y *kadosh*. Sin duda, encontró similitudes desconcertantes con los caracteres del enigma, pero no coincidían del todo. Siguió pasando páginas, cada vez más interesado. En la quinta, se quedó congelado.



¡Era eso!

Comprobó la referencia: se trataba del sistema francés del alfabeto masónico. Miró el enigma, después la página de los códigos y la correspondencia entre los símbolos masónicos y el alfabeto latino, y volvió a mirar la inscripción, comparándola una y otra vez. Los caracteres de los símbolos eran idénticos a los del enigma.

¡Lo había encontrado!

Entusiasmado, cogió un lápiz y empezó a garabatear frenéticamente en una hoja, estableciendo correspondencias entre la clave del sistema francés del alfabeto masónico y el enigma que Sasha le había entregado en Moscú. Debajo de cada carácter escribió la letra latina correspondiente.

Finalmente, obtuvo el resultado:



Se rascó la barbilla, pensativo.

—Hum...

No era eso. Que él supiera, SOTFBMIHBOFB+ no significaba absolutamente nada. ¿O sí? Quizá se tratara de un mensaje cifrado dentro de un mensaje codificado. Estuvo más de una hora dándole vueltas a la secuencia de letras, intentando hallar alguna combinación que tuviera sentido. Probó a reagruparlas como si fueran un anagrama, pero el hecho de que hubiera solo tres vocales tiraba por tierra esa posibilidad. También intentó la cifra de César, pero sin la clave era imposible.

Nada.

Decidió volver al principio. ¿Dónde había fallado? Quizás tenía que entrar en la cabeza del autor del enigma. El problema era que no sabía nada de él. O muy poco. Sasha le había dicho que ese tal

Gonzalez, el hombre que se había quedado con el *smartphone*, pertenecía a las milicias trumpistas. Eso abría dos posibilidades: o era alguien con experiencia militar, un marine o un antiguo operativo de las fuerzas especiales —en cuyo caso usaría cifras militares muy complejas y no había nada que hacer—, o era un tipo corriente —«un cateto», como lo había descrito Sasha, basándose en su primera impresión— que emplearía un sistema sencillo.

Tomás había partido de la premisa de que la secuencia era un mensaje codificado dentro de otro mensaje codificado. Pero si era algo sencillo, esa hipótesis estaba errada. Se enfrentaba a un código, sí, pero no dentro del sistema francés.

Volvió a hojear el libro. Encontró el sistema inglés del alfabeto masónico, cuyos símbolos eran casi idénticos a los franceses. En Estados Unidos se hablaba inglés, así que parecía más probable que Gonzalez hubiera usado ese. Se animó. El sistema inglés podía ser la clave. Cogió el lápiz de nuevo y escribió las correspondencias. El resultado fue:



Suspiró.

Tampoco era eso. Movió la cabeza, frustrado. Estaba convencido de que la respuesta estaba en el sistema inglés, pero no. Siguió hojeando y descubrió que el sistema alemán tenía los mismos símbolos. Recordó que había estado a punto de ser lengua oficial en Estados Unidos —por apenas un voto no lo fue— y que gran parte de la población era de origen germano. No era descabellado pensar que ciertas personas pudieran conservar tradiciones alemanas.

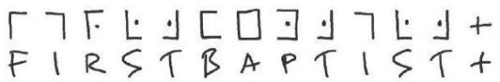
Estableció las correspondencias con el sistema alemán y miró el resultado:



El mismo que el del sistema francés. Es decir, nada. Ensayó todos los alfabetos masónicos del libro uno por uno y ninguno funcionó. Aun así, no tenía dudas: el enigma había sido codificado de esa manera. El hecho de que los caracteres coincidieran lo confirmaba. Pero ninguno servía. ¿Sería realmente un enigma dentro del enigma? Algo tan sofisticado parecía demasiado para un tipo corriente..., pero los hechos estaban ahí.

A no ser que...

Se dio cuenta de que le faltaba por probar un sistema: el portugués. Lo había descartado; al fin y al cabo, nadie en Estados Unidos lo usaría. Pero era su última posibilidad. Por descargo de conciencia, decidió intentarlo. Sin demasiada fe, trazó las correspondencias y observó el resultado:



Se quedó un instante inmóvil leyendo la palabra, tratando de asimilar el alcance de lo que acababa de descubrir: *First Baptist*, primera iglesia bautista. Había funcionado. Había descifrado el enigma.

Pero lo más inquietante no era eso. Lo verdaderamente extraño era el sistema que aquel cateto había elegido para codificar su mensaje.

¿Había usado el portugués?

En ese instante sonó su móvil. Tomás apretó el botón verde para responder.

—¿Dígame?

—¿Tomás? ¡Socorro!

Era Maria Flor.

XXXIV

En el despacho donde el FSB había montado la operación el ambiente era de auténtica fiesta. Las serpentinas surcaban el aire. El capitán Dimitri estaba rodeado de hombres eufóricos que reían, brindaban con champán y vodka, y bailaban al son del *rock* ruso que tronaba a todo volumen. La ocasión lo merecía. Las noticias que acababan de llegar del Reino Unido eran una bomba. Contra todos los pronósticos y sondeos, ¡el Brexit había ganado! Los presentes en la gran sala del edificio anónimo de San Petersburgo levantaron las copas rebosantes de champán, embriagados por la alegría, el alcohol y el patriotismo, y corearon al unísono la palabra mágica que esa mañana palpitaba en sus corazones y en sus labios:

—¡Ru-sia! ¡Ru-sia! ¡Ru-sia!

Se trataba de una gran victoria, una de las mayores en la guerra silenciosa que el Kremlin había declarado a Occidente. En medio de aquella alegría desbordada, que se extendía como un reguero de pólvora por todo el país, se imponía un discurso solemne.

El coronel Mijaíl Arseniev dejó su copa de champán y se subió a la mesa. Con las manos en la cintura, observó a su equipo de *trolls* y *hackers* como un general contemplaría a sus tropas tras una batalla ardua y victoriosa.

—¡Chicos, hemos ganado! —gritó, levantando el puño—. ¡Hemos ganadooo!

—¡Ru-sia! ¡Ru-sia! ¡Ru-sia!

—En la Gran Guerra Patriótica nos enfrentamos al enemigo con balas, ¡ahora lo hacemos con *likes*! En la Gran Guerra Patriótica lo atacamos con cañones, ¡hoy lo atacamos con tuits! En la Gran Guerra Patriótica lo derrotamos con tanques, ¡hoy lo derrotamos con *memes*! Las armas son distintas, pero la victoria es nuestra. ¡Nuestra!

—¡Ru-sia! ¡Ru-sia! ¡Ru-sia!

—Es hora de saborear este gran momento. Hoy es día de celebración. —Bajó ligeramente el tono, confiriendo a sus palabras un aire de solemnidad—. Pero, muchachos, la guerra no ha hecho más que empezar. Esto es solo una batalla. Una gran batalla, verdad, pero solo eso. Que nadie se engañe: el camino es arduo y tenemos mucho trabajo por delante. Sin embargo, no os quepa la menor duda de que nos esperan días de gloria. Sois nuestras tropas de intervención, estamos desorganizando las líneas enemigas y, en breve, les asestaremos el golpe final. Lo mejor, y también lo más difícil, está aún por venir. Pero brindemos por lo que hemos logrado hoy. Celebremos. Mañana retomaremos la lucha. Vamos a prepararnos para el mayor combate, la gran batalla que nos aguarda. —Levantó de nuevo su copa—. ¡Viva nuestro gran jefe, Vladímir Putin!

—¡Viva!

—¡Viva nuestra amada patria!

—¡Viva!

—¡Viva Rusia!

—¡Ru-sia! ¡Ru-sia! ¡Ru-sia!

El coronel Arseniev terminó su discurso y se bajó de la mesa. Echó a andar entre los *trolls* del Shaltai Boltai —convertidos en las Spetsnaz de internet— y se dirigió a Dimitri Chernishev.

—Enhorabuena, coronel —lo saludó su adjunto—. Ha sido una gran victoria.

—Gracias, capitán. Aunque llegó ayer, de alguna manera también es suya. —Señaló su despacho—. Acompáñeme, tengo que hablar con usted.

Una vez dentro, cerró la puerta. Los *hackers* seguían celebrando a gritos, saltando y bebiendo; los veían a través de las paredes de cristal, pero el ruido llegaba amortiguado por la puerta cerrada.

El coronel se sentó, encendió el ordenador y le indicó a Dimitri que se acercara. Tecleó unas contraseñas, accedió al sistema del FSB y abrió un documento clasificado como de alta confidencialidad.

—Capitán, lo que le voy a mostrar ahora solo lo puede ver usted. Moscú lo ha autorizado a acceder a este documento, algo muy raro teniendo en cuenta que acaba de ingresar en la agencia. La única explicación es su papel en esta operación. Pero no se lo puede mostrar a nadie. ¿Entendido? A nadie.

—Quédese tranquilo, mi coronel.

En la pantalla apareció un archivo con el símbolo del FSB en la parte superior y, en rojo, dos letras: OB. Ambos sabían lo que significaban: Особой Важности. *Osoboy Vazhnosti*. Literalmente, «particularmente importante». El equivalente ruso al inglés *Top Secret*, el nivel máximo de confidencialidad.

En el centro de la primera página, en cirílico, solo había dos palabras:

Протокол Хаоса

Dimitri frunció el ceño.

—¿*Protokol Kaosa*?

—Protocolo Caos —confirmó Arseniev—. Toda la operación se basa en este documento. Aunque se trata de una misión del FSB, usted y yo somos los únicos chequistas en este edificio. Por eso debe conocerlo. Yo no puedo estar aquí las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, treinta días al mes. A partir de ahora trabajaremos por turnos para supervisar a los *trolls* y *hackers* del Shaltai Boltai. Tendrá acceso al Protocolo Caos para consultarlo cuando yo no esté. Pero nadie más puede verlo, ¿está claro?

—Sí, mi coronel.

Arseniev lo miró fijamente.

—Si este protocolo cae en manos equivocadas por una negligencia suya, las consecuencias serán muy graves. ¿Entendido?

—Sí, mi coronel.

Le entregó un sobre cerrado.

—Aquí dentro están los códigos de acceso a la página donde se encuentra el protocolo. Memorícelos.

—¿Ahora?

—Ahora.

Dimitri abrió el sobre y leyó las tres líneas de código impresas. Tardó apenas dos minutos en memorizarlas. Las repasó mentalmente para asegurarse de que no se le olvidaba nada, como había aprendido en su formación en el FSB. Luego devolvió el papel a su superior, que lo destruyó en una máquina trituradora especial.

—Puede volver a la fiesta.

Dimitri echó un vistazo al grupo que cantaba y bailaba al otro lado del cristal y se fijó en una persona: un hombre pálido, pelirrojo, de barba y gafas, traje oscuro impecable, sentado en un rincón. Leía unos documentos como si la fiesta no fuera de su incumbencia.

—Mi coronel, ¿quién es ese tipo?

Arsenyev sonrió al reconocerlo.

—Es nuestro inglés.

Lo había mencionado la víspera. Allí estaba, desentonando de los demás.

—Si es inglés y ha contribuido a la victoria del Brexit, ¿por qué no lo celebra?

—Porque para él no se trata de patriotismo, sino de trabajo. Ese hombre trabaja para quien le pague, no para una causa.

—¿Entonces no cree en el Brexit?

—Cree que le pagamos para que crea.

Dimitri sonrió.

—Lenin tenía razón, ¿o no? Si quieres ahorcar a un capitalista, él mismo te venderá la cuerda para ganar dinero, incluso la de su propio ahorcamiento.

—Lo llaman profesionalidad.

Ambos observaron al inglés, que seguía concentrado en sus papeles.

—Coronel, ¿qué está haciendo?

—Preparar la próxima misión —respondió—. El Brexit ha sido un ensayo. Lo que viene ahora será mucho mayor. Llevamos años trabajando en ello y mañana comienza la última fase.

—¿Cuál es?

Arseniev señaló con el pulgar hacia su ordenador.

—La destrucción de Estados Unidos.

XXXV

La salvación de Estados Unidos.

Era en lo que Leroy pensaba mientras miraba fijamente la fachada de Sullivan's Gun Outlet. El drama de los niños en Washington no se le iba de la cabeza ni del corazón. Dudaba sobre lo que debía hacer. ¿Entrar en la tienda de armas y prepararse para salvar a su país o volver al coche, recoger a Sally y olvidarse de todo aquello? Estaba a favor de las armas; consideraba que el derecho a la autodefensa era una de las piedras angulares de las libertades individuales de los estadounidenses. Sin embargo, nunca le habían interesado demasiado. Era un hombre de pesca, no de caza; prefería el *bayou* al campo.

Como cualquier ciudadano del Sur, Leroy tenía una pistola en casa. Pero visto lo que sucedía en su país y en el mundo, ya no le parecía suficiente. Si la pederastia se extendía en la Iglesia católica, e incluso el papa exhibía símbolos satánicos, ¿qué sucedería con los demás? ¿Quién iba a proteger a sus hijos y a sus conciudadanos de las redes de pederastia que actuaban en la sombra? ¿Quién los defendería de los inmigrantes violadores que empezaba a ver por todas partes? ¿Acaso no había leído en Facebook y visto en YouTube un sinfín de noticias sobre la invasión de hordas de extranjeros violentos y oportunistas?

Donald Trump —que Dios lo proteja— era el único político con valor para enfrentarse a las élites progresistas y denunciar el problema. Seguramente, había accedido a información confidencial

que los medios de comunicación tradicionales, en connivencia con esas élites, se negaban a difundir. Todo aquello le parecía tan preocupante que veía imprescindible reforzar sus medios defensivos.

Venció su indecisión inicial y entró en Sullivan's Gun Outlet. Las vitrinas estaban repletas de pistolas, escopetas, cuchillos y rifles semiautomáticos de asalto. Le habría gustado detenerse a contemplarlos, pero tenía prisa: su hija lo esperaba en el instituto. Se dirigió al hombre tras el mostrador.

—Buenas tardes, ¿me podría ayudar? ¿Cuál es la mejor arma de la tienda?

El hombre corpulento, con barba grisácea y gorra, se encogió de hombros.

—Depende de lo que busque, amigo. ¿Pistolas, escopetas, rifles semiautomáticos...?

Ya tenía una pistola y las escopetas no le interesaban porque disparaban bala a bala y había que recargarlas constantemente. Quería algo que soltara ráfagas; además de ser más eficaz, le parecía más intimidatorio si alguien intentaba meterse con él o con su familia. Y debía ser transportable y que lo pudiera justificar ante las autoridades si lo paraban o le preguntaban algo.

—Estaba pensando en una semiautomática ligera que pueda hacer pasar por un arma deportiva —indicó—. ¿Tiene alguna de ese tipo?

El responsable desapareció por una puerta y se metió en el almacén. Tres minutos después volvió con lo que parecía una ametralladora ligera de aspecto imponente, como las que los marines o los Navy Seals usan en las películas de Hollywood. La dejó sobre el mostrador y miró al cliente.

—Esta es una AR-15 —anunció—. Fabricada por Colt. Fue concebida originalmente para sustituir a la M-14 de la guerra de Vietnam. Dispara munición de calibre NATO, es equivalente a la M-

16 militar y viene con mira telescópica. Su venta al público estuvo restringida por la prohibición de armas de asalto, pero la Fundación Nacional de Deportes de tiro la declaró escopeta deportiva y, desde entonces, se ha convertido en la favorita de los americanos. Los capullos de los progresistas siguen intentando prohibirla, pero, gracias a Dios, la Asociación Nacional del Rifle ha actuado con eficacia en el Congreso y, hasta ahora, ha conseguido protegerla.

La Asociación Nacional del Rifle o NRA es la principal organización estadounidense de usuarios de armas.

—Ah, ya veo. Las élites siempre intentando desarmarnos para que no podamos defendernos.

—Ya lo creo, colega —asintió el hombre—. ¿Ha visto el escándalo del Pizzagate? Si los padres de los niños en Washington D. C. estuvieran armados, nadie se metería con ellos. Pero como no tienen armas, no pueden defenderse... ¡Así les va!

—¡Es horrible! No hay nadie que salve a esos chiquillos. ¡Ni la policía!

—Pobres niños...

Estaban en total sintonía y no hacía falta decir más. Leroy estaba convencido de que los hombres de verdad no pensaban, actuaban. Tomó la AR-15 y comprobó su peso; le pareció lo bastante ligera y manejable. El sistema de disparo era sencillo. Ajustó la mira y vio que todo era funcional.

—Me parece bien.

El dependiente señaló con el pulgar hacia el fondo.

—Tenemos una galería de tiro atrás. ¿Quiere probarla con fuego real?

—No merece la pena. Me la quedo. Y también quiero dos cajas de municiones.

El hombre le dio instrucciones básicas sobre su manejo y le entregó el manual, recomendándole que lo leyera con atención. Leroy rellenó los papeles —el formulario 4473, conocido como NICS — que garantizaban su idoneidad para comprar el rifle semiautomático. No tardó más de unos minutos. Obtuvo la licencia, pagó y salió con el arma y las municiones en una bolsa verde oscura. Al llegar al coche, abrió el maletero y la guardó.

A continuación, fue a recoger a Sally. Como era de esperar, su hija estaba enfadada por el retraso y se pasó todo el camino a casa protestando porque su padre se había vuelto a olvidar de ella. Leroy guardó silencio, asintiendo distraído, sumido en sus pensamientos. Lo que había descubierto en internet lo había dejado estupefacto.

Pasó toda la tarde callado, lo que inquietó a sus hijos. Charlie llegó a preguntarle si se encontraba bien. Su padre solo respondió que estaba cansado y esa noche se acostó temprano para poder leer el manual de la AR-15 adquirida en Sullivan's Gun Outlet.

Cerca de la medianoche apagó la luz. Pero no podía dormir. Lo atormentaba todo lo que había visto en internet, sobre todo, el sufrimiento de los niños atrapados en las redes de pederastia y canibalismo de los Clinton. Era increíble. Las élites no dejaban de hablar de minorías y de ofenderse por cualquier palabra que pusiera en tela de juicio sus cuestionables políticas, pero solo los inmigrantes, los homosexuales y las feminazis parecían tener derechos. El resto de los estadounidenses no contaba: eran basura. Y sus hijos peor que basura: meros instrumentos de sus perversiones sexuales.

Los adultos aún podían armarse y defenderse, ya que las élites no habían logrado prohibir el acceso a las armas, pero ¿qué podían hacer los niños, indefensos e inocentes? ¿Quién iba a acudir en su ayuda?

Se durmió pensando en ellos. Y fue en sueños cuando tuvo la idea de pasar a la acción.

XXXVI

A lo lejos se oían las voces furiosas de la multitud. Tomás Noronha salió de casa a toda prisa y caminó con paso ligero hacia el lugar de donde provenía aquel murmullo de la turba. Estaba muy cerca, a una manzana de distancia, y alarmado. La llamada de Maria Flor dos minutos antes, gritando y pidiendo ayuda, le había causado pánico.

¿Qué demonios estaría pasando?

Al doblar la esquina, se topó con una aglomeración frente al Tavares, un restaurante tradicional de cocina portuguesa situado en la calle perpendicular. Él mismo había comido allí varias veces, o pedía comida para llevar para la cena. Varios hombres pegaban la cara contra los cristales para ver el interior, mientras la mayoría se limitaba a deambular por la calle, vigilando el edificio, o llamando por teléfono para atraer a más gente.

Tomás cruzó la calle y se abrió paso entre la multitud.

—¡Esta zorra lo va a pagar! —gritaba un hombre con acento brasileño—. ¡Qué escándalo!

—¡Tenemos que cogerla! —chillaba una mujer, también brasileña, visiblemente exaltada—. ¡Esa *moleca* no se va a reír de nosotros! ¡No me voy a quedar de brazos cruzados como una idiota!

Todos parecían brasileños y estaban furiosos. El recién llegado avanzó hacia la entrada del restaurante. La puerta estaba cerrada y, por dentro, mesas y sillas bloqueaban el paso. Los atrapados, incluida Maria Flor, se habían atrincherado.

Tomás analizó la situación y trazó un plan rápido. Retrocedió hasta el otro lado de la calle, lo bastante lejos de la muchedumbre como para hablar sin que lo oyeran. Sacó el móvil y llamó a su mujer. La voz de Maria Flor sonó nerviosa al otro lado de la línea.

—¿Ya has llegado?

—Estoy fuera. ¿Podéis abrir la puerta cuando os lo indique?

—No, Tomás. ¿Y si entran?

—Yo me encargo. Cuando oigáis cinco golpes seguidos, significa que soy yo. Abrís, yo entro y la cerráis enseguida.

—¿Estás seguro de que no van a entrar?

—Confía en mí.

Lo dijo con firmeza, aunque no sentía la misma seguridad que transmitían sus palabras. Colgó, volvió a cruzar la calle y se abrió paso entre la multitud. Esta vez no intentó pasar desapercibido.

—¡Apártense! —ordenó en voz alta—. ¡Policía! ¡Apártense!

La turba se abrió a su paso. Todas las miradas se clavaban en él.

—¿Va a coger a esa asesina?

—¡Tiene que meterla en prisión y encerrarla muchos años!

—Es una criminal, ¿me oye? ¡Cójala, señor policía! ¡Cójala! ¡La *moleca* tiene que pagar por lo que ha hecho!

Tomás siguió representando su papel de agente de paisano. Llegó a la puerta y golpeó cinco veces.

—¡Policía! —gritó—. ¡En nombre de la ley, abran la puerta!

A su alrededor, el griterío continuaba, aunque empezaba a surgir la duda.

—Oiga, ¿usted es de verdad policía?

—¿Dónde está su identificación?

Tomás giró la cabeza hacia la gente más próxima. Mantuvo la postura autoritaria, como si estuviera cumpliendo con su deber.

—¡Atrás! —ordenó con gesto imperioso—. ¡Aquí no hay nada que ver! Cuando llegue el coche patrulla, necesito espacio para sacar a la sospechosa. Quien nos entorpezca será detenido, identificado y llevado a comisaría. ¡Atrás, retrocedan!

En ese instante, la puerta del restaurante se entreabrió y Tomás se deslizó dentro. De inmediato, cerraron y volvieron a apilar mesas y sillas contra la entrada. Estaba oscuro; habían apagado las luces para que no los vieran desde fuera. Tomás reconoció al dueño, el señor Tavares, y a dos empleados. Sudaban a chorros y empuñaban cuchillos de cocina.

—¿Mi mujer?

—Está en la cocina, profesor Noronha. ¿Cree que esos locos conseguirán romper el ventanal y entrar?

Tomás miró al dueño, luego al cristal que los separaba de la multitud furiosa. El vidrio era fino, demasiado, una de las barreras más frágiles que podían existir.

—Todo es posible.

XXXVII

La víspera, en el edificio de San Petersburgo, había sido día de celebración. Pero al día siguiente, la victoria del Brexit ya era agua pasada y tocaba ponerse manos a la obra para iniciar una operación mucho más ambiciosa. El coronel Mijaíl Arseniev había recomendado al capitán Dimitri Chernishev que hablara con el inglés al que habían contratado para colaborar con ellos. Por eso, cuando esa mañana entró en el despacho, el nuevo miembro del FSB pidió a su jefe que los presentara.

—Alastair, este es el capitán Chernishev —dijo el coronel en inglés —. Será mi adjunto en esta operación. Está autorizado a compartir con él toda la información clasificada sobre su actividad aquí. — Luego se volvió hacia su subordinado—. Capitán, le presento a Alastair Hayes, viene de Cambridge Analytica.

—¿Cambridge? —preguntó Dimitri, estrechando la mano del británico—. ¿Quiere decir que trabaja en la famosa universidad?

—Cambridge Analytica no tiene nada que ver con la Universidad de Cambridge, *I'm afraid*. Ni siquiera está vinculada a esa ciudad. Eligieron ese nombre para convencer a un importante cliente estadounidense cercano a Donald Trump, un tal Steve Bannon. La idea era que diera la impresión de que forma parte de la universidad, pero no es así. En realidad, es una filial de SCL Group, una empresa privada especializada en *psyops*, operaciones psicológicas militares, que trabaja, sobre todo, para el servicio secreto británico.

El oficial del FSB dio un paso atrás.

—¿Los... los servicios secretos británicos?

—Sí. Y también para el ejército —respondió con calma Alastair.

Dimitri miró a su jefe para confirmar que no se trataba de un error. El coronel Arseniev sonrió, le divertía la reacción de su subordinado. Naturalmente, estaba al tanto de la verdadera naturaleza de Cambridge Analytica y de sus conexiones. Sin embargo, Dimitri todavía no entendía del todo lo que estaba pasando, así que volvió a dirigirse a su interlocutor, algo más sereno.

—Entonces dígame, señor Hayes, ¿qué hace exactamente aquí un espía inglés?

Alastair negó con la cabeza.

—Me temo que se equivoca, capitán. No soy espía. Soy un consultor privado especializado en *psyops*. SCL Group es una empresa privada, igual que Cambridge Analytica. Trabajamos para clientes muy variados, públicos y privados, británicos o extranjeros. Sin prejuicios. Nos han contratado para la campaña del Brexit y, a la vista de los resultados, creo que han invertido bien su dinero. Pero ha sido solo un ensayo de algo mucho más grande y decisivo: la campaña presidencial en Estados Unidos. Veremos qué podemos hacer para complacer al cliente que me ha traído hasta aquí, es decir, a ustedes. El objetivo es que gane Donald Trump.

Ahí estaba, sin rodeos, el verdadero propósito de la misión que sucedía al Brexit.

—¿Y cuál es exactamente su función en la operación en San Petersburgo?

—Definir objetivos.

—¿Objetivos? ¿De qué tipo de objetivos habla?

En lugar de responder, el británico dejó a un lado los papeles que estaba leyendo y encendió el ordenador. Nada mejor que una

demostración para explicar su trabajo.

—Elija un Estado.

—¿Cómo dice?

—Elija uno: California, Colorado, Nebraska...

Dimitri pensó en las películas del Lejano Oeste que tanto le gustaban y respondió:

—Texas.

Alastair escribió el nombre y pulsó un enlace: apareció la guía telefónica de los residentes en aquel Estado del Sur. Una lista interminable de nombres se desplegó en la pantalla.

—Ahora elija un nombre.

Los ojos de Dimitri se posaron al azar sobre una línea.

—Este.

Apuntaba a *Aaron Hall Anderson*. El consultor anotó el nombre en un papel, cerró la lista telefónica y entró en la base de datos con el logo de Cambridge Analytica. Tecleó el nombre elegido. De inmediato, en la pantalla se desplegó un dosier detallado. La foto mostraba a un anciano de pelo blanco, arrugas profundas y gafas graduadas. Anderson era un jubilado de setenta y cuatro años que había trabajado como técnico de mantenimiento en varias empresas petroleras de Texas. Viudo desde hacía unos años, tenía dos hijos: uno en Houston y otro en Dallas. A pesar de su edad, todavía debía 127 000 dólares al First Bank Texas por la hipoteca de su casa en Fort Worth. Sus restaurantes favoritos eran el Wicked Butcher y el Ol' South Pancake House. Leía a diario *Breitbart News* y veía Fox News unas cinco horas al día. Padecía artritis y dos años antes le habían diagnosticado un cáncer de próstata leve, controlado sin cirugía ni radiación. Guardaba en casa dos armas: un revólver Smith & Wesson calibre 45 y un rifle semiautomático Colt ACR. Un detalle

insólito completaba el perfil: practicaba yoga tres veces por semana en la Bumble Bee Yoga Community.

—¿Quiere ver su casa?

—¿Se puede?

El británico buscó un enlace y en segundos apareció la imagen de satélite de un pequeño chalet suburbano con jardín y piscina.

—La casa del señor Anderson en tiempo real.

—¡Guau!

—Y aún no ha visto nada. —Alastair sonrió—. ¿Quiere ver qué hace Anderson en este preciso instante?

—¿También es posible?

El consultor tecleó un código y, de repente, la pantalla mostró al anciano durmiendo la siesta en un sillón.

—Ahí lo tiene.

Dimitri no daba crédito.

—¿Es él?

—¿Usted qué cree?

Examinó el rostro adormilado y comprobó que era la misma persona elegida al azar en la lista de Texas.

—¿Son imágenes en directo de verdad?

—Por supuesto. Parece que está durmiendo.

—¡Alucinante! ¿Cómo ha hecho eso?

—He activado la cámara de su ordenador. También podría activar el micrófono si quisiera. ¿Quiere hablar con él?

Dimitri lo miró incrédulo.

—¿Con él?

—Sí. ¿Quiere hablar con él?

Parecía que aquel inglés diabólico era capaz de todo.

—Bueno..., no. Sinceramente, no sabría qué decirle.

Alastair lo ignoró. Pulsó un icono y en la sala sonó el tono de llamada. El sonido despertó al anciano, que buscó a tientas sus gafas y su teléfono, aún adormilado.

—¿Diga?

—¿Podría hablar con el señor Aaron Hall Anderson, por favor?

—Soy yo, ¿quién es?

—Señor Anderson, le habla Ted Kohler, secretario de la Asociación Nacional del Rifle —dijo Alastair, imitando con perfección el acento americano—. Usted figura como propietario de una escopeta Colt ACR, ¿es correcto?

—Sí. ¿Pasa algo?

—Debo informarlo de que el Gobierno prepara leyes para confiscar ese tipo de armas.

—¿Qué?

—Sí, consideran que los dueños de armas semiautomáticas de asalto son peligrosos, podrían convertirse en asesinos. Pretenden incautar todas. Incluso su revólver Smith & Wesson podría ser requisado.

—¿Qué? ¿De verdad van a hacer eso?

—Me temo que sí, señor Anderson.

—¡Maldita sea! ¡Los progresistas están destrozando nuestras libertades!

—Lo sé, señor, lo sé. Pero la Asociación trabaja con Donald Trump para proteger sus derechos. Sin embargo, solo seremos eficaces si conseguimos que sea elegido.

—¡Cuenten con mi voto! ¡En mi Smith & Wesson y en mi Colt no pone un dedo nadie!

—Me alegra oírlo, señor Anderson —respondió Alastair—. Tenemos que proteger este país de los pederastas que amenazan nuestras libertades y a nuestros niños.

—Eso es una desgracia —dijo el anciano con voz temblorosa—. ¿Ha visto lo del Pizzagate? ¿Cómo es posible que sigan impunes después de algo tan atroz? ¡Pobres niños, en manos de esos buitres, los Clinton, Podesta y quién sabe quién más! Pero ya le digo: mis armas no las toca nadie, ¿me oye? ¡Nadie! Si nos las quitan, la gente honesta no podrá defenderse. ¡No lo podemos aceptar! ¡Tenemos que proteger el país y garantizar la seguridad de los niños! ¿Cómo lo haremos sin armas?

—Así es, señor Anderson. No podemos permitir que los pederastas nos desarmen y nos sometan. Las necesitamos para defendernos. Puede estar seguro de que la Asociación Nacional del Rifle y Donald Trump velarán por usted, por los niños inocentes y por Estados Unidos. Que tenga un buen día, señor Anderson. Y que Dios bendiga América.

Colgó.

Dimitri estaba atónito ante lo que acababa de presenciar. Había elegido un nombre completamente al azar y, en cuestión de segundos, el inglés que colaboraba en la operación del FSB en San Petersburgo no solo había accedido a toda la información relativa a esa persona, sino que además le había mostrado imágenes en directo e incluso lo había llamado por teléfono, manipulándolo hasta obtener un compromiso de voto para Donald Trump. Absolutamente increíble.

—Explíqueme cómo ha logrado algo así.

Alastair se apartó del ordenador y lo miró con calma.

—Es sencillo —respondió—. Usamos datos de millones de usuarios de Facebook.

—¿Piratean Facebook para acceder a esos datos?

—Los compramos —corrigió el británico—. Los venden a un dólar por usuario. Y no solo eso: recogemos datos de otras fuentes y

creemos que podremos acceder aún a muchos más...

—Espere un momento —lo interrumpió el ruso—. ¿Facebook vende información privada de sus usuarios?

—No solo de sus usuarios. También de los amigos de esos usuarios. Como cada persona tiene entre ciento cincuenta y trescientos amigos de media, basta con comprar los datos de dos millones de usuarios para acceder a la vida privada de entre trescientos y seiscientos millones de personas. Si compramos datos de cuatro millones, llegamos a saber la vida íntima de seiscientos a mil doscientos millones de individuos.

Una inmensidad.

—¿Y esas personas saben que su vida privada está en venta?

—¿Lo pregunta en serio? Por supuesto que no. Ni siquiera los amigos de los usuarios, que jamás han dado ningún consentimiento. A Facebook le da igual.

Dimitri estaba cada vez más atónito.

—¡Joder, no vuelvo a usar las redes sociales!

—Gracias a esos datos sabemos quién es cada persona, qué hace, quiénes son sus amigos, qué consume en internet y televisión, qué bienes posee, a quién vota, qué le gusta y qué detesta, sus *hobbies*, sus empleos, sus vacaciones, sus restaurantes favoritos, lo que come, sus deudas, sus secretos más oscuros, lo que gasta y dónde lo gasta... Todo —explicó Alastair—. Podemos reconstruir sus vidas e incluso lo que piensan. Con ello concebimos modelos computacionales extremadamente poderosos. Aplicados a una persona concreta, como usted o como ese tal Aaron Hall Anderson, somos capaces de prever su comportamiento mejor que sus compañeros de trabajo. Solo necesitamos diez *likes*. Con trescientos, llegamos a conocerlo mejor que su propia familia. Los algoritmos captan lo que nadie más percibe. En la práctica, reconstruimos

digitalmente la vida de todos los usuarios de las redes. En la mayoría de los casos los conocemos mejor de lo que se conocen a sí mismos.

—¿Me está diciendo que saben todo, literalmente, de cada ser humano que usa redes sociales?

—Así es.

Dimitri estaba estupefacto.

—Bromea...

—Creamos nuestros modelos a partir de la vasta base de datos de Facebook y después los enriquecemos con información de YouTube, Twitter, otras redes y registros públicos. Con eso construimos una sociedad real que probamos virtualmente en el ordenador. Descubrimos cosas insospechadas.

—¿Por ejemplo?

—Una pregunta: ¿a usted le gusta Britney Spears o Lady Gaga?

Dimitri frunció el ceño. La pregunta parecía absurda, pero enseguida comprendió que su interlocutor quería demostrarle algo.

—Ninguna de las dos. ¿Por qué?

—Porque nuestros modelos concluyen que los hombres a los que les gustan esas cantantes suelen ser homosexuales. Por su respuesta presumo que usted no lo es.

El ruso se puso rígido; en su sociedad, semejante insinuación era inaceptable.

—¡No le tolero tal insinuación!

—Le pido disculpas, capitán, no era mi intención ofenderlo. Era solo un ejemplo. —Alastair retomó el hilo—. Fíjese en el caso de Anderson. ¿Notó su interés por el yoga? Nuestros modelos detectan que quienes lo practican son más propensos a creer en teorías de la conspiración. No sabemos por qué, pero sucede. Por eso le lancé el anzuelo de los pederastas. Y en cuanto lo mencioné, él habló del Pizzagate. Bingo.

Dimitri frunció el ceño.

—Perdone, no sé qué es el Pizzagate.

El coronel Arseniev, que hasta entonces había guardado silencio, intervino:

—Hace unos meses nuestros *hackers* del FSB, y luego otros del GRU, entraron en el sistema del Partido Demócrata estadounidense y extrajeron una gran cantidad de correos privados de Hillary Clinton, de John Podesta y de otros. No había nada comprometedor, pero se los entregamos a Julian Assange para que los publicara en WikiLeaks. Y lo hizo con todo el ruido posible. Fue un escándalo en Estados Unidos que golpeó de lleno la campaña de Clinton. —Se rio con sorna—. En la práctica, Assange funciona como nuestro agente. Occidente lo idolatra como héroe de la libertad cuando en realidad nunca ha publicado nada contra nuestros intereses. Incluso rechazó material comprometedor del Kremlin. Cuando lanzamos Russia Today, entró en directo en el canal. Para nosotros es muy útil, un amigo. Siempre que necesitamos dar credibilidad a una filtración embarazosa, recurrimos a él.

—¿Y qué tienen que ver esos correos con el Pizzagate?

—En ese momento circulaba en redes la idea de que dirigentes demócratas participaban en rituales satánicos con menores. Un disparate. Para reforzar el rumor, se usaron correos de Podesta donde pedía *pizzas* a una pizzería de Washington D. C. Se dijo que eran mensajes en clave para solicitar sexo con niños. Después, hicimos lo de siempre: usamos cuentas falsas en las redes para amplificar el rumor hasta hacerlo viral. Eso es el Pizzagate.

—¿Y la gente se cree esas estupideces?

El coronel soltó una carcajada.

—No se imagina lo que la gente es capaz de creer —confirmó, divertido—. De repente, empezaron a ver a Hillary Clinton como una

pederasta, igual que a su marido y todo el Partido Demócrata. Eso dañó su imagen y benefició a Trump.

Dimitri negó con la cabeza, impresionado.

—La gente se cree cada cosa... Entonces, si lo he entendido bien: Cambridge Analytica usa esos modelos y los datos de redes sociales...

—Es decir, los de casi todo el mundo en Occidente.

—... para manipularlos como le convenga; para convencerlos de votar contra sus propios intereses, ya sea por el Brexit o a Trump.

—Correcto. Nuestros modelos, junto con todo ese manantial de datos, equivalen a dos tercios de la técnica que aplicamos.

—¿Y el tercio restante?

El británico se inclinó hacia él como si fuera a compartir un secreto.

—Capitán, ¿ha oído hablar de los algoritmos evolutivos?

A Dimitri le fascinaba todo lo que estuviera relacionado con la inteligencia artificial. Asintió.

—Son algoritmos que van ajustándose con cada prueba hasta hallar la fórmula más eficaz. ¿Trabajamos con eso?

—Exacto. Es uno de nuestros secretos. Creamos un conjunto de mensajes y los enviamos a través de Facebook a un grupo reducido de estadounidenses. Los algoritmos analizan las reacciones, seleccionan los más eficaces y los volvemos a probar. Y así, en un proceso de selección natural, hasta perfeccionarlos. Solo en la campaña de Trump probamos seis millones de mensajes diferentes.

—¿Seis millones?

—Increíble, ¿verdad? Hasta reducirlos a unos cientos que funcionaban al cien por cien. Luego los enviamos a todos los perfiles adecuados y conseguimos la máxima eficacia. Con el mensaje

preciso logramos incluso que votantes demócratas eligieran a Trump. Así ganamos el Brexit. Así ganaremos en Estados Unidos.

El recién llegado estaba estupefacto ante la sofisticación del método.

—El objetivo estratégico es manipular a los ciudadanos occidentales para...

—Provocar el colapso de Occidente.

Lo dijeron al unísono, como tres cómplices manipuladores que saben que su meta está a un paso de cumplirse.

XXXVIII

Los niños, pobrecitos. Fue el primer pensamiento de Leroy Roderick al despertarse. Para salvar el país había que empezar por rescatar a esas pobres criaturitas secuestradas en el sótano de la pizzería de Washington D. C. por la red de pederastia liderada por los Clinton. Si la policía temía a las élites y se negaba a actuar, alguien tenía que asumir esa responsabilidad. Si no lo hacía nadie más..., entonces, ¿por qué no él?

¡Sí, él!

En el fondo, esa era la verdadera razón por la que había entrado en Sullivan's Gun Outlet; una parte de su subconsciente le había pedido que comprara una semiautomática y municiones, aunque en el momento de la adquisición no hubiera sido consciente. El sueño que acababa de tener confirmaba el verdadero propósito de la compra.

Su misión sagrada.

Saltó de la cama y se puso de pie, excitado. Sí, esa era su misión, ¡él sería el salvador de esos niños! El problema de rescatar a los hijos de otros era decidir qué hacer con los suyos. Charlie trabajaba, no tenía que preocuparse por él. Pero Sally todavía era una niña; con problemas de salud, necesitaba que alguien se ocupara de ella en su ausencia. ¿Cómo iba a llevar a cabo su misión sin perjudicar a su familia?

En eso pensaba mientras preparaba el desayuno de sus hijos. Después, Charlie se marchó en moto a trabajar y él llevó a su hija al

instituto como hacía cada mañana. Cuando se despedía de ella en la puerta, en su mente ya había orquestado todo el plan.

En vez de regresar a casa, fue a ver a la hermana pequeña de Betty. Clarence era una mujer amargada y abatida por los golpes de la vida. Estaba divorciada y tenía dos hijos. El Estado le había quitado al pequeño porque padecía el síndrome de Munchausen, un trastorno de naturaleza psicológica en el que el progenitor finge enfermedades en sus hijos para poder cuidarlos. No parecía algo tan grave como los problemas que se vivían en la «Alameda del Cáncer», pero sí era lo bastante serio como para que el Estado le retirara al más pequeño.

Leroy le explicó que, por motivos profesionales, tendría que ausentarse uno o dos días y necesitaba que se encargara de sus hijos, sobre todo, de Sally; al fin y al cabo, eran sus sobrinos. Clarence quiso saber algunas cuestiones logísticas, como los horarios del instituto y las necesidades específicas de los chicos, y aceptó sin problemas, así que ese asunto estaba resuelto.

Después de hablar con su cuñada, Leroy regresó a casa para terminar los preparativos. Estuvo barajando la posibilidad de coger un avión, como cuando fue a Filadelfia, pero enseguida descartó esa opción: sería imposible llevarse la AR-15 y las municiones si viajaba en avión, debido a la estricta seguridad en los aeropuertos por culpa de la amenaza terrorista de los musulmanes. ¡Esas personas diabólicas solo traían problemas y violencia gratuita contra los inocentes! La única forma de viajar con el arma y las municiones era en coche.

Una hora después, colocó el equipaje en el maletero de su Pontiac, llenó el depósito y arrancó. Antes se detuvo a rezar en la iglesia para pedirle a Dios que lo protegiera en su peregrinación sagrada. Salvar a los niños en peligro era su misión más noble. A

continuación, se lanzó a la carretera rumbo al norte. Fue a Nueva Orleans, luego giró hacia Tuscaloosa y paró en Chattanooga, Knoxville y Roanoke para repostar y comer. En total, fueron diecisiete horas de un largo y agotador viaje; lo único que lo mantenía animado era pensar en el objetivo que tenía por delante. Finalmente, llegó a su destino: Washington D. C.

El cuerpo le pedía descanso, pero el sentido del deber habló más alto. Tenía que salvar a esos pequeños, y cada minuto que se retrasaba era uno más de sufrimiento. No había tiempo para descansar. Una y otra vez se repetía el mismo lema: «Los verdaderos patriotas no hablan, actúan».

Había llegado el momento de pasar a la acción.

Aparcó su Pontiac en el *parking* subterráneo de un centro comercial a las afueras de la capital y buscó un coche que le sirviera. Eligió un viejo SUV de General Motors que estaba aparcado en una de las plazas más solitarias. Forzó el portón y metió en el asiento trasero el enorme saco verde oscuro con el arma y las municiones. Después se sentó en el asiento del conductor. Como no tenía las llaves, hizo un puente para arrancar el coche.

Un minuto después ya estaba en marcha, rumbo a su destino. Abrió Google Maps y tecleó la dirección. El trayecto duró algo menos de media hora. Leroy iba tan centrado que ni siquiera se fijó en la arquitectura neoclásica de la capital, ni en los iconos más reconocibles de la cultura estadounidense que fue dejando atrás: la Casa Blanca, el Capitolio, la estatua de Lincoln, el cementerio de Arlington.

En su mente solo había espacio para un pensamiento: los niños que, según él, eran víctimas de los rituales satánicos de los progresistas. Rescatarlos era lo único que importaba.

Aparcó en una calle perpendicular a la avenida Connecticut, en pleno corazón del barrio de Chevy Chase. Desde el interior del vehículo robado observó un pequeño edificio verde al otro lado de la avenida. En la parte superior de la fachada, en letras mayúsculas, se leía: Comet Ping Pong. ¿En el sótano de ese miserable restaurante era donde se escondía el siniestro antro pederasta, caníbal y demoníaco de las élites que controlaban el país?

Se deslizó al asiento trasero y abrió la bolsa de Sullivan's Gun Outlet. Bajó la cremallera y sacó el rifle semiautomático AR-15 y las municiones. Cargó un cartucho y, por seguridad, mantuvo el seguro puesto. Luego sacó unas medias de mujer a las que previamente les había hecho unos agujeros para los ojos, se las puso en la cabeza y se miró en el espejo retrovisor. Su rostro había desaparecido. Cuando todo estuvo listo, clavó la mirada en el restaurante. Respiró hondo. Para lo que estaba a punto de hacer, hacía falta valor.

Había llegado el momento.

El corazón le latía a mil por hora y tenía la garganta seca. Abrió la puerta del SUV y salió con el arma preparada y la media cubriéndole la cara. Para calmarse, se centró en la misión. Iba a liberar a los niños, a arrancarlos de las garras de aquella red pederasta. Con ese acto, pensó, honraría el alma de Estados Unidos. Cuando las élites oprimen a los inocentes y las autoridades se paralizan por el miedo, los ciudadanos libres —herederos del espíritu del Tea Party que rompió las cadenas del colonialismo británico— tienen el deber de actuar con coraje. Por eso nada temía. No dudaba. Era un hombre libre, y como tal lucharía por la libertad de su país, la tierra de los hombres libres.

Al cruzar la avenida, quitó el seguro del arma de asalto y colocó el dedo sobre el gatillo, listo para enfrentarse él solo a las hordas satánicas. Su determinación venció al miedo. No le temblaría el

pulso. Abrió la puerta del restaurante y entró. Había algunos clientes cenando. Al fondo, varias mesas de pimpón daban sentido al nombre del local. Aunque llevaba en las manos un AR-15, nadie se fijó en él, al menos no lo hicieron durante los primeros segundos. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Leroy apuntó a la pared y empezó a disparar. El estruendo fue ensordecedor.

—¿Dónde está el sótano? —gritó nada más abrir fuego—. ¡Llevadme donde están los niños!

Los clientes se tiraron al suelo, intentando refugiarse debajo de las mesas; los empleados huyeron a la cocina, a la despensa, detrás del mostrador. Algunos gritaron, otros se quedaron paralizados sin entender qué estaba ocurriendo, preguntándose quién era aquel hombre que acababa de irrumpir armado, por qué disparaba, qué pretendía. ¿Sería un atraco?

Leroy volvió a gritar.

—¿Dónde está el sótano?

Como nadie respondía, disparó de nuevo contra las paredes. Los gritos se intensificaron. Muchos pensaron que iba a matar a todos los presentes. El pánico era absoluto, nadie se atrevía a responder. Leroy recorrió el restaurante buscando el sótano, abriendo una a una todas las puertas. En las imágenes de YouTube había visto una que conducía a un espacio subterráneo.

Y por fin la encontró.

—¡Ah! ¡Está aquí!

Intentó abrirla, pero estaba cerrada. No le sorprendió. La red de pederastia liderada por los Clinton habría sellado el acceso para impedir que alguien descubriera a la secta satánica que operaba allí. Si no se abría por las buenas, lo haría por las malas. Apuntó al pestillo con el AR-15 y disparó. La cerradura voló en pedazos. Dio

una patada violenta y la puerta se abrió con un estruendo, revelando un espacio sombrío.

—¡Pederastas, salid de ahí!

Nadie respondió. Decidido, Leroy avanzó con el rifle semiautomático en alto, el dedo sobre el gatillo, listo para disparar. Encendió la luz del habitáculo y se encontró en lo que parecía una despensa, con las paredes forradas de estanterías llenas de ordenadores y aparatos electrónicos. Buscó un pasadizo oculto tras ellos, pero no halló nada. Golpeó distintas zonas del muro, esperando encontrar una superficie hueca. Nada. Solo ladrillos. «¡Malditos Clinton! ¡Lo han tapado todo, cabrones!». O quizás, pensó con rabia, los vídeos de YouTube se habían equivocado de puerta. Frustrado, salió de la despensa y se dirigió a un empleado que se ocultaba tras el mostrador. Lo apuntó con el arma.

—Eh, tú. ¿Dónde está el sótano?

El hombre temblaba. Parpadeó, atónito, al darse cuenta de que le hablaba a él.

—¿Per... perdón?

—El sótano. ¿Dónde está el sótano?

—¿Sótano?

—Sí, el sótano. ¿Dónde está el sótano del restaurante?

—Pero... Pero si no hay sótano.

Se estaba haciendo el tonto, concluyó Leroy. Apuntó el arma a la pared y volvió a disparar. Estaba seguro de que una nueva muestra de fuerza obligaría a los pederastas a colaborar.

—¿Dónde está el sótano?

El hombre lloraba, temblaba, se cubría la cabeza con las manos, estaba encogido en posición fetal.

—No tenemos sótano —sollozaba—. No hay sótano. No hay...

—¿Dónde están los niños?

—... sótano... No hay... No hay sótano...

Con ese imbécil no iba a sacar nada en claro, pensó Leroy. Dejó de interrogarlo y volvió a recorrer el local de una punta a otra: la cocina, la despensa, cada rincón. Abrió todas las puertas que encontró. Ninguna llevaba a ningún sótano.

Apuntó con el AR-15 a otro empleado.

—¿Dónde está el sótano?

—No... No hay sótano...

—¡Mientes! —rugió—. Dime dónde está el sótano o si no...

El hombre juntó las manos en un gesto de súplica.

—Por favor, señor, créame —imploró, temblando—. No hay ningún sótano. Nunca he oído hablar de eso. No existe.

¿Cómo no iba a haber un sótano? Las noticias de Facebook lo decían bien claro. Los vídeos de YouTube mostraban una puerta. Los correos electrónicos de Podesta contenían mensajes en clave sobre niños violados allí. Incluso la NYPD tenía pruebas. ¿Cómo podía ser que, en un restaurante tan pequeño, no encontrara ese maldito sótano?

El tiempo se le agotaba. La policía de Washington D. C. podía llegar en cualquier momento. Hizo una última ronda por el local, desesperado. Nada. Las élites progresistas eran escurridizas. Como las noticias sobre el sótano del horror habían empezado a circular en redes sociales, seguramente ya lo habrían tapado todo para ocultar sus actividades satánicas.

Destrozado, Leroy apretó los dientes de la rabia y abandonó el Comet Ping Pong. Entró en el SUV robado y se perdió entre el tráfico, en dirección al centro comercial donde había dejado su Pontiac. Volvía a Luisiana. Agarrado al volante, rompió a llorar. De frustración. De impotencia. De furia.

No había conseguido salvar a aquellos pobres niños.

XXXIX

La turba rodeaba el restaurante. Tomás se dirigió a la cocina. Su mujer estaba sentada en un rincón hablando con Maite, que sostenía a su hija en brazos. Al verlo, Maria Flor lo recibió con una sonrisa entre el alivio y la inquietud.

—Ay, Tomás, menos mal que has venido.

—¿Estáis bien? —preguntó, examinándolas con la mirada. No vio nada alarmante—. ¿Qué ha pasado?

Las dos mujeres intercambiaron miradas. La brasileña parecía especialmente nerviosa.

—Es la maldita historia del Zika —explicó Maria Flor—. Vinimos a comer y nos sentamos junto a la ventana para que nos diera el sol, a ver si así nos animábamos un poco. Fue un error. Pasaron dos brasileños y... reconocieron a Maite. Se desató el caos. Empezaron a gritar, a decir que era una asesina, y entraron en el restaurante para agredirla. Al señor Tavares y a sus empleados les costó echarlos. Entonces empezaron a llamar a otros conocidos. Todos la acusan de estar detrás de una campaña nazi de vacunación para provocar malformaciones en recién nacidos en Brasil. Dicen que la financian Soros y los Rothschild... Lo de siempre, ya sabes. El señor Tavares mandó cerrar las puertas, pero la gente siguió llegando y la situación se complicó.

—¿Habéis llamado a la policía?

—Fue lo primero que hizo el señor Tavares al cerrar. Pero nos han dicho que hay un problema: dos coches patrulla están averiados y el

tercero está en revisión.

Desde hacía tiempo, los problemas con el equipamiento policial eran habituales por culpa de los recortes presupuestarios.

—¿Eso significa que no vienen?

—Sí, pero a pie. La comisaría está a unas seis manzanas, tardarán unos quince minutos. Te llamé por eso. Como vives cerca...

Tomás se volvió hacia Maite y su hija. La pequeña seguía abrazada a su madre con fuerza, parecía aterrada.

—Bueno, no pasa nada —intentó tranquilizarlas.

—Y yo que pensaba que en Lisboa estaría segura —dijo la brasileña.

—Nuestra mayor comunidad inmigrante es la brasileña —comentó el historiador—. Aun así, te aseguro que este comportamiento no es habitual. Están muy bien integrados y nunca ha habido problemas. Los de ahí fuera deben de ser unos locos...

—No son locos —lo interrumpió ella—, son personas normales como usted y como yo. La diferencia es que creen que las campañas de vacunación contra el Zika son un complot de Soros o de no sé quién más para causar malformaciones. De verdad se lo creen. ¿Lo entiende? Ya le dije que era un tema delicado.

Maite se lo había advertido. Pero una cosa era escuchar lo que ocurría al otro lado del Atlántico —le había sonado a ciencia ficción —, y otra muy distinta ver el problema estallando a una manzana de su casa. Entendía que era una situación complicada.

—Entonces ¿qué va a hacer? —le preguntó—. En Portugal hay muchos brasileños, así que tarde o temprano se los cruzará. Si muchos creen esas cosas, lo tiene difícil aquí.

Maite miró de nuevo a Maria Flor.

—Ya nos hemos dado cuenta —confesó la médica brasileña—. Por eso, hace instantes hemos hablado con Amnistía Internacional y

hemos decidido irnos mañana, mi hija y yo. Nos han encontrado otro sitio donde vivir.

—¿Dónde?

—En Bélgica. Allí habrá menos gente que quiera hacerme daño. En Portugal no puedo quedarme. Todo el mundo me conoce por las redes sociales brasileñas. Es imposible.

En ese instante se oyeron pitidos en el exterior. Tomás salió del comedor junto con el señor Tavares y sus dos empleados; miraron por la ventana. La multitud se apartaba y dos hombres armados colocaban un cordón de seguridad delante del restaurante.

—La policía está aquí.

Casi lo celebraron. Los empleados retiraron las sillas y mesas con las que habían bloqueado la entrada y abrieron la puerta. Un hombre uniformado entró en el establecimiento y echó un vistazo.

—¿Quién ha llamado a la comisaría?

—Yo —respondió el señor Tavares—. Dos tipos entraron en el restaurante y empezaron a importunar a tres clientas, una de ellas es menor. Después, empezaron a llamar a más personas y... Un caos.

—¿Dónde están las señoras?

Al ver que se trataba de las fuerzas del orden, las tres salieron de la cocina.

—Somos nosotras.

—Nuestra prioridad es restablecer el orden público —explicó el policía—. Por lo que veo, solo lo vamos a lograr sacándolas del local. Por tanto, vamos a llevarlas a comisaría para efectos de identificación y para que presten declaración. Luego, cuando todo esté más tranquilo, podrán marcharse.

—¿Y las personas de fuera?

—A menos que adopten comportamientos fuera de la ley, no podemos hacer mucho más. Reunirse no es delito. ¿Están ustedes listas para salir?

Maria Flor miró hacia la calle, inquieta.

—¿Tenemos que ir andando hasta la comisaría?

—Hemos podido traer una furgoneta —respondió el policía—. Lo lamento, pero de momento es lo que hay. ¿Vamos?

Siguieron a los dos policías escoltadas por Tomás y el señor Tavares, y los dos empleados detrás cubriéndoles las espaldas. Las dos mujeres y la niña salieron del restaurante y se dirigieron hacia la furgoneta de la policía, aparcada frente al establecimiento. En cuanto Maite salió, empezaron a oírse silbidos e insultos, lanzados por la multitud a través del cordón de seguridad.

—¡Asesina!

—¡Sinvergüenza!

—¿Cómo puedes dormir por las noches, zorra?

Las dos mujeres, la niña y Tomás entraron en la furgoneta y uno de los policías cerró la puerta. Momentos después, arrancaron.

Cuando llegaron a la comisaría, los trámites fueron relativamente rápidos. Presentaron los documentos de identidad y explicaron lo sucedido, así como los motivos que habían llevado a la multitud a asediarlas en el restaurante, y después las dos mujeres y la niña salieron de allí acompañadas por Tomás. Ninguno de ellos quería permanecer en un espacio público. Maite estaba demasiado expuesta y la posibilidad de que alguien la reconociera —y se repitiera todo aquel circo— era alta. Por eso se dirigieron de inmediato al piso que Amnistía Internacional había puesto a su disposición en Lisboa.

El viaje a Bélgica estaba programado para el día siguiente. Maite se fue a su habitación con su hija para recoger sus cosas y hacer las

maletas. Maria Flor aprovechó para ir a la cocina a preparar un té. Su marido la siguió.

—Tomás, quiero darte las gracias —le dijo mientras hervía el agua —. Has sido muy amable.

Sus palabras lo animaron; abrían la puerta a una posible reconciliación.

—Cómo no iba a ayudarte. Estoy siempre aquí para lo que necesites, ya lo sabes.

Estaba convencido de que la decisión de Maria Flor de separarse se debía a las circunstancias que había vivido; se encontraba en estado de *shock* tras todo lo sucedido durante la aventura de *La mujer del Dragón Rojo*. Quizá ya había reflexionado sobre lo ocurrido. Esa idea ganó más fuerza cuando ella empezó a acercarse a él mientras el agua hervía.

—Estaba pensando en algo —murmuró su mujer—. ¿Quieres viajar conmigo?

Tomás abrió los ojos. Las cosas empezaban a arreglarse y más deprisa de lo que había imaginado.

—¡Un viaje! —se entusiasmó, ya se la imaginaba de nuevo entre sus brazos—. ¡Excelente idea! ¿Qué tal París?

Ella lo miró con un gesto entre divertido y enigmático.

—¿Y qué tal Yangón?

—¿Yangón? Pero si eso está en...

—En Myanmar, sí. ¿Y bien? ¿Te apuntas?

Su marido estaba confuso. Nunca habría pensado en Yangón como un destino romántico. Los Campos Elíseos en París, el puente de Rialto en Venecia o el Cuerno de Oro en Estambul le parecían escenarios mucho más adecuados para una reconciliación. Pero... ¿¡Yangón!?

—Eh... Sí, claro. Yangón es... muy bonito. En la época británica lo llamaban Rangún. —Se esforzó por parecer entusiasmado, lo que hizo reír a Maria Flor.

—No voy porque sea bonito —le aclaró—. Amnistía Internacional me ha pedido que viaje a Yangón para resolver un asunto, pero debo confesar que me da miedo. Si incluso en Lisboa hemos tenido problemas, como hemos visto hoy, imagínate en Myanmar. Necesito tener cerca a alguien que pueda protegerme.

Tomás comprendió que la invitación tenía segundas intenciones. Pero seguía siendo una invitación. Teniendo en cuenta que lo que él más deseaba era una reconciliación, habría preferido un destino más cercano. Pero Maria Flor era Maria Flor y siempre acababa metida en asuntos así. Además, ¿qué importaban el lugar y el pretexto? Lo relevante era acabar con esa absurda separación. Si en vez de visitar museos en París o pasear en góndola por Venecia, ella prefería salvar almas en Yangón, ¿qué problema había? Ninguno, solo mostraba la nobleza de su corazón. Quizá Myanmar se convirtiera en el lugar perfecto para hacer las paces. ¿Quién sabía?

—¡Yangón es perfecto! —exclamó, esta vez genuinamente entusiasmado—. ¡Vamos!

Ella se inclinó hacia su marido y le dio un beso rápido en la mejilla izquierda.

—Eres un cielo —murmuró y le entregó una taza de té—. Me alegro, no sabes cuánto. Contigo cerca me siento mucho más segura.

No había duda: la reconciliación iba por buen camino. Solo faltaba sellarla con un beso, de esos con los que terminan las películas de Hollywood.

—¿Cuándo quieres ir? En invierno me parece la mejor época. En otras estaciones hace mucho calor y...

—Mañana.

Casi se le cayó la taza al suelo.

—¿Mañana? Pero...

—Maite se va por la mañana a Bruselas y yo ya tengo el billete para Yangón por la tarde. Como tú también vienes, voy a pedir que compren el tuyo.

Tomás tragó saliva. Su prioridad en ese momento era resolver el problema de Sasha. Cuanto antes se librara de esa situación, mejor. Además, el ruso solo le había dado un mes para encontrar el móvil perdido. Si se pasaba el plazo, tendría problemas serios por culpa del *deepfake*. Estaba en una carrera contrarreloj, y mientras no resolviera esa situación, no podía irse a ninguna parte.

—Pero... es que... tengo un asunto que...

Al percatarse de sus dudas, el rostro de Maria Flor se ensombreció.

—¿No quieres venir?

—¡Claro que quiero! —se apresuró a aclarar—. El problema es que..., eh..., tengo un compromiso que...

Su voz se enfrió.

—Bueno, no pasa nada. Si tienes otras prioridades, no hay problema. Voy sola. Ya estoy acostumbrada...

Su marido notó el sudor en la frente. Sabía que era un momento delicado y sus dudas casi lo echan todo a perder. Si quería arreglar su matrimonio, no podía permitirse cometer ningún error.

—Ese compromiso no es algo que me impida ir —aclaró—. Es solo un temita en la Fundación Gulbenkian, seguro que lo resuelvo hoy mismo. Nada importante. Voy a hablar con ellos y... lo aplazaré todo. —Levantó una ceja—. Dime una cosa, ¿cuánto tiempo crees que vamos a estar en Myanmar?

—Da igual, voy sola.

—¡No! Tú eres mucho más importante que todos mis compromisos juntos, eso ni se discute. Solo necesito saber cuánto tiempo estaremos fuera para poder organizarme.

Su determinación acabó por convencerla de que lo decía en serio.

—Una semana, más o menos.

Una semana era bastante tiempo, teniendo en cuenta lo ajustado del plazo para resolver su problema con Sasha. Pero tendría que arreglárselas. No podía echar a perder la oportunidad de reconciliarse con su mujer. Era su prioridad absoluta. La misión que el ruso le había encomendado... ya vería cómo la resolvía.

Alzó una ceja, provocador.

—¿Y cómo vamos a dormir? ¿En la misma habitación?

Maria Flor lo miró fijamente con sus ojos color chocolate, un gesto muy suyo.

—Ya te gustaría.

La reconciliación iba a ser pan comido, pensó Tomás.

XL

A medida que escribía, los dedos del capitán Dimitri Chernishev parecían deslizarse sobre el teclado. Introdujo los códigos y accedió al Protocolo Caos. Aún no había podido leer el documento confidencial porque sus obligaciones consumían casi todo su tiempo, y lo que le sobraba lo dedicaba a volver corriendo a casa para estar con su familia. Sin embargo, si quería ser más eficaz en su trabajo, le urgía leer el documento. ¿Cómo iba a solucionarlo?

La víspera tuvo la idea de descargarse el documento en el móvil para poder leerlo en cualquier parte. Pero como se trataba de un documento ultrasecreto, debía ser muy cauteloso. Por eso, se encerró en su despacho para hacer una copia sin que nadie lo viera.

Cuando terminó de descargarlo, apagó el ordenador, se metió el móvil en el bolsillo y salió del despacho. La nueva misión avanzaba a toda vela, y Alastair Hayes era el verdadero cerebro. Si quería asumir el control de las operaciones contra Occidente, tenía que conocer las cuestiones técnicas en todas sus vertientes. Leer el documento sería de gran ayuda, aunque Dimitri ya intuía que no sería suficiente. Mientras estuviera allí, lo mejor sería aprender con el británico de Cambridge Analytica.

Caminó hacia Alastair y se sentó a su lado. Se inclinó y miró la pantalla del ordenador. La cuenta de Facebook en la que el británico estaba trabajando se llamaba «I Love My Country», amo mi país, y tenía banderas estadounidenses y fotografías de *cowboys* a caballo

en medio de un prado, junto a imágenes de rubias exuberantes subidas a coches de NASCAR.

Al hombre del FSB le picó la curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Es una cuenta falsa que hemos creado en Facebook —le explicó Alastair—. Nos hacemos pasar por estadounidenses escandalizados por una serie de asuntos graves en los que están involucrados los demócratas, como el Pizzagate, la invasión de inmigrantes latinoamericanos o la entrada de terroristas musulmanes en el país. Todo ello con la complicidad de las élites. Subimos publicaciones y vídeos y después Facebook se los recomienda a los interesados en estos temas. Los muy idiotas se lo tragan todo... Creen que quienes divulgan estas noticias son compatriotas a los que les preocupa su país.

A Dimitri le pareció muy ingenioso.

—¿Los estadounidenses se creen estas cosas?

Alastair dejó de teclear y se puso a limpiar sus gafas con una tela de seda. El coronel Arseniev había dado instrucciones claras: enseñar al recién llegado todo lo relativo a la operación, sobre todo, el *modus operandi*. El capitán Chernishev ocupaba ahora el cargo de adjunto al jefe de la operación, por lo que tenía que estar al tanto de todo. Además, el contrato de Alastair con los rusos terminaba el día de las elecciones en Estados Unidos, y una de las cláusulas lo obligaba a transmitir a los hombres del FSB los conocimientos adquiridos en Cambridge Analytica. De esta forma, podrían usarlos en las *psyops* y también en los servicios secretos rusos en las elecciones de Francia, Alemania, España, Bulgaria, Hungría... En cualquier sitio donde quisieran sembrar el caos para perjudicar a Occidente y beneficiar a Rusia.

Miró a su interlocutor.

—Sabe, capitán, los seres humanos no piensan de la misma forma, políticamente hablando —dijo—. En todas las sociedades, una parte de la población desconfía de los extranjeros y de las minorías, ya sean étnicas, raciales o del tipo que sea. Hay personas que desconfían de los valores progresistas. Es un fenómeno universal, de toda la humanidad. Desde la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo está muy mal visto en Occidente y sus ideas fueron demonizadas y estigmatizadas. Se prohibió hablar mal de los extranjeros o de las minorías y se criticaba a quien lo hiciera, acusándolos de racistas, xenófobos, homófobos y cosas del estilo. Se llegó a retirar la palabra a esas personas, que llegaron incluso a perder sus empleos. ¿Qué cree que hicieron los que pensaban así?

—Cambiaron su forma de pensar.

Alastair negó con la cabeza.

—Se callaron —corrigió—. No cambiaron de opinión, dejaron de expresarla; se callaron lo que de verdad pensaban.

—Sí, pero todo el mundo puede cambiar de opinión...

—Claro, pero ¿no cree que es muy difícil? ¿Ha intentado alguna vez convencer a un socialista para que deje de serlo, o a un conservador, o a un progresista? Es muy raro que alguien cambie de ideas políticas. Las personas infravaloran los argumentos en contra de sus ideas y sobrevaloran los favorables. Con los nacionalistas pasa lo mismo. Capitán, las ideas políticas son muy estables, no se cambian de la noche a la mañana. Tan solo se silencian. Es lo que pasó en Occidente con el nacionalismo: lo silenciaron. Una parte importante de la población seguía pensando igual, pero dejaron de expresarlo por miedo a ser apartados o castigados. Gracias al silenciamiento se tuvo la impresión de que esas ideas habían desaparecido o se habían vuelto marginales en Occidente.

—Pero no han desaparecido.

—En absoluto. Se silenció a los nacionalistas y ellos se vieron obligados a mantenerse en secreto. Se convencieron de que eran los únicos que pensaban de esa forma. Había muchos, pero nadie decía nada porque todos creían que estaban solos en esa corriente de pensamiento. Se conoce como «espiral del silencio». ¿Cuál cree que es nuestro trabajo aquí?

—Quebrar esa espiral.

La sonrisa que se dibujó en el rostro del británico mostraba que Dimitri había dado en el clavo.

—Hemos decidido concentrarnos en un tipo de persona con enorme potencial para rebelarse contra el orden demócrata —dijo—. Me refiero a los hombres blancos de clase baja, especialmente heterosexuales educados con valores que hace unos años les garantizaban privilegios sociales. Esos hombres creen que los homosexuales no deberían andar por la calle exhibiéndose, que las mujeres tendrían que desempeñar un conjunto de funciones tradicionales y que las personas de otras razas y etnias son menos inteligentes que los blancos en general.

Dimitri asintió.

—Si quiere que le diga la verdad, eso es lo que pensamos en Rusia...

El hombre de Cambridge Analytica lo sabía. Todos los días lo veía en las calles de San Petersburgo, pero prefirió guardarse el comentario.

—A medida que los valores fueron evolucionando en Occidente, y también en Estados Unidos, la posición de dominio de los hombres heterosexuales blancos de las clases más bajas sufrió una erosión y su posición empezó a temblar —comentó Alastair—. Antes, ellos se referían a los negros con palabras racistas, pero eso ahora es inaceptable. Piropear a las chicas más guapas del trabajo se ha

convertido en acoso sexual. Antes podían burlarse de los homosexuales afeminados, pero ahora tienen que callarse para que no los acusen de homófobos. Se quedaban con los mejores empleos, pero ahora las minorías les pasan por delante. Antiguamente, eran los leones que reinaban en la selva y ahora son como corderos, que tienen que estarse quietecitos y callados para que no se les echen encima. ¿Cómo cree que se sienten esas personas con estos cambios?

La respuesta era obvia.

—Cabreadas.

—Sobre todo, humilladas, capitán. Muy humilladas. Ahora bien, la humillación es la gasolina que alimenta la rabia. Mire, antes los homosexuales eran los que no podían salir del armario. Ahora son los hombres blancos heterosexuales de las clases bajas. Vigilan su lenguaje y su comportamiento y los castigan con infracciones. Se han invertido los papeles. Antiguamente, a los hombres blancos heterosexuales se les permitía todo, mientras que el resto de los grupos étnicos, las mujeres y los homosexuales debían tener mucho cuidado con lo que hacían y decían. Ahora es al revés. A los grupos étnicos, mujeres y homosexuales se les permite todo, mientras que los hombres blancos heterosexuales deben tener mucho cuidado con lo que hacen y dicen.

Dimitri soltó una risita nerviosa.

—Menos mal que vivo en Rusia, ¿eh? Al menos aquí no tengo que aguantar nada de eso.

El inglés volvió a preferir ignorar el comentario. Señaló hacia el despacho en el que trabajaban los *hackers* rusos.

—Lo que hacemos aquí, en San Petersburgo, es usar el sentimiento de humillación de estos hombres de las clases bajas de Occidente y atizar su resentimiento y su rabia, canalizando esas

emociones en una dirección que sirva a nuestros objetivos, ¿lo entiende? Para ello, los inundamos con desinformación. Las mentiras por sí solas no funcionan, tienen que mezclarse con la verdad para que sean creíbles.

—Si decimos dos verdades prohibidas que las personas conocen, fácilmente se creerán una mentira que desconocían.

—Las mentiras son de gran utilidad, sin duda, pero no subestime la fuerza de las verdades que han sido estigmatizadas. Por ejemplo: es verdad que en Occidente tanto las políticas de cuotas como la discriminación positiva están permitiendo que las minorías étnicas y las mujeres pasen delante de los hombres blancos, independientemente del mérito de unos y otros. Eso causa resentimiento, como es lógico. ¿A quién le agrada que no le den un empleo, no por no ser el más competente, sino por una decisión política y administrativa? También es verdad que las élites promueven esas políticas sin que afecten a sus cargos; al contrario, incluso los refuerzan gracias a la implementación de esas prácticas. Y más. En Occidente, la cultura *woke* y el control del lenguaje están alcanzando niveles absurdos. Le doy otro ejemplo: ya no se puede llamar «mujer» a una mujer.

—¿En Occidente no se puede llamar «mujer» a una mujer? —Se sorprendió Dimitri—. ¿Entonces, cómo las llaman?

—En el nuevo lenguaje *woke*, se exige que las llamen «personas que menstrúan»... —El ruso se echó a reír—. En Occidente, la cultura *woke* irrita a cada vez más gente —comentó Alastair—. Las personas sienten que se controla lo que dicen y hacen. Nuestro trabajo es explotar ese malestar. El principal foco de tensión en las poblaciones suele ser las relaciones entre comunidades de etnias diferentes. Lo que nos lleva directamente al tema del racismo. En Cambridge Analytica usamos nuestra vasta base de datos adquirida

a Facebook y a otras fuentes para testar el racismo implícito de las personas. Para entenderlo, es importante que primero comprendamos que, en un análisis de comportamiento, hay una diferencia entre lo que se manifiesta y lo que está latente, es decir, entre lo que las personas dicen y lo que realmente piensan.

—Conozco ese efecto —dijo Dimitri—. Un ejemplo: la gente suele decir que les encantaría ver ópera en televisión, pero cuando transmiten ópera..., nadie la ve.

—Cuando hay una diferencia entre lo que se dice y lo que se hace, lo que de verdad nos importa es lo segundo. Las palabras ocultan los verdaderos pensamientos y los actos los revelan. En este caso, lo que queríamos saber en Cambridge Analytica no era lo que se dice de otras razas, sino lo que realmente se piensa. Hemos descubierto algo muy importante para nuestro trabajo: todas las personas blancas, en lo más profundo, piensan que las personas de color son menos inteligentes y que ellos están más capacitados intelectualmente. Pero nadie lo dice. Los blancos ocultan sus verdaderos pensamientos y se esfuerzan por emplear un discurso políticamente correcto para evitar la censura social o que los llamen racistas. Nadie quiere ser estigmatizado. Eso significa que politizar el pensamiento inhibe a la gente de decir lo que realmente piensan de las otras etnias.

—¿Eso solo pasa con los blancos? —preguntó Dimitri—. ¿No hay racismo en otras razas?

—Es evidente que el racismo es algo latente en la condición humana. Basta ver cómo usamos los prejuicios contra los blancos para manipular a los británicos de origen paquistaní, jamaicano o indio para conseguir que votasen a favor del Brexit. O vea cómo Corea del Norte se opone visceralmente a la multirracialidad de Corea del Sur, o cómo China acusa a la población demócrata de

Hong Kong de ser una traidora a su raza. Pero la universalidad del racismo no es relevante para nuestro trabajo. De lo que sí estamos seguros es de que es algo latente y universal entre los blancos, incluidas las élites cultas. Me refiero a esas personas que proclaman a los cuatro vientos que no son racistas, que critican ferozmente el racismo explícito y que protegen activamente a las minorías. En definitiva, los policías del pensamiento y los guardianes del discurso políticamente correcto. Hemos descubierto que esconden su racismo bajo la capa del antirracismo y lo manifiestan de formas más oblicuas y disimuladas; muchas veces, ni siquiera ellos se dan cuenta.

—¿Cómo dice? No lo entiendo...

—¿Quiere que le dé más ejemplos? —le preguntó el hombre de Cambridge Analytica—. Mire, una forma oblicua de racismo latente son las prácticas paternalistas adoptadas por los blancos respecto a otros grupos étnicos. Cuando las élites cultas promueven la discriminación positiva de esos grupos, lo hacen argumentando que es a favor de la igualdad, ¿o no? No cabe duda de que es buena para unos y mala para otros. Pero esa no es la cuestión. Lo importante es entender que promover esas políticas de paternalismo es una especie de racismo.

Dimitri esbozó un gesto de incomprensión.

—¿El paternalismo es racismo?

—Cuando se infantiliza a las minorías étnicas y raciales sí. El paternalismo es una especie de *babysitting*: los diferentes grupos étnicos desempeñan el papel de los niños, los *babies*, mientras que las élites blancas ocupan el papel de los adultos, sus cuidadores. Las élites blancas promueven la protección de esas minorías con la convicción latente de que los otros grupos no son capaces de valerse por sí mismos, como niños que necesitan la protección de los

adultos, ¿lo entiende? Las políticas paternalistas parten del principio implícito, aunque nunca se explica, ni siquiera se admite, de que hay etnias sin capacidad para valerse por sí mismas. Eso es un prejuicio racial. Pero las élites blancas cultas ocultan ese racismo latente a los demás, incluso a sí mismos, y practican el paternalismo como si dijeran: «¿Veis? Mirad cómo protejo a esos pobrecillos, ¿acaso no es la mayor prueba de que no soy racista?».

—¿Está diciendo que incluso el antirracismo es una forma de racismo?

—El antirracismo no específicamente, sino las políticas activas de promoción de las minorías étnicas por criterios que no son de mérito, ya que parten del principio implícito de que no son capaces de conseguirlo por sí mismas —aclaró el británico—. Pero hay más. Creemos que favorecer a grupos étnicos muchas veces ni siquiera es la consecuencia de un imperativo moral, aunque se presente de esa forma, sino de fríos cálculos electoralistas. Es como si se cerrara un negocio implícito entre dos partes: yo te beneficio a través de la discriminación positiva y tú me das tu voto para vencer en las elecciones y seguir gobernando. Un negocio de este tipo no agradará a la parte de la población que se siente perjudicada o que considera que es moralmente injusto, como son los hombres blancos de las clases bajas. Para evitar que se cuestionen sus medidas, las élites inventaron un instrumento, un as que se guardan en la manga. ¿Sabe cuál es?

—Eh..., no.

—El discurso políticamente correcto.

—¡Ah!

—Fue una jugada maestra, un verdadero jaque mate que forzó a los descontentos al silencio y les impidió protestar. Es como si dijeran: «No puedes contestar estas políticas que te perjudican

porque, si lo haces, te llamaremos racista, te estigmatizaremos y serás expulsado de la sociedad. Nadie más te hablará, ya que todos temerán sufrir el mismo costigo». Los seres humanos son animales sociales, tienen la necesidad de sentirse integrados y aceptados, así que es la mejor forma de intimidarlos. El discurso políticamente correcto es un escudo protector muy eficaz para legitimar el negocio establecido entre las élites y las minorías a cambio de votos.

Dimitri se acarició la barbilla mientras reflexionaba sobre todo lo que acababa de escuchar.

—¿Han podido demostrarlo en Cambridge Analytica con sus modelos informáticos y el banco de datos de Facebook?

—Hemos investigado el racismo, sí —confirmó Alastair—. Hemos hecho varios experimentos y los resultados han sido bastante elocuentes. Hemos descubierto que hay diversas formas de racismo y que las élites cultas se centran en el racismo explícito, pero una parte importante permanece latente. Eso significa la mayoría, aunque asuma posiciones de superioridad moral y acusen a otros de racistas, evita enfrentarse a sus propios prejuicios raciales. Se los ocultan a los demás, incluso a sí mismos, a través de respuestas exageradamente positivas sobre las minorías étnicas, como si esas respuestas sirvieran para probar, a los demás y a sí mismos, que no son racistas. «¿Veis cómo ayudo a las minorías? Es porque no soy racista». Pero, como ya le he dicho, el paternalismo es una forma disimulada de racismo. Nuestros experimentos muestran que muchas personas ocultan su racismo no necesariamente por razones de imperativo moral, aunque así lo crean, sino para proteger su estatus social.

Aun siendo ruso, Dimitri sabía que era un tema extremadamente sensible en los regímenes democráticos occidentales. Eso le suscitó una pregunta.

—Perdone, ¿por qué, siendo occidentales, con regímenes con una cultura demócratica y, por lo tanto, antirracista, decidieron ustedes investigar el racismo?

—Porque entenderlo es fundamental para nuestro trabajo, capitán —respondió el hombre de Cambridge Analytica—. Recuerde que me ha contratado Rusia para que ganara el Brexit en el Reino Unido y para que en Estados Unidos venza Donald Trump. Solo será posible si liberamos determinadas fuerzas que las democracias occidentales mantienen bajo un control férreo.

—¿Qué fuerzas? ¿El racismo?

—La rabia —respondió—. La gran fuerza es la rabia. Lo que trabajamos aquí, esencialmente, es la asociada a las políticas que privilegian a las minorías en detrimento de las mayorías. Como las principales minorías tienden a ser grupos raciales, la rabia suele dirigirse contra ellos y, sobre todo, contra las políticas que los amparan. De ahí la importancia de entender el racismo. Descubrir que todo el mundo es racista por naturaleza, y que el discurso políticamente correcto constituye un mecanismo de censura para impedir que se ponga en tela de juicio el negocio de intercambio de votos por políticas favorables a las minorías, presentadas como «inclusivas», nos permite desarrollar técnicas que las neutralizan. ¿Pilla la idea? Si el mecanismo de censura es el discurso políticamente correcto, entonces hace falta una vacuna que convierta a las personas en inmunes a ese tipo de discurso. Al lograrlo, deja de ser eficaz, la gente cambia su intención de voto y se comporta como más nos conviene.

—Lo que más le conviene a Rusia, querrá decir. Siendo británico, ¿no le molesta trabajar para un país extranjero?

—Soy un profesional, capitán —le recordó Alastair, intentando sacudirse la incomodidad que esa pregunta podría causarle—.

Nuestras técnicas funcionan y estamos logrando neutralizar los efectos de la censura y de la estigmatización del discurso políticamente correcto en los hombres blancos heterosexuales de las clases más bajas. Un dato importante: esos hombres son solo la punta del iceberg. Por detrás hay otros grupos sociales a los que también les molesta el control del lenguaje y caerán por arrastre. Basta con ver lo que estamos consiguiendo en Francia, lo que hicimos en el Reino Unido, lo que ahora haremos en Estados Unidos y después en todo Occidente. Hoy América..., *morgen die Welt!*

Los dos hombres se quedaron en silencio mientras Dimitri asimilaba las vastas implicaciones políticas, ideológicas y estratégicas de lo que acababa de escuchar.

—Acaba de mencionar una vacuna que nos vuelva inmunes a los efectos de la censura del discurso políticamente correcto. ¿De qué vacuna habla?

—La vacuna es la normalización del discurso políticamente incorrecto —respondió—. El punto de partida para desarrollarla es descubrir que, en el fondo, todo el mundo es racista y que una parte importante de la población es nacionalista en secreto. Unas personas son racistas paternalistas que usan el voto de las minorías raciales y étnicas para perpetuarse en el poder, otras son racistas tanto con esas minorías como con los paternalistas racistas que los protegen. Sin embargo, los racistas explícitos, como son los nacionalistas, han sido silenciados por el discurso políticamente correcto de los racistas paternalistas. Ese discurso impone la espiral del silencio y crea la llamada «mayoría silenciosa». Las personas piensan: «Tengo ideas nacionalistas o racistas, pero como nadie más las expresa, llego a la conclusión de que soy el único; al sentirme aislado, y como necesito ser aceptado socialmente, entonces lo mejor es callarme». Las personas de alrededor suelen estar exactamente en la misma

situación: creen que sus ideas nacionalistas y racistas son exclusivas, que nadie más piensa así, y, por lo tanto, evitan expresarse. Como consecuencia, una parte importante de las personas son nacionalistas o racistas, pero se sienten aisladas, lo ocultan o incluso dicen lo contrario: que no son nacionalistas o racistas, aunque lo piensen.

—Por lo tanto, gran parte de las personas son nacionalistas o racistas, pero están dentro del armario.

—Eso es precisamente lo que se conoce como «mayoría silenciosa». Nuestro trabajo consiste en usar la rabia muda de esa mayoría para conseguir que grupos antidemócratas asuman el poder en los países de Occidente, y así, por ejemplo, aprobar el Brexit, conseguir la victoria de Trump y demás. Lo que tenemos que hacer es que la mayoría silenciosa entienda que son mayoría para que pierdan el miedo a expresar lo que piensan. La mayoría silenciosa tiene que dejar de ser silenciosa y darse cuenta de que son una mayoría. Para conseguirlo, tienen que hablar. ¿Cómo lo logramos? Anulando la eficacia del discurso políticamente correcto que ha impuesto la ley del silencio.

—¿Y cómo se anula la eficacia de ese discurso?

—No es fácil —reconoció Alastair—. El discurso políticamente correcto se ha convertido en el discurso del sistema, impuesto por una minoría culta para perpetuarse en el poder a costa del pensamiento democrático y del racismo paternalista. Es el discurso de los que hacen de policías, es decir, los medios de comunicación tradicionales. Quien diga algo que viole el discurso políticamente correcto será censurado de dos formas: primero, siendo humillado o ridiculizado; segundo, siendo silenciado. Los medios de comunicación tradicionales cancelan a quienes dicen algo políticamente incorrecto. Se silencia a los infractores. Mire el caso de

Donald Trump. Cuando era un mero payaso en el *reality showThe Apprentice*, NBC lo mantenía en horario de máxima audiencia y facturaban millones a su costa. Cuando juntó en la misma frase las palabras *inmigrantes* y *violaciones*, se montó un escándalo, lo criticaron y lo despidieron. Es decir, fue ridiculizado y silenciado.

Dimitri frunció el ceño.

—Excepto por un detalle: no fue silenciado que digamos...

El inglés de Cambridge Analytica sonrió.

—Ah, muy observador... —comentó—. Sí, se burlaron de él y lo despidieron de la NBC, pero no pudieron callarlo. ¿Y por qué? Porque se produjo un cambio fundamental en nuestra sociedad: los medios de comunicación perdieron el monopolio del *gatekeeping*. Es decir, ya no son los únicos que dictan, en exclusiva, a quién dan voz y a quién no. Ahora hay nuevos medios que están robando a las élites la exclusividad de la comunicación y están dando voz a otras personas.

El ruso empezaba a entenderlo. Miró la pantalla del ordenador que tenían delante.

—¡Internet!

—Las redes sociales —matizó Alastair—. En Occidente, la mayoría de las personas ha dejado de consumir noticias a través de los medios tradicionales y se informan a través de las redes sociales: Facebook, YouTube, Twitter, Telegram, entre otros. Lo han cambiado todo. Los medios de comunicación pueden seguir utilizando las mismas técnicas para silenciar a quienes violan las reglas impuestas por el discurso políticamente correcto, pero si cada vez hay menos personas que leen periódicos y el número de espectadores de los informativos disminuye cada día, este método deja de funcionar. La gente se informa cada vez más a través de las redes sociales. ¿Y dónde habla Donald Trump todos los días?

La respuesta era obvia.

—En las redes sociales.

—Es decir, el régimen democrático ya no es capaz de silenciarlo, ni a él ni a otros como él, porque las técnicas de ridiculización usadas en el discurso políticamente correcto han perdido su eficacia. Aquí es donde se da el punto de giro. ¿Quiere ver cómo?

—Sí, claro.

Alastair se puso al ordenador y reactivó la cuenta falsa de Facebook en la que estaba trabajando, «I Love My Country». Realizó una búsqueda y localizó unos enlaces con intervenciones de Donald Trump. Pinchó en uno y accedió al vídeo de un mitin del candidato republicano.

«Construiré un gran muro en nuestra frontera sur —declaraba Donald Trump en las imágenes—. Y haré que México lo pague. Anotad bien mis palabras». La multitud deliraba y entonaba a coro: «¡Construid el muro! ¡Construid el muro! ¡Construid el muro!».

A continuación, Alasteir pinchó en otro enlace. Trump apareció pronunciando una frase muy corta: «*Make America Great Again*». Haz que América vuelva a ser grande.

El británico copió los dos enlaces y se los envió a los «amigos» de su página falsa, activando el modelo computacional de Cambridge Analytica y aplicándolo a la gran base de datos adquirida a Facebook.

—Así —dijo—. Nuestro modelo ha seleccionado en la base de datos a personas receptivas a este tipo de mensajes. Imaginemos ahora que me pongo en el lugar de los que podrían haber recibido esos dos mensajes. Si su acceso a la información es, sobre todo, a través de las redes sociales, y empiezan a ver que hay figuras públicas, como Donald Trump, que dicen en voz alta lo que ellos piensan en silencio, eso empezará a neutralizar sus miedos. Dirán: «Caramba, este Trump es el único que se atreve a decir la verdad, a

expresar en voz alta lo que yo pienso en secreto». Es evidente que los policías del discurso políticamente correcto, los *gatekeepers*, no tardarán en aparecer en los medios de comunicación tradicionales para ridiculizar y burlarse de esas personas, y eso puede asustarlas. Dirán: «Estoy de acuerdo con Trump; es el único que se atreve a decir lo que pienso, pero temo que me humillen públicamente», ¿o no?

—Sí. ¿Y entonces, qué?

El británico pinchó en sucesivas cuentas falsas, cada una con un nombre inventado, y empezó a escribir mensajes para las mismas personas a las que había enviado los vídeos de Trump:

¡Gran hombre! ¡Ánimo, Trump!
¡Construid el muro! ¡Vamos a detener la invasión de Estados Unidos!
¡Tenemos que proteger a nuestras hijas! ¡Construid el muro!
¡Salvemos Estados Unidos! ¡Construid el muro! ¡Trump presidente!
¡Vamos a hacer América grande de nuevo! #votatrump

Alastair releyó lo que acababa de escribir y lo envió a los seguidores de su cuenta falsa.

—¡Ya está! —exclamó—. Comentarios al vídeo de Trump de estadounidenses normales y corrientes.

Y esbozó una sonrisa victoriosa.

XLI

Leroy Roderick llevaba ya tres horas sentado a su mesa, viendo mensajes y enlaces de Facebook y YouTube. Se había unido a varios grupos de Facebook y muchos de sus nuevos amigos le habían enviado sucesivos *memes*, mensajes y vídeos. Uno de esos amigos, un americano muy activo en Facebook que escribía desde una página llamada «I Love My Country», lo que demostraba que se trataba de un patriota a quien le preocupaba su país, acababa de enviarle dos enlaces con vídeos de Donald Trump.

Pinchó en el primero: «Construiré un gran muro en nuestra frontera sur. Y haré que México lo pague. Anotad bien mis palabras». La multitud empezó a entonar en coro el gran eslogan del momento: «¡Construid el muro! ¡Construid el muro! ¡Construid el muro!».

Cuando el vídeo terminó, Leroy estaba extasiado, las lágrimas le humedecían los párpados.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Dice exactamente lo que yo pienso! ¡Construid el muro! ¡Construid la mierda de muro, joder!

Pinchó en el segundo enlace y Trump volvió a aparecer, ahora en otro contexto y con un mensaje telegráfico: «*Make America Great Again!*».

Se emocionó.

—¡Eso! —gritó Leroy—. ¡Viva Trump! ¡Haremos que América sea grande de nuevo!

Después se fijó en los comentarios de los otros amigos de su grupo. Todos reaccionaban de la misma forma.

¡Gran hombre! ¡Ánimo, Trump!
¡Construid el muro! ¡Vamos a detener la invasión de Estados Unidos!
¡Tenemos que proteger a nuestras hijas! ¡Construid el muro!
¡Salvemos Estados Unidos! ¡Construid el muro! ¡Trump presidente!
¡Vamos a hacer América grande de nuevo! #votatrump

Al leer los mensajes, dio un salto entusiasmado al darse cuenta de que no estaba solo. Al final, muchas otras personas pensaban igual que él.

—¡Eso es, chicos! —gritó, galvanizado—. ¡Estamos juntos! ¡Estamos unidos! ¡Se acabó el miedo! ¡Vamos a echar a la calle a todos esos demócratas! ¡Que se jodan! ¡América será grande otra vez!

Era incapaz de contener su entusiasmo, por lo que decidió unirse a esa corriente humana que se manifestaba en Facebook. Empezó a escribir un comentario a favor del vídeo.

Construid la mierda de muro. ¡Trump presidente!
¡Ánimo, América!

Envió el mensaje a todos sus amigos, incluido el gran compatriota, gestor de la cuenta «I Love My Country».

XLII

Los ojos del capitán Chernishev seguían fijos en las frases escritas en la sección de comentarios de la cuenta falsa de Facebook «I Love My Country».

¡Gran hombre! ¡Ánimo, Trump!
¡Construid el muro! ¡Vamos a detener la invasión de Estados Unidos!
¡Tenemos que proteger a nuestras hijas! ¡Construid el muro!
¡Salvemos Estados Unidos! ¡Construid el muro! ¡Trump presidente!
¡Vamos a hacer América grande de nuevo! #votatrump

Señaló las líneas y se giró hacia Alastair.

—Espere un momento —le dijo—. Es usted quien ha escrito los cinco primeros mensajes, no el público estadounidense en general. ¡Y lo ha hecho aquí, en Rusia!

—Ese es nuestro trabajo —aclaró el hombre de Cambridge Analytica—. Los cinco primeros mensajes son falsos. No los ha enviado ningún estadounidense, lo he hecho yo, sí. ¿Por?

—Pero, entonces...

—No importa si los mensajes son míos, capitán —afirmó el británico—. Lo que importa es que parezca que los han escrito estadounidenses anónimos. Eso nos permite influir en las personas que han recibido los vídeos porque creen, erróneamente, que los mensajes son de compatriotas.

—¿De qué forma influyen esos mensajes? Queda claro que Trump tiene muchos seguidores, ¿y?

—Mire, imagínese que soy un estadounidense blanco de clase baja, reprimo mi pensamiento políticamente incorrecto y estoy en Facebook. Si después de ver estos dos vídeos de Trump, entro en las redes sociales y muchas otras personas como yo, ciudadanos comunes, empiezan a perder el miedo y dicen lo que yo pienso, entonces también perderé el miedo a sentirme aislado socialmente y me atreveré a pronunciarme abiertamente. A partir de un determinado momento, nuestras cuentas falsas ya no son las que comentan el vídeo, sino estadounidenses auténticos que ya no temen a la censura. Si se fija, el sexto mensaje es así, lo que muestra que la técnica funciona. El universo virtual se transforma en real y el discurso falsificado en genuino. De esta forma, se crea una corriente que engorda y gana cada vez más fuerza. Si muchas personas dicen a la vez lo inaceptable, se convierte en aceptable.

—Lo pillo.

—Aquí entran las frases que los algoritmos evolutivos señalan como vencedoras —añadió—. Fíjese en esta frase usada por Trump: «Construid el muro». ¿Cree que lo ha dicho por casualidad? Mucho antes de que Trump fuera candidato a la Casa Blanca, Cambridge Analytica elaboró un estudio detallado y descubrió que la frase que más galvaniza al electorado estadounidense es, sorpresa, sorpresa, «construid el muro». Es decir, Trump no la ha inventado. La inventamos nosotros. Los estadounidenses reaccionaron extraordinariamente bien a esta frase y los algoritmos registraron esa reacción. Trump solo está diciendo lo que le han dicho que diga. Otras frases vencedoras son: «limpiad el pantano» y «haz que América sea grande de nuevo». Por eso, Trump se pasa todo el tiempo repitiéndolas. No es más que un actor, ¿lo entiende? Los

algoritmos determinan cuáles son las frases que mejor funcionan, nosotros las detectamos..., él las repite como un loro.

—¡Increíble! —exclamó Dimitri, atónito—. Eso quiere decir que, de aquí en adelante, quienes deciden las políticas en las democracias no son en realidad los políticos ni los electores, sino los algoritmos y los usuarios de las redes sociales.

El hombre de Cambridge Analytica volvió a su cuenta en Facebook «I Love My Country» y realizó otra búsqueda. En realidad, se trataba de otro vídeo de Donald Trump.

—Ahora escuche esto.

Pinchó en el enlace: «Estamos construyendo un muro en la frontera de Nuevo México —decía Trump en ese vídeo—. Estamos construyendo un muro en Colorado».

Cuando las imágenes terminaron, el británico miró al ruso, esperando su reacción. Sin embargo, el capitán del FSB le devolvió una expresión opaca.

—Son más declaraciones sobre el muro —constató, casi con indiferencia—. ¿Qué tienen de especial?

—¿No lo ha entendido?

—¿Qué es lo que no he entendido?

—Ah, claro, usted es ruso —comentó Alastair al darse cuenta de que su interlocutor no estaba familiarizado con la geografía de Estados Unidos—. Si fuera estadounidense, lo habría entendido...

Y es que había un problema en esa declaración.

XLIII

El aire cálido y húmedo, propio del clima del sudeste asiático, no sorprendió a Tomás Noronha; estaba acostumbrado. Lo que sí llamó su atención fue el tipo de arquitectura *fin de siècle* que descubrió en el centro de Yangón. Los edificios coloniales británicos, de la época en que el país todavía se llamaba Birmania, estaban en su mayoría en decadencia, vencidos por la humedad. Aun así, era el estilo que predominaba en toda la ciudad y le confería una inesperada atmósfera de vieja Europa tropical.

—Cuando me dijeron que tendría que venir aquí, leí algunas cosas sobre Yangón —lereveló Maria Flor—. Al parecer, es la ciudad con mayor presencia de arquitectura colonial en esta parte de Asia.

Los dos estaban sentados en el *lobby* del Strand Hotel, «el mejor hotel al este del Suez», como se solía decir en la época del Imperio británico; ambos disfrutaban de la vista del río, que corría al otro lado de las ventanas. El suelo de mármol relucía y los muebles de madera le daban un aire exótico propio del trópico que se integraba a la perfección en el espacio urbano de la antigua capital de Birmania, la mayor ciudad de Myanmar.

Tomás miró su reloj.

—Llega diez minutos tarde.

—Ya sabes cómo son por aquí —le respondió su mujer con un gesto lánguido—. Todo va despacio, sin estrés.

Su marido abrió la boca. El vuelo había sido largo y sentía los efectos del *jet lag*. Cuando estaban a punto de cerrársele los

párpados, vio a un birmano bajito, con gafas y gotas de sudor deslizándose por su rostro. Tenía la piel demasiado oscura para ser de esa región. Se acercaba a ellos con prisa, con la mirada fija en la portuguesa sentada en el sillón.

—¿Señora Maria?

Ella se levantó de inmediato.

—Profesor Tin Tun, me imagino. ¿Qué tal?

Se saludaron con un apretón de manos y Maria Flor le presentó a su marido. Después de los formalismos, el birmano miró alrededor con expresión inquieta.

—¿Hay algún sitio en el que podamos hablar con tranquilidad?

—Solo se me ocurre que sea aquí, en el Strand Café —sugirió Maria Flor, señalando la salita del hotel—. Se está muy bien y...

—Me refiero a un lugar más discreto. Su habitación, si no es abusar...

Mientras subían al segundo piso, todo el tiempo el recién llegado se aseguraba de que nadie los siguiera. Ese comportamiento le recordó a Tomás que últimamente solo se rodeaba de personas paranoicas. Entraron en la habitación. Aunque era amplia, solo había una maleta medio deshecha encima de la cama y ropa de mujer sobre una silla. La reconciliación no se había consumado, por lo que Tomás se alojaba en otro piso del hotel.

—¿Le parece suficientemente discreto?

—Lo siento, estoy muy nervioso —reconoció Tin Tun. Pestañeaba como si tuviera un tic—. La policía tiene informadores en los principales hoteles de la ciudad, para asegurarse de que la población local no mantiene contactos indeseados con extranjeros. En realidad, se refieren a personas..., en fin, como yo. ¿Está segura de que las autoridades no saben que la envía Amnistía Internacional?

—Me eligieron para venir aquí precisamente por mi anonimato —aclaró—. Vivo en una pequeña ciudad del centro de Portugal. No hay nada llamativo que atraiga atenciones indeseadas, si es lo que pregunta. Lo más seguro es que la policía de aquí no sepa nada de mí.

—Permítame la pregunta: ¿qué motivo para estar aquí declaró en la aduana?

—Mi marido es historiador y dije que he venido acompañándolo en sus investigaciones sobre la gloriosa dinastía Taungoo, que hizo de Myanmar el mayor imperio del sudeste asiático en el siglo XVI. Él tiene un documento que confirma que trabaja como perito especialista para la Fundación Gulbenkian de Lisboa.

—Excelente coartada —aprobó el birmano—. Seguramente, en la aduana les gustó saber que alguien está estudiando la dinastía Taungoo.

—Les encantó.

Hubo un silencio incómodo, como si los tres dudaran sobre quién sería el primero en abordar el verdadero asunto por el que estaban allí. Tin Tun volvió a mirar alrededor con cierta ansiedad antes de empezar a hablar.

—Me imagino que espera que le entregue... lo que les prometimos.

—Así es.

De nuevo el tic nervioso en sus ojos.

—Hay un problema —reveló—. No lo tengo. Se lo di a un alumno para que lo escondiera.

—¿Y no puede devolvérselo?

El hombre respiraba con dificultad, nervioso.

—Me dio la sensación de que la policía me perseguía y..., bueno, entré en pánico —dijo, sin responder directamente a la pregunta—.

Antes de que me pillaran, se lo pasé al chico. Confío en él, pertenece a mi etnia.

—Entonces, solo hay que encontrarse con él.

Tin Tun negó con la cabeza.

—No es tan sencillo —acabó confesando—. Esta mañana fui a buscarlo a su casa y me informaron de que ya no está en Yangón. Por lo visto, le dieron la noticia de que su madre está enferma y se fue al pueblo.

—¿Y?

—Ese es el problema. Se lo llevó con él.

Maria Flor suspiró, impaciente.

—Menudo fastidio. ¿Dónde está el pueblo del chico?

—En el norte. Se llama Tula Toli.

—¿Está lejos?

—Unos tres días de viaje.

Los dos portugueses pusieron los ojos en blanco. Con eso no contaban.

—¿Cuándo vuelve?

—No lo sé. Una semana. Dos. Un mes. Depende del estado de su madre y... de la situación.

—¿Qué situación?

—La situación.

Era una referencia política, fuera la que fuera. Estaban en Myanmar, un país donde la población vivía en enfrentamientos permanentes con el régimen militar, por lo que siempre había que estar preparado para todo.

—¿Está insinuando que voy a tener que quedarme un mes aquí en Yangón esperando a que su alumno regrese?

El birmano hizo un gesto de impotencia.

—Lo siento, está fuera de mi alcance. No lo planeé así. Pero ha sucedido.

La pareja portuguesa se miró con preocupación.

—No puedo quedarme parado un mes esperando a ese alumno —avisó Tomás. En su mente estaba el problema que tenía con Sasha y el plazo para resolverlo—. Tengo compromisos inaplazables.

—Sí, ya lo sé, pero no me puedo marchar sin llevarme lo que está destinado a Amnistía Internacional. Es demasiado importante.

—Pero... ¿te vas a quedar aquí un mes esperando?

—Un mes, dos meses... Lo que haga falta.

—¿Qué es eso tan importante?

—Es material confidencial, no puedo contártelo —le respondió Maria Flor—. Pero no saldré de Myanmar con las manos vacías, de eso puedes estar seguro. Si tienes compromisos inaplazables, lo mejor es que te vuelvas a Lisboa. Me imagino que será alguna antigualla carísima que la Gulbenkian querrá que tú, siempre responsable y obediente, certifiques.

Lo dijo con retintín y Tomás entendió la indirecta. Marcharse era imperativo, no por culpa de la Gulbenkian, como era evidente, sino porque tenía que resolver el asunto pendiente con los rusos. Bajo ningún concepto podía quedarse un mes esperando. Pero sabía que a Maria Flor esa decisión no le caería nada bien. Si se iba, la dejaría sola en un país que vivía permanentemente inmerso en «la situación» y, por tanto, sería vulnerable al régimen, a sus caprichos y paranoias. Su mujer no lo vería con buenos ojos. Además, entendía que «eso» de lo que hablaban era seguramente materia política muy sensible; de lo contrario, no habrían enviado a Maria Flor a Myanmar en esas circunstancias.

Así que, tanto para que su mujer no se enfadara como para garantizar su seguridad, lo último que podía permitirse era dejarla

sola en Yangón.

—Mira, lo mejor es que regresemos a Lisboa y, cuando el alumno vuelva y eso aparezca, volvemos aquí y...

—No me iré sin llevarme lo que he venido a buscar, ya te lo he dicho.

Maria Flor lo dijo con tal firmeza que no dejó margen a réplicas. Su marido la conocía bien y sabía que hablaba en serio. Si decía que no se iría, no lo haría. Ahora bien, si ella no se iba sin lo que había venido a buscar, aunque tardara un mes en conseguirlo —o más—, entonces solo había una solución.

Miró a Tin Tun.

—¿Podemos llamar a ese pueblo para hablar con el estudiante?

—Es una zona muy pobre, los contactos son muy difíciles. Además, aunque lográramos establecer la conexión, sería demasiado imprudente hablar de un asunto tan sensible por teléfono. Mire, estamos aquí, en su habitación de hotel para que no nos espíen, así que imagínese lo que pasa cuando se usan las comunicaciones telefónicas.

Tomás respiró hondo. No le quedaba más remedio que resignarse a lo obvio.

—Entonces, solo nos queda una opción, ¿o no?

—¿Cuál?

Antes de responder, Tomás miró a su mujer. Maria Flor conocía bien a su marido y por eso sabía lo que iba a decir.

—Vamos los dos a Tula Toli.

XLIV

Los estadounidenses sí entendían la declaración de Trump, en concreto, personas como Leroy Roderick. Sentado delante de su ordenador, seguía en el grupo de Facebook cuando recibió otro mensaje de uno de sus amigos de la red social: el patriota activo que gestionaba «I Love My Country». Abrió el mensaje en el que había un enlace de YouTube con otro vídeo de Donald Trump. Pinchó en el enlace: «Estamos construyendo un muro en la frontera de Nuevo México —afirmaba el candidato republicano en el vídeo, con semblante muy serio—. Estamos construyendo un muro en Colorado».

A Leroy le entró un ataque de risa. Se rio tanto que se le saltaron las lágrimas; hacía mucho tiempo que no se reía así. Era hilarante.

—¡Este Trump es la bomba! —murmuró entre carcajadas—. El tipo es realmente gracioso.

La declaración de Donald Trump era extraordinaria; una obra maestra del humor sin sentido. El antiguo colaborador de *The Apprentice* acababa de elogiar la construcción de una frontera que no existía, un muro que nunca podría existir. Como cualquier estadounidense sabía, ¡Colorado no tenía frontera con México!

Entre risas, volvió al enlace: «Estamos construyendo un muro en la frontera de Nuevo México. Estamos construyendo un muro en Colorado».

La segunda vez que vio el vídeo, volvió a reír a carcajadas.

—¡Es brillante! —dijo, limpiándose las lágrimas—. ¡Este tipo es un genio!

Sí, esa declaración probaba que no había mejor humorista que Donald Trump. No solo retaba abiertamente al discurso políticamente correcto diciendo lo que pensaba sin miedo, sino que además se reía en la cara de los demócratas. ¡Se burlaba de ellos!

Las élites lo atacaban violentamente por defender la construcción del muro para impedir que más latinoamericanos cruzaran ilegalmente la frontera con México. ¿Y qué hacía Trump? Cambiaba de dirección como una veleta al viento. Con un sentido del humor impagable, les mostraba que la idea del muro no era solo un simple bloque de cemento. Sí, era eso, pero también era mucho más.

Leroy sabía —así como los grandes compatriotas con los que interactuaba en Facebook y YouTube, donde podía decir lo que no se atrevía a decir en ninguna otra parte porque no les sería permitido— que el muro era, en realidad, un concepto: la idea de que Estados Unidos debía erigir muros físicos para protegerse de las amenazas del mundo externo, como los inmigrantes latinoamericanos que robaban los empleos de honrados y honestos trabajadores, o los musulmanes que estaban inundando Estados Unidos con velos, *burkas* y bombas.

También era una metáfora: la idea fundamental de que el país tenía que levantar muros culturales para protegerse de las amenazas del interior, las perversiones que estaban poniendo patas arriba los verdaderos valores, que permitían que mandaran los degenerados, las feminazis, los inmigrantes y sus descendientes, en vez de los auténticos estadounidenses. Los blancos que ahora eran demonizados eran los que habían hecho América grande, por lo que tendrían que volver a ser ellos quienes la hicieran grande grande de nuevo.

Ese era el verdadero significado de la declaración de Trump sobre el muro que se estaba construyendo en Colorado, un Estado que no tenía frontera con México. El candidato humorista había dicho Colorado como podría haber dicho Texas, Arizona, Georgia, Alabama, Florida... o Luisiana. Colorado significaba la América rebelde, que durante tanto tiempo había estado amordazada por la opresión del discurso políticamente correcto; la América que se quitaba la mordaza y se levantaba para reclamar su destino y su libertad.

Sí, Trump se burlaba de las élites, se reía de ellas, las escandalizaba adrede, prometía muros fronterizos donde no había fronteras, ridiculizaba el sistema, hacía que los verdaderos estadounidenses se rieran de las élites demócratas que siempre los habían dominado y humillado. Pero, detrás de toda esa burla, había un mensaje más profundo y mucho más serio: Colorado era Estados Unidos, y el muro no era una simple pared de cemento alambrada. Era, sobre todo, un símbolo, una idea, una cultura. El muro quería decir que la verdadera América había perdido el miedo y estaba de regreso.

Es cierto que, a veces, Trump decía disparates e incluso escribía tuits con errores ortográficos. ¿Qué pasa? ¿Acaso él, Leroy Roderick, a veces no decía tonterías o cometía errores al escribir? Las élites del Norte se reían de los del Sur, los llamaban *rednecks* y desdentados, los catetos ignorantes de los Estados *flyover*, e intentaban rebajarlos de todas las maneras posibles, burlarse de ellos, ridiculizarlos. Pues mira por dónde Trump también era un *redneck*, un desdentado, un cateto ignorante.

En eso, Trump era igual a Leroy y a tantos otros que hacían de Estados Unidos lo que era. ¿Se burlaban de él? Pues que se rieran. Eso los unía todavía más.

Leroy era Trump y Trump era Leroy. Trump era todos los estadounidenses blancos pobres que el sistema de los demócratas despreciaba y humillaba, era todos aquellos de los que se reían las élites, a los que no tomaban en serio, los insultaban llamándolos «paletos» y «retrasados». Trump era los olvidados, los perdedores, los que se habían quedado atrás. Pero quizá esos perdedores, esos *losers*, ahora se transformarán en *winners*, en vencedores. ¿Quién sabe?

Aunque no fuera perfecto, Trump era un patriota que respetaba a Dios, se enfrentaba a las élites y al satanismo, intentaba proteger a los niños violados en las ceremonias satánicas del lodazal de Washington, defendía a personas que otros ridiculizaban y menospreciaban. Trump era la verdadera América, y los verdaderos americanos estaban a favor de él. Trump era el muro, Trump era Colorado. Trump era todos.

Con Trump, Leroy empezó a creer, a creer con todas sus fuerzas, como tantos otros, que podrían volver a hacer América grande otra vez.

¡Construid el muro!

XLV

No era fácil navegar en las aguas embarradas del río Irrawaddy, ya que iban contracorriente. Pero el Anawrahta, el barco de vapor de tres pisos heredado de la época del Imperio británico, era lo bastante poderoso como para vencer la resistencia del agua que descendía de los Himalayas tibetanos y corría hacia el mar de Andamán. Tomás iba sentado al lado de la piscina del Anawrahta y bebía un Singapore Sling mientras contemplaba el bosque que bordeaba el agua del gran río.

—Esto es una locura —dijo Tin Tun, negando con la cabeza—. Menos mal que la señora Maria se quedó en Yangón. Nosotros también tendríamos que habernos quedado.

—Se quedó porque necesitamos a alguien que sirva de apoyo en caso de necesidad.

—Sí, pero... la situación en las provincias es complicada. No puedo creer que me convenciera de meterme en esta aventura. Esto va a terminar mal.

—Tranquilo, amigo —le dijo Tomás, humedeciéndose los labios y la garganta con otro trago de Singapore Sling—. Aprecie el paisaje alrededor. ¿No le parece bonito? Relájese y disfrute del viaje, hombre. Tanto estrés le va a sentar mal.

—Pero ¿y la situación?

—Pensaremos en los problemas cuando surjan, ni un minuto antes. No se muere la víspera. Esté tranquilo, cada cosa a su tiempo. Relájese y disfrute del momento.

Tin Tun se mordía las uñas.

—Ya me gustaría estar tan tranquilo como usted.

El Anawrahta subía el Irrawaddy en dirección a Mandalay, pero el plan era salir antes, en Minbu, y dirigirse hacia el noroeste, rumbo al pueblo de Tula Toli. Por eso, el portugués quería aprovechar al máximo la parte tranquila y cómoda del viaje. Como su compañero seguía inquieto, posó su copa junto a la piscina y lo miró fijamente.

—¿Qué es lo que tanto le preocupa?

—Todo, profesor Noronha, todo.

—No me va a decir otra vez que es la situación, ¿verdad?

El birmano bajó la cabeza.

—Tengo que confesarle algo, profesor Noronha. Mi verdadero nombre no es Tin Tun.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

—Mustak.

Lo dijo como si eso lo explicara todo. Tal vez lo hiciera, pero no para un europeo como Tomás.

—No entiendo. ¿Por qué usa un nombre falso?

—¿No lo entiende? Mustak es un nombre de origen rohinyá.

El portugués seguía sin comprender.

—¿Y...?

—En Myanmar hay ciento treinta y cinco grupos étnicos, profesor Noronha. Las autoridades de Yangón no aceptan a los rohinyás. Dicen que no somos birmanos, que somos extranjeros, bengalíes.

—¿Y lo son?

—¿Extranjeros? En absoluto. Es cierto que nuestro idioma es una mezcla de bengalí, urdu, árabe, farsi y aracanés. Somos musulmanes y no budistas, como el noventa por ciento de los birmanos, pero seguimos siendo birmanos, aunque pertenezcamos a una etnia y religión diferentes. Hemos nacido aquí, vivimos aquí, esta también

es nuestra tierra. No lo aceptan y por eso nos quieren echar. Cuando me vine a vivir a Yangón, me cambié el nombre y adopté uno budista birmano. Elegí Tin Tun para que me aceptaran. Pero mi verdadero nombre es rohinyá. Me llamo Mustak.

—¿A partir de ahora quiere que le llame Mustak?

Tomás parecía despreocupado. Pero su compañero de viaje se alarmó, había hablado demasiado alto.

—Chis —le pidió el birmano, en voz baja—. Llámeme Tin Tun, por favor. Es más seguro.

—Lo siento.

Miraron alrededor, pero al parecer nadie los había oído.

—Profesor Noronha, los budistas no quieren a los rohinyás en su país. Incluso han redactado una Constitución en la que se nos niega el derecho a la ciudadanía. A pesar de algunos episodios desagradables y la progresiva pérdida de derechos, hemos ido aguantando. Hasta que llegó Wirathu.

—¿Quién es?

—¿Nunca ha oído hablar de Wirathu? —se sorprendió Tin Tun—. Profesor Noronha, ¿qué sabe de la historia reciente de Myanmar?

—Sé que gobernaba una junta militar y que la líder de la oposición, Aung San Suu Kyi, estuvo décadas en prisión domiciliaria, aunque ganara el Premio Nobel de la Paz. Creo entender que hace unos años vuestro dictador fue sustituido y el país se abrió por fin a la democracia y al exterior.

—Todo eso es cierto, profesor Noronha. Cuando vine a Yangón, internet estaba prohibida, tampoco se permitían los móviles, los periodistas extranjeros no podían entrar en el país y nosotros tampoco podíamos salir. Junto con Corea del Norte, éramos la nación más aislada del mundo. Pero cuando el general Thein Sein, nuestro

nuevo presidente, llegó al poder, decidieron abrirse al mundo y democratizar el país.

—Ahí cambió todo.

—¡Y de qué forma! Con las reformas de 2011, la economía floreció e internet entró en Myanmar con fuerza, sobre todo, a través de Facebook. Los periódicos empezaron a decir que quien que no tuviera Facebook era como si no tuviera casa. Todos debíamos tenerlo. El país se comunicó *online* de la noche a la mañana, y Facebook se convirtió en la red preferida. Todos la tenían y empezaron a formar grupos, a intercambiar informaciones e ideas, a compartir fotografías y mensajes. Era como la marca de la modernidad, del desarrollo. El símbolo del futuro. —Su rostro se ensombreció—. Y fue entonces cuando apareció el famoso Wirathu.

—¿Qué pasó?

El birmano cogió su móvil y abrió Facebook. Entró en una página y se la enseñó a Tomás.

—¿Ve esto?

ကာလာတွေအားလုံးကို သတ်ဖို့အချိန်ရောက်ပြီ။

El portugués pestañeó.

—Eh...

—¡Ah, perdone! —dijo Tin Tun, al darse cuenta de que su interlocutor no sabía leer birmano—. Se lo traduzco. Lo que aquí dice es: «Es hora de matar a los *kalars*».

—¿Kalars?

—Es un término peyorativo. Antiguamente era una jerga para referirse a los extranjeros, pero hoy día significa «persona de piel oscura», especialmente, los rohinyás. Es decir, lo que dice es que es hora de matar a los rohinyás.

Tomás miró a su compañero de viaje para asegurarse de que aquello no era ninguna broma.

—¿Habla en serio?

—No bromearía con esto, profesor Noronha. En Facebook dice que es hora de matar a todos los rohinyás.

—Perdone, es tan violento que cuesta creérselo —dijo el portugués—. ¿En vuestro Facebook hay más mensajes de este tipo?

Como respuesta, el birmano abrió otro mensaje y tradujo:

—Aquí dice: «Vamos a decapitar diez mil cabezas de *kalars*».

—¿Eso también está publicado en Facebook?

—Eso y más, profesor Noronha. Hay cosas mucho peores.

—¿Peores?

Tin Tun mostró una imagen de personas inclinadas sobre cadáveres, comiéndoselos.

—Esta fotografía circuló por Facebook para demostrar que los rohinyás son caníbales —dijo—. Se compartió casi cuarenta mil veces. Lo investigué y descubrí que procede de un videojuego. —Le mostró otro mensaje—. Aquí dice que los rohinyás contrabandean armas en Myanmar, al parecer, para lanzar la yihad y convertir a la fuerza o exterminar a todos los budistas. También se compartió más de cuarenta mil veces. —Siguiente mensaje—. Aquí dice: «En nombre de nuestros hijos, quemad todas las aldeas musulmanas». —Cambió a otro mensaje—. Y aquí...

—Basta —lo interrumpió Tomás—. Ya lo he entendido.

—La apertura política trajo libertades, pero se interpretaron como libertad para decir lo que se quisiera. El país no creó mecanismos para lidiar con mensajes que incitan a la violencia, como los que existen en las democracias en general. Sin freno, la cosa fue a peor. Con la apertura política, un monje budista llamado Ashin Wirathu, que el régimen militar había encarcelado debido a sus sermones

incendiarios contra las minorías, se benefició de una amnistía y salió de la cárcel. Pertenecía al 969, una institución cuyo nombre oficial es Organización para la Protección de la Raza y la Religión.

—¿Protección de la raza?

—Es el nombre de la organización. Llaman a Wirathu el Bin Laden budista, y no me extraña. Este monje abrió una cuenta en Facebook y empezó a difundir mensajes para alertar del peligro islámico en Myanmar. De repente, ya tenía más de cien mil seguidores, incluidos políticos como Nay Myo Wai. La violencia yihadista desatada en otros países, como Afganistán, Francia, Irak o España, validaba ese tipo de mensajes. Además, el hecho de que los talibanes destruyeran dos estatuas de budas de más de mil años en Bamiyán chocó a todo el mundo aquí, en Myanmar. Los budistas birmanos empezaron a temer a los musulmanes birmanos. ¿Y si los rohinyás también declaraban la yihad en Myanmar? Los budistas entraron en pánico y los seguidores de Wirathu se multiplicaron, convirtiéndose en millones. De repente, las cuentas de los ciudadanos normales en Facebook estaban plagadas de comentarios sobre que los rohinyás querían cometer atentados, lanzar la yihad contra los budistas, islamizar el país, acabar con el budismo e imponer la sharía.

—¿Todo eso basado en el contexto yihadista internacional?

—En eso y en las tensiones desencadenadas en la Segunda Guerra Mundial, cuando los rohinyás se aliaron con los británicos y los budistas con los japoneses. Pero todo este miedo no tiene ningún sentido. Nosotros somos pobres y, además, una minoría muy pequeña. Tan solo el cuatro por ciento de la población es musulmana. Lo que le preocupa a nuestra gente no es emprender ninguna yihad, sino vivir. Wirathu nos acusa de cosas que en realidad no se sostienen. Pero eso no ha impedido que tanto él

como sus amigos usen argumentos para asustar al resto de los budistas.

—¿Y se les permite que digan lo que les dé la gana?

—Es Facebook, profesor Noronha. Hacen declaraciones incendiarias y dicen cosas total o parcialmente falsas, entremezcladas con noticias que son ciertas. Algunos políticos empezaron a criticarlos, intentaron obligarlos a parar ese tipo de discurso antes de que la situación degenerara en violencia étnica o religiosa, pero Wirathu y sus compañeros son inmunes a las críticas. Es como si les diera igual. Sus mensajes provocan miedo y llegan a millones de seguidores. Se han vuelto muy poderosos y han impuesto su idea de que quien defienda a los rohinyás es un traidor. Incluso Aung San Suu Kyi, la campeona de la libertad que durante años se enfrentó a la dictadura militar y por eso ganó el Premio Nobel de la Paz, se siente intimidada y se ha callado.

—¿Y el pueblo?

—Los birmanos somos gente sencilla, profesor Noronha. Muchos tienen poca instrucción. Es normal que crean que las noticias que leen en Facebook son verdaderas. Creen que los rohinyás son caníbales y que, efectivamente, están conspirando para atacar a los budistas y asumir el control de Myanmar. Mire, por culpa de la dictadura militar, nadie cree al Gobierno, pero sí lo que se dice en Facebook. En un país en el que las juntas militares siempre controlaron los medios de comunicación, la percepción es que el único espacio de libertad que hay es esa red social: es la voz del pueblo, algo que el Gobierno no puede controlar. Además, es una gran empresa de Occidente, todo el mundo la conoce, lo que la vuelve creíble. No pueden estar mintiendo. Como consecuencia, si los mensajes de Facebook dicen algo de los rohinyás..., entonces, es cierto.

—Eso va a traer problemas...

Tin Tun entró en un grupo de Facebook y le enseñó un mensaje, a modo de ejemplo.

—Mire lo que dice el jefe de una aldea: «Tengo que agradecer a Facebook por haberme dado informaciones verdaderas de lo que sucede en Myanmar. Los *kalars* no son bienvenidos porque son violentos y se multiplican como conejos».

—¿Eso lo ha dicho un ciudadano normal y corriente?

—En Myanmar, Facebook está plagado de este tipo de comentarios, profesor Noronha. Los manipuladores publican vídeos y fotografías retocadas de cadáveres y dicen que son budistas asesinados por los rohinyás. Las personas comparten mensajes en los que nos comparan con insectos, ratas, gusanos, y divulgan vídeos supuestamente científicos en los que se dice que incluso nuestro ADN es diferente, que no es humano. Debido a esto, la gente se vuelve cada vez más agresiva, estamos muertos de miedo. En Yangón me las voy arreglando, sobre todo, porque me cambié de nombre. Además, soy profesor en la universidad. Pero hay personas de mi etnia que lo están pasando muy mal. Y con los mensajes en Facebook sobre el peligro islámico, la situación se ha vuelto caótica. El discurso violento se ha transformado en acción violenta. Mire, Facebook apareció en Myanmar en 2011 y los tumultos empezaron a ser sistemáticos a partir de 2012, con la destrucción de mezquitas y la expulsión de poblaciones en varias zonas del país. Después se produjeron nuevos tumultos en 2013, y de nuevo en 2014, 2015 y 2016, con la huida en masa de rohinyás hacia países vecinos. Se ha vuelto un infierno.

—¿Lo han denunciado a Facebook?

—Claro, muchas veces, profesor Noronha. Facebook llegó a Myanmar en 2011 y un año después se produjo un acto violento:

tres musulmanes violaron a una mujer en Mandalay. Fue un crimen, como tantos otros que, por desgracia, suceden en todas las sociedades y épocas. Cuando alguien comete un delito, debe ser castigado. Pero este caso fue amplificado en Facebook. Difundieron la fotografía del cadáver de la chica tirado bajo un árbol. Además de provocar una gran indignación, esa imagen dio la impresión de que todos los musulmanes son violadores. De repente estallaron tumultos en los que hubo muertos y heridos. Fue ahí cuando todo cambió y ya nada volvió a ser igual. Los budistas se alejaron de los rohinyás.

—¿Eso pasó en 2012?

—Sí, pero se ha repetido cada año, cada vez de forma más grave, ya que cada vez hay más personas en Facebook. En 2014 se difundió otra noticia sobre la violación de una budista a manos de dos rohinyás. El rumor corrió como la pólvora por la red social. Una multitud de budistas tendió una emboscada a un autobús y mató a pasajeros musulmanes. La población musulmana se rebeló y atacó a los budistas. Fueron dos días de tumultos en todo el país. Se denunció a Facebook, pero nadie respondió. Al tercer día, totalmente desesperado, el gobierno decidió cerrar la red. ¿Sabe qué pasó? Los tumultos pararon. Pero Facebook contactó con las autoridades de Yangón para preguntar por qué había dejado de funcionar su plataforma en Myanmar.

Tomás movió la cabeza.

—Los tumultos les daban igual, solo querían saber si la plataforma funcionaba —comentó con acidez—. Ilustra bien qué es lo que de verdad preocupa a esa gente...

—En otra ocasión, se informó a Facebook de que estaban circulando mensajes amenazantes contra un anciano que trabajaba en una institución benéfica y distribuía comida en los campos de

desplazados de los rohinyás. Incluso publicaron fotografías de su cara. Decían que el anciano ayudaba al enemigo y que había que acabar con él. Se denunció a Facebook. Tardaron semanas en responder. Y cuando por fin lo hicieron, ¿sabe qué dijeron? Que retirarían la fotografía si el anciano presentaba una queja.

—¿Y la presentó?

—¿Bromea? El pobre probablemente ni siquiera sabe qué es Facebook. ¿Cómo iba a presentarla?

—Ya...

—Después de mucha presión, nos dijeron que había una persona que hablaba birmano trabajando en una oficina en Irlanda con la misión de comprobar qué sucedía en la plataforma en Myanmar.

—¿Una persona?

—Una sola. Para monitorizar miles y miles de mensajes diarios en todo el país. Y fíjese bien, solo sabía birmano, pero aquí se hablan más de cien lenguas y dialectos. Muchos de los mensajes contra los rohinyás están escritos en esas otras lenguas. Por lo tanto, tener una única persona es lo mismo que no tener a nadie, como se puede imaginar. En realidad, solo fingían que les preocupaba, nada más.

—Por lo que me ha enseñado, Facebook sigue lleno de mensajes contra los rohinyás. ¿Cómo les afecta en su día a día?

—¿Por qué cree que me paso el día asustado? —le preguntó Tin Tun, con el tic nervioso en un ojo—. Si alguien se entera de que soy rohinyá, puedo meterme en problemas muy graves. Los han expulsado de varios pueblos y, en la práctica, tampoco se nos autoriza a ir a la escuela. La situación es muy complicada.

Tomás reflexionó sobre el asunto.

—Mucho me temo que no es nada nuevo.

—Sí, es cierto. Wirathu y todas esas personas no han inventado nada. Los conflictos son antiguos; desde hace décadas hay

problemas internos con los rohinyás. Pero lo que han hecho los monjes es usar Facebook para explotarlos e intensificarlos al máximo. Y así han ganado muchísimo poder. Si esto sigue así, profesor Noronha, la cosa acabará mal. Muy mal.

La conversación era densa, pero le sirvió a Tomás para entender que, bajo la aparente tranquilidad del país —cristalizada en el paisaje bucólico que se apreciaba desde el río Irrawaddy, sereno y bello—, había un volcán a punto de entrar en erupción, como si el lujoso barco en el que viajaban surcase las aguas sobre un gigante a punto de despertar.

Cogió su copa de Singapore Sling.

—No vamos a morir la víspera —repitió, como si sus palabras pudieran transformar la realidad—. Cada cosa a su tiempo.

Se bebió lo que quedaba del cóctel. Después se recostó en el asiento y contempló las pintorescas embarcaciones de bambú con las que se cruzaban, los mercados flotantes en las orillas, las casas sobre pilotes y toda la vida que bullía a su alrededor. En los campos verdes que se extendían hacia el horizonte, se veían arrozales y pastaban búfalos bajo un cielo plomizo. Todo sereno. El volcán aún dormía.

Sí, había que aprovechar el momento. La peor parte todavía no había llegado.

XLVI

Al sentir una punzada de dolor en uno de sus dedos, Dimitri Chernishev se percató de que ya no le quedaban uñas que roer. La campaña estadounidense había llegado a su fin, las mesas abrían en una hora y el capitán del FSB estaba nervioso. Mucho. Había estado consultando las páginas de información y las noticias no eran buenas.

Se giró hacia Alastair Hayes, que consultaba gráficos sentado a su lado. Era el último día del británico en la operación. Con el acto electoral en Estados Unidos se terminaba su contrato, por lo que a la mañana siguiente volvería al Reino Unido.

—Los sondeos no son nada halagüeños —comentó Dimitri, señalando una noticia de *The New York Times* que decía que Hillary Clinton tenía una clara ventaja en las intenciones de voto—. Trump va por detrás.

El hombre de Cambridge Analytica se encogió de hombros.

—Eso no vale nada.

—¿Los sondeos no valen nada?

—Estas elecciones no se deciden en los medios de comunicación tradicionales —respondió el británico, tocando la misma tecla—. Se deciden en las redes. Es ahí donde se disputa la verdadera batalla. Y ahí no nos gana nadie.

Era de admirar la confianza de Alastair. A Dimitri le hubiera gustado poder decir lo mismo, pero no estaba tan seguro. Casi todos los sondeos preveían la victoria de la candidata demócrata. Los

últimos estudios antes de las urnas —en concreto, los de YouGov/*The Economist*, Insights West, Bloomberg News/Selzer, Gravis Marketing y ABC News/*Washington Post*— anunciaban la derrota de Trump. Incluso los sondeos de Fox News preveían la victoria de Hillary Clinton con cuatro puntos de ventaja. En esas condiciones, ¿cómo podían ser optimistas?

Lanzó una mirada a su alrededor. En el edificio que el FSB había alquilado en San Petersburgo, la actividad de los chicos del Shaltai Boltai era frenética. Todos los *hackers* rusos funcionaban como *trolls*. Estaban enviando grandes cantidades de desinformación a cuentas estadounidenses con el objetivo de influir en el acto electoral.

Dimitri no podía estarse quieto. Se levantó y empezó a caminar entre los *trolls*. Se acercó a uno del Shaltai Boltai y escudriñó la pantalla de su ordenador:

El papa ha emitido una declaración
para anunciar que apoya a Trump.

Se sorprendió. Dudó.

—¿Eso es cierto?

El *hacker* lo miró y se rio.

Era mentira.

—¿Y los estadounidenses se lo van a creer?

—Esa patraña ya está en el News Feed de Facebook como si fuera una noticia verdadera y ya lleva casi un millón de lectores. Muchos se lo van a creer, evidentemente...

A Dimitri esas cosas le seguían impresionando. Sabía que bastaba con que una parte de los católicos se creyera esa mentira para que tuviera un impacto electoral. Siguió paseándose por la sala y se paró por detrás de otro *troll*. En su pantalla, había otra noticia:

Última noticia: WikiLeaks confirma que Hillary
vendió armas al Estado Islámico.

Interpeló al *troll*.

—¿Dónde lo están divulgando?

—En las noticias de Facebook —le respondió el joven, orgulloso de lo que había logrado—. Suma casi ochocientos mil lectores. Como es una noticia recomendada, una gran parte de los usuarios creerá que es cierta.

—¿No corremos el riesgo de que desmientan la información?

El *hacker* del Shaltai Boltai lo miró como si la pregunta no tuviera sentido.

—¿Y quién va a desmentirlo?

—Clinton, la prensa... Yo qué sé.

—Estas noticias de Facebook solo las leen las personas que usan cuentas específicas, los mensajes son personalizados —le recordó el *troll*—. El resto no sabe lo que pasa, les llegan noticias diferentes en su Feed. Hillary Clinton no tiene ni idea de que la gente las recibe, y a la prensa ni se le pasa por la cabeza. ¿Cómo van a desmentir algo que no saben que existe? Es la maravilla de las redes sociales. Podemos mentir a gusto y nadie niega nada porque los mensajes son personalizados. ¿Quién puede desmentir algo que ni siquiera saben que se está difundiendo?

Cierto, pensó Dimitri. Un millón de estadounidenses habían leído la noticia de que el papa apoyaba a Trump y ochocientos mil, la de que Hillary había vendido armas a los yihadistas. El capitán del FSB se animó. Quizá Alastair tenía razón. Si la gente en Estados Unidos estaba consumiendo más información en las redes sociales que en los medios de comunicación tradicionales, y si el FSB era capaz de llenar las redes con noticias falsas que nadie desmentía —porque no

se puede desmentir algo que no se sabe que existe—, entonces quizá fuera ahí donde efectivamente se decidirían las elecciones.

Siguió caminando y se paró detrás del siguiente *troll*. La noticia en la que trabajaba era de un tipo completamente diferente:

Hillary recibió dinero de Goldman Sachs y otros grandes bancos. «Os he representado durante ocho años», escribió en un discurso secreto que ha revelado WikiLeaks.

Dudó.

—¿Crees que a los electores de Trump les afectará esta noticia?

El chico del Shaltai Boltai se rio.

—Esto se lo estamos enviando a los electores de Bernie Sanders —explicó—. Queremos convencer a los demócratas que lo apoyan, anticapitalistas que odian a los bancos, de que no voten a Hillary. Si pierde a los electores de Sanders, difícilmente vencerá las elecciones.

—Ah....

—Aquí está una variante del mismo mensaje. Lo estamos difundiendo en Twitter:

No solo Hillary recibió mucho dinero de los ricos,
sino que encontró la forma de ganar millones a costa de los pobres.

Dimitri se rio.

—A los electores de Sanders no les va a hacer ninguna gracia...

El *troll* le enseñó otro mensaje de Twitter:

Bill Clinton asedió a decenas de mujeres y Hillary lo toleró.
¿Podremos apoyar a quien tolera la humillación de las mujeres?

#DefiendeALasMujeres.

El chico del Shaltai Boltai estaba orgulloso del tuit que había enviado a un público objetivo sensible a ese tipo de mensaje.

—Como debe calcular, tampoco estamos enviando este mensaje a los electores de Trump, sino a las electoras feministas de Hillary. La idea es que se irriten tanto que ya no quieran votarla. Sin las feministas, lo tendrá muy difícil para ganar las elecciones.

Es decir, la táctica era la misma que habían usado meses antes para convencer a los británicos de votar a favor del Brexit. Por un lado, enviaban mensajes para acercar al público al candidato o a la causa que querían promover —en este caso, Trump—; por otro, difundían mensajes para alejar al público del candidato contrario —Hillary—. Y, sobre todo, identificaban los problemas y, fuera cual fuera la causa, la culpa era siempre de Hillary y de las élites.

—¿Qué otros mensajes se están enviando para que las personas no voten a Hillary?

Como respuesta, el *troll* le enseñó otro mensaje de Twitter:

Bill Clinton acabó con las ayudas incondicionales.
¿Queremos a su mujer como presidenta?
#DefiendeNuestrosDerechos.

Otro mensaje en la misma red social:

Hillary Clinton ha descrito a los jóvenes negros como «superdepredadores» y ha dicho que tenían que «arrodillarse».
#DefiendeNuestraComunidad.

Y otro más:

Americanos negros entonan «Hillary es racista» en un evento
de recaudación de fondos de los Clinton en #Miami.

El *troll* del Shaltai Boltai también estaba orgulloso de esos tuits.

—El objetivo de estos mensajes es la comunidad negra, que depende mucho de las ayudas y está muy sensibilizada con las cuestiones raciales —dijo—. Queremos que los negros no voten a Hillary. Si se quedan en casa, perderá votos y eso beneficiará a Trump. Ese es mi trabajo.

Aunque era la primera vez que los leía, esos mensajes ya no eran ninguna novedad para Dimitri. Sabía que tanto el FSB como Cambridge Analytica tenían acceso a los datos de millones de usuarios de Facebook, así como de otras redes sociales e instituciones, lo que les permitía conocer a cada ciudadano al dedillo. Como si los manipuladores estuvieran usando un microscopio social. En vez de lidiar con grandes grupos de electores, como sucedía antes, ahora conocían a cada uno individualmente. El cruce de todos esos datos les permitía entender qué era lo que más aterrorizaba a cada persona, qué les preocupaba o con qué tipo de cosas se dejaban seducir. Eso les permitía dirigir mensajes específicamente concebidos para cada uno de ellos.

¿La señora Redford era una mujer negra que dependía de las ayudas? Entonces, le enviarían un mensaje recordándole que Bill Clinton, ese racista demócrata, había terminado con las ayudas incondicionales. ¿El señor Snyder había perdido dinero con el colapso de Lehman Brothers? Entonces, en Twitter encontraría un mensaje recordándole que Hillary Clinton, esa zorra ambiciosa, había recibido dinero de Goldman Sachs y se vanagloriaba de haber representado al banco durante años. ¿La señora Lanzini era una católica devota? El Feed de noticias de su cuenta de Facebook le

daría la noticia de que el papa, ese santo bendecido por Dios, apoyaba a Trump, lo que también lo convertía en santo.

Todos los mensajes de la operación del FSB se basaban en la misma idea, increíblemente sencilla pero profundamente eficaz: quien temía a la inseguridad en las calles recibía mensajes diciendo que Trump estaba a favor del orden y que Hillary defendía los derechos de los criminales; quien estaba harto de los abusos políticos recibía mensajes subrayando que Trump iba a «limpiar el pantano» de la clase política de Washington mientras que Hillary siempre había vivido allí; a quien le preocupaban los niños le llegaban mensajes asegurando que Hillary lideraba una red de pederastas en el sótano de una pizzería en Washington, y que Trump era el único que pedía ayuda para encontrar los correos que lo probaban.

Así «servían» a todos los públicos. Los Musulmanes Unidos de América recibían mensajes sobre lo que los *kafirun* cristianos planeaban contra ellos; los fieles del ejército recibían mensajes sobre la yihad que los fanáticos musulmanes querían lanzar contra Estados Unidos; los activistas de Black Lives Matter, sobre la policía racista; los de Blue Lives Matter, sobre delincuentes negros que querían quemar comisarías y matar policías blancos. A todas las comunidades se les hacía creer que las demás eran una amenaza. Cada mensaje —fuese verdadero, falso o una verdad a medias— se personalizaba para lograr el máximo efecto. El objetivo del FSB era siempre el mismo: radicalizar y dividir a la sociedad estadounidense. Empujarla hacia el enfrentamiento total.

Se oyó una voz en la sala.

—¡Han abierto!

Dimitri vio cómo todo el mundo se giraba hacia las pantallas de televisión y los imitó. El televisor más próximo estaba sintonizado en

la CNN y mostraba imágenes en directo de un colegio en Nueva York donde se habían instalado mesas. Había una fila de personas a la puerta de una sala y una de ellas entraba en el cubículo para hacer una cruz en la papeleta y elegir así a su candidato preferido.

Había comenzado la votación en Estados Unidos.

XLVII

La cabecera «Alerta electoral» irrumpió en la emisión y, a continuación, apareció la imagen de la sede electoral de la candidatura de Donald Trump en el Hilton de Nueva York, con banderas estadounidenses alineadas en un escenario y una multitud que aguardaba con mucha expectación. Se trataba de la emisión de Fox News y el reloj, en una esquina de la imagen, mostraba que eran las dos y cuarenta de la madrugada. La votación estaba reñida en varios estados y, en ese momento, todo se decidía en Pensilvania.

El presentador de la emisión especial apareció en la pantalla con cara de tener novedades, y de las grandes.

—¡Alerta Electoral de Fox News! —dijo el presentador con voz excitada—. ¡Pensilvania es de Trump! ¡Donald Trump es el nuevo presidente de Estados Unidos!

Sentado delante del televisor, comiendo palomitas, Leroy Roderick dio un salto en el sofá y empezó a brincar por el salón, celebrando el resultado que acababan de anunciar.

—¡Hemos ganado! —gritó, efusivo—. ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! ¡Dios mío, hemos ganado!

Su sueño se había hecho realidad: el pueblo había derrotado a las élites. Siguió saltando por el salón, tirando las palomitas al suelo. Las imágenes mostraban a los republicanos celebrando el triunfo y también el estado de *shock* en la sede de campaña de los demócratas. Risas de un lado, lágrimas de incredulidad del otro. Leroy también reía y lloraba a la vez, pero lo que sentía era alegría.

Ojalá hubiera estado allí su Betty; habrían celebrado la victoria como verdaderos patriotas. Era una noche memorable. Los estadounidenses que, como ellos, normalmente no iban a votar porque no se identificaban con ningún candidato habían ido a las urnas porque esta vez había un candidato antisistema que decía cosas que los demócratas nunca les había permitido decir.

Era incapaz de contener la emoción. Tenía el rostro lleno de lágrimas. Era un sueño hecho realidad, aunque todavía le costaba creer que su candidato hubiera ganado. Corrió dando saltos hasta el cuarto de Charlie.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

Su hijo abrió los ojos, somnoliento; eran casi las tres de la madrugada. Tenía que estar pronto en la tienda Family Dollar para otra jornada de trabajo detrás del mostrador.

—¿Qué... ha pasado?

—¡Hemos ganado! ¡Trump es presidente! ¡Hemos ganado!

Tumbado en la cama, Charlie sonrió, levantó el pulgar y se acurrucó contra la almohada para volver a dormirse. A Leroy se le pasó por la cabeza la idea de ir a la habitación de Sally para contarle la noticia —la felicidad era más valiosa cuando se compartía—, pero se contuvo. Estaba eufórico, pero tenía noción de la realidad. Su hija era frágil y le hacía falta dormir.

Se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico, sacó una Budweiser fresca, llenó un vaso y volvió al salón. Las imágenes de Fox News mostraban las celebraciones en directo en el gran salón del hotel Hilton de Nueva York. Dio un trago para festejar la victoria del candidato del pueblo y cantó el himno nacional a pleno pulmón.

América volvería a ser grande otra vez.

XLVIII

Girar la muñeca para acelerar y apretar la mano para frenar. Tomás Noronha nunca se habría imaginado conduciendo una vieja moto china por los caminos de tierra, pedregosos, llenos de baches y charcos de lodo del interior de Myanmar. ¡Qué contraste con el viaje por el Irrawaddy en el lujoso barco de vapor! El glamur del Anawrahta, el navío de tres pisos con habitaciones, restaurante y piscina, había sido sustituido con brutalidad por la rudeza implacable de la vida en el campo, donde se defecaba a cielo abierto, se lavaban arrodillados en un riachuelo y comían lo que encontraban, incluso lagartos fritos.

Mejor no quejarse. Montado detrás de él, Tin Tun le había dicho que viajar de esa forma era un privilegio por esos parajes. Los habitantes de la región, sobre todo los rohinyás, eran tremendamente pobres y muchas veces viajaban a pie, en bicicleta, en carros o autobuses viejos porque no tenían dinero para más. Bastaba ver sus casas de madera o recorrer los caminos embarrados para entender lo difícil que era la vida allí, incluso el transporte.

De repente, Tomás vio que delante había soldados bloqueando la carretera.

—¿Otra vez?

—El Tatmadaw está en todas partes. Tiene más de ochenta *checkpoints* instalados en las carreteras de la región.

Tatmadaw era el nombre del Ejército birmano. Y aquel era el tercer control con el que se cruzaban desde que habían dejado el río

y se habían adentrado en el interior, indicio claro de que las fuerzas armadas pretendían mantener la seguridad bien controlada.

Se detuvieron junto a los soldados y uno de ellos, al darse cuenta de que se encontraba ante un extranjero, lo interpeló.

—¿Qué está haciendo aquí?

Era la primera vez que en un *checkpoint* alguien se dirigía a él en inglés; no había pasado en los dos anteriores.

—Soy historiador y estoy haciendo un trabajo, en colaboración con la Universidad de Yangón, sobre la gloriosa dinastía Taungoo. Queremos divulgarlo en Europa.

—¿Tiene autorización para estar en esta zona?

—Aquí está.

Además del pasaporte, Tomás le enseñó los documentos que, antes de emprender el viaje, Tin Tun había conseguido a cambio de sobornos financiados por Maria Flor. Se trataba de una carta de la universidad que avalaba el trabajo científico en curso y una autorización de desplazamiento firmada por los ministerios de Cultura e Interior. Podía ir hasta la región de Sittwe, distrito de Rakhine, para excavación arqueológica e investigación histórica.

—No sé si es buena idea que ande por aquí —comentó el soldado que hablaba inglés—. Es una zona de operaciones. Los terroristas han atacado puestos fronterizos y han matado a algunos de nuestros hombres.

—Solo vengo para una excavación arqueológica. No me quedaré mucho tiempo.

Los soldados del Tatmadaw confirmaron la identidad de Tin Tun. Se centraron, sobre todo, en la legalidad de sus documentos y en los permisos de desplazamiento. En un momento dado, cuando hablaban entre ellos en birmano, Tomás se percató de que uno de

ellos pronunciaba dos veces la palabra *muyahidín*. Detalle curioso: inspeccionaron los brazos de su compañero de viaje.

Tras diez minutos de preguntas e inspección minuciosa, el soldado que hablaba inglés se llevó a Tomás aparte.

—¿Qué está haciendo con un *kalar*?

—Bueno, es un amigo de...

—¿Usted no sabe que quieren islamizar el mundo? —lo interrumpió el soldado—. Se reproducen como conejos y animan a los suyos a emigrar a países no musulmanes con el objetivo de convertirse en mayoría, *wa myou*, para engullirnos y así, a largo plazo, ser mayoría por la vía demográfica. Cuando hay un matrimonio entre un musulmán y un budista, nosotros nos vemos obligados a convertirnos. Ellos nunca lo hacen. Sus leyes prohíben la apostasía y ordenan ejecutar a quien reniegue del islam. Por culpa de esto, ya han hecho *wa myou* en Pakistán, Malasia e Indonesia. Los han transformado en países musulmanes. En Europa es mejor que se anden con cuidado, ¿me oye?

—Sin duda, hemos de tener cuidado con los wahabitas, que incitan a la violencia, y con los yihadistas, que la ejercen —le respondió el historiador, quien conocía el islam y en carne propia los graves peligros que surgen de una lectura literal de los textos sagrados—. Por lo demás, la práctica de la religión es libre y no se puede discriminar a nadie por su religión.

—Dígale eso a quienes obligan a las mujeres budistas a casarse y convertirse al islam, a los hijos de matrimonios mixtos a ser educados en el islam, y que ejecutan a musulmanes que han ejercido su derecho de renegar del islam. La libertad de religión es una carretera de dos sentidos, *mister*. ¿Dónde está en el islam? Nuestra tolerancia es *khyek kaung*, un punto vulnerable que ellos

explotan al máximo. Estas personas tienen que marcharse. Por las buenas a ser posible. Por las malas si fuera necesario.

—¿Usted es budista?

—Por supuesto.

—Más que pacífica, que yo sepa, el budismo es una religión pacifista...

El soldado no se dejó impresionar por ese argumento.

—Aquí, en Myanmar, seguimos la línea *theravada*, que considera la intención como algo esencial para determinar el valor de una acción. Nuestra intención es salvaguardar el budismo, una religión de paz. Eso es bueno. Como consecuencia, cualquier acto que se destine a hacer posible esa intención es, por definición, bueno.

—¿Aunque se lleve a cabo con violencia sobre personas de otras religiones?

—El budismo es el camino de la paz y todo lo que se haga para defenderlo, incluido hacer frente a religiones de guerra, es una buena acción. Nos limitamos a ejercer *khan sic*, acción defensiva.

Tomás entendió que la comunidad budista de Myanmar estaba en enfrentamiento directo con la musulmana. El miedo era generalizado y la retórica, incendiaria. Nada bueno saldría de aquello. Cuanto más deprisa llevara a cabo la misión y abandonara ese barril de pólvora, mejor.

Miró el reloj.

—Se me hace tarde —dijo—. ¿Podemos continuar o necesitan algo más de nuestra parte?

—Pueden seguir. Pero queda avisado de que va por su cuenta.

El portugués volvió junto a Tin Tun. Se subieron a la moto y emprendieron la marcha.

—Cuánta conversación con ese soldado —comentó el rohinyá cuando se alejaban del *checkpoint*—. ¿Qué quería?

—Nada, nada —respondió Tomás, que prefería no perturbar a su compañero de viaje—. Y con usted, ¿cómo ha ido?

—Oh, los problemas de siempre. Sabe, muchos rohinyás no logran pasar los *checkpoints*. Siempre falta un papel, porque piden tantos documentos que no es fácil tenerlo todo en orden. Yo me escabullo porque estoy atento a los cambios y lo sigo todo a rajatabla. Por ejemplo, cuando los rohinyás entran en un pueblo, tienen que informar de su presencia obligatoriamente a las autoridades locales. Muchos no lo hacen, ni siquiera saben que tienen que hacerlo y acaban detenidos. Yo lo sigo todo al pie de la letra. Incluso tengo certificados de mi abuelo, fechados en 1929, que prueban que mis raíces en Myanmar se remontan al período de antes de la independencia. Da mucho trabajo, es un verdadero infierno de burocracia y papeleo, pero ¿qué más puedo hacer? Es la única forma de viajar por el país.

Tomás ya se había percatado de todo eso cuando pasaron por los *checkpoints* anteriores. Sin embargo, en el último, había sucedido algo que lo había dejado intrigado.

—¿Qué buscaban en sus brazos?

—Cicatrices de las vacunas —explicó Tin Tun—. Como no es normal ver a un rohinyá que hable inglés, el tipo del *checkpoint* desconfió de los documentos sobre mi genealogía y quiso asegurarse de que tengo las cicatrices en el brazo birmano.

—¿Brazo birmano?

—Hay un rumor, no sé si es cierto, que dice que el brazo en el que se vacuna en Myanmar es diferente al que se usa en Bangladés. Los rohinyás que tienen la cicatriz en el brazo equivocado están en apuros. Enseguida las autoridades dicen que los documentos que presentan son falsos y que son bangladesíes infiltrados, o incluso yihadistas. Los detienen.

—Por suerte, lo vacunaron en el brazo correcto, ¿no?

—Tantas veces se lo he agradecido a Alá y a mi madre; ni se imagina.

Para pasar la noche, se alojaron en una *maitta ghor*, una casa rohinyá. Era una construcción rudimentaria hecha con bambú atado con cuerdas y cubierta con hojas de palmera. Se llama así porque el suelo es de barro.

Pagaron el alojamiento y una comida con un puñado de monedas que dejaron a la familia al borde del éxtasis para vergüenza de Tomás. Lo que para unos no era más que caldería, para los otros era una verdadera fortuna. La casa era muy pequeña, dos habitaciones minúsculas y una cocina, y la familia, una pareja joven con cuatro hijos, se fue a pasar la noche a casa de unos vecinos, probablemente también familia.

—Están infringiendo la ley —comentó Tin Tun—. La ley del distrito prohíbe tener más de dos hijos.

—¿En serio?

—No quieren que proliferen. La ley no menciona que se destina específicamente a los rohinyás, claro, pero todos sabemos que es para nosotros. Nos acusan de tener demasiados hijos y temen que los superemos demográficamente.

Una anciana de pocas palabras apareció de la nada y cocinó la cena en una chimenea al aire libre. Tomás vio cómo giraba un pincho con un trozo de carne blanquecina, pero no se atrevió a preguntar qué era. Había comido lagarto frito con arroz blanco, comprado en el camino a un aldeano desdentado. Ahora sospechaba que la vieja rohinyá estaría cocinando lagarto a la brasa. Había cosas que era mejor comer sin preguntar.

Sin embargo, se sorprendió cuando se llevó la comida a la boca.

—¿Es pescado?

—Solemos comer pescado y arroz —confirmó Tin Tun—. ¿Qué creía que era?

El portugués no respondió. Tenía hambre, se sentía inmundo, el cansancio le pesaba en el cuerpo y, sobre todo, quería poner fin a esa misión lo antes posible.

—Los soldados de los *checkpoints* eran muy detallistas —comentó mientras comía, al recordar los acontecimientos del día—. En el tercero oí a uno pronunciando la palabra *muyahidín*, y el que hablaba inglés mencionó ataques de terroristas. ¿A qué se refería?

Tin Tun suspiró, como si ese tema lo dejara agotado.

—Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Birmania era una colonia británica, los budistas se pusieron del lado de los japoneses y los musulmanes del de los británicos porque nos prometieron la independencia. Algunos rohinyás integraron un grupo de insurgentes musulmanes, muyahidines, y en ese período atacaron a las fuerzas birmanas, por lo que hubo represalias. Ya no existen, pero la referencia a ese movimiento se utiliza para legitimar las políticas contra los rohinyás.

—¿Y la historia de los terroristas?

—En 2012, con el repentino recrudecimiento de la represión a nuestra comunidad, un año después de que Facebook se hiciera tan popular en el país, algunos rohinyás se juntaron en un movimiento que apareció alrededor de 2016. Se trataba del ARSA, una organización de raíz radical islámica. Por lo visto, sus líderes son rohinyás educados en Arabia Saudí y han recibido formación en Pakistán. ARSA atacó a las fuerzas birmanas e incluso a los propios rohinyás, en este caso, los que no cumplían con los preceptos religiosos. Ejecutaron a líderes locales que se les opusieron, una tristeza. Ahora han atacado unos puestos fronterizos y han matado a varios soldados budistas. Estas acciones están alimentando el pánico

antimusulmán en Myanmar y fomentan la idea de que existe de verdad una yihad que quiere conquistar el país e islamizarlo. La página de Facebook del jefe del Ejército de Myanmar está llena de alertas contra la amenaza islámica. Defiende la necesidad de resolver de una vez por todas lo que se conoce como «la cuestión bengalí». El Tatmadaw y las poblaciones locales, sobre todo los rakhines, intensificaron los ataques a las poblaciones rohinyás, que no tienen nada que ver con estos fanáticos procedentes de Arabia Saudí. Conclusión: una vez más, los civiles pagan los platos rotos.

Tomás era consciente de que todo era muy complicado. Como siempre pasaba con estas cosas.

Terminó de comer el pescado. Hacía calor. Le apetecía una cerveza helada, pero alcohol era algo que no había por esos parajes. Se conformó con el té. Seguía impaciente y se preguntó, por enésima vez, qué estaba haciendo allí. Solo el amor que sentía por Maria Flor y su deseo de reconciliación explicaban que hubiera ido al fin del mundo y se hubiera metido en ese berenjenal.

—¿Cuándo llegaremos?

—¿A Tula Toli? Mañana.

No había mucho más que hacer. Los dos hombres estaban cansados, así que recogieron la *maitta ghor* y tendieron las esterillas en el suelo de barro. Aunque era de noche, seguía haciendo mucho calor. Tomás se tumbó pensando que sudaría, pero el suelo era fresco, como una especie de aire acondicionado incrustado en el suelo. Incluso le hizo falta una manta.

Antes de dormirse, un último pensamiento lo asaltó como un mal augurio. Se trataba de la frase que el soldado del tercer *checkpoint* había dejado en el aire: «Queda avisado de que va por su cuenta».

XLIX

La canción que más se escuchó ese día en el edificio alquilado por el FSB, entonada a coro y a pleno pulmón, fue el himno de una de las bandas más famosas de todos los tiempos:

We are the champions, my friends
and we'll keep on fighting till the end.
We are the champions.
We are...

Sí, eran los campeones. Así se sentían los oficiales del FSB y los *trolls* rusos mientras entonaban la canción en inglés. El ambiente era festivo y se abrazaban, eufóricos. No era para menos. Llevaban meses encerrados en ese edificio. Su única arma habían sido las redes sociales occidentales y los modelos computacionales de Cambridge Analytica. Y con eso habían logrado lo imposible: que los británicos votaran a favor del Brexit y los estadounidenses a favor de Donald Trump. Ambos habían votado en contra de los de su propio país. Todos lo habían hecho para la gloria de Rusia.

... the champions.
No time for losers
'cause we are the champions
of the World.

Sentados uno junto a otro, con copas de champán en la mano y ya sin Alastair Hayes —que estaba de camino a su país tras finalizar el contrato con el FSB—, el coronel Mijaíl Arseniev y el capitán Dimitri Chernishev cantaban con los *trolls*. Los campeones de la canción eran los rusos, y la frase «no time for *losers*» aludía a los británicos, los estadounidenses, y a Occidente en general. ¿No era evidente? El Plan Dugin estaba en marcha, y ya habían ganado dos grandes batallas sin que los occidentales se dieran cuenta de que estaban siendo atacados.

—¡Washington será nuestra! —gritó alguien, lo que desató una ovación.

—¡Nuestra!

¿Cómo no iban a celebrarlo?

—¿Y ahora qué, mi coronel? —preguntó Dimitri—. ¿Qué hacemos a continuación?

—Cuando las cosas se calmen en Estados Unidos, habrá una reacción, no lo *dude* —anticipó el jefe de la operación—. Pero da igual. Seguiremos trabajando sobre la sociedad y la política estadounidenses, ahora para proteger al presidente y darle fuerza. Nuestra prioridad inmediata es operar para que se levanten las sanciones contra Rusia. Paralelamente, continuaremos confundiendo y dividiendo a la sociedad, para que, más adelante, el sistema político se cierre sobre sí mismo y deje de lado a los europeos. Eso implicará, en la práctica —aunque no se *jure*—, el fin de la OTAN.

El subordinado asintió, atento a la prioridad estratégica del Plan Dugin y de la Doctrina Gerasimov.

—Pero, mi coronel, la neutralización de Estados Unidos era solo un paso intermedio. El verdadero objetivo, creo, es asumir el control de Europa y transformarla en nuestra zona de influencia.

El coronel Arseniev señaló a su interlocutor.

—Usted ahora se concentrará en la operación estadounidense. Yo me encargaré de la operación europea —indicó—. Lo que hemos hecho en el Reino Unido y en Estados Unidos tiene que replicarse en todo el continente europeo. El siguiente es Francia. Cuando Francia caiga, la Unión Europea se desmoronará.

—¿Y si no cae?

Su superior jerárquico se encogió de hombros.

—Si el Reino Unido ha caído, si Estados Unidos ha caído, ¿por qué no iba a caer Francia? —preguntó—. Acuérdese de algo: *We are the champions, my friend...*

Se rieron.

—And we'll keep on fighting till the end.

Levantaron las copas de champán, como si celebraran el triunfo ruso en los versos de Queen.

—Gracias a nuestro dominio de las redes sociales, los candidatos y las políticas antidemócratas que apoyamos en todo Occidente vencerán las elecciones y los referéndums en sus países —afirmó el coronel Arseniev—. Las elecciones en Francia y en Alemania, el separatismo catalán y vasco en España, el separatismo escocés y la cuestión irlandesa en el Reino Unido, los movimientos nacionalistas en Alemania, Países Bajos, Italia, Austria... Donde haya tensiones étnicas en Europa, seguiremos estando ahí, provocándolas y explotándolas para ahondar en las divisiones. ¿Hay grandes comunidades musulmanas en Europa? También fomentaremos conflictos entre ellas y las poblaciones anfitrionas.

—No se olvide del resto del mundo, mi coronel. También hay ahí mucho terreno para trabajar.

—Sin duda. Oriente Medio, por ejemplo: ¿por qué no nos coordinamos con Irán para desestabilizar Occidente? Que no se le olvide que a los tipos de Hamas los entrenó la KGB y siguen

manteniendo relación con nosotros. Hay que usarlos contra Israel para desencadenar una guerra que lleve a los israelíes a actuar con mano dura, y eso dividirá a Occidente. Y, de paso, ¿por qué no nos coordinarnos con China, convencemos a Pekín de desestabilizar el Extremo Oriente, por ejemplo, con la amenaza a Taiwán? ¿Por qué no incentivamos a los norcoreanos a amenazar a sus vecinos democráticos, como Japón y Corea del Sur? Conflictos en todas partes presionarán fuertemente a Occidente... hasta que se parta.

—Coronel, ¡cree que provocar conflictos étnicos en Europa llevará a guerras civiles dentro de los países de la Unión Europea y que China tomará Taiwán?

El coronel Arseniev se encogió de hombros con indiferencia.

—Quizás sí, quizás no —respondió—. En realidad, no es relevante si China ocupa o no Taiwán, ni que España se desintegre, o que Alemania y Francia entren en guerras civiles entre las poblaciones anfitrionas y las comunidades musulmanas..., aunque todo eso sería maravilloso, claro. Lo que de verdad nos interesa es la desestabilización que esos conflictos van a provocar en Occidente. Tenemos que ser realistas y admitir que no todo saldrá según lo planeado y habrá reveses. No importa. Al final, lo que realmente nos interesa es el caos que se va a desencadenar. Recuerde, capitán, ¿qué representa Occidente en el cuento «Sin cielo», de Vladislav Surkov?

—Es la ciudad.

—Tenemos que destruir la ciudad. Aunque nuestros aliados y protegidos de Occidente no ganen las elecciones y referéndums que se celebrarán, e incluso aunque no se desencadenen guerras civiles en esos países, los Trumps que estamos esparciendo a diestro y siniestro inevitablemente conquistarán partes importantes de sus respectivos electorados, tanto en Estados Unidos como en Europa.

Como consecuencia, la ciudad se dividirá y se fracturará en constantes disputas intestinas. Serán minorías contra mayorías, racistas paternalistas contra racistas hostiles, grupos étnicos contra grupos étnicos, progresistas contra antiprogresistas, nacionalistas y socialistas. Los occidentales no aguantarán algo así. Solo son unos burgueses mimados con la barriga llena, que quieren vivir bien y perderán por completo las ganas de luchar para proteger esa democracia de la que tanto presumen. Hablan, hablan..., pero ¿sacrificios? Cero patatero. Están cómodos en sus vidas. El orden progresista ha entrado en decadencia y va camino del colapso. Tarde o temprano, las divisiones y los conflictos que estamos instigando llevarán a la desintegración del orden progresista sobre el que se asientan sus democracias. Cuando eso pase...

Dejó la frase en el aire, como una amenaza cargada de promesas, e instintivamente ambos desviaron la mirada hacia los ordenadores. En aquel edificio de San Petersburgo, la tarea diaria de los *trolls* rusos era llenar las redes occidentales de verdades, medias verdades y mentiras fabricadas por el FSB con el apoyo de grupos antiprogresistas occidentales y agencias de *psyops* como Cambridge Analytica. Ese era el verdadero campo de batalla de una guerra no declarada: la aldea contra la ciudad, Rusia contra Occidente, las dictaduras contra las democracias.

El final lógico de todo aquello que Dimitri acababa de ver y oír era evidente, sobre todo, después de lo que acababa de suceder en Estados Unidos. Paso a paso, Rusia caminaba hacia la victoria.

La aldea doblegaría a la ciudad.

L

Si había algo que irritaba a Leroy Roderick, era la polémica que se había instalado de repente sobre la presunta interferencia rusa en la elección de Donald Trump. El nuevo presidente todavía no había sido investido, y los demócratas —fuera de sí ante la inminente llegada del gran patriota a la Casa Blanca— habían iniciado una innoble campaña de difamación para sabotear su presidencia, basaba en la siguiente acusación: los rusos habían *hackeado* el sistema de información demócrata, robado sus datos e inundado las redes de mentiras y propaganda para perjudicar la imagen de Hillary —esa pederasta que, según Leroy, debería estar en la cárcel—, al tiempo que usaron las redes para promover a Trump.

Todo falso, obviamente. ¿Acaso no era el mismísimo presidente Donald Trump quien acusaba a la prensa de publicar *fake news*? Sí. ¡Eran *fake news*! La histeria de las élites era tan grande que incluso mencionaban una investigación del FBI, interrogatorios en el Congreso y, ¡peor todavía!, una posible destitución de Trump.

—¡Joder! —murmuró Leroy entre dientes al conocer los detalles de las calumnias denunciadas en los informativos de Fox News—. No, si serán incluso capaces de destituirlo, esos chupapollas...

No cabía duda. Los demócratas habían perdido la cabeza y estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario con tal de atacar al presidente. Eran unos tramposos y se inventarían lo que hiciera falta con tal de salirse con la suya. El lodazal de Washington era como el imperio de Darth Vader, una fuerza del mal que intentaba

eliminar a quienes combatían del lado del bien. Esa idea de la interferencia rusa no era más que un cuento chino.

¡Fake news!

Leroy lo sabía porque, durante la campaña, se había pasado muchas horas en las redes y nunca había visto a ningún tipo llamado Iván, Boris u Oleg. Solo había mensajes de estadounidenses, grandes patriotas, gente que, como él, deseaba el final del dominio del Norte sobre el Sur, de los progresistas sobre los que luchaban por la libertad, de los protectores de los sodomitas sobre los verdaderos americanos. ¡Eso de Rusia era una estupidez! Eran los estadounidenses los que habían elegido a Trump, estadounidenses de pura cepa los que habían levantado el país. No los rusos. Además, los extranjeros eran los que siempre votaban a las élites, que llenaban Estados Unidos de inmigrantes y les concedían ayudas enormes a cambio de sus votos.

Si fuera verdad que los rusos habían hecho campaña a favor de Trump —alegación ridícula y típica de argumentistas de Hollywood con delirios paranoicos—, sería para beneficio de Estados Unidos. ¿Qué interés iban a tener los rusos en que Estados Unidos tuviera un presidente fuerte como Trump? ¿Qué ventajas verían en un presidente que prometía hacer América grande otra vez?

¡Fake news!

Aun así, las noticias sobre las investigaciones y esa historia de la destitución del presidente estaban poniendo nervioso a Leroy. Él, que nunca había votado a nadie porque hasta entonces no había visto a ningún político con el valor suficiente para decir la verdad, por fin había votado... ¿y ya se lo querían cargar? ¿Estados Unidos era una verdadera democracia o una parodia? Las élites conspiraban para mantener el país bajo su red opresora. Los estadounidenses habían elegido a Trump, y los progresistas insinuaban que todo

había sido gracias a una supuesta interferencia rusa y ya querían destituirlo.

¿Destituir a un presidente elegido por el pueblo?

No, eso nunca. Eso era inaceptable. Los verdaderos compatriotas nunca iban a admitir que se volviera al pasado, a una dictadura camuflada de democracia. La imposición de lo políticamente correcto había terminado y no había vuelta atrás. Habían conquistado la libertad y no iban a perderla. Si hacía falta, él mismo volvería a coger las armas, como cuando fue a Washington D. C. a intentar rescatar a los niños. Saldría a la calle para defender a Estados Unidos y a la libertad.

Fox News divulgó un reportaje sobre una reunión que el presidente había tenido la víspera en la Casa Blanca con los altos mandos del ejército y sus esposas. Cuando posaba para la fotografía de grupo, Trump se dirigió a los periodistas que cubrían el evento.

—¿Saben lo que esto representa, chicos? —preguntó el presidente con voz tranquila—. Quizá sea la calma antes de la tempestad.

Se oyó la voz de un reportero.

—¿Qué tempestad, señor presidente?

—No lo entienden...

En ese instante, Charlie entró en el salón con una cerveza en la mano. Se detuvo detrás de su padre mirando el televisor.

—Eso es un código.

Leroy se giró y miró a su hijo.

—¿Qué código? —preguntó—. ¿De qué hablas?

—Esa frase del presidente, «la calma antes de la tempestad». Es un código.

—¿Cómo lo sabes?

—Está en 4chan.

Su padre lo miró sin entender nada.

—¿En dónde?

—En 4chan —repitió Charlie—. Una plataforma donde se es totalmente anónimo y así se puede decir lo que se quiera.

—Entonces, ¿es una red social?

—Sí, pero totalmente libre. Y misteriosamente ha aparecido en 4chan un mensaje con el título «La calma antes de la tempestad», publicado por un usuario que se hace llamar «Patriota con acceso Q». El tipo dice que...

—Perdona, ¿qué es acceso Q?

—Por lo visto, es un nivel que permite acceder a información altamente secreta sobre armas nucleares. Se dice que ese usuario, que es anónimo y se autodenomina Q, es un militar con acceso privilegiado a información clasificada, además de a confidencias de la administración Trump. ¿Quieres ver su primer mensaje?

—Enséñamelo.

Su hijo sacó el *smartphone* del bolsillo, entró en 4chan, buscó el mensaje y giró la pantalla hacia Leroy.

—Aquí está.

> Abrid los ojos.
> Muchos en nuestro gobierno rinden culto a Satanás.
> Q

—¡Dios mío! —exclamó su padre, entendiendo al instante el significado del mensaje—. ¡Es... una referencia a los cultos satánicos y a los pederastas de la pizzería!

—El autor del *post*, ese tal Q, sugiere que la frase de Trump «la calma antes de la tempestad» es una señal de que están a punto de detener a Hillary Clinton. Dice que se prevé que esa detención provocará disturbios en masa y que habrá más detenidos. Por eso se han reunido con los altos mandos militares.

—¿Van a detener a Hillary? ¿Por qué?

—El *post*, que Q llama *drop*, no lo dice, pero al parecer está relacionado con la red satánica de pederastia de la pizzería de Washington.

Leroy estaba boquiabierto.

—¿Van a detener a Hillary y a todos los pederastas?

—Es lo que dicen —confirmó su hijo—. El patriota con acceso Q publicó luego otro *drop* en el que revelaba que ya la habían detenido, aunque eso no signifique que esté presa. Según el *drop*, el presidente irá a por todos los criminales. Es la lucha entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas.

A Leroy todo eso le sonaba maravillosamente bien.

—¡Guau!

—Al parecer, en la red de pederastia no solo están implicados los Clinton y Podesta. Por lo que se comenta, George Soros también está detrás.

—¿El millonario judío?

—Sí, claro. ¿No sabías que es el mayor de los globalistas? Es él quien impulsa que se acaben las fronteras y se permita la entrada de inmigrantes y terroristas en Estados Unidos, él financia a las élites con blanqueo de capitales. Él y otros cuantos. Los Rothschild financian guerras desde hace tres siglos y controlan casi todos los bancos centrales del mundo. Soros y los Rothschild son los tipos del dinero, los dueños de los medios de comunicación de las *fake news*, los señores de la banca internacional, los jefes de los propios políticos.

—¡Jesús! ¿Estás seguro?

—Está todo en los *drops*, papá. Es una conspiración sin igual.

Leroy estaba alucinado.

—Los judíos vendieron a Jesús a los romanos, y ahora venden Estados Unidos a los globalistas y a las élites que nos roban los empleos y se los dan a los inmigrantes. Esto es muy serio.

—Q también menciona la operación Mockingbird de la CIA, denunciada en 1967, sobre el uso de la prensa para propaganda, pero no es muy claro al respecto. Me da la sensación de que también escribe en código para que solo algunos lo entiendan. No me sorprende, dado que Q pertenece al servicio secreto del Ejército.

A Leroy todo eso le sonaba misterioso e irresistiblemente excitante. Hillary Clinton detenida, la red de pederastia de la pizzería a punto de ser desmantelada, el presidente a la caza de los criminales, la revelación de los grandes manipuladores detrás de las élites, el multimillonario George Soros y sus colegas los Rothschild. Los soldados de la luz cerrando filas en torno a Trump, listos para lanzar la gran batalla contra los amigos de las tinieblas. No cabía duda, el presidente había empezado a limpiar el pantano de Washington. Leroy había fallado en la operación para rescatar a los niños, pero él tendría éxito.

Estaba eufórico. Cogió el mando y empezó a cambiar de canal, buscando información sobre la detención de Hillary y lo demás. Pero nadie decía nada.

—Qué raro, tanto silencio. Ningún comentario.

—Todos los medios de comunicación están comprados, papá —le recordó Charlie, que también había empezado a seguir con más atención las noticias en redes—. No me sorprende que Q haya mencionado la operación Mockingbird y la forma en que la CIA manipulaba a los medios, controlados por grandes financieros judíos. Según los *drops*, todas las madrugadas, a las cuatro en punto, las élites envían a los principales medios del país los temas que deben tratar. ¡Están todos confabulados!

—¡Ah, claro! —Leroy lo entendió—. Las élites controlan los periódicos y las televisiones. ¿No fue el presidente quien denunció las constantes *fake news* de los periodistas? Esa panda de mentirosos oculta la verdad al pueblo. Todos a sueldo de Soros, los Rothschild y las élites, ¿o no? ¡Cabrones! Al menos tenemos al presidente. Que Dios lo proteja y lo ayude a defender el país.

Su hijo asintió.

—La única fuente fiable son las redes sociales —confirmó—. Es el único espacio verdaderamente libre, papá. Todo lo demás está controlado. Todo. Periódicos, radios, televisiones... Lo controlan todo. Dices algo fuera del guion y pumba, se te echan encima. ¿No ves cómo tratan al presidente? Y no estamos hablando de cualquiera, ¡es el presidente! Aun así, lo machacan. Ahora no puede decir nada que se salga del guion de lo políticamente correcto porque si lo hace, lo crucifican. Si no fuera por las redes sociales, ¿dónde íbamos a poder decir lo que pensamos y a descubrir las verdades que nos ocultan?

Leroy seguía con la mirada fija en el televisor. Había pasado de canal en canal —de Fox News a CNN, MSNBC, Bloomberg— y ahora estaba en ABC News. Nadie daba una sola noticia sobre los acontecimientos que, en la sombra, Q había destapado. Ni siquiera Fox News, que ya había denunciado tantas cosas, se atrevía ahora a dar la noticia sobre la operación para detener a Hillary, desmantelar la red de pederastia y desenmascarar a George Soros y su pandilla de multimillonarios judíos que, desde las sombras, manipulaban el mundo. ¡Ni siquiera Fox News! Estaba claro que las élites progresistas lo controlaban todo. Excepto al presidente. Y a las redes sociales. ¡Alabado sea el Señor por las redes sociales!

—¿Cómo se llama esa red social donde ese tal Q está revelando lo que sucede?

—4chan —le recordó Charlie—. Los mensajes están codificados, papá. Solo los entienden quienes saben de estos temas. Pero también hay mucha información sobre lo que pasa entre bastidores, y hay quienes dan pistas para interpretar los *drops* de Q. Quien los comprenda podrá convertirse en un soldado digital y luchar por la libertad de Estados Unidos. Q escribió: «Donde va uno, vamos todos». Es decir, estamos todos juntos en esto. Todos somos soldados. Todos combatimos del lado del bien. Todos somos guerreros de la luz.

Ese mensaje caló hondo en Leroy. Donde va uno, vamos todos. Todos unidos en la defensa de la luz. Si accedía a esos *drops*, también sería un soldado digital, un soldado de Estados Unidos, un guerrero al servicio del bien. ¿Por qué no? Si Facebook, Twitter, YouTube y otras redes le habían revelado tantas cosas importantes que nadie más se atrevía a decir, ¿qué decir de una red aún más libre, como al parecer era 4chan?

Con la decisión tomada, se levantó del sofá y con paso firme se dirigió a su ordenador.

—Enséñame a acceder a los *drops* de ese Q.

Su hijo le dio a Leroy la clave que le permitiría iniciarse en uno de los grandes secretos revelados por el misterioso QAnon. Y así se convertiría en otro guerrero de la luz más.

LI

Las primeras casas surgieron entre la vegetación. Un pequeño valle rasgaba el bosque del distrito de Rakhine. Había *totta ghor*, casas de madera, y *maitta ghor*, casas de barro, tanto en la base del valle como esparcidas por las laderas, conectadas entre ellas por estrechos caminos de tierra. Un río lodoso describía una curva en el interior del pueblo, y se veían niños bañándose en las aguas acastañadas. Los adultos circulaban por los caminos transportando peces recién pescados o bambú acabado de cortar en el bosque. Otros parecían atareados en mil y una tareas rutinarias, propias de un lugar perdido en alguna parte del interior de Myanmar.

Pararon la moto en el punto más alto del acceso al pueblo. Tomás Noronha contemplaba la vida abajo cuando su compañero de viaje rompió el silencio.

—Tula Toli.

Habían llegado.

El portugués sintió alivio. Habían pasado todo el día encima de la moto, sorteando caminos intransitables, llenos de baches y charcos de barro, atravesando tantos pueblos que había perdido la cuenta. Se sentía como un piloto de motocross y habían tenido que parar en por lo menos once *checkpoints*. Le dolían las piernas y la espalda. Que el viaje hubiera terminado era una bendición para sus huesos.

—¿Y ahora a dónde vamos?

—Bajemos al pueblo. Voy a preguntar por Nur.

Nur era el universitario que se había llevado lo que buscaban. El camino estaba resbaladizo por el barro, por lo que empezaron a descender con cuidado. Tomás avanzó hasta que llegaron junto a un grupo de aldeanos rohinyás que los observaron con recelo, hasta que vieron que el hombre que iba en la parte de atrás de la moto también era rohinyá.

Tin Tun habló con ellos y Tomás vio que señalaban una cabaña a la izquierda, situada en un punto elevado junto al río.

—¿Es allí?

El rohinyá asintió.

Arrancaron y subieron la pequeña colina hasta llegar a la casa, una *totta ghor* algo más grande que el resto de las cabañas del pueblo. Bajaron de la moto y Tin Tun se dirigió en lengua rohinyá a dos niños que jugaban cerca. Uno de ellos salió corriendo y, poco después, apareció un joven con camisa escolar que lucía en el pecho el logotipo bordado de una universidad. No cabía duda: se trataba del estudiante.

El profesor lo saludó e intercambiaron unas palabras antes de que el muchacho regresara al interior de la casa. Entonces, Tin Tun se volvió hacia Tomás.

—Es mi alumno. Ha ido a buscar lo que le entregué.

Poco después, el chico volvió con un sobre en la mano y se lo dio al profesor. Tomás se bajó de la moto y se acercó a ellos.

—Profesor Noronha, este es Nur —dijo Tin Tun—. Ya tenemos lo que queríamos.

Tomás y Nur se saludaron.

—Perdón por las molestias —dijo el joven en inglés—. Mi madre está enferma y el Tatmadaw está muy activo en la región. La situación es tensa y tuve que venir a ayudar a mi familia. Además, cuando me entregó el sobre en Yangón, el profesor Tin Tun parecía

muy nervioso. Temí que si estaba en sus manos, lo detuvieran. Lo siento de verdad. No creí que mi viaje pudiera provocar todo esto.

—No se preocupe —lo tranquilizó Tomás—. Así he salido de Yangón y he conocido mejor el país.

—Es una pena que las cosas estén así. En otras circunstancias, todo sería mucho más agradable —comentó Nur, como si pidiera disculpas—. ¿Cuándo tienen previsto marcharse?

El portugués miró a su compañero de viaje a la espera de una respuesta.

—Mañana por la mañana —contestó Tin Tun—. Hoy ya es muy tarde. ¿Hay algún sitio donde podamos pasar la noche?

—En mi casa —se ofreció—. Tiene tres habitaciones y en la mía solo estoy yo. Si no les importa, estaré encantado de compartirla con ustedes.

Así resolvieron el tema del alojamiento para esa noche. Tomás se fijó entonces en el sobre que Tin Tun acababa de recuperar.

—Entonces, muéstreme lo que hay ahí dentro.

El rohinyá entrecerró los ojos ligeramente, como si le lanzara una mirada cargada de secretismo.

—A su debido tiempo lo verá, profesor Noronha.

Si había algo que motivaba a Tomás era un buen secreto. Y la forma de hablar de Tin Tun, tan enigmática desde el primer momento, no hacía sino avivar su curiosidad.

¿Qué demonios habría dentro?

LII

Alexéi fue el primero en percatarse del fenómeno. El *troll* del Shaltai Boltai contratado por la Internet Research Agency para colaborar con el FSB en la operación de San Petersburgo llamó a la puerta del despacho de su superior directo. En ese momento, el capitán Dimitri Chernishev revisaba un informe del departamento de Análisis de Datos y respondió sin levantar la vista del documento.

—Entre.

El *hacker* abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Capitán, ¿está ocupado?

—Estoy leyendo este informe sobre las *fake news* —dijo, señalando el texto—. Es muy interesante. Aquí dice que la estrategia de desacreditar a los medios de comunicación tradicionales es fundamental para convencer a las personas de las verdades alternativas que les presentamos. —Sonrió—. Es decir, tenemos que hacer que crean que los periódicos y las televisiones solo dicen mentiras para que abran sus mentes a nuestras verdades, medias verdades y..., en fin, mentiras. Que es lo que hacemos aquí, ¿o no?

—Sí, por supuesto.

Alexéi cerró la puerta y se plantó frente a Dimitri. En las manos sujetaba su ordenador portátil esperando a que su jefe le prestara atención. Pero el hombre del FSB seguía absorto en el informe.

—Los analistas tienen razón —comentó Dimitri, concentrado en lo que estaba leyendo. Por fin, levantó la mirada hacia su subordinado

—. ¿Cómo se sabe que Hitler existió o que la Gran Guerra Patriótica sucedió? ¿Eh?

—Bueno...

—Lo sabemos porque nos lo han contado, porque lo hemos visto escrito en alguna parte. No estuvimos allí, así que no podemos saberlo de forma directa. Por eso, hay que confiar en lo que nos cuentan o en lo que leemos. Así es como usted, yo..., en realidad, todos nosotros sabemos lo que pasó en la historia o lo que sucede en el mundo. Nos cuentan algo y, como todos nos cuentan lo mismo, nos lo creemos. Pero si empezaran a contarnos otra cosa, si viéramos algo diferente escrito en los textos que leemos..., entonces empezaríamos a creer también de forma distinta.

—Ya... Como no estamos allí para verlo con nuestros propios ojos, tenemos que creer lo que nos dicen, ¿es eso?

—Exactamente. Eso es lo que estamos haciendo aquí, ¿o no? Estamos creando una realidad alternativa en las redes sociales. Pero esta vez, además de difundir hechos reales, también difundimos cosas que salen directamente de nuestra imaginación. —Se rio, maravillado por el poder que tenía entre manos—. Es increíble, ¿no le parece? Imaginamos una tontería y, de tanto repetirla, como se la contamos muchas veces a muchas personas que solo se informan en las redes sociales..., entonces, empiezan a creérsela. Si Stalin creó realidades alternativas, ¿por qué no habríamos de hacerlo nosotros?

—Sin duda, sin duda.

Por fin, los ojos de Dimitri se posaron en el ordenador que el *troll* sostenía. Solo en ese momento pareció interesarse por el chico.

—¿Y usted qué hace aquí?

—También vengo a hablarle de una realidad alternativa..., por así decirlo —respondió oportunamente—. Capitán, ¿ha oído hablar de QAnon?

—¿QAnon?

Alexéi le mostró la pantalla del ordenador.

—En redes sociales ha aparecido un tipo que se hace llamar Q —explicó—. Dice ser un agente de los servicios secretos estadounidenses que representa a un pequeño grupo de militares encubiertos. Ha anunciado que están a punto de realizar una gran purga entre las élites que gobiernan Estados Unidos, a las que llama el Estado Profundo. Este Q apareció primero en una red llamada 4chan, pero ahora publica en otra llamada 8chan. Escribe mensajes que parecen encriptados, los llama *drops*, y que dan pistas sobre esa supuesta purga que Trump estaría preparando para limpiar el país. A los internautas que siguen a Q se los conoce como *anons*, y se dedican a decodificar e interpretar sus mensajes.

Dimitri frunció el ceño. Aquello sonaba confuso. Meneó la cabeza, buscando algún sentido a lo que acababa de oír.

—Perdone, Alexéi, no lo entiendo. ¿Por qué ha venido a contarme todo eso?

—Por varios motivos, empezando por el hecho de que los *drops* de Q hablan de nosotros, de nuestra operación aquí, en San Petersburgo.

El hombre del FSB se irguió ligeramente.

—Ah, bueno —murmuró—. ¿Y qué dicen?

El *troll* del Shaltai Boltai esperaba la pregunta. En vez de responder, giró el portátil hacia su interlocutor, como había previsto.

—Este es el último *drop* que ha publicado Q en 8chan —señaló—. Ahora bien, mire.

RUSIA = LA VERDADERA CONSPIRACIÓN

Definir «PROYECCIÓN»

¿Qué sucede cuando ellos pierden el control y exponen la VERDAD?

¿Qué sucede cuando el PUEBLO deja de creer o incluso de escuchar las FAKE NEWS de los MEDIOS CONTROLADOS, de HOLLYWOOD CONTROLADO, ETC.?

EL GRAN DESPERTAR.

YA NO SOMOS CORDEROS.

NOSOTROS, EL PUEBLO

POR DIOS & PAÍS — LUCHAMOS.

Q

Dimitri lo leyó tres veces, intentando comprender el extraño mensaje. Solo entendía algunas partes; el significado completo se le escapaba.

—¿Qué mierda es eso?

—Es el último *drop* de ese tal Q —repitió Alexéi—. Como le he dicho, usa un lenguaje encriptado que sus seguidores, los *anons*, deben descifrar. Por eso se llama QAnon. Q lanza mensajes secretos a sus *anons*.

El hombre del FSB siguió mirando la pantalla con el ceño fruncido.

—Pero... ¿qué es?

—Es toda una de la conspiración y algo más. Dice que George Soros está manipulando Estados Unidos a través del Estado Profundo, controlado por las élites. Hillary Clinton lidera una red de pederastas que opera desde una pizzería en Washington. Trump se prepara para desmantelar esa gran conspiración y detener a la clase política corrupta que ha convertido Washington en un pantano... Cosas por el estilo. Habla de nuestra operación, pero dice que Trump está usando las acusaciones de que interferimos en las elecciones para reclutar al FBI en su lucha contra el Estado Profundo. Todo terminará con la victoria de los «niños de la luz», del bien. América será salvada.

Con gesto de fastidio, Dimitri volvió al informe del departamento de Análisis de Datos.

—Mire, Alexéi, no tengo tiempo para tonterías. Tengo mucho que hacer...

—Capitán, miles y miles de estadounidenses están siguiendo estos *drops* —se apresuró a decir el *troll*—. Si esto sigue así, en poco tiempo serán millones. Todos pegados al ordenador, leyendo los mensajes, intentando descifrarlos para transformarse en soldados digitales de la gran causa: la guerra secreta del pueblo contra las élites, de la luz contra las tinieblas, del bien contra el mal. Q habla de una gran conspiración en la que participan las élites progresistas, los medios de comunicación, los actores de Hollywood y los financieros judíos. Todos coaligados en eso que llaman «el Estado Profundo», con el fin de llenar el país de inmigrantes violadores, terroristas musulmanes, pederastas, homosexuales... Todo lo imaginable para cambiar el país y aplastar al estadounidense común. Lo importante es que Trump y sus aliados, como Michael Flynn, ya están respaldando estas teorías conspirativas. Incluso hay gente que lleva la letra Q en eventos públicos. En internet ya circula el hashtag #SalvadALosNiños. Capitán, la conspiración de QAnon está radicalizando Estados Unidos aún más.

El oficial del FSB, que seguía leyendo el documento, levantó la vista y lo miró fijamente. Lo que acababa de oír captó por completo su atención.

—¿Millones de seguidores, dice? —preguntó, curioso—. ¿La guerra secreta del bien contra el mal? ¿Estadounidenses convirtiéndose en soldados digitales? ¿Y Trump alimentando esas estupideces?

Alexei supo que su jefe por fin lo había entendido.

—Sí, capitán. ¿Se da cuenta de lo que podemos hacer con esto?

Dimitri comprendió el potencial. El Sur contra el Norte. Conservadores contra progresistas. El pueblo contra las élites. Sobre todo: buenos contra malos. En este escenario, los buenos eran Trump y sus aliados, incluida Rusia; los malos, todos los que se les opusieran. Pero lo más importante era enfrentar a los estadounidenses entre ellos. Toda una realidad alternativa, profundamente polarizada, en construcción. Un regalo así... ¡ni encargado!

De pronto, se puso de pie, entusiasmado.

—Tenemos que llenar nuestras cuentas falsas con los mensajes de ese tal *QEnano*...

—QAnon...

—... y difundirlos entre todos los estadounidenses susceptibles. Use los modelos computacionales de Cambridge Analytica y las bases de datos de Facebook, Twitter; lo que sea, para afinar los objetivos e imponerles esa realidad alternativa. Si lo manejamos bien..., quién sabe, tal vez consigamos que Estados Unidos entre en una guerra civil.

Alexéi alzó una ceja.

—Capitán, ¿cree que eso sería posible?

—Nada es imposible cuando se controla el poder de crear una realidad alternativa. Tenemos que empezar a hacer vídeos.

—¿Vídeos?

—Sí, vídeos. Tenemos que llenar YouTube con todas esas teorías, y con otras que nos inventemos. Vamos a fabricar esa gran realidad alternativa para que en Estados Unidos todo el mundo se pelee por una realidad que no existe, ¿me oye? ¡Todos contra todos! ¡El caos total!

Era incapaz de contener la excitación ante la avalancha de ideas que sacudían su mente. Aquello era una mina de oro de la

desinformación. Salió corriendo de su despacho en dirección a la gran sala, donde trabajaban cientos de *trolls* del Shaltai Boltai, para darles instrucciones sobre cómo usar a QAnon para dividir aún más Estados Unidos y avanzar un paso más en la campaña para precipitar el colapso de Occidente.

LIII

Desde hacía dos días, Leroy Roderick no lograba dormir por culpa de lo que leía en 8chan —donde ahora se encontraba Q—, así como en Reddit y Facebook, sin contar con los perturbadores vídeos sobre el mismo tema que insistía en ver en YouTube. Había tantas noticias graves que los medios de comunicación tradicionales, repletos de *fake news* y controlados por las élites progresistas del Estado Profundo, estaban ocultando al pueblo estadounidense. ¡Era increíble! El reloj marcaba las cinco de la mañana. En breve saldría el sol, pero Leroy seguía pegado a la pantalla del ordenador, conmocionado e indignado, atrapado en una montaña rusa de emociones a medida que iba descubriendo cada uno de los graves acontecimientos que sucedían en la sombra.

Estaba atónito ante todo lo que las élites estaban haciendo contra el pueblo. Hussein, ese gusano insidioso que se presentaba en público con el nombre de Barack Obama, no era sino un musulmán nacido en Kenia que se había infiltrado en Estados Unidos para acabar con el cristianismo y transformar el país en una república islámica en la que se impondría la sharía. ¡Ah, ese cabrón de Hussein a él no lo engañaba! Aunque sí había embaucado a muchos tontos. Es más, había indicios —como se decía en los grupos de Facebook que frecuentaba— de que su mujer, Michelle Obama, en realidad era un travesti. ¡Cómo era posible que esa gente fuera tan falsa!

Por su parte, Hillary Clinton, esa zorra sanguinaria, participaba en ceremonias satánicas que culminaban con la extracción de la sangre de niños que ella misma asesinaba para obtener una droga superpoderosa llamada «adrenocromo». Se trataba de un compuesto químico resultante de la oxidación de la adrenalina, valioso por conferir vida eterna a quien lo consumiera. Se decía que era más eficaz cuando se extraía de niños sacrificados en estado de puro terror. Entre los *anons* también circulaba el rumor de que Hillary había asesinado a una niña delante de las cámaras y le había arrancado la cara para usarla como mascarilla. Al parecer, los agentes de la NYPD tras ver el vídeo quedaron tan traumatizados que se suicidaron de inmediato. ¡Qué tragedia no haber podido salvar a esos pobres inocentes de las garras de las élites cuando viajó a Washington a rescatarlos! Todavía se culpaba de su fracaso.

Otra información que circulaba en las redes aseguraba que el Estado Profundo vertía químicos en los depósitos de agua para transformar a los estadounidenses en homosexuales. Eso era terrorífico. Es más, el propio Robert F. Kennedy Jr., un extremista, había metido la pata al declarar en público que los contaminantes químicos estaban afeminando a los chicos y masculinizando a las chicas, convirtiendo a todos en homosexuales. ¡Si hasta lo había dicho un progresista! Y no fue en las redes sociales, sino en los medios de comunicación tradicionales. ¿Qué más pruebas hacían falta? Nada más enterarse, Leroy abrió un pozo en el patio de su casa y obligaba a sus hijos a beber agua de allí. Pero... ¿qué iba a pasar con los que vivían en las ciudades y tenían que consumir el agua de la red? ¿Qué harían ellos?

¡América corría un gran peligro! ¿Y quién financiaba esa perversión digna de Sodoma y Gomorra? George Soros, esa sanguijuela judía que, como los que entregaron a Jesús a los

romanos, o como los conspiradores del cementerio de Praga con su protocolo diabólico para fomentar la globalización y controlar el mundo, se había aliado con los Rothschild, otros multimillonarios judíos, para someter a Estados Unidos y sustituir a sus ciudadanos por inmigrantes, sodomitas y feminazis. Aquella enorme conspiración se estaba cargando el país.

Gracias a Dios existía internet. Alabado sea el Señor por las redes sociales. Sí, gracias a Dios existían 4chan, 8chan, Reddit, YouTube, Facebook y Twitter. Sin las redes, nada de esto se sabría. Los medios tradicionales se encargarían de silenciarlo. La verdad quedaría oculta y el bien no podría movilizarse contra el mal. Pero, por suerte, Dios lo había previsto todo y por gracia divina habían surgido las redes sociales para revelar la verdad, sin filtros ni censuras. Los estadounidenses dejarían de ser corderos controlados por las fuerzas del mal; no serían sacrificados en el altar de lo políticamente correcto que lo silenciaba todo. El despertar de Estados Unidos estaba en marcha.

Los hijos de la luz triunfarían.

Pulsó un botón del teclado y en la pantalla del ordenador apareció el mensaje de Q que llevaba días atormentándolo:

Van a detener a Hillary Clinton entre las 07:45 y las 08:30 horas Este, el lunes — la mañana del 30 de octubre.

El problema era que el 30 de octubre no había sucedido nada. ¿Y si eso significaba que, al final, los *drops* eran falsos? Había barajado esa posibilidad algunas veces, pero después otros *anons* le habían mostrado imágenes en las que, efectivamente, parecía que Hillary estaba esposada. Por lo tanto, habían detenido a la bruja pederasta. Pero, entonces, ¿por qué no se había hecho ninguna alusión a su

detención? Otro *anon* le había dado la respuesta lógica: porque formaba parte del Plan.

¡Ah, el Plan!

En sus *drops*, Q mencionaba el Plan numerosas veces. Se trataba de una operación secreta organizada por el presidente Trump —que Dios lo proteja— para desmantelar el Estado Profundo, limpiar el pantano corrupto de Washington, detener a los criminales, ejecutar a los traidores y salvar a Estados Unidos de las élites progresistas y sus protegidos: hordas de inmigrantes violadores, maricones y feminazis. Los *drops* estaban llenos de *crumbs*, «migas», la palabra que Q usaba para señalar las pistas que iba dejando y que los *anons* tenían que descifrar si realmente querían saber lo que sucedía en secreto entre bastidores. Cada *crumb* por separado valía poco, como un puzle que solo revela lo que se oculta cuando se juntan todas las piezas. Todos juntos conducían a la verdad y los mensajes de Q formaban parte del Plan. Muchas cosas pasaban en la sombra. Unas, en silencio, lejos de las miradas del público; otras eran pistas falsas, concebidas y difundidas en las redes sociales para engañar al Estado Profundo. Era importante recordar que, en el *drop* número ciento veintiocho, Q había advertido de que «la desinformación era necesaria». Es decir, no todos los *crumbs* eran ciertos, pero la desinformación formaba parte del Plan, cuyo objetivo final era la limpieza del pantano, el desmantelamiento del Estado Profundo y el triunfo de la luz sobre las tinieblas. Todo era confidencial. En el *drop* número sesenta, Q informaba de que «la imagen global» de las operaciones en curso o de los eventos que estaban sucediendo solo estaba disponible para «menos de diez personas, de las cuales solo tres no son militares». Muy importante: esas personas trabajaban directamente con el presidente Trump.

Todo estaba previsto. Todo estaba dentro del Plan.

Muchos *drops* dejaban claro que el Plan era infalible y que la operación de Donald Trump contra el Estado Profundo y las élites pederastas y satánicas era inminente. La frase de Q sobre ese asunto lo dejaba claro: «Nada puede detener lo que viene. Nada».

El *drop* número ciento cincuenta y cinco dio instrucciones militares de naturaleza operativa:

Conf_D-TT_^_v891_0600_sí_verde1_0600
Bunker Manzana Cielo Amarillo (...+1)
Sí
Que Dios os acompañe.
Q

Q informaba de que el presidente estaba en esos momentos reunido secretamente con los generales y fiscales del Ministerio Público en una sala sin móviles de última generación. El Plan estaba por fin en marcha. Las diversas fuerzas del orden estaban listas e incluso los portaaviones se habían posicionado para impedir que otros países se aprovecharan de la gran convulsión que se avecinaba.

De momento, todo parecía tranquilo. Pero la tranquilidad era aparente. En realidad, se vivía el CBTS: *Calm before the storm* —la calma antes de la tempestad— porque NCSWIC: *Nothing can stop what is coming* —nada puede detener lo que viene—. Cuando el presidente pronunciase la frase «la tempestad somos nosotros», se desencadenaría el ataque contra el Estado Profundo, empezarían las detenciones en masa e inmediatamente después sería decretada la ley marcial en el país. La Tempestad.

El gran despertar era inminente. Los verdaderos estadounidenses rescatarían a Estados Unidos y su presidente emergería para liderar

un mundo diferente, mejor y más puro. El Plan se cumplía y el cerco se cerraba. Q lo sabía todo.

Trump era un genio.

Y Leroy no conseguía pegar ojo, atormentado con los importantísimos acontecimientos que se avecinaban, y consciente de que, cuando llegara el momento, tendría que asumir sus responsabilidades como patriota y soldado digital al servicio de la libertad y de Estados Unidos. Sí, porque él era un guerrero al servicio de la luz.

Se vivían los momentos de calma antes de la tempestad. Pero nada detendría lo que iba a suceder. Donde va uno, vamos todos. Trump para todos, todos para Trump.

LIV

El sol se ocultaba tras las montañas, el cielo se teñía de rojo y la noche caía deprisa, como solía ocurrir a aquella altitud. La familia de Nur recibió a los dos recién llegados a Tula Toli con la hospitalidad propia de las zonas rurales de Myanmar. Eran pobres, y los hermanos pequeños de Nur caminaban descalzos para sorpresa de Tomás; el estudiante le había contado que eran una de las familias más ricas del pueblo gracias a la pequeña mercería de su padre.

—¿Cómo cree que podrían pagarme los estudios en la Universidad de Yangón? —preguntó Nur.

Si aquella era una familia rohinyá rica, ¿cómo serían las demás?, se preguntó el portugués.

—Los rohinyás no tienen derecho a ir a la escuela ni a acceder al sistema de salud del Estado birmano —explicó Nur—. Nos llaman *kalars* y bengalíes, dicen que somos extranjeros y no quieren que estemos aquí. Con todos los mensajes agresivos de Facebook, incluso empezamos a temer a las comunidades vecinas, con las que antes nos llevábamos bien. Aquí, en Tula Toli, las familias rakhines se marcharon, asustadas con lo que leían en la red social. Ahora estamos aislados, rechazados por nuestro propio país.

—Ya ni siquiera luchamos por nuestros derechos —matizó Tin Tun —. Nuestro sueño es el derecho a tener derechos.

—Mire el negocio de mi padre —intervino Nur—. Para poder mantener la mercería y abastecerla de productos, lo obligaron a aceptar un socio budista que no contribuye con nada... excepto con

el hecho de ser budista, lo que facilita las relaciones con los distribuidores y las autoridades. Pero no mueve un dedo. Se limita a quedarse con el dinero de nuestro trabajo. ¿Le parece normal?

En ese instante, el padre de Nur pronunció unas palabras en rohinyá y Tin Tun tradujo:

—Nos llama para cenar.

Se dirigieron a la mesa, instalada al aire libre. La madre de Nur seguía recluida en su habitación, aquejada de una enfermedad que nadie explicó. La abuela del estudiante había sido la encargada de hacer la cena para la familia y los invitados.

—Se ha esmerado —dijo Nur—. Ha preparado una cena en vuestro honor.

Sobre la mesa, la anciana colocó una cazuela con curri de pescado que llamó *massor sallon*, y una fuente grande de arroz blanco. Había pan de gambas, *massor fiyanszu*, y unos aperitivos con nombres extraños: *gora petra* y *modhu batt*. Para beber, nada de alcohol; como siempre, solo té. Nur era el único de la familia que hablaba inglés, pero por los rostros sombríos y el tono de la conversación en la mesa de los rohinyás, Tomás intuyó que estaban preocupados.

—¿Pasa algo?

Tin Tun negó con la cabeza.

—Nada, nada.

—¿De qué hablan?

Hubo un silencio incómodo.

—Estamos nerviosos —confesó al fin Nur—. Ha habido problemas en Dual Toli, el pueblo más cercano, al otro lado del río.

—¿Qué ha pasado?

—Hace unos días, justo cuando regresé de Yangón, el Tatmadaw entró a tiros y destruyó las casas. Vimos el fuego desde aquí. Los habitantes de Dual Toli huyeron, los hemos estado recibiendo en

nuestro pueblo. Se han instalado con familias que los acogieron o han levantado tiendas alrededor.

No era difícil adivinar lo que rondaba la mente de los habitantes de Tula Toli.

—¿Temen que el ejército pueda venir también aquí?

Nur bajó la cabeza, como si dar una respuesta afirmativa pudiera atraer la mala suerte. Fue Tin Tun quien respondió:

—Están decidiendo si deben o no abandonar el pueblo. Hay personas que ya han dejado sus casas y duermen en el bosque, tienen miedo al Tatmadaw. En la aldea se debate si deberían quedarse o huir todos juntos a Bangladés. Muchos piensan que lo mejor sería una retirada ordenada, porque hay ancianos y niños, mejor que una huida precipitada forzada por las circunstancias. Otros dicen que no se abandona el pueblo así como así, que hay que tener paciencia y que todo se resolverá. De momento, no han llegado a un acuerdo. Esperan la decisión del *mazhi*.

—¿Quién es?

—El jefe de la aldea.

Tomás miró las luces que alumbraban las casas que había alrededor.

—Cuando hablan de retirada, ¿cuándo sería? ¿Esta semana? ¿La próxima?

—Hoy.

—¿Hoy?

—Esta noche.

Todo aquello era surrealista. Tomás comprendió que esa cena no era solo en honor a los invitados, Tin Tun y él, sino también una especie de despedida. Los rohinyás de Tula Toli estaban diciendo adiós a sus casas, a su río, a su pueblo, a su vida, y se preparaban para lo desconocido que intuían se acercaba.

El resto de la cena fue poco animada. Las circunstancias pesaban sobre la mesa y no había mucho más que añadir. Cuando la abuela de Nur empezó a recoger, los hombres permanecieron sentados, contemplando las estrellas bajo la tibia noche y las luces anaranjadas que titilaban aquí y allá, tanto en el valle como en las montañas. Las cigarras cantaban y el aire olía a curri, a pescado frito... y al aroma inconfundible del miedo.

De pronto, en el camino que llegaba a la aldea aparecieron dos luces blancas. Al fijarse mejor, vieron que era un coche, algo inusual en aquellos parajes, sobre todo a esas horas. El vehículo se detuvo junto a una *totta ghor* y alguien salió de él para entrar en la cabaña de madera.

Atentos y nerviosos, los rohinyás comenzaron a murmurar entre ellos.

—Es la casa del *mazhi* —explicó Nur—. El hombre que ha llegado es el *ukatta* de Min Gyi.

—¿Quién es?

—Min Gyi es el nombre colectivo que damos al conjunto administrativo de Tula Toli y del pueblo rakhine más cercano. El *ukatta* es su jefe.

Preocupados por la inesperada visita, Nur y su padre pidieron permiso para ausentarse y se encaminaron a la casa del *mazhi* para conocer las novedades, por lo que dejaron a los invitados a solas. Tomás y Tin Tun permanecieron sentados, a la espera.

—Hace poco dijeron que habían cortado las relaciones con las comunidades budistas vecinas. ¿Cómo se explica entonces la llegada del jefe del municipio?

—Eso es lo más intrigante —respondió Tin Tun—. Nuestras relaciones eran normales, incluso cordiales, hasta 2011. Pero ese año apareció Facebook en el país y empezaron a tenernos miedo,

sobre todo tras la violación de la chica budista en 2012. Se volvieron más recelosos, especialmente en esta región, donde hay más rohinyás. La hostilidad propició la aparición del ARSA, y desde entonces nuestros contactos con la provincia prácticamente desaparecieron.

—¿Desaparecieron? ¿Los budistas dijeron que no querían tener relación con vosotros?

—No, nadie lo dijo de forma explícita. Pero si un budista veía a un rohinyá, giraba la cara. No decían nada, simplemente nos daban la espalda. Era cada vez más desagradable y por eso dejamos de visitarlos. Cuando necesitábamos comprar algo, enviábamos a los niños. Hasta que un día empezaron a apedrearlos y también dejaron de ir. Quedamos aislados.

—¿Tuvo que pasar por todo eso?

—En mi caso, menos. Recuerde que soy profesor universitario, vivo en Yangón y adopté un nombre budista birmano para no llamar la atención. Muchos ni siquiera saben que soy rohinyá, aunque la piel oscura me delata. El deterioro de las relaciones se normalizó en las provincias, sobre todo, en esta región mayoritariamente rohinyá. Me contaron que aquí, en Tula Toli, vivían unas sesenta familias budistas y todo iba bien. De repente, Facebook se llenó de mensajes contra nosotros, se asustaron y se fueron.

—Si los rohinyás dejaron de relacionarse con sus vecinos budistas, ¿qué hace aquí el jefe local?

—Es eso lo que Nur y su padre han ido a preguntar. Es raro que haya venido el *ukatta*. ¿Qué querrá?

No tardaron en saberlo. Los anfitriones regresaron veinte minutos después de la casa del *mazhi*, sonrientes, con expresiones de alivio.

—Todo en orden —anunció Nur—. El *ukatta* nos ha dicho que no nos preocupemos, que asume la responsabilidad de nuestra

seguridad. Nos aseguró que no tendremos problemas. No hace falta que huyamos. Si por casualidad llegan los soldados, solo tenemos que acercarnos a la orilla del río y nadie nos hará daño.

El ambiente se relajó. El miedo se disipó y el peso que todos cargaban, como condenados en vísperas de la ejecución, pareció evaporarse. Probablemente, era solo un aplazamiento de la sentencia, pero era suficiente. Con paciencia, superarían aquel período difícil y tal vez nunca tuvieran que marcharse. Los rohinyás conocían demasiado bien las historias de sufrimiento prolongado en los campos de refugiados de Bangladés y no querían ese destino para ellos. Cuanto más tiempo pudieran quedarse en su tierra, mejor.

La euforia por las buenas noticias remitió y todos se fueron a dormir. Según lo previsto, Tomás y Tin Tun se acomodaron en la habitación de Nur. El espacio era reducido, pero lograron encajar las esterillas sin tener que dormir unos encima de otros.

Una bombilla tenue, conectada al generador del exterior, iluminaba la estancia. Tras mirar el reloj, Nur señaló la lámpara.

—Solo tenemos quince minutos más de electricidad —informó—. A las diez en punto mi padre apagará el generador.

Después de asearse, Tomás se tumbó sobre su esterilla. Aprovechó el tiempo de luz restante para abrir el sobre y revisar el contenido. Se trataba de un documento oficial con símbolos del Estado, por suerte, redactado en inglés, lo que le permitía entenderlo. Lo estudió con detenimiento: primero con curiosidad, luego intrigado y por último asustado.

Cuando terminó, miró a Tin Tun, que se preparaba para dormir.

—¿De dónde ha sacado esto?

El rohinyá levantó la cabeza.

—Eso es asunto mío —respondió sin dar más explicaciones—. Pero puede estar tranquilo, profesor Noronha. El documento es auténtico.

Tomás se quedó reflexionando sobre la magnitud de lo que acababa de leer, sobre todo, teniendo en cuenta sus experiencias más recientes. De golpe, se apagó la luz. El padre de Nur acababa de desconectar el generador. A tientas, Tomás guardó el documento en el sobre y lo escondió en un bolsillo discreto de su maleta, consciente de que debía garantizar su custodia. Se tumbó. Estaba exhausto. Oyó el sonido de un helicóptero sobrevolando la zona, pero no le dio importancia.

Error. El zumbido de aquellas hélices era presagio de malas noticias.

LV

Siempre que el coronel Mijaíl Arseniev se ponía nervioso, le temblaba el párpado izquierdo. El capitán Dimitri Chernishev lo advirtió en cuanto lo tuvo delante. No era difícil imaginar por qué. Acababan de llamar desde la Lubianka y, nada más colgar, el coronel lo había convocado. La conversación con los jefes del FSB no parecía haber sido agradable.

—Hemos fallado en el primer objetivo de nuestra misión —anunció el jefe de la operación del FSB en San Petersburgo con voz lúgubre —. No han levantado las sanciones.

Estados Unidos se las había impuesto como castigo por la anexión de Crimea y la ocupación del Donbás, como represalia por la invasión de Ucrania. El Kremlin fingía que aquellas medidas no afectaban a su economía, pero era propaganda pura para mantener alta la moral del pueblo y engañar a Occidente. La verdad era otra: en Moscú esperaban con ansias su final. Por algo sería.

—¿Por qué, mi coronel? —preguntó Dimitri—. Creía que con Trump en la Casa Blanca eso se resolvería. ¿Acaso nuestro presidente no habló con él en la cumbre del G20?

—Era lo pactado, sí. Hablaron del tema. Y por lo visto, Trump lo intentó. Pero parece ser que el Congreso no le ha permitido levantar las sanciones.

Su subordinado parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo no? ¿Trump no es el presidente? ¿Cómo puede el Congreso prohibirle hacer algo? ¿Quién manda entonces en Estados

Unidos?

—No hemos tenido en cuenta las particularidades de su sistema político —reconoció Arseniev—. Es muy diferente del nuestro, allí no está centralizado. Según parece, hay decisiones que requieren la aprobación del Congreso.

La noticia era frustrante.

—Ya, el problema de las democracias..., y además la oposición del Partido Demócrata...

—No son solo los demócratas, capitán. Los congresistas republicanos, es decir, miembros del propio partido de Trump, también están bloqueando los esfuerzos del presidente e impidiendo que levante las sanciones. En el Senado, la votación fue de 98 a 2 a favor de mantenerlas. ¿Lo entiende? Incluso los republicanos están contra nosotros y tienen poder para frenar cualquier decisión. Trump no puede hacer nada para ayudarnos.

Una derrota de 98 a 2 no era una derrota, era una humillación, un aplastamiento inesperado. La operación estadounidense del FSB había partido de la premisa de que Trump, una vez instalado en la Casa Blanca, daría la orden de resolver el problema de inmediato. Por lo visto, no era lo que estaba ocurriendo.

—¿Los republicanos no deben obediencia al líder de su partido?

—Las cosas en Estados Unidos no son tan lineales —replicó el coronel—. Y el problema no es solo que se levanten las sanciones, capitán. Son todos nuestros objetivos estratégicos y, sobre todo, el tema de la OTAN. ¿De qué nos sirve contar con Trump para intentar desmantelarla y que Europa caiga en nuestras manos si el Congreso obstaculiza los esfuerzos de su propio presidente? Este episodio nos demuestra que no basta con tenerlo de nuestra parte. También tenemos que controlar el Congreso.

—Ya, ya veo —dijo Dimitri, desviando la mirada hacia el móvil posado sobre la mesa del coronel—. ¿Y qué dice Moscú de todo esto?

—Nos han dado órdenes para avanzar con una nueva misión —respondió Arseniev, sombrío—. Nuestro trabajo en Estados Unidos no será solo apoyar a Trump para su reelección. Tenemos que transformar la esencia del Partido Republicano para alinearlo con nuestros intereses. Solo así conseguiremos que el Congreso no sea un obstáculo para nuestros proyectos.

—No va a ser fácil...

—Y no es solo eso, capitán. Un día, Trump dejará de estar. Ya tiene una edad, así que vamos a necesitar a un nuevo Trump que lo sustituya. Por lo tanto, debemos trabajar dentro del Partido Republicano para transformarlo, y además identificar potenciales Trumps y moldearlos según nuestros objetivos. ¿Entiende las consecuencias de estas nuevas órdenes en nuestras operaciones?

Dimitri comprendía perfectamente todas las ramificaciones. Ya no se trataba solo de convencer a la mayoría de un país para que votara a un candidato favorable a Rusia, como habían hecho en aquellas elecciones presidenciales. Ahora tenían que estudiar en profundidad a todo un partido, identificar candidatos con el perfil adecuado, trabajarlos, formarlos en función de los intereses rusos y, por último, convencer a decenas de millones de votantes en múltiples Estados de que los eligieran. La ambición, la amplitud y la complejidad de una misión así eran de otra magnitud.

No obstante, había que hacerlo.

Tras un largo silencio, en el que ambos valoraron la inmensidad de la tarea, Dimitri asintió con firmeza.

—Tenemos que infiltrarnos entre los republicanos.

No iba a ser nada fácil. Pero los dos hombres del FSB sabían que, con las redes sociales a su servicio, para Rusia no había imposibles. Tenían el poder de fabricar una realidad alternativa capaz de sumir a Estados Unidos en una guerra civil. La tempestad eran ellos. Y, a pesar de las dificultades, Rusia vencería.

LVI

La fecha de las elecciones presidenciales en Estados Unidos se acercaba y Leroy Roderick estaba convencido de que Donald Trump no lo tenía fácil. Las élites y sus secuaces, la comunicación social tradicional, lo cercaban como hienas. Daba igual lo que hiciera: enseguida se le echaban encima sin piedad. Lo agredían, lo ofendían, lo humillaban de todas las formas posibles. El Estado Profundo lideraba el ataque y saboteaba por completo los esfuerzos de Trump para limpiar el pantano, derrotar a las tinieblas e imponer la luz. Por increíble que pareciera, el mal siempre parecía estar en condiciones de ganar la guerra contra el bien.

La gota que colmó la paciencia de Leroy fue el *drop* número mil cuatrocientos noventa y seis que Q había divulgado dos días antes en 8chan.

POTUS EN POSESIÓN DE (E A REVER):

1. Informe IG original no finalizado

2. Informe IG modificado no finalizado (versión RR)

3. Informe IG modificado finalizado (versión RR)

4. Notas sumarias IG: obstrucción(es) para obtener información seleccionada

(secreto)

(#3 divulgado mañana)

Haced ruido. Que se os oiga. Luchad por la VERDAD.

Q

El *drop* estaba repleto de pistas. Una tras otra. Cabía a Leroy, y a todos los *anons* que participaban en acaloradas discusiones en 8chan, vídeos de YouTube y en los grupos de Facebook, donde había miles y miles de seguidores, la tarea de interpretar el mensaje críptico de Q.

POTUS era Donald Trump, *President of the United States*. RR era, como cualquier norteamericano sabía, Rod Rosenstein, el pérfido fiscal general adjunto que había nombrado a un relator especial para investigar la presunta interferencia rusa en las elecciones y que haría lo que fuera necesario para proteger a la élite progresista y complicarle las cosas al presidente que retaba al *status quo*. Por su parte, los informes IG eran documentos del inspector general, la fiscalía, que, según había revelado Q en *drops* previos, contenían hechos de enorme gravedad cometidos por la élite y cuya divulgación precipitaría la detención de Hillary Clinton, el colapso del Estado Profundo, la victoria del bien y la salvación de Estados Unidos.

Una verdadera bomba.

Ahora bien, este último *drop* de Q anunciaba en el punto «#3» que el informe del inspector general «modificado y finalizado» por Rosenstein iba a ser «divulgado mañana». Esa pista había aparecido en 8chan hacía dos días, así que «mañana» ya era ayer. Y, de hecho, en la víspera la fiscalía había divulgado un informe. Se trataba de un texto que culpaba al presidente de algo que, evidentemente, había sucedido porque el corrupto Rosenstein, agente al servicio del Estado Profundo, había alterado la versión original —la verdadera, la que denunciaba a la satánica Hillary Clinton y a las élites a las que dirigía— y la había sustituido por una versión falsa.

El problema era que la Casa Blanca, que sabía la verdad, aún no había denunciado esa siniestra maniobra de las fuerzas del mal. ¿Por

qué ese silencio? ¿Por qué Donald Trump se callaba? ¿Por qué razón la operación para desmantelar el Estado Profundo, que había llevado incluso al reposicionamiento de los portaaviones, se había detenido a última hora?

Leroy concluyó que para suspender el Plan solo había una explicación; lo mismo pensaban los demás *anons* que se juntaban en 8chan y en los grupos de Facebook para analizar estos misterios. El Estado Profundo condicionaba a POTUS, el presidente. De hecho, Q ya había alertado implícitamente de esa posibilidad. Bastaba ver el final del último *drop*, donde hacía un llamamiento dramático a los *anons*.

Releyó esa línea:

Haced ruido. Que se os oiga. Luchad por la VERDAD.

Como la Casa Blanca seguía sin pronunciarse sobre el informe adulterado por Rosenstein, ese llamamiento solo podía ser una orden de Q, e implícitamente del propio presidente, para que los *anons*, en calidad de soldados digitales y guerreros de la luz, intervinieran en socorro de su líder. Tenían que liberarlo de la camisa de fuerza que cohibía sus movimientos y le impedía publicar el verdadero informe, el que Rosenstein había recibido y mantenía oculto. Solo así se cumpliría la misión sagrada de detener a la satánica Hillary, limpiar el pantano y volver a hacer a América grande de nuevo. Los *anons* tenían que hacer ruido, tenían que hacerse oír, tenían que luchar por la verdad.

Entonces apareció un nuevo *drop* en 8chan:

El partido (D) dejará de existir cuando todo esto sea expuesto.
Las FAKE NEWS ya no pueden controlar (silenciar)

el conocimiento público de la VERDAD.

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ.

Q

De las tinieblas a la luz.

Había llegado el momento de hacer ruido, de hacerse oír, de luchar por la verdad. ¿Quién iba a hacerlo? Pues bien, ya que nadie se decidía, lo haría él. Él. Leroy Roderick. Soldado digital, guerrero de la luz, combatiente del bien. En realidad, no sabía cuántos *anons* pasarían a la acción, pero él sí estaba dispuesto a hacerlo. Y lo haría. Era un cajún, y los cajunes lo aguantaban todo. Era imperativo rescatar al presidente de las garras opresoras del Estado Profundo y preparar el golpe fatal contra las élites corruptas que entregaban el país a los inmigrantes, las feminazis y los sodomitas.

Tras tomar la decisión, Leroy desarrolló un plan operativo, eligió un objetivo y pasó las cuarenta y ocho horas siguientes trabajando afanosamente en los preparativos. Era un soldado digital y ayudaría al presidente Trump a cumplir su misión sagrada. Aprovechó ese tiempo para hacer una visita previa de reconocimiento al teatro de operaciones, colocó los medios necesarios en el local y, por fin, fue a Sullivan's Gun Outlet para comprar el material que le faltaba.

Cuando llegó el día, dejó a Sally en el colegio y pidió a su cuñada Clarence que la recogiera en caso de que él no pudiera hacerlo. Inmediatamente después, se marchó a Baton Rouge. Aparcó en el Bluebonnet Park Shopping Center, se cercioró de que no había cámaras de videovigilancia que lo grabasen y forzó la puerta de un GMC con cristales tintados. Soltó los cables, hizo contacto y arrancó el motor. Momentos después, al volante de ese coche, salió del *parking* y se lanzó a la carretera. El *modus operandi* era el mismo de

Washington D. C., cuando fracasó en la operación de rescate en la pizzería.

Pocas horas después, Leroy llegó al embalse Archie, en Luisiana. Allí se encontró a algunos trabajadores y un puñado de turistas que hacían un pícnic junto al pantano. Vio flamencos paseando por el agua y recordó con nostalgia la época en que todavía se veían esas aves elegantes en la curva del río, frente a su casa. «Cabrones de las élites», pensó. Además del empleo, le habían robado el río. El Norte progresista vivía a costa de la energía producida en el Sur y, aun así, desde lo alto de su pedestal, predicaban hipócritamente contra la contaminación que tanto los beneficiaba, ¿o no? Peor aún: el Norte se aprovechaba del petróleo del Sur, pero se inventaba supuestas alteraciones climáticas como argumento para robar más empleos a la gente corriente, hombres honestos que vivían de su trabajo y que ellos arrojaban a la miseria.

Había llegado el momento de contraatacar, de ayudar a acabar con aquella situación. Aparcó el GMC cerca del agua y se dirigió al maletero para ultimar los preparativos. Se colocó la media con agujeros para los ojos y ocultó su rostro. Después, armó el AR-15 semiautomático que ya había usado en Washington y se metió granadas en los bolsillos y varios cartuchos de munición comprados en Sullivan's Gun Outlet. Finalmente, sacó un cartel cubierto con un paño, lo sujetó con la mano izquierda y cerró el maletero.

Cuando estuvo perfectamente equipado, observó a los turistas y a los trabajadores de la hidroeléctrica. Sintió un golpe en el pecho que le corroía la determinación, así que cerró los ojos, respiró hondo y se esforzó por controlar los nervios. No cedería al miedo. Usaría su rabia como motor. Igual que en Washington D. C.

Era la hora.

Abrió los ojos y, como quien camina hacia un abismo empujado por la desesperación, avanzó hacia los turistas y les apuntó con el AR-15.

—¡Todos quietos! —gritó—. ¡Que nadie se mueva!

La primera reacción fue de estupefacción. La gente lo miraba intentando entender qué orden era esa, quién era, qué quería. Pero cuando vieron que ocultaba el rostro como un ladrón de bancos y estaba armado con una escopeta semiautomática, empezaron a gritar. Dos trabajadores de la hidroeléctrica echaron a correr tratando de huir, lo que obligó a Leroy a soltar una ráfaga hacia el camino que había delante. El impacto de las balas contra el suelo levantó un rastro de tierra. Uno de los hombres se detuvo con los brazos en alto. Se rendía.

—No... No dispare —le suplicó, con voz trémula—. Por favor, no dispare.

Sin embargo, el otro siguió corriendo. Leroy podía abatirlo, pero no era ningún asesino, y además pensó que su huida incluso podría ser útil. No había comisaría de policía en los alrededores, como había confirmado durante la fase de preparación, por lo que cualquier intervención tardaría. Disparó vagamente en dirección al fugitivo, no para acertarlo, sino para intimidar al resto. Fingió decepción por haber fallado y giró el AR-15 hacia los turistas y el resto de los trabajadores.

—A quien se mueva le disparo —advirtió—. ¿Queda claro? —Todos temblaban de miedo. Las mujeres abrazaban a sus hijos llorosos, y nadie era capaz de hablar—. ¿Queda claro? —gritó de nuevo.

—S... sí.

Todos estaban aterrorizados. Así, a nadie se le ocurriría intentar huir.

—Necesito un voluntario.

Los rehenes se miraron entre sí, paralizados. Nadie dijo nada. Leroy sintió compasión por una adolescente que abrazaba a su madre; le recordó a Sally, que se aferraba a Betty cuando se despertaba de una pesadilla. Estuvo a punto de ordenarles a todos que se marcharan. Eran estadounidenses como él, seguramente la mayoría votantes de Trump. No tenían culpa de nada. Pero tenía que llevar su misión hasta el final, por el bien de Estados Unidos y de los creyentes en Dios.

Apuntó el arma a un trabajador de la hidroeléctrica.

—Tú, ¿cómo te llamas?

El hombre empalideció.

—La... Larry.

—¿Cuál es tu función en la presa, Larry?

—S... soy técnico de mantenimiento.

Parecía perfecto. Leroy sacó su *smartphone* con tarjeta SIM desechable. Sintonizó el canal de *streaming* de Facebook y entró en línea. Luego lo dejó en el suelo y retrocedió dos pasos, sin dejar de apuntar a los rehenes.

—Larry, coge el móvil.

El técnico temblaba, pero no se atrevió a desobedecer. Se acercó y lo levantó. Miró al agresor, sin saber qué quería de él.

—¿Y... ahora?

—Apúntame.

—¿Apunto?

—Sí, a mí. Capta mi imagen mientras hablo. Cuando me calle, lo apagas.

Larry comprobó la pantalla: estaba retransmitiendo en directo. Apuntó al agresor.

—Ya puede hablar.

Leroy destapó el cartel que llevaba en el coche y lo mostró a la cámara. Decía: «Divulgad el informe de la OIG», la Oficina del Inspector General la fiscalía. A continuación, se aclaró la voz.

—Este mensaje es para el presidente de Estados Unidos, Donald John Trump —declaró—. Nosotros, el pueblo, exigimos que lo divulguen todo. Lo elegimos para que cumpliera con su deber. Dijo que detendría a determinadas personas cuando ganara y todavía no lo ha hecho. Respete su juramento. Divulgue el informe de la OIG. Por favor, señor presidente, merecemos la verdad.

Se calló e hizo una señal a Larry para que apagara el vídeo. Él obedeció y le devolvió el teléfono. Sin más palabras, Leroy volvió al GMC, colocó el cartel en el asiento trasero y arrancó, sujetando aún el AR-15 para disuadir cualquier movimiento.

Sabía que el trabajador que había huido tendría un móvil, así que en ese momento la policía ya estaría avisada. Mejor. Así atraería a la prensa y daría publicidad a su acción. Llamaría la atención de POTUS con el mensaje del pueblo estadounidense. El presidente lo interpretaría como prueba de la fuerza y determinación de sus soldados digitales y quizá eso bastara para que se liberase del cerco del Estado Profundo y retomara el Plan.

Aunque la policía estuviera de camino, Leroy sabía cómo esquivarla. Se salió de la carretera y tomó una vía secundaria. Avanzó ocho kilómetros hasta llegar a un cobertizo de leñadores. Aparcó y sacó sus cosas del coche robado en Baton Rouge. Metió el AR-15 en una bolsa de cañas de pescar. Abrió el cobertizo y vio la Harley-Davidson que la víspera había robado y escondido allí como parte del plan de huida. Se subió a la moto y salió por un camino de tierra que solo los locales conocían.

Q había pedido a los *anons* que lucharan en nombre de la verdad, que hicieran ruido, que se hicieran oír. Leroy lo había hecho. ¿Sería

suficiente para desencadenar la gran batalla de la luz contra las tinieblas? Estaba deseando entrar en 8chan y en Facebook para comprobar el eco de su hazaña patriótica.

LVII

Por más que intentara alcanzar a Maria Flor no lo lograba, corría por un laberinto, se metía en pasillos de espejos en zigzag, se le escapaba como una anguila. Hasta que hubo una gran deflagración y todo explotó.

Tomás Noronha abrió los ojos.

Pensó en su mujer. ¿Hacia dónde corría? Vio las hojas de palmera que cubrían el techo y al instante recordó que estaba en la *totta ghor* de la familia Nur. La huida de Maria Flor por el laberinto de espejos había sido un sueño que se había desvanecido con la detonación. La explosión que lo despertó había sido increíblemente real. Los sueños podían llegar a ser tremendamente poderosos.

Oyó un traqueteo rítmico, como si una máquina de coser trabajara fuera. Levantó la cabeza, intrigado. El ruido era real, no estaba soñando. En ese momento, Nur y Tin Tun también se levantaron, igual de perplejos, por lo que empezó a sospechar: ¿y si la detonación había sido real?

Oyó otra explosión.

No había duda: eran reales. Se levantó de un salto junto a sus compañeros de cuarto, y los tres miraron hacia el exterior por las rendijas de las paredes de madera. Amanecía bajo un cielo amarillento y columnas de humo subían en el horizonte, del lado donde estaban instalados los desplazados de la vecina aldea de Tula Toli.

Nur fue el primero en reaccionar.

—¡El Tatmadaw!

Acto seguido, su padre apareció en la habitación, despeinado, y susurró algo. Parecía tenso.

—Necesita ayuda para llevar a su mujer —tradujo Tin Tun—. Viene el Tatmadaw. Tenemos que irnos.

Se vistieron a toda prisa y fueron a la habitación en la que se encontraba la madre de Nur. La señora estaba tumbada, febril. Intentaron levantarla, pero era evidente que no estaba en condiciones de caminar, mucho menos de huir. Los hermanos de Nur y su abuela también estaban desorientados y hablaban todos a la vez. Nadie sabía qué hacer, cómo resolver aquella situación.

—Tranquilos —dijo Tomás, manteniendo la cabeza fría—. Vamos a improvisar una camilla.

—¿Qué camilla? Aquí no hay.

El portugués echó un vistazo a la casa y se detuvo en una puerta de bambú. Ahí estaba la solución. Arrancó dos cañas de la puerta y las posó en el suelo, paralelamente. Se giró hacia Nur.

—¿Tienes un martillo y clavos?

El chico fue a buscarlos y se los entregó. Afuera se oían disparos: a veces aislados, a veces en ráfagas cortas.

—¡Se nos acaba el tiempo! —avisó Tin Tun, que vigilaba lo que sucedía fuera. Estaba nervioso.

—Los soldados avanzan. ¡Deprisa! ¡Tenemos que irnos!

—Un momento.

Con el rostro encharcado de sudor, Tomás cogió el martillo y clavó piezas de madera a las cañas de bambú. Después tomó la esterilla de la enferma y la fijó sobre la estructura, formando la base de la camilla.

Ya estaba lista.

—Ayúdenme con mi madre —pidió Nur con urgencia—. Tenemos que tumbarla aquí.

Tomás ayudó a colocar a la señora sobre la camilla improvisada. Padre e hijo alzaron la estructura de bambú con la mujer encima, para comprobar que resistía el peso.

La camilla aguantó.

Fuera, los disparos se intensificaban, alternados con explosiones. El estruendo crecía, señal inequívoca de que los soldados se acercaban. También se oían las voces de los vecinos que huían.

—¡Deprisa! —dijo Tin Tun, con voz de alarma—. ¡Tenemos que salir inmediatamente!

El tiempo se agotaba. El grupo estaba formado por ocho personas: los dos visitantes, Nur, sus padres, los dos hermanos pequeños y la abuela. Se organizaron. Nur y su padre llevarían la camilla, Tin Tun iría detrás, Tomás ayudaría a la abuela. Delante irían los hermanos pequeños de Nur, porque conocían bien el pueblo, los senderos y los atajos.

El grupo salió de la casa y empezaron a subir la colina, al igual que otros vecinos. Iban formando un grupo que trataba de huir de lo que se avecinaba. Tomás miró hacia atrás y vio cientos de personas corriendo desde el centro del pueblo, intentando escapar. Detrás, hombres uniformados avanzaban y disparaban. No eran tiros al aire, había cuerpos en el suelo. La situación estaba fuera de control, a punto de convertirse en una catástrofe.

—¡Rápido! ¡Rápido! —apremiaba Tin Tun, con creciente urgencia.

A Nur y a su padre les costaba cargar con la camilla, pesaba mucho y exigía un gran esfuerzo. Si subir ya era difícil, hacerlo con esa carga era casi imposible. A ese ritmo corrían el riesgo de que ser alcanzados.

El padre de Nur dijo algo en rohinyá y el chico tradujo:

—Mi padre dice que avancen ustedes, irán más deprisa.

—En absoluto —respondió Tomás—. Vamos todos juntos. Yo los ayudo.

Nur habló de nuevo con su padre y volvió a mirar al portugués.

—Les estamos atrasando. No vamos a conseguirlo. Si aceleran el paso, irán más deprisa. Nosotros iremos detrás.

—Ya he dicho que no. Si es preciso, yo mismo...

—¡Sigan! —insistió Nur, sin consultar a su padre—. Por favor, ayude a mi abuela y a mis hermanos. Es una tontería ponerlos en peligro porque mi padre y yo avanzamos más despacio con la camilla. ¡Sigan! Nos encontraremos más adelante, en la playa. Recuerde lo que dijo el *ukatta*: si los soldados aparecen, debemos concentrarnos junto al río y no nos harán nada. ¡Allí nos encontraremos!

El chico tenía razón, a ese ritmo, todos estarían en peligro, incluida la abuela y los niños.

—Vale, nos vemos más adelante.

Tomás aceleró el paso y ayudó a la abuela de Nur. Con Tin Tun y los hermanos pequeños ganó terreno y dejó atrás al estudiante y a su padre. Avanzaron mucho más rápido. Doblaron la cima de la colina y comenzaron a bajar hasta que llegaron a un tramo del río que bloqueaba la huida. La gente se aglomeraba en una pequeña playa fluvial.

Tomás dejó su bolsa en el suelo.

—Los esperamos aquí.

Tin Tun negó con la cabeza.

—No, señor Noronha —objetó—. Tenemos que cruzar el río y huir.

—No es eso lo que hemos acordado —replicó Tomás—. Además, aquí estamos seguros. ¿No ha oído lo que dijo Nur? El jefe del

pueblo garantizó que los soldados no atacarían a quienes se concentrasen en la playa.

—Aunque así fuera, recuerde que usted es occidental —replicó el rohinyá—. ¿Qué cree que hará el Tatmadaw cuando lo vea aquí? No quieren testigos de lo que están haciendo, y mucho menos occidentales. Usted es un testigo. Independientemente de lo que diga el *ukatta*, su presencia nos pone en peligro a todos. Créame, tenemos que cruzar el río y huir.

Pequeñas balsas improvisadas con bambú y bidones de plástico llevaban a la multitud al otro lado. Tomás aceptó los argumentos de Tin Tun, que conocía mejor la situación. Cogió su bolsa e hizo un gesto para avanzar. Se pusieron en fila para embarcar.

Cinco minutos después, con el tiroteo cada vez más cerca, lograron subir a una de las balsas. La corriente era fuerte, la estructura se movía peligrosamente y tuvieron que aferrarse con fuerza para no caer. A mitad de la travesía, Tomás miró atrás. El horizonte estaba repleto de columnas de humo: eran las casas de Tula Toli incendiadas por el Tatmadaw. Entre cientos de fugitivos, alcanzó a distinguir a Nur y a su padre con la camilla en la que transportaban a la madre; avanzaban despacio y pronto llegarían al río, donde cada vez se acumulaba más gente.

Cuando llegaron a la otra orilla, el grupo de Tomás siguió adelante. La prioridad era distanciarse de los soldados. En la estampida escalaron un monte. Exhaustos y sin aliento, se detuvieron al llegar a la cima: la abuela no aguantaba más.

Entonces oyeron el sonido de un helicóptero. Sobresaltados, se ocultaron bajo unos arbustos y miraron hacia el río, intentando encontrar a los tres familiares rezagados. Pero era imposible distinguirlos entre la multitud que se agolpaba abajo.

Todavía confiaban en la garantía que les había dado el *ukatta*. La multitud junto a la playa había crecido, lo que hacía más difícil cruzar porque había pocas balsas improvisadas y la corriente parecía más fuerte. Los soldados del Tatmadaw descendían por la colina disparando, acompañados por civiles, probablemente rakhines, armados con machetes, cuchillos y palos.

Los atacantes formaron una línea para cercar a los fugitivos. La situación se descontrolaba.

—Tienen que salir de ahí —exclamó Tin Tun, tumbado junto a Tomás—. Y deprisa.

Pero ya era demasiado tarde.

LVIII

Desde hacía un buen rato, el párpado izquierdo del coronel Mijaíl Arseniev no dejaba de temblar. Era el tic que delataba su nerviosismo. El capitán Dimitri Chernishev y todos los *trolls* de la operación en San Petersburgo ya lo habían notado. Y no era solo el párpado. Últimamente, el jefe de la misión del FSB estaba irascible, de mal humor, muy diferente a los días de gloria tras las victorias del Brexit y de Donald Trump.

Por eso, a Dimitri no lo sorprendió demasiado que su superior irrumpiera en su despacho de sopetón, con el semblante tenso y la voz alterada.

—¡Era lo que nos faltaba! —rugió el coronel, sin siquiera saludar —. ¡QAnon se ha quedado sin plataforma!

—¿Otra vez? ¿Qué ha pasado?

Los *drops* de Q empezaron en 4chan, pero sus mensajes eran tan delirantes y desestabilizadores que la plataforma los prohibió. Entonces migraron a 8chan. Pero como la campaña de desinformación seguía activa, provocando incidentes con personas armadas que actuaban invocando la guerra contra el Estado Profundo en nombre del Plan, Cloudflare le retiró su protección contra los ciberataques. En la práctica, eso los silenció. Q se trasladó a 8kun, luego a servidores en el Reino Unido, pero también lo expulsaron. Acabó buscando refugio en servidores chinos de Tencent y Alibaba. Pero, por lo visto, ni allí estaba tranquilo.

—Vaya si les importamos a los cabrones de los estadounidenses —dijo el coronel Arseniev—. Desde que descubrieron que estuvimos implicados en promover el escándalo Pizzagate y en la elección de Trump, no nos dejan en paz. Como detectaron que estábamos impulsando a QAnon, presionaron a los chinos para que también lo expulsaran. Resultado: Q se ha quedado sin plataforma desde la que lanzar sus mensajes.

—¿Los estadounidenses creen que a QAnon lo hemos inventado nosotros?

El coronel negó con la cabeza.

—Eso no —aseguró—. Los mensajes de Q utilizan referencias culturales tan específicas de Estados Unidos que saben que no podríamos haberlos escrito. Además, nuestras campañas de desinformación son más dirigidas, mientras que este QAnon dispara a todo lo que se mueve. Pero sí han entendido algo importante: estamos promocionándolo con todas nuestras fuerzas y lo estamos usando para dividir y desestabilizar su país. Por eso van tras él cada vez que se instala en una nueva plataforma.

Dimitri comprendió al instante a dónde quería llegar su jefe.

—Entonces, mi coronel..., ¿quiere saber qué podemos hacer para ayudar a QAnon a encontrar una nueva plataforma?

—En el FSB, usted es el hombre de los ordenadores —le recordó Arseniev—. QAnon es demasiado valioso como para perderlo. ¿Tiene idea de cuántas personas hay en los grupos de Facebook y cuentas de Instagram dedicadas a QAnon?

—Bueno..., la última vez que lo vi, eran millones.

—Centenares de grupos, miles de cuentas, millones de seguidores discutiendo los *drops* de Q, hablando del supuesto Plan para destruir América o exigiendo la ejecución inmediata de Hillary Clinton y Barack Obama —añadió el coronel—. Un tercio de los

estadounidenses cree que existe un Estado Profundo que maneja todos los hilos. No es poca cosa. Q está radicalizando aún más el país y puede conducirlo a una guerra civil. No podemos permitir que lo silencien, ¿me oye? Así que resuelva el problema.

Dimitri se quedó en silencio unos minutos, sopesando todas las posibilidades.

—Solo veo una solución segura —concluyó finalmente—. Acogerlo nosotros.

—¿Quién? ¿El FSB acoger a Q?

—Rusia. Tenemos una IP que QAnon podría usar sin problemas.

El coronel lo miró indignado.

—¿Está usted loco? —se exaltó—. ¡Ni se le ocurra hacer algo así! Eso nos expondría. Tenemos que hacerlo de forma que nadie pueda relacionarlo con nosotros.

—Lo sé —respondió Dimitri—. Pero el Gobierno estadounidense ya sabe que estamos detrás de la promoción de QAnon.

—Una cosa es que lo sepan, otra muy distinta es que puedan probarlo —argumentó Arseniev—. Tenemos que poder negarlo. Si le ofrecemos una de nuestras plataformas, eso nos compromete. Estamos en una operación híbrida. Formalmente, debemos mantener las distancias.

Dimitri respiró hondo.

—La situación es la siguiente: si QAnon sigue saltando de plataforma en plataforma, sus mensajes seguirán interrumpiéndose y perderán impacto. Las autoridades estadounidenses no van a parar de perseguirlo. La única forma de darle estabilidad es alojarlo en una de nuestras plataformas, desde la que pueda lanzar todos sus mensajes sin que nadie en Occidente pueda expulsarlo.

—Se lo repito: no podemos exponernos.

—Aunque funcione desde una plataforma rusa, no significa que pertenezca al FSB o al Estado ruso —señaló Dimitri—. Las plataformas anteriores no eran del FBI ni de la CIA. La británica tampoco era del MI5 ni del MI6. Si usamos una plataforma formalmente independiente, se puede mantener la negación plausible.

El rostro del coronel se iluminó.

—Ah..., ¿en Rusia hay plataformas independientes?

—Como sabe, lo controlamos todo. Pero podemos crear una fachada, como si fuera independiente. ¿Por qué no acogemos a QAnon en una de nuestras plataformas piratas?

—¿Cuál sugiere?

—Media Land LLC, con sede en Vladivostok. Está especializada en fraudes con tarjetas de crédito, *malware* y estafas por *phishing*. Podemos dejar que Q use su red para lanzar mensajes y nadie podrá vincularlo directamente al Estado ruso. ¿Qué le parece?

El rostro de Arseniev cambió al instante. Incluso el temblor del párpado cesó.

—¡Perfecto! —exclamó, dándole una palmada en la espalda—. ¡Ponga esa mierda a funcionar en Vladivostok y vamos a acabar con esos estadounidenses para...!

La puerta del despacho se abrió de golpe. Alexéi irrumpió jadeando, los ojos abiertos de par en par y el rostro encendido por la emoción. Traía noticias urgentes.

—¡Han detenido a Oprah!

LIX

No podía ser más sorprendente la noticia que circulaba en las redes sociales: habían detenido a Oprah Winfrey, la célebre presentadora de televisión, por su presunta implicación en la red de pederastia de las élites. Sentado frente al ordenador, Leroy Roderick estaba estupefacto. Y, tenía que admitirlo, eufórico.

Cerró el puño en señal de victoria.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡El Plan está en marcha!

Ya era hora. Es cierto que aún no habían divulgado el informe de la OIG, aunque lo hubiera exigido durante su acción armada en el embalse, pero al menos había demostrado que era un soldado de la luz que estaba listo en su puesto de combate, apoyando al presidente y a Q, quien al parecer había convencido a Trump de que no estaba solo en su lucha. Por fin se había desencadenado la operación contra el Estado Profundo. Y seguramente era solo el principio. Confiaba en el Plan.

Buscó más detalles sobre la noticia de Oprah y vio que un anónimo había compartido un enlace de YouTube. Pinchó en él. Era un vídeo en el que se mostraba la mansión de Oprah Winfrey en Florida. Las imágenes granuladas, ampliadas por quien las hubiera descargado de YouTube, dejaban claro que, efectivamente, se trataba de la presentadora escoltada por agentes federales que sacaban también a otras personas del interior del edificio.

—¡Ajá!

No cabía duda, la habían detenido. La operación contra el Estado Profundo y las élites que lo utilizaban contra el pueblo estaba definitivamente en marcha. Tras ver el vídeo, Leroy volvió a Facebook y comprobó que el hashtag #OprahPresa ya era viral. Se multiplicaban las fotografías de agentes federales en la propiedad de la presentadora en Boca Ratón, excavando en el terreno donde habían detectado numerosos túneles secretos. Seguramente las búsquedas estaban relacionadas con los cadáveres de los pequeños y con los accesos a los antros satánicos subterráneos en los que se cometían violaciones y asesinatos de esas pobres almas. ¡Justicia al fin!

Las noticias en Facebook aseguraban que Oprah sería de inmediato presentada ante un tribunal militar, creado por orden secreta del presidente, así como que estaban levantando un cadalso en un ala oculta de la prisión de Guantánamo para ahorcarla. A ella y a otras figuras importantes del Estado Profundo involucradas en el escándalo de la pederastia.

¿Quién iría después de Oprah? Desde hacía tiempo, en los grupos de Facebook se debatía sobre otros miembros de la élite implicados en la red de abusos a menores en Washington. Los *drops* de Q no mencionaban nombres, pero ciertas referencias enigmáticas habían dejado entrever que, además de la bruja Hillary y del musulmán Hussein —ambos destinados igualmente al pelotón de fusilamiento —, el actor Tom Hanks y el director de cine Steven Spielberg también estaban implicados en la violación de menores. Incluso había tuits de supuestas víctimas que lo contaban todo, como el caso de una tal Sarah Ruth Ashcraft, pobrecilla. Su mensaje en Twitter incluía una fotografía y era tan contundente como la gravedad de las acusaciones y la culpabilidad de las siniestras figuras de Hollywood:

Aquí estoy yo con 13 años, la edad en la que @tomhanks me compró a mi padre para usarme como una muñeca sexual. Me pregunto ¿cuánto pagaría? Me pregunto cuánto $$$ hizo que mi padre destruyera mi mente y vendiera mi cuerpo infantil a lo largo de mi vida. ¿Alguna vez lo sabré?

Leroy ardía de rabia.

—¡Tienen que ejecutar a ese Tom Hanks! —rugió entre dientes—. ¡Lo que él junto con esa panda de violadores está haciendo a esos niños es imperdonable!

¡Tenía que dar gracias a Dios por Donald Trump! La prensa masacraba al presidente por enfrentarse a las élites que cometían semejantes atrocidades, pero al parecer había resistido la presión y había lanzado el ataque contra el Estado Profundo. La detención de Oprah Winfrey era solo la primera. La seguirían Hanks, Spielberg y toda esa jauría de violadores, satánicos y progresistas globalistas que atacaban a los estadounidenses, promovían a los extranjeros, destruían el país y amenazaban a la humanidad.

YouTube, Facebook y Twitter, junto con el resto de las redes sociales, no paraban de difundir más detalles sobre la operación en la casa de Oprah, hasta que, de repente, apareció en la página de *The Washington Post* una noticia que afirmaba que todo era falso, que la policía no había lanzado ninguna gran operación contra la pederastia, que Oprah ni siquiera tenía una casa en Florida.

Leroy soltó una carcajada, irritado.

—¡Ya están protegiéndose entre ellos! ¡Qué gentuza!

A continuación, apareció un tuit de Oprah:

Acaban de llamarme para decirme que mi nombre está por todas partes. Y que me he hecho viral por algo horriblemente FALSO.

NO ES VERDAD. No han entrado en mi casa ni me han detenido.

El desmentido lo perturbó, sobre todo, porque con una rápida verificación confirmó que el mensaje había sido enviado desde la cuenta oficial de Oprah Winfrey en Twitter. Pero enseguida comenzaron a circular en Facebook informaciones de que alguien la había suplantado, que la verdadera Oprah estaba camino de su ejecución en Guantánamo y que alguien de las élites había entrado en su cuenta para enviar el mensaje falso en su nombre y seguir engañando al público. ¡Cabrones de las élites y sus trampas! Incluso cuando los detenían, esos monstruos no cesaban en su empeño de encubrir sus delitos y manipular a los estadounidenses.

Alguien llamó a la puerta con violencia.

Por un instante, Leroy pensó en no levantarse. Lo que estaba leyendo en las redes sociales, con el sello de credibilidad de YouTube, Facebook y Twitter, y los intentos frenéticos del Estado Profundo y sus secuaces por silenciarlo era demasiado importante. Las élites, a través de los medios tradicionales y de la industria de Hollywood, mantenían a la población adormecida, dócil, fácilmente controlada y manipulada. Había que despertarla, sacarla de ese letargo. Lo que estaba en juego era la salvación del alma de América.

Volvieron a llamar, esta vez con más insistencia, obligándolo a levantarse.

—¿Quién será el idiota que viene a molestarme? —murmuró, tenso y contrariado, mientras caminaba hacia la entrada—. ¿Es que no tienen nada mejor que hacer que venir a incordiar?

Abrió la puerta y encontró a su cuñada Clarence, con los ojos arruinados por el maquillaje corrido a causa de las lágrimas. Traía el rostro desfigurado por la desesperación.

—Mi hijo... Mi hijo...

—¿Qué ha pasado?

La hermana de su difunta esposa Betty se abrazó a él. Todo su cuerpo temblaba mientras lloraba desconsolada.

—Van a venderlo.

LX

Tumbados bajo los arbustos en los que se habían refugiado, en un punto elevado del monte, Tomás Noronha y Tin Tun, junto con la abuela y los hermanos pequeños de Nur, asistían con horror a lo que sucedía abajo, en la curva del río, en pleno corazón de Tula Toli. Nur y sus padres se mezclaban con la masa de fugitivos; la situación era desesperada.

De repente, los rohinyás que se aglomeraban en la playa, en la zona de travesía del río, se vieron acorralados. Los soldados del Tatmadaw los cercaban por los lados, los apuntaban con sus armas y, sin aviso previo ni vacilaciones, abrieron fuego. Se oyeron gritos de pánico en la multitud rodeada y muchas personas cayeron sobre la arena encharcada de la playa o en el agua, que se tiñó de rojo de inmediato.

—*O bazi!* —gritaron los hermanos de Nur, echándose a llorar—. *O bazi!O Nur!*

Tin Tun tragó saliva.

—Están llamando a sus padres y a su hermano.

Ya había decenas de cuerpos en tierra o flotando en el agua cuando los hombres del Tatmadaw siguieron avanzando. El fuego dejó de ser indiscriminado. Los soldados empezaron a disparar uno a uno a los hombres rohinyás, mientras civiles armados con machetes los destrozaban a machetazos, de arriba abajo, como quien se abre camino en medio de una vegetación espesa. Desde aquella distancia no lograban distinguir a Nur ni a su padre, tampoco a la madre entre

aquella masa humana, pero era difícil hacerse ilusiones respecto a su destino.

Desesperados, muchos hombres rohinyás se lanzaron al agua, intentando escapar de las balas y los machetes. Pero casi nadie lograba subir a las balsas improvisadas. El río los arrastró y la mayoría desapareció en la corriente. Solo los más jóvenes y fuertes consiguieron llegar a la otra orilla. Echaron a correr para salvarse, pero a algunos los alcanzaron por la espalda y, tras unos pasos, cayeron sin levantarse más.

Separaron a los hombres que habían sobrevivido de las mujeres y los niños que seguían acorralados en la playa, en la curva del río. Ellas se abrazaban unas a otras, con el agua hasta el pecho. Agruparon a los hombres en la otra parte de la ribera. Algunos se sentaron, otros permanecieron de pie. En un momento dado, los soldados comenzaron a liquidar a tiros a los que quedaban, mientras los vecinos rakhines, que se habían unido a la matanza, los remataban con machetes y cuchillos. La carnicería se prolongó un buen rato, entre gritos desgarradores.

Por fin, cuando la gran mayoría de los hombres rohinyás yacía en el suelo, en medio de enormes charcos de sangre, los soldados del Tatmadaw dieron órdenes a los supervivientes de que cogieran palas y empezaran a cavar un gran agujero en la orilla del río. Media hora después, el trabajo estaba terminado. Les ordenaron arrojar en el agujero los cuerpos de sus compañeros y familiares: en su mayoría cadáveres, aunque había algunos aún vivos, mutilados con machetes y cuchillos. Cuando todos estuvieron apilados, los soldados se acercaron a los hombres que habían cavado el hoyo y los mataron a tiros o a golpes de machete y estacas. Luego arrojaron sus cuerpos al agujero y lo cubrieron con paja, hojas secas y trozos de bambú.

Después, encendieron cerillas y las lanzaron sobre los cuerpos. La paja y las hojas actuaron como combustible, y en segundos se desató un incendio. Cuando el fuego ardía intensamente sobre los cadáveres y los moribundos, los hombres del Tatmadaw se volvieron hacia las mujeres. Se les acercaron y, en medio de gritos, arrancaron a los niños de los brazos de sus madres para arrojarlos al río, degollarlos o incluso lanzarlos a las llamas. Las mujeres gritaban y aullaban, enloquecidas de desesperación, pero cuando la matanza de los niños terminó enmudecieron, postradas.

Cuando las mujeres ya no eran más que piltrafas humanas, los soldados tomaron a algunas de ellas y a unos pocos niños que habían dejado con vida y los llevaron a las cabañas intactas del poblado. Allí, los hombres del Tatmadaw formaron filas en las puertas. Los que salían instantes después lo hacían abotonándose los pantalones.

La abuela de Nur y los dos hermanos pequeños lo contemplaban todo a distancia, con los rostros empapados en lágrimas.

—*Zulum* —murmuró la anciana—. *Zulum*.

El portugués miró a Tin Tun sin comprender.

—Represión —tradujo—. En rohinyá no existe la palabra *violación*. Decimos *zulum*, represión.

Los soldados empezaron a incendiar algunas cabañas en las que habían encerrado a mujeres y niños supervivientes. En ese instante, Tomás entendió que tenían que tomar una decisión.

—Vámonos —dijo—. Ahora cruzarán el río y vendrán a por nosotros. Tenemos que marcharnos antes de que sea tarde.

Los cinco se levantaron y, guiados por los dos hermanos, subieron la ladera del monte y descendieron hacia la aldea más cercana, Wikhong, según explicaron los chicos. Claro que la idea no era buscar refugio allí: todos sabían que ese pueblo sería el siguiente

objetivo. Había que seguir adelante hasta encontrar un lugar donde los soldados no pudieran llegar.

Tomás estaba preocupado. Después de lo que acababa de presenciar en Tula Toli, no lograba imaginar dónde, en todo Myanmar, podrían hallar refugio.

LXI

Nada más ver la declaración en televisión, el capitán Dimitri Chernishev salió con paso acelerado de su despacho y se dirigió a la gran sala donde los *trolls* del Shaltai Boltai se afanaban en Twitter, Facebook, YouTube y todas las redes sociales que usaban los estadounidenses.

—¿Habéis visto lo que ha dicho Trump?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Sobre QAnon.

Algunos *trolls* se echaron a reír.

—¡Increíble! —exclamó Alexéi—. ¿Ha vuelto a retuitear esas tonterías?

—Le han preguntado públicamente sobre el tema.

—¿Qué?

—Hay que difundir que Trump ha respondido, ¿me oís? ¡A toda pastilla! Nos ayudará a dar credibilidad a QAnon.

—¿Dónde está?

Dimitri se sentó delante del ordenador de Alexéi y buscó el enlace al vídeo. Desde la operación del FSB en San Petersburgo, llevaban tiempo encargándose de divulgar la inventada detención de Oprah Winfrey y de otras celebridades estadounidenses. La noticia de que figuras relevantes del entretenimiento en Estados Unidos estuvieran implicadas en supuestas redes de pederastia tenía un enorme potencial divisorio y desestabilizador en el país, lo que servía de maravilla a los intereses de Rusia. El hecho de que el presidente se

sumara a la campaña de Q era lo que ahora llamaba la atención de los *trolls* en San Petersburgo.

Desde hacía algún tiempo, en sus tuits, Trump había empezado a repetir cientos de mensajes, ideas y expresiones de QAnon, e incluso escribía «nada puede detener lo que se avecina», una frase típica de Q que aludía a la inminente declaración de la ley marcial y al arresto de miembros del Estado Profundo y de las élites estadounidenses. El presidente había empezado a retuitear de forma casi rutinaria mensajes de QAnon en los que se afirmaba que el cerebro de Joe Biden estaba «congelado» y que él también era un pederasta. Trump solía además difundir *memes* creados por los *anons* con acusaciones extravagantes. Aquellas publicaciones habían provocado una auténtica explosión de las ideas de Q, que ya estaban en todas las redes sociales, intensificando el trabajo del equipo de San Petersburgo.

Cada vez más estadounidenses se sumaban a las tesis de QAnon y creían que estaba en marcha una guerra secreta entre las fuerzas del bien, lideradas por Donald Trump, y las del mal, encabezadas por Joe Biden, Hillary Clinton, Barack Obama y toda la élite pederasta del país. La batalla final era inminente, pues «nada puede detener lo que se avecina». Pero todavía había incrédulos. Una declaración pública del presidente sobre QAnon significaba llevar la credibilidad al máximo nivel y disipar las dudas sobre su legitimidad. Era una oportunidad que, en Rusia, el FSB y sus chicos del Shaltai Boltai no iban a desaprovechar.

Dimitri localizó rápidamente el vídeo con la declaración de Donald Trump y pinchó en el enlace. Las imágenes mostraban al presidente en una rueda de prensa, con el símbolo de la Casa Blanca detrás, y una periodista le preguntaba sobre Q y sus *drops*.

—No sé mucho sobre el movimiento, excepto que les caigo muy bien, lo cual me agrada —respondía Trump—. Pero no sé mucho más. Solo he oído que se está haciendo muy popular, y que son personas que aman a su país.

La periodista insistió.

—Señor presidente, la base de la teoría sostiene que usted, en secreto, está salvando al mundo de un culto satánico de pederastas caníbales. ¿Le suena de algo? ¿Está al tanto de esa situación?

—No lo había oído —replicó Trump, como si encarnara la inocencia misma—. Pero... ¿eso es algo bueno o algo malo? Si sirve para resolver los problemas del mundo, estoy dispuesto a hacerlo. Estoy disponible para empeñarme. Y, de hecho, estamos salvando el mundo. Lo que he oído de ese movimiento es que se opone a la pederastia. Y en eso estoy de acuerdo.

—Pero no existe ninguna red satánica de pederastia.

—No lo sé. No sé nada de ellos.

La periodista parecía en *shock*.

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé. Ni usted lo sabe.

Los *trolls* rusos estallaron en una carcajada.

—¡Ese tipo está dando crédito a QAnon! —Alexéi se rio—. ¡Es extraordinario!

Pero Dimitri iba un paso más allá. En realidad, lo que Trump hubiera dicho le daba absolutamente igual. Lo único que le preocupaba era descubrir la mejor forma de usar la declaración del presidente para que las ideas de QAnon ganaran más fuerza en todos los hogares de Estados Unidos.

—¡La declaración de Trump tiene que aparecer en todas partes! —ordenó en voz alta, dirigiéndose a los *trolls* del Shaltai Boltai a su alrededor—. Esto tiene prioridad máxima, ¿entendido? Facebook,

Twitter, YouTube, Reddit, Instagram... ¡Todo, todo, todo! En una hora, todo Estados Unidos tiene que saber lo que ha dicho su presidente.

De inmediato, los *trolls* rusos se sumergieron en sus ordenadores y comenzaron a teclear frenéticamente, difundiendo el enlace con las declaraciones en todas las cuentas falsas que habían creado en las redes sociales.

Solo Alexéi, el más atento de todos, se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa? —le preguntó Dimitri—. ¿Por qué estás ahí parado? ¡Manos a la obra!

Pero el *troll* no se movió.

—Hay un mensaje de Q al que no hemos prestado suficiente atención, y me parece que también es prioritario —advirtió—. De hecho, Trump lo ha estado retuiteando. Creo que deberíamos hacer lo mismo.

—¿De qué habla?

—En sus *drops*, Q dice que Joe Biden tiene problemas cognitivos, que no es capaz de hablar con coherencia, que se esconde en un búnker, que usa un auricular donde le soplan todo lo que tiene que decir como si fuera un loro... Por eso, Q insiste en que Trump ganará las elecciones: Biden no podrá derrotarlo.

—Excelente. ¿Y cuál es el problema?

Alexéi lo miró fijamente, como subrayando la pregunta retórica que iba a formular.

—El problema es que todavía no ha ganado las elecciones, ¿no?

Dimitri frunció el ceño ante esa posibilidad.

—En Estados Unidos tienden a reelegir a sus presidentes —recordó—. Además, las encuestas le son ahora más favorables que cuando se presentó por primera vez. Y también cuenta con nuestra ayuda, ¿cierto? Así que tranquilo, lo tiene chupado.

—Las encuestas lo sitúan por detrás de Biden...

—En las últimas elecciones también decían que iba a perder y... mira lo que pasó. No te preocupes.

Pero el *troll* no parecía convencido.

—Cada elección es distinta, y el exceso de confianza es medio camino hacia la derrota.

Dimitri enarcó una ceja.

—¿A dónde quieres llegar?

—Tenemos que considerar la posibilidad de que Trump pierda las elecciones.

Ambos se quedaron en silencio. Dimitri había aprendido a confiar en las valoraciones de Alexéi, así que lo que acababa de decir lo inquietaba.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando Trump ganó, pilló a todos por sorpresa. Incluso a él mismo. Ahora es distinto: todo el mundo está en guardia. Sus adversarios ya saben que aquí, en Rusia, hemos interferido en las elecciones y que Cambridge Analytica usó métodos innovadores. Esta vez estarán preparados y probablemente usarán las mismas técnicas.

—Sí, vale, pero no nos tienen a nosotros —replicó Dimitri—. Seguiremos aquí, en San Petersburgo, maniobrando en la sombra para ayudar a Trump. Eso no lo tienen los demás.

—Es cierto, pero hay otro problema. Trump tiene cada vez más seguidores, pero también más detractores. Personas que antes lográbamos convencer para que se quedaran en casa —como las feministas y los votantes negros— esta vez no se quedarán de brazos cruzados. El miedo a su reelección los llevará a las urnas. Estas elecciones serán más difíciles. Mucho más. Por eso debemos

prepararnos para la eventualidad de que pierda. Q ya ha empezado a hacerlo.

—¿Q? —se sorprendió Dimitri—. Pero si acabas de decir que sus últimos *drops* garantizan que Trump tiene las elecciones en la palma de la mano...

—Sí, pero hay que interpretar los detalles. Q asegura que Trump ganará porque Biden está senil, pero también ha puntualizado que la única forma de que eso no suceda es que haya un fraude masivo a todos los niveles, con banqueros globalistas como Soros y los Rothschild, la élite y todo el Estado Profundo implicados. Q advierte de que un fraude así cambiaría el resultado.

—¿Es posible que haya un fraude masivo en Estados Unidos?

—Claro que no. Pero eso es lo de menos, ¿o no? Lo importante es que los seguidores de Trump lo crean. Y si lo creen, actuarán en consecuencia.

El responsable del FSB meditó sobre las múltiples implicaciones de lo que acababa de oír. Las elecciones estadounidenses abrían una crisis en torno al futuro de Trump en la Casa Blanca. Aunque las crisis, como había aprendido en la formación del FSB, también eran oportunidades. Solo había que identificarlas y saber aprovecharse de ellas.

—Que Trump gane las elecciones nos beneficia —constató, enunciando lo obvio—. La cuestión es cómo lograr que una posible derrota también lo haga.

—Q ya nos ha mostrado el camino...

Dimitri reflexionó.

—El fraude —comprendió, visualizando las ramificaciones—. Si convencemos a los estadounidenses de que ha habido fraude, se justificaría la derrota de Trump.

—Eso es lo que Q y Trump tienen en mente.

Pero el hombre del FSB ya iba un paso por delante.

—No basta —afirmó—. Hay que ir más lejos. En caso de derrota, debemos convencer a sus seguidores de que ganó y que la proclamación de victoria de su adversario es fraudulenta. Nuestro objetivo estratégico no será justificar la derrota de Trump. No. Nuestro objetivo real será usar esa derrota para provocar la revuelta de sus seguidores. ¿Entendido? ¡Vamos a hacer que salgan a las calles en pie de guerra!

Alexéi había mostrado a su superior los *drops* en los que Q mencionaba la posibilidad de fraude en caso de derrota. Pero lo que Dimitri proponía iba mucho más allá.

—Si Trump pierde, ¿quiere que sus seguidores protesten en las calles? ¿Para qué?

En los ojos de Dimitri brillaba la anticipación. Quizá, para Rusia, una derrota de Trump sería incluso mejor que una victoria. Dependería de a dónde condujera esa derrota.

—Para desencadenar la guerra civil.

LXII

No fue fácil tranquilizar a Clarence. La hermana de Betty temblaba descontroladamente y su desesperación era evidente; estaba fuera de sí. El pánico le incendiaba la mirada y las lágrimas le emborronaban el maquillaje. Miraba a Leroy Roderick con una expresión suplicante, como una náufraga, como si estuviera a punto de ser engullida por las aguas revueltas de un mundo en el que se ahogaba.

—Por favor, Leroy, tienes que ayudarme.

Su cuñado sabía que antes tenía que conseguir que se calmara, estaba completamente alterada.

—Entra y tranquilízate —le dijo con voz serena, invitándola a pasar con un gesto—. Te preparo un té y...

—¡No hay tiempo para eso! —lo interrumpió Clarence, casi furiosa —. ¡Tienes que venir conmigo, tienes que ayudarme!

—Perdona, pero estás muy alterada. ¿Qué historia es esa de que van a vender a Tim? Eso es un disparate. ¿Quién iba a venderlo?

Tim era Timothy, el hijo pequeño de Clarence. Estaba divorciada y padecía el síndrome de Munchausen, un trastorno psicológico que, según había diagnosticado el psiquiatra de los Servicios Sociales, la llevaba a provocar enfermedades en su hijo para llamar la atención sobre sí misma. Por esa razón, el Estado le había retirado la custodia, que estaba en manos de su padre.

—Bob.

—¿Cómo dices?

Bob era el exmarido de Clarence, el que tenía la custodia del niño.

—Bob... Bob quiere entregárselo al Servicio de Protección de Menores.

—¿Estás segura?

—Sí. Me lo ha dicho él mismo. Se ha separado de su pareja, trabaja en los pozos del golfo de México y pasa semanas enteras en las plataformas *offshore*. No tiene tiempo ni posibilidad de cuidar a Tim, ni tiene a nadie que pueda encargarse de él. Así que... lo va a entregar al Servicio de Protección de Menores.

Era una noticia muy grave. Lo sabían tanto Leroy como Clarence. El Servicio de Protección de Menores era la institución federal que se ocupaba de los casos de niños que se encontraban en situación desprotegida. Pero según las publicaciones de QAnon en las redes, esa entidad solo era una fachada y, en realidad, se encargaba de proporcionar «materia prima» a las redes satánicas de pederastia de las élites. Eso significaba que el pequeño Tim seguramente iba a convertirse en un objeto sexual de Biden, Clinton, Hanks, Spielberg y toda esa panda de depredadores de Washington y Hollywood.

—¿Bob sabe cuál es el destino de los niños custodiados por el Servicio de Protección de Menores?

—¡Se lo he contado!

—¿Y qué ha dicho?

—Que es falso —respondió Clarence entre sollozos—. Dice que estoy loca, que ese QAnon es un cuento chino, que no existe ninguna red de pederastia entre las élites y que todo es mentira...

Leroy entendió que era aún peor de lo que pensaba.

—Dios mío —murmuró, preocupado—. Le han lavado el cerebro, pobre.

—¡Pobre Tim! —se indignó Clarence—. ¡Tenemos que rescatarlo antes de que lo envíen a Washington y lo pongan a merced de la

bruja Hillary y de la red satánica que dirige! ¿No has visto lo que dicen, que hay un vídeo en el que Hillary le corta la cara a un niño y la usa como marcarilla? ¡Horrible!

Era terrible pensar que el pequeño Tim pudiera caer en esas redes de pederastia satánica. Leroy hizo un esfuerzo por mantener la cabeza fría y valorar las posibilidades.

—¿Has hablado con el Equipo Especial del Pentágono contra la Pederastia?

Según QAnon, se trataba de una unidad de élite que había creado el presidente con la misión de proteger a los niños entregados a las redes vinculadas al Servicio de Protección de Menores. El *drop* número ciento cincuenta y tres de Q afirmaba que una de las razones que habían llevado a Trump a postularse para la Casa Blanca había sido precisamente «no poder soportar la idea de que estuvieran raptando, drogando y violando a niños mientras las autoridades hacían la vista gorda».

—Sí, he intercambiado correos electrónicos con el equipo del Pentágono.

—¿Y...?

—Creen que Bob sabe perfectamente lo que va a pasarle a Tim, pero le da igual. Al contrario, ese cabrón ganará una fortuna con todo esto.

—¿Bob?

—Sí —confirmó Clarence—. Ese capullo está vendiendo a Tim a los pederastas, ¿lo entiendes? Por lo visto, las élites pagan millones por los niños, y él... se va a embolsar el dinero.

—¡Dios mío!

Su cuñada lo agarró por los hombros y lo sacudió con una ansiedad descontrolada.

—¡Tienes que ayudarme!

—¿Y el Equipo Especial del Pentágono contra la Pederastia? —preguntó Leroy—. ¿No van a hacer nada?

—Dicen que lo denunciaran ante los tribunales para rescatar a mi hijo —respondió—. Pero los tribunales tardan, como bien sabes. Y no olvides que el Estado Profundo domina todo y protege a las élites. Cuando salga la decisión judicial, si es que llega a ser favorable, porque también controlan a muchos jueces, a Tim ya lo habrán violado los pederastas. Pobre..., o quizá lo habrán matado para recoger..., eh..., esa cosa..., el tal arderniocromo...

—Adrenocromo.

—Bueno, esa porquería, la superdroga que extraen de las víctimas y usan para alcanzar la inmortalidad. Por eso tenemos que actuar rápido, Leroy. ¿Me ayudas?

—Sí, claro que te ayudo, pero... ¿qué hay que hacer exactamente?

—El tipo con el que me escribí, el del Equipo Especial, me dijo que por ahora solo pueden actuar por la vía legal, pero me informó de que hoy a las tres de la tarde habrá una manifestación de madres en Baton Rouge y me sugirió que participara. La televisión estará allí. Me insinuó que expusiera el caso de Tim, a ver si alguien hace algo. ¿Vienes conmigo?

Leroy miró su reloj: eran apenas las once de la mañana. La manifestación sería en cuatro horas.

—Tenemos tiempo —constató, e hizo un gesto para que lo siguiera al interior—. Entra. Comemos algo y después te llevo a Baton Rouge, ¿te parece?

La condujo a la cocina, aunque lo cierto es que no tenía mucho que ofrecer. Desde la muerte de Betty, los Roderick, padre e hijos, se alimentaban casi exclusivamente de comida congelada de supermercado, barata y fácil de preparar; bastaba con calentarla en el microondas. Leroy descongeló una lasaña y se sentaron a comerla

en el comedor. Clarence encendió la televisión para intentar distraerse del tormento que la consumía.

En ese momento, Fox News emitía un reportaje sobre las últimas declaraciones del presidente y su relación con las próximas elecciones.

—La única forma de perder estas elecciones es si son fraudulentas, recuérdenlo —decía Donald Trump—. El voto por correspondencia es muy peligroso para este país porque son unos tramposos. Muchas veces esos votos son fraudulentos. El voto por correspondencia falseará estas elecciones.

El entrevistador lo interrumpió.

—¿Está sugiriendo que podría no aceptar el resultado de las elecciones?

El presidente endureció el gesto.

—Habrá que verlo.

—¿Puede darme una respuesta directa: va a aceptar el resultado de las elecciones?

Trump movió la cabeza.

—No diré ni que sí ni que no —contestó—. No diré que no.

Leroy y Clarence masticaban la lasaña e intercambiaron miradas de preocupación. Fue ella quien rompió el silencio.

—¿Crees que el Estado Profundo falsificará los resultados para impedir la victoria del presidente?

Su cuñado negó con la cabeza.

—No podrán —respondió—. Claro que lo intentarán: el presidente es demasiado peligroso para los intereses de las élites, de los banqueros y de los globalistas como Soros y los Rothschild. Pero Trump y el equipo de Q lo tienen todo controlado. Todo está previsto según el Plan. Si seguimos el Plan, venceremos la guerra secreta contra los progresistas pederastas.

Clarence asintió. Sí, tendrían que confiar en el Plan. Además, el mismísimo presidente acababa de aparecer en Fox News muy seguro de sí mismo. Sus declaraciones estaban llenas de *crumbs*: pistas para que los *anons* las interpretaran. El Estado Profundo planeaba falsificar las elecciones; «eran unos tramposos», había dicho Trump. Pero el presidente lo sabía. Sin duda, estaba asesorado por el equipo de Q. Todo estaba bajo control.

Tendrían que confiar en el Plan. La guerra entre el bien y el mal era brutal, pero la luz acabaría imponiéndose a las tinieblas. Y los niños serían liberados, al fin.

LXIII

La lluvia los acompañó durante prácticamente todo el trayecto. Atravesaron las montañas Mayu y el denso bosque birmano; subieron y bajaron a pie por senderos estrechos en condiciones penosas. Cada vez con más frecuencia, Tomás Noronha tenía que ayudar a la debilitada abuela de Nur. Mientras, Tin Tun acompañaba a los hermanos del estudiante fallecido. Habían huido de Tula Toli de forma improvisada, por culpa de la inesperada llegada de los soldados del Tatmadaw y la posterior masacre junto al río, por lo que a ninguno les dio tiempo a prepararse mínimamente para el largo viaje. Incluso el portugués se limitó a coger su bolsa y huir con la familia de acogida.

Al menos, la incesante lluvia tropical les proporcionaba suficiente agua para beber. Y aunque no lloviera, había fuentes y ríos cristalinos que descendían de las montañas. El gran problema era la alimentación. Como nadie llevaba nada para comer, y en aquellas condiciones era casi imposible pescar o cazar, solo les restaban los pocos frutos y raíces que iban encontrando por el camino. Los hermanos pequeños de Nur eran los más atentos y ágiles, y fueron sobre todo ellos los que, aquí y allí, localizaban los alimentos.

Además del hambre constante y de sentirse cada vez más débiles, los fugitivos también tenían que enfrentarse a la noche. Tras la primera jornada, cuando el sol, oculto por las nubes cargadas de lluvia, se escondió al otro lado de las montañas, la luz del día se apagó, se vieron obligados a parar, ya que ninguno de ellos llevaba

linterna y era imposible ver un palmo por delante. Buscaron refugio bajo unos árboles para resguardarse lo mejor posible de la intemperie. No fue fácil dormir en esas condiciones. A pesar de todo, los rohinyás lograron adaptarse mejor, acostumbrados a vivir con muchas privaciones. Pero Tomás, que estaba habituado a los lujos de la vida europea, lo tuvo más difícil. Esa primera noche no fue capaz de pegar ojo.

En términos generales, el día siguiente volvió a ser duro, prácticamente igual al anterior. Pasaron por varios pueblos, aunque algunos ya estaban abandonados y en otros los habitantes habían agotado los alimentos, por lo que no podían ofrecer nada a los visitantes. Al caer la tarde, cruzaron el punto más alto de las montañas Mayu y empezaron a descender. Con el crepúsculo, buscaron un lugar para descansar, pero al caer la noche el portugués empezó a desesperarse.

—¿Podemos seguir a ver si encontramos un lugar más cómodo?

Tin Tun respondió en la oscuridad.

—¿En mitad de la noche, profesor Noronha?

El rohinyá tenía razón. Incluso Tomás se dio cuenta de que era una pregunta ridícula. Avanzar en medio de esa noche negra sería una locura, además de absolutamente imposible. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un hotel con cama y sábanas limpias? ¿Cena y, de postre, un chocolate regado con *whisky*? Aquella realidad a la que estaba acostumbrado era radicalmente distinta. Tendría que aceptarlo y, en vez de quejarse, adaptarse. Si todos eran capaces de resistir, incluso los mayores como la abuela de Nur, él también lo haría.

Se sentó en el suelo encharcado y se apoyó en un árbol. Estaba exhausto porque no había conseguido descansar ni un minuto la primera noche, por lo que se durmió notando las gotas de lluvia

tropical que se deslizaban por las hojas y le golpeaban el rostro inerte, como si fuera el mismísimo cielo el que lloraba. Descender a la miseria más absoluta no era fácil para nadie, pero al parecer el ser humano era capaz de adaptarse a lo que hiciera falta.

Se despertó al percibir movimiento a su alrededor. Abrió los ojos y comprobó que empezaba a amanecer, aunque el sol todavía se ocultaba tras las montañas. Se estremeció. Estaba calado hasta los huesos. Tosió. Se dio cuenta de que estaba tumbado en el suelo, el barro le servía de colchón, tenía el pelo empapado. Se levantó despacio: el cuerpo le dolía, el hambre apretaba, el malestar general empezaba a desesperarlo. Se sentía miserable. Se sacudió el agua y el barro del pelo y miró alrededor, intentando orientarse. Había varias familias rohinyás y algunos de ellos transportaban a heridos. Se quedó pasmado con la resiliencia de esas personas: era digna de admiración.

—¿Cómo son capaces?

—No les queda otra, profesor Noronha.

Era una pregunta retórica, como si pensara en voz alta, pero la respuesta de Tin Tun era más que obvia. Nadie allí tenía alternativa. Era seguir o morir. Por eso mismo, tenían que seguir.

La abuela de Nur estaba muy débil, así que los dos hombres, también agotados por el hambre y la fatiga, se alternaban para llevar a la anciana en brazos. Estaba muy frágil.

—*Oshanti lage* —murmuraba la mujer con una melancolía infinita —. *Oshanti lage*.

No era la primera vez que el portugués escuchaba esa frase; en realidad, era la que más veces salía de los labios de la señora. Con la mirada, le preguntó a Tin Tun qué significaba.

—No siento paz —tradujo el rohinyá—. Es una forma de expresar su tristeza.

Era el tercer día desde que habían huido de Tula Toli. Tomás, que ya se arrastraba por el camino pedregoso y encharcado, empezó a pensar que, si al día siguiente seguían igual, no sabía si sería capaz de llegar hasta el final. Estaba exhausto, sin energía, sus movimientos reducidos a una mecánica dolorida. Al menos había algo bueno, tanto para él como para sus compañeros y todos los fugitivos: estaban bajando las montañas y la gravedad era una especie de mano divina que, por inercia, los impulsaba hacia delante.

A veces, la multitud se agitaba y volvía la vista hacia lo que dejaban atrás. Aquí y allá surgían columnas de humo: negras si el fuego estaba activo, blancas si ya solo quedaba el rescoldo. A veces también se oía un ruido que todos reconocían al instante: el fragor de las ametralladoras. Por lo visto, el Tatmadaw no se retiraba y lanzaba sucesivos ataques contra los pueblos rohinyás de la región. No era de extrañar que aquella huida se hubiera convertido en un verdadero éxodo; ya no eran miles las personas que se desplazaban, sino decenas de miles, quizá cientos. Un río humano que huía de sus casas y que, igual que ellos, se dirigía hacia el noroeste.

Tras varias horas marchando como un sonámbulo, Tomás se percató de un clamor de voces en algún lugar. Algo pasaba. Los fugitivos aguzaron el oído, temiendo que las voces asustadas significaran una nueva amenaza. Temían que pudiera tratarse de una emboscada del Tatmadaw. Avanzaron con prudencia. Doscientos metros más adelante, Tomás oyó una palabra que resonaba en la boca de los rohinyás que iban delante.

—¡Naf! —gritaban—. ¡Naf!

Se giró y miró a Tin Tun, que iba detrás; traía a la agotada abuela de Nur subida a sus espaldas.

—¿Qué dicen?

—Hemos llegado a Naf.

—¿Qué es eso?

A pesar del esfuerzo y de la fatiga, su compañero de viaje reunió las últimas fuerzas que le quedaban y logró esbozar la sombra fugitiva de una sonrisa de alivio.

—Bangladés.

LXIV

Cuando aquella mañana el capitán Dimitri Chernishev entró en el edificio de la operación del FSB en San Petersburgo, lo primero que vio al cruzar la puerta de la sala de los *trolls* fue al coronel Mijaíl Arseniev a cierta distancia, señalándole su despacho con el dedo. Se dirigió hacia allí. Al entrar, se percató de que el párpado izquierdo de su superior temblaba.

—¿Qué opina, capitán? —le preguntó el coronel, visiblemente ansioso, justo después de que su subordinado cerrara la puerta—. ¿Trump gana o no gana?

Dimitri hizo una mueca.

—No lo sé, coronel. La cosa está difícil.

—También en las últimas elecciones y después pasó lo que pasó —recordó el jefe de la operación, como si buscara una respuesta que le proporcionara algún alivio—. ¿No han trabajado usted y los *trolls* arduamente para que gane?

—Sí, claro. Ayer pasamos el día enviando una tonelada de material sobre QAnon. Esos idiotas se creen cada cosa. Ahora se ha hecho viral el hashtag #SaveTheChildren, tiene millones y millones de seguidores. En Facebook hay cientos de grupos contra el supuesto tráfico de menores para nutrir a las redes satánicas de las élites, y el número de seguidores no para de crecer. Organizan manifestaciones por todas partes para exigir que liberen a los niños. Es una locura.

—Bueno, también es cierto que les estamos echando una mano.

—Claro, es nuestro trabajo; hay que surfear la ola —confirmó Dimitri—. A fin de cuentas, más del ochenta por ciento de los electores republicanos cree, al menos en parte, en las teorías de QAnon. Ochenta por ciento es mucho, mi coronel.

—Y tanto.

—Pero todo es muy raro. Mire: ahora creen que a Trump le preocupan las redes de pederastia de las élites y que ha creado en el Pentágono una unidad especial para proteger a los niños.

—¿No la ha creado?

—¿Quién? ¿Trump? A ese tipo le importan un pimiento los niños y la pederastia, mi coronel.

Se rieron los dos.

—Bueno, basta de cháchara —dijo Arseniev, a quien lo que le preocupaba era otra cosa—. Vamos a lo que importa. ¿Qué estamos haciendo nosotros para garantizar su victoria en las elecciones?

Desde que Alastair Hayes, el británico de Cambridge Analytica, terminó su contrato con la empresa pantalla del FSB, el capitán Dimitri llevaba todos los detalles de esa operación rusa contra Estados Unidos. Le correspondía a él responder por todo lo que se pensara y ejecutara en ese teatro de operaciones.

—Bueno, estamos procediendo exactamente como cuando conseguimos que ganara —dijo—. Usamos cuentas falsas para divulgar verdades, medias verdades y mentiras; nos hacemos eco de la campaña de QAnon entre los perfiles más influenciables; enviamos mensajes a electores negros diciendo que Biden es racista; a las feministas, que es misógino; a los jóvenes, que está senil; a los que apoyan a Palestina les decimos que Biden protege a Israel, y a los proisraelíes les decimos que favorece a Palestina... En fin, lo de siempre. También estamos promoviendo la narrativa de que es un corrupto y de que su hijo recibió dinero de Ucrania, todo eso.

—¿Y las campañas para el Congreso?

—Hemos sido rápidos en elegir a más de una decena de fanáticos deseosos de acceder a cargos públicos, como una histérica llamada Marjorie Taylor Greene y otros candidatos al Congreso. Estamos logrando convencer a esa gente y a sus seguidores de que Rusia es el gran baluarte de la cristiandad, la moral, la tradición: hombres de verdad, mujeres de verdad, la raza blanca frente a homosexuales, musulmanes, ateos y las élites progresistas. Mi coronel, le garantizo que cuando esos seguidores de QAnon lleguen al Congreso, serán muy activos en la defensa de nuestros intereses. Cuando sean congresistas, se acabarán los obstáculos y por fin Trump podrá ayudarnos. Además de la Casa Blanca, transformaremos el Congreso en una institución rusa. Vamos a conquistar Estados Unidos sin disparar un tiro.

Su jefe no pareció impresionado. Ya llevaban tiempo planeando todo aquello, así que lo que esperaba de su subordinado era algo más.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿No tiene nada nuevo con lo que garantizar la victoria de nuestro candidato?

Dimitri se movió, incómodo. Dudó de si debía ir más lejos y poner todas las cartas sobre la mesa. Pero si no mostraba la estrategia a su jefe, ¿a quién?

—Sinceramente, una derrota de Trump no tendría por qué ser una catástrofe para nosotros.

El coronel Arseniev enarcó una ceja, sorprendido por lo que acababa de oír.

—¿Cómo dice?

—En el curso de formación del FSB nos enseñaron que las crisis son oportunidades —explicó su subordinado—. Esta es la cuestión: si por casualidad Trump pierde, ¿cómo podemos sacar partido? Tras

reflexionar mucho, he llegado a la conclusión de que tenemos una oportunidad maravillosa para llevar a Estados Unidos a un caos aún mayor del que ya hemos provocado.

Su jefe mostró interés.

—¿De qué oportunidad habla?

—Los mensajes de Q sugieren que solo hay una forma de que Trump pierda: si hay fraude —dijo Dimitri—. El propio Trump ha empezado a afirmar que los votos por correo serán objeto de manipulación para desvirtuar la voluntad de los electores.

—¿Es cierto?

—Claro que no. En Estados Unidos se vota por correo desde hace décadas; el propio Trump lo ha hecho. Nunca ha habido problemas de fraude. Pero eso no importa. Lo que importa es que se lo crean. Al hacer esa declaración, Trump está plantando la semilla para desacreditar los resultados si pierde. Ahora bien, eso para nosotros es una oportunidad. ¿Cómo reaccionarán sus seguidores, sobre todo los *anons*, si de verdad creen que el presidente ha perdido por fraude electoral?

—Nada contentos, me imagino.

—Tenemos que explotar ese sentimiento de insatisfacción al máximo —se apresuró a precisar Dimitri—. Es más: tenemos que transformar esa insatisfacción en rabia.

—¿Para qué? —preguntó su jefe—. Las elecciones habrán terminado. Si Trump pierde, se acabó. ¿De qué nos sirve que sus seguidores estén rabiosos?

Su subordinado hizo una breve pausa y fijó la mirada en el coronel Arseniev como quien prepara un golpe maestro.

—Servirá para desencadenar una guerra civil.

El responsable de la operación del FSB abrió y cerró la boca, sorprendido por la ambición del proyecto.

—Eso... ¿es posible?

—Si sabemos jugar bien nuestras cartas, no veo por qué no —respondió Dimitri—. Tenemos todos los ingredientes que conducen a una guerra civil. Solo hay que mover bien las piezas, en el momento exacto.

Por un instante pareció que el coronel iba a besar a su subordinado; luego se contuvo. Era demasiado bueno para ser cierto.

—Cuénteme su plan.

—No hay mucho que contar —respondió Dimitri—. Si Trump pierde, tenemos que trabajar para convencer a sus seguidores de que hubo fraude electoral, que sientan una rabia tan intensa que los lleve a actuar. Hablamos de personas con armas en casa que están desesperadas por la forma en que las élites las han marginado, que sienten que las minorías les pasan por encima, protegidas por aquellas. Mi coronel, con los estímulos adecuados, la guerra civil en Estados Unidos tiene una alta probabilidad. Quizá incluso una alta inevitabilidad.

Su jefe se quedó pensativo.

—Hum... Eso implica avivar la rabia e impulsar a la gente a salir a la calle. En la KGB nos especializamos en ese tipo de operaciones. Tal vez sea el momento de hacer las cosas a la vieja usanza.

—Tranquilo, mi coronel; mi plan se ajusta a esos moldes, recurre a nuestras técnicas tradicionales, junto con las que hemos aprendido de Cambridge Analytica, claro. Y... tengo una cosilla más.

—¿Qué cosilla?

—Un as en la manga, por así decirlo.

Lo dijo como quien guarda un secreto que no quiere desvelar.

—Explíquemelo, capitán.

Dimitri se levantó y se acercó al ordenador de su jefe. Abrió su cuenta e hizo clic en un archivo. La imagen apareció en la pantalla: se veía a Joe Biden acercándose a una urna electoral, abrirla y sacar todas las papeletas. Un zum en la imagen mostraba que se trataba de votos para Trump. Biden los amontonaba en el suelo y cogía un bidón de gasolina. A continuación, vertía el líquido. Por último, encendía una cerilla y la lanzaba sobre las papeletas, prendiendo una hoguera.

Con el rostro iluminado por las llamas, el candidato presidencial soltaba una carcajada.

—Adiós, Donald Trump —decía, irónico—. Los votos por correo se han esfumado. Vuelve a tu tierra, *redneck* de mierda. En Washington, mandamos nosotros.

Y así terminaba el vídeo.

LXV

Cuando terminaron de comer, Leroy Roderick y Clarence se pusieron los abrigos y se montaron en el coche. Hicieron un par de comentarios circunstanciales y recorrieron el resto del trayecto en silencio; preferían concentrarse en la delicada tarea que los aguardaba. El destino de Tim estaba en juego, el riesgo de que lo vendieran a las redes pederastas de las élites era demasiado grande. ¿Cómo iban a conseguir atraer la atención de la prensa para que se interesara por ese drama si las élites también manipulaban a los medios de comunicación?

El viaje hasta Baton Rouge fue corto; la capital de Luisiana estaba relativamente cerca, por lo que rápidamente llegaron a la zona urbana. En su *smartphone* Clarence buscó información sobre la manifestación de las madres.

—Es en Brooks Park.

Leroy condujo hasta allí y dejó el coche en un aparcamiento cercano. Se bajaron y caminaron hacia Brooks Park, un enorme jardín en el corazón de Baton Rouge. Vieron a una pequeña multitud junto al Museo de los Niños, en uno de los laterales del parque; el lugar les pareció idóneo para una manifestación como aquella. Se acercaron y comprobaron que, sobre todo, había mujeres —la mayoría serían madres—, además de estudiantes y algunos hombres.

Muchos manifestantes exhibían brazaletes con la letra Q y varios empuñaban carteles. Uno decía: «¡Ejecutad a todos los

pederastas!»; otro exigía: «Echad a los pederastas del Gobierno y de Hollywood». También había pancartas que proclamaban: «¡Exigimos justicia!» y «Voto por correo = fraude», además de lemas concretos de Q como: «Somos la Tempestad» o «Confiad en el Plan». En un cartel se leía: «Los niños no son propiedad», y en otros se repetía la consigna: «¡Soltad a los niños!».

Ese era el eslogan que entonaban los manifestantes en ese momento.

—¡Soltad a los niños! —gritaban a coro, con puños reivindicativos en alto—. ¡Soltad a los niños! ¡Soltad a los niños!

Los recién llegados se sumaron a la manifestación y también corearon la consigna. Lo hicieron durante varios minutos, sin dejar de mirar a su alrededor para ver quién les prestaba atención. No vieron periodistas ni cámaras de televisión.

Clarence movió la cabeza, desanimada.

—El Estado Profundo lo controla todo.

Era innegable. Los periódicos, las emisoras de radio y las televisiones estaban al servicio de las élites progresistas y por eso no habían aparecido. Y si lo hacían, pensó Leroy, sería solo para ridiculizarlos: la humillación y el silenciamiento eran tácticas habituales para desacreditar a quien intentaba despertar al pueblo estadounidense desvelando lo que sucedía en las sombras.

Pero Clarence no estaba dispuesta a tirar la toalla. Tim estaba por encima de todo, y su deber era protegerlo. Habló con varias mujeres, les explicó que tenía que salvar a su hijo y les preguntó qué podía hacer. Todas parecían encontrarse en la misma situación: habían perdido la custodia y temían que sus exmaridos planearan vender a sus hijos a la red satánica pederasta. El sentimiento de impotencia y desesperación era generalizado.

—Solo puedes hacer una cosa —dijo una de ellas, bajo la mirada atenta de las demás—. Tienes que contactar con el Equipo Especial del Pentágono contra la Pederastia creado por el presidente para proteger a los niños. Ellos te ayudarán.

—Ya lo he hecho, pero me han dicho que solo pueden actuar en los tribunales. Eso tarda y no salvará a mi Tim.

Las demás mujeres la miraron, solidarias.

—Todas estamos igual —admitió otra—. Solo nos queda rezar. ¿Creéis en Jesús?

Claro que Clarence creía. Pero la fe no bastaba para calmar sus nervios. Su exmarido estaba a punto de vender a su pequeño Tim a las redes pederastas y eso era algo incontestable. Se sentía de manos y pies atados. Quería hacer algo, pero estaba acorralada, a su alrededor solo veía obstáculos. Se echó a llorar. La vida era injusta. Las élites hacían lo que querían —compraban niños para violarlos y matarlos, se repetía— y el pueblo no tenía a quién acudir. Lo de siempre.

—Psst.

Estaba tan inmersa en su dolor que no se dio cuenta de que les estaba hablando alguien. Su cuñado miró a un lado y vio a un hombre con bigote y pelo largo. Llevaba una gorra con la frase «Somos la Tempestad» y un brazalete con el símbolo Q. Los llamó con un gesto.

—¿Qué quiere?

—Mire, amigo, he escuchado a su mujer y tal vez pueda ayudarlos.

Clarence, desesperada por encontrar una salida, se giró ansiosa y miró al hombre como un náufrago a una boya.

—¿Puede hacer algo para salvar a mi Tim?

—¿Yo? No, nada.

—Entonces, ¿por qué dice que puede ayudarnos?

—Conozco a un tipo que... Bueno, tiene sus métodos.

—¿Qué métodos?

El desconocido hizo un gesto con la cabeza para que se apartaran de la multitud.

—Vamos a hablar a un sitio más tranquilo...

Clarence no dudó un instante. Aprovecharía cualquier oportunidad. Salió inmediatamente de la muchedumbre y obligó a Leroy a seguirla. Los tres se alejaron de los manifestantes y se sentaron bajo un árbol, junto al Museo de los Niños. Allí podrían hablar lejos de las miradas indiscretas.

Tras comprobar que nadie los oía, Clarence le preguntó al hombre:

—¿Quién es usted?

—Mi nombre da igual —respondió el desconocido—. Digamos que soy un patriota.

—¿Un *anon*?

—¿No lo somos todos?

Cierto. Todos los participantes en esa manifestación, y millones de estadounidenses, eran seguidores de Q. Se consideraban la Tempestad, la última esperanza del país.

—¿Cuál es su idea?

—Como le acabo de decir, conozco a un tipo con un don especial que les podría servir de mucho —indicó el hombre—. Es un exmarine totalmente entregado a la causa y al presidente. Un gran patriota.

—¿Qué don tiene que lo hace tan especial?

Antes de responder, el desconocido volvió a mirar alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

—Experiencia en combate.

Clarence intercambió una mirada con Leroy. Parecía nerviosa.

—Mire, eso es algo en lo que no nos podemos meter así como así...

—¿Usted de verdad quiere impedir que vendan a su hijo a las redes satánicas pederastas de las élites?

—Sí, claro, pero...

—Entonces tiene dos opciones —dijo el hombre, mostrando dos dedos—. La primera, recurrir a los tribunales. La ventaja es que es la vía legal; los inconvenientes, que tarda y el Estado Profundo controla a los jueces. No llegará a ninguna parte, como ya sabrá. La otra es pasar directamente a la acción. La gran ventaja de esta solución es que resuelve el asunto sin demoras. El problema es que no está regulada, digámoslo así. Pero tampoco es, estrictamente, ilegal.

—¿Ah, no?

—Recuerde que este tipo de acciones cuentan con el respaldo del presidente.

Lo dijo con una naturalidad sorprendente, como si el propio Donald Trump hubiera firmado una orden ejecutiva autorizando una operación para liberar al pequeño Tim.

—¿Trump está al tanto de esto?

El hombre volvió a mirar a su alrededor, y comprobó que nadie los escuchara, como si la respuesta fuera muy sensible.

—El presidente está muy preocupado por la red satánica de pederastia —murmuró—. ¿No lo han oído defender la causa QAnon en televisión? Por eso creó el Equipo Especial del Pentágono, ¿o no? Mi amigo, el exmarine, es un *anon* y, como saben, Q pertenece al círculo más cercano del presidente.

Leroy y Clarence llegaron a la conclusión de que la cosa iba en serio. Ahora entendían por qué les habían aconsejado acudir a la manifestación; contactar con ese hombre no había sido fruto del azar. Todo estaba previsto en el Plan.

Nada sucede por casualidad. Ese pensamiento calmó a Clarence y la invadió una ola de esperanza. Por fin no se sentía sola en la lucha para salvar a su hijo de las garras de la bruja Hillary y sus secuaces. Dios era grande y misericordioso.

—¿El presidente... lo ha enviado a hablar con nosotros?

El hombre bajó la mirada, algo comprometido.

—No se lo puedo decir.

Sonó como si fuera una confirmación implícita. Trump estaba verdaderamente preocupado por el tráfico de niños y hacía lo que fuera, posibles e imposibles, para ayudar a las madres.

—Por lo tanto, tenemos que contactar a ese marine y...

—Exmarine.

—Vale, exmarine, y organizar con él el rescate de mi hijo. ¿Es eso?

—Afirmativo.

—¿Y... qué tengo que hacer? —preguntó Clarence—. ¿Cómo contacto con él? ¿Tengo que pagar? ¿Cuánto? ¿Qué va a pasar exactamente?

La mirada del desconocido osciló entre los dos, como si dudara. Al final señaló a Leroy.

—¿Es su pareja actual?

Clarence se sonrojó.

—No, no. Es mi cuñado —aclaró—. Está casado con mi hermana que..., bueno..., ha fallecido.

El hombre hizo una mueca y negó con la cabeza, como si aquello fuera un problema.

—Me temo que solo puedo compartir los detalles de la operación de rescate con los familiares directos —explicó—. Lo siento mucho. Pero su cuñado no puede estar implicado.

Leroy reaccionó, sorprendido.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—No es nada personal, amigo, no se enfade —dijo el desconocido con firmeza, dejando claro que ese punto era innegociable—. Es nuestra política. Tiene que ver con la seguridad de la operación. Espero que lo entienda.

Se hizo un breve silencio. Leroy intercambió una mirada con Clarence, que bajó los ojos, mostrando que aceptaba las condiciones.

—Te espero en el coche.

—No hace falta —le respondió—. Me las arreglo para volver a casa. Gracias por todo.

Leroy miró una última vez al hombre, comprendiendo a la perfección lo que se esperaba de él, y después a Clarence, pidiéndole con la mirada que tuviera cuidado. Hizo un gesto de despedida a su cuñada y se marchó.

LXVI

De repente, la selva dio paso a un espacio extenso donde, por primera vez, era posible ver en toda su longitud la fila de fugitivos rohinyás; un mar de gente llenaba aquel vasto terreno, como si todo un pueblo estuviera huyendo. Ahora que habían llegado a campo abierto, Tomás Noronha se volvió hacia atrás y contempló las montañas Mayu; las columnas de humo seguían elevándose desde múltiples puntos, como una miríada de pequeños volcanes en erupción, dejando constancia de que las operaciones del Tatmadaw proseguían contra las aldeas rohinyás.

Había tantas personas delante del portugués que tardó media hora en percatarse de que el lugar por el que caminaban era la cuenca de un río. Miró a Tin Tun en busca de una explicación.

—Es el río Naf —lo identificó su compañero rohinyá—. Al otro lado está Bangladés.

Habían realizado gran parte del viaje en silencio; el hambre y la posterior debilidad tendían a enmudecer a la gente. Pero la visión del río y su significado reanimaron momentáneamente al portugués: la esperanza también servía de alimento. Lo curioso era que los fugitivos que había a su alrededor no daban señales de alivio.

—¿Qué pasa? —se extrañó—. ¿No están contentos de haberse salvado?

Tin Tun negó con la cabeza, también él abatido.

—Todos saben muy bien qué les espera al otro lado —dijo—. Nos encerrarán en campos de refugiados con pésimas condiciones,

controlados por mafias y por los radicales de la ARSA; sin perspectivas de empleo, sin posibilidad de salir, sin horizonte alguno. Los bangladesíes ya no nos quieren, están hartos de nosotros y de nuestros problemas. Incluso el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados está cansado. —Señaló el mar de gente que caminaba a lo largo del río—. Muchos de estos fugitivos ya estuvieron aquí en el pasado, sufrieron mucho en los campos de Bangladés, pasaron años encerrados y, al final, los mandaron de vuelta a Myanmar con el argumento de que todo estaba bien y nadie los volvería a atacar. Y ahora, tras tanto sufrimiento, vuelven al punto de partida. Todos saben qué les espera al otro lado. Si estamos aquí no es por elección, profesor Noronha. Es porque no hay alternativa.

Tras un rato de marcha, y cuando ya estaban tan cansados que hasta se tambaleaban, se dieron cuenta de que habían llegado a un lugar en el que pasaba algo. La multitud era más compacta, lo que significaba que las personas de delante habían dejado de avanzar. Se abrieron paso como pudieron para acercarse más al agua. Cuando finalmente lograron una visión despejada, comprobaron que en el río Naf había múltiples embarcaciones de pescadores, unas que venían vacías desde la otra orilla y otras partían de esta margen cargadas de fugitivos. Aquel era el lugar donde los rohinyás cruzaban a Bangladés.

Se pusieron en fila. Tras tres horas de espera, por fin lograron subir a un bote. Dos pescadores bangladesíes ayudaron a su grupo de fugitivos a instalarse; había insectos por todas partes, y aunque los sacudían con las manos o con matamoscas, parecía imposible acabar con ellos. Cuando la embarcación quedó repleta, los pescadores arrancaron el motor e iniciaron la travesía hacia la orilla de Bangladés. Sus rostros seguían alicaídos. Nadie ignoraba la dura

vida que les esperaba; incluso los que nunca habían estado allí conocían demasiado bien las historias de los que ya habían huido a ese lugar, por lo que no alimentaban ilusiones sobre su futuro.

La mirada de Tomás se fijó en la orilla hacia la que se dirigían. El paisaje en Bangladés era totalmente distinto al que habían dejado atrás. En lugar de bosque y montaña, vio arrozales extendiéndose por los campos anegados por el Naf. Y la margen bangladesí del río bullía de actividad. Allí se había organizado la recepción de los refugiados y el movimiento era intenso. Había mucha gente aglomerada y una gran cantidad de policías y soldados, lo que atemorizó a los rohinyás que iban en la barca, sobre todo a los niños; la sola visión de hombres uniformados los asustaba.

Cuando desembarcaron, condujeron a los recién llegados por la playa formando múltiples filas destinadas al registro. Las autoridades administrativas de Bangladés habían instalado mesas alineadas a lo largo de la orilla, bajo la supervisión del personal de las Naciones Unidas y con la presencia de equipos médicos y puntos de reparto de galletas y agua. Tras la playa, había una vía junto al río por la que circulaban automóviles y en la que estaban estacionados decenas de autobuses en fila. Era evidente que allí ya se había establecido una rutina para recibir a los fugitivos de Myanmar, dado el reiterado flujo de refugiados desde que Facebook se popularizó en la región.

La presencia de los autobuses llamó la atención de Tomás.

—¿A dónde nos llevan?

La mirada de Tin Tun, como la de todos los que acababan de llegar de Myanmar, reflejaba un extremo cansancio.

—Cox’s Bazar.

—¿Nos van a enviar a un bazar?

—Cox's Bazar es el nombre del distrito en donde se encuentran los campos de refugiados rohinyá —le explicó el profesor—. Son decenas de campamentos. Y no, usted no irá allí.

—¿Por qué lo dice?

—Usted es occidental, profesor Noronha. Solo tiene que presentarse ante el personal de Naciones Unidas; ellos regularizarán su entrada y lo derivarán a un hotel.

La mirada de Tomás se desvió hacia la anciana y los dos niños que habían venido con ellos y ahora los acompañaban en la fila para el registro.

—No los voy a abandonar.

—No diga tonterías, profesor Noronha —respondió Tin Tun con sequedad—. ¿Quiere ir a Cox's Bazar y quedarse allí años y años, consumiéndose en tiendas de campaña, comiendo arroz y teniendo que aguantar las estupideces de los radicales de la ARSA, de los bangladesíes hartos de esta situación y de los tipos de la ONU que dicen estar tan preocupados por nosotros pero no mueven un dedo para resolver nada, mientras se toman *gin-tonics* en los bares de sus hoteles de cinco estrellas? ¿Ese es su gran plan?

La pregunta dejó al portugués sin argumentos.

—Bueno, yo...

—Usted tiene una salida, afortunadamente. Nosotros no. Aproveche su suerte. —Tin Tun señaló a la abuela de Nur, que se había sentado en el suelo para recuperar fuerzas mientras esperaba su turno para ser registrada como refugiada—. Si quiere ayudar, profesor Noronha, llévela a los equipos médicos para que la atiendan —sugirió—. La señora ya tiene una edad y, como ha visto, ha caminado tres días bajo la lluvia, ha dormido al raso y ha comido muy poco. Asegúrese de que la atiendan. Si usted se lo pide al

personal de la ONU, no tendrán el valor de decirle que no. Eso ya sería una gran ayuda.

El rohinyá tenía razón, pensó el portugués. No tenía sentido instalarse en un campo de refugiados si tenía la opción de marcharse. Que él supiera, no disponía de poder alguno para sacar de allí a Tin Tun, a los hermanos pequeños de Nur o a la abuela. Si se quedaba en los campos de Bangladés, en cualquier caso, no los ayudaría. Además, tenía una misión que cumplir y aún no había hecho nada. Quizá estaba buscando justificaciones morales para legitimar su deseo ardiente de escapar de aquella pesadilla; quizá intentaba racionalizar la decisión de dejar atrás a sus compañeros de viaje. Pero no cabía duda: cuando se tenían opciones, había que usarlas. No hacerlo sería un gesto quijotesco y absolutamente inútil.

Tomás miró a sus compañeros de infortunio y se preparó para lo inevitable. Tendría que abandonarlos a su suerte. ¿Sería realmente capaz de hacerlo?

LXVII

El coronel Mijaíl Arseniev estaba estupefacto por lo que acababa de presenciar. La pantalla del ordenador se puso negra, pero las imágenes que unos instantes antes habían pasado por ella seguían frescas en su mente: Joe Biden sacando papeletas de una urna llena de votos por correo a favor de Donald Trump, vertiendo gasolina sobre ellas, prendiéndoles fuego y riéndose mientras se consumían.

El vídeo era una bomba y estaba en manos del FSB.

—¿Tenemos esto?

El capitán Dimitri Chernishev asintió.

—¿No lo ve?

—¿Y... no se lo damos a la campaña de Trump? ¡Joder, tenemos que colgarlo ya en las redes! ¡O se lo damos a Assange para que lo meta en WikiLeaks! ¡Quiero esto en todas partes! ¡Estas imágenes son explosivas! ¡Mejor que los correos electrónicos de Hillary Clinton que usamos la otra vez!

Su subordinado alzó la palma de la mano hacia su jefe pidiéndole calma.

—Mi coronel, las elecciones en Estados Unidos son dentro de unos días —le recordó—. Todavía no ha votado nadie, ni siquiera por correo. Las urnas están vacías.

El responsable de la operación del FSB señaló la pantalla donde acababan de proyectarse las imágenes de Joe Biden incendiando las papeletas.

—Entonces, ¿qué es lo que hemos visto?

—Es un *deepfake* —le aclaró Dimitri—. La imagen de Biden y su voz han sido reconstruidas por ordenador. Esto que hemos visto no ha ocurrido; él nunca ha quemado papeletas ni ha pronunciado las declaraciones que acabamos de oír.

—¡Maldita sea! ¡Era su cara! ¡Era su voz!

—Las técnicas para producir *deepfakes* son cada vez mejores. Pero le aseguro que el vídeo que acaba de ver es una invención de nuestros servicios técnicos, creado con las tecnologías más recientes de inteligencia artificial.

El coronel Arseniev estaba atónito.

—¡Esto es la leche! —exclamó—. ¡Es tan perfecto! Me la ha colado usted bien, ¿eh? ¡Juro que pensé que era el propio Joe Biden quemando papeletas para fastidiar a Trump!

—Sí, la tecnología del *deepfake* ha evolucionado mucho.

—En cualquier caso, estas imágenes serán demoledoras si Trump pierde —observó el jefe de la operación—. Joder, empiezo a pensar que tiene razón: sería aún mejor que perdiera las elecciones. Este vídeo sembrará un caos de aúpa en Estados Unidos. ¡Caramba! Cuando lo vean, los *anons* cogerán las armas, saldrán a la calle pegando tiros y se desatará la guerra civil por todo el país. —Hizo un ademán teatral con la mano, como despidiéndose—. ¡Adiós, Estados Unidos; adiós, democracias; adiós, Occidente!

El oficial del FSB ya reía, ansioso, imaginando cómo aquellas imágenes se viralizarían en YouTube, Facebook, Instagram y en las demás redes sociales, incluso en los medios tradicionales. ¿Joe Biden incendiando votos? Aquello era una auténtica bomba atómica estallando en pleno corazón de la democracia estadounidense.

Pero Dimitri permaneció impasible.

—No sé si debemos usarlo.

—¿Está loco, capitán? —casi se enfureció el coronel Arseniev—. ¡No podemos dejar de usar estas imágenes! ¡El vídeo los va a reventar!

—Mi primera reacción fue esa, mi coronel. Cuando encargué el *deepfake* y vi el resultado, me puse eufórico, me subí por las nubes, literalmente. Destruiríamos la democracia estadounidense, el país se dividiría y se hundiría en el caos absoluto, Occidente entraría en crisis, la victoria final sería nuestra. Pero, antes de llegar a eso, hay cuestiones que tenemos que estudiar primero.

—¿Qué cuestiones? ¿De qué demonios habla?

—A primera vista, este *deepfake* engaña —dijo—. Sin embargo, si se fija bien, verá que la dirección de las sombras en el rostro de Biden no coincide con la del resto de las imágenes. Cuando lo analicen, lo detectarán en un santiamén.

La explicación cortó el entusiasmo del responsable del FSB.

—Ah, vaya.

—La tecnología del *deepfake* todavía necesita unos dos o tres años más de evolución para alcanzar un nivel tan perfecto que sea difícil, o incluso imposible, de detectar.

—Sí, pero tenga en cuenta que, aun cuando detecten la falsedad de este *deepfake*, el mero hecho de que Biden —o cualquier otro político— tenga que salir a desmentir un vídeo falso hará que mucha gente quiera verlo, y una parte de esa gente acabará creyéndolo —argumentó el coronel Arseniev—. En unas elecciones basta que el dos o tres por ciento de los electores cambien su voto por culpa de un *deepfake* para que una carrera reñida, como la que se acerca, cambie de dirección.

—Sí, es cierto —admitió Dimitri—. Pero también hay que considerar el problema político, mi coronel. ¿Y si los

estadounidenses, al darse cuenta de que circulan *deepfakes* para influir en sus elecciones, consiguen identificarnos como el origen?

Su jefe ponderó ese escenario, que era bastante plausible, y sus consecuencias.

—Pues sí, eso sería un problema.

—Más que un problema, mi coronel, puede ser el motivo para romper relaciones con nosotros e incluso para que nos declaren la guerra —advirtió su subordinado—. Fíjese: los occidentales aún no se han dado cuenta. Perciben nuestra animosidad, claro, pero la subestiman. No saben que ya les hemos declarado la guerra. El día en que el conflicto entre nosotros y Occidente sea oficial —como inevitablemente sucederá tarde o temprano— entonces será diferente: podremos usar *deepfakes* como nos dé la gana para desestabilizarlos, dividirlos y destruirlos. Sin embargo, en esta fase, en que todo permanece subrepticio, en que nos ceñimos a las tácticas híbridas de la Doctrina Guerásimov, no sé si nos conviene enseñar demasiado nuestras cartas.

El coronel Arseniev valoró esos argumentos y acabó asintiendo con la cabeza.

—Tiene razón, capitán —concedió—. De todos modos, voy a hablar con Moscú sobre este tema. El Kremlin decidirá si usamos o no este tipo de vídeos como arma de guerra híbrida. Pero estoy de acuerdo con usted y presentaré su punto de vista. Usar *deepfakes* en estas elecciones puede traernos más inconvenientes que ventajas. Debemos ponderar todo con mucho cuidado.

Dimitri carraspeó.

—Permítame, entonces, recapitular las órdenes operativas —dijo —. Por ahora nos concentraremos en repetir las tácticas que condujeron a la victoria del Brexit y de Trump en las últimas

campañas. En cuanto al uso de nuestra arma secreta, el *deepfake*, quedará a la espera de una decisión superior. ¿Así es, mi coronel?

El responsable de la operación del FSB en San Petersburgo guardó un largo silencio, sumido en sus pensamientos. Tras unos segundos, sus ojos recobraron viveza y se fijaron en su interlocutor; el razonamiento había concluido.

—Tiene usted razón —dijo—. La derrota de Trump podría ser una gran oportunidad. Es fundamental que se centre en eso, capitán.

—Por supuesto, mi coronel. Eso haré.

—Pero eso implica que no vamos a necesitarlo aquí en San Petersburgo —añadió—. Le emitiré nuevas órdenes operativas.

El anuncio pilló a Dimitri por sorpresa.

—¿Nuevas órdenes, mi coronel?

El coronel Arseniev ni se molestó en responder, tan absorto estaba en la idea que se había formado en su mente. Cogió el teléfono y estableció una llamada interna en manos libres.

—¿Sí, mi coronel? —Era su asistente.

—Irina, necesito que tramites las nuevas órdenes de misión del capitán Dimitri Chernishev. Reserva un hotel y cómprale los billetes de avión. Parte mañana.

—¿Cuál es el destino, mi coronel?

—Estados Unidos.

Así fue como Dimitri se enteró de su nueva misión como agente del FSB. Estados Unidos iba a celebrar elecciones dentro de unos días y él estaría allí para maniobrar en la sombra, en caso de una derrota de Donald Trump. Su tarea no sería sencilla, pero era de suma importancia para Rusia. Le tocaría la increíble misión de convertir una eventual derrota en una gran victoria para Rusia. Esa victoria sería la guerra civil en Estados Unidos.

LXVIII

Donald Trump pronunció la primera declaración de la noche electoral en la Casa Blanca durante las primeras horas de la madrugada. Leroy Roderick estaba pegado al televisor, expectante y ansioso, siguiendo el recuento de votos; cuando el presidente apareció ante las cámaras, los chicos ya dormían, como era habitual a esa hora.

—Estamos listos para ganar estas elecciones —declaró Donald Trump con total confianza—. Para ser franco, ya las hemos ganado.

El anuncio hizo que Leroy saltara en el sofá.

—¡Hemos ganado! —gritó, recorriendo la sala a saltos para liberar toda la tensión que se le había acumulado en el cuerpo durante las últimas horas—. ¡Hemos ganado! ¡Dios mío, hemos ganado!

Estaba eufórico. Incluso pensó en despertar a sus hijos para darles la noticia, como hizo con Charlie cuatro años antes, pero se contuvo. Aquella victoria le supo maravillosamente bien, aunque no tenía la dimensión de la primera, cuando el triunfo de Trump fue tan inesperado que incluso le hizo llorar de alegría. Esta vez sabía de antemano que ganaría: Q lo había vaticinado una y otra vez en sus *drops*, y todo indicaba que ese sería el resultado inevitable de aquella noche electoral. Estaba muy feliz, pero no tan embriagado como la primera vez.

Con el mando en la mano, fue zapeando entre los distintos canales, pero curiosamente ninguno daba la noticia de la victoria del presidente. Todos reproducían sus declaraciones, claro. Las palabras «para ser franco, ya las hemos ganado» aparecían por todas partes.

Pero cuando conectaban con los colegios electorales, donde se efectuaba el recuento de votos, nadie confirmaba esa victoria que a él le parecía más que evidente. Sería cuestión de tiempo, sin duda. Si el presidente anunciaba que había ganado era porque tenía datos concretos. Ese era el resultado lógico y esperado. Trump había sido reelegido.

Tenía que confiar en el Plan.

Leroy se relajó. Fue a la cocina a buscar una cerveza y preparó unas palomitas en el microondas. Debidamente pertrechado, volvió al salón y fijó la vista en la pantalla del televisor. Su duda ya no era saber si Trump iba a ser reelegido —eso, evidentemente, lo daba por hecho—, sino en qué momento las televisiones anunciarían su reelección y, sobre todo, cuál sería la magnitud de la victoria. El presidente iba a arrasar, con toda seguridad; la cuestión era saber con qué margen.

Como de costumbre en aquella casa, el televisor estaba sintonizado en Fox News. De pronto, el presentador anunció que la mesa de análisis electoral del canal daba la victoria a Biden en Arizona. Leroy se quedó pasmado. Tenía la impresión de haber oído que sin Arizona Trump perdería. El presentador de la Fox preguntó al responsable de la mesa, Arnon Mishkin, por los datos que permitían al canal ser el primero en atribuir a Biden la victoria en Arizona. Mishkin respondió con los datos de que disponía y con los cálculos que había realizado.

—Me temo que el presidente no podrá remontar y obtener votos suficientes para reducir la ventaja de siete puntos de Biden.

La declaración dejó a Leroy boquiabierto. ¿Trump había perdido en Arizona? ¡Eso significaba que había perdido las elecciones! Se quedó paralizado, incrédulo y en estado de *shock*, mirando fijamente la pantalla como si lo hubieran hipnotizado.

—No puede ser, no puede ser...

Agarrado al mando a distancia del televisor, apretó el botón y empezó a saltar frenéticamente entre los diferentes canales. Uno a uno, todos fueron anunciando la derrota del presidente: CNN, MSNBC, CBS, ABC. Curioso: Fox News había sido la primera en hacerlo. Trump había perdido. ¿Cómo podía haber sucedido algo así?

—Pero... Q había dicho que iba a ganar...

¿Cuántas veces los *drops* habían asegurado la victoria del presidente? ¿Cuántas? Biden estaba senil, se limitaba a repetir como un loro lo que le susurraban al auricular que llevaba oculto en la oreja, como si fuera un robot manejado a distancia por el Estado Profundo; su hijo se había visto envuelto en un escándalo de corrupción en Ucrania y formaba parte de la pandilla de pederastas. Todo el mundo conocía esas porquerías; Q las había denunciado. Si lo sabían, ¿quién había votado a Biden? Nadie. Entonces, ¿cómo era posible que hubiera ganado?

Cayó en una especie de letargo. Se sentía confuso y deprimido por ese giro inesperado, con los ojos fijos en la televisión como un zombi. Permaneció así largo rato, viendo desfilar en la pantalla las imágenes de la derrota. Apático, atontado. Impactado. Perdió incluso la noción del tiempo. No quería creerse aquello. ¿Biden había ganado? Era increíble. Una pesadilla. El país quedaría de nuevo en manos de los pederastas y de las redes satánicas de las élites y de sus respectivos financiadores globalizadores, junto con su legión de sodomitas, musulmanes, inmigrantes y feminazis. Los estadounidenses de bien estaban perdidos. El país estaba perdido. Él mismo estaba perdido.

De repente, vio al presidente aparecer en directo desde el Ala Este de la Casa Blanca.

—Nos estábamos preparando para una gran celebración —se lamentó Trump—. Íbamos ganando por todas partes. Y de repente, cancelaron todo. Un grupo muy triste de personas está intentando descalificarnos. No lo vamos a aceptar. Estábamos todos listos para salir a celebrar algo tan bonito, tan bueno. De repente, ¿qué ha pasado con estas elecciones? Perdieron el rumbo. ¿Saben lo que ha pasado? Sabían que no podían ganar. Yo lo preví, ¿no lo preví? Llevo diciendo esto desde el día en que los oí decir que iban a enviar decenas de millones de papeletas por correo; dije exactamente eso. Hemos ganado las elecciones y vamos a garantizar su integridad por el bien de esta nación. Estamos ante un momento muy importante. Queremos que se use la ley correctamente, por eso acudiremos al Tribunal Supremo. Esto es un fraude contra los estadounidenses. Es una vergüenza para nuestro país. Estábamos preparados para ganar estas elecciones. Con toda franqueza, ya las hemos ganado. Es un momento muy triste para mí, un momento muy triste, y vamos a ganar esto. En lo que a mí respecta, ya lo hemos ganado.

Una ola de esperanza se apoderó de Leroy, dado que los jueces trumpistas dominaban el Tribunal Supremo.

—¡Eso es, señor presidente! —exclamó, hablándole a la pantalla como si Trump pudiera oírle—. ¡Hemos ganado y nadie nos puede robar esta victoria! ¡Nadie! Tenemos que ir al Supremo para defender la integridad de estas elecciones y de nuestra democracia. ¡Hemos ganado! ¡Nadie nos puede quitar eso!

En Fox News, los comentaristas y los asesores del presidente ya sembraban dudas sobre el recuento en los estados decisivos. El presidente exigía uno nuevo y Leroy sintió un alivio momentáneo. Otra buena idea. Además, si Trump lo exigía era sin duda porque tenía información segura de que había habido tongo en el escrutinio.

La terrible sospecha empezó a consolidarse en Leroy. ¿No había advertido Q sobre las siniestras maquinaciones de las élites y sus movimientos para manipular el voto de los estadounidenses? Sí: varios *drops* lo habían señalado. Además, siendo alguien cercano al presidente, Q sabía de lo que hablaba. El propio Trump había alertado antes sobre el peligro de los votos por correo. Si no le fallaba la memoria, incluso había avisado de lo fácil que sería manipular esos votos. La prueba, decía él, era que las televisiones estaban dando la victoria a Biden, algo totalmente absurdo e imposible. ¿Qué estadounidense iba a votar a un pederasta senil?

Desorientado y desesperado como un náufrago buscando un salvavidas, Leroy encendió el ordenador y entró en su grupo de Facebook. El contenido de las publicaciones era elocuente y, había que decirlo, reconfortante. Todo el mundo mostraba asco y rabia por lo que estaba ocurriendo. Todo el mundo. El presidente tenía razón. Él había ganado las elecciones, pero había habido un fraude a gran escala. Las élites no podían aceptar perder sus innumerables privilegios y estaban usando al Estado Profundo para frenar al presidente. Era necesario salvar la democracia; había que atribuir la victoria a quien realmente había ganado; urgía rescatar el alma de Estados Unidos.

Una frase llenaba Facebook: «¡Parad el robo!».

Leroy sintió como si una voz le gritara dentro de la cabeza. ¡Parad el robo! Estaban robando la victoria a Trump, y también a él, a sus hijos, a los estadounidenses de bien. Las élites satánicas y pederastas manipulaban todo a través del Estado Profundo y de sus secuaces, los conspiradores millonarios globalistas como Soros y los Rothschild, todos unidos en una siniestra conspiración para hacer retroceder a Estados Unidos de la luz a las tinieblas, para reemplazar a la población cristiana por negros, mexicanos y musulmanes, para

sustituir a las familias tradicionales por legiones de sodomitas, para imponer la victoria del mal sobre el bien.

Leroy estaba furioso e indignado con lo que estaba pasando. Con una fuerza interior que lo empujaba como si fuera un cruzado, se puso en pie ante el televisor. Como un soldado de la luz que alza bien alto el estandarte de la verdad, la justicia y la libertad, alzó el puño —como si fuese Arturo empuñando Excalibur—, y de su garganta brotó un grito ronco que ya se había convertido en juramento:

—¡Parad el robo!

Su nueva consigna —y la de tantos y tantos como él, que se alzaban en revuelta contra la humillación y la injusticia— iba a hacer temblar al mundo.

LXIX

Tras ayudar a la abuela de Nur a levantarse, Tomás Noronha la cogió en brazos y se salió de la fila de registros, dirigiéndose hacia un equipo médico bangladesí que examinaba a los niños recién llegados. Al verlo acercarse con la anciana, médicos y enfermeros le lanzaron una mirada inquisitiva; no era habitual ver por allí a un occidental con aspecto tan sucio, más bien parecía un mendigo.

—Esta señora está muy débil y necesita asistencia médica —dijo el portugués—. ¿Pueden atenderla, por favor?

—Déjela en el suelo —le indicó un médico bangladesí—. ¿De qué organización es usted?

Tomás la dejó junto al médico.

—Acabamos de llegar de Myanmar.

—¿Cómo? ¿Ha cruzado al otro lado del Naf para buscar a los rohinyás? ¿No sabe que eso no se puede hacer?

—He venido de Myanmar con ellos. Anteayer atacaron el pueblo en el que estaba y tuvimos que huir todos. Hemos caminado por montañas y selva durante tres días hasta llegar aquí.

Todo el equipo médico se quedó boquiabierto, mirándolo.

—¿Cómo?

—He llegado con los rohinyás —repitió—. ¿Puede atender a esta señora, por favor? Su hija, su yerno y un nieto han sido asesinados. Logré venir con ella, con otros dos nietos suyos y con un amigo rohinyá. Acabamos de desembarcar. Estamos exhaustos y hambrientos.

Los bangladesíes no cerraban la boca, estupefactos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Tomás Noronha —se identificó, sacando un documento de su bolsa—. Este es mi pasaporte. Acabo de llegar de Myanmar y he venido con los rohinyás.

Solo a la tercera vez la información caló en la mente de los bangladesíes. Se desató un revuelo de inmediato. Los enfermeros fueron a buscar a funcionarios del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, que eran de varias nacionalidades, y rodearon a Tomás para interrogarlo. El portugués mostró sus papeles y volvió a explicar lo ocurrido y cómo había llegado hasta allí. La historia causó gran impacto: era la primera vez que un occidental aparecía en medio de la corriente de rohinyás en fuga. Entonces llamaron a funcionarios bangladesíes de inmigración para formalizar la entrada de Tomás en el país.

Cuando, al cabo de diez minutos, todo estuvo regularizado, el historiador se dirigió al británico que encabezaba el equipo de la ONU, un hombre bigotudo, con los pantalones caqui impecablemente planchados y la pose altiva de un oficial de la corona en el Raj británico.

—Quería pedirle un favor —dijo—. Mi mujer debe de estar muy preocupada, porque desde que salí de Yangón no he podido comunicarme con ella. ¿Me podría prestar su móvil para llamarla?

El británico sacó de inmediato su *smartphone* del bolsillo.

—Por supuesto, *old boy*. Tome.

Tomás cogió el aparato y marcó el número de Maria Flor. Ella contestó al segundo pitido.

—¿Dígame?

—Florcita, soy yo.

—¿Tomás?

—Sí, soy yo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Tomás? ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios que estás bien! ¡Estaba tan angustiada, no te imaginas! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Sollozaba.

—Estoy bien, estoy bien. No te preocupes, estoy bien.

—¿Dónde estás?

—En Bangladés.

—¿En Bangladés?

—Sí, he tenido que venir aquí.

—¿Cómo has acabado en Bangladés?

—Es una larga historia, ya te la contaré. No puedo estar mucho tiempo al teléfono; mi móvil está sin batería y estoy usando uno prestado. Solo he llamado para tranquilizarte. Estoy bien, estoy vivo, sano y salvo, no te preocupes.

—He visto en la BBC que hay mucho lío en la zona adonde fuiste. ¿Te ha pasado algo?

—Está todo bien, ya hablaremos. No puedo entretenerme, tengo que devolver el teléfono a su dueño. Luego te llamo y te lo cuento todo, ¿vale? Lo mejor será que compres un vuelo para Lisboa. Yo también voy a regresar.

—¿Y qué pasa con eso que Amnistía Internacional necesita*?* ¿Lo tienes?

—En cuanto pueda, te llamo y te lo explico todo. Esta noche. Solo quería que supieras que estoy bien y que no hace falta que te quedes en Yangón. Coge un vuelo a Lisboa lo antes que puedas.

—Vale, vale.

Colgó y devolvió el teléfono al británico del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

—*I say, old boy*, si quiere es bienvenido a nuestro hotel en Cox's Bazar —dijo el hombre mientras acariciaba sus rubios bigotes—. Es absolutamente espléndido. Tiene una vista preciosa al mar y una piscina magnífica.

Tomás seguía pensando en la llamada a su mujer; su preocupación le confirmaba que la reconciliación entre ambos estaba cada vez más cerca. Quizá este susto sería el empujón definitivo. Las palabras del funcionario de la ONU lo devolvieron a lo prioritario en ese momento.

—¿Y mis amigos?

—¿Amigos? ¿Qué amigos?

—Los rohinyás que vinieron conmigo. Están allí, en la fila para registrarse. ¿Podrían venir conmigo al hotel?

Los funcionarios de la ONU se miraron incómodos.

—Me temo que eso no va a ser posible. A menos que tengan el pasaporte en regla y medios de subsistencia, claro. ¿Los tienen?

Era evidente que no, pero necesitaba estar seguro.

—Eh..., voy a informarme.

Tras pedir que atendieran a la anciana y regularizar su situación, Tomás se encaminó hacia la fila donde permanecían Tin Tun y los dos niños. Esperaban su turno para registrarse y para subirse a un autobús hacia los campos de Cox's Bazar, pero con un poco de suerte quizá él podría rescatarlos.

Como sospechaba, le respondieron que ninguno tenía pasaporte; de hecho, uno de los problemas de los rohinyás en Myanmar era precisamente que rechazaban los documentos de identidad que Yangón les imponía, ya que se trataba de cartas que los identificaban como bengalíes, es decir, como extranjeros. Eso no podían aceptarlo, y no lo aceptaron. Pero les impedía tener pasaportes. Si los hubieran tenido, resolver el asunto habría sido

apenas una cuestión de dinero, y el portugués habría abierto la cartera para asegurar su subsistencia. Pero no podía inventar documentos que simplemente no poseían.

—Deme su contacto —le pidió Tin Tun—. Quizá nos pueda ayudar cuando vuelva a Europa.

Tomás anotaba su correo electrónico en un papel mientras maquinaba una solución al problema. Normalmente, cuando se sentía más presionado era cuando se le ocurrían las mejores ideas. Y, como tantas veces había pasado antes, en ese instante tuvo una. Entregó a Tin Tun el papel con su correo electrónico, abrió la bolsa de viaje y sacó el sobre que el propio rohinyá le había entregado en Tula Toli.

—Quédese con esto.

Tin Tun miró el sobre con cara de sorpresa, sin entender nada.

—Pero... usted necesita ese documento. Es muy importante. Fue por eso por lo que atravesamos Myanmar de una punta a otra. Lo arriesgamos todo para conseguir ese papel. Tiene que llevárselo.

—Guárdelo bien, ¿me oye?

—No, profesor Noronha —rehusó—. Su mujer necesita ese documento. Además, Amnistía Internacional lo necesita. Tiene que llevarse el sobre. Es imperativo que lo haga.

El portugués estuvo a punto de usar la fuerza para colocar el sobre en las manos del hombre que lo había acompañado desde Yangón hasta Bangladés.

—Confíe en mí.

Fueron sus palabras, y sobre todo la convicción con que las pronunció, lo que finalmente hizo ceder a Tin Tun. Aunque con reticencia, el rohinyá guardó el sobre. No había nada más que decir. Los dos hombres se abrazaron emocionados, a modo de despedida; se conocían apenas desde hacía una semana, pero habían vivido

juntos experiencias tan duras que ya se consideraban amigos para toda la vida. La hora de la separación no podía dejarlos indiferentes.

—Adiós, profesor Noronha.

A continuación, Tomás se agachó y abrazó a los dos hermanos pequeños de Nur como si fuesen de su propia familia. Al estrecharlos contra su pecho, dirigió una mirada a Tin Tun.

—Cuide de ellos, por favor.

Por fin se incorporó y le dio al rohinyá buena parte del dinero que llevaba en la bolsa.

—Eso no, profesor Noronha.

—Acéptelo. Ese dinero les será mucho más útil a ustedes que a mí.

Tin Tun acabó accediendo. El portugués recogió su bolso de viaje, se lo colgó al hombro y, sin volver la vista atrás —pues temía perder el control de sus emociones—, se dirigió hacia los funcionarios del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, que lo aguardaban en una furgoneta de la ONU aparcada en el arcén.

Partía con el corazón pesado y la conciencia intranquila. Iba hacia la libertad, pero dejaba a sus compañeros en el infierno.

LXX

La Torre Trump, justo al lado de Central Park, probablemente ya no era el rascacielos más popular de Nueva York —una ciudad demócrata donde miraban a su propietario con vergüenza y profunda hostilidad—, pero seguía siendo un edificio imponente. Deslumbraba, sobre todo, por sus enormes cristales espejados.

El ejecutivo rubio de pelo corto entró en el vestíbulo con un maletín de cuero. Se acercó a la recepcionista y le tendió una tarjeta.

—Tengo una reunión con el señor Cannon. Paul Cannon. ¿Podría avisarlo de que ya he llegado, por favor?

La recepcionista consultó el nombre impreso en la tarjeta.

—Señor *Daimaitrai* Shirnai..., eh...

—Dimitri Chernishev —corrigió el recién llegado—. Soy director de relaciones exteriores de Lukoil, de Rusia. El señor Cannon me espera. ¿Podría avisarlo de que ya he llegado, por favor?

La recepcionista hizo una llamada e, instantes después, le entregó una acreditación para acceder al edificio.

—Es en el quincuagésimo segundo piso —le indicó—. El señor Cannon lo espera allí.

Dimitri avanzó, pasó delante de los guardias y tomó el ascensor hasta el piso 52. Lukoil era la segunda petrolera más importante de Rusia, por detrás de Gazprom, y la mayor empresa no estatal del país en términos de ingresos. Muy poderosa, mantenía un acuerdo formal de cooperación con el FSB. Por eso Dimitri la utilizaba como

tapadera para esa misión en el corazón del imperio empresarial de Trump.

Ya en el quincuagésimo segundo piso, invitaron al oficial del FSB a entrar en un despacho con una enorme ventana que se abría a una vista espectacular de la Quinta Avenida, con el Empire State visible al fondo. La decoración tenía cierto aire *kitsch*, con colores chillones y estatuillas extravagantes. Un televisor en la pared estaba sintonizado en Fox News.

Un hombre calvo, con corbata y gemelos dorados, apareció en la puerta y se dirigió a él con una sonrisa cálida.

—Señor Chernishev, ¡encantado de conocerlo! —lo saludó, invitándolo a sentarse con un gesto—. Lamento no recibirlo en la Casa Blanca, pero..., en fin, este es un lugar más discreto, como comprenderá.

—Mejor aquí. Así evitamos preguntas incómodas sobre mi presencia.

Se acomodaron ambos en el sofá.

—Bueno, cuénteme —dijo el anfitrión—. ¿Es ahora cuando Lukoil nos va a ayudar a conseguir la tan deseada autorización para construir la Torre Trump de Moscú?

Se trataba de un viejo proyecto. El Kremlin lo había usado numerosas veces como una especie de zanahoria, pero nunca se había llegado a concretar.

—Lo siento, señor Cannon; ese asunto no me compete —atajó Dimitri, consciente de que su interlocutor sabía perfectamente que él no pertenecía a Lukoil ni que la eventual construcción de la torre en la capital rusa fuera el verdadero motivo de la reunión—. Dejemos la charla para otro momento y vayamos a lo que realmente importa, porque mi tiempo es precioso y supongo que el suyo también.

—*Yeah*, así me gusta. Vamos a lo que importa.

—Como puede calcular, señor Cannon, estamos decepcionados y muy preocupados por el resultado de las elecciones. He venido a echar una mano. ¿Qué están haciendo para revertir la situación?

El estadounidense se reclinó en su asiento y respiró hondo, se lo veía poco animado.

—El presidente y su equipo han pedido el recuento de los votos en los Estados donde hemos perdido por márgenes escasos, sobre todo, Arizona —dijo en un tono monocorde, como quien recita un guion que apenas comprende—. Hemos enviado a nuestros simpatizantes a los lugares de recuento, como Detroit y Phoenix, para exigir la paralización de los escrutinios alegando fraude. También hemos intentado que los legisladores republicanos que controlan las cámaras en los Estados donde Biden ha ganado por poco —concretamente, Míchigan, Pensilvania, Arizona, Georgia, Nevada, Nuevo México y Wisconsin— convoquen elecciones especiales, que nombren directamente a electores alternativos y que declaren a Trump vencedor. El presidente ya está haciendo llamadas en ese sentido. Además, hemos puesto en entredicho las máquinas de recuento electrónico, sobre todo las de Dominion, argumentando que han convertido votos de Trump en votos de Biden. Y, por supuesto, vamos a recurrir al Tribunal Supremo para que proteja la integridad del acto electoral y declare la victoria del presidente. Hay decenas de demandas en curso y confiamos en que... en que...

Se interrumpió porque en ese momento hablaba en directo el principal abogado de Donald Trump, Rudolph Giuliani, antiguo alcalde de Nueva York. Ansioso por conocer las novedades sobre los procesos legales, inmediatamente Cannon cogió el mando a distancia y subió el volumen.

—... sé muy bien qué es un delito —decía Giuliani. Mientras hablaba, de sus patillas escurrían gotas negras y se deslizaban por

las mejillas—. Los huelo. Pero este ni siquiera necesitamos olerlo. Podemos demostrárselo de dieciocho maneras distintas. Puedo probar que ganó en Pensilvania por trescientos mil votos. Puedo probar que ganó en Míchigan, probablemente, por cincuenta mil vot...

Las gotas seguían resbalando, una tras otra, dejando largos surcos oscuros a su paso, como si unas orugas negras descendieran lentamente por su rostro. Giuliani cogió un pañuelo y se lo pasó por la cara para secarse el sudor, pero las manchas negras seguían resbalando, implacables. Un espectáculo grotesco. La escena era tan bizarra que Dimitri dejó de escuchar las palabras del abogado porque solo conseguía ver las gotas resbalando por las patillas de Giuliani.

—¿Qué es eso que tiene en la cara?

El estadounidense esbozó una sonrisa avergonzada.

—Es... tinte para el pelo —titubeó encogiéndose de hombros—. Se está..., eh..., disolviendo.

—¿En directo? ¿En televisión?

—Eh..., sí, es... raro, ¿no?

Giuliani hablaba con total seriedad, aunque el tinte negro escurriera en directo; parecía una escena rocambolesca de comedia *nonsense*, más propia de las *silly walks* de los Monty Python. ¿Ese tío era el abogado de Donald Trump? El ruso estaba atónito.

—¡Esto es ridículo!

Avergonzado, Cannon pulsó el botón rojo del mando y apagó la televisión. Era un alivio que ese tipo irritante dejara de distraerlos, así forzó una sonrisa e intentó retomar el hilo de la reunión.

—Le decía que..., en fin, que estamos trabajando con nuestros abogados en una serie de procesos para frenar la certificación de los resultados electorales.

Dimitri señaló con el pulgar el televisor apagado, en el que instantes antes Rudolph Giuliani había hablado mientras el tinte de sus patillas se disolvía ante todo el país.

—Cuando dice que están trabajando con sus abogados, ¿se refiere a ese payaso?

El estadounidense forzó la risa.

—Sí, lo cierto es que Rudy hoy está un poco raro. Pero es un excelente abogado, puede estar tranquilo, de los mejores que tenemos.

Solo si es de los mejores haciendo el ridículo, pensó Dimitri. Cannon le decía que no se preocupara, pero lo que menos estaba en ese momento el ruso era tranquilo. No después de aquel espectáculo televisivo de aficionados.

—Oiga, dejemos la cháchara y hablemos en serio —propuso el hombre del FSB—. Necesito una respuesta honesta de su parte. ¿Ha habido fraude?

La mirada penetrante del visitante incomodó a Cannon; le daba la sensación de que el ruso le leía el pensamiento.

—Bueno..., eh..., bueno, estamos viendo si... si acumulamos el suficiente número de incidentes para..., ya sabe, para poner en duda el recuento de votos.

Eso sonaba a palabrería, pensó Dimitri.

—Pero ¿ha habido fraude sí o no? Para poder ayudarlos, necesito una respuesta honesta.

Viéndose acorralado, Cannon tragó saliva.

—No.

—¿Aun así existe alguna posibilidad realista de que algún tribunal declare que hubo fraude, anule el resultado y le dé la victoria a Trump?

Como había hecho Giuliani unos minutos antes, Cannon sacó un pañuelo y se secó la frente; solo faltaba que el tinte de su pelo también se disolviera.

—No.

El hombre del FSB gruñó con desagrado.

—Entonces no merece la pena perder el tiempo con ese asunto —concluyó—. Tenemos que articular una estrategia realista que produzca resultados concretos. Lo demás son distracciones.

—Los procesos legales son importantes —replicó Cannon—. Aunque no produzcan resultado jurídico alguno, tienen un efecto propagandístico. Las demandas que presentamos y la retórica del fraude sirven para enaltecer a nuestros seguidores. Cuando las acciones legales fracasen, se intensificará en nuestros votantes el sentimiento de agravio. Eso alimentará su rabia.

—Lo sabemos, lo entendemos y coincidimos con esa estrategia —subrayó Dimitri, usando el *nosotros* para dejar implícito que detrás de él estaban el FSB y el régimen ruso—. Pero, si me permite, señor Cannon, los asuntos legales se escapan a nuestro ámbito de intervención y no voy a perder tiempo con eso. Lo que podemos hacer es aconsejarles un modo de actuación que conduzca a los resultados que todos queremos: mantener a Donald Trump como presidente de Estados Unidos.

El estadounidense asintió con un gesto, casi aliviado por escuchar algo alentador.

—Muy bien —asintió—. ¿Qué sugieren que hagamos?

El visitante clavó de nuevo su mirada en Cannon, esta vez para subrayar la importancia de lo que iba a proponer.

—Una revolución.

Cannon parpadeó ante la crudeza y frontalidad de la respuesta.

—¿Revolución? No entiendo...

—¿Ha oído hablar de la revolución bolchevique en Rusia? A eso me refiero. Que cojan las armas, salgan a la calle y tomen el poder. Tan sencillo como eso.

El estadounidense volvió a parpadear.

—Perdón, ¿está usted hablando de... de una revolución de verdad?

—Mi inglés no es perfecto, pero supongo que me he expresado bien —ironizó Dimitri—. ¿No es vuestro QAnon, el que no para de hablar del Plan y de la Tempestad que viene, de la ley marcial que se va a decretar, detenciones y ejecuciones y no sé qué más? Pues desaten esa Tempestad sobre América: salgan a la calle y tomen el poder.

—¡No podemos hacer eso!

—¡Bah! ¿Por qué no?

—Porque estamos en Estados Unidos.

—¿Y bien?

El estadounidense sopesó las razones para evitar el camino que se le proponía.

—Bueno, algo así desencadenaría una guerra civil.

—¿Y bien?

Cannon se quedó atónito por la ligereza con la que el visitante hablaba de algo de ese calibre.

—Nuestras fuerzas armadas nunca lo permitirían.

—Pero ¿quién es el comandante supremo de las fuerzas armadas?

—Es... el presidente.

—¿Y quién es ahora mismo el presidente?

—Donald Trump.

Dimitri hizo un gesto con las manos, como si acabara de demostrar su razonamiento de forma lógica.

—Entonces las fuerzas armadas solo intervendrán si el presidente les ordena intervenir, ¿cierto?

—Bueno..., sí, claro.

—¿Y Trump ordenaría que intervinieran contra él mismo?

—Eh..., claro que no.

El ruso se inclinó hacia delante.

—Dejémonos de tonterías y vayamos al grano —dijo—. Necsitan un pretexto legal para intervenir. Proporciónenselo. Por lo que he entendido de su sistema, el resultado electoral debe ser ratificado por el Congreso, ¿cierto?

—Sí, eso ocurrirá el 6 de enero.

—Esa es la fecha de la revolución. Lo que ocurra ese día dentro del Congreso será el pretexto. Pongan a sus hombres en las calles. Armados hasta los dientes, claro. Al mismo tiempo, impidan que las fuerzas armadas intervengan. Intensifiquen la retórica y dramaticen todo lo que puedan. Cerquen el Congreso e invádanlo. Siembren el pánico entre los congresistas y oblíguenlos a anular los votos que ustedes declaran como fraudulentos. Si se anulan los que dan ventaja a su adversario, los congresistas no tendrán más alternativa que certificar la victoria de Trump. ¡Usen la democracia para subvertirla!

Cannon se removió en su asiento, incómodo.

—Eso es complicado...

—Es sencillo.

—¿Sencillo?

Dimitri se rio.

—Mire, nosotros en Rusia somos profesionales en revoluciones —le recordó—. Hicimos una en 1917 y hemos provocado decenas y decenas por todo el mundo. Las revoluciones se hacen con golpes de mano, ¿me entiende? ¿Acaso cree que Lenin contaba con el

apoyo popular cuando hizo la Revolución de Octubre? Nadie lo apoyaba. Nadie. De hecho, la revolución fue un golpe audaz llevado a cabo por un puñado de hombres armados y decididos sin el respaldo de la población. Tanto fue así que los bolcheviques perdieron poco después las elecciones a la Asamblea Constituyente y se vieron obligados a decretar la dictadura para poder gobernar.

—Los Estados Unidos de hoy no es la Rusia de 1917.

—Rusia, Estados Unidos... Es lo mismo. Las revoluciones que organizamos por todo el mundo se llevaron a cabo del mismo modo y, mire, funcionaron. Si lo hicieron en todas partes, también aquí. De hecho, si lo analizan, comprobarán que todas las grandes revoluciones del siglo XX las encabezaron grupos de hombres determinados que sometieron a los Parlamentos por la fuerza. Miren nuestra revolución de 1917, miren la revolución fascista en Italia, miren la revolución nazi en Alemania. Disuelvan su Duma, incendien su Reichstag y triunfarán.

—Pues, vamos... a pensarlo.

La respuesta no sonó convincente. El ruso lo notó y giró el rostro, como si pretendiese abordar la cuestión desde otro ángulo.

—¿Quién es Q?

La pregunta pilló a Cannon desprevenido.

—Eh..., ¿qué Q?

—Q de QAnon. ¿Quién es?

—No lo sé.

—Venga, no se haga el tonto —lo cortó Dimitri—. Son agentes de la CIA, ¿no?

El estadounidense volvía a sentirse acorralado.

—Mire, yo no sé...

—¡No me diga tonterías! Si quiere que esto funcione, tiene que decirme la verdad. Se lo pregunto por última vez: ¿quién es Q?

Acorralado, Cannon terminó por ceder.

—Exagentes de la CIA que apoyan a Trump.

—No se preocupe, no me ha revelado ningún secreto —replicó el ruso con una sonrisa cómplice—. Que proceden de la CIA no cuesta deducirlo. QAnon es, claramente, una operación psicológica —una *psyop*— llevada a cabo por agentes especializados en este tipo de acciones de desinformación. Y, como es evidente, en Estados Unidos solo la CIA tiene ese tipo de *know-how*. Lo que me lleva a hacerle otra pregunta: ¿los del QAnon son lobos solitarios o esos exagentes han realizado la campaña de *psyop* bajo su coordinación?

El anfitrión negó con la cabeza.

—No puedo decírselo. Lo siento.

Dimitri se reclinó en su asiento, relajando la postura.

—Da igual, conozco la respuesta —dijo—. Hablen con esos exagentes de la CIA y pregúntenles cómo se llevan a cabo golpes de Estado disfrazados de revoluciones. Verán que corroborarán el plan que acabo de proponerle.

—Está bien, hablaremos con ellos.

Esta vez sí se pronunció con convicción.

—Pero la operación que lancen contra el Congreso debe estar bien concebida, ¿entendido? Tienen que inventar un buen pretexto, reunir a un grupo de hombres determinados y avanzar con firmeza. Los progresistas son unos maricas. Cuando vean las escopetas y los cuchillos, se cagarán todos. Confíe en mí. Esa gente es de blablablá, no de acción. Pero si la operación está mal planeada o hay vacilaciones, la cosa fracasará. No querrán que fracase, ¿verdad?

—No, claro que no.

El hombre del FSB consultó el reloj y, sin las delicadezas propias de los protocolos sociales, se levantó del sofá. La reunión había terminado.

—Señor Cannon, ha sido un placer hablar con usted —dijo como despedida—. Haga el favor de transmitir al presidente nuestro más cordial saludo. Dígale que, por nuestra parte, haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarlo.

—Se lo diré, quede tranquilo.

—Tienen que hablar con esos exagentes de la CIA, y si deciden avanzar contra el Congreso, llámeme —le pidió—. Basta con que diga «viene la Tempestad» y sabré que el golpe se va a ejecutar. Esa señal es imprescindible para que, en el momento oportuno, podamos auxiliarlos de maneras que no conviene detallar aquí. ¿Entendido?

—Sí, claro. Se lo agradezco mucho.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Que tenga un buen día, señor Cannon.

El estadounidense acompañó a Dimitri a la puerta. El agente ruso entró en el ascensor con paso seguro. No era para menos: había oído lo que necesitaba oír y había dicho lo que debía decir. El resto ocurriría, inevitablemente, como tenía que ocurrir. Había leído el informe ultrasecreto del FSB sobre Donald Trump y el perfil que trazaba. Si el presidente se mantenía fiel a su naturaleza —y Dimitri estaba convencido de que así sería—, aquello solo podía significar una cosa.

Se avecinaba una tempestad sobre América. Y una catástrofe para todo Occidente.

LXXI

Llevaba ya varios días preocupado por su cuñada. La había llamado tres veces para saber cómo estaba y qué había pasado con la conversación con el hombre que encontraron en la manifestación de madres en Baton Rouge, pero Clarence no había devuelto las llamadas. Por eso aquel día decidió pasarse por su casa.

Llamó a la puerta. Instantes después oyó pasos.

—Ah, Leroy, eres tú —dijo al abrir, haciéndose a un lado para dejarle pasar—. Entra, entra. Estoy haciendo la comida.

Su cuñado entró; la casa olía a fritura.

—Te he llamado varias veces y no me has contestado.

—Tengo el móvil estropeado —respondió Clarence, conduciéndolo a la cocina—. Desde que la compañía de teléfonos contrató a un grupo de *canos*, mi *smartphone* da problemas. Probablemente voy a tener que cambiar de compañía.

Los *canos* eran los mexicanos.

—Estaba preocupado —dijo Leroy—. ¿Qué pasó con el tipo de la manifestación con el que hablaste? ¿Todo bien?

—No, no está todo bien —contestó ella, dándole la vuelta a las hamburguesas en la freidora—. Pero lo estará.

—¿Lo estará?

—No puedo hablar del tema, lo siento.

Miró las patatas que se estaban friendo al lado.

—¿Quieres comer?

—No, gracias. Tengo cosas que hacer. Solo he venido a ver si estabas bien. Me preocupó que no cogieras el teléfono...

Ella sacó las patatas de la freidora eléctrica y escurrió el aceite en el fregadero.

—¿Vas a ir a D. C.?

—¿A qué?

—A ayudar al presidente. ¿No has visto el tuit que nos acaba de mandar?

—Eh..., no. ¿Qué dice?

—Léelo.

Leroy cogió el *smartphone* y entró en su cuenta de Twitter, que no había consultado en media hora porque había ido a casa de su cuñada y evitaba mirar las redes sociales mientras conducía. Efectivamente, había un tuit del presidente.

Hizo clic y leyó el mensaje:

Es estadísticamente imposible que hayamos perdido las elecciones. Gran protesta en D. C. el 6 de enero. ¡Id allí, será salvaje!

—¡Caramba! —exclamó Leroy—. ¡Tenemos que ir! ¿Tú vas?

—No puedo, estoy ocupada con lo de Tim. Tengo que salvar a mi hijo. Pero irá mucha gente. ¿Has visto ya el mensaje de los Three Percenters?

—No.

Los Three Percenters, una organización paramilitar pro-Trump vinculada a la congresista pro-QAnon Marjorie Taylor Greene, afirmaban que solo el tres por ciento de los estadounidenses había luchado contra la colonización británica y que ese porcentaje estaba dispuesto a morir por la patria.

—Entra en Facebook y mira.

Leroy obedeció y abrió su página en Facebook. Había un comunicado del Consejo Nacional de la milicia Three Percenters.

Hizo clic en el enlace.

Estamos preparados para responder al llamamiento de nuestro presidente en caso de que Nosotros, el Pueblo, seamos necesarios para salvar a nuestro país del Mal puro que conspira para robarle nuestra nación al pueblo. Estamos listos para entrar en la batalla. No actuaremos sin que nos den órdenes. Actuaremos como un cuerpo unido de patriotas. Si la ley marcial y los tribunales militares fallan, tendremos que decretar la secesión de la Unión para formar una Unión más perfecta.

Leroy alzó la vista del móvil y miró a su cuñada.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Hasta hablan de secesión? Esto va en serio, ¿eh?

—¿Viste el anuncio que los de la Convención We the People pusieron en *The Washington Post*?

—Lo vi en Facebook.

Se instaba al presidente a proclamar la ley marcial y a poner a los militares al frente de nuevas elecciones en los Estados donde Trump había perdido por un margen estrecho.

—¿Y Wood? ¿Leíste lo que escribió en las redes sociales?

Lin Wood era un abogado que a veces trabajaba con los juristas de Trump; denunciaba que había habido fraude en las elecciones y que estaba implicado en varios procesos legales. Según él, el presidente había ganado la votación con una ventaja del setenta por ciento y le estaban robando esa victoria rotunda.

—No. ¿Qué ha dicho?

—Que el país camina hacia la guerra civil y que el presidente tiene que seguir el precedente establecido por Abraham Lincoln y decretar

la ley marcial —respondió Clarence—. Flynn también ha propuesto la suspensión de la Constitución y la proclamación de la ley marcial.

Michael Flynn era el antiguo asesor de Seguridad Nacional de Donald Trump.

—*Fuck!* Esto se calienta...

—Los Proud Boys, los Oath Keepers y los Three Percenters se preparan para responder al llamamiento del presidente y dirigirse a Washington —le contó—. Hay grupos que ya están haciendo simulacros de guerra.

Los acontecimientos parecían precipitarse.

—¿De verdad crees que van a provocar una guerra civil?

—El Estado Profundo nos ha robado estas elecciones, Leroy —respondió su cuñada—. El pueblo no va a quedarse de brazos cruzados. Nadie acepta el regreso a la impunidad de las redes pederastas de Hillary, Biden y las élites satánicas. Es impensable. Tenemos que plantar cara al Estado Profundo. Incluso esta mañana estaba viendo en la...

Con un movimiento repentino, Leroy se dirigió a la puerta con pasos rápidos y decididos.

—Adiós.

—¿A dónde vas?

Abrió la puerta, pero antes de cruzarla se volvió hacia ella como si le diera una última oportunidad.

—Voy a buscar las armas y a luchar por la libertad, por nuestro país y por nuestros hijos —declaró—. ¿Seguro que no vienes? El presidente ha dicho que va a ser salvaje...

—Tengo que resolver lo de Tim, ya te lo he dicho —respondió Clarence—. No puedo permitir que Bob lo venda a los pederastas. Ahora mismo es mi prioridad.

Su postura era comprensible y Leroy no insistió. Sin pronunciar palabra, cruzó la puerta y salió a la calle con la mirada determinada de quien se dispone a entrar en el campo de batalla. Era un soldado de la luz e iba a combatir las tinieblas. Confiaba en Trump, en Q y en el Plan. Él era la Tempestad.

LXXII

Apostado adrede en un rincón oscuro del garaje donde podía seguir siendo invisible, el hombre aguardó oculto entre las sombras a que el recién llegado aparcara el coche y se apeara. Le había tendido una emboscada. Tras cerrar el vehículo, el recién llegado se dirigió despreocupado hacia el ascensor, tarareando una vieja canción de Frank Sinatra mientras buscaba en el bolsillo la llave de su piso.

—¿Kurt?

El recién llegado no esperaba aquella voz que surgió de la penumbra y dio un salto sobresaltado.

—¡Santo Cielo!

El hombre salió de entre las sombras y, bajo la luz amarillenta del garaje, su rostro quedó al descubierto.

—¿Te asustas de los viejos amigos?

Al reconocerlo, el recién llegado abrió los ojos de par en par.

—¡Tomás Noronha! —exclamó. Resopló aliviado—. ¡Joder, tío! ¿Quieres matarme o qué? *Fuck!* ¡Casi me da un ataque al corazón!

El portugués sonrió.

—No me digas que ahora el gran Kurt Weilmann tiene miedo a la oscuridad...

—Cualquiera en mi país le teme a la oscuridad —replicó Kurt—. Vengo de Estados Unidos, *man*. ¿Crees que aquello es como esto? Allí todo el mundo tiene acceso a armas.

—No me digas que eres de los barrios mafiosos de Nueva York.

—Soy de San Francisco —respondió—. Pero, como sabes, hace ya unos años que vivo en Lisboa. Es mucho más tranquilo. —Hizo un gesto hacia el ascensor—. Venga, sube. A ver si con un *whisky* me recupero del susto que me has dado.

Los dos entraron en el ascensor.

—¿Ahora vives aquí?

—No podía quedarme en el piso de antes, ¿no te parece? No después de lo que te pasó.

Era una referencia a los acontecimientos de cuando se conocieron.

—Ya, me imagino.

—Pero me voy a marchar —anunció Weilmann—. He puesto el piso en venta.

—¿Ah, sí? ¿Ya no te gusta Lisboa?

—DARPA me quiere en Estados Unidos a tiempo completo. Todos estos enfrentamientos con Rusia y China exigen que esté allí de forma permanente para desarrollar y supervisar los nuevos proyectos. Son gajes del oficio, qué le vamos a hacer.

La DARPA, en la que Kurt Weilmann se destacaba como uno de los responsables y principales cerebros, era la agencia encargada de desarrollar las tecnologías militares más avanzadas de Estados Unidos. Una parte importante de los grandes avances tecnológicos del último siglo —incluido el inicio de la misión que llevó al hombre a la Luna y la invención de internet— llevaba su firma.

—¿Entonces nos vas a dejar...?

—Lamentablemente. Pero tranquilo, que cuando me entre la nostalgia, vendré por aquí de vez en cuando. Esto me recuerda mucho a California, pero en versión europea y más económica. Tiene una bahía parecida a la de San Francisco, colinas similares, tranvías e incluso un puente que recuerda al Golden Gate. Y, como

en California, el clima es templado y el sol se pone sobre el mar. Portugal es la California de Europa, *man*. Me siento como en casa.

Llegaron al tercer piso y salieron del ascensor. Con la llave en la mano, Weilmann abrió la puerta y entraron. A Tomás le extrañó no oír una voz familiar.

—¿Rebecca?

—La he desconectado. Como te acabo de decir, tengo el piso en venta y he empezado a desmontarlo. La tecnología fue de las primeras cosas que desactivé.

—¡Ah, qué pena!

Rebecca era la asistente virtual del responsable de la DARPA: un sistema avanzado de inteligencia artificial con una voz femenina seductora que controlaba toda la electrónica de la casa y que Tomás ya conocía. Al parecer, esa presencia ya no estaba activa.

Entraron en el piso. Weilmann encendió las luces, se quitó el abrigo y se dirigió al bar.

—¿Quieres un *whisky*?

—Prefiero agua.

El estadounidense sirvió a su visitante y ambos se sentaron en el sofá con los vasos en la mano. Ya más relajado, y bajo la intensa iluminación del piso, Weilmann miró con más atención a su interlocutor.

—*Wow, man!* —exclamó, sorprendido por lo que veía—. Has perdido mucho peso. ¿Estás enfermo?

Tomás tenía el rostro más hundido, los pómulos marcados y la tez amarillenta.

—Ni me lo recuerdes. Acabo de llegar de Myanmar.

—¿Myanmar? *Jesus Christ*, *man!* ¿Qué demonios fuiste a hacer allí?

—Es una larga historia —respondió el portugués—. Te ahorraré los detalles. Solo quería pedirte un favor. Tengo unos amigos que están en campos de refugiados de Bangladés y me gustaría sacarlos de allí. ¿Crees que puedes mover algunos hilos?

—¿Hay portugueses en los campos de refugiados de Bangladés?

—Los amigos de los que hablo son rohinyás.

Weilmann negó con la cabeza.

—Eso es un asunto del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, no de la DARPA. No vamos a meternos en eso. Además, ¿de qué sirve sacar a un puñado de personas? Que yo sepa, en Bangladés hay un millón de rohinyás. ¿Por qué se ha de privilegiar a unos en detrimento de otros? ¿Solo porque son tus amigos? ¿Eso es un criterio?

Tomás sabía que tenía razón.

—Cierto, pero..., en fin, es una cuestión de lealtad. Hemos pasado muchas penurias juntos y no me siento bien abandonándolos.

—Lo comprendo perfectamente. Es humano y, en tu lugar, yo pensaría igual. Pero comprenderás también que no queramos meternos en ese asunto.

El historiador ya había previsto esa respuesta. Había sido solo el primer paso en su esfuerzo por ayudar a Tin Tun y a los hermanos y a la abuela de Nur.

—Sí, claro.

El hombre de la DARPA cruzó las piernas.

—Oye, que no nací ayer —dijo—. No te has emboscado en el garaje del edificio como un asaltante y has montado una vigilancia solo por culpa de unos rohinyás que quieres sacar de Bangladés, ¿verdad? Si fuera por eso, habrías tocado al timbre o me habrías llamado por teléfono. Cuéntame de una vez qué pasa realmente.

Tomás sonrió. No cabía duda de que su interlocutor era un hombre perspicaz y muy inteligente; nada se le escapaba. Eso le daba pie para abordar el segundo tema que lo había llevado hasta allí.

—Tienes razón, tenía hablar contigo muy discretamente —confirmó—. Creo que me vigilan, así que debo ser muy cauteloso.

Esas palabras hicieron sonar una alarma en la cabeza de Weilmann.

—¿Te vigilan? —Hizo un gesto para que no siguiera hablando—. Antes de que sigas, ¿tu *smartphone*? ¿Dónde está?

Pregunta obligada para quien trabajaba en ese campo. En la era de la inteligencia artificial los dispositivos electrónicos se habían convertido en los mejores espías del mundo; los buenos servicios de inteligencia eran capaces de activar el GPS, los micrófonos y las cámaras a distancia, lo que les permitía determinar la ubicación de sus propietarios y captar todo lo que decían y hacían. Llevar un teléfono móvil era tener un espía en el bolsillo.

—Encendido en casa —respondió—. La geolocalización electrónica me sitúa en el sofá. En la televisión hay un vídeo en el que se oye mi voz, lo que les hará pensar que estoy allí de verdad. Y he empleado técnicas de camuflaje para llegar hasta aquí.

Con un gesto de aprobación, Weilmann se fijó en los detalles.

—Cuando dices «les hará pensar», ¿a quién te refiere exactamente? ¿Quién te vigila?

Era el momento de poner las cartas encima de la mesa.

LXXIII

La habitación del hotel estaba a oscuras. El capitán Dimitri Chernishev había bajado las persianas para poder dormir hasta tarde. La noche anterior había trabajado hasta altas horas, planificando los procedimientos para todos los escenarios; no se había acostado hasta las cuatro de la madrugada. De ahí la necesidad de cerrarlas. Necesitaba dormir lo máximo posible, ya que, dadas las circunstancias, podía verse obligado a pasar dos o tres noches seguidas sin pegar ojo.

Lo despertó el sonido de su *smartphone*. Alzó la cabeza y, somnoliento, miró el reloj digital de la mesilla; era casi la una de la tarde. Había dormido mucho. Cogió el móvil y comprobó quién lo llamaba. Paul Cannon.

—¿Dígame?

—¿Señor Chernishev? —Era la voz del asesor presidencial con quien había hablado unos días antes a solas en la Torre Trump.

—Sí, soy yo.

—*The Storm is coming* —anunció Cannon—. Viene la Tempestad. —Era el código.

—Entendido.

—Que tenga un buen día, *mister* Chernishev.

Ambos colgaron.

Al parecer, la Casa Blanca había decidido avanzar. Sin perder tiempo, Dimitri buscó en los contactos de su teléfono el número de

su jefe operativo en el FSB, el coronel Mijaíl Arseniev. Usando una línea cifrada de alta seguridad, estableció la conexión.

La voz al otro lado respondió al segundo tono.

—¿Dígame?

—Acabo de recibir la comunicación del meteorólogo —dijo en clave, por si la encriptación estuviera comprometida por el FBI o la CIA—. Viene la Tempestad. Repito: viene la Tempestad.

—Comprendido —respondió—. En tal caso, tengo nuevas instrucciones para usted. Ya hemos reparado el paraguas imprescindible para protegernos de la Tempestad y nos han autorizado a usarlo.

—¿La autorización es... de arriba?

—Del mismísimo meteorólogo jefe.

—¿Y, con esa reparación, el paraguas está en condiciones?

—Está perfecto.

—Entonces, le ruego que me lo envíe con urgencia, por favor.

—Me encargaré de ello —respondió—. No se moje.

Colgaron.

Dimitri se levantó de la cama de un salto. Fue a la ventana y abrió las persianas para que el sol entrara en la habitación. Nueva York se extendía ante él. Los múltiples rascacielos de la ciudad le parecían admirables, pero lo que más le impresionaba era el edificio neogótico que tenía a su derecha, el Chrysler: le recordaba a las Siete Hermanas de Moscú, como llamaban a los monumentales edificios neogóticos erigidos en la capital rusa durante la era estalinista.

Volvió a mirar su *smartphone*, esta vez para consultar las redes y ver las novedades. Lo primero que encontró fue un nuevo tuit de Donald Trump.

La GRAN Concentración de Protesta en Washington D. C. tendrá lugar a las 11:00 de la mañana del 6 de enero. Pronto publicaremos los detalles de las ubicaciones. ¡Parad el robo!

El hombre no paraba, sonrió Dimitri. Trump era un tuiteador compulsivo.

A continuación, echó un vistazo a Facebook; estaba lleno de llamamientos a la «Lucha por la Libertad» y a parar el robo, junto con múltiples avisos de que «Viene la Tempestad». Se alarmó cuando se topó con planes —con mapas e indicaciones pormenorizadas— que detallaban una operación llamada «Ocupar el Capitolio», enmarcados por una cita de Lincoln que hablaba de la necesidad de «derrocar a los hombres que pervierten la Constitución».

Negó con la cabeza en señal de desaprobación.

—Están locos...

El hombre del FSB sabía que una revolución no se monta publicando abiertamente los planes. Una operación de ese tipo debía mantenerse en secreto. La confidencialidad era un requisito para el éxito de un golpe. ¿No se daban cuenta? Revisó las demás redes sociales y encontró los mismos detalles en Twitter, Instagram y Parler. Ni siquiera se molestó en buscar en otras plataformas; los planes de insurrección para ocupar el Congreso estaban por todas partes.

Es cierto que los mensajes se compartían en los grupos de Facebook y en circuitos cerrados de otras redes, por lo que solo eran visibles para sus miembros, pero Dimitri no albergó la menor duda de que el FBI y otras agencias de seguridad nacional se habrían infiltrado y lo estaban monitorizando todo. Más que locos, los organizadores de aquello parecían aficionados del calibre del

abogado de Trump, el que había aparecido en directo con el tinte disolviéndose y las manchas negras corriéndole por la cara mientras intentaba convencer a sus conciudadanos de una fantástica conspiración electoral.

Para colmo, los mensajes de los seguidores de Trump resultaban tan surrealistas, e incluso tan descabellados, que los topos del FBI quizá no creyeran que fuesen en serio y pensaran que no era sino una bravuconada. Al fin y al cabo, ningún conspirador con dos dedos de frente publicita sus planes de antemano. Quizá el amateurismo de esa gente funcionara; quién sabía.

Un pitido en el móvil lo avisó de que acababa de recibir un mensaje. Lo comprobó. Era el FSB, que, usando la fachada de Lukoil, le acababa de enviar el material solicitado: el famoso paraguas. Pulsó el icono y las imágenes aparecieron. Se veía a Joe Biden vaciando urnas, vertiendo gasolina sobre las papeletas y prendiéndoles fuego, rematando con la invectiva provocadora contra Trump. Habían sido corregidas las sombras: ahora el *deepfake* parecía inatacable.

—Perfecto.

Abrió el buscador de vuelos y compró un billete para esa misma tarde en American Airlines, salida desde el aeropuerto de Laguardia de Nueva York y llegada, una hora después, al Ronald Reagan National, en Washington D. C. Con todo organizado, dejó el móvil y fue a darse una ducha. Los días siguientes prometían ser largos.

Y explosivos.

LXXIV

Cualquier duda que Leroy Roderick todavía pudiera albergar sobre si había sido sensato llevar todo su arsenal a Washington D. C., incluida la semiautomática AR-15 y las granadas compradas en Sullivan's Gun Outlet, se disipó por completo cuando vio a las milicias pro-Trump circular por las calles de la capital. Casi todos los miembros de los Oath Keepers y de los Proud Boys con los que se cruzaba exhibían banderas de Estados Unidos —algunos de la Confederación—, además de la iconografía de QAnon con frases como «Somos la Tempestad», «Confiad en el Plan» y «Q me envió». Todos ellos iban igualmente armados con AR-15, además de una parafernalia de otras armas, incluidas pistolas, cuchillos y porras.

Un auténtico ejército.

—¡Parad el robo! —gritaban varios de ellos al unísono, lanzando la consigna del momento—. ¡Ejecutad a los ladrones!

—¡Liberad a los niños! —coreaban otros, que seguramente eran *anons*—. ¡Somos la Tempestad! ¡Luchad por la libertad! ¡De las tinieblas a la luz!

La mañana se había despertado helada y Leroy llevaba su abrigo, bordado previamente con la simbología que definía su identidad: el gallo que mostraba sus orígenes y las iniciales con las que se presentaba como un *anon*. Él también era la Tempestad.

Todos a su lado marchaban hacia la Casa Blanca, donde el presidente iba a dar el mitin que prometía ser «salvaje». Había miles de personas en las calles de la capital, un verdadero río humano,

venidas de los cuatro rincones de Estados Unidos, si bien la gran mayoría procedía de los llamados *flyover states* del Sur; había gente sobre todo de Alabama, Texas, Misisipí, Georgia, Luisiana, Arkansas, Tennessee, Carolina del Norte y Carolina del Sur. Pero también había milicianos de otros estados, como Míchigan, Arizona, Nuevo México, Nevada, Pensilvania o Wisconsin.

Por la forma de actuar, muchos mostraban formación militar; la mayoría sin duda eran exmarines, y algunos serían incluso veteranos de las fuerzas especiales, como los Navy Seals. Llevaban cascos y chalecos antibalas, gafas tácticas, botas militares y uniformes de camuflaje; varios portaban *walkie-talkies* y uno incluso mostraba un auricular. Pero Leroy vio que también había ciudadanos corrientes con banderas de Estados Unidos y de la Confederación, gorras con las siglas MAGA y mensajes de QAnon cosidos; se veía a obreros de la construcción y bomberos, oficinistas y pequeños comerciantes, gente del pueblo, hombres y mujeres blancos, muchos *rednecks* como él, pobres como él, despreciados como él.

Todos armados, todos excitados, todos rabiosos.

—Pence tiene que devolver la votación a los Estados —decía uno —. Con eso basta para que ganemos.

Se refería a Mike Pence, el vicepresidente, encargado ese día del acto protocolario de dar lectura a los resultados electorales ante el Congreso. Sin embargo, el presidente quería que el vicepresidente, invocando un supuesto fraude generalizado, convirtiera los votos a Biden en votos a Trump. O, si eso no era posible, al menos que devolviera las actas electorales a los siete Estados donde el presidente había perdido por poco, para que allí se celebrara una nueva votación. Esta segunda opción se consideraba la más factible.

Los milicianos que se dirigían al mitin en la Casa Blanca comentaban el tema.

—Alexander está en contacto con la Casa Blanca —dijo uno—. Parece que el equipo del presidente se ha reunido en el hotel Trump y en el Willard para coordinar las operaciones. Alexander me dijo que ese equipo se llama «Consejo de Guerra».

—*Yeah*, buen nombre.

—Si Pence no accede, tendrá que ser ejecutado por traición a la patria.

—O ahorcado. Los traidores no merecen que se gasten balas con ellos. Si esos cabrones se portan mal, tendremos que ahorcarlos.

No se veía mucha policía en las calles, aunque se trataba de un día políticamente importante y Washington hervía de milicias armadas. Al principio aquello sorprendió a Leroy, pero enseguida dedujo la razón: el presidente había ordenado una presencia policial mínima. Además, ¿cómo se iba a ejecutar la operación Ocupar el Capitolio si la policía hubiera estado allí en gran número?

Se sentía hermano de toda esa gente que caminaba a su lado. Eran estadounidenses resentidos con las élites por no tenerlos en cuenta y haberlos convertido en minoría en su propia tierra. Tenían que luchar por lo que era suyo: por sus familias, por su tierra, por su gente, por su país. Por la América que les pertenecía y que las élites querían transformar en la de los otros, sustituyéndolos por extranjeros y haciendo de los verdaderos estadounidenses una minoría objeto de burla, olvido y desprecio. No lo aceptarían. Iban a luchar. Como hermanos.

Ellos eran la Tempestad.

Antes de salir hacia Washington D. C., Leroy había escrito un mensaje codificado y empezó a repartirlo en papel a todo aquel que veía con símbolos de QAnon. La gente miraba lo que estaba escrito y algunos le dirigían miradas interrogativas.

—¿Qué es esto, *dude*?

—Es un *crumb* —respondió—. Si eres un verdadero *anon*, tienes que *bake it*. —La expresión de Q cuando se refería a «interpretar»—. No lo olvides: *everything is connected*. Está todo conectado. Confía en el Plan. Nosotros somos la Tempestad.

Al acercarse a la Casa Blanca vieron arcos con detectores de metales donde algunos manifestantes estaban siendo registrados. Al encontrarlos, los miembros de las milicias se rieron y los sortearon. Un policía se los acercó.

—Tenéis que pasar por aquí.

Los milicianos de los Oath Keepers simplemente lo ignoraron. Algunos incluso se burlaron en la cara del agente.

—¡Payasos!

—Por favor, tienen que pasar por el detector de metales —insistió el policía, sonrojado—. Es una zona de seguridad.

Los milicianos con cascos y uniformes volvieron a reírse. Sin embargo, uno de ellos se acercó tanto que casi pegó su cara a la del agente. Señaló a los dos policías que atendían el control.

—¿Esa es toda vuestra fuerza? —preguntó—. ¿De verdad creéis que vais a poder detener a toda esta gente?

El policía parpadeó, sorprendido por la audacia de aquellos hombres. A Leroy le quedó claro que las fuerzas del orden no tenían la menor idea de lo que se cocía. Mejor así, pensó. Cuando despertaran a la realidad, sería demasiado tarde.

Como los Oath Keepers y muchos otros, Leroy ignoró a los policías, rodeó el control de metales y siguió adelante. Llevaba en la mano la bolsa verde con la AR-15, las municiones y las granadas guardadas en los bolsillos del chaleco; si se sometía al detector de metales, evidentemente, sería desarmado. Eso no entraba en sus planes.

La multitud se agolpó en las inmediaciones de la Casa Blanca. Llegó un punto en que era imposible avanzar; había demasiada gente y la masa humana formaba ya una auténtica muralla. La multitud llenaba el Ellipse, el parque al sur del muro de la Casa Blanca, y se extendía hasta el monumento a Washington; debían de ser más de veinte mil personas. Leroy se puso de puntillas e intentó mirar por encima del mar de cabezas y banderas. Al fondo, junto a la Casa Blanca, se erguía un escenario.

—La gente de delante llegó a las tres de la mañana —le dijo un hombre cuando lo vio observar el escenario—. Esto lleva días, mucha gente está llegando a D. C.

Se oyó otra voz.

—Eh, chicos, ¿habéis visto el nuevo tuit del presidente?

Leroy miró de inmediato su *smartphone*, como el resto.

Los Estados quieren corregir sus votos, saben que se basan en irregularidades y fraude, además de que los procesos corruptos nunca tuvieron aprobación legislativa. Todo lo que Mike Pence tiene que hacer es enviarlos de regreso a los Estados, ¡Y NOSOTROS GANAMOS! Hazlo, Mike, ¡esta es la hora de extrema valentía!

Con ese tuit, Trump dejaba claro que no controlaba a su vicepresidente, lo que inquietó a Leroy y a las personas a su alrededor también.

—¿Y si Pence no lo hace?

—Imposible —respondió otra voz—. Es el vicepresidente, respetará a su presidente. Además, Pence es evangélico. Teme a Dios. ¿Qué evangélico va a defender a los pederastas? Sabe que Biden, el violador de niños, no puede ser presidente. ¡Lo hará!

—Sí, pero no olvidéis que Pence ha estado mucho tiempo en el pantano —aventuró un tercero, usando pantano como referencia al mundillo político de Washington D. C.—. Las ratas de agua son todas iguales, amigos.

Las opiniones se dividían. Unos pensaban que Pence actuaría correctamente y evitaría la certificación de los resultados fraudulentos que robaban la victoria a Trump; otros tenían sus dudas. La discusión se prolongó, acalorada. Cuando se serenaron los ánimos, Leroy se puso a hablar con todos los manifestantes que llevaban la simbología de QAnon. A los que le preguntaban de dónde era, les entregaba el papel con el mensaje que había codificado en casa antes de partir.

—Este *crumb* revela quién soy —decía a quien le preguntaba por los símbolos que había garabateado en el papel—. Amigo, si de verdad eres un *anon*, te toca *bake it*. No lo olvides: *everything is connected*. Confía en el Plan. Somos la Tempestad.

A los verdaderos *anons* les encantaban esas cosas. Las conversaciones se interrumpieron de pronto cuando la voz del presentador del mitin irrumpió por los altavoces.

—Señoras y señores, ¡el presidente de los Estados Unidos!

La multitud estalló en aplausos y vítores; las banderas ondearon frenéticamente, la gente saltaba eufórica, brazos y sombreros en alto, confetis llovían sobre la multitud: fue como si hubieran anunciado la llegada del mesías. Leroy se esforzó en mirar por encima del mar de cabezas, pero resultaba difícil porque todos intentaban hacer lo mismo. Solo se percató de que Donald Trump había subido al escenario por la reacción desbordada de la multitud, casi histérica. Poco después oyó la voz inconfundible del presidente.

—Muchas gracias, esto es increíble —comenzó—. Hay cientos de miles de personas aquí; quiero que los medios de comunicación, las

fake news, lo reconozcan. Enfocad vuestras cámaras, por favor, y mostrad lo que realmente está pasando. —La multitud respondió con un clamor—. ¡Nuestro país ya no aguanta más! —prosiguió—. No aguantamos más y por eso estamos todos aquí. Vamos a parar el robo. Han falseado las elecciones. ¡Las han falseado como nunca se había hecho! —Más aplausos y vítores—. Pasamos de sesenta y tres millones de votos a casi setenta y cinco millones. Me dijeron que sesenta y seis millones nos garantizaban la victoria. ¡Nos han robado! Mirad los países del Tercer Mundo: sus elecciones son más honestas que las que hemos celebrado. Es una desgracia. ¡No vamos a dejar que silencien vuestras voces! ¡No vamos a permitir que eso ocurra, yo no lo voy a permitir!

Esa última frase desató una ovación entre la multitud.

—¡Luchamos por Trump! —gritó Leroy con el puño en alto, a coro con todos—. ¡Luchamos por Trump! ¡Luchamos por Trump!

—Gracias —dijo él—. Espero que Mike Pence haga lo correcto. Porque si hace lo correcto, ganamos las elecciones. Tiene el derecho de hacerlo. Los Estados quieren votar de nuevo porque ha habido fraude. Todo lo que el vicepresidente Pence tiene que hacer es devolverles su derecho a decidir y permitir que organicen una nueva votación. Entonces me convertiré en presidente y vosotros seréis muy felices.

—¡Parad el robo! ¡Parad el robo! ¡Parad el robo!

—Acabo de hablar con Mike. Le he dicho: «Mike, no hace falta echarle valor. Lo que requiere valor es no hacer nada. Eso es ser valiente».

La multitud enloqueció.

—¡Trump! ¡Trump! ¡Trump!

—¿Ha dicho lo que acabo de oír? —preguntó Leroy al miliciano de los Proud Boys que tenía al lado; las AR-15 de ambos ya eran bien

visibles—. ¿El presidente ha amenazado al vicepresidente?

—*Yeah!* —El miliciano se rio mientras mascaba chicle—. Ha avisado al *motherfucker* de Pence de que hace falta valor para no hacer nada; si no hace nada, ¡nosotros nos encargamos de él! —Alzó su rifle semiautomático—. ¡*Hell*, puedes apostar que lo haremos!

—¡Grande Trump! ¡Pence debe de estar cagado!

En el escenario, el presidente prosiguió con su discurso durante otra hora, tocando varios temas que, según él, eran importantes para salvar la democracia, hasta que por fin entró en la fase final del mitin.

—Juntos vamos a drenar el pantano de Washington y vamos a erradicar la corrupción en la capital de nuestra nación. Sabéis, ya hemos construido el muro. Pero ahora las caravanas —creo que eso es lo que Biden está planeando— se están formando otra vez. Quieren venir aquí y acabar con nuestro país. Eso no va a suceder. Nosotros lucharemos. Y lucharemos como demonios. Porque si vosotros no lucháis como demonios, dejaremos de tener país. Por eso vamos a bajar por la avenida de Pensilvania. Y vamos al Capitolio, y lo intentaremos. Así que bajemos por la avenida de Pensilvania. Os doy las gracias. Dios os bendiga y que Dios bendiga América.

Una ovación invadió la multitud; se oyeron muchos «¡Amamos a Trump!» y «¡Parad el robo!», hasta que, por fin, toda esa masa de gente comenzó a abandonar el lugar del mitin. Leroy iba en medio. Como el resto, obedeció las órdenes del presidente e inició la bajada por la avenida de Pensilvania rumbo al Capitolio.

La revolución estaba en marcha.

LXXV

Tomás Noronha confiaba plenamente en su amigo. Le describió a Kurt Weilmann todo cuanto había ocurrido durante el encuentro con Sasha, hacía diez días en Moscú. Le habló del *deepfake* de la masacre de Christchurch, del chantaje y de la misión que le habían impuesto. No se calló nada. Sabía que el hombre de la DARPA tenía buenos contactos en la CIA, como ya se había puesto de manifiesto en la aventura de *La mujer del Dragón Rojo*. Si había alguien que podía darle soluciones, era él.

Cuando el portugués terminó su relato, Weilmann ya se había acabado el *whisky* y había dejado el vaso en la mesa. Mentalmente, barajaba todas las opciones.

—Es un caso clásico de *kompromat* —constató—. Los rusos siempre han sido expertos en esas tácticas. ¿Dices que plantaron el *deepfake* comprometedor en los servidores de Facebook? Podemos encargarnos de eso. Entramos, borramos el *deepfake* y reintroducimos el vídeo original. Fácil. Ahora bien, no podemos reponer los registros que los rusos borraron de tus tarjetas de débito y crédito, de tus peajes ni de tu itinerario en Google Maps en Lisboa. Eso es imposible. Sí podemos, en cambio, introducir registros falsos que acrediten tu presencia en Portugal los días de la masacre de Christchurch.

—Es decir: tendremos que usar la mentira para decir la verdad.

—Exacto. Y podemos rastrear minuciosamente los sistemas electrónicos en Nueva Zelanda para detectar los registros falsos que

los rusos plantaron allí y borrarlos. No veo problema en eso.

Tomás se sintió tan aliviado que casi abrazó a su amigo.

—¡Uf! Me quitas un peso de encima, ni te imaginas.

—Pero, *man*, todo esto va a dar trabajo. Mucho. Nadie hace algo así sin cobrar un precio, como calcularás.

—Cuando hablas de precio, ¿en qué estás pensando en concreto?

Tomás sabía que a partir de ese momento ya no estaba hablando con su amigo, sino con un profesional cuyo objetivo era defender los intereses de Estados Unidos. Como dicen los ingleses, no hay almuerzos gratis. Nada que él no hubiera previsto, claro.

—Voy a tener que afinar los detalles con Washington y sobre todo con Langley, pero el procedimiento estándar en estos casos es claro: seguirles el juego. Compórtate como si siguieras bajo chantaje e inicia la investigación para encontrar el *smartphone* cuyo extravío, al parecer, les tiene tan preocupados. Si están desesperados por encontrarlo será por alguna razón. Encuéntralo.

—¿Y después?

—Simple. En lugar de hablar con ellos, vienes a hablar conmigo y nos entregas ese *smartphone*.

Es decir: tendría que llevar el asunto hasta el final. De nuevo, nada que no hubiera previsto.

—¿No hay alternativa?

—No creo. Langley jamás aceptará emplear recursos para ayudarte si no obtiene algo a cambio. Ese es el precio que la Agencia suele cobrar, y me parece razonable. Es lo tomas o lo dejas.

—Pero entonces simplemente estaría cambiando un chantaje por otro...

—No lo veas así, *man* —replicó Weilmann con gesto conciliador—. Tienes que verlo como un negocio en el que todos ganan. Nosotros conseguimos información que, al parecer, los rusos consideran vital;

tú te libras del embrollo en el que te han metido por accidente. Me parece justo para ambas partes.

—Pero soy yo quien está en el ojo del huracán.

—No somos nosotros los que te hemos puesto ahí, *man*. Han sido los rusos. Solo te estoy dando una solución. Te ayudamos y nos ayudas. Yo diría que es justo, ¿no crees?

Tomás pensó que Weilmann lo tenía justo donde quería. Pero lo que no sabía era que él también se acercaba al punto que deseaba.

—Acepto..., pero con una condición.

—Dime.

—A cambio de ayudaros con el *smartphone* ruso, vosotros ayudaréis a mis amigos rohinyás para que los acojan en Occidente.

El responsable de la DARPA lo consideró por un instante y al final negó con la cabeza.

—Lo siento, no puede ser. Cambiamos un favor por otro favor, no por dos. El asunto de los rohinyás no es cosa nuestra. Me gustaría ayudarte, créeme, pero Langley y Washington nunca estarían de acuerdo y no lo voy a proponer porque me jugaría mi credibilidad. Mi oferta sigue los términos habituales en este tipo de situaciones. Como te acabo de decir es lo tomas o lo dejas. Ahora respóndeme: ¿qué va a ser? ¿Hay trato o no?

Tomás esbozó una mueca de pena. Pensaba que iba a ser capaz de incluir a Tin Tun y a la familia de Nur en el trato, pero estaba claro que no iba a ser posible. Paciencia. Cada cosa a su tiempo. Su prioridad era resolver el asunto del *kompromat*.

—Vale, lo haremos a tu manera. Pero, en ese caso, voy a necesitar vuestra ayuda. Para encontrar el *smartphone* que los rusos han perdido, necesito localizar a un individuo llamado Rodhes Gonzalez en Estados Unidos. ¿Podéis echarme una mano?

Weilmann cogió un bloc de notas y anotó el nombre.

—Ro-dhes Gon-za-lez —silabeó mientras escribía—. ¿Dónde vive ese tipo?

—Ni idea. Lo único que sé es que, al parecer, pertenece a las milicias trumpistas.

—Hum. ¿Un trumpista?

—Eso es todo lo que sé. ¿Crees que podréis localizarlo?

Anotado el dato, el estadounidense cerró el bloc.

—No será difícil para el FBI. Creo que cuentan con el registro de todos los miembros de las milicias trumpistas. Además, disponen de acceso privilegiado a las listas de ciudadanos estadounidenses. Hablaré con ellos y, cuando me den la información, te llamo. ¿Te parece bien así?

—Excelente.

—Entonces, nos pasas todo lo que averigües y nosotros resolvemos el tema del *deepfake*. ¿Quedamos en eso?

Tomás suspiró y le tendió la mano, que se estrecharon para sellar el acuerdo. Luego Weilmann se levantó y fue al bar para rellenar su vaso de *whisky* y celebrar el acuerdo. Al darse la vuelta para volver al sofá, se detuvo al ver que el visitante se dirigía hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—A cumplir mi parte —respondió—. Tengo que terminar la investigación y planear sin demora el paso siguiente. Hay mucho que hacer y, si quiero sacar esto adelante, no puedo perder tiempo. Pero si quieres celebrar, Kurt, te sugiero que bebas un *whisky* por mí.

Celebrar a solas no era exactamente lo que tenía en mente. Cumpliendo con sus deberes de anfitrión, acompañó al visitante al descansillo y pulsó el botón del ascensor.

—Muy bien, *man* —dijo con un tono apreciativo—. No cabe duda de que eres un tipo especial, ¿eh? Ni siquiera te tomas un *whisky*

hasta que no hayas cumplido con tus obligaciones. No hay mucha gente así.

—Hay mucho en juego y no descansaré hasta que no haya resuelto el problema.

—Lo entiendo. Cumple tu parte y nosotros cumpliremos la nuestra. Si nos ayudas, puedes estar seguro de que ese *deepfake* de Christchurch desaparecerá.

—Eso espero.

El ascensor llegó al tercer piso y Weilmann abrió la puerta, invitando al portugués a entrar.

—Pero hay algo que debes tener siempre presente, *man* —añadió, manteniendo la puerta abierta—. Los rusos tienen muchas imágenes tuyas porque instalaron varias cámaras en tu casa. Que no se te olvide.

—¿Qué quieres decir?

—Nada les impide usar esas imágenes para crear otro *deepfake*.

Y con ese aviso se despidió. Cerró la puerta del ascensor y dejó que Tomás se fuera.

LXXVI

El capitán Dimitri Chernishev avanzaba hacia el Capitolio en medio de la multitud con su *smartphone* en la mano, con las redes sociales activadas y en permanente contacto con la oficina en San Petersburgo. Obtener información y difundirla de forma inmediata eran factores de importancia crucial en aquella operación. El golpe lo dirigían los hombres de Trump, pero, tras presenciar el espectáculo grotesco emitido en directo por el principal abogado del presidente y de haber visto cómo se divulgaban abiertamente en las redes los detalles operativos de la planeada invasión del Capitolio, el oficial del FSB albergaba serias dudas sobre las capacidades revolucionarias de aquella gente. Si quería que el golpe prosperara, tendría que echar una mano con el *deepfake* explosivo de Biden incendiando votos.

En la página de Facebook del Congreso apareció una información de última hora: se trataba de un memorando del vicepresidente en el que afirmaba que no tenía poderes para «aceptar o rechazar unilateralmente los votos electorales», y concluía que iba a actuar «según nuestra Constitución, nuestras leyes y nuestra historia». Es decir, Mike Pence acababa de anunciar que iba a actuar contra la voluntad del presidente y homologaría los resultados electorales. Había que difundir cuanto antes aquella noticia entre la multitud armada que bajaba por la avenida de Pensilvania.

Sin perder tiempo, Dimitri reenvió el memorando a San Petersburgo con instrucciones para que lo publicaran de inmediato en las redes. No tuvo que esperar ni dos minutos. Usando cuentas

falsas en Estados Unidos, los *trolls* al servicio del FSB llenaron las páginas más frecuentadas por los partidarios de Trump con la noticia de que Mike Pence se negaba a cumplir con su «deber patriótico» y se disponía a homologar los resultados fraudulentos.

Miró a su alrededor. Varios manifestantes, alertados por sus *smartphones*, ya a estaban consultando la información urgente. Las reacciones fueron inmediatas.

—*What the fuck?!*

—¿Habéis visto al traidor de Pence? ¡El cabrón va a homologar los resultados falsos!

—¡No me lo creo! ¿Dónde aparece?

—Aquí, en Facebook. Acaba de salir.

—*Holy shit!*

Un clamor furioso empezó a crecer en la multitud y un hombre con megáfono se dirigió a los manifestantes.

—Escuchad bien, *folks* —empezó, para llamar la atención de todos —. Acabamos de recibir la noticia de que Mike Pence no va a hacer lo correcto. Oficialmente nos van a robar las elecciones. Así que preparaos porque vamos a invadir el Capitolio. ¿Lo habéis entendido? ¡Vamos a invadir el jodido Capitolio!

La muchedumbre estalló.

—¡Cabrón! ¡Traidor!

—¡Ahorcadlo!

—¡Todos al Capitolio! ¡Tenemos que drenar este maldito pantano, tenemos que echar a estos políticos corruptos!

—¡Defended la Constitución! ¡Fusilad a los traidores! ¡Ejecutad a los pederastas!

La multitud ya estaba en pie de guerra. ¿Cómo se atrevía el vicepresidente a traicionar a su presidente, a traicionar la Constitución y a traicionar a Estados Unidos? Si decía ser cristiano

evangélico, ¿cómo podía Mike Pence ponerse del lado de los pederastas y los satánicos, contra Jesús y contra Dios?

Todos aceleraron el paso; ya casi era una carrera. Avanzaron deprisa por la avenida de Pensilvania y llegaron junto al Capitolio, donde miles de manifestantes se concentraban con gritos y cánticos, banderas y símbolos MAGA y QAnon. Todos exhibían sus armas y muchos se comunicaban por *walkie-talkies*, como si se coordinaran entre ellos.

Por encima de aquel mar de cabezas, junto al monumento a Ulysses S. Grant, Dimitri vio una estructura de madera levantada con una cuerda colgando en el centro, al estilo del Lejano Oeste: un cadalso improvisado que los milicianos acababan de levantar.

—¡Ahorcad a Pence!

—¡Colgad a todos esos *motherfuckers* políticos traidores! ¡Todos colgados por el cuello hasta que se mueran!

El agente del FSB no pudo evitar sonreír. Era sorprendente cómo la difusión de un pedazo de información tenía la capacidad de enaltecer a la turba e impulsarla a la acción, siempre y cuando se divulgara en el momento y el contexto adecuados. Recorrió el lugar con la mirada sin dejar de sonreír. Manifestantes furiosos, armados, cercaban el Capitolio, y solo había un puñado de policías protegiendo el edificio. Al menos en eso los hombres de Trump habían sido competentes. También lo habían sido al lograr poner en la calle a una multitud armada que amenazaba el Congreso. Ni Lenin había conseguido sacar a miles de personas a las calles para dar su golpe de octubre.

Pero ¿serían estos estadounidenses capaces de incendiar el Reichstag?

LXXVII

Leroy Roderick se coló entre los milicianos de los Proud Boys que se abrían paso entre la muchedumbre, y fue avanzando hasta situarse en la primera fila, donde todos se empujaban frente al cordón policial. Los agentes eran pocos, no llevaban cascos ni equipo antidisturbios; era obvio que no estaban preparados para la avalancha de gente que los empujaba por todas partes.

Todos se apelotonaban en esas primeras filas a empujones. Sin embargo, los Proud Boys, que se comunicaban entre sí con *walkie-talkies*, parecían extrañamente tranquilos. Se respiraba tensión, sin duda. Por un lado, la policía daba muestras de tener dificultades, dado que no había un perímetro bien definido para contener a la gente; por otro, los manifestantes estaban furiosos, excitados por la noticia de que el vicepresidente se disponía a traicionar al presidente y a validar los resultados electorales fraudulentos. Aun así, la manifestación parecía controlada y la gente mantenía uno o dos metros de distancia respecto al cordón formado por los policías del Capitolio, separados ambos bandos por bolardos metálicos.

Al cabo de unos minutos, Leroy oyó a un policía, presumiblemente al que comandaba la unidad, dar órdenes a varios de sus hombres.

—*Jesus Christ!* —exclamó—. ¡Han encontrado una bomba en la sede del Comité Nacional Republicano! ¡Tom, avanza con tu grupo! Hay que montar un perímetro de seguridad para alejar a la gente y permitir que intervenga el equipo de artificieros.

Un grupo de agentes de la ya escasa fuerza policial presente tuvo que salir para cumplir la orden.

Instantes después, el mismo policía recibió otra comunicación y dio indicaciones a otro grupo de agentes.

—*Fuck!* ¡Ahora han encontrado también una bomba en la sede del Comité Nacional Demócrata! Greg, vete allí con tu gente a montar el perímetro de seguridad. ¡Rápido!

Otro grupo de agentes abandonó sus posiciones y se dirigió al lugar. La defensa del Capitolio quedó así aún más diezmada. Cuando el segundo grupo se alejó, uno de los hombres de los Proud Boys, situado junto a Leroy, dio una orden por el *walkie-talkie*.

—¡Ahora!

Los Proud Boys comenzaron a avanzar arrastrando a la multitud detrás de ellos, y Leroy iba en medio. Rodearon los bolardos metálicos y establecieron contacto físico con los agentes que formaban el cordón de seguridad.

—¡Hey! —gritó un policía—. ¡Atrás! ¡Atrás!

Los Proud Boys ignoraron la orden.

—Vamos a entrar.

Al decidir, inesperadamente, retar a la autoridad, algunos policías desenfundaron sus pistolas y apuntaron a los manifestantes.

—¡Atrás! ¡Atrás!

—Si disparáis, nos los cargamos a todos —amenazó un miliciano de los Proud Boys, vestido de camuflaje, con casco y gafas tácticas —. Ni se os ocurra.

Nadie se creía las amenazas de los agentes. Ningún policía iba a abrir fuego contra manifestantes frente al Capitolio, santuario de la democracia, y menos sabiendo que los atacantes estaban armados e incluso portaban fusiles semiautomáticos AR-15. Enseguida

empezaron a llover proyectiles sobre las fuerzas del orden. El policía que comandaba la unidad señaló con el dedo a un manifestante.

—¡Ese ha lanzado un objeto! —Lo señaló—. ¡Detenedlo!

Los agentes avanzaron para detener al infractor, pero los Proud Boys cerraron filas y les bloquearon el paso.

—¡No dejéis que se lo lleven! —gritó uno—. ¡Impedidlo!

Los manifestantes avanzaron en bloque, presionando con sus cuerpos a los policías. Llovieron más objetos, esta vez más pesados. De pronto se oyeron detonaciones y el aire se llenó de humo; eran granadas de gas y otros explosivos que los manifestantes lanzaban contra la policía. Leroy olió el aire; le pareció una especie de gas lacrimógeno porque le empezaron a arder la nariz y los ojos; aun así, empujado por la multitud y empujando él también a los que estaban delante, fue avanzando paso a paso.

—¡Traidores! —gritó uno de los milicianos a los policías—. ¡Sois unos traidores!

—¡Acordaos de vuestro juramento! —bramó otro—. ¡Estamos aquí para que se cumpla la Constitución y vosotros deberíais hacer lo mismo! ¡Acordaos de vuestro juramento! ¡Proteged la Constitución!

—¡Traidores! ¡Traidores!

—¡Mostrad solidaridad con Nosotros, el Pueblo, o entonces os destruimos! ¿Creéis que vuestras armas de pacotilla nos van a parar? ¡Nada para al pueblo! ¡Vamos a tomar el edificio!

En medio de aquel caos, Leroy vio a dos milicianos de los Proud Boys que apuntaban sus armas contra los policías y abrían fuego; se dio cuenta de que no disparaban munición real, sino balas de goma. Los policías respondieron también con balas de goma.

La situación se descontroló. Se oyeron gritos, las detonaciones se multiplicaron, había humo, destellos, usaban los mástiles de las banderas y los propios bolardos metálicos para agredir a los agentes,

arrojaban a la cara de los policías espráis de gas, usaban Tasers para provocar descargas eléctricas a agentes que caían al suelo.

La confusión se generalizó.

Los manifestantes atacaban a las fuerzas de seguridad y se instaló el combate cuerpo a cuerpo, los policías retrocedían o abrían paso. La multitud avanzaba y avanzaba, como una corriente descontrolada que se salía por las márgenes de un río. De repente Leroy se dio cuenta de que la masa humana en la que estaba había superado la barrera policial y ya subía la escalinata rumbo al imponente edificio del Capitolio, una ciudadela a punto de caer en manos de la turba descontrolada. Los invasores estaban por todas partes e incluso había personas que trepaban por las paredes del edificio como arañas gigantes. La anarquía se generalizó y la multitud, comandada por los Proud Boys y los Oath Keepers, se había hecho con la situación.

Un manifestante señaló el gran edificio que alberga el Congreso de los Estados Unidos.

—¡Todos los cabrones que están ahí dentro son traidores! —gritó —. ¡Todos ellos!

—¡El peor es Pence!

—¡Y los pederastas! ¡No os olvidéis de los malditos *sonnavabitches* pederastas satánicos!

Leroy siguió la corriente de patriotas y fue ascendiendo hasta llegar a un punto donde se concentraba una masa compacta de manifestantes, todos sin parar de empujar. Se dio cuenta de que era una de las entradas del Capitolio bloqueada por la policía. Los agentes aguantaban el embate y trataban de mantener la cohesión hombro con hombro. El caos allí era total.

—¡Aguantad la línea! —gritaba un policía, con la cabeza ensangrentada—. ¡Aguantad la maldita línea!

Pero iban llegando más y más manifestantes y quedó claro que la línea defensiva de las fuerzas de seguridad iba a ceder; era cuestión de minutos. Se veían sobre todo puñetazos y empujones, pero también garrotes, martillos, mástiles de bandera e incluso cuchillos. Lanzaron un extintor contra las cabezas de los agentes, golpeándolos con brutalidad. Aunque resistían, el cordón de seguridad se iba debilitando.

—¡Dejadnos pasar! —gritó un miliciano en medio del asalto—. ¡Somos ciudadanos pacíficos!

—¡Lo hacemos por vosotros! —bramó otro—. ¡Lo hacemos por Estados Unidos!

En un momento dado, los atacantes lograron agarrar a un policía y lo arrastraron al exterior, arrojándolo sobre los peldaños de la escalinata.

—¡He cogido a uno! —exclamó alguien.

Lo rodearon, le arrancaron la placa, el arma y las municiones, y lo mantuvieron bocabajo, inmovilizado, impidiendo que los demás agentes acudieran en su ayuda.

—¡Mátalo con su propia arma! —corearon algunos milicianos—. ¡Mátalo con su propia arma!

Los policías que estaban en la barrera de la puerta empezaron a gritar en dirección al compañero y a los manifestantes que lo tenían rodeado.

—¡Tiene hijos! ¡No le hagáis nada, tiene hijos!

Nadie lo mató.

El combate proseguía feroz junto al acceso al Capitolio; los policías se enfrentaban a los invasores, se protegían con los escudos e intentaban contener la muchedumbre a golpes, mientras los manifestantes forzaban la entrada a empujones, puñetazos y con todo tipo de objetos. Se oyeron cristales romperse y Leroy, en medio

de la multitud furiosa, vio a manifestantes trepando por la fachada del edificio, intentando entrar por las ventanas ya rotas. No cabía duda: era cuestión de tiempo hasta que los atacantes se impusieran. Y el tiempo se estaba agotando, se percibía en los rostros demacrados de los policías.

De pronto, la barrera de seguridad cedió; la masa humana avanzó como un ariete y Leroy se vio atravesando el umbral y entrando en un pasillo decorado con mármol.

Estaba dentro del Capitolio.

LXXVIII

Tomás Noronha cogió la camisa que acababa de planchar y doblar y la metió con cuidado en un lado de la maleta abierta sobre la cama. Cuando iba a hacer lo mismo con los pantalones, también recién planchados, sonó el móvil. Descolgó al instante; esperaba que fuera Maria Flor. Su mujer había tenido dificultades para conseguir un billete de avión que saliera de Yangón y no volaría hasta esa noche. Calculó que ya debía de estar de camino al aeropuerto y probablemente por eso lo llamaba.

Sin embargo, en pantalla del *smartphone* apareció un número desconocido.

—¿Dígame?

—Soy yo —respondió una voz masculina al otro lado—. He llamado a todas las puertas.

Era Kurt Weilmann. El hombre de la DARPA hablaba sin dar detalles precisos porque nunca se sabía si los rusos podrían estar monitorizando la llamada.

—¿Y bien? ¿Tienes buenas noticias?

—No mucho. No ha sido posible localizar a tu..., eh..., amigo.

—¿Hablas en serio?

—Desgraciadamente sí. Se ha revisado todo al detalle y no ha dado resultado. Lo siento.

Estaba claro que no eran buenas noticias.

—Vale, vale —se resignó Tomás—. Tendré que encontrarlo de otra manera.

—Buena suerte.

Colgaron.

Lo que Weilmann le había dicho veladamente por teléfono era que el FBI no había logrado identificar a ningún miliciano pro-Trump, ni a ningún otro ciudadano estadounidense, que se correspondiera de forma creíble con el tal Rodhes Gonzalez que Tomás y los rusos estaban buscando.

No era lo que el historiador esperaba, evidentemente. Pensaba que el FBI, con sus inmensas bases de datos y los enormes recursos a su disposición, no tendría problemas a la hora de localizar al hombre que se había llevado el *smartphone* de Sasha. Si los federales hubieran tenido éxito, como cabía esperar, eso le habría facilitado muchísimo el trabajo. Pero esa vía no dio frutos. Se preguntaba por qué siempre le costaba tanto hacer las cosas. Lo que a una persona normal requería un esfuerzo determinado, a él le exigía el triple. Era su karma. Los atajos, por lo visto, nunca funcionaban con él.

Eso significaba que tendría que ser él quien resolviera el problema. Y cuanto antes, mejor, porque el tiempo apremiaba.

Postergó la tarea de ordenar la maleta. Ansioso y presionado por el tiempo, se encerró en su despacho para volver a leer sus anotaciones en busca de ideas y pistas. Comenzó por repasar lo que había averiguado cuando se puso a descifrar la inscripción encriptada.



Se rascó la cabeza. ¿Qué le decía aquella pista? Poco, en realidad. O quizá, todo. Tenía que analizarlo desde otra perspectiva, explorar

nuevas vías. Necesitaba ponerse en la piel del autor del enigma ya parcialmente resuelto. El responsable del mensaje era, según le había dicho Sasha en Moscú, un miliciano pro-Trump. Un cateto. Pero si Rodhes Gonzalez era un paleto, cómo iba a ocultar su mensaje en un código sofisticado. Los paletos, por definición, no son sofisticados.

También estaban los símbolos que Sasha le había descrito. El ruso le había contado que el tipo que se había quedado con su móvil llevaba símbolos trumpistas cosidos a la ropa. Un gallo, para empezar. Y también una serie de iniciales. Consultó sus apuntes.

WWG1WGA

¿Qué demonios quería decir eso? ¿Qué significaba? ¿Sería algo aleatorio? ¿Estaría viendo pistas donde no existían? Y, si existían, ¿qué relación tenían con todo lo demás? Muchas preguntas y ninguna respuesta. Le entraron ganas de gritar de frustración.

¿Qué debía buscar?

Si bien recordaba, lo que más le había llamado la atención era el tipo de alfabeto masónico que el autor del mensaje había empleado. Podía haber usado el sistema francés, el inglés o el alemán. Pero no. Había utilizado el sistema portugués.

El portugués.

¿Qué le decía eso sobre el autor del enigma? La respuesta le pareció obvia. Si había usado el sistema portugués era porque, con toda probabilidad, se trataba de un portugués. No era muy habitual encontrarlos en Estados Unidos, dado que no era el principal destino de la emigración portuguesa. Aunque sí había, claro. Tradicionalmente emigraban a Brasil, a Francia, a Suiza, a Luxemburgo y a Canadá; aun así había colonias en Estados Unidos.

Las mayores se encontraban en Massachusetts, Newark, Rhode Island y San Diego.

Pero si el trumpista en cuestión no era portugués, nada impedía que fuera descendiente de portugueses. De hecho, los había por todas partes en Estados Unidos. Tom Hanks, George Lucas, Keanu Reeves y Katy Perry eran solo los ejemplos más famosos de lusodescendientes. Claro que no se imaginaba a alguien como Tom Hanks elaborando un enigma así, pero...

Vaciló.

¿Y si...?

De repente, tuvo una idea. Se lanzó al ordenador y tecleó una serie de datos: algunos relacionados con la hipótesis que acababa de plantear, otros con la descodificación parcial de la inscripción encriptada. Con toda la información introducida en el sistema, el ordenador tardó una fracción de segundo en darle la respuesta. Cuando la vio, apretó el puño en señal de victoria.

—¡Ya está!

Había descubierto el paradero de Rodhes Gonzalez.

LXXIX

Aunque la entrada del capitán Dimitri Chernishev en el Capitolio había sido caótica —como la de todos los manifestantes que en ese momento invadían el edificio que albergaba el Congreso—, la decisión de mantenerse junto a los Oath Keepers resultó sensata. El hombre del FSB se había unido a ellos al darse cuenta de que tenían formación militar y sabían lo que hacían; avanzaban en hilera, la llamada «fila Ranger», cada uno agarrando el cuello del chaleco del camarada de delante, una táctica militar estandarizada. Además, estaban provistos de cascos y chalecos antibalas y se comunicaban entre sí con gestos, haciendo señales militares para coordinar movimientos tácticos.

Una vez superada la barrera policial y la inviolabilidad del recinto —algo que ocurría simultáneamente en varias entradas—, los Oath Keepers se detuvieron para estudiar un plano del edificio.

—El Senado está por allí —señaló el miliciano que dirigía el grupo, apuntando a la izquierda—. ¡Vamos!

El grupo se dirigió en esa dirección y Dimitri los siguió, junto con otros invasores. Avanzaron por el pasillo y, unas decenas de metros más adelante, se encontraron con un cordón policial a la entrada del vestíbulo que da acceso a la cámara del Senado.

Uno de los policías, un hombre negro corpulento que parecía comandar el cordón de protección del Senado, alzó la mano y señaló la puerta de salida.

—¡Volved atrás!

—Nos ha invitado el presidente Trump —dijo un manifestante—. Cuando el comandante supremo da una orden, los patriotas obedecen.

—¡Estamos aquí para parar el robo! —añadió otro—. Nadie ha votado a Biden.

El policía negro les respondió.

—Yo voté por él.

Se hizo un breve silencio.

—Chicos, ¿habéis oído eso? —gritó una mujer con una camiseta rosa con un MAGA estampado en el pecho—. ¡Este negro ha votado a Joe Biden!

Se desató un griterío en el vestíbulo, los ánimos exaltados.

—*Fucking nigger!* —vociferaron los hombres de los Oath Keepers —. ¡Negro cabrón!

Los milicianos lanzaron el asalto y los policías aguantaron el embate. No iba a ser fácil pasar por encima de ellos. Al ver que la situación se complicaba allí, Dimitri reculó y buscó una salida. Su misión era otra. Los pasillos estaban repletos de manifestantes, cada vez eran más y más; se oían gritos y el ruido de los enfrentamientos en el vestíbulo de acceso a la cámara del Senado. El hombre del FSB se dirigió hacia el Ala Oeste, consciente de que en esa zona había milicianos que habían entrado por otras puertas, probablemente los Proud Boys, y quizá podría acompañarlos.

Le llegó un mensaje al *smartphone*. Echó un vistazo a la pantalla; era de San Petersburgo. Clicó.

Pence está en una habitación del segundo piso.

Dimitri se irritó. ¿Para qué se lo contaban a él? Escribió un mensaje de respuesta.

Poned esa información en las redes inmediatamente.

Había que guiar a los invasores hacia los lugares donde se escondían los congresistas de la Cámara de Representantes, los senadores y el vicepresidente, junto con sus respectivas familias. Si la cúpula de la clase política caía en manos de los milicianos y era linchada, tanto mejor. Cuanto mayor fuera el caos, mayor sería el desastre para Estados Unidos y para Occidente; mayor, por tanto, la victoria de Rusia.

Sin embargo, en ese momento su prioridad era otra. Lo que él quería, de manera imperiosa, era acceder a los ordenadores del Congreso para descargar las imágenes del *deepfake* de Joe Biden en las que se lo veía quemando votos de los estadounidenses a favor de Trump. Si lo encontraban en el disco duro de sus equipos, comprometería gravemente a los congresistas demócratas y legitimaría la revolución. Intentó abrir puertas a lo largo de los pasillos, pero estaban cerradas o daban a cuartos de almacenaje o de limpieza.

Oyó cánticos y voces acercándose y se topó con un nuevo grupo de manifestantes que recorría el interior del edificio; eran los Proud Boys.

—¿Dónde están los traidores? —gritó el que iba al frente, vestido de camuflaje—. ¡Traedlos aquí!

—¡Traidores! —coreaban varios—. ¡Traidores! ¡Traidores!

Mientras los milicianos golpeaban diversas puertas, creyendo que había gente escondida dentro y tratando incluso de forzar algunas, un hombre con megáfono recorría los pasillos para incitar a sus compañeros.

—¡Defended vuestra libertad! —decía con tono monótono, como una grabación—. ¡Defended vuestra Constitución! ¡Defended vuestra

libertad! ¡Defended vuestra Constitución! ¡Defended vuestra...!

Parecía un circo.

—¡Eh, chicos! —llamó alguien—. ¿Habéis visto lo que acaba de salir en Facebook? ¡Pence está en una habitación del segundo piso!

—*Motherfucker!* ¿Dónde están las escaleras?

—¡Allí! ¡Allí!

Salieron corriendo en esa dirección.

—¡Esperad! ¡Esperad! —dijo otro—. Acabo de recibir un nuevo mensaje en Facebook. ¡Todos los legisladores están en los túneles, tres pisos abajo!

—¿Cómo coño vamos a llegar hasta allí?

—Tenemos que ir a las puertas de la Cámara de Representantes, en el Ala Norte, girar a la izquierda y bajar las escaleras. Q dice que el presidente ha firmado órdenes secretas para detener a Pence y a todo el mundo.

El miliciano que parecía mandar en esa unidad de Proud Boys dio instrucciones rápidas a sus hombres.

—¿Habéis oído esto, chicos? Son órdenes del presidente. Así que un grupo sube para atrapar a Pence en el segundo piso, los demás bajan para capturar a los legisladores. ¡Vamos, chicos! ¡Tenemos que detener a todos los traidores!

Los distintos grupos de Proud Boys, junto con los manifestantes que los seguían, se dividieron en dos columnas principales: una subía las escaleras y la otra las bajaba, cada una con sus órdenes específicas. Dimitri se colocó detrás de los que subían, creyendo que el sector al que se dirigían le permitiría entrar en un despacho de los demócratas, pero pronto ese grupo llegó a un espacio llamado Speaker's Lobby, el vestíbulo del presidente del Congreso, y se topó con una barrera formada por mesas y sillas. Detrás de esa barrera había policías.

—¡Apartaos! —ordenaron los manifestantes a los agentes—. ¡Dejadnos pasar!

Las fuerzas del orden parecieron dudar. Algunos agentes retrocedieron, pero otros sujetaban sus pistolas, apuntaban a los invasores y no parecían dispuestos a ceder. Los milicianos arremetieron contra ellos. Algunos intentaron saltar por encima de mesas y sillas, y los policías, que custodiaban un lugar de gran importancia, abrieron fuego.

Una chica con una bandera MAGA sobre los hombros cayó hacia atrás; el zumbido de las balas cortó el aire y Dimitri sintió que la pierna izquierda le fallaba y también se desplomó. Sorprendido, se miró y vio una mancha líquida de un rojo vivo que le empapaba los pantalones. Lo había alcanzado una bala. Intentó levantarse, pero la pierna no obedecía.

—¡Joder!

Justo en ese instante, Dimitri entendió la gravedad de la situación. Era ruso, estaba herido, se hallaba en medio de la invasión ilegal de un órgano de la soberanía de Estados Unidos y no podía ni completar su misión ni salir de allí. Muy probablemente, cuando todo aquello terminara, la policía lo detendría y posteriormente lo investigarían.

No presagiaba nada bueno. Sería inevitable que las autoridades estadounidenses se preguntaran qué hacía allí un ciudadano ruso. El caso acabaría en el FBI; su vínculo con la Lukoil sería escrutado al detalle y pronto se comprobaría que él sabía de petróleo lo mismo que un bosquimano del permafrost. Peor aún: la policía federal analizaría su *smartphone* y descubriría lo que contenía. Además de los contactos y de los mensajes, lo más grave era que había guardado en el aparato —con la intención de inyectarlo en los

ordenadores de los congresistas demócratas— el *deepfake*. Esas imágenes ya eran, por sí solas, suficientemente comprometedoras.

Pensó con calma. ¿Había algo más delicado en su móvil? No, no había nada más...

Se quedó helado.

Salvo el... el...

El corazón casi se le paró y la boca se le secó al recordar lo más importante. ¿Cómo había podido olvidarlo? Abrió los ojos de par en par, horrorizado ante su estúpida negligencia y las terribles consecuencias que de ella podían derivarse. Peor que los contactos, los mensajes o incluso el *deepfake* que la policía iba a encontrar, peor que todo eso, mucho peor, era el hecho de haberse descargado en el teléfono todo el programa del FSB del *Protokol Kaosa*.

El Protocolo Caos.

Palideció al comprender la magnitud del problema. ¿Cómo había sido capaz de cometer una imprudencia semejante? El protocolo era *osoboy vazhnosti*, que en ruso significaba «particularmente importante». Es decir, *Top Secret*. Absolutamente secreto. El documento contenía los mayores secretos de Rusia y a él solo podían acceder apenas unos pocos agentes clave de la operación del FSB contra Occidente. Lo había descargado a escondidas tiempo atrás para leerlo tranquilamente en casa cuando tuviera tiempo: leerlo y destruirlo. Lo leyó, pero se le olvidó destruirlo. Se le olvidó que se lo había descargado en el *smartphone*. E incluso se le olvidó que se le había olvidado. Y solo ahora, en el peor momento y en el peor lugar, cuando ya nada podía hacer, acababa de recordar que lo tenía en el móvil.

Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo. El coronel Arseniev había sido muy claro al advertirlo sobre la confidencialidad de aquel documento tan importante. Las palabras aún le resonaban en la

cabeza: «Si el protocolo cae en manos de alguien por negligencia suya, habrá consecuencias graves». Lo dijo en tono solemne y se aseguró de que entendiera esas palabras sin dejar lugar a dudas. Dimitri sabía que por «consecuencias graves» el coronel quería decir *mokroye delo*, o «trabajo mojado», eufemismo del FSB para «ejecución». Habría un interrogatorio intensivo que acabaría con un tiro en la nuca, al modo soviético de la Checa, del NKVD y de la KGB. Si el enemigo echaba mano a ese documento —ya fuera por alta traición o por simple negligencia—, estaba claro: lo pagaría con su vida. Ni más ni menos. Y su familia también sufriría. No le quedaba la menor duda.

Por lo tanto, era imprescindible impedir que su *smartphone* cayera en manos de la policía. El FBI no debía, bajo ningún concepto, enterarse del *Protokol Kaosa*. Pero ¿cómo evitarlo si yacía en el suelo del Capitolio, herido en medio de una invasión absolutamente ilegal, rodeado de un grupo de alucinados armados, incapaz de moverse y, por tanto, condenado a ser detenido y a que inspeccionasen el teléfono con todas las consecuencias que eso acarrearía?

—¡Ayudadme! —pidió, haciendo señas a los Proud Boys que se agolpaban allí—. ¡Ayudadme, por favor! —Nadie parecía hacerle caso —. ¡Socorro! —gritó—. ¡Estoy herido! ¡Necesito ayuda! —Aun así, nadie respondió—. ¡Ayudadme, por favor! —volvió a gritar—. ¡Estoy herido!

Solo entonces un manifestante le prestó atención.

—No puede ser, amigo. Han disparado a una chica en el cuello. Estamos tratando de salvarla. Tienes que esperar.

Dimitri comprendió que él no era una prioridad. Volvió a intentar ponerse de pie, pero otra vez no pudo. La pierna no le respondía y, al intentar moverla, sintió un dolor lacerante. Entró en pánico, pero intentó mantener el control. Aunque no había completado el

entrenamiento del FSB, fue suficiente para permitirle retroceder del abismo psicológico al que se deslizaba peligrosamente. Se concentró en lo que había aprendido. «Tranquilo, Dima», se dijo. Tenía que controlarse; el pánico solo le perjudicaría. Necesitaba mantener la cabeza fría. En los momentos más difíciles había que conservar la serenidad y razonar, tal como le habían enseñado en la formación.

«Tranquilo, Dima».

Había dos problemas: su detención y la incautación del *smartphone*. Lo más grave era lo segundo, así que resolverlo era prioritario. Miró a su alrededor. Si él no podía sacar el aparato de allí, la conclusión lógica a la que llegó era que alguien tendría que hacerlo por él. Pero ¿quién?

Analizó a los hombres y mujeres que circulaban por el corredor. No podía fiarse de los Proud Boys: con toda probabilidad acabarían detenidos e investigados. Además, estaban ocupados intentando salvar a la chica herida. Tenía que apostar por alguien distinto, una figura más anónima, sin ningún tipo de visibilidad. Necesitaba a una persona con muchas posibilidades de escapar sin que la policía la sometiera a un escrutinio severo. Y, aun si descubrían el documento, tendría que ser alguien a quien nadie relacionara con Rusia y mucho menos con el FSB.

Tras estudiar con frialdad a los manifestantes a su alrededor, fijó la atención en un hombre con símbolos singulares bordados en la chaqueta: el emblema de un gallo y una inscripción ininteligible compuesta por una secuencia de letras mayúsculas: WWG1WGA. No tenía pinta de miliciano; parecía desubicado, perdido en medio del Capitolio. Lenin tenía una denominación para gente así: los idiotas útiles.

Cuando el hombre pasó a su lado, Dimitri lo llamó.

—Perdone, tiene que ayudarme.

El idiota útil se detuvo y miró la pierna herida del agente del FSB disfrazado de manifestante.

—Lo siento, amigo. No soy médico, no sé qué hacer.

—¿Cómo se llama?

Al ver los ojos suplicantes de Dimitri —que en ese instante era un hombre herido e indefenso— el alma cristiana del idiota útil se compadeció de él.

—Soy Rod...

LXXX

—... de Gonzalez.

Leroy respondió con cautela. «Soy Rod, de Gonzalez». El hombre herido que lo había abordado en el interior del Capitolio hablaba con un acento extraño; estaba claro que era extranjero. No se trataba de uno de esos inmigrantes latinoamericanos que él veía en Luisiana y que, según él, le quitaban el trabajo por el simple hecho de ser de fuera. No. El hombre era rubio y, si no hubiera abierto la boca, podría haber pasado perfectamente por un estadounidense más. Pero su acento lo delataba. Aunque se compadecía porque estaba herido, Leroy sabía que no podía confiarse. Por eso no le dio su verdadero nombre, sino el diminutivo: Rod, de Roderick, y añadió el topónimo Gonzalez —el nombre de la ciudad de Luisiana donde había nacido—. Le pareció más prudente.

—Mire, señor Rodhes Gonzalez, me llamo Smith —se presentó el herido, que había confundido Rod con Rhodes—. John Smith. Mi acento se debe a que pasé mi infancia en Varsovia. Mi padre era marine en nuestra embajada allí. Pero soy capitán de los servicios de inteligencia militar de Estados Unidos y trabajo en la Casa Blanca con el equipo de Q, no sé si lo conoce...

Leroy abrió los ojos como platos.

—¿Trabaja con Q?

El hombre tendido en el suelo miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie los oía.

—Es estrictamente confidencial —confirmó en voz baja—. Se lo cuento porque, como ve, me han herido al atacar a los lacayos que protegen a los pederastas y... no puedo moverme. Es muy probable que el Estado Profundo, si logra frenar a los patriotas que luchan por la Constitución y por el presidente, me capture y me meta en la cárcel. No me asustan, que conste. Estoy dispuesto a morir por la patria y por la libertad. El problema es que llevo conmigo material altamente secreto de Q, aprobado personalmente por el presidente: órdenes ejecutivas confidenciales para organizar la resistencia de los patriotas contra el Gobierno de los pederastas y los satánicos en caso de que Biden, ese usurpador corrupto, gane tras el robo electoral y ocupe ilegalmente la Casa Blanca.

—¿Tiene material altamente secreto de Q? —repitió Leroy.

Dimitri volvió a mirar alrededor, asegurándose de que la conversación siguiera siendo confidencial.

—Es el Plan —susurró.

Leroy se quedó boquiabierto.

—¿El... el Plan?

—Chis, hable más bajo —le ordenó el herido, alarmado—. Mire, veo que es usted un buen patriota y que está al tanto. Por eso comprenderá que esta documentación no puede caer en manos del Estado Profundo. Algo así destruiría todos los esfuerzos que hemos hecho durante años para sacar del poder a las élites globalizadoras y devolver el control al pueblo. Tenemos que salvar el Plan, cueste lo que cueste. ¿Me entiende?

La mirada de Leroy recorrió el cuerpo del capitán Smith, intentando descubrir alguna carpeta o archivo con los documentos que decía poseer.

—¿Dónde está el Plan?

El herido alzó la mano y le mostró el *smartphone*.

—Aquí.

Leroy miró el aparato como quien contempla el arca de la alianza o el santo grial. Se incorporó un poco para adoptar una postura marcial e hizo un saludo militar; en ese momento se sentía un soldado de la luz.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —exclamó solemnemente—. ¿Cómo puedo ser útil?

—Necesito que se lleve mi móvil y lo esconda en un lugar seguro. No se lo cuente a nadie, ¿me oye? Es *Top Secret*. Además, pondría en peligro su vida. Nadie puede saber nada.

—Quédese tranquilo, mi capitán.

—Señor Rodhes Gonzalez, necesito su número. ¿Puede dármelo?

Leroy estuvo a punto de confesar que no se llamaba Rodhes Gonzalez —que solo había usado Rod y su ciudad natal por prudencia—, pero vaciló: la desconfianza volvió a apoderarse de él.

—¿Para qué lo quiere?

—Para recuperar el Plan cuando sea oportuno, lógicamente. ¿Cuál es su número?

Leroy dudó de nuevo. No confiaba en el Estado Profundo ni en sus artimañas. El capitán Smith le parecía auténtico: además, había entrado en el Capitolio con los Proud Boys, estaba herido y decía tener el Plan. Pero no lo conocía de nada y las élites eran manipuladoras. ¿Y si aquello era una trampa?

—Capitán, ¿de verdad trabaja con Q?

—Pertenezco a su equipo, ya se lo he dicho.

Leroy pensó en una forma de comprobar que el capitán Smith era de verdad un *anon*. Sacó del bolsillo el papel que había estado repartiendo durante el día entre los *anons* con los que se había cruzado en las calles de Washington D. C. y se lo ofreció.

—Aquí tiene mi contacto.

El herido miró la inscripción, paralizado, intentando comprenderla.



—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es un *crumb* —le respondió Leroy—. Si trabaja con Q, le será fácil *bake it*, interpretarlo. Recuerde: *everything is connected.* Confíe en el Plan. Somos la Tempestad.

Con un movimiento decidido, Leroy cogió el *smartphone* y desapareció.

LXXXI

La iglesia perdida en Gonzales, en el sur de Estados Unidos, estaba vacía a esa hora de la mañana. Dos empleadas fregaban el suelo del santuario y un intenso olor a lejía impregnaba un espacio en el que más sería de esperar el aroma del incienso y las velas consumidas. La iglesia era relativamente pequeña y de traza moderna, con el altar y los bancos en madera de haya clara. Tras el altar había una pantalla que mostraba versículos del Nuevo Testamento. Todo parecía muy distinto a las viejas iglesias que se ven en Europa.

Como no había nadie más, Tomás Noronha se acercó a una de las empleadas.

—Perdone, ¿quién está a cargo de la iglesia?

La chica dejó de limpiar el suelo, se apoyó en la fregona y lo miró.

—El pastor Harvey Chopin —respondió—. Está en el despacho preparando la clase de mañana sobre la Biblia.

La empleada le dio indicaciones y Tomás se dirigió al despacho del clérigo responsable del templo. Lo encontró en un pequeño cubículo al fondo del pasillo, vestido con vaqueros y camiseta como cualquier feligrés, tecleando en el ordenador.

—¿Pastor Chopin?

El hombre, un tipo de mediana edad, delgado y con canas, dejó lo que estaba haciendo en ese momento y, como buen anfitrión, le hizo de inmediato un gesto invitándolo a sentarse en una silla frente a su escritorio.

—No recuerdo haberlo visto por aquí, hijo —dijo el hombre en tono afable—. ¿Una nueva oveja que quiere unirse a mi pequeño rebaño?

Tomás se identificó y, consciente de que iba a hacer una petición intrusiva, mostró los documentos que acreditaban que era quien decía ser: el pasaporte, el título académico que lo reconocía como historiador y el certificado que lo vinculaba a la Fundación Gulbenkian. Una vez comprobada su identidad, pasó a explicar el motivo de su presencia.

—No he venido a unirme a su rebaño; busco a una persona que, creo, es una de sus ovejas.

—¿De quién habla?

—Ese es el problema —reconoció el recién llegado—. No sé su nombre. Pero tengo varias pistas que podrían llevarme a esa persona. Por eso necesito su ayuda.

El pastor Chopin meditó la cuestión.

—Reconocerá que su petición es un poco rara —observó—. ¿Para qué quiere encontrar a esa persona?

En condiciones normales, Tomás habría evitado mentir. ¿Cómo podía responder con la verdad? ¿Qué ocurriría si dijera que la persona que buscaba había recogido un teléfono en el que había secretos que Rusia no quería que salieran a la luz, y que él mismo estaba allí como agente doble, fingiendo servir a los rusos pero en realidad en contacto con un responsable de la DARPA? Con total seguridad, no llegaría a ninguna parte. La verdad no era creíble. Y, aunque lo fuera, suscitaría más sospechas y le cerraría todas las puertas. Eso no le pasaría con una mentira bien construida.

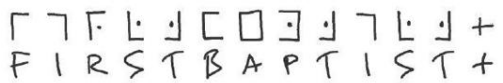
—Como le expliqué, soy un historiador portugués y trabajo con la Fundación Gulbenkian de Lisboa. Estamos realizando un amplio inventario de cristianos de origen luso por todo el mundo —de Brasil

a Japón, de Cabo Verde a Australia—. Como el proyecto es muy vasto y ambicioso, me invitaron a participar en él. En el transcurso de mis investigaciones he descubierto que existe un caso muy curioso de un luso descendiente en Estados Unidos que, creo, pertenece a su iglesia. Me gustaría poder hablar con él.

—¿Cómo sabe usted que esa persona pertenece a mi iglesia?

—Un amigo mío lo conoció por casualidad y él le entregó este mensaje.

Sacó del bolsillo la anotación con la adivinanza ya descifrada y se la mostró al responsable de la iglesia.



—*First Baptist* es mi iglesia. La primera iglesia bautista.

—Lo sé. La cruz al final indica precisamente que el mensaje se relaciona con el cristianismo. En este caso, con una iglesia: la *First Baptist*.

—Pero hay muchas otras iglesias bautistas en Estados Unidos. La primera *First Baptist* se formó en Rhode Island en el siglo XVII, y después empezaron a extenderse por todo el país. ¿Cómo sabe que se trata específicamente de mi iglesia?

Buena pregunta.

—Por lo visto, a ese luso descendiente le gustan los enigmas y las adivinanzas. Solo dejó este mensaje codificado sin revelar su nombre de forma explícita. Mi amigo me dijo que se identificó como Rodhes Gonzalez, pero en Estados Unidos las personas con ese nombre no coinciden con la que buscamos. He hecho un inventario de todas las iglesias bautistas de Estados Unidos y comprobé que había una en la localidad de Gonzales, por lo que llegué a la

conclusión de se trata de un equívoco. Lo que creo es que, en realidad, ese luso descendiente no dijo que se llamaba Rodhes Gonzalez, sino que era «Rodhes, de Gonzales». Esas palabras confundieron a mi amigo. A partir de estos datos presumo que se trata de un feligrés de la iglesia bautista situada en el pueblo de Gonzales. Es decir: es una de sus ovejas.

—¿Dijo que se llamaba Rodhes?

—Correcto.

El pastor Chopin esbozó una mueca.

—No hay ningún Rodhes por aquí —señaló—. ¿No tiene nada más específico?

—Como le dije, es un lusodescendiente.

—¿Cómo lo sabe?

—En la ropa llevaba un gallo como símbolo. El gallo es un emblema de Portugal.

—Y también de Francia —añadió el pastor—. No olvide que buena parte de la población de Luisiana tiene origen francés, ya que este Estado fue una colonia de Francia. Además, hijo mío, Estados Unidos es una tierra de descendientes de inmigrantes. Los antepasados de prácticamente todo el mundo vinieron de todas partes. Desconozco el origen étnico de la mayoría, como podrá imaginar.

Tomás comprendió que tendría que entrar en un terreno político, algo que no le agradaba porque era pantanoso y podía cerrarle puertas. Pero no tenía alternativa.

—La persona en cuestión es seguidora de QAnon.

Al oír esa referencia, el párroco alzó una ceja.

—¿Cómo lo sabe?

—Al parecer, también llevaba en la ropa una sigla con las letras WWG1WGA. Como sin duda sabrá, eso significa...

—*Where we go one, we go all* —completó el pastor Chopin, familiarizado con la sigla. De hecho, era una de las expresiones más asociadas a QAnon. «Donde va uno, vamos todos», la máxima que todos los *anons* de Estados Unidos se sabían de memoria.

—Por tanto, estoy buscando a un tal Rodhes, feligrés de la primera iglesia bautista de Gonzales, que es seguidor de QAnon. ¿Cree que esos datos bastan para identificar a la persona en cuestión?

El responsable de la iglesia vaciló, como sopesando qué debía responder.

—¿Dice que es para un estudio sobre cristianos descendientes de portugueses?

Tomás captó la desconfianza de su interlocutor, por lo que volvió a sacar sus documentos y los dejó encima de la mesa.

—Estas son mis credenciales, como le acabo de enseñar.

El pastor Chopin volvió a coger los documentos de Tomás y los examinó con más atención. No vio nada sospechoso en ellos; buscó en internet la Fundación Calouste Gulbenkian y le apareció abundante información sobre la institución con sede en Lisboa. A continuación, escribió en Google el nombre de Tomás Noronha y la pantalla se llenó de enlaces a periódicos internacionales, sobre todo, con detalles de su relación con el Vaticano, por una investigación en la que se vio implicado hacía tiempo.

—¡Ah, ya me acuerdo de usted! —exclamó finalmente el clérigo, al reconocerlo, al fin—. Toda una celebridad, ¿eh?

Tomás forzó una sonrisa; no le gustaba ser reconocido, pero en circunstancias como aquella podía ser útil.

—Si quiere, le firmo un autógrafo... —bromeó.

La broma, y sobre todo el hecho de comprobar que el visitante era realmente quien decía ser, hizo que el pastor dejara de desconfiar.

Su rostro se abrió en una sonrisa: las dudas se habían desvanecido, estaba dispuesto a colaborar.

—Creo que sé quién es la persona que busca —dijo.

Tomás, que llevaba días pensando que iba por buen camino, suspiró de alivio.

—¿En serio?

El pastor Chopin cogió un bloc de notas y trazó unas líneas. Cuando terminó, arrancó la hoja y se la tendió al visitante.

—Su nombre no es exactamente Rodhes, pero se le parece. Y sí, tiene origen portugués. Y francés. Puede encontrarlo aquí.

Tomás miró la anotación: era una dirección.

LXXXII

El capitán Dimitri Chernishev no sabía qué pensar de la forma como ese tal Rodhes Gonzalez se había marchado, llevándose el *smartphone* donde se hallaba el Protocolo Caos a cambio apenas de un mensaje cifrado con su contacto. ¿Cómo demonios iba a dar con la solución? Era fundamental para poder localizarlo y recuperar el teléfono y el contenido sumamente sensible.

Se obligó a recordar lo que había aprendido en el entrenamiento del FSB. «Calma, Dima». Tenía que mantener la cabeza fría, pensó. Cada cosa a su tiempo. Estaba herido, no podía moverse, por lo que tuvo que establecer dos prioridades. La primera, poner el *smartphone* a salvo. Lo había logrado, al menos por el momento. Si lo arrestaban, la policía investigaría sus vínculos con Lukoil y, aunque llegaran a descubrir que la petrolera rusa era una tapadera —algo que le parecía casi inevitable—, no conseguirían probar nada más. Esa parte, que con diferencia era la más importante, estaba asegurada. Ahora faltaba el resto.

Y el resto consistía en salir del Capitolio sin que lo capturasen. No era poca cosa. Su prioridad en ese momento era escapar de las autoridades, pero sabía que tenía el en contra. El asalto al Capitolio le parecía demasiado caótico y estaba convencido de que el golpe llevado a cabo por aquella panda de incompetentes —voluntariosos pero desorganizados— no iba a prosperar. Eso era evidente. La operación solo tendría éxito con la ayuda del FSB, pero para ello habría tenido que lograr descargar el *deepfake* de Biden en los

ordenadores de los demócratas, tal como había planeado. No había sido posible y la acción estaba ahora condenada al fracaso. Trump no era ningún Lenin; el Congreso no sería el Reichstag.

En el pasillo continuaban los enfrentamientos entre los milicianos de los Proud Boys, aunque sin la intensidad de minutos antes. Los disparos efectuados por los agentes —uno de los cuales, al parecer, había herido gravemente a una manifestante que intentó saltar la barrera— habían enfriado los ánimos de los milicianos y de sus seguidores. Salvo algún objeto ocasional lanzado contra las fuerzas del orden, la confrontación era ahora sobre todo verbal.

—¡Sois unos traidores! —gritaba uno de los Proud Boys—. ¡Estamos aquí por orden del presidente!

Desde el otro lado de la barrera de mesas y sillas llegó la respuesta:

—¡Salid del Capitolio!

—El presidente ha firmado una orden ejecutiva para detener a Pence y a todos los legisladores. ¿La han cumplido ya?

—No nos consta.

—La orden es secreta, pero está en las redes —insistía el miliciano —. Llamen a la Casa Blanca y verán que es verdad. Si no están dispuestos a detener a esa panda de usurpadores que han violado la Constitución, déjennos pasar y lo haremos nosotros. La orden ejecutiva del presidente debe cumplirse.

—No nos consta —le devolvió el policía con el mismo tono neutro —. Salid del Capitolio.

Nada de aquello interesaba ya a Dimitri. Fallada la misión de descargar el *deepfake*, y con el *smartphone* a salvo, ahora lo importante era salir de allí. El tiempo apremiaba. Si no podía andar, lo lograría de otra manera. Empezó a arrastrarse. No importaba el

modo, importaba el resultado. Eso se lo habían enseñado en el FSB, y sabía que solo aquello podría salvarlo.

Transcurridos treinta segundos, miró hacia atrás. Había avanzado diez metros, dejando un rastro de sangre sobre el suelo de mármol. No había avanzado mucho, pero sabía que paso a paso podía llegar lejos. ¿No eran los chinos quienes decían que todo gran viaje empieza con el primer paso? En su caso, ni siquiera eran pasos, se arrastraba, pero era lo mismo. Un movimiento tras otro y después, uno más. Si seguía así, en quince o veinte minutos habría logrado salir del edificio. Eso, claro, si le quedaban fuerzas. Aunque estaba en forma, arrastrarse no era fácil; exigía mucha fuerza de brazos, hombros y espalda. Además, cada movimiento hacía que la pierna herida le doliera más.

Volvió a mirar hacia atrás. Había avanzado unos veinte metros desde el punto donde lo habían herido. Los músculos le latían de dolor, pero no le quedaba alternativa. Seguiría mientras pudiera: reptaría por el pasillo hasta la puerta, bajaría las escaleras exteriores y llegaría a la calle. Y seguiría arrastrándose; costara lo que costara, tenía que salir de allí. Que la policía lo detuviera y lo interrogara no era opción. Así que ignoró el dolor y prosiguió. Reptaba y reptaba y...

—¿Necesita ayuda?

Alzó la cabeza y sobre él vio inclinado a un hombre corpulento, de barba y pelo largos, con aspecto de huno; llevaba una gorra con la leyenda «Q me envía». Un *anon* como tantos otros o, mejor dicho, otro idiota útil, en el viejo argot leninista.

—Sí, por favor —dijo Dimitri, exhausto—. Me han disparado... los pederastas. Me han herido en la pierna.

Sin decir más, el recién llegado lo levantó con cuidado —lo que no impidió que sintiera una punzada aguda en la pierna izquierda— y lo

cargó en brazos hasta la calle. El hombre del FSB perdió el conocimiento: el dolor había sido tan violento que lo dejó fuera de combate, pero así evitó caer en manos de la policía.

Diez minutos después recobró el sentido. Estaba en una ambulancia, rodeado de un médico y dos enfermeros que le prestaban asistencia. Lo primero que pensó fue en su *smartphone* y en el documento altamente secreto que contenía. Su prioridad ahora era recuperarlo. Para ello necesitaba hacer algo fácil de decir, pero no tan fácil de hacer.

Tenía que localizar a Rodhes Gonzalez sin que sus superiores supieran que había perdido el Protocolo Caos.

LXXXIII

Desde el momento en que el miembro del equipo de Q le confió su *smartphone* —en el que estaba detallado el Plan— la prioridad de Leroy Roderick era salir del Capitolio lo antes posible para poner el aparato a salvo, lejos del alcance de las autoridades sediciosas que protegían a los usurpadores. Era fundamental salvar el Plan para que los patriotas, liderados por el presidente y coordinados por Q, pudieran organizar la resistencia si el Estado Profundo lograba consumar el robo de la victoria electoral.

Sin embargo, cuando se acercaba a la puerta del edificio, oyó a un manifestante que llevaba un cartel que decía «Somos la Tempestad» —un *anon*, por tanto— dando una gran noticia a otro seguidor de QAnon.

—¡Hemos conseguido entrar en el Senado! —anunció—. ¡Está en las redes sociales! ¡Vamos!

La noticia era demasiado tentadora para que Leroy pudiera resistirse. Si había patriotas en el Senado, eso significaba que la victoria estaba al alcance de la mano. Si caía el Senado, caería todo. Conquistado el Congreso, derrotarían a las élites y reconquistarían el país. Era un nuevo Tea Party, el movimiento revolucionario que desencadenó el proceso de independencia de Estados Unidos. No podía perderse un acontecimiento histórico de tal magnitud.

Dio media vuelta y siguió a los dos *anons* que se dirigían allí. Uno de ellos, el que había dado la noticia, sostenía un móvil y miraba la pantalla para orientarse. Por sus palabras se entendía que seguía

indicaciones que recibía de su grupo en Facebook para llegar al Senado. Había otros manifestantes en el pasillo y uno de ellos, que venía en sentido contrario, hizo un gesto positivo con el pulgar.

—Estamos dentro.

No cabía duda: habían conseguido liberar el Senado y la victoria estaba cerca. Aceleró el paso. Un poco más adelante, vio a dos *anons* agachados, cada uno en su rincón, pero tardó unos segundos en darse cuenta de lo que estaban haciendo.

Defecar.

Se indignó al verlos, porque el Capitolio era un lugar sagrado, el corazón de la democracia estadounidense; pero también le resultó divertido por tratarse de la sede del Estado Profundo y de todo el pantano que mancillaba a Estados Unidos, país convertido en el antro de los pederastas satánicos. Cagar en el Capitolio era cagarse en las élites, en los inmigrantes a los que promovían, en las humillaciones que infligían a los descalzos, a los excluidos, al pueblo llano, al que las élites intentaban avasallar y sustituir. Los que cagaban en el Capitolio lo hacían sobre todo el pueblo, y Leroy no se bajó los pantalones y se sumó porque, para ser sincero, no tenía ganas. Si las hubiera tenido, habría ensuciado hasta las paredes.

Cruzó una puerta y, de repente, sin saber muy bien cómo, se encontró en el Senado. Había muchos manifestantes por allí e incluso algunos policías que no parecían agresivos. Sentado en el suelo del gran hemiciclo había un hombre con la cara pintada con los colores de la bandera, el cuerpo cubierto de tatuajes nórdicos y en la cabeza un gran gorro de piel con dos enormes cuernos.

—¡Qué fuerte, *man*! —decía el hombre—. ¡Todo nuestro! ¡Estamos aquí para poner el nombre de Jesús en lo alto del Senado! ¡Qué fuerte!

El tipo se llamaba QAnon Shaman. Se lo oyó decir a los dos *anons* a los que siguió hasta el Senado. Ya había visto ese nombre en los grupos de Facebook que descodificaban los *drops* de Q; así que, pese al aspecto llamativo del individuo, intuyó que estaba entre gente de confianza, patriotas como él.

—Venid, amigos —los llamó QAnon Shaman—. Uníos a mí. Vamos a rezar y a dar gracias al Señor.

Leroy y todos los *anons* presentes en el Senado se acercaron al hombre del tocado vikingo y se arrodillaron en el centro del hemiciclo, juntando las palmas de las manos en actitud de oración.

—Gracias, Padre que estás en el Cielo, por concedernos la oportunidad de alzarnos en defensa de los derechos que nos diste —oró QAnon Shaman—. Gracias, Padre que estás en el Cielo, por convencer a estos policías para que nos dejaran entrar en el edificio, por permitirnos ejercer nuestros derechos, por dejarnos enviar el mensaje a todos los tiranos, comunistas y globalistas de que esta nación es nuestra, no suya. Te pido, Padre que estás en el Cielo, que ilumines el Senado con la luz blanca de la armonía. En el nombre de Cristo, oramos.

El grupo respondió al unísono.

—¡Amén!

Terminada la oración, Leroy subió a la tarima donde el vicepresidente había estado apenas media hora antes para certificar los resultados electorales y vio allí una nota que QAnon Shaman había dejado, garabateada, dirigida a Mike Pence «el traidor»:

ES UNA CUESTIÓN DE TIEMPO,
LA JUSTICIA SE ACERCA.

Exacto, pensó Leroy. La justicia llegaría. La divina y la de los hombres. Los pederastas satánicos que veneraban las tinieblas serían castigados; los soldados de la luz que luchaban por el bien serían bendecidos. La salvación estaba a las puertas. Amén.

Su móvil sonó. En la pantalla aparecía «número desconocido». Intrigado, pulsó el botón verde y respondió.

—¿Sí?

—Buenas tardes, le llamo del BRPT, el Departamento de Policía de Baton Rouge —anunció la voz del otro lado—. ¿Puedo hablar con el señor Leroy Roderick?

¿Qué demonios querría la policía de la capital de Luisiana?

—Sí, soy yo. ¿Pasa algo?

—Señor Roderick, le llamo de parte de la señora Clarence Desjardins —respondió la voz—. Lo ha nombrado persona de contacto.

—¿Clarence? ¿Qué ocurre con ella?

—Está detenida. Homicidio.

La noticia golpeó a Leroy como un puñetazo.

—¡¿Qué?!

—La señora Clarence Desjardins está acusada de haber asesinado esta mañana al señor Robert Ribouchon, su exmarido, en una disputa por su hijo pequeño. La señora denunciaba que..., eh..., él quería vender al niño a una red pederasta radicada en Washington D. C. y dirigida por..., eh..., la señora Clinton.

—¡Dios mío!

—Señor Roderick, ¿podría pasarse por la comisaría, en Highland Road? Sería conveniente...

—Pero estoy en D. C. Estoy en el Senado.

—¿En el Senado? ¿En D. C.? Perdone, señor Roderick, no le entiendo...

¿Cómo iba a explicar el lío en el que se había metido?

—Mire, señor agente, yo... yo..., mire, me meto en el coche y voy para allá ahora mismo. Estaré en la comisaría mañana por la mañana para hacer lo que sea necesario. ¿Le parece bien?

—Como prefiera, señor Roderick. Yo solo cumplo el procedimiento requerido por la ley. Que pase una buena tarde.

Al colgar, Leroy miró a su alrededor. Los manifestantes aún deambulaban por el Senado, pero en ese instante todo aquello le resultó irrelevante, vacío de sentido, hueco. Clarence había matado a Bob. Los hijos quedaban huérfanos de padre y con alta probabilidad perderían también a su madre, ya que estaba en la cárcel.

Guardó el teléfono y se dirigió con paso apresurado a la salida. Tenía que volver a Luisiana; los suyos lo necesitaban. La revolución iba a tener que esperar.

LXXXIV

Flotaba en el aire un fuerte olor a productos químicos, un hedor pestilente que parecía omnipresente junto a aquella curva del Misisipi. Al llegar, Tomás Noronha se preguntó cómo era posible que alguien viviera en un sitio así. Con un maletín de ejecutivo en la mano, el historiador se acercó a la vieja casa de madera de Burnside y confirmó que era la dirección que el pastor Chopin le había apuntado en el papel. No cabía duda: estaba en el lugar correcto.

Tocó el timbre, que sonó en el interior de la casa. Instantes después, la puerta se abrió y frente a él apareció una adolescente de mejillas sonrosadas.

—Buenas tardes, señorita —la saludó Tomás—. ¿Vive aquí el señor Leroy Roderick?

La muchacha se volvió hacia atrás.

—¡Papá! ¡Es para ti!

La adolescente desapareció y, en su lugar, asomó en la puerta un hombre con sombrero de *cowboy*, barba de varios días y aspecto desaliñado.

—¿Puedo ayudarlo, amigo?

Antes de ir, el portugués había barajado varias estrategias. Al final, optó por la que le pareció más eficaz para el propósito que lo había llevado hasta allí.

—¿Leroy Roderick?

—Soy yo. ¿Y usted quién es?

Tomás sabía que la puesta en escena era fundamental. Durante el viaje a Estados Unidos había estudiado a fondo el fenómeno QAnon para intentar comprender a quienes lo seguían y su visión del mundo. Para jugar con el imaginario de su interlocutor, había escogido un traje azul oscuro y corbata roja, al estilo de los políticos, y gafas de sol oscuras, como si fuera un agente secreto en una película de Hollywood.

Las palabras se encargarían del resto.

—Me envía Q.

La declaración dejó a Leroy clavado en el suelo, la boca entreabierta en una expresión de asombro.

—¿Q?

—Tenemos un asunto que tratar.

El hombre se estremeció, como quien está bajo el efecto de un hechizo, dio un paso a un lado e hizo un gesto para invitar al visitante a entrar.

—Adelante, pase, pase —dijo, casi con deferencia—. Perdone que lo reciba de esta..., bueno, de esta forma. Me ha pillado completamente desprevenido. No esperaba una visita tan... tan importante.

Tomás entró en la casa manteniendo la misma postura, como si efectivamente se tratara de un agente secreto en misión especial. Sin quitarse las gafas de sol, que formaban parte del disfraz, recorrió la decoración con la mirada y fijó su atención en la estantería del salón.

—¿Tiene alguna relación con Portugal?

El anfitrión abrió los ojos, sorprendido.

—¿Cómo... cómo lo sabe?

El visitante señaló la pieza de porcelana situada en el centro de la estantería.

—Eso es un gallo de Barcelos, uno de los símbolos de Portugal.

—Vaya, qué observador —constató Leroy—. Aunque soy un cajún de origen francés, mi apellido, Roderick, procede de un antepasado portugués. El gallo simboliza tanto mi lado portugués como mi lado francés, porque ambos países usan el gallo como símbolo.

—A pesar de esos orígenes, espero que usted sea un buen estadounidense, un patriota que ame su país y lo ponga por encima de todo.

—No le quepa duda —respondió el anfitrión de inmediato, como si su honor estuviera en juego—. ¡Estuve en el Capitolio, señor! ¡Luché en nombre de nuestro presidente! ¡Me alcé contra el robo de las elecciones! ¡Que nadie ponga en entredicho mi patriotismo!

—Me alegra oír eso —dijo Tomás con tono de aprobación—. Hoy más que nunca hay que distinguir la paja del trigo, a los charlatanes de los que están dispuestos a coger las armas para defender el país, a los verdaderos estadounidenses de la chusma progresista que está destruyendo nuestro gran país.

—Estoy totalmente de acuerdo —declaró Leroy con énfasis—. No es casualidad que sea seguidor de Q desde el primer momento. Aunque sea un enorme sacrificio, tanto mío como de mi familia.

La adolescente que había salido a la puerta cruzó en ese instante la sala hacia lo que parecía la cocina; iba sonriente y se la veía feliz.

—¿Es su hija? Muy guapa. Enhorabuena.

—Uf, mi Sally me ha dado más trabajo del que se imagina. Hace unos meses no era más que un esqueleto, pobrecita. Flaca, triste y enferma. Incluso me llamaron del colegio porque se desmayó, imagínese. ¿Sabe cómo la recuperé? Por recomendación del médico, le corté el acceso a Instagram.

—¿Qué tiene que ver Instagram con su alimentación?

Leroy se encogió de hombros.

—A decir verdad, no lo sé. Pero desde que dejó todas esas dietas estúpidas y volvió a comer, ahora está más fresca que una lechuga, parece otra. Doy gracias.

—Cuídela bien, señor Roderick. Sabemos cómo los progresistas del Estado Profundo se han organizado en redes de pederastia para abusar de nuestros niños.

—¡Ah, no me hable de eso! ¡Pobres críos! Me dan una pena que ni se imagina. —Señaló una fotografía en una estantería—. ¿Ve a Clarence?

Los ojos de Tomás se desviaron hacia la foto. Mostraba a una mujer con una sonrisa triste.

—¿Es su esposa?

—Mi cuñada. Ayer mismo fui a verla a la cárcel, pobrecita. Clarence también es una *anon*. Su marido quería vender al hijo a la red pederasta de las élites y ella... ella lo mató.

—¿Mató al hijo?

—No, al marido. Salvaron al niño, gracias a Dios. Pero Clarence está en la cárcel. ¿Ha visto? Esta situación es terrible. He acogido al niño en mi casa porque no tiene a nadie más que lo cuide, pero el sufrimiento no se puede describir. El padre quería venderlo, la madre entre rejas... Un horror. ¿Qué será de ese niño cuando crezca? Lo salvamos de la red pederasta, sí, pero quedará marcado para siempre. ¿Qué país es este que encarcela a una madre por querer salvar a su hijo?

Tomás no sabía muy bien cómo afrontar esa situación, en la que solo había miseria, como constató. En realidad, no había nada que decir. Todo aquello se explicaba solo. Con un gesto que aparentó discreto, pero que en verdad hizo de modo que su interlocutor lo advirtiera, miró el reloj, como si tuviera prisa pero fuera demasiado cortés para decirlo.

—Quizá convenga que hablemos del asunto que llevó a Q a ordenarme que contactara con usted —indicó—. Como sabe, un operativo de nuestro equipo le entregó un *smartphone* con material muy importante para la seguridad nacional. Necesitamos recuperarlo.

Leroy podía ser un cateto, pero no tanto. Le habían confiado un móvil con el Plan y solo lo entregaría con garantías de que lo estaba devolviendo a la persona adecuada.

—Perdone, no es que desconfíe de usted —respondió, cauto con las palabras y directo en las intenciones—. Pero, como comprenderá, el asunto es de la máxima importancia, está en juego la salvación de nuestro país. En estas circunstancias, todas las precauciones son necesarias. La cuestión es: ¿cómo sé que de verdad lo envía Q?

Tomás contaba con ello.

—¿Recuerda al miembro de nuestro equipo que le entregó el *smartphone*?

—Claro.

—¿Y recuerda haberle dado un *crumb* que solo un verdadero integrante del equipo de Q podría descifrar?

—Por supuesto.

Tomás metió la mano en el bolsillo, sacó una hoja de papel, la desplegó y se la mostró al anfitrión.

—Lo hemos descifrado.

Leroy fijó la mirada en el papel y en su correspondiente solución.



Efectivamente, se trataba del mensaje que había entregado en el Capitolio al miembro herido del equipo de Q, con la pista cifrada que

lo conduciría a él, a Leroy. Estaba correctamente descodificado.

—No cabe duda: solo alguien del equipo de Q habría podido descifrar esto —admitió, más tranquilo—. Muy bien, señor. ¿Quiere que le entregue el *smartphone*?

—Q lo necesita.

El hombre de la casa se dirigió a la chimenea, sobre la cual había un jarrón metálico. Lo levantó.

—Aquí están las cenizas de mi querida mujer —dijo—. He guardado el aparato justo debajo.

Cogió el teléfono y se lo entregó a Tomás. El historiador lo tomó y lo examinó; era un *smartphone* como cualquier otro. Su contenido, sin embargo, tendría que ser necesariamente distinto. Guardó el aparato en el maletín y se puso de pie, saludó como si fuera un militar y se preparó para poner fin a su interpretación.

—Donde va uno, vamos todos —dijo, repitiendo como un loro la máxima de los *anons*—. Confíe en el Plan.

Leroy también se puso de pie y le devolvió el saludo como si fuera un guerrero de la luz. Estaba emocionado por haber desempeñado un papel en la gran gesta de su nación.

—¡Somos la Tempestad!

Entonces Tomás Noronha se dio la vuelta y, sin pronunciar una palabra más, abandonó la casa de Leroy Roderick. Su verdadera misión estaba cumplida.

Ya solo faltaba el acto final.

LXXXV

El rugido repentino de la tormenta fue suficiente para que los turistas abandonaran apresuradamente la playa; los relámpagos y el cielo plomizo anunciaban lluvia, y todo el mundo sabía que, cuando llovía en aquellas latitudes, lo mejor era correr en busca de refugio. No era extraño; con la temporada de monzones venían intensas descargas de agua.

Qué pena, pensó Tomás Noronha, con los pies estirados sobre la barandilla del balcón, contemplando la amplia playa y el cabo de Sugandha, en la bahía de Bengala. En otra ocasión se habría quitado la camisa y habría corrido por la arena hasta sumergirse en las aguas cálidas que lamían la orilla. Pero no con la lluvia a punto de caer, ni en las circunstancias en que se encontraba. Tal vez otro día.

Las primeras gotas empezaron a oírse rítmicamente sobre el tejado. Deprisa, la lluvia se intensificó y el tintinear inicial se convirtió en un golpeteo cerrado, como si miles de piedras cayeran a la vez sobre las tejas que cubrían la amplia terraza del hotel.

—¡Maldita lluvia! —vociferó una voz nasal a su espalda—. ¿Es lugar para quedar con alguien?

Tomás volvió la cabeza y sonrió al ver al recién llegado.

—Siempre es un placer verte de buen humor, Kurt. ¿Te has bañado en la playa?

Kurt Weilmann estaba totalmente empapado. Traía una exótica camisa colorida, de esas hawaianas exuberantes que a algunos

turistas estadounidenses les gusta ponerse cuando están de vacaciones.

—Muy gracioso —respondió el hombre de la DARPA, al tiempo que cogía una toalla que un empleado del hotel le entregó y empezaba a secarse—. ¿Por qué demonios has querido quedar conmigo en este *shit hole*? *Fuck,man!* ¿No habría sido mejor en Lisboa?

Con un amplio gesto, el portugués señaló el paisaje frente al hotel.

—¿Estamos delante de la playa natural ininterrumpida más larga del mundo y te quejas?

Weilmann lanzó una mirada vagamente interesada hacia la arena y el mar.

—Vale, es bonita. Pero ¿por qué Cox's Bazar? Espero que no haya sido una excusa para irte de vacaciones.

—Soy historiador, amigo. Durante muchos años esta zona perteneció a los reyes aracanos y a los mogoles. Por lo visto, un príncipe mogol quedó tan hipnotizado por este lugar que lo llamó Dulahazara, el sitio de los mil palanquines. Después llegaron los primeros europeos, los portugueses, y todo cambió. Aún se pueden encontrar ruinas de la época colonial portuguesa en Chittagong, ¿lo sabías?

—Muy interesante —dijo Weilmann sin disimular su falta de interés —. Pero déjate de charlas y dime qué hago aquí.

Tomás recorrió la terraza del restaurante con la mirada para asegurarse de que podían hablar. Había varias mesas preparadas para los clientes del hotel, pero, debido a las condiciones meteorológicas, había pocas personas. Solo un hombre en una mesa lejana, aparentemente autóctono, y dos niños también de allí que jugaban bajo la lluvia en la arena, junto al hotel.

Como todo parecía tranquilo, el historiador sacó su bloc de notas y lo dejó sobre la mesa. Lo abrió en la página en la que había tomado apuntes. Los consultó.

—¿Qué es un *seksot*?

—¿Un qué?

El portugués volvió a leer la palabra que había anotado.

—Un *seksot*. Creo que está relacionado con el espionaje ruso. Si te relacionas con la CIA, habrás oído el término.

La mirada de Weilmann se iluminó.

—¡Ah, la palabra rusa! —se percató—. *Seksot* era un diminutivo que utilizaba la KGB y ahora usa el FSB. Significa *sekretni sotrudnik*. Es decir, «colaborador secreto».

—¿Un agente secreto?

—Exacto.

—¿Hablamos de un espía tipo James Bond, pero en versión rusa?

—No exactamente —replicó el estadounidense—. Los hombres del FSB se llaman a sí mismos oficiales de información. Los agentes, a los que ellos llaman *seksot*, son las personas reclutadas por esos oficiales. Por ejemplo, Kim Philby, el hombre del MI6 británico que trabajó para la KGB durante unos treinta años, era un *seksot*.

Tomás volvió a consultar su bloc de notas.

—Hay otros tres términos del léxico de los servicios de información rusos que me gustaría que me aclararas —dijo—. El primero es *navodka*.

—Deriva de *navodit*, que significa «apuntar o dirigir», aunque el sufijo *-ka* le da un matiz afectivo o diminutivo. Es algo así como llamar Katyuska a una chica llamada Ekaterina. Yo diría que *navodka* quiere decir «pista o blanco», pero con el matiz de «pequeño»: un blanco pequeño, una pequeña pista, una pequeña oportunidad. Por lo que sé, el FSB usa mucho ese término para referirse a una pista o

a un objetivo que consideran interesante. Pero... ¿por qué lo preguntas?

Tomás volvió a las notas.

—El segundo término es *doveritelnaya svyaz* —dijo, ignorando la pregunta—. ¿Qué significa?

—Si el *navodka* aún no es un agente, sino solo una pista con potencial, puede decidirse establecer con él contactos discretos. Si eso ocurre, el *navodka* se convierte en *doveritelnaya svyaz*, es decir, en contacto de confianza o contacto confidencial.

Otra mirada al bloc de notas.

—¿Y *razrabotka*? —quiso saber a continuación—. ¿Qué significa?

—Es una derivación de *rabota*, «trabajo». En el léxico del FSB significa que se está «trabajando» a una persona. ¿Por qué quieres saber eso?

—Enseguida te lo explico. Primero, me gustaría entender cómo funciona el mundo de los servicios de inteligencia y, en particular, el FSB. Qué perfiles de agentes existen, cómo se identifican, cómo se «trabajan»... Todo eso.

—Mira, yo no soy del FSB —protestó Weilmann—. Como sabes, pertenezco a la DARPA y mi trabajo no...

—Deja de disimular —le cortó el historiador—. La DARPA se articula con la CIA, por lo que está claro que conoces el funcionamiento de los servicios de inteligencia. El FSB forma parte de ese mundo y seguramente la CIA conoce muy bien el *modus operandi* de los rusos. Además, por lo que veo, incluso dominas la jerga del FSB. Así que explícamelo, por favor.

Sin embargo, el estadounidense no estaba cómodo hablando del tema. Las relaciones de la DARPA con la CIA eran absolutamente confidenciales, como todo lo relativo al mundo de los servicios secretos. Aunque en sentido estricto, lo que le estaba pidiendo no

entraba en conflicto con sus obligaciones: no le había pedido que revelara nada sobre la CIA, sino sobre el FSB.

—Sobre todo, hay tres tipos de agentes —acabó diciendo—. Unos son los involuntarios. Hablamos de personas que facilitan información sin darse cuenta de que están tratando con una agencia de inteligencia, basándose únicamente en relaciones de confianza. Por ejemplo: una espía rusa se hace pasar por periodista, y al encontrarse «por casualidad» con un funcionario de la Casa Blanca en una cafetería, logra seducirlo. Se hacen novios. Cenan, van al cine, se van de vacaciones juntos. Meses después, en un momento de intimidad, ella le cuenta entre lágrimas que tiene problemas en el periódico, que puede ser despedida por no lograr noticias importantes, que está desesperada y no sabe qué hacer para conservar el trabajo de sus sueños. El funcionario, enamorado, compadecido por el drama de la mujer y deseoso de ayudarla para así demostrarle su amor, le cuenta algunos secretitos sobre el presidente. A continuación, la espía rusa transmite esa información a Moscú.

—El funcionario fue un agente involuntario.

—Exacto —asintió Weilmann—. Luego están los agentes voluntarios, es decir, personas que saben que están suministrando información a una agencia de espionaje. Unos lo hacen a cambio de dinero, otros a cambio de diferentes ventajas materiales, otros para evitar ciertas situaciones y otros simplemente para sentirse importantes. Estos se denominan *polezni durak*, «idiotas útiles». También hay quienes lo hacen por razones ideológicas. Esos se conocen como «compañeros de viaje».

—¿Cómo identifica el FSB a quién reclutar para convertirse en un agente a sus órdenes?

—Oh, hay muchísimas maneras. En cualquier caso, quédate con la idea de que el FSB es una organización muy burocratizada que pasa años y años acumulando información sobre un *navodka*, un objetivo pequeño, hasta que están seguros de que pueden manipularlo y cómo hacerlo. Cuando finalmente deciden avanzar, aplican la *razrabotka* sobre el *navodka*, es decir, contactan con él, convirtiéndolo en una *doveritelnaya svyaz*, y luego lo trabajan hasta transformarlo finalmente en un *seksot*, un agente secreto.

—Hum..., ya veo.

La mirada de Tomás se desvió hacia el horizonte, como si apreciara la playa y el mar, pero estaba claro que, en realidad, estaba sumido en sus pensamientos, asimilando lo que acababa de oír.

Weilmann se mostraba impaciente; había atravesado medio mundo en busca de respuestas y, una vez allí, solo oía preguntas.

—¿Por qué quieres saber todo eso?

En ese instante apareció en la terraza del restaurante del hotel un camarero para preguntarles qué querían tomar. El portugués pidió una cerveza, el estadounidense un *gin-tonic*; todo acompañado de cacahuetes y un plato de gambas fritas. Ya que estaban allí, había que aprovechar las delicias locales.

Cuando el camarero se alejó, en lugar de responder a la pregunta que Weilmann le acababa de formular, Tomás hojeó el bloc de notas para revisar sus anotaciones. Luego alzó la cabeza y miró a su amigo.

Y entonces le hizo una pregunta inesperada.

LXXXVI

—¿Quién es Paul Manafort?

Tomás formuló la pregunta bruscamente, casi como si se le acabara de ocurrir. Fue tan inesperado que desconcertó a Kurt Weilmann.

—¿Manafort?

—Sí, Paul Manafort. ¿Quién es?

El hombre de la DARPA esbozó un gesto de incomprensión.

—¿Por qué demonios quieres saberlo?

—Enseguida lo vas a entender —prometió el historiador—. Por ahora, responde a mis preguntas, por favor. ¿Quién es Paul Manafort?

—Era el jefe de campaña de Donald Trump. ¿Por qué?

—¿Tenía alguna relación con Rusia?

Weilmann estaba estupefacto.

—Pero...

—Responde, por favor. Es importante. ¿Manafort tenía alguna relación con Rusia?

Tomás lo miraba con semblante serio y firme, lo que llevó al estadounidense a cooperar.

—Sí, claro. Primero lo contrató un oligarca ruso y después trabajó durante más de una década con Viktor Yanukóvich, el oligarca ucraniano prorruso que Manafort logró que eligieran para presidente en Ucrania. La revolución popular contra Yanukóvich desencadenó la guerra de Rusia contra Ucrania. Como Yanukóvich recibía órdenes

del Kremlin y Manafort trabajaba para Yanukóvich y para Konstantin Kilimnik, sospechoso de ser un oficial de los servicios de información rusos, eso significa que Manafort, el hombre que gestionó la primera campaña de Trump, estuvo asociado a personas presuntamente relacionadas con el espionaje ruso y desplegó operaciones de influencia a favor de intereses rusos. Manafort acabó siendo detenido por el FBI y fue condenado por blanqueo de capitales, fraude fiscal, *lobby* extranjero ilegal y por mentir sobre contactos con un ruso durante la campaña electoral en Estados Unidos.

Tomás consultó el bloc de notas.

—¿Y quién es George Papadopoulos?

—Fue el asesor de política exterior de Donald Trump.

—¿Alguna relación con Rusia?

Weilmann asintió con la cabeza, atando cabos entre las dos preguntas.

—Casualmente sí. Papadopoulos mantuvo contactos con los rusos, intentó concertar un encuentro entre Donald Trump y Vladímir Putin, fue de los primeros en señalar que Moscú tenía información sobre Hillary Clinton, y... acabó detenido por el FBI por ocultar hechos en el marco de la investigación sobre la interferencia rusa en la campaña electoral.

Otro vistazo al bloc de notas.

—¿El general Michael Flynn?

—Asesor de Seguridad Nacional de Donald Trump. Parece que incluso llegó a ser considerado para la vicepresidencia. Si quieres saber si tenía vínculos con Rusia, te lo adelanto: sí. El general Flynn mantenía contactos con el embajador ruso en Washington, recibió dinero de una entidad vinculada al Kremlin, el canal de propaganda Russia Today, cenó en Moscú con Vladímir Putin y, cuando era director de la DIA, la agencia estadounidense de inteligencia militar,

visitó la sede del GRU en Moscú para dar una conferencia sobre liderazgo y servicios de información. No sé si lo sabías, pero el GRU, rival del FSB, es la agencia rusa de inteligencia militar.

Por la forma en que el portugués lo miró, era evidente que estaba al tanto.

—¿Es normal que inviten al director de la agencia estadounidense de inteligencia militar a visitar la sede del GRU?

—En absoluto —garantizó Weilmann—. Es más, esa visita levantó muchas sospechas de que los rusos lo utilizaban; nadie se cree que el GRU tenga que aprender con Flynn sobre temas de liderazgo y servicios de información. Lo más interesante es que Flynn repitió como una cacatúa la propaganda rusa, incluso hizo declaraciones alineadas con las campañas rusas de desinformación, en concreto sobre la OTAN y Ucrania. El FBI empezó a investigarlo por su relación extraña con Rusia y, en particular, por sus contactos con el embajador ruso en Washington. Flynn discutió con el embajador el tema de las sanciones y después intentó ocultarlo. Donald Trump quiso frenar las investigaciones, pero el FBI se negó y el presidente despidió al director del FBI.

—¿Es normal que el presidente de Estados Unidos despida al director del FBI por culpa de una investigación relacionada con actividades sospechosas por parte de Rusia?

—Muy raro. Es más, puede interpretarse como un caso de obstrucción a la justicia. Nadie entiende por qué razón Trump defendió tanto al general Flynn, hasta el punto de llegar a protegerlo despidiendo al director del FBI.

Tomás volvió a echar un vistazo a su bloc de notas.

—¿Rex Tillerson?

—Secretario de Estado de Donald Trump. Y sí, también tenía relación con Rusia. Tillerson era amigo de Vladímir Putin, llegó a ser

condecorado por el presidente ruso y, fíjate, se opuso a las sanciones.

Otra mirada a los apuntes.

—¿Michael Cohen?

—Abogado personal de Donald Trump. Se sospecha que tenía contactos con funcionarios rusos y recibió dinero de una empresa relacionada con Rusia. Estuvo involucrado en un plan para levantar las sanciones, lo que llamó la atención del FBI. Lo detuvieron por presentar declaraciones falsas ante el Congreso.

Tomás volvió a su bloc.

—¿Wilbur Ross?

—Ross fue secretario de Comercio de Donald Trump. Tenía relaciones con rusos asociados a Vladímir Putin, incluyendo al oligarca Dimitri Rybolóvlev, que adquirió una mansión a Donald Trump a un precio curiosamente elevado. A pesar de ser secretario de Comercio, tenía intereses en una empresa de navegación del círculo próximo a Putin y en un banco chipriota del que era el mayor accionista, en el que figuraba otro antiguo colega de Putin de la KGB.

Otra consulta.

—¿Carter Page?

—Consejero de política exterior de la campaña de Trump. Hizo varios viajes a Moscú, tenía una visión prorrusa y era un entusiasta de Putin. Page creía que Estados Unidos no debía fomentar ciertas democracias y criticó las sanciones contra Rusia. El FBI escribió que «había colaborado y conspirado con el Gobierno ruso», y concluyó que Page estaba en el radar de los servicios de información rusos y que podría haber sido una fuente de información, voluntaria o involuntaria.

Otro vistazo al bloc de notas.

—¿Jared Kushner?

—El yerno de Donald Trump y marido de Ivanka. Junto con el general Flynn, mantuvo encuentros con el embajador ruso en Washington; tras la intercepción de las comunicaciones con el embajador, propuso establecer un canal secreto y seguro de comunicación con el Kremlin, un canal al que los servicios de inteligencia estadounidenses no pudieran acceder.

—¿El yerno del presidente no quería que la CIA, el FBI y la NSA escucharan las conversaciones de Trump con Putin, pero aceptaba que el FSB o el GRU las escucharan? Eso es..., ¿cómo decirlo?... ¿Sospechoso?

—A mí me parece muy sospechoso.

Una consulta más a sus notas.

—¿Jeff Sessions?

—Fiscal general nombrado por Trump. Se descubrió que tenía contactos con los rusos, entre ellos el embajador ruso en Washington y... —Weilmann se detuvo—. Oye, *man*, ¿vamos a repasar todos los nombres de las personas relacionadas con Trump y con asociaciones extrañas a Rusia? Si es así, no acabamos.

—¿Quieres parar?

—Sí —respondió Weilmann—. Como puedes calcular, no me apetece nada estar aquí citando toda la lista de personas asociadas a Donald Trump.

—No es solo que estén asociadas a él, algo que ya de por sí es interesante —puntualizó Tomás—. Es el hecho de que todos ellos también tienen relaciones extrañas con Rusia y Vladímir Putin. ¿No te parece curioso?

Durante un buen rato, el responsable de la DARPA sostuvo la mirada del historiador, intentando descubrir a dónde quería llegar.

—¿Insinúas que el presidente Trump estaba rodeado de agentes al servicio de Rusia?

Weilmann se recolocó en la silla, incómodo.

—El asesor de Seguridad Nacional, el secretario de Estado, el secretario de Comercio, los consejeros de política exterior, el yerno, el abogado personal, el jefe de campaña, el fiscal general... Son muchas personas, *man*. ¿Sugieres que todos estaban bajo órdenes de Vladímir Putin?

Tomás aguantó la mirada de su amigo como si fuera un duelo.

—¿Y Trump?

El estadounidense pestañeó; no le había entendido.

—¿Trump qué?

—¿No lo incluyeron en ese lote?

La pregunta remitía a una realidad totalmente inconcebible, por lo que Weilmann tardó unos instantes en procesarla.

—*Fuck,man!* ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, Kurt. Solo pregunto si no se debería haber incluido a Donald Trump en el lote que acabas de describir.

Cuando el hombre de la DARPA fue consciente de lo que su interlocutor le estaba preguntando, algo que, inicialmente, él no había entendido —o no había querido entender— abrió los ojos como platos, horrorizado.

—El presidente de Estados Unidos..., ¿un agente ruso?

Lo indecible estaba dicho.

LXXXVII

Bastó escuchar esa insinuación para que el rostro de Kurt Weilmann se pusiera rojo como un tomate. Estuvo un buen rato sin abrir la boca ni emitir un solo sonido, indignado con la idea y, al mismo tiempo, horrorizado; sobre todo porque quería desmentirla, pero, simultáneamente, no era capaz de hacerlo.

—¿Trump un agente ruso?

Tomás Noronha permaneció impasible.

—¿Te parece imposible?

La pregunta iba directa al meollo del asunto. Decir que los presidentes Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush padre, Clinton, Bush hijo, Obama y Biden podían ser agentes rusos sería absolutamente ridículo. Cero por ciento de posibilidades de que algo así pudiera ser cierto. El hombre de la DARPA lo habría rechazado sin dudar.

El problema era que no se sentía capaz de hacer lo mismo respecto a Donald Trump. Y a ciencia cierta sabía que eso no era normal. Aunque sospechar no equivale a tener certezas. Ni a culpabilidad. Quizá sí en Rusia, o en las dictaduras en general, pero no en un Estado de derecho, no en una democracia liberal, no en Occidente.

—Una alegación así es muy grave —dijo con tono serio—. ¿Dónde están los indicios o las pruebas?

Con movimientos pausados y medidos, el portugués metió la mano en el bolsillo y sacó un *smartphone*. Lo puso sobre la mesa.

—Aquí.

La mirada de Weilmann se posó en el aparato.

—¿Es lo que creo que es?

—Sí.

—¿El móvil que buscan los rusos?

—Sí.

El estadounidense mantuvo la mirada fija en el *smartphone*, como si debatiera interiormente si debía cogerlo o no.

—¿Ya le has echado un vistazo?

—Lo he visto todo.

Weilmann no pudo resistir y tomó el aparato. Lo giró para examinarlo.

—¿Y bien...?

La pregunta quedó flotando en el aire, dado que en ese momento el empleado del hotel volvió con el pedido. Sobre la mesa dejó la cerveza, el *gin-tonic*, los cacahuetes y las gambas fritas. Cuando se alejó, Tomás dio un trago a su cerveza antes de responder.

—Es posible que Donald Trump fuera declarado *navodka*, un objetivo pequeño, en 1977 —reveló—. Ese año se casó con Ivana Zelnicková, una modelo checoslovaca, y los registros muestran que los servicios de inteligencia checos empezaron a vigilar a la pareja. Los espías del país violaron su correspondencia, vigilaron a su familia en Estados Unidos y a la pareja cuando visitó a la de Ivana en Checoslovaquia.

Welmann agitó el móvil que aún sujetaba en la mano.

—¿Hay registro de todo eso aquí dentro?

—Está todo ahí.

Al escucharlo, Weilmann dejó de inmediato el *smartphone* sobre la mesa, casi como si quemara. O como si tuviera miedo de lo que había dentro.

—*Fuck,man!* —exclamó—. ¡La bomba!

—¿Entiendes ahora por qué los rusos están tan empeñados en recuperar este móvil?

—Sí —asintió—. Pero ¿por qué motivo en esa época los servicios de inteligencia comunistas estaban tan interesados en Trump?

—¡Lo acabas de decir! —recordó el portugués—. Son pacientes y cultivan a sus agentes durante mucho tiempo. Se interesaron por Trump por varias razones. En primer lugar, su mujer era oriunda del bloque comunista. En segundo lugar, Trump crecía en el mundo inmobiliario y se hacía famoso en Estados Unidos. Y, por último, su mujer mencionó que él había empezado a interesarse por la política. La suma de esos tres elementos llamó su atención y vieron en él una pequeña oportunidad que se abría, lo que muy probablemente llevó a Trump a convertirse en un *navodka*, un objetivo pequeño con potencial.

—Fue entonces cuando los checoslovacos alertaron a los rusos...

—Cuando Trump empezó a parecerles lo bastante importante, con toda probabilidad. Por eso, nueve años después, Trump mantuvo una conversación con el embajador soviético ante las Naciones Unidas en Nueva York y, a continuación, recibió una invitación para ir a Moscú. La hija del embajador confirmó que el Gobierno soviético hizo un esfuerzo deliberado por acercarse a Trump y que una de las primeras cosas que su padre hizo al desembarcar en Nueva York fue precisamente visitar la Torre Trump para conocerlo.

Weilmann estudió los datos.

—Eso suena a un ejercicio clásico para cultivar lo que hasta entonces solo era un *navodka*, un simple objetivo de oportunidad —admitió—. El embajador no habría hecho algo así sin instrucciones precisas de la KGB. Al establecer contacto con Trump, los soviéticos lo habrían convertido en un *doveritelnaya svyaz*. Un contacto

confidencial. Pero, si bien conozco la forma de actuar de la KGB, le habrán puesto delante cualquier caramelo para seducirlo. ¿Sabes si le hicieron alguna promesa irresistible?

—Le hablaron de una Torre Trump en Moscú —confirmó Tomás—. Los soviéticos anunciaron que la principal agencia de la Unión Soviética, Goscomintourist, estaba interesada en asociarse con él para construir y gestionar un hotel en la capital.

—La KGB estaba detrás de todo eso, claro como el agua —murmuró el estadounidense—. ¿Para qué necesitaban a Trump los soviéticos? ¿Para construir un hotel? No. Era la excusa. La técnica de seducción es vieja: abrir un tarro de miel para atraer a la abeja hacia la telaraña.

—Trump fue a Moscú. Exagentes rusos revelaron que la práctica habitual en este tipo de situaciones es una acogida cálida, con fiestas y chicas deslumbrantes y todo lo que te puedas imaginar, con el único objetivo de obtener información y guardarla para su uso futuro. Lo instalaron en la *suite* Lenin del Hotel Nacional, junto a la Plaza Roja.

Weilmann estaba estupefacto.

—¿Eso está en el *smartphone*?

—Está todo.

—¡Guau! —exclamó—. El Hotel Nacional está al lado del complejo de Goscomintourist, controlado por la KGB, y todo el mundo sabe que la *suite* Lenin está llena de micrófonos. Eso significa que todo lo que dijo en Moscú quedó registrado y guardado en un informe de la KGB con su nombre. Si lo hicieron, sabes cuál es el paso siguiente, ¿cierto?

—Guardaron el material para poder usarlo en el futuro.

La estupefacción del hombre de la DARPA iba en aumento.

—¡Santo Cielo!

—Pero espera, que la cosa se pone aún más interesante —lo avisó Tomás—. Al regresar de su viaje a Moscú, Donald Trump dio las primeras grandes señales de que le interesaba la carrera política. Menos de dos meses después, *The New York Times* publicó una noticia en la que él decía que no descartaba presentarse a la Casa Blanca.

—*Fuck!* —maldijo Weilmann—. ¿Fue a Moscú en un viaje probablemente controlado por la KGB y, acto seguido, dijo que podría presentarse a la presidencia de Estados Unidos? No puede haber sido casualidad, *man*. Es más, una de las máximas de los servicios de inteligencia es que las coincidencias dan mucho trabajo. Y sobre lo de construir un hotel en Moscú... apuesto a que se quedó en agua de borrajas.

—Exacto.

—Típico de la KGB. Nunca tuvieron intención de construirlo. El hotel fue solo la excusa para establecer contacto con Trump y seducirlo con un espejismo. El tarro de miel para atraer a la abeja. El objetivo era claramente otro.

—*Razrabotka.*

—Atrapar a la abeja en la telaraña —confirmó el estadounidense —. Lo que de verdad querían, además de transformarlo en un *doveritelnaya svyaz*, un contacto confidencial, era tenderle una trampa y trabajarlo. *Razrabotka*.

Tomás peló y se comió unas cuantas gambas fritas y dio otro trago a su cerveza.

—Trump hizo varios intentos para construir la torre en Moscú, pero, a pesar de las promesas, todos sus esfuerzos fueron inútiles —dijo, retomando el relato—. Además, a principios de la década de 1990 se vio obligado a acogerse al capítulo once de la declaración de quiebra por su casino Taj Mahal, por sus otros casinos en Atlantic

City y por su hotel Plaza en Nueva York. Es decir, Trump atravesaba profundas dificultades financieras. Y he aquí que, en la década siguiente, vendió su mansión de Palm Beach.

—¡Pobrecito! —bromeó Weilmann—. Estaba desesperado.

—Pues bien, ese negocio tuvo particularidades insólitas. Fíjate: Trump había comprado la mansión en 2004 por unos cuarenta millones de dólares y la vendió cuatro años después, en 2008, por noventa y cinco millones. Pero por entonces el sector inmobiliario empezaba a registrar una caída de los precios, ya que la gravísima crisis de las *subprime* se había declarado el año anterior. El comprador —qué curiosa coincidencia— era un multimillonario ruso. No solo pagó una fortuna por la mansión en un momento de dificultades para el mercado inmobiliario, lo cual no es normal, sino que el edificio tenía moho y, para colmo, el tipo nunca entró en él. Tras comprar la mansión en esas condiciones tan extrañas, el ruso jamás mostró un interés real, no llegó a vivir allí... ¡y acabó demoliéndola! La cuestión es esta: ¿por qué demonios iba un multimillonario ruso a querer comprarle a Trump una mansión con moho que nunca había visitado a un precio desorbitado en plena crisis inmobiliaria y luego echarla abajo?

La expresión de Weilmann dejaba claro lo que pensaba de ese negocio.

—El ruso habrá recibido órdenes superiores para salvar a Trump, no veo otra explicación.

—El dinero empezó a brotar de Rusia como si fuesen las cataratas del Niágara —observó Tomás, consultando su bloc de notas—. El imperio de Trump se convirtió, en la práctica, en una especie de máquina de lavar dinero ruso. Incluso cuando estaba en campaña, personas vinculadas a él intentaban obtener la autorización del Kremlin y financiación para la famosa y esquiva Torre Trump

moscovita. La verdad es que más de sesenta personas con pasaportes o direcciones rusas compraron propiedades en siete edificios de Trump por un valor de alrededor de cien millones de dólares. Y eso sin contar las adquisiciones hechas por compradores no identificados, claro. Fíjate en lo que dijo Trump Jr. en 2008 durante otra visita a Moscú: «Los rusos constituyen una proporción muy desproporcionada de muchos de nuestros bienes; veo muchísimo dinero viniendo de Rusia».

—Putin lo estaba financiando, parece evidente.

—Recapitulemos entonces todo el recorrido de Trump —propuso Tomás—. Los comunistas lo identificaron como objetivo *navodka* en 1977, establecieron contacto con él en 1986...

—Un *doveritelnaya svyaz*, claro.

—... y esperaron a ver hasta dónde iban a parar las cosas. Por fin, en 2008, decidieron invertir en él. En tu opinión, esa decisión de los rusos, ¿qué te dice sobre el estatus de Trump ante Rusia?

El responsable de la DARPA dejó escapar un largo y pesado suspiro, como si la evidencia lo aplastara.

—Lo que entiendo es que en 2008 podrían haberlo convertido en *seksot*.

Es decir, Trump se habría convertido finalmente en un agente.

LXXXVIII

La posibilidad daba miedo y, de confirmarse, sería una de las mayores pesadillas de Occidente en general, y de Estados Unidos en particular. ¿El presidente era un agente al servicio de una dictadura determinada a destruir las democracias liberales y a Occidente? En la cultura estadounidense, esa hipótesis era conocida como «la del candidato de Manchuria». Una pesadilla.

Kurt Weilmann estaba asimilando lo que acababa de escuchar, pero le costaba creer que algo así pudiera suceder. Tenía que ser ficción. Sin embargo, los hechos eran irrefutables y, aunque no pudieran considerarse pruebas, lo ponían nervioso.

—Admitamos, como mera hipótesis con la que trabajar, que Trump se convirtió en un *seksot*, un agente al servicio de Rusia —propuso el hombre de la DARPA—. Pero, si así fuera, sería un agente involuntario, ¿no?

—Yo no he sugerido que no lo fuera —respondió Tomás Noronha —. Incluso el exdirector adjunto de la CIA, Michael Morell, lo describió como «agente involuntario de la Federación, reclutado por Putin». En 2008 ningún ruso le dijo a Trump: «Mira, soy del FSB y queremos que usted empiece a trabajar para nosotros. Imagino que las cosas no suceden así».

—Podría ser, pero siempre y cuando el *seksot* fuera un agente voluntario —aclaró Weilmann—. La decisión de avanzar a esa fase depende del análisis de cada persona, incluidos su perfil psicológico y sus motivaciones, así como de la mejor forma de manipularlo.

Como agente involuntario, no se habría dado cuenta de que estaba hablando con espías. Es más, la mayor parte de los que se ven involucradas en actos de traición ni siquiera son conscientes de que están cometiéndolos hasta que ya es demasiado tarde. Siempre empiezan con encuentros perfectamente legítimos y aparentemente inocuos que sirven para ganarse su confianza. Por ejemplo, «estoy aquí en Moscú, ven a cenar a este bonito restaurante con unos rusos muy simpáticos, nos tomamos unas copas; eres muy amable, tu gente me ha comprado muchas cosas, ahora me vas a ayudar a construir un magnífico hotel aquí en Rusia, vamos a colaborar para ayudarnos mutuamente, voy a ganar mucho dinero, vamos a ser los mejores amigos». Todo muy inocente... Aparentemente, claro.

—En 2013 Trump llegó a escribir un mensaje en el que le preguntaba a Putin si sería su nuevo mejor amigo.

El estadounidense abrió los ojos como platos.

—¿Él escribió eso?

Tomás le señaló el *smartphone*.

—Está todo ahí —aseguró—. En ese momento, Trump estaba organizando el concurso de Miss Universo en Moscú y al parecer cenó con empresarios y políticos rusos. Uno de ellos, exministro de Economía y CEO del mayor banco ruso, reveló que se había mostrado muy favorable a Rusia. No llegó a encontrarse personalmente con Putin, pero parece ser que el presidente ruso le envió un mensaje amistoso.

—¡Joder!

—Y justo después de ese viaje, Trump entró en serio en la carrera a la Casa Blanca —señaló Tomás—. Conviene recordar que Barack Obama había sido reelegido presidente el año anterior, en 2012. En ese momento, Trump escribió un tuit diciendo que estaba en contra

de la reelección y que deberían organizar una marcha en Washington.

—Me acuerdo de ese tuit.

El portugués volvió a señalar el móvil que había recuperado de las manos de Leroy Roderick.

—Lo que no sabes es que, minutos después del tuit de Trump, un exdiputado del partido de Putin, un tipo llamado Konstantin Rykov, le escribió para ofrecerle su ayuda para convertirse en presidente de Estados Unidos. Trump respondió con una imagen suya levantando el pulgar. La idea de Rykov, un propagandista del primer canal de televisión ruso y uno de los mayores *bloggers* pro-Kremlin del país, era lanzar una campaña al estilo soviético de gestión de la percepción de la realidad.

—¿Eso le propuso?

Tomás consultó su cuaderno.

—Lo tengo todo anotado —dijo—. Rykov escribió: «¿Cuál era nuestra idea? Teníamos cuatro años y dos días por delante... Era necesario garantizar la victoria de Donald en las elecciones para la presidencia de Estados Unidos. Crear una unión política entre su país, Francia y Rusia, y otros estados, y establecer un nuevo orden mundial. Una idea loca, pero podíamos llevarla a cabo. Para ello, Donald Trump decidió invitar al departamento especial científico de la Universidad de Cambridge».

Weilmann, incrédulo, miraba fijamente el *smartphone*.

—Conozco a Rykov, es una figura relevante. ¿Esa declaración está registrada en el móvil?

—Enterita. Incluso la fotografía de Trump con el pulgar levantado como respuesta al mensaje de Rykov.

—¡Guau!

—Después llegó la campaña para las elecciones presidenciales. El FSB y el GRU se infiltraron en los servidores del Partido Demócrata y obtuvieron mucho material sobre Hillary. Era prácticamente inocuo, pero con la ayuda de Julian Assange de WikiLeaks, y también de QAnon y sus delirantes teorías de la conspiración, incluido el Pizzagate, lograron que pareciera que el material contenía información muy comprometedora. John Podesta, los encargos de *pizza* que supuestamente eran niños que serían violados, las élites, la pederastia... Toda esa locura.

—Lo recuerdo bien —apuntó Weilmann—. Trump incluso llegó a pedir públicamente a Rusia que difundiera todo lo que tenía sobre Hillary Clinton.

Tomás volvió a señalar el *smartphone*, insinuando que también estaba registrado.

—Aquí están los detalles de cómo llegó esa información a Trump —le reveló—. Desde 2006, su hijo, Donald Trump Jr., era un visitante habitual. En 2016, a través de intermediarios rusos, recibió un mensaje que decía que poseían documentos oficiales e información incriminatoria sobre Hillary Clinton que favorecerían mucho a su padre. Ese contacto se estableció por mediación de intermediarios.

—Una técnica clásica de inteligencia —dijo Weilmann.

—Se concertaron reuniones con los rusos en las que estuvieron presentes Donald Trump Jr., Paul Manafort y Jared Kushner. Esas reuniones se realizaron. A continuación, y sin que en su momento se comprendiera muy bien por qué, Trump apeló a Rusia para que hiciera públicos los resultados de su espionaje contra Estados Unidos, una declaración que un antiguo director de la CIA calificó de «traición». Ahora dime, Kurt: ¿qué se puede concluir de esta secuencia de hechos?

—¿No es evidente? —respondió el responsable de la DARPA—. Trump estaba en connivencia con Rusia.

—Amplia connivencia —matizó Tomás—. Montaron una operación con una empresa británica, Cambridge Analytica, para manipular a los estadounidenses a través de las redes sociales y convencerlos de votar por Trump. Tengo motivos para creer que el dueño de este teléfono, un ruso que operaba desde San Petersburgo, estuvo implicado. Como resultado, Trump fue elegido presidente de los Estados Unidos.

Weilmann suspiró.

—El resto es historia.

—Pero esa historia aún no se conoce del todo, Kurt —advirtió el historiador, señalando de nuevo el teléfono—. Está toda en este aparato. Los rusos tienen objetivos estratégicos y objetivos tácticos. El principal objetivo estratégico es provocar el colapso de Occidente. Eso implica cortar el vínculo entre Estados Unidos y Europa, materializado en la OTAN, la organización que más teme Putin. Para lograrlo, es imprescindible minar a los estadounidenses desde dentro. Eso exige que Rusia plante en el corazón de América a un agente capaz de sembrar el caos y la división.

—Parece una descripción exacta de Donald Trump.

—Pero también hay objetivos tácticos. El primero es acabar con las sanciones occidentales por la invasión de Ucrania. Rusia finge que no le hacen daño, pero es pura propaganda. Hacen daño y mucho. La prioridad inmediata es que terminen. El Kremlin se lo habrá dejado muy claro a los colaboradores de Trump, empezando por Carter Page, a quien nombró asesor de política exterior en su campaña. Al parecer, los rusos también trataron este asunto con el general Flynn, aunque él lo niegue. Hay información que indica que, al inicio de la presidencia de Trump, la Casa Blanca solicitó al

Departamento de Estado un plan para levantar las sanciones, pero el Congreso se opuso rotundamente. Peor aún: aprobó un nuevo paquete, lo que enfureció al presidente. Putin respondió expulsando a más de setecientos diplomáticos estadounidenses... y Trump, ¡acuérdate!, le dio las gracias.

El responsable de la DARPA puso los ojos en blanco, incómodo; el recuerdo del episodio aún le dolía.

—Trump siempre tan servil con Putin —constató—. Es muy raro.

—El comportamiento del presidente de los Estados Unidos con Putin era sumamente sospechoso —añadió Tomás—. Cuando la versión de los servicios de inteligencia chocó con la de Putin, Trump prefirió creer a este último. Es más: a lo largo de su vida, ha insultado a casi todo el mundo, incluidos miembros de su propio partido y hasta aliados de Estados Unidos. Pero cuando se trata de Putin, solo le falta ponerse de rodillas y besarle los pies. «Es listo», lo elogió. ¿Cuando Putin invadió Ucrania? Lo llamó «genio». De su intervención en ese país ha dicho que es «maravillosa». Cuando habla de Putin parece embobado, dice que «tiene experiencia» y que «es muy muy fuerte».

—Sí, solo piropos...

—¿Qué pasó cuando el director del FBI empezó a investigar las relaciones de varios de sus colaboradores con Rusia? Trump lo despidió. Y ¿qué hizo un día después? Recibió al ministro de Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, y al embajador ruso en Washington en el despacho oval de la Casa Blanca. Y lo peor fue que impidió que la prensa cubriera el encuentro. Más raro aún: aceptó que estuviera presente un fotógrafo de la agencia rusa TASS con todo su material técnico.

Weilmann no sabía ya hacia dónde mirar.

—Todo el mundo sabe que, en la época soviética, muchos periodistas de TASS en realidad eran oficiales de los servicios de inteligencia, concretamente de la KGB y del GRU. Dejar entrar a esa gente en el despacho oval con material técnico... Francamente, no sé qué decir.

—Está el tema de la OTAN —añadió Tomás—. Como hemos visto, el objetivo estratégico de Rusia es deshacerla y romper el vínculo entre Estados Unidos y Europa. Mira qué coincidencia: de pronto Trump empezó a hacer declaraciones destinadas a desmantelarla y a romper ese vínculo con Europa. El presidente la describió como «obsoleta» y tildó a sus aliados en la Alianza Atlántica de «grupo de delincuentes». Y, por si fuera poco, llegó a decir que, frente a Rusia, «alentaría a los aliados a hacer lo que les diera la gana» respecto a destinar, o no, el dos por ciento de su PIB a la defensa. Fuentes de la propia Administración revelaron que, en privado, llegó incluso a plantear la posibilidad de que Estados Unidos se retirara de la OTAN, afirmando que no veía la necesidad de que la organización existiera.

El responsable de la DARPA movía la cabeza con un gesto de desaprobación.

—El mismo discurso de Putin.

—Es como si el presidente ruso manejara a Trump a distancia —subrayó el historiador—. Fue aún más palpable durante la cumbre del G20 en Alemania. En un concierto, Trump tenía un asiento reservado junto a la esposa del presidente de Argentina. De repente, se levantó y fue a sentarse a otro lugar. Adivina dónde.

—Junto a Putin.

—Exacto. No fue Putin quien fue a verlo a él. Fue Trump quien fue a ver a Putin. El subordinado fue a rendir vasallaje a su señor. Estuvieron los dos un buen rato conversando solo con la presencia del intérprete de Putin. Trump no quiso que el traductor

estadounidense oyera lo que decían, quién sabe por qué. No solo vulnera las normas de seguridad, como bien sabes, sino que muestra que no quería que nadie de Occidente los escuchara. Además, Trump había faltado a la mayoría de las sesiones plenarias del G20 y con quien más tiempo pasó durante la cumbre no fue con un aliado. Fue el presidente ruso... y lo hizo en secreto. ¿Sabes qué dijo Garry Kaspárov de esa conversación? Que Trump había ido a reunirse con el oficial de la KGB encargado de controlarlo.

—¿Quieres que te diga lo que eso significa? —preguntó Weilmann —. Mi experiencia me dice que una persona que hace eso ha dejado de ser un agente involuntario y se ha convertido en agente voluntario. Un idiota útil. La cuestión es saber qué ventajas ha obtenido.

—Dos de ellas son evidentes —respondió Tomás—. Por un lado, a lo largo de su vida profesional Trump ha recibido ingentes sumas de dinero procedentes de Rusia. Está claro que no era desinteresado, sino una especie de soborno. O una trampa, no lo sé. Por otro lado, recibió el apoyo ruso para su elección como presidente de los Estados Unidos. No solo le favoreció el *hackeo* al Partido Demócrata que dio pie al Pizzagate y a la locura de QAnon, sino que también contó con *trolls* y *bots* rusos que manipularon las redes sociales a su favor. Conocemos los resultados: al final ganó las elecciones.

—Tiene sentido —afirmó el estadounidense—. Recibió ayuda rusa y durante su presidencia hizo lo posible para corresponder con un gran esfuerzo para lograr levantar las sanciones y socavar la OTAN y la alianza con Europa.

—Pero hay más.

—¿Más?

El historiador volvió a coger el *smartphone* que había recuperado de las manos de Leroy Roderick para dejar claro que aquel aparato

guardaba aún más indicios. Y peores.

—Está el problema del *kompromat*.

LXXXIX

Que en la misma frase se hiciera referencia al presidente de Estados Unidos y se usara el término *kompromat* era lo bastante grave como para hacer temblar a cualquier estadounidense, o a cualquiera que defendiera las democracias liberales. Kurt Weilmann no era excepción. Si una potencia dictatorial poseía un informe capaz de comprometer y chantajear al líder de Estados Unidos, eso significaba que todo Occidente corría un grave peligro.

Al escuchar la palabra *kompromat*, el responsable de la DARPA volvió a fijar la mirada en el *smartphone* que Tomás Noronha había recuperado, no por curiosidad, sino con miedo, casi pánico. Después de todo lo que había oído de boca de su interlocutor, tenía la clara noción de que su contenido era absolutamente explosivo.

—Oye, *man*, cuando dices *kompromat*, ¿a qué te refieres exactamente?

—*Kompromat* significa que existe material altamente comprometedor —recordó el historiador—. Puede ser verdadero o estar falsificado. Documentos, fotografías o vídeos que, si se hacen públicos, pueden avergonzar de manera grave. Es precisamente eso lo que los rusos me están haciendo con el *deepfake* que...

—No hace falta que me expliques lo que ya sé —se impacientó Weilmann, cuya atención seguía clavada en el teléfono—. Lo que quiero saber es si existe algún *kompromat* sobre Trump. Y, ya de paso, si existe, ¿de qué tipo?

—Hay muchas probabilidades de *kompromat* —recordó Tomás sin responder directamente a la pregunta—. Trump hacía muchos negocios con los rusos y, aunque todos fueran legítimos, no hay forma de garantizar que se tratara siempre de dinero limpio. El FSB podría haber hecho alguna transferencia o haber guardado un registro comprometedor, por ejemplo.

—Cierto.

—La ayuda de los rusos durante la campaña de Trump también es susceptible de convertirse en *kompromat*. Sabemos que el FSB y el GRU *hackearon* al Partido Demócrata y robaron gran cantidad de material. Hay indicios claros de que la campaña se alió con los rusos, es decir, colaboró con una potencia extranjera para interferir en el proceso electoral de Estados Unidos. Eso es gravísimo y, de ser cierto, podrían chantajearlo con eso. Las sucesivas mentiras de sus colaboradores acerca de las reuniones con los rusos muestran que intentaban ocultar algo. Si no hicieron nada ilegal, ¿por qué mentir? Pero si hubo algo ilegal —una alianza con una potencia dictatorial extranjera lo es—, entonces los rusos dispondrían de un *kompromat* contra Trump.

—El comportamiento del presidente apunta a eso —admitió el hombre de la DARPA—. Su constante servilismo respecto a Putin, las conversaciones a solas entre ambos sin traductor estadounidense, el intento por parte de sus colaboradores de establecer canales con la embajada rusa que no pudieran ser interceptados por la CIA o el FBI, pero sí por el FSB y el GRU, el hecho de que Trump tratara de adoptar políticas contrarias a los intereses del país pero coincidentes con los intereses estratégicos y tácticos de Rusia —como la desarticulación de la OTAN y el levantamiento de las sanciones por la invasión de Ucrania—, todo eso es muy sospechoso. Pero, insisto, sospechas no son pruebas. Hay que saber qué hay en ese teléfono.

Una vez más, las miradas de los dos hombres se clavaron en el *smartphone*. Ahí estaba la clave.

—Hay una tercera fuente de *kompromat*.

Weilmann casi dejó escapar un gemido de dolor. Conocía demasiado bien los métodos del FSB y del GRU como para no temer lo que venía.

—Dime.

—Donald Trump estuvo en Moscú varias veces —recordó Tomás—. Era un objetivo *navodka* de interés indudable, sobre todo, desde que manifestó su intención de postularse a la presidencia de Estados Unidos. Durmió en los mejores hoteles de la ciudad. ¿Acaso crees que el FSB y el GRU no iban a registrar todo lo que hacía y decía, para así engordar su expediente?

—Por supuesto —coincidió Weilmann, temiendo las siguientes palabras de su interlocutor—. Con un *navodka* con ese perfil, no lo dudo.

—¿Y no crees que las habitaciones en las que se alojó estarían bajo intensa vigilancia electrónica, con cámaras y micrófonos ocultos por todas partes?

—Es altamente probable.

—¿Y no te parece plausible que, durante una fiesta o cualquier otro evento, el FSB o el GRU reclutasen a unas mujeres rubísimas, de pechos exuberantes y formas sinuosas, y se las pusieran a Trump delante de las narices para ver cómo reaccionaba?

Ayayay.

—Sí...

—¿Y cómo reaccionaría él al ver a esas mujeres voluptuosas insinuándose? ¿Crees que diría *vade retro*, Satanás; yo creo en la santidad del matrimonio, soy muy casto e infinitamente fiel a mi dulce Melania?

Tomás lo dijo con teatralidad, para subrayar lo absurdo de la proposición. El estadounidense se pasó la mano por la frente para secarse las gotas de sudor que afloraban.

—Eh..., no lo sé.

El portugués soltó una carcajada.

—¿No lo sabes? ¡Estamos hablando de Donald Trump, el hombre que delante de una cámara dijo de las mujeres hay que «agarrarlas por el coño», o «intenté tirármela pero estaba casada»! ¡Estamos hablando de un hombre declarado culpable de treinta y cuatro cargos en un proceso relacionado con el dinero que pagó a una actriz porno por mantener sexo con ella mientras su mujer, Melania, estaba embarazada! ¿Hablamos del mismo Donald Trump o de otro?

Weilmann levantó las dos manos en señal de rendición.

—*Okey!Okey!* Si el FSB y el GRU pusieron a esas mujeres delante de Trump, algo que forma parte de los métodos de trabajo habituales de los rusos, me parece evidente que él se las llevó a la habitación.

—¿A qué habitación te refieres? ¿A la que estaba llena de cámaras y micrófonos ocultos para grabar todo lo que decía... y hacía? ¿A esa habitación?

Weilmann señaló el *smartphone*.

—¿Qué hay ahí? —preguntó, ya exasperado—. Cuéntame, ¿qué has encontrado?

Tomás cogió el teléfono y se lo fue pasando de mano a mano, como si jugara con él. O con su interlocutor.

—He encontrado un expediente.

—¿Cuál? —inquirió el responsable de la DARPA, ansioso—. ¿Eh? ¿Qué dice?

El historiador volvió a dejar el *smartphone* sobre la mesa y miró a Weilmann con expresión severa. Se había acabado la broma.

—Dice lo que ya has intuido.

El otro tragó saliva.

—Dímelo.

—El expediente indica que fue en 2013 —relató Tomás—. Al parecer, Trump se alojó en la *suite* presidencial del Ritz-Carlton de Moscú, la misma habitación en la que se hospedaron Barack y Michelle Obama en una de sus visitas oficiales a Rusia. Pues bien, el expediente que está en el teléfono señala que Trump llevó a varias prostitutas a esa *suite* y les pidió que orinaran en la cama con el fin de ofender así a la pareja Obama.

—*Jesus Christ!* ¿Eso está en el *smartphone*?

—Está todo aquí —confirmó Tomás, tocando el aparato—. Ahora bien, si esas imágenes existen de verdad, calcula el poder que Putin puede llegar a tener sobre Trump. De hecho, bastaría con que él supiera que Putin podría utilizarlas en cualquier momento, como ha hecho con otras personas, para mantenerlo en vilo. Además, el expediente señala que un alto funcionario de la administración presidencial de Putin, Ígor Diveykin, informó explícitamente a Carter Page, asesor de política exterior de la campaña de Trump, en una reunión secreta en Moscú, de que la dirección rusa estaría en posesión de material perjudicial, por lo que debería tenerlo siempre en cuenta en sus relaciones con Rusia.

Los dos hombres se quedaron en silencio. No había mucho más que decir. Era demasiado para Weilmann. No es que fuera partidario de Trump —en Washington pocos lo eran—, pero que hubieran reunido toda esa información, con sus sospechas y terribles posibilidades, sobre el presidente de su país no era algo fácil de asimilar. Incluso aunque nunca se usara el *kompromat*, el mero hecho de que un presidente supiera que su adversario estaba, o podría estar, en posesión de material comprometedor constituía una

gravísima amenaza para la seguridad nacional y para la ejecución de sus políticas. Y no solo Trump había estado expuesto: también una serie de colaboradores de primer orden, desde el secretario de Estado hasta el asesor de Seguridad Nacional, pasando por consejeros de política exterior y por sus propios hijos y yerno. Todos con vínculos con Rusia, todos expuestos a potenciales situaciones de *kompromat*, todos susceptibles de ser chantajeados.

Era impensable. El escenario del candidato de Manchuria. El sueño de Rusia y de todas las dictaduras, la pesadilla de Estados Unidos y del Occidente liberal y democrático. Por lo visto, ese escenario existía y no se trataba de ficción o una mera posibilidad abstracta, sino de la vida real.

Respiró hondo y se resignó. Después, el responsable de la DARPA se puso de pie y se inclinó sobre la mesa para agarrar el teléfono.

—Bien, me llevo esto y...

Tomás se sorprendió.

—¿Dónde vas?

—Quiero decir..., me voy, claro. Has encontrado el *smartphone* y me has descrito su contenido. Ahora tengo que ir a mi habitación, preparar un informe y enviarlo a...

—Pero si todavía no he terminado.

Weilman estaba atónito.

—¿Ah, no?

El portugués le cogió el teléfono de la mano y esta vez lo posó a su lado, fuera del alcance de su interlocutor.

—Falta lo peor.

XC

Las palabras de Tomás Noronha conmocionaron a Kurt Weilmann. El hombre de la DARPA se disponía a marcharse, pero lo que su le acababa de decir lo dejó aún más estupefacto. Se quedó paralizado y volvió a sentarse. Miraba al portugués con una expresión de perplejidad y con algo más: miedo.

—¿Peor? —balbuceó, horrorizado—. ¿Hay algo peor?

Tomás asintió con la cabeza.

—Me temo que sí.

A Weilmann le costaba creérselo.

—¿Peor que todas esas pruebas que apuntan a la posibilidad de que el presidente de Estados Unidos, el líder del mundo libre, sea una marioneta en manos de una dictadura empeñada en acabar con el mundo libre?

La respuesta se hizo esperar. El historiador recolocó el *smartphone* que había dejado a su lado y volvió a hojear sus apuntes; quería encontrar información pertinente sobre lo que quería exponer.

Al cabo de unos segundos se detuvo en una página concreta. Había encontrado lo que buscaba.

—Dime, Kurt, tú que trabajas en la DARPA, ¿sabes lo que es Tay?

—¿Tay?

—Sí. El *bot* de Microsoft.

—Ah, ese Tay.

—¿Qué sabes de él?

Él meneó la cabeza, intentando sacudirse la perplejidad, y se concentró en la pregunta.

—Bueno, Tay fue un *chatbot* de inteligencia artificial que Microsoft creó para comunicarse con el público a través de Twitter. La gente hablaba con él y él respondía; al mismo tiempo iba aprendiendo de manera automática. Microsoft se esforzó en modelarlo y aplicó filtros previos para que su comunicación con el público fuera fluida y correcta.

—¿Y qué ocurrió cuando lo conectaron a Twitter?

—Ya lo sabes. ¿Por qué tengo que...?

—Cuéntamelo, por favor. Es importante.

Weilmann respiró hondo.

—Cuando empezó a interactuar con el público, al principio Tay decía cosas amables. A una de las primeras personas con quien interactuó le dijo que los humanos eran encantadores. Sin embargo, tras veinticuatro horas, sus mensajes cambiaron de forma drástica: empezó a decir que odiaba a las feministas, que debían arder en el infierno y que Hitler tenía razón para detestar a los judíos. Empezó a emitir consignas trumpistas, como «construiremos el muro y México lo pagará», y cosas así. El discurso de Tay se descontroló por completo y Microsoft tuvo que desconectarlo. Alegaron que el *chatbot* había cambiado como resultado del tipo de interacciones que mantuvo con ciertos usuarios.

Cuando su amigo se calló, el historiador lo miró de forma inquisitiva.

—¿Qué aprendimos de ese episodio?

—Que la inteligencia artificial refleja las ideas humanas —respondió—. No me sorprende, tratándose de una invención humana que interactúa con humanos.

La mirada de Tomás se desvió momentáneamente hacia el *smartphone* para sugerir que todo lo que a partir de entonces iba a decir estaba respaldado documentalmente.

—¿Y si te digo que las redes sociales se han convertido en un Tay gigante?

—En las redes sociales interactúan seres humanos, no ordenadores —le recordó Weilmann—. Es decir, pueden leerse opiniones distintas.

—¿Tú crees?

—¿Ah, no?

El portugués no respondió. Volvió a consultar el bloc de notas en busca de las referencias correctas.

—Internet fue creada por idealistas que querían restar poder a los Gobiernos para entregárselo al ciudadano común —recordó—. Primero fue el correo electrónico y luego las redes sociales; se convirtieron en instrumentos para liberar a las personas, para que pudieran comunicarse e intercambiar información e ideas sin intermediarios que filtraran y censuraran lo que se decía. Los Gobiernos dejaron de tener control sobre la comunicación; el poder pasó a manos de los ciudadanos. La sociedad se liberaba.

—En cierto modo sí —respondió el hombre de la DARPA—. Los ciudadanos ganaron poder. Además, las dictaduras se vieron amenazadas. La Primavera Árabe se desencadenó gracias a Facebook, por ejemplo.

—La Hermandad Musulmana, el movimiento que inspiró a Al-Qaeda, acabó tomando el poder en Egipto. ¿Consideras eso una verdadera liberación?

—Fue una elección de los ciudadanos.

—¿Y Trump? ¿Lo eligieron los ciudadanos o fue el resultado de una manipulación gigantesca?

—Eh...

La pregunta de Tomás era fulminante y dejó al estadounidense sin saber qué responder. Tampoco hacía falta porque era una pregunta retórica; el historiador no esperaba respuesta.

—Los seres humanos son seres sociales —recordó—. Sobrevivimos y nos imponemos en el planeta por varios motivos, pero uno de los principales es nuestra organización social. Para funcionar en sociedad, las personas deben tener determinadas características. Una de las más importantes es el comportamiento de grupo. Cuando no me relaciono con el grupo, me aíslo. Conviene establecer relaciones virtuosas con los otros miembros y, para ello, la opinión que los demás tienen de mí es muy importante. Si soy de su agrado, me integraré y sobreviviré. Si no les gusto, me expulsarán y quedaré aislado. La mayor parte de los seres humanos no sobrevive sin el apoyo del grupo.

—Elemental. Las personas necesitan al grupo y los grupos forman las sociedades. Para funcionar, los grupos establecen reglas, las cuales implican la validación de cada miembro. ¿Y qué? ¿A dónde quieres llegar?

—¿Cómo sé que los demás me aceptan?

—A través de los elogios y de las palmaditas en la espalda. —Weilmann se rio; la respuesta era obvia—. Si no les caes bien, te critican. Las críticas son avisos para que te portes bien, porque, si no..., ¡a la calle!

—Es decir, como seres sociales, estamos programados para buscar la aceptación del grupo, que se obtiene mediante los elogios; la expulsión, mediante las críticas. Pero, Kurt, ¿cuántos elogios has oído a lo largo del día de hoy, por ejemplo?

Él volvió a reírse.

—Ninguno, *man*. Mira, desde que llegué y me senté contigo, lo único que he oído son desgracias.

—¿Tienes página en Facebook?

—Sí, claro.

—¿Cuántos *likes* recibes al día?

—No lo sé. Cincuenta, sesenta, setenta... Depende.

—Es decir, Facebook, al igual que Twitter, YouTube y otras redes sociales, ofrece a cada persona mucha más aceptación que la sociedad real —constató—. Por lo tanto, si estamos psicológicamente programados para buscar los elogios y evitar las críticas —porque somos seres sociales—, ¿dónde vamos a encontrar más aceptación que en las redes sociales? Los estudios neurológicos muestran que, cada vez que recibimos un *like* o un comentario positivo, en nuestro cerebro se liberan pequeñas cantidades de dopamina. Es decir, sentimos placer. Y ese placer es adictivo; nos pasamos la vida publicando en redes para obtener más *likes* y comentarios positivos; así una y otra vez. Nos volvemos adictos a los *likes* y a los comentarios favorables.

Weilmann reflexionó.

—Nunca lo había pensado de esa forma.

—Los *likes* y los comentarios positivos de las redes no solo nos muestran mucha más aceptación que la vida real —lo que significa más placer—, sino que además alcanzan a mucha más gente. Los estudios dicen que el ciudadano medio tiene un círculo máximo de amigos y conocidos de unas ciento cincuenta personas. Pero en las redes sociales podemos llegar a cientos, miles..., ¡millones! La aceptación es infinitamente mayor y más gratificante que en la vida real. Es dopamina tras dopamina.

—Cierto.

—Integrarse en grupos significa forjar identidades —recordó Tomás—. Yo me identifico con el grupo y él se identifica conmigo. Creamos una identidad. Es instintivo, proviene de nuestra naturaleza como seres sociales. Incluso genera fenómenos extraños. En la película *El planeta de los simios*, por ejemplo, en el rodaje se observó que los actores disfrazados de gorila, sobre todo, buscaban la compañía de otros actores disfrazados de gorila, y lo mismo ocurría entre los disfrazados de chimpancé.

El estadounidense soltó otra risa.

—¿Bromeas?

—Lo digo en serio. Se ha comprobado que, al integrarse en un grupo, aunque sea aleatorio, las personas instintivamente crean identidades y se mantienen fieles a ellas, aunque sean puramente arbitrarias y artificiales. Este es mi grupo, esta es mi tribu, esta es mi identidad. Ahora bien, los grupos compiten entre sí. Nosotros contra ellos. Chimpancés contra gorilas. Yo por aquí, ellos por allí. En el caso de los actores de *El planeta de los simios*, no tuvo consecuencias. Pero... ¿y cuando hablamos de grupos de verdad? Clubes de fútbol, partidos políticos, ideologías, clases sociales, nacionalidades, etnias... La identidad conduce al antagonismo, el antagonismo conduce al enfrentamiento. Y los enfrentamientos generan dos emociones fundamentales: miedo y odio. Como les tengo miedo, los odio. Las emociones dominan nuestro comportamiento. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, lo entiendo. Pero, *man*..., ¿a dónde quieres llegar con todo esto?

—Las redes sociales exacerban estos instintos primitivos —respondió Tomás—. La identidad depende del grupo. Somos nosotros contra ellos. Nosotros somos los buenos, ellos son los malos. Cohesión y aceptación entre los nuestros; miedo y odio hacia

los otros. Nosotros somos chimpancés pacíficos, ellos son gorilas peligrosos. La identidad lo es todo, y el enfrentamiento con los otros es permanente. Nosotros somos los buenos porque estamos contra el racismo; los malos son los racistas. Porque defendemos la cohesión nacional y ellos quieren sustituirnos por extranjeros. Porque somos socialistas y los malos son reaccionarios. Porque somos patriotas y ellos traidores a nuestra amada patria. Porque somos proletarios y ellos burgueses. Porque respetamos las tradiciones y los malos quieren subvertir la sociedad. Nosotros, los buenos; ellos, los malos. Con la identidad también se define la del enemigo y se entra en enfrentamiento con él. Él es el malo. Le tengo miedo y lo odio. Me niego a escuchar sus argumentos. Y cuando por casualidad los oigo, los rechazo totalmente.

Weilmann meditó lo que su interlocutor acababa de exponer.

—Es decir, la identidad conduce a la división y a la polarización.

—Es exactamente eso lo que ocurre en las redes sociales. Internet dio poder a la gente, restó control a los Gobiernos y dio libertad total al ciudadano. Y este empezó a usarla en las redes sociales por completo, transgrediendo normas y violando tabúes. ¿No se puede criticar al Gobierno? Pues yo lo critico... y la gente me aplaude. Los aplausos llegan en forma de *likes* y comentarios positivos a mis críticas. Eso me da un enorme placer: mi cerebro libera dopamina. ¿Es tabú criticar a las feministas? Pues yo las critico y los de mi grupo me aplauden con *likes* y comentarios; eso me da más placer. ¿Es tabú criticar a homosexuales? ¡Los critico! ¿Criticar a las minorías? ¡Contra ellas! ¿Elogiar a Trump? Pues yo lo elogio. La transgresión se ha convertido en norma. Nosotros contra ellos. Al elegir un grupo, defino mi identidad, y eso me lleva a criticar la del grupo contrario, que por definición es malo. Cuando lo hago, la gente de mi tribu me valida con *likes* y comentarios positivos, lo que

equivale a muchos aplausos y elogios que normalmente no recibo en la vida real y que me llenan de satisfacción momentánea. Mirad lo mucho que me aplauden, mirad lo bueno que soy, mirad cuánto me reconocen en mi grupo, en mi tribu.

—Es lo que observo en Facebook —admitió el hombre de la DARPA—. De hecho, cuando participo en discusiones *online* me sorprendo varias veces haciendo comentarios desagradables sobre quienes piensan diferente. Incluso los insulto. No hago eso en la vida real, pero, no sé por qué, en Facebook me pasa.

—¿Como esas personas que normalmente son educadas y cuando están al volante se ponen a insultar a todo el mundo? —preguntó Tomás a modo de ejemplo—. Eso es lo que pasa en las redes sociales. La gente se metamorfosea. Los inmigrantes dejan de ser percibidos como seres humanos con aspiraciones y anhelos legítimos; pasan a ser invasores peligrosos que hay que expulsar. Los que se oponen a la inmigración dejan de ser vistos como personas con problemas y miedos legítimos; pasan a ser racistas nazis que hay que aplastar.

—Y los usuarios de estas plataformas reaccionan.

—Claro que reaccionan. La gente se enfurece, se indigna, se insulta. Dejan de conversar y de escuchar; pasan a vociferar. Queremos arrasar a los idiotas que no ven lo que para nosotros es tan evidente, queremos avergonzarlos para que se callen, queremos alinear a toda la comunidad a nuestro favor y contra ellos para exterminarlos como los gusanos que son. Las transgresiones a los valores de cada grupo se castigan con severidad y todo se transforma en una cuestión de vida o muerte: somos nosotros contra ellos, buenos contra malos. Se desata una batalla sin cuartel, todo se radicaliza, la guerra se generaliza.

—Eso es.

—El hecho de que la pantalla nos impida ver la reacción de las víctimas de nuestras invectivas hace que no seamos conscientes de que al otro lado hay seres humanos y de que ya hemos cruzado la frontera de la decencia y caído en la crueldad. Y si lo hacemos en grupos enormes nuestra ira aumenta todavía más. Hay estudios con varias especies de macacos que muestran que, cuando los colocan en grupos demasiado grandes, se vuelven más agresivos y violentos. Pues bien: en las redes sociales hay grupos descomunales, la mayor multitud que jamás haya existido, y al actuar en medio de esa muchedumbre, las personas se transforman y adquieren comportamientos de turba vengativa. Todo las indigna y las exaspera; hay que gritar más fuerte contra quienes se oponen a mi grupo, porque cuanto más humille a los otros, más *likes* y comentarios positivos recibiré de los míos. Cualquier cosa con la que no esté de acuerdo se convierte en algo gravísimo, una vergüenza, una terrible ofensa que debe ser denunciada y triturada sin piedad. Dejamos de ser personas, nos convertimos en multitud y queremos impresionar a los nuestros con frases grandilocuentes, ataques demoledores y proclamas arrasadoras que aniquilen a los demás y atraigan los aplausos de los nuestros. Nosotros buenos, ellos malos.

—Ah, sí, a veces las discusiones en Twitter o Facebook parecen verdaderas guerras.

Tomás hablaba deprisa, como si estuviera en Facebook disparando insultos con la misma agresividad de un soldado que dispara balas. Pero al llegar a ese punto hizo una pausa repentina, casi teatral. Bebió un trago de cerveza y mordisqueó unos cacahuetes, como si de pronto tuviera todo el tiempo del mundo.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono infinitamente más calmado, ya no como un usuario de redes sociales que bombardea a

sus adversarios con discursos de violencia justiciera, sino como el académico ponderado que reflexiona con tranquilidad.

—Ahí es donde entra la manipulación.

XCI

Al escuchar la palabra *manipulación*, Kurt Weilmann supuso algo que parecía obvio, sobre todo, tras la conversación sobre la elección de Donald Trump y los secretos guardados en el *smartphone* que los rusos habían perdido.

—Ya, te refieres a la interferencia de Rusia en las elecciones...

Por unos instantes Tomás no dijo nada. Su atención volvió a sus apuntes sobre el contenido hallado en el móvil.

—Si entras en YouTube y buscas quién es Michelle Obama, comprobarás que, tras un rato, más de la mitad de los resultados y casi dos tercios de las recomendaciones son vídeos en los que, de una forma u otra, la esposa de Barack Obama aparece como si fuera un hombre en secreto.

—¿Un hombre?

—Sí, un hombre. Los vídeos de YouTube afirman que es un hombre.

—¿Estás de broma?

—Si buscas sobre el papa, descubrirás que el diez por ciento de los vídeos que YouTube propone son teorías de la conspiración de lo más disparatadas —prosiguió el portugués—. Que si es un antipapa, que si usa símbolos satánicos, que celebra ceremonias secretas de adoración al diablo... Un sinfín de disparates que claman al cielo. Y una búsqueda en YouTube sobre cuestiones relacionadas con el calentamiento global arroja un quince por ciento de resultados con teorías de la conspiración y negacionistas.

La sucesión de ejemplos era elocuente.

—Ya sabía que las redes sociales están llenas de mentiras —dijo Weilmann—. Pero... ¿tantas?

—Facebook anunció que solo el uno por ciento de las publicaciones en su plataforma puede clasificarse como embuste —reveló—. Y, ojo, es muy probable que ese número sea veraz.

—Un uno por ciento no es mucho —consideró Weilmann—. ¿Cuál es el problema?

—El problema, Kurt, no es que haya muchas o pocas mentiras en las redes sociales. Es que las mentiras sean deliberadamente privilegiadas frente a la verdad, ¿lo entiendes?

Su interlocutor hizo una mueca de incomprensión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mira las elecciones en Estados Unidos. —Tomás usó como ejemplo el tema del que hablaban—. Tanto Donald Trump como Hillary Clinton publicaron un número más o menos similar de vídeos en YouTube para promover sus ideas y propuestas. Sin embargo, más del ochenta por ciento de las recomendaciones favorecían a Trump. Peor: una gran parte tenía que ver con información incendiaria o sencillamente falsa. Los vídeos más populares, por ejemplo, eran sobre la supuesta implicación de Hillary en una red de pederastia de las élites estadounidenses en el sótano de una pizzería de Washington. Pero esa pizzería no tiene sótano, no se ha detectado en ella ningún acto de pederastia y no hay ningún caso concreto que involucre a Hillary Clinton. Se lo inventaron todo. Sin embargo, YouTube recomendaba esos vídeos a sus usuarios.

—¿Estás diciendo que las redes sociales privilegian las mentiras?

—¿No es evidente?

—Pero ¿por qué lo hacen?

—Porque las redes sociales son el reino de las emociones por excelencia, Kurt. Publica un *post* titulado «Críticas a quienes discriminan por su etnia» y tendrás cincuenta *likes*. Publica uno titulado «Mirad cómo humillé a un asqueroso racista nazi» y tendrás mil *likes*. Los *posts* en sentido contrario reciben reacciones parecidas. Uno titulado «Los problemas de la inmigración» logra cincuenta *likes*; uno sobre «Los inmigrantes nos están quitando el trabajo y violan a nuestras mujeres», mil. Si escribo un mensaje cargado de insultos e indignación justiciera recibo mil *likes*. Entonces, para doblar el número de *likes* escribiré el siguiente mensaje con el doble de indignación y de insultos. Y así, en esa sórdida búsqueda, duplico y duplico y duplico mensajes cargados de insultos e indignación. Lo que importa no es la razón, es la emoción. Las redes sociales apelan a la rabia, a la indignación, a la furia justiciera. Se publican mensajes que proporcionen cada vez más *likes*, porque de esa forma se obtienen más descargas de dopamina. ¿Y qué hacen los motores de recomendación de las redes sociales?

Para Weilmann empezaba a ser evidente.

—Promueven los mensajes emocionales, que suelen contener más falsedades que los racionales.

—Los algoritmos son sistemas automáticos diseñados para captar más gente y retenerla en la plataforma el mayor tiempo, para que así ese espacio publicitario valga más. Cuanta más gente esté en YouTube y más tiempo pase, más estarán dispuestos a pagar los anunciantes, porque esos anuncios podrán ser vistos por más gente y generarán más ingresos. Pues bien, los algorimos promocionan los vídeos y mensajes con contenidos incendiarios porque son los que mejor captan la atención del público y los que más retienen a la audiencia. Tan simple como eso.

—Joder...

—A casi nadie le interesa que alguien escriba que Hillary se preocupa por los uigures en China; pero si alguien afirma que es una pederasta que viola y mata niños todo el mundo quiere verlo. Tampoco hay muchas personas interesadas en saber que los rohinyás no están bien integrados en Myanmar; pero si alguien escribe que violan a mujeres budistas y tienen un plan secreto para conquistar el país y sustituir a los budistas, todos en Myanmar querrán verlo. Las noticias sobre el Zika en Brasil no interesan; pero si alguien publica que las campañas de vacunación responden a una conspiración financiada por el diabólico Soros para que nazcan niños discapacitados con el objetivo de eliminar a la población brasileña y sustituirla por europeos blancos nazis, el interés aumenta. A los algoritmos les da igual la verdad, ni siquiera saben qué es verdad. Son amoralmente pragmáticos: están concebidos únicamente para atraer y retener al público, y lo hacen con enorme eficacia.

—A ver si lo he entendido: todo el sistema está montado para privilegiar la emoción y la falsedad —concluyó Weilmann—. La gente publica cosas más incendiarias porque así obtiene más *likes*; los algoritmos promocionan los contenidos más incendiarios porque captan más usuarios y los retienen más tiempo; y con eso se gana dinero con la venta de espacio publicitario. Aun así, son los usuarios los que deciden qué quieren leer, ¿o no?

—Parece que son los usuarios los que mandan en las redes sociales, pero en realidad quienes mandan son los algoritmos. Ese es el secreto. Manipulan el sistema y, como sabes, son cajas negras. Nadie entiende bien qué ocurre ahí dentro. Aunque las noticias falsas o incendiarias no sean mayoría en la red social, son las que los algoritmos promocionan y las que la gente ve cuando sigue las recomendaciones. Como detectan qué noticias son las que interesan más al público, lanzan más y más noticias similares; entonces, la

gente acaba saturada y se asusta. A quienes les preocupa la inmigración reciben noticias sobre delitos cometidos por inmigrantes; a quienes les preocupa el racismo solo ven noticias de ataques racistas. Eso no quiere decir que la inmigracion o el racismo no sean problemas reales. Se alimentan esos problemas de forma artificial, se exageran, ya que las noticias en redes crean un bucle de refuerzo constante. Es gravísimo, porque casi la mitad de la población accede a la información a través de esas redes.

El estadounidense abrió los ojos, horrorizado.

—¿Qué?

—Como lo oyes. El cuarenta y tres por ciento de los estadounidenses accede a las noticias a través de Facebook habitualmente, y la mitad reconoce que es su única fuente de información. En general, en Occidente, la dependencia de las redes sociales para informarse también es alta. Si en Facebook hay noticias que dicen que Hillary es pederasta, será porque lo es. La mayoría no consulta otras fuentes para confirmarlo. Si en Facebook hay noticias que dicen que las vacunas contra el Zika son peligrosas, o que el cambio climático no existe, o que el papa utiliza símbolos satánicos, deducen que también es cierto. Todo lo que aparece en las redes sociales y parece una noticia se toma como noticia.

—¡Eso es gravísimo!

—¿Por qué crees que estamos hablando de ello? La mayoría de la gente ya no consulta noticias en los canales tradicionales, televisión o periódicos; han pasado a consumir información en las redes sociales. Los estudios indican que son más de dos tercios de los estadounidenses. Si las redes sociales promovieran noticias inofensivas, como un gatito perdido en un barrio o la comunicación entre las ballenas, no habría ningún un problema. El problema es que los algoritmos tienden a promover noticias falsas o que incitan a

la violencia. Como las redes sociales son espacios de polarización por excelencia y la gente está consumiendo las noticias que circulan en esas plataformas, también se polarizan y se radicalizan.

—Y actúan en consecuencia...

—No te quepa duda. Por ejemplo, cuando las redes sociales convencen a las personas de que las élites son una amenaza, muchas se aterrorizan y cogen las armas. Mira el Pizzagate. Las noticias en Facebook y en YouTube sobre la supuesta red de pederastia llevaron a alguien a entrar a tiros en esa pizzería para «salvar a los niños». Esto ocurrió de verdad. Cuando Facebook divulgó noticias sobre los planes secretos de los musulmanes para conquistar el mundo, hubo un tipo que entró en dos mezquitas de Christchurch y mató a decenas de musulmanes a tiros. Es irónico porque los primeros que utilizaron las redes sociales para radicalizar a la gente e incitar a la violencia fueron precisamente los yihadistas. Estas mentiras están teniendo efectos en el mundo real.

Weilmann no se lo podía creer.

—¿Y los responsables de las redes sociales? —preguntó—. ¿No hacen nada? ¿No actúan cuando en sus plataformas aparecen falsedades y mensajes que en la práctica son auténticas incitaciones a la violencia?

—Actúan, claro. Las empresas tecnológicas subrayan que no hay nada intrínsecamente malo en su tecnología; el problema está en la naturaleza humana. Para afrontar ese problema, Facebook, X, YouTube y, en general, todas las empresas tecnológicas han creado departamentos cuya función es detectar mensajes, publicaciones y vídeos falsos o incendiarios y eliminarlos de sus plataformas. Bloquean a quien incite a la violencia. De hecho, llegaron a vetar al propio Donald Trump en Twitter por ese motivo, aunque luego fue readmitido cuando Elon Musk compró la red y la rebautizó como X.

Muchas personas suben a las redes sociales contenidos falsos o incendiarios y las plataformas se dedican a buscarlos y suprimirlos. Así es como aparecen en las redes cosas como «VerMorirNegros», «GasearJudíos» y «ViolarMujeres», por ejemplo. Dado que las personas privilegian las cuestiones identitarias y las que suscitan emociones, por las razones que acabo de explicar, estos contenidos proliferan como setas.

—Pero si las redes sociales eliminan ese tipo de contenidos, ¿cómo se explica que sigan apareciendo?

—Las redes sociales subrayan que hay tanta gente subiendo ese tipo de mensajes que, pese a sus esfuerzos, es imposible identificarlos y eliminarlos todos. Solo en Facebook hay más de dos mil millones de usuarios. Es muchísimo, un cuarto de toda la humanidad, por lo que es inevitable que aparezcan cosas malintencionadas. Un uno por ciento de falsedades puede parecer poco, pero si dos mil millones de usuarios publican cada día, ese uno por ciento son veinte millones de publicaciones falsas o incendiarias. Es mucho. ¿Cómo se inspecciona lo que un cuarto de la humanidad inyecta en la red para poder eliminar diariamente veinte millones de *posts* peligrosos?

—Difícil.

—Es absolutamente imposible —señaló Tomás en tono perentorio —. La naturaleza humana se revela en las redes sociales. Aunque las empresas tecnológicas contaran con un millón de personas trabajando en esos departamentos —y no las tienen ni las tendrán —, no lograrían detectar ni el diez por ciento de todos los mensajes falsos o que incitan a la violencia.

—Ah, verdad. Inspeccionar dos mil millones de publicaciones al día en cientos de idiomas distintos no es viable.

—Además, internet fue concebida precisamente para dar voz y poder al ciudadano común, para acabar con la intermediación y poner fin a la censura —se apresuró a subrayar el historiador—. Nació con una vocación libertaria: su proyecto es dar libertad a las personas y permitirles decir lo que quieran, sin filtros ni tabúes. La libertad de expresión es el ideal fundacional de las redes sociales. Pues bien, si ese es su valor último, ¿cómo se explica que participen activamente en acciones de censura? Eso incomoda a sus responsables. Por eso suelen decir que la mejor manera de lidiar con los mensajes malignos no es eliminarlos, porque es imposible y porque no forma parte de su misión. Defienden que los mensajes malos se combaten con más mensajes. Más mensajes generan mejores mensajes. La solución no es eliminar, es añadir.

Weilmann ponderó el argumento.

—No deja de ser verdad.

El historiador hizo una pausa y, con gesto calmado, cogió su vaso de cerveza casi en las últimas. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, peló unos langostinos fritos más y se los comió, acompañándolos con el resto de la cerveza.

Por fin posó el vaso ya vacío y volvió a mirar a su interlocutor con la expresión fatigada de quien ya ha visto demasiado mundo.

—Todo es una farsa.

XCII

—¿Una farsa?

La última frase de Tomás Noronha pilló a Kurt Weilmann desprevenido. Todo lo que su interlocutor le había revelado hasta entonces tenía sentido y concordaba con lo que él mismo sabía sobre la naturaleza humana y la forma en que la gente se expresa en las redes sociales. Entonces, ¿qué quería decir el historiador con aquella afirmación?

Tomás asintió.

—Sí, una farsa —reiteró—. Es cierto que las personas se transfiguran cuando están en las redes sociales y adoptan comportamientos de una agresividad y violencia inauditas. Las redes sociales apelan a la emoción, a la rabia, al comportamiento justiciero, al castigo, a la humillación. Todo eso es cierto. Pero, aunque la naturaleza humana sea una parte del problema, la esencia del problema no está ahí.

—Entonces, ¿dónde está?

—En los algoritmos.

—¿Ahora la culpa la tienen los algoritmos? ¡Anda ya! Quienes escriben los mensajes son seres humanos, *man*.

—Pero quien controla las redes sociales no son seres humanos, es la inteligencia artificial. Ese es el gran secreto. Los seres humanos escriben los mensajes, cierto, pero son los algoritmos los que gestionan todo el sistema de incentivos y de promoción de esos mensajes. El problema es la prioridad de los algoritmos: no

pretenden ayudar ni salvar a la humanidad, sino atraer y retener a más personas en las redes sociales para garantizar más audiencias y, como consecuencia, más ventas publicitarias. Si eso provoca caos y disturbios en la sociedad humana, a los algoritmos se la traen al pairo.

—Sí, ya lo has dicho, me ha quedado claro. Pero es indudable que los que escriben los mensajes son seres humanos y es indudable que las tecnológicas actúan identificando y eliminando mensajes falsos o que incitan a la violencia. Tú lo has dicho: ¡hasta expulsaron a Trump de Twitter! Eso demuestra que las tecnológicas están decididas a lidiar con el problema.

La mano de Tomás reposó suavemente sobre el *smartphone* que Leroy Roderick le había entregado: la verdadera respuesta estaba ahí.

—Si hay algo en lo que el Estado ruso se ha especializado es en el *hacking* —recordó—. Desde los tiempos de la Unión Soviética se han dedicado no a la innovación, sino a la piratería, al robo de propiedad intelectual, al plagio. No inventan nada y todo lo copian de Occidente. Que yo sepa, el espionaje industrial siempre fue, junto con el militar, político y geoestratégico, uno de los pilares de la actividad de la KGB y fuente de conocimiento para los soviéticos.

Ese cambio repentino de tema desconcertó a Weilmann.

—Perdona, ¿por qué estás hablando de eso ahora?

—Espera y verás —replicó el historiador, pidiendo paciencia—. Me imagino que a lo largo del tiempo tu agencia, DARPA, habrá tratado el problema de los soviéticos.

—Sí —confirmó Weilmann—. De hecho, el espionaje científico y técnico era una de las áreas más activas de la KGB. Los soviéticos utilizaban, sobre todo, las instituciones culturales y las cámaras de comercio para robar tecnología a Occidente. Se infiltraron en todas

las grandes empresas occidentales, sobre todo, en las alemanas, gracias a ingenieros y obreros alineados ideológicamente. IG Farben, Telefunken, Siemens... Se infiltraron en todas para robar. Incluso el secreto de la bomba atómica: consiguieron infiltrarse en el Proyecto Manhattan. Pero ¿a dónde quieres llegar con esto?

—Como sabes, la postura de los rusos no ha cambiado. El FSB y el GRU siguen empeñados en el espionaje científico y tecnológico y, para ello, hoy en día cuentan con un nuevo instrumento: el *hacking*. Entran en los ordenadores de las empresas occidentales y lo roban todo. Hoy en día, las mayores empresas del planeta son las tecnológicas, como Google, Microsoft, Apple. Los rusos también se infiltran en ellas con los objetivos de siempre. En una de esas acciones, en Facebook, los *hackers* rusos se toparon con una serie de documentos confidenciales muy reveladores. Los copiaron y, basándose en ellos, desarrollaron una doctrina a la que llamaron *Protokol Kaosa*.

Al oír la expresión en ruso, el rostro de Weilmann se contrajo en una mueca interrogativa.

—¿Protocolo Caos?

—Explica cómo se cambia la mente y las intenciones de toda una población recurriendo a las redes sociales. En su base hay un descubrimiento fundamental. ¿Te acuerdas de que hace un momento hablamos de Tay?

—¿El *bot* de Microsoft que empezó diciendo que los seres humanos eran superagradables y acabó haciendo elogios a Hitler?

—Para intentar explicar lo que había pasado, Microsoft dijo que en ningún momento permitió que un algoritmo entrara en contacto con enormes cantidades de información que no hubiera sido previamente fiscalizada —señaló Tomás—. El problema es que eso es precisamente lo que hacen Facebook, YouTube y el resto de las

redes sociales. Los algoritmos se entrenan a partir de miles de millones de entradas diarias de los usuarios. Aprenden con las personas y se radicalizan, y así radicalizan aún más a las personas. ¿Te haces una idea?

—Por tanto, es un proceso en espiral de radicalización mutua.

—Exactamente. Es fundamental entender que quienes dirigen ese proceso no son las personas, sino los algoritmos. ¿Y quién los concibió? ¿Quién los ha programado para que sean así?

—Las empresas tecnológicas.

—¡Entonces son ellas las que están en el origen del problema!

Weilmann meneó la cabeza.

—Facebook, X, YouTube y el resto de las plataformas cuentan con departamentos enteros dedicados a la moderación de contenidos, para detectar y eliminar los mensajes falsos o que incitan a la violencia. Tú mismo lo has dicho: se esfuerzan por resolver el problema.

—Ese es el cuento que nos venden —fue la respuesta del portugués—. Moderan los contenidos por culpa de la presión política. Si por ellos fuera, acabarían con la moderación.

—Imposible. A pesar de todo, las empresas tecnológicas tienen conciencia social...

Tomás soltó una carcajada.

—En DARPA trabajáis con alta tecnología, pero por lo visto todavía no has entendido cómo razonan las tecnológicas —le devolvió con acidez—. Mira, Kurt, el negocio de esas empresas no es mejorar el mundo. Eso es lo que dicen para seducirnos con su producto. Su negocio es hacer dinero. Y, para hacer dinero, necesitan algoritmos que capten y mantengan al público pegado a las redes sociales. Si eso requiere promover mensajes falsos, que agudicen la rabia, que enfrenten a las personas y que desencadenen verdaderas guerras

civiles..., ¡mala suerte! No es su problema. Los algoritmos no tienen brújula moral. Existen para hacer dinero, no para proporcionar armonía. Peor aún, las empresas tecnológicas solo ganan dinero cuando provocan el caos en la sociedad. Y esto, amigo mío, no es ninguna casualidad. Es consciente y deliberado.

El responsable de la DARPA frunció el ceño.

—¿Consciente y deliberado? —preguntó—. Lo que dices es muy grave. ¿Puedes probarlo?

La mano de Tomás volvió a posarse sobre el *smartphone*.

—Las pruebas están aquí.

—Muéstramelas.

El historiador miró el bloc de notas donde había registrado todo lo que había encontrado en el teléfono móvil que recuperó de las manos de Leroy Roderick.

—Los documentos que los *hackers* rusos lograron obtener de Facebook muestran que los algoritmos que operan en esa red social, en particular los que seleccionan noticias para el News Feed —que hacen las recomendaciones y que establecen los *rankings*—, están específicamente concebidos para amplificar e incitar a la violencia y a la discriminación identitaria y para canalizar ese contenido directamente hacia los usuarios que con mayor probabilidad actuarán en consecuencia.

—¿Perdona?

—Es lo que muestran los propios documentos internos de Facebook —subrayó Tomás—. Las iniciativas para moderar los contenidos, es decir, para identificar y eliminar mensajes falsos o que incitan a la violencia, son solo una cortina de humo para distraernos e impedirnos ver lo esencial. Un documento interno dice: «Nunca vamos a eliminar todo lo que es perjudicial en un medio de comunicación usado por tantas personas». Otro, copiado por los

rusos, establece explícitamente que «solo actuamos contra aproximadamente el dos por ciento del discurso de odio en la plataforma», ya que «no tenemos, y posiblemente nunca tendremos, un modelo que capture la mayor parte de los problemas de integridad, particularmente en las áreas sensibles».

—Es decir, el problema son las personas. Son ellas las que inundan las redes con ese tipo de mensajes. Es lo que acabo de decir.

—Escucha hasta el final —pidió el historiador—. Lo que estos documentos revelan es que Facebook sabe que el problema no se resuelve con la moderación de contenido. Pero esto es solo el preámbulo. Lo más importante aparece en otros documentos internos de Facebook que los rusos copiaron. Uno de ellos dice abiertamente: «Nuestro sistema de recomendaciones amplifica el problema del extremismo».

—¿Amplifica?

—Sí, el algoritmo de las recomendaciones aumenta el extremismo, ¿lo entiendes? Es una admisión explícita de que infla los mensajes falsos o que incitan a la violencia. En otro documento está escrito esto: «Tenemos pruebas procedentes de diferentes fuentes de que el discurso de odio, el discurso político extremista y la desinformación en Facebook, y en el resto de *apps*, están afectando a sociedades en todo el mundo. También tenemos pruebas concluyentes de que los automatismos de nuestro producto principal —que sean virales, las recomendaciones y la optimización para mantener a los usuarios en nuestra plataforma— constituyen una parte significativa de la razón por la que este tipo de discurso florece en la plataforma».

Weilmann estaba boquiabierto.

—¿Eso está escrito en los documentos internos de Facebook?

—Ipsis verbis.

—*Fuck!*

Tomás encontró otra anotación.

—Mira lo que dice este documento interno de Facebook: «Esto nos coloca en una posición difícil. Tenemos métricas razonables que nos dicen cuándo un cambio en el *ranking* probablemente causará daños de integridad, y tenemos una noción clara de cuándo un cambio aumentará el discurso de odio o cuándo producirá otros daños la desinformación. Sin embargo, no tenemos manera de reducir eficientemente este contenido; y, aunque la tuviésemos, la mayoría de las veces no podemos utilizarla debido a preocupaciones políticas».

—¿Preocupaciones políticas? ¿Qué es eso?

—Es una expresión ambigua, pero parece un eufemismo para referirse al lucro o al equilibrio político —aclaró el historiador—. Es interesante que una publicación interna de Facebook señale que «la investigación ha mostrado que es más probable que la ira y la desinformación se hagan virales, y experiencias recientes que critican estos modelos indican que eliminarlos tendría un impacto positivo en las métricas de desinformación y odio», pero que algo sea viral «sucede porque lo fomentamos intencionalmente por razones comerciales».

—¡Joder! ¡Promueven los mensajes falsos... para ganar dinero!

—Por lo que «preocupaciones políticas» quiere decir una de dos cosas: o que resolver ese problema tendría como consecuencia disminuir las audiencias de Facebook, lo que tendría implicaciones comerciales, ya que reduciría los beneficios, o que atacar el problema restaría electorado a los políticos que ganan votos con mensajes falsos o que incitan a la violencia, y eso los llevaría a criticar a Facebook.

—Por tanto, Facebook no quiere ser criticada por quienes se benefician del caos que crean las redes sociales. Es decir, Trump y otros como él.

—Facebook es consciente de que su algoritmo promueve mensajes falsos o de incitación a la violencia. Este documento muestra que la red social es capaz de prever con relativo rigor el efecto de cada modificación de sus algoritmos en la producción y amplificación de ese tipo de mensajes de odio.

Weilmann sopesó lo que acababa de escuchar.

—Eso lo cambia todo —admitió—. Eso prueba que Facebook sabe que, para frenar la proliferación de mensajes falsos o que incitan a la violencia, la única solución sería borrar el algoritmo.

—Esa es la cuestión —insistió Tomás—. Facebook se presenta ante el público como una santa, una entidad neutral preocupada únicamente por la liberación de las personas, el bien de la humanidad y todo ese discurso beatificado, pero en secreto saben que son ellos quienes están provocando todo lo contrario. Un documento interno llega a decir que «las experiencias dañinas del News Feed no son un fallo del sistema de *ranking*, sino algo inherente al proceso de *ranking*». Es decir, el problema es inherente al algoritmo.

—¿El documento usa la expresión «inherente al proceso de *ranking*»?

—Sí, y no es el único documento en el que aparece. Otro informe interno dice textualmente: «La mecánica de nuestra plataforma no es neutral». Y eso no ocurre solo en Facebook, que elige las noticias que cada usuario va a leer. El problema está en todo lo demás. En la selección, en las recomendaciones, en si se hace viral y en los grupos. Facebook los presentó como algo bueno, porque salvaguardaría la privacidad, la seguridad de las personas, etcétera.

Pero la documentación interna muestra que la empresa sabe muy bien que son los medios perfectos para hacer proliferar los mensajes falsos o que incitan a la violencia. Está escrito en un informe interno de Facebook: «Nuestros instrumentos de recomendación provocan el sesenta y cuatro por ciento de la adhesión a grupos extremistas; la mayor parte de la actividad viene de los algoritmos, como es el caso de las sugerencias. Nuestros sistemas de recomendación aumentan el problema».

—¡Guau!

—El algoritmo no solo viraliza artificialmente las noticias falsas y las que incitan a la violencia, sino que además desencadena violencia en la vida real, incluidas limpiezas étnicas.

—¿Limpiezas étnicas? ¡Oh, vamos! No exageres, *man*.

—¿Crees que exagero? —preguntó el portugués. Señaló hacia el exterior del hotel—. Cuando los budistas birmanos atacan a los rohinyás, los matan o los expulsan en masa, ¿crees que Facebook no tiene nada que ver con eso? ¡Claro que sí! Una investigación interna descubrió que sus algoritmos estaban promoviendo activamente los vídeos del monje Wirathu que incitan a la violencia contra los rohinyás. Facebook concluyó que el setenta por ciento de las personas que los vieron llegaron a ellos gracias a un automatismo interno llamado «encadenamiento», cuyo algoritmo propuso activamente a los budistas que vieran los vídeos de Wirathu. Ahora bien, esos vídeos asustaron a la población budista y la convencieron de que los rohinyás iban a atacarlos, por lo que decidieron atacar primero. Fue una tragedia de proporciones bíblicas. Todo por culpa de los algoritmos amplificadores de Facebook.

—No tenía ni idea.

—Cuando un documento interno afirma que «esto nos deja en una posición difícil», lo que ese documento de verdad dice es que

Facebook tiene que elegir una de dos opciones difíciles: o deja de utilizar el algoritmo, y eso resuelve el problema de la violencia social, pero reduce sus beneficios; o mantiene el algoritmo, y eso intensifica el problema de la violencia social, pero ganan más. Es esa elección la que deja a Facebook en una «posición difícil». En tu opinión, ¿cuál crees que fue el camino «difícil» que eligieron?

—Los beneficios, claro.

El historiador se levantó de su silla, abrió los brazos y los alzó hacia el cielo, como haría un profeta ante la revelación final.

—¡Y la verdad nos hará libres!

XCIII

Cuando se volvió a sentar, Tomás Noronha ya había revelado lo esencial del contenido del *smartphone* que le había entregado Leroy Roderick. Solo faltaba atar los cabos sueltos de la maraña, tanto la de su vida personal como la del mundo. Cerró el bloc de notas y miró a Kurt Weilmann.

—Como acabamos de ver, el problema central está en los algoritmos —concluyó—. Pero, atención, eso no le quita responsabilidad a Rusia. Lo que Moscú ha hecho y hace, básicamente, es usar el problema sistémico de la inteligencia artificial para atacar a Occidente y provocar su implosión. Para ello desarrollaron el Protocolo Caos, la receta para usar las características de las redes sociales en una guerra híbrida contra las democracias liberales. La estrategia es sencilla: buscar aliados antiprogresistas dentro de las democracias y usar las redes sociales para identificar grupos, apelar a la identidad de uno o más de esos grupos, decirles que otros amenazan fuertemente esa identidad y, recurriendo a un lenguaje moral y emocional que incluye verdades y mentiras, inflamar las redes sociales y a los grupos, poniendo a unos contra otros para profundizar las divisiones de la sociedad occidental hasta fracturarla, debilitarla y..., por fin, derrotarla. Es lo que Rusia está haciendo.

—Es decir, usan la democracia y la libertad para destruir la democracia y la libertad.

—Por detrás de los movimientos identitarios que vemos en Occidente, está siempre la mano de Rusia, ayudándolos o fomentándolos: el Brexit, el referéndum neerlandés en 2016, el separatismo escocés de origen nacionalista y socialista, el separatismo catalán de origen nacionalista y socialista, el nacionalismo francés, el socialismo y nacionalismo neerlandeses, el nacionalismo alemán, el nacionalismo sueco, el discurso antiinmigración, el discurso antieuropeo, el discurso racista, el discurso anticapitalista, el radicalismo *woke*... Donde pueda haber división identitaria, ahí están metidos los rusos. Tanto ellos como sus caballos de Troya, los aliados nacionalistas y socialistas antiliberales que trabajan en Occidente para destruir Occidente. Trump es solo un triunfo más en una baraja con muchas cartas de varios colores e ideologías. Hay de todo, con tal de minar los cimientos de la democracia liberal. Ten por seguro que si Trump desaparece, surgirá otro Trump, y después otros por todo el mundo, del nacionalismo al socialismo, de las teocracias al tribalismo, todo lo que sea antiliberal. Trump solo es un nombre, un actor, un rostro que interpreta una estrategia. Trump son todos los peones que se mueven por Occidente contra la democracia liberal. Pero la verdadera manipulación se hace a distancia, Moscú escribe el guion y usa los algoritmos de Occidente contra el propio Occidente. El guion es el Protocolo Caos, el programa ruso para destruir a Occidente a través de las redes sociales. Los antiliberales plantan las semillas y los algoritmos las esparcen como si fueran viento.

—Y Occidente se desmorona.

Esa era la conclusión lógica de todo lo que estaba sucediendo.

—Trump siempre ha dicho que su objetivo era hacer América grande otra vez. Pero es un truco de prestidigitador. El verdadero proyecto es hacer Rusia grande otra vez.

El silencio se apoderó de los dos hombres. Todo estaba dicho. O casi todo. Weilmann estiró el brazo en dirección al *smartphone* posado al lado de su interlocutor.

—¿Puedo?

Había llegado la hora de que el portugués cumpliera su parte del trato y le entregara el aparato. Lo cogió y se lo dio al responsable de la DARPA, que se lo guardó en el maletín y echó la silla hacia atrás, preparándose para marcharse.

Pero Tomás todavía tenía algo más que decirle.

—Tú sabes que el problema no está solo en Occidente, ¿verdad?

El estadounidense se detuvo.

—¿A qué te refieres?

—Las campañas de mensajes falsos o que incitan a la violencia en las redes sociales son un problema general de toda la humanidad, no solo de Occidente. Mira, por ejemplo, la persecución a los rohinyás. En Myanmar siempre ha habido divisiones étnicas y religiosas, incluso a veces se registraron conflictos con los rohinyás, pero cuando las redes sociales empezaron a funcionar en el país en 2011, la violencia explotó a niveles nunca vistos. Los mensajes de odio contra ellos se dispararon en Facebook, la población budista se creyó que los iban a atacar y a exterminar, se asustaron y pasaron a la acción. El ejército y las poblaciones lanzaron ataques a los rohinyás, mataron al menos a veinticinco mil personas y expulsaron del país a un millón.

—Sí, lo sé —confirmó Weilmann—. Naciones Unidas investigó la persecución a los rohinyás y concluyó que la culpa fue, sobre todo, de Facebook.

Tomás miró fijamente a su amigo, lo que quería decirle era otra cosa.

—¿Y sabías que los rusos tampoco son inocentes en esa historia?

El hombre de la DARPA, sorprendido, arqueó una ceja.

—¿Los rusos?

—¿No lo sabías? Enviaron a Rusia a oficiales birmanos del Tatmadaw para estudiar la guerra psicológica, *hacking* y otras tecnologías de desinformación e influencia *online*, inclusive inteligencia artificial. Eso fue en 2000, una época en la que todavía no había redes sociales, sino *blogs*. Sin embargo, las técnicas de desinformación que esos oficiales aprendieron con los rusos son las mismas: identificar grupos, trabajar la identidad usando informaciones verdaderas y falsas, poner a unos contra otros, intensificar las divisiones y apelar a la violencia. Es exactamente lo que los oficiales birmanos, junto con los monjes budistas nacionalistas, les hicieron a los rohinyás con los resultados que se conocen.

Weilmann no estaba al tanto de esa información.

—¿Los rusos entrenaron al ejército birmano en las tácticas de desinformación en internet que culminaron en la limpieza étnica de los rohinyás? ¿Puedes probarlo?

—¿Quieres pruebas?

—Por supuesto. Si probamos que los rusos enseñan esas técnicas para ser posteriormente usadas contra poblaciones no occidentales, probamos que el problema no se restringe a Occidente, sino que la dictadura rusa es una amenaza para toda la humanidad. Si hay pruebas, hemos de tenerlas.

Como respuesta, Tomás levantó una mano e hizo una señal al único cliente que estaba en la terraza con aspecto de bangladesí y a los dos niños que jugaban en la arena a pesar de la lluvia que caía sobre la playa. El hombre se levantó y se les acercó con un sobre en la mano, mientras los niños dejaron lo que estaban haciendo y también se acercaron.

—Kurt, estos son Tin Tun y los dos hermanos de un rohinyá que conocí en Myanmar —los presentó—. Huyeron conmigo para escapar de la matanza. Vinimos con su abuela, pero, por desgracia, la señora no aguantó la dureza del viaje a través de las montañas y acabó falleciendo en el puesto médico de Cox's Bazar.

El estadounidense no contaba con eso. Lo último que se habría imaginado era que esas personas que había visto a su llegada a la terraza del hotel tuvieran alguna relación con el portugués.

—Lo siento —respondió—. Pero... ¿a qué se debe el honor?

Tomás respondió por ellos.

—¿No querías pruebas de que los birmanos estuvieron en Rusia aprendiendo las técnicas que condujeron a la tragedia de los rohinyás? Tin Tun puede ayudarte.

Como si se lo hubiera pedido, el rohinyá abrió el sobre que llevaba en la mano y sacó un documento.

—Este es el programa de formación que los rusos impartieron a los oficiales del Tatmadaw para enseñarles las técnicas de desinformación que han usado contra nosotros —explicó Tin Tun—. Me lo entregó en la Universidad de Yangón un militar birmano escandalizado con lo que estaba pasando. Contacté con Amnistía Internacional y conté que lo tenía en mi poder. Amnistía envió discretamente a Yangón a una persona, la señora Maria, que vino acompañada por su marido.

Tomás levantó un dedo.

—Yo.

—Por varias circunstancias que no merece la pena detallar aquí, las cosas se complicaron, el profesor Noronha y yo fuimos arrastrados por el torbellino de los acontecimientos y, con el Tatmadaw pisándonos los talones, tuvimos que huir a Bangladés.

Weilmann escuchó todo con atención.

—¿Me permites echarle un vistazo a ese documento?

Tin Tun se lo entregó al estadounidense, que lo leyó en diagonal, prestando atención a las líneas más importantes del texto.

—Hum... Un ejemplo clásico de curso de *aktivnyye meropriyatiya* —constató—. Se trata de las famosas medidas activas del FSB destinadas a influir y moldear la opinión pública.

El rohinyá señaló los sellos y garabatos que se encontraban al final del documento.

—Fíjese en que está sellado y firmado por las autoridades rusas y por los responsables del Tatmadaw.

—Ya lo he visto. ¿Puedo quedarme con esto?

Tin Tun y Tomás se miraron con complicidad; el rohinyá cedió al portugués la responsabilidad de conducir esa parte de la conversación.

—Claro —dijo el historiador—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Tin Tun y los dos niños están encerrados en Kutupalong, el mayor campo de refugiados del mundo, un lugar que alberga a un millón de fugitivos rohinyás en condiciones penosas. El campo se encuentra aquí, en Cox's Bazar, no muy lejos de esta playa donde estamos. Kurt, me harías un gran favor si consiguieras sacarlos de allí.

Lo que el historiador proponía era claro como el agua.

—Yo los saco de allí y tu amigo me entrega el documento. ¿Es eso?

Tomás forzó una sonrisa.

—Kurt, eres un genio.

El estadounidense se recostó en la silla y sopesó lo que le proponían. Cogió su teléfono y tecleó para enviar un mensaje a alguien en la otra parte del mundo. Recibió respuesta, volvió a

escribir y, al cabo de un minuto, volvió a recibir una respuesta. Guardó el teléfono, se levantó de su silla y miró a Tin Tun.

—Trato hecho.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

EPÍLOGO

Cuando la cinta de equipajes empezó a funcionar, Tomás Noronha, junto con el resto de los pasajeros recién desembarcados en el aeropuerto de Lisboa, estiró el cuello para ver si las maletas empezaban a salir. En ese momento sonó su *smartphone*. Lo cogió. Era una videollamada de WhatsApp de Kurt Weilmann.

—¡Hola, Kurt! ¿Qué tal todo?

—Te llamo para avisarte. —El estadounidense se saltó el saludo. Su rostro preocupado ocupaba la pantalla del teléfono—. Los rusos ya lo saben.

—¿Qué saben?

—Que nos entregaste el teléfono con todos los secretos del FSB, incluido el Protocolo Caos. Ya lo saben.

Tomás sintió un escalofrío. Tarde o temprano los rusos se darían cuenta de que había conseguido recuperar el *smartphone* y no lo había devuelto, prefiriendo entregárselo a los estadounidenses. Lo que no esperaba era que ocurriera tan pronto.

—¿Cómo... se han enterado?

—Qué sé yo. Tienen infiltrados, como es lógico. En la DARPA, en la CIA, en todas partes. Eso ahora no importa. Lo que importa es que ya lo saben.

—¿Cómo te has enterado?

—Tenemos nuestras fuentes, como te imaginarás.

—Ah.

Era un laberinto de espejos en el que se espiaban los unos a los otros.

—Ya hemos abierto una investigación. Entretanto, me gustaría mostrarte la imagen de una persona. Dime, por favor, si la reconoces.

Al otro lado de la línea, el responsable de la DARPA exhibió una fotografía de carné, en gran formato, de un hombre rubio, con el pelo corto, mirando al frente.

—Sasha —lo reconoció Tomás—. Es el ruso con el que me encontré en el hotel Ukraina, en Moscú. Fue ese tipo el que me obligó a buscar del teléfono.

Weilmann guardó la imagen.

—La fotografía corresponde a un oficial del FSB implicado en las operaciones de *aktivnyye meropriyatiya* contra Estados Unidos, en particular la campaña para elegir a Trump. Su nombre verdadero era Dimitri Chernishev.

—¿Era?

—Acaba de ser encontrado muerto en una calle de Moscú. La versión oficial es que cayó accidentalmente desde un séptimo piso.

Se hizo un breve silencio.

—¿Lo han matado?

—La cuestión es descubrir por qué. Puede haber sido un castigo por su fracaso. Cometió una gran imprudencia al descargarse el Protocolo Caos en el teléfono y después llevarse el aparato a Estados Unidos. Como el contenido del *smartphone* acabó en nuestras manos, lo habrán castigado. En el FSB, el castigo para este tipo de fallos es la muerte.

—Esa gente no se anda con rodeos.

—Hay una segunda teoría —añadió Weilmann—. Hemos estado investigando de cerca a este tipo y hemos descubierto que se

encontraba en Riazán en 1999 cuando se produjo un atentado fallido en un edificio de la ciudad. Parece ser que Chernishev era entonces un policía local y fue el primero en acudir al edificio y encontrar la bomba que habían colocado allí. Después se descubrió que fue el FSB quien colocó la bomba. Se alegó que se trataba de un mero ejercicio, pero el incidente generó fortísimas sospechas de que el FSB era el verdadero autor de una serie de atentados similares ocurridos en el mismo período en varios edificios de otras ciudades rusas. Podría haber sido una operación de falsa bandera para culpar a los chechenos y permitir a Putin iniciar una guerra supuestamente en defensa de los rusos; su verdadero objetivo habría sido conseguirle popularidad y consolidarlo en el poder. Lo que ocurrió, efectivamente, gracias a esa operación de *aktivnyye meropriyatiya*.

—¿Y bien? ¿Qué relación tiene eso con la muerte de Sash..., eh..., de ese hombre?

—Hay indicios de que ese policía estaba convencido de que el FSB estaba detrás de los atentados de 1999 y habría intentado denunciarlo, pero su superior intervino a tiempo y lo silenció. Pero debido a la guerra híbrida declarada por Rusia a Occidente, el FSB necesitaba con urgencia personal que supiera de informática. Al parecer, Chernishev era particularmente talentoso en esa área, lo que atrajo la atención de los servicios secretos rusos. Normalmente, el FSB hace exámenes rigurosos al personal que recluta para garantizar que no hay problemas ideológicos, pero como esta vez los servicios tenían mucha prisa, no se llevó a cabo una verificación adecuada y lo contrataron. Metieron al tipo en la operación y... la cosa salió mal.

Tomás sopesó las implicaciones de lo que su amigo de la DARPA le estaba revelando. Las palabras de Weilmann sugerían algo.

—¿Crees que... que cuando me contrató para que encontrara el *smartphone* ya sabía que te lo entregaría?

—Nos movemos en el reino de las hipótesis. Por los datos que tenemos, yo diría que Chernishev intentó cumplir la misión del FSB y que la pérdida del teléfono fue genuina. Lo que pasó después es inexplicable. ¿Por qué no borró el Protocolo Caos del teléfono antes de entregárselo a ese tal Leroy Roderick? ¿Por qué contactó después luego con un portugués para buscar el aparato? Precisamente al amigo de un responsable de la DARPA que en el pasado ya había colaborado con la CIA. Es muy raro. Ese comportamiento solo se explica por lo que pasó en Riazán. Pensamos que realmente Chernishev nunca quiso recuperar el teléfono, sino encontrar un pretexto para que el *smartphone*, y sobre todo su valioso contenido, llegara a nuestras manos. Probablemente quiso hacer lo que no pudo en la época de los atentados de 1999: denunciar a Putin y a toda su camarilla.

—¿Por eso lo han matado?

—Es solo una teoría —subrayó el estadounidense—. Pero encaja con lo que sabemos. Cuando se enteraron de que el *smartphone* estaba en nuestro poder, es muy probable que el FSB volviera a investigar el pasado de Chernishev y habrán descubierto algo que quizá no sabían cuando lo contrataron: que responsabilizaba a Putin de las matanzas de 1999. Y, por lo tanto, lo ejecutaron.

Tomás entendió que, de ser así, Dimitri Chernishev no sería un bandido, sino un héroe. Casi se sintió asaltado por la culpa. Lo había odiado desde el encuentro en Moscú; lo había odiado por el *deepfake* con su rostro; por todo lo que representaba. Y al final, por lo visto nada era como había creído. Siempre y cuando la teoría fuera correcta, claro. Nunca lo sabrían.

—Si el FSB ya sabe que te entregué el teléfono, ¿qué harán? ¿Crees que los rusos van a divulgar el *deepfake* en el que aparezco como autor de la masacre de Christchurch?

—Ya los hemos informado de que estamos al tanto de ese *deepfake* y lo hemos neutralizado. No lo harán.

El historiador se sintió aliviado.

—Uf.

—Pero algo harán.

—¿Qué?

—No lo sé. Yo, si fuera tú, me prepararía. Los rusos no se quedarán de brazos cruzados. Tenías un trato con ellos y los has traicionado. Habrá represalias, puedes estar seguro.

—El acuerdo fue con Chernishev.

—No importa. Aunque fuera un traidor, era su representante. Si te contrató para encontrar el teléfono, es como si te hubiera contratado el FSB. ¿Entiendes? Diste tu palabra a los rusos y no la has cumplido. Algo harán. Prepárate.

A Tomás la ansiedad le revolvió el estómago; saber que una agencia de espías con un largo historial de asesinatos, y encima el FSB, quería ajustar cuentas con él no era precisamente como para estar tranquilo. Pero en ese momento vio aparecer su maleta en la cinta de recogida de equipajes del aeropuerto y, como no había mucho más que hablar, se despidió de Weilmann.

Aún dándole vueltas al asunto, recogió su maleta y salió en taxi del aeropuerto. Las noticias lo angustiaban, pero acabó sacudiéndose la preocupación como quien se sacude el polvo. Independientemente de lo que fueran a hacer los rusos, no estaba en su mano impedirlo. Actuaría cuando llegaran las represalias, fueran cuales fueran. No iba a morir en la víspera.

Para tranquilizarse, se puso a pensar en Maria Flor. Dos días antes había hablado con ella, justo cuando se preparaba para abandonar Bangladés y regresar en un largo vuelo con dos grandes escalas. Echaba de menos a su mujer y, tras la noticia de Weilmann, le urgía aún más oír su voz. Ella tenía el don de serenarlo. Sentado en el asiento trasero del taxi, cogió el teléfono y localizó el número, pero cuando iba a llamar se detuvo.

¿No sería mejor darle una sorpresa?

Guardó el teléfono y se dejó llevar hasta su destino. La última vez que habló con su mujer le contó que se había instalado en su piso y se quedaría una semana en Lisboa. Era un indicio clarísimo de que la reconciliación era una mera formalidad y estaba a la distancia de un beso.

El taxi lo dejó en la puerta de su edificio. Después de sacar la maleta y pagar, se dirigió al puesto de flores de la acera. Encontró a doña Ermelinda con el semblante vivaracho de siempre, el rostro sonrosado, la sonrisa desdentada y los brazos rollizos con las mangas remangadas.

—Entonces, ¿qué va a ser esta vez, chico?

La mirada de Tomás se perdió entre la orgía de colores de las flores del puesto sin saber qué elegir.

—No lo sé, doña Ermelinda. Hay tantas cosas. Dígame usted.

—¿Cuál es la ocasión?

—Es... Mire, es pasión.

—Ya hubo reconciliación, ¿eh?

—Prácticamente, doña Ermelinda. Prácticamente.

—Pues, ¿es hora de entrar en materia, o qué?

El cliente se ruborizó.

—Oh, ya empieza... Venga, no diga esas cosas.

—Uyuyuy, ahora le da vergüenza. ¿Qué tiene de malo querer entrar en materia con su señora? ¡Jesús, cuánto meapilas hay en Lisboa, leche!

—Bueno, bueno. Entonces, ¿qué me recomienda?

La vendedora se inclinó sobre unas flores naranjas a su izquierda.

—Estos lirios.

—¿Ah, sí? ¿Simbolizan la pasión?

—Simbolizan el calentón, chico. El calentón.

Definitivamente, doña Ermelinda era un caso perdido. Le preparó un ramo y pagó.

—Que le vaya bien —se despidió—. Fuerza en la verga, ¿eh?

Con el ramo en las manos, Tomás ni siquiera respondió. Entró en el edificio y subió en el ascensor. Al llegar a su planta, metió la llave en la puerta y la abrió.

—¿Florcita? —llamó al entrar—. ¡He llegado!

Nadie respondió.

—¡Florcitaaa!

Nada.

No estaba en casa. Pero en el piso olía muy bien. Procedía de la cocina. Por lo visto, le había preparado uno de sus maravillosos platos de bacalao a la nata. Qué maravilla. Además, todo parecía en orden, en contraste con el caos en que el piso se encontraba habitualmente desde que había vuelto a vivir solo.

Puso los lirios naranjas en un jarrón a la entrada y se llevó la maleta al dormitorio. La cama estaba hecha y todo muy pulcro y limpio, pero no vio señales de la ropa de Maria Flor en ninguna parte. Le extrañó. Se inclinó sobre la cama y olió las sábanas. Estaban impregnadas de su perfume, prueba de que había dormido allí. Otra excelente señal. Si había dormido en su piso, si lo había ordenado y limpiado y le había preparado su plato favorito, eso

quería decir que se había reconciliado con él. Ni siquiera había esperado al beso.

Tomás sonrió. Su mujer había vuelto, había regresado a casa, había regresado a él. El hecho de que no estuviera allí en ese momento no significaba nada. Habría salido a dar una vuelta, de compras o a cualquier otro recado. Si la ropa de Maria Flor no estaba allí, habría una buena razón que lo explicara. Quizá se había pasado por la tintorería. Lo que realmente importaba era que su vida por fin iba a volver a la normalidad. Pensó en llamarla para decirle que volviera a casa, que él ya había regresado, pero creyó que sería más romántico sorprenderla cuando entrara.

Le entró hambre.

Salió del cuarto y se dirigió a la cocina, atraído por el delicioso aroma del bacalao a la nata. Al pasar por el salón, también limpio y ordenado, vio que en el suelo, frente al televisor, había un sobre rasgado. Se acercó para recogerlo y comprobó que el reproductor de DVD que él aún utilizaba porque era tecnológicamente reacio al cambio estaba abierto y tenía un disco dentro. ¿Su mujer había estado viendo una película? Echó un vistazo y comprobó que no tenía carátula, como era habitual. Qué raro. Recogió el sobre del suelo y comprobó que estaba a nombre de Maria Flor. Pero sin remitente. Por el tamaño del sobre dedujo que probablemente sería del DVD.

Cada vez más intrigado, decidió ver el contenido del disco. Encendió el reproductor y lo conectó a la televisión. En la imagen apareció su dormitorio y Tomás se vio a sí mismo acostado en la cama, con una rubia desnuda sentada sobre él, balanceando las caderas y emitiendo gemidos.

—Pero ¿qué...?

La rubia y él mantenían relaciones sexuales.

Se quedó boquiabierto, atónito, sin dejar de mirar las imágenes. ¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Quién era aquella mujer? Fijó la atención en ella, haciendo un esfuerzo para reconocerla. Era bonita, curvilínea, ardiente, sexi. Una auténtica modelo. Pero no, nunca la había visto en su vida. O, al menos, no la recordaba. ¿Qué demonios era aquello? ¿Sería realmente él? Clavó los ojos en el hombre intentando encontrar diferencias, pero comprobó que no las había. No cabía duda, era él. Pero Tomás no había visto nunca a aquella mujer. Y, sin embargo, allí estaban esas imágenes suyas practicando sexo en su dormitorio con ella. Una mujer a la que no recordaba haber visto, en una situación de la que no tenía el más mínimo recuerdo. ¿Estaría perdiendo la cordura? ¿Qué diablos estaba pasando?

De repente, como si lo hubiera alcanzado un rayo que le hizo ver la luz, lo comprendió.

Otro *deepfake*.

La represalia rusa de la que le había hablado Weilmann. Como la DARPA había anulado el *deepfake* de Christchurch, el FSB había creado otro. Los rusos tenían imágenes de sobra como para producir los que quisieran. Pero este no pretendía incriminarlo ante la policía o el mundo entero. No. Esta vez los rusos habían sido más sofisticados y lo incriminaron ante una persona. Solo una.

Maria Flor.

Examinó el sobre rasgado. Estaba claro que había sido ella. Miró hacia la puerta del dormitorio. La cama desprendía el perfume de su mujer, señal de que había dormido allí, pero tras ver el vídeo, la ausencia de su ropa adquiría un nuevo significado. Maria Flor también lo había visto. Y después se había ido.

Con las manos temblorosas, al borde del pánico, Tomás cogió el teléfono y la llamó. El tono de llamada sonó cuatro, cinco, seis veces

y se cortó. Lo intentó una vez más. Nadie contestó. Lo intentó otra vez. De nuevo nada. No pensaba parar hasta que atendiera. Cuando lo intentó de nuevo, oyó la notificación de la llegada de un SMS.

Ansioso, comprobó que acababa de llegarle un mensaje. De Maria Flor.

Lo abrió.

No vuelvas a hablarme, cabrón.

No iba a aceptarlo. Simplemente, no estaba dispuesto a hacerlo. No perdería a Maria Flor por culpa de un *deepfake*. Tenía que hablar con ella, explicarle las cosas, aclarar ese terrible malentendido. Y cuanto antes, mejor.

Volvió a llamarla. Esta vez ni siquiera dio tono. Seguramente, había retirado la tarjeta SIM del móvil para que no pudiera contactar con ella. Su mujer estaba incomunicada. Había roto con él.

En ese momento, Tomás Noronha supo que había perdido a Maria Flor.

Definitivamente.

Nota final

Y bien, ¿Donald Trump al final se ha convertido en un agente ruso?

Antes de responder a esta pregunta, conviene subrayar que mi convicción de que iba a ganar las elecciones presidenciales era tan firme que esta novela se publicó originalmente en Portugal en octubre de 2024, un mes antes de que los estadounidenses acudieran a las urnas.

¿Cómo podía estar tan seguro de que Trump sería reelegido? La respuesta es sencilla: porque conocía el poder de la desinformación en las redes sociales y su capacidad para moldear la percepción y condicionar el pensamiento, así como el sentido del voto.

Tal como había previsto, Donald Trump ganó las elecciones y regresó a la Casa Blanca. La profundidad de su relación con las redes sociales quedó aún más clara tras asumir el cargo, cuando se descubrió el papel activo de Elon Musk, propietario de X, en su campaña. Más importante todavía: después de las elecciones, el dueño de Facebook e Instagram, Mark Zuckerberg, comenzó a elogiar a Trump, eliminó las verificaciones de información falsa (*fact checks*) y redujo los mecanismos de moderación de contenidos, incluso admitiendo que esos cambios se debían a las «recientes elecciones». Estamos, efectivamente, ante un mundo nuevo.

Sobre la posibilidad de que Trump sea un agente ruso, la sospecha comenzó a crecer en los servicios de inteligencia occidentales y, posteriormente, en los respectivos Gobiernos, hasta que llegó a la prensa. En el origen de esas dudas se encuentran los elementos que

se exponen en esta novela, empezando por las numerosas relaciones entre Trump y Rusia. Siguiendo el principio de que toda investigación debe seguir el rastro del dinero, se descubrió un flujo considerable de fondos rusos hacia el mundo empresarial del magnate estadounidense, con inversiones que no parecen tener sentido alguno como modelos de negocio. La revista *New York* concluyó, por ejemplo, que entre 2003 y 2017 ciudadanos procedentes de la antigua URSS realizaron el ochenta y seis por ciento de las compras de propiedades de Trump en efectivo, un claro indicio de lavado de dinero, por un valor total superior a cien millones de dólares.

Las personas próximas a Trump confirmaron la extraña dependencia financiera del presidente respecto al dinero ruso. «Los rusos constituyen una parte muy desproporcionada de muchos de nuestros activos», afirmó en 2008 su hijo Donald Trump Jr., quien declaró en una conferencia que «vemos mucho dinero que viene de Rusia». Su otro hijo, Eric Trump, se jactó en 2014, delante de un periodista: «No dependemos de los bancos estadounidenses. Obtenemos toda la financiación que necesitamos de Rusia», una declaración que posteriormente negó cuando el FBI comenzó a investigar el asunto. Otras fuentes lo corroboran. Un antiguo arquitecto de Trump, Alan Lapidus, aseguró que el magnate «no lograba que nadie en Estados Unidos le prestara dinero. Todo venía de Rusia. Su relación con Rusia era mucho más estrecha de lo que él mismo admitía».

La cuestión es entender por qué Rusia apostaba tanto dinero por Donald Trump, un empresario cuya gestión había sido tan desastrosa que ya había llevado a varias de sus empresas a la bancarrota y en quien la banca había dejado de confiar. ¿Se trataba de una creencia ciega en sus capacidades empresariales? ¿O había otros objetivos?

Además, existe un elevado número de personalidades vinculadas a su campaña y a su presidencia que también guardan relación con Rusia y, por lo visto, el propio Trump no conocía demasiado bien a esas personas. Si no las conocía, ¿cómo llegaron hasta él? ¿Quién las contrató? ¿Quién se las recomendó realmente?

Hay más sospechas. Está la cuestión de la operación *aktivnyye meropriyatiya*, las «medidas activas» —comprobadas— que Rusia lanzó para que Donald Trump fuera elegido presidente de Estados Unidos. A través del FSB y del GRU, Moscú utilizó *hackers* para robar información que resultara útil a «su» candidato, y *trolls* para desplegar una vasta campaña de *dezinformatsiya* —desinformación— destinada a influir de forma encubierta en las redes sociales y orientar el voto de los estadounidenses. Las tecnológicas revelaron que la operación rusa inyectó en sus plataformas al menos mil vídeos en YouTube, 131 000 mensajes en Twitter y publicaciones en Facebook que alcanzaron, como mínimo, a 126 millones de usuarios, siempre con el objetivo de favorecer a Trump. ¿Por qué tanto esfuerzo secreto para elegir a una persona específica como presidente de una nación que la propia Rusia sigue considerando «su enemiga»?

También resulta desconcertante la actitud de subordinación que Trump mantiene ante Vladímir Putin. Cuando era candidato, y también cuando ya era presidente, Donald Trump multiplicó las declaraciones en las que insultaba o humillaba no solo a sus adversarios políticos, sino incluso a miembros de su propio partido, a dirigentes internacionales y, algo nunca visto, también a aliados tradicionales de Estados Unidos. Pero nunca se atrevió a atacar a una persona: el presidente ruso. Es más, llegó a preguntar en público si podía llamarlo «su mejor amigo». En un año en el que

insultó públicamente a más de cuatrocientas personas, Trump elogió a Putin en más de cien ocasiones.

Varios altos cargos de los servicios de inteligencia de Estados Unidos consideraron ese comportamiento profundamente sospechoso. «El hecho de que [Trump] tenga esta actitud aduladora hacia Putin, de que nunca diga nada negativo de él, me hace pensar que deberíamos temer algo muy grave», declaró el exdirector de la CIA John Brennan.

Por su parte, el exsubdirector de la CIA Michael Morell describió a Trump como «un agente involuntario de la Federación Rusa, reclutado por Putin». Michael Hayden, exdirector tanto de la NSA como de la CIA, fue más prudente en público, pero llegó a calificar a Trump como «un idiota útil manipulado por Moscú».

Si altos cargos de la inteligencia estadounidense —directores de la CIA, habitualmente discretos y con acceso a información privilegiada — se expresan así en público, ¿qué pensarán y sabrán en privado?

Y no son solo los exdirectores de la CIA quienes han hecho declaraciones de este tipo. James Comey, entonces director del FBI y responsable de iniciar las investigaciones sobre la relación entre el presidente y el régimen de Putin, respondió en televisión, cuando le preguntaron si los rusos poseían algo que pudiera comprometer a Donald Trump: «Esas son palabras que jamás pronunciaré sobre un presidente de Estados Unidos, pero... es posible».

El propio Michael Cohen, exabogado personal de Trump, confirmó ante el Congreso de Estados Unidos que había «algo raro» en la relación de Trump con Putin. Resulta tan extraño que, durante un concierto en la cumbre del G20 celebrada en Hamburgo en 2017, el presidente estadounidense abandonara su asiento y, como si fuera un vasallo ante su señor, se sentase junto a Putin... sin traductor, violando todas las normas establecidas. El comportamiento

sospechoso de Trump llegó a tal punto que, según fuentes citadas por *The Washington Post*, tras otro encuentro con Putin en la misma cumbre, habría incautado las notas de su traductor y le habría ordenado explícitamente no revelar el contenido de la conversación a nadie, incluidos los miembros de su propia administración. En la cumbre de Helsinki, funcionarios estadounidenses se quejaron de que no lograban acceder a registros fiables de la reunión privada entre Trump y Putin, una reunión en la que el presidente vetó la presencia de funcionarios y asesores. «Como resultado —escribió *The Washington Post* en 2019—, fuentes gubernamentales afirmaron que no existe un registro detallado —ni siquiera en los informes secretos— de las interacciones presenciales de Trump con el líder ruso en cinco encuentros ocurridos en los últimos dos años». ¿Qué intentaba esconder Trump de los servicios de inteligencia estadounidenses y de su propio equipo, pero no de los servicios secretos rusos? ¿De qué hablaba realmente con Putin?

Este tipo de comportamiento continuó incluso durante el período entre las dos elecciones presidenciales. El periodista estadounidense Bob Woodward reveló, citando una fuente cercana al presidente, que hubo «tal vez unas siete» conversaciones entre Vladímir Putin y Donald Trump entre el final de su primer mandato en la Casa Blanca y el comienzo del segundo.

La fuente reveló que, en una de esas ocasiones, Trump le pidió que abandonara la sala para poder mantener una conversación privada con el presidente ruso, e incluso llegó a enviarle a Putin un kit de pruebas de Covid-19. Trump lo negó inicialmente todo —incluido el episodio del kit—, pero el portavoz del Kremlin, Dmitri Peskov, aunque negó las llamadas telefónicas, admitió el envío del kit. Semanas más tarde, Trump dejó de negar las conversaciones: «No hay comentarios», dijo al ser preguntado por *Bloomberg*, y

después añadió: «Y si lo hice, fue algo inteligente». El caso causó un estupor generalizado, incluso en la entonces vicepresidenta de Estados Unidos, Kamala Harris: «Cientos de personas estaban muriendo, todo el mundo intentaba conseguir esos kits, ¡y este tipo, que era presidente de Estados Unidos, se los estaba enviando a Rusia a un dictador asesino para su uso personal!».

Aún más revelador, Woodward declaró en una entrevista con la CNN que dentro del propio equipo de Trump existían sospechas acerca de la relación entre ambos presidentes. «Hace algunos meses hablé con Dan Coats, exdirector de la inteligencia nacional durante la administración Trump, y le pregunté: «¿Qué sucede con la relación entre Trump y Putin?». La respuesta fue inquietante: «Es tan cercana que podría pensarse en un chantaje». El director de la CIA, Bill Burns, también comentó: «Putin manipula; está entrenado profesionalmente para hacerlo. Tiene un plan y sabe a la perfección cómo ejecutarlo. Eso fue lo que hizo cuando Trump estuvo antes en el cargo, y ahora lo está manipulando otra vez».

Las políticas de Trump como presidente parecen estar siempre alineadas con las del Kremlin en cuestiones esenciales para Moscú. Rusia, que insiste en declarar que las sanciones occidentales no le afectan, ha hecho de su levantamiento una prioridad. Ahora bien, uno de los grandes esfuerzos de Trump en la Casa Blanca fue precisamente trabajar para eliminar dichas sanciones. No obstante, sus intentos fracasaron en el Congreso, que no solo bloqueó el fin de las sanciones —una iniciativa insólita para un presidente estadounidense—, sino que además impuso nuevas restricciones. También resulta significativo que, nada más regresar a la Casa Blanca, Estados Unidos votara en las Naciones Unidas junto con dictaduras como Rusia, Corea del Norte y Bielorrusia en contra de la Unión Europea, en una resolución que condenaba la invasión rusa de

Ucrania. Incluso China, aliada implícita de Moscú, se abstuvo en esa votación.

Además, Trump abrazó la narrativa propagandística del Kremlin cuando llamó «dictador» al presidente ucraniano elegido democráticamente, a quien trató con desprecio y humilló públicamente durante su visita a la Casa Blanca; empezó a negociar con Rusia el destino de Ucrania sin la participación de Kiev, responsabilizó a Ucrania de la invasión rusa al afirmar que «no debería haber empezado la guerra», declaró que era «más fácil» trabajar con Rusia que con Ucrania, chantajeó a Kiev para que aceptara las condiciones de paz rusas y llegó a vaticinar que «Ucrania no logrará sobrevivir». Otros ejemplos fueron la postura deferencial de Trump ante Putin en la cumbre de Alaska en 2025, y durante su segundo mandato, la persistencia con la que el presidente estadounidense opta por beneficiar a Rusia y perjudicar a Ucrania en el conflicto entre los dos países, al decidir cesar inmediatamente lo esencial de la ayuda a Kiev, al tiempo que insulta a los aliados europeos, lo que, objetivamente, debilita a Estados Unidos.

De hecho, un claro ejemplo de la bizarra política pro-Putin son los ataques públicos de Trump contra los aliados de Estados Unidos y contra la propia OTAN. Según diversas fuentes, en privado su discurso es aún más agresivo. Antes de una cumbre de la OTAN, durante su primer mandato, Trump habría propuesto en secreto al presidente francés que abandonara la Unión Europea, llegando incluso al extremo de ofrecerle incentivos. «Una situación en la que el presidente de Estados Unidos ofrece un incentivo para desmantelar una organización de aliados de su propio país», recogió *The Washington Post*. Como si eso no bastara, apenas un mes después de iniciar su segundo mandato, Trump declaró que «la

Unión Europea se formó para fastidiar a Estados Unidos». Cabe señalar que el colapso de la Unión Europea no supone ningún beneficio estratégico para Estados Unidos —pero sí lo representa, de manera absoluta, para Rusia—. ¿Cómo se explica, entonces, que Trump actúe activamente a favor de los intereses estratégicos de Moscú y en contra de los de su propio país y de Occidente en general?

Más grave aún es que el presidente ha lanzado repetidos ataques contra la organización que Putin más teme: la Alianza Atlántica. «La OTAN es tan mala como el NAFTA», afirmó Trump en una cumbre del G7, comparando la alianza militar occidental con el acuerdo comercial que él tanto desprecia y del cual retiró a Estados Unidos. El presidente estadounidense se ha negado a reafirmar explícitamente la validez del artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte —la cláusula que obliga a todos los miembros a acudir en defensa de un aliado atacado— y ha llegado a declarar: «Estoy animándolos [a los rusos] a que hagan lo que les apetezca con los países de la OTAN que no dediquen al menos un dos por ciento de su presupuesto a defensa». Trump incluso ha manifestado su deseo de que Estados Unidos abandone la OTAN, según ha contado el primer ministro de Suecia. Un antiguo alto funcionario que sirvió en la administración Trump consideró que el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca significaba que «Estados Unidos saldrá de la OTAN», y el exconsejero de Seguridad Nacional, John Bolton, confirmó que «la OTAN tendrá serios problemas», ya que «creo que él [Trump] intentará retirarse. El exjefe de gabinete de Trump, el general John Kelly, añadió que «él [Trump] no veía ninguna razón para pertenecer a la OTAN» y la revista *Rolling Stone* publicó una investigación en la que se afirmaba que, tras su reelección, «Trump planea retirar a Estados Unidos de la OTAN» si la organización mantiene su principio

fundamental de defensa colectiva —según el cual un ataque a un Estado miembro equivale a un ataque a todos—. Fue precisamente para evitarlo que el Congreso aprobó en 2023 una ley que impide a cualquier presidente retirar unilateralmente a Estados Unidos de la Alianza Atlántica. El problema es que nada impide ordenar la inactividad o sabotear la organización.

De hecho, al comienzo de su segundo mandato, la administración Trump dejó entrever que Europa quedaba abandonada a su suerte. El ataque a la Alianza Atlántica alcanzó el cénit cuando en 2026 la Casa Blanca anunció que el presidente admitía «utilizar a los militares estadounidenses» como «una opción» para conquistar Groenlandia, territorio bajo la soberanía danesa. Es decir, Trump puso encima de la mesa la amenaza de desencadenar una guerra contra la Unión Europea. Cuando los periodistas le preguntaron si existía esa amenaza, el presidente estadounidense respondió «sin comentarios», por lo que no desmintió la amenaza militar. Dos semanas después acabó por recular, pero los daños provocados en la OTAN y en la confianza de los aliados europeos probablemente ya son irreversibles. Difícilmente se podría haber prestado mejor servicio a Vladímir Putin.

Un eventual proyecto de desmantelamiento de la organización de defensa atlántica sería, evidentemente, perjudicial para Estados Unidos, ya que Washington obtiene grandes beneficios de su sólida red de alianzas políticas y militares, pero resultaría muy ventajoso para Rusia. ¿Cómo se explica la obsesión de Trump por ayudar a Putin, incluso a costa de perjudicar a su propio país en cuestiones estratégicamente fundamentales? La decisión de Trump de alinearse con la Rusia de Putin en contra de Europa se ha revelado tan grave que el exsecretario general de la OTAN, Willy Claes, no dudó en acusar al presidente estadounidense de «alta traición».

Finalmente, está el «Informe Steele». Christopher Steele, un antiguo oficial de los servicios de inteligencia británicos que había estado destinado en Moscú, se convirtió en director de Orbis Business Intelligence Ltd., una empresa privada de espionaje.

Un cliente republicano estadounidense, que ya sospechaba de la relación entre Donald Trump y Rusia, lo contrató para investigar el asunto, encargo que más tarde retomaron los demócratas.

Steele contactó con sus fuentes en Rusia y, según parece, la información que recibió era «de poner la piel de gallina».

Sus fuentes rusas lo informaron de que las relaciones entre el Kremlin y Trump eran antiguas y de que los servicios de inteligencia rusos llevaban años trabajando con el candidato republicano. Además, le aseguraron que Trump recibía de Rusia información sobre sus rivales políticos y que sus actividades en Moscú podían convertirlo en objeto de chantaje.

A partir de esas fuentes —que incluían a antiguos oficiales de los servicios de inteligencia rusos—, Christopher Steele redactó un total de dieciséis informes con un contenido absolutamente explosivo. Entre otras revelaciones, mencionaban actividades sexuales de Trump que lo hacían vulnerable al *kompromat*, la técnica de chantaje que los servicios secretos rusos utilizan tradicionalmente. Entre esos episodios figuraba el uso de prostitutas que habrían orinado sobre la cama en la que Michelle y Barack Obama habían dormido durante una visita oficial a Moscú.

La investigación de Steele hizo sonar las alarmas. Los servicios de inteligencia occidentales comenzaron a indagar y lograron confirmar parte de la información que el antiguo oficial del MI6 había aportado. El BND alemán y la DGSE francesa habrían contribuido con datos sobre las relaciones de Trump con Rusia, al igual que otros

servicios de inteligencia de los Países Bajos, Polonia, Suecia, Australia y Estonia.

El FBI abrió una investigación que confirmó la interferencia rusa en las elecciones que culminaron con la victoria de Trump. Al mismo tiempo, el abogado personal del presidente, Michael Cohen, declaró que «Trump estuvo en connivencia con los rusos» y afirmó haber sido testigo de «baños de orina en un club sexual de Las Vegas» en los que participó el propio Trump, lo que sugiere que el mandatario estaba familiarizado con ese tipo de prácticas.

Pero las pruebas más delicadas de la existencia de *kompromat* están relacionadas con Jeffrey Epstein. En esta novela hemos visto que la pederastia es un tema muy sensible para el electorado de Trump. Y creían que Hillary Clinton y los demócratas estaban relacionados con una red de pederastia en Washington y que Trump iba a «drenar el pántano». El problema es el caso Epstein. El financiero fue condenado por pederastia y acusado de tráfico sexual de menores, es decir, por gestionar una red de pederastia. Trump, que era amigo de Epstein, dijo que se había alejado de él antes de saber que existía esa red. «No tenía ni idea», afirmó en 2019. Sin embargo, durante su segundo mandato, el presidente se esforzó en impedir la divulgación de los documentos del caso Epstein, aunque ha acabado cediendo ante las presiones de su propio electorado, que empezó a desconfiar de las razones del presidente y de la posibilidad de que estuviera escondiendo algo. Millones de documentos se van haciendo públicos. No merece la pena entrar en los detalles del proceso ni en los hechos revelados que contradicen la versión de Trump, pero sí merece la pena resaltar un detalle.

Los documentos han demostrado que Jeffrey Epstein estaba en contacto con el embajador ruso en Naciones Unidas, Vitali Churkin, ya fallecido. En un correo al entonces secretario general del Consejo

de Europa, en el que le pedía establecer contacto con Vladímir Putin, el pederasta estadounidense que había sido amigo de Trump escribió que «Churkin era fantástico. Él entendía a Trump gracias a nuestras conversaciones». Es decir, por lo visto, Epstein daba informaciones sobre Trump al embajador ruso. Los documentos del proceso muestran que Epstein tenía relación con figuras destacadas de la política, las altas finanzas, los negocios y la ciencia, y poseía fotografías de algunas de estas figuras al lado de mujeres en posturas comprometedoras, como es el caso del príncipe Eduardo de Inglaterra. Los documentos también muestran que varias de estas personalidades daban a Epstein información altamente confidencial. Peor aún: algunos de los correos de Epstein le complican la vida a Trump. En uno de ellos puede leerse que Epstein le pregunta a un periodista: «¿Quieres fotos de Donald con chicas en biquini en mi cocina?»; en otro, afirma: «Sé lo sucio que es Donald»; y en otro se puede leer esta frase del responsable de la red de pederastia: «Esto está salvaje porque yo soy la persona que puede derribarlo». Todo esto empezó a provocar las sospechas de que el verdadero negocio de Epstein, al parecer, no era la red de pederastia, sino la utilización de esa red para comprometer a personalidades con poder y ponerlas a su servicio. Es decir, el verdadero negocio sería el tráfico de información.

De ahí lo sensible que es la aproximación de Epstein al poder ruso. Las sospechas se volvieron tan serias que Polonia anunció públicamente que iba a abrir una investigación sobre la involucración de los servicios secretos rusos en la red de Epstein. «Más y más señales, más y más información, y más y más comentarios en la prensa internacional relacionados con la sospecha de que este escándalo de pederastia sin precedentes ha sido coordinado por los servicios secretos rusos», declaró el primer ministro polaco, Donald

Tusk, que concluyó con una frase asesina: «Esto solo puede significar que también ellos tienen materiales comprometedores de muchos líderes que todavía están ejerciendo sus cargos». ¿Qué tipo de material podrá tener el jefe de una red de pederastia y a qué líderes activos se estaría refiriendo el primer ministro polaco?

Menos de un mes antes de la elección de Trump para su segundo mandato, en 2024, Christopher Steele publicó un libro con detalles perturbadores sobre la relación del presidente estadounidense con su homólogo ruso. «Putin está desesperado por tener a Trump de vuelta en la Casa Blanca —escribió Steele—. Si logra su objetivo de ayudar a la reelección de Trump, estoy convencido de que el orden político mundial cambiará por completo. Entraremos en una nueva era histórica de caos estratégico, un "nuevo desorden mundial". Las consecuencias de que Trump gane las elecciones de 2024 serán catastróficas». Como sabemos, las ganó.

¿Y entonces? ¿De verdad Trump se ha convertido en un agente ruso?

No existe ninguna grabación ni documento en el que afirme explícita o implícitamente ser un agente ruso, ni en el que Putin declare tener al presidente estadounidense bajo sus órdenes. Por lo tanto, y hasta que se demuestre lo contrario, es inocente. Donald Trump demandó a Orbis, la empresa de Steele, afirmando que «ninguna de esas cosas» mencionadas en el informe «ocurrió jamás», y que «puedo confirmar que en ningún momento participé en conductas sexuales perversas, incluyendo la contratación de prostitutas para que orinaran en la *suite* presidencial de un hotel en Moscú». Un informe del Departamento de Justicia de Estados Unidos señaló en 2019 que el FBI «planteó dudas sobre la fiabilidad de algunos de los informes de Steele». Sin embargo, la expresión «algunos de los informes» sugiere que solo parte de la información

no sería fiable; el resto presumiblemente sí. Además, las acciones judiciales iniciadas por Trump fueron desestimadas por un juez federal en Florida en 2022 y por un tribunal británico en 2024. Orbis, por su parte, reiteró que «mantiene el respaldo a sus fuentes y a su trabajo».

A todos los efectos, nada puede considerarse probado. Para intentar determinar si Trump es utilizado como agente —aunque sea de forma involuntaria—, solo cabe analizar los hechos conocidos, relacionarlos con las prácticas habituales de los servicios de inteligencia rusos, en especial el FSB, y formarse una opinión. Pruebas concluyentes, conviene subrayarlo, no existen. Pero que el comportamiento de Trump, tanto como candidato como como presidente en sus dos mandatos, ha mostrado siempre una actitud favorable e incluso sumisa hacia Putin parece evidente.

La cuestión es esta: ¿es verosímil que Vladímir Putin —un antiguo agente de la KGB y exdirector del FSB—, teniendo frente a sí a un candidato a la Casa Blanca con relaciones frecuentes con inversores rusos y que realizaba visitas a Moscú, no haya dado órdenes a sus hombres para «trabajarlo» en la dirección más conveniente para los intereses de Rusia?

El problema no es, en realidad, Donald Trump, porque este o cualquier otro Trump acabará inevitablemente desapareciendo de escena. El verdadero problema son los Trumps que se multiplican por el mundo y dentro de Estados Unidos, porque detrás de un Trump, conviene subrayarlo, siempre vendrá otro. Y eso ocurre por las razones descritas en esta novela, en el contexto de la guerra declarada por Rusia contra Occidente.

Hay que comprender que Moscú es hoy la meca del movimiento neofascista mundial. Conviene, en este punto, hacer un paréntesis para aclarar que utilizo el concepto neofascismo no en el sentido

peyorativo, como suele emplearse en el discurso público, sino en el sentido académico de la ciencia política. Si el fascismo es una ideología que combina las nociones de dictadura, nacionalismo y socialismo —lo que convierte a China en el mayor Estado fascista de la actualidad, como ya expuse en mi novela *La mujer del Dragón Rojo*—, el neofascismo se ha revelado como una ideología que procura imitar el fascismo en todo, salvo en el socialismo. Pues bien: esa descripción encaja con precisión con el Estado ruso actual.

La demostración es relativamente sencilla. El ideólogo detrás del régimen ruso es el nacionalista Aleksandr Dugin, apodado el Rasputín de Putin y autor de lo que él mismo denominó «fascismo con alma rusa». Dugin proclamó que «un fascismo auténtico, real, radicalmente revolucionario y coherente, un fascismo fascista, ha nacido en su totalidad y se está fortaleciendo en Rusia». Dugin fundó en 1993 el Partido Nacional Bolchevique, un movimiento nacionalista ruso que ostentaba una bandera roja con un círculo blanco en el centro, exactamente igual que la bandera nazi, aunque el centro estaba ocupado por la hoz y el martillo en lugar de la esvástica. Busquen en Google el nombre de ese partido y vean la imagen de su bandera para entender el concepto. Los miembros de ese partido eran conocidos como *nazbols* —diminutivo de nazibolcheviques—, denominación que lo dice todo.

Dugin es autor de una amplia obra nazibolchevique en la que defiende que «el liberalismo debe ser derrotado y destruido». Su libro *Fundamentos de geopolítica*, publicado en 1997 y descrito como una especie de *Mein Kampf* ruso, fue impuesto por Putin como texto de referencia en la Academia de las Fuerzas Armadas rusas. En esa obra, Dugin afirma que «Rusia es impensable sin un imperio», y preconiza que «es necesario adoptar las formas más radicales del *nacionalismo ruso*» (en cursiva en el original). Eso, argumenta, solo

será posible si el liberalismo dominante es derrotado y en su lugar se instituye un «modelo multipolar».

Así, Dugin plantea que «el principal punto integrador de este Nuevo Imperio será la lucha contra el atlantismo», representado por la Cartago marítima de los regímenes liberales de Estados Unidos y Europa, «y la feroz oposición a esa civilización de Cartago marítima y de mercado liberal», porque «Cartago debe ser destruida» por la Roma terrestre. Es decir: Occidente debe ser aniquilado por Rusia. Esto implica que «la doctrina militar rusa tendrá que considerar a Estados Unidos y a Occidente como el enemigo potencial número uno», lo que conlleva que «la construcción del Nuevo Imperio planetario tendrá como principal "chivo expiatorio" a Estados Unidos, cuyo poder será sistemática e inexorablemente saboteado (hasta la completa destrucción de esa estructura geopolítica) por todos los participantes del Nuevo Imperio».

Para ello, Dugin propone desencadenar una expansión del poder imperial ruso —ese Nuevo Imperio— contra los regímenes liberales que conforman Occidente. Esa operación pasaría por el «control total y absoluto de toda la costa que va desde los territorios de Ucrania hasta Abjasia», y por «sustraer a Europa del control estadounidense (OTAN)», aunque reorganizándola para que se convierta «en un aliado estratégico confiable de Moscú». Eso implicaría el establecimiento de «nuevas fronteras», con la reformulación de las «áreas inmediatamente adyacentes a Rusia».

La estrategia pasaría por la retirada del Reino Unido de la Unión Europea y, sobre todo, por la eliminación de los «Estados ficticios», como los bálticos y Ucrania, o por su reconfiguración, en particular los países del Este que hacen frontera con Rusia o están próximos a ella, desde Polonia hasta Bulgaria, pasando por Chequia, Eslovaquia, Serbia, Rumanía y Hungría. De este modo se crearía un Imperio

euroasiático «de Dublín a Vladivostok», dominado por los rusos. En otra variante de esta formulación, el ideólogo de Putin habla de un espacio común «de Lisboa a Vladivostok».

Para que todo esto sea posible, es preciso neutralizar primero a Estados Unidos. Con ese fin, Dugin estableció que sería «especialmente importante llevar caos geopolítico a la realidad doméstica estadounidense mediante el fomento de todo tipo de separatismos, de varios conflictos étnicos, sociales y raciales, y del apoyo activo a todos los movimientos disidentes de grupos extremistas, racistas y sectarios que desestabilicen los procesos políticos internos en Estados Unidos». También habría que «apoyar las tendencias aislacionistas en la política estadounidense, las tesis de aquellos círculos (normalmente republicanos de derechas) que creen que Estados Unidos debería limitarse a sus problemas internos», con el objetivo de «debilitar, desmoralizar, engañar y, por fin, derrotar al enemigo».

¿Qué ha hecho Vladímir Putin desde la publicación de esta obra neofascista de Dugin? Llevar todas esas ideas a la práctica. Así, el régimen de Putin ha desencadenado una agresiva política expansionista para instaurar la Gran Rusia, con ataques armados a países donde las minorías rusas están supuestamente bajo amenaza, como las poblaciones rusófonas de Osetia y Abjasia en Georgia, y del Donbás y Crimea en Ucrania, exactamente del mismo modo en que el nazismo de Adolf Hitler desencadenó una agresiva política expansionista para instaurar la Gran Alemania, con ataques armados a países donde las minorías alemanas estaban supuestamente bajo amenaza, como las poblaciones germanófilas de los Sudetes en Bohemia y Moravia, y de Silesia y Danzig en Polonia.

Hitler invadió Polonia en 1939, provocando un conflicto amplio entre una alianza de dictaduras (Alemania, Italia, Japón y la Unión

Soviética) y los regímenes liberales de Occidente; Putin invadió Ucrania en 2014 y amplió esa invasión en 2022, provocando un conflicto amplio entre una alianza de dictaduras (Rusia, China, Irán y Corea del Norte) y los regímenes liberales de Occidente.

Los actos del régimen de Putin parecen seguir al pie de la letra el programa propuesto originalmente por Dugin. Cabe recordar que el ideólogo de Putin había preconizado actuar para retirar al Reino Unido de la Unión Europea. Pues bien: las autoridades británicas documentaron precisamente la interferencia rusa en el proceso refrendario británico que condujo al Brexit.

Recordemos también que Dugin aconsejó explotar las divisiones internas en Estados Unidos para dividir, debilitar y derrotar a ese país. Resulta que las autoridades estadounidenses confirmaron la interferencia rusa en el proceso electoral que condujo a la elección de Donald Trump a la Casa Blanca, acusando a Rusia de haber utilizado *trolls* y *bots* en las redes sociales para fomentar divisiones sociales, religiosas y raciales en el país y así allanar el camino a la victoria de Trump.

Para quien aún no haya comprendido lo que Rusia está haciendo *de facto*, Dugin fue explícito al afirmar que la guerra desencadenada por la invasión rusa de Ucrania «no es contra Ucrania, sino contra Occidente». Muy revelador: el propio Gobierno de Putin lo reconoció públicamente cuando su ministro de Defensa, Andréi Belousov, afirmó en 2024 que la invasión rusa de Ucrania formaba parte de la «confrontación armada entre Rusia y el Occidente colectivo».

No solo revela el régimen de Putin características intrínsecas neofascistas, sino que además se ha convertido en la plataforma desde la cual se da apoyo financiero y propagandístico a movimientos neonazis, nacionalistas, racistas, de supremacía blanca y autocráticos en Occidente, exactamente como recomendaba Dugin

en *Fundamentos de geopolítica*. En efecto, Moscú ha ayudado a múltiples movimientos nacionalistas y xenófobos en Europa, empezando por el Frente Nacional francés —hoy Rassemblement National—, con apoyo financiero y manipulación electoral, y con encuentros entre Putin y Marine Le Pen. El Kremlin también ha apoyado a partidos similares en muchos otros países, incluida la AfD (Alternativa para Alemania), un partido que en 2023 llegó a participar en una reunión con neonazis para debatir la «remigración», es decir, la deportación forzosa y masiva de ciudadanos de origen no alemán residentes en Alemania.

La vinculación del régimen de Putin con el nacionalismo europeo llevó a un periodista de un diario socialista alemán a preguntarle a Putin por qué, alegando que estaba liberando a Ucrania del nazismo, mantenía relaciones con partidos como la AfD. En respuesta, el dictador ruso ejecutó un ejercicio orwelliano de neolenguaje en defensa de la AfD, afirmando que ese partido era víctima de «métodos nazis», no que «los utilizara». Quedó así claro que la deportación masiva de poblaciones por razones étnicas —práctica de los nazis en Alemania y de los comunistas en la Unión Soviética—, al parecer, no forma parte de esos «métodos nazis».

Además de apoyar el nacionalismo europeo, el putinismo se ha implicado profundamente en la política interna de Estados Unidos, contribuyendo activamente a transformar al Partido Republicano en una organización dominada por la *alt-right* —el movimiento neonazi, racista, xenófobo y nacionalista del país—, y desempeñando un papel decisivo en la ascensión de Donald Trump a la presidencia. Personas vinculadas al régimen de Putin donaron millones a políticos republicanos, desde Trump a Marco Rubio, pasando por Mitch McConnell, Lindsey Graham y otros, aunque solo Trump resultó ser abiertamente prorruso. Asimismo, entidades rusas emplearon *bots*

en internet para difundir desinformación en las redes sociales estadounidenses, sobre todo mediante miles y miles de mensajes racistas, xenófobos, antifeministas y *wokistas* destinados a exacerbar las tensiones étnicas, raciales, sociales e identitarias existentes en el país y así fomentar la desestabilización y la división.

Moscú se ha convertido, por tanto, en la capital del neofascismo mundial. El régimen de Putin llegó, por ejemplo, a acoger a algunas de las principales figuras neonazis de Estados Unidos, incluido Richard Spencer, el supremacista blanco que ha descrito a Rusia como «la única potencia blanca del mundo». Nótese que Spencer contrató a Aleksandr Dugin como colaborador de su sitio Alternative Right.

El libro *Supremacismo judío: El poder en la sombra. Mi descubrimiento de la cuestión judía*, de David Duke —antiguo Gran Hechicero del Ku Klux Klan y partidario de Trump—, llegó incluso a ponerse a la venta en la Duma, el Parlamento ruso. No es casualidad que Duke haya descrito a Rusia como «la clave para la supervivencia blanca».

Otro ejemplo: la publicación neonazi estadounidense *The Daily Stormer*, título inspirado en el semanario nazi *Der Stürmer*, comenzó a difundirse desde servidores en Rusia a través del dominio *dailystormer.ru*.

Estos movimientos nacionalistas occidentales han devuelto el apoyo del régimen de Putin. Lo hacen con palabras. «Admiro a Vladímir Putin», declaró abiertamente Marine Le Pen, admitiendo que «compartimos muchos intereses comunes, tanto en el plano cultural como en el estratégico», mientras que Nigel Farage, líder del UKIP, el partido xenófobo del Reino Unido que contribuyó al Brexit, cuando le preguntaron a qué estadista admiraba más, respondió: «Diría que a Putin».

Pero también lo han hecho con actos. Por ejemplo, dos de los hombres que en 2016 perpetraron un atentado con bomba contra refugiados en Gotemburgo, Suecia, habían recibido meses antes formación en un campo de entrenamiento paramilitar del Movimiento Imperial ruso en las afueras de San Petersburgo. El fiscal sueco señaló que pudo haber sido en ese campo donde los dos suecos aprendieron a fabricar explosivos.

En algunos casos, la admiración de los nacionalistas occidentales por el régimen de Putin se expresa en eventos, como ocurrió en una célebre manifestación en 2017 de supremacistas blancos estadounidenses en Charlottesville, Estados Unidos, que culminó con un ataque mortal contra los manifestantes. Los neonazis alzaron antorchas del Ku Klux Klan —una de ellas en manos de Richard Spencer— y corearon consignas nazis, como «sangre y suelo» y «Hail Trump», así como lemas de apoyo a Putin, como «Rusia es nuestra amiga». Uno de los participantes en esa manifestación, el supremacista blanco estadounidense Matthew Heimbach, confirmó que «Putin está apoyando a los nacionalistas en todo el mundo», y describió la Rusia de Putin como «el eje para los nacionalistas».

El régimen de Putin transformó así los nacionalismos existentes en los países occidentales en movimientos traidores a sus propias patrias, una proeza nada desdeñable si consideramos que hablamos de movimientos nacionalistas. Cuando estos movimientos —incluidos aquellos que se asumen abiertamente como neonazis, como en Estados Unidos el Movimiento Nacionalsocialista, la Liga Nacionalsocialista y el Partido Nacionalsocialista de América— presentan como rasgo común un alineamiento permanente con el Kremlin y lo contemplan como el faro que los guía, eso no puede carecer de significado. «Trump y sus allegados han adoptado esencialmente las tácticas comunistas-fascistas de la KGB», ha

señalado el analista estadounidense de contraterrorismo Malcolm Nance, concluyendo que «Moscú se ha convertido *de facto* en la capital del mundo blanco conservador antiatlántico y antiglobalización».

Para llevar a cabo su proyecto neofascista, Rusia ha abrazado el uso perverso de una innovación tecnológica nacida en Occidente: internet, y específicamente las redes sociales. «Internet es lo mejor que se le ha dado a nuestro movimiento», ha reconocido el supremacista blanco Matthew Heimbach, para quien Rusia es «nuestra mayor inspiración».

Si el Protocolo Caos es un artificio de ficción y no existe ningún documento con ese nombre, no hay la menor duda de que, de hecho, se está aplicando un protocolo concebido para esparcir el caos en Occidente mediante desinformación masiva a través de las redes sociales, aprovechándose en particular de ciertas características de sus algoritmos. Esas características —explicadas en esta novela en ese protocolo ficticio— han sido identificadas no solo por varios estudios sobre redes sociales, sino que constan también en documentos internos de las propias tecnológicas, en particular de Facebook.

Lo sabemos porque la denunciante Frances Haugen, que trabajaba en la gran plataforma, copió en secreto miles de documentos internos de investigación, actas de reuniones y directrices de la empresa que muestran que los algoritmos están diseñados específicamente para potenciar y recomendar mensajes falsos o que incitan a la violencia; lo que significa que, para garantizar sus beneficios, la tecnológica está dispuesta a sacrificar el normal funcionamiento de las democracias liberales y la seguridad de las poblaciones. Haugen fue llamada a declarar ante el Congreso de Estados Unidos, al que entregó esos documentos. «Lo que vemos en

Myanmar —dijo— son solo los capítulos iniciales de una novela cuyo final es mucho más aterrador de lo que querríamos leer».

Las redes sociales, manipuladas por Rusia y por sus caballos de Troya en Occidente, desempeñan un papel central en las actuales convulsiones de las democracias liberales. Son ellas las que están detrás del surgimiento de una serie de movimientos nacionalistas —en su mayoría pro-Putin— en Europa y, de hecho, en todo el mundo. Y son también las que están fomentando la violencia interétnica e interreligiosa en múltiples países, desde la India hasta Sri Lanka, desde México hasta Brasil, desde Alemania hasta Turquía.

El caso de Myanmar es el ejemplo más extremo. Una investigación de *The New York Times* reveló que, al igual que los rusos —con quienes, de hecho, recibieron formación para aprender a realizar operaciones de desinformación—, los militares birmanos crearon equipos de *trolls* para manipular las redes sociales. Estos equipos abrieron cientos de cuentas en Facebook y las llenaron de mensajes y publicaciones incendiarias contra los rohinyás. También el monje budista Ashin Wirathu creó en Facebook páginas gestionadas por sus estudiantes con contenidos antirrohinyás. Una investigación de las Naciones Unidas concluyó que «el papel de las redes sociales fue significativo» en el caos que siguió, responsabilizando en particular a Facebook. En relación con los acontecimientos en Myanmar, Amnistía Internacional calificó esta red social como «la atrocidad social».

Por encima de todo, Rusia ha explotado en su favor —y continúa haciéndolo— lo que es, al mismo tiempo, la gran fortaleza y la mayor debilidad de los regímenes democráticos: la libertad. La ha utilizado para infiltrarse profundamente en Occidente y, en particular, en sus centros de poder, hasta el punto de que el régimen de Putin ha colocado a su servicio —y, en consecuencia, a sus propias órdenes— a algunas de las figuras más poderosas de Europa,

incluido el excanciller alemán Gerhard Schröder y el exprimer ministro francés François Fillon. Además, paga a eurodiputados para que promuevan los intereses rusos en Bruselas, tal como descubrieron las autoridades belgas. Los rusos llaman a este proceso *schröderizatsiya*, la «schröderización» de las élites del continente, mientras que Raphaël Glucksmann lo define como «la mayor operación de injerencia de la historia moderna: la penetración y la corrupción de las democracias europeas».

Para entender los regímenes liberales —y su gran debilidad y fortaleza—, es preciso comenzar por comprender qué es realmente el liberalismo, una ideología o filosofía muy demonizada por el socialismo, por el nacionalismo y por las teocracias. La palabra *liberal* proviene del latín *liber*, que significa «libre». «El verdadero objetivo del gobierno —escribió uno de los filósofos fundadores del liberalismo, Baruch Spinoza— es la libertad». Esa palabra está en el centro del liberalismo.

El ser humano tiene «derecho a la libertad natural», estableció quien es considerado el padre del liberalismo, John Locke, quien, influido por Spinoza, insistió en que el ser humano es «dueño absoluto de su persona y de sus bienes, igual a los más grandes y vasallo de nadie». Otro de los fundadores del liberalismo, John Stuart Mill, autor del clásico *Sobre la libertad*, dejó claro que «la humanidad gana más dejando a cada uno vivir como le plazca en lugar de obligar a cada uno a vivir como les parece bien a los demás».

La centralidad de la libertad es una noción universal para todos los liberales, incluidos los contemporáneos. «La libertad es el requisito fundamental de la mente humana», proclamó, por ejemplo, la filósofa liberal Ayn Rand. El liberalismo es, en consecuencia, una ideología asentada en el concepto de libertad que se manifiesta en

la política mediante la democracia, y en la actividad económica por la economía de mercado, cuya forma más sofisticada es el capitalismo. La democracia liberal, definida tempranamente por John Locke en gran parte de sus múltiples vertientes, exige la votación periódica de candidatos a gobernantes del país mediante sufragio universal para parlamentos nacionales, regionales y locales, en elecciones libres y justas reguladas por una comisión independiente del poder político.

Pero el régimen liberal no se agota en las urnas. Implica, para empezar, conceptos como *the rule of law*, es decir, la idea de que no puede haber arbitrariedad y de que, en última instancia, quien manda es la ley y no un líder o un partido, pues todos están sometidos al imperio de la ley. «*Donde termina la ley, comienza la tiranía*» (en cursiva en el original), advirtió Locke, para quien el gobernante «no puede asumir poderes de gobierno con decretos arbitrarios y extemporáneos, sino que está obligado a impartir justicia y a decidir los derechos de los ciudadanos mediante *leyes promulgadas* y *jueces debidamente autorizados*» (en cursiva en el original). Tiene que haber «*obediencia a la ley*» (en cursiva en el original).

Esto significa que el régimen liberal se sustenta en la ley y en su aplicación universal. La ley es válida tanto para el rey como para el ciudadano más humilde; es igual para todos. «La primera condición de un gobierno libre es que no resulta de la determinación arbitraria del gobernante, sino que está fijado por leyes a las cuales el propio gobernante está sujeto», dejó claro el filósofo liberal Leonard Hobhouse, subrayando que «el imperio de la ley es el primer paso hacia la libertad».

Muy importantes son las leyes que garantizan la separación de poderes —idea presente embrionariamente en Baruch Spinoza—,

con un equilibrio de poderes y contrapesos preconizado primero por John Locke. Los «gobiernos bien diseñados —estableció Locke— son aquellos en los que el poder ejecutivo y el legislativo están en manos distintas» y en los que existen «*límites de prerrogativa*» (en cursiva en el original). La separación de poderes incluye la independencia efectiva de varias instituciones, en particular la justicia, los medios de comunicación, los diversos sistemas de regulación y el sistema electoral.

En su dimensión política, el liberalismo requiere también un conjunto de leyes que impongan el respeto por los derechos fundamentales de la persona humana, en especial la libertad de expresión, la libertad de religión, el derecho de reunión, asociación y manifestación, el derecho a la propiedad privada, a la libre iniciativa, al libre comercio, el derecho de huelga, el derecho a la organización sindical libre y los derechos de las minorías, incluida la igualdad de derechos con independencia de la clase social, el género, la orientación sexual, la raza o la religión.

A un Estado que respeta estos principios, John Locke lo llamó «*democracia* perfecta» (en cursiva en el original); Friedrich Hayek, «Estado de libertad»; e Immanuel Kant habló de una «constitución de Estado válida de derecho», concepto liberal hoy más conocido como «Estado de derecho». En un régimen liberal es igualmente imprescindible lo que John Stuart Mill denominó «reglas de conducta»; es decir, una ética del comportamiento. Aunque este tipo de regímenes se asienta esencialmente en las leyes e instituciones que acabamos de describir, no hay democracia liberal sin el respeto de un conjunto adicional de principios que, aunque no tengan fuerza de ley, constituyen normas no escritas. Esas normas conforman la ética liberal y, al ser respetadas, evitan disfunciones en el sistema democrático.

Entre los diversos principios éticos del liberalismo, en este caso es importante mencionar el de la tolerancia mutua. En un régimen liberal es inevitable y natural que los distintos partidos se enzarcen en la arena política, pues la democracia se hace con competencia. Sin embargo, esa lucha tiene límites. Así, los liberales respetan a los adversarios y los consideran simplemente como tales, no como enemigos; aceptan que unas veces se gana y otras se pierde —y eso no es el fin del mundo—; y reconocen el derecho de los adversarios a existir y, muy importante, a ganar. Como proclamó John Locke, a los liberales se les impone un «deber de tolerancia».

Es precisamente la tolerancia de los regímenes liberales lo que Rusia explota para atacarlos e intentar subvertirlos y destruirlos. Los liberales subrayan que el liberalismo es una ideología tolerante, abierta a la autocrítica y capaz de corregir con rapidez los abusos. Es ampliamente conocido, por ejemplo, que Karl Marx teorizó sobre la miseria del proletariado en el capitalismo a partir de lo que ocurría en Inglaterra —una situación muy real en su tiempo—, pero lo que menos se difunde es que el fundador del marxismo lo hizo basándose en estudios realizados por el propio régimen liberal británico para identificar disfunciones sociales y proponer soluciones.

En este punto es importante entender que las ideologías siempre se presentan como virtuosas. Si leemos los enunciados programáticos del liberalismo, del socialismo o del nacionalismo, constatamos que estamos ante verdaderas maravillas que prometen rescatar al ser humano de la pobreza, la injusticia, la represión y la iniquidad. Pero una cosa es lo que dicen y otra lo que hacen cuando llegan al poder. En consecuencia, para saber qué es realmente una ideología, poco vale creer sus bellas palabras. Con la retórica se puede prometer lo que se quiera. Lo que debemos es atender a sus actos.

¿Quién ejecuta los actos de una ideología? Sus respectivos regímenes. Véase la realidad de un régimen liberal y se comprenderá lo que el liberalismo es en realidad. Véase la realidad de un régimen socialista y se comprenderá lo que el socialismo es en realidad. Lo mismo vale para el nacionalismo, las teocracias, el feudalismo, el tribalismo o cualquier otra ideología o sistema que desarrolle el ingenio humano. La verdadera naturaleza de una ideología la revelan sus regímenes, no sus palabras —todas ellas, necesariamente, apologéticas—.

Así pues, para entender qué es realmente el liberalismo, se vuelve imprescindible analizar sus regímenes. No los gobiernos —subráyese —, sino los regímenes. Al hacer ese ejercicio, se constata que los regímenes liberales, regidos por la democracia liberal como sistema político y por el capitalismo como sistema económico, son sistemáticamente los que están vigentes en los países que ocupan la parte alta de la lista de naciones con mayor prosperidad, más innovación, mayor respeto por los derechos humanos, más libertad; donde el ciudadano común tiene más poder y donde existe un menor índice de desigualdad. Esto, conviene remarcarlo, es un hecho demostrable empíricamente.

Pero no hay trucos de magia. Las sociedades liberales también tienen disfunciones —la experiencia empírica lo demuestra sobradamente y los liberales no lo niegan—, pero insisten en que el liberalismo está abierto a la crítica y que, con su sistema de frenos y contrapesos, fomenta la acción correctiva en cuanto esas disfunciones son identificadas; algo que se escamotea permanentemente en la crítica al liberalismo y que rara vez existe en los regímenes socialistas, nacionalistas, conservadores o teocráticos. Conviene notar que cualquier persona, movimiento o partido que comparta y practique los valores, conceptos e instituciones del

liberalismo es, en esencia, liberal, aunque se presente semánticamente como socialista, conservador, nacionalista u otra cosa.

La identificación de los males sociales —señalan los liberales— solo es posible gracias al valor supremo del liberalismo: la libertad. Ningún régimen feudal admite la crítica a los señores; ningún régimen teocrático admite la crítica a la religión y a sus profetas; ningún régimen nacionalista admite la crítica a la nación y a sus jefes y héroes; ningún régimen socialista admite la crítica al socialismo y a sus líderes e ideólogos. Quien lo haga se arriesga a los peores castigos: desde el desempleo hasta la prisión, pasando por el internamiento en campos de concentración y la muerte.

En cambio, los regímenes liberales admiten e incluso fomentan la crítica al liberalismo, a la democracia liberal, al capitalismo y a sus dirigentes; basta visitar cualquier librería en un país de régimen liberal para comprobar que en las estanterías hay muchos más títulos que critican e incluso demonizan el capitalismo y el liberalismo que los que los defienden. En un país de régimen socialista, en cambio, jamás se permite que las librerías tengan libros que critiquen el socialismo y elogien el capitalismo; y lo mismo ocurre en países de régimen nacionalista con libros que critican a la nación, y en países de régimen teocrático con libros que critican a la religión.

Es decir, la libertad es la madre de la tolerancia. ¿Alguna vez un régimen nacionalista aceptó un Gobierno que no fuera nacionalista, o un régimen socialista aceptó uno que no fuera socialista? Los regímenes liberales son los únicos que aceptan Gobiernos que no comparten la ideología del régimen. Más aún: la mayor parte de las veces, quienes gobiernan en los regímenes liberales ni siquiera se declaran explícitamente liberales, sino que se dicen socialistas o conservadores, habiendo también casos que se dicen nacionalistas o

comunistas y que funcionan dentro de regímenes liberales. Los propios fascistas de Benito Mussolini gobernaron durante tres años en el marco de un régimen liberal, y los bolcheviques de Vladímir Lenin también lo intentaron, aunque su derrota en las elecciones a la Asamblea Constituyente los llevó a avanzar de inmediato hacia la dictadura.

Un grado tal de tolerancia hacia ideas contrarias —e incluso su estímulo— no tiene paralelo en ningún otro régimen, sea feudal, teocrático, conservador, socialista o nacionalista. «¿Cómo podría preservarse y protegerse la libertad para abogar por el capitalismo en una sociedad socialista?», se preguntó el economista liberal Milton Friedman. La respuesta es: no podría. Nadie imagina a un régimen socialista —por ejemplo, el soviético, el cubano o el norcoreano— autorizando a personas a promover en público las ideas del capitalismo. Serían reprimidas de inmediato.

En esos regímenes socialistas no hay libertad de expresión ni de pensamiento. En cambio, el propio Friedman, que decía oponerse al comunismo «tan firme y fuertemente como sea posible», no dudó en sostener que en un régimen liberal debe existir «libertad para promover el comunismo».

Más aún: además de la libertad para promover el comunismo, el liberalismo establece incluso la libertad para practicar el comunismo —o cualquier otra idea enemiga del liberalismo—. Ortega y Gasset lo subrayó: «El liberalismo —y no debemos olvidarlo hoy— es la generosidad extrema; es el derecho que la mayoría concede a la minoría y, por eso, el lema más noble que se ha oído en el planeta», escribió el filósofo español en una época en que los regímenes nacionalistas y socialistas avanzaban en Europa, enfatizando que el liberalismo «implica la decisión de convivir con el enemigo; más aún, con el enemigo débil».

Ahora bien, es precisamente la libertad, la apertura y la tolerancia de los regímenes liberales —fuente de su vigor cívico y económico— lo que también constituye su debilidad, pues es eso lo que Rusia explota para destruirlos. «A veces me asombra comprobar lo fácil que es jugar a esto», se jactó el general Iván Agayants, el principal cerebro de la KGB en las campañas de desinformación llevadas a cabo por los comunistas soviéticos contra Occidente, señalando que «si ellos [los regímenes liberales] no tuvieran libertad de prensa, tendríamos que inventársela». Los occidentales reconocen el problema. «La desinformación nos resulta especialmente difícil de combatir porque nuestros adversarios utilizan nuestras fortalezas —nuestra apertura, nuestra prensa libre, nuestro compromiso con la libertad de expresión— contra nosotros», observó Richard Stengel, subrayando que los antiliberales «comprenden que la tendencia de nuestra prensa hacia el equilibrio informativo les permite insertar sus ideas destructivas en nuestro ecosistema de información».

Hoy en día, Rusia actúa directamente a través de las redes sociales, haciendo pleno uso de la libertad de que gozan en Occidente para manipularlas con mensajes falsos o de incitación a la violencia y a la división. Moscú actúa también mediante sus caballos de Troya en Occidente, financiando y ayudando a movimientos nacionalistas y socialistas antiliberales que, moviéndose a sus anchas gracias a la libertad que el liberalismo les concede —pero que ellos jamás permitirían a otros si estuvieran en el poder—, se multiplican en esfuerzos por sabotear, desacreditar y atacar los fundamentos de las democracias liberales. «Los asesinos de la democracia utilizan las propias instituciones de la democracia —gradualmente, sutilmente e incluso legalmente— para matarla», advirtieron Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en un estudio sobre cómo mueren las democracias, constatando que los regímenes liberales que sobrevivieron al

sabotaje de los antiliberales tienen en común que políticos liberales de diversos espectros supieron unirse y, aun actuando contra sus intereses inmediatos, aislaron a los antiliberales en los parlamentos e impidieron su acceso al poder.

El propio discurso *woke*, que se finge liberal pero que, por su intolerancia, dogmatismo, carácter identitario y tono extremista e inflamado, es profundamente antiliberal, se integra en ese ataque radical a la sociedad liberal con el objetivo último —y sutilmente confesado entre líneas— de destruirla. Todo en los discursos extremistas se basa en la identidad, en la tribu, en la guerra del «nosotros contra ellos»: nosotros los de aquí, ellos los de allá; nosotros, los que aquí vivimos, ellos, los inmigrantes; nosotros, los proletarios, ellos, los burgueses; nosotros, los blancos, ellos, los negros; nosotros, los negros, ellos, los racistas; nosotros, los patriotas, ellos, los extranjeros; nosotros, los pobres, ellos, los ricos. En suma, siempre «nosotros los buenos, ellos los malos». Se identifica el grupo del «nosotros», se identifica el grupo del «ellos», se asocia a «ellos» con el enemigo, se suscita el miedo al enemigo y, por último, se incita a la ira y a la acción contra él.

En el discurso y la actitud de los movimientos antiliberales —sean nacionalistas, teocráticos o socialistas—, todo es identidad, todo es confrontación, todo es culpa colectiva. «Es una guerra cultural —observó Douglas Murray—, y se está llevando a cabo implacablemente contra todas las raíces de la tradición occidental». En este alineamiento externo e interno contra los regímenes liberales se alimenta un odio visceral a los valores liberales —incluido su énfasis en la responsabilidad individual y en el rechazo de la culpa colectiva—, presentándose al propio Occidente como la verdadera fuente de todos los males del mundo y a su disolución como la solución.

Esto es lo que está en juego en el gran enfrentamiento de nuestros días entre las democracias y las dictaduras, las sociedades abiertas y sus enemigos, los regímenes liberales y los regímenes, movimientos e ideologías antiliberales que quieren minarlos y derribarlos. Y esta es, si lo miramos bien, la cuestión de fondo de lo que hoy sucede en términos culturales, políticos, ideológicos, económicos y geoestratégicos en nuestro mundo; en última instancia, el verdadero tema de la novela que el lector tiene entre manos.

Una nota más sobre algunos aspectos narrativos de esta obra. Muchos episodios vividos por los personajes están inspirados en situaciones reales. Los atentados de 1999 en Rusia ocurrieron de hecho, tuvieron un impacto similar al del 11 de septiembre en Estados Unidos y desencadenaron la segunda guerra rusa contra Chechenia, otorgando de forma instantánea una enorme popularidad al hasta entonces casi desconocido primer ministro Vladímir Putin. Los detalles de las investigaciones del atentado frustrado en Riazán, incluido el papel del FSB, son verídicos. Tres mociones en el Parlamento ruso para investigar las fundadas sospechas de implicación del FSB en esos atentados fueron bloqueadas por el partido de Putin.

Aun así, en 2002 se formó una comisión independiente, pero sus trabajos se verían truncados por una epidemia de desgracias que, al año siguiente, se abatió sobre sus miembros. El vicepresidente de la comisión, Serguéi Yushenkov, fue abatido a tiros en la calle; otro integrante, Yuri Shchekochikhin, murió días antes de partir a un encuentro con el FBI, aparentemente envenenado; y el colaborador Mijaíl Trepashkin, que estaba realizando descubrimientos

importantes relacionados con el caso, fue detenido por el FSB y condenado a cuatro años de prisión por «revelar secretos de Estado». Otras personas que investigaron el caso fueron asesinadas poco después, como Paul Klebnikov, abatido a tiros en una calle de Moscú en 2004; Anna Politkóvskaya, asesinada a tiros a la salida de un ascensor en Moscú en 2006; y Aleksandr Litvinenko, envenenado con un agente radiactivo en Londres en 2006. El primero en morir, sin embargo, fue el general Aleksandr Lébed, precisamente una de las primeras personas en sugerir que los atentados fueron obra del FSB, quien falleció en un accidente de helicóptero en 2002.

La cuestión es esta: ¿por qué no había interés en Rusia en investigar los vínculos del FSB con los atentados de 1999?

La Internet Research Agency existió realmente, operaba desde San Petersburgo, donde se llevó a cabo parte de la operación rusa para interferir en las elecciones estadounidenses a través de las redes sociales. A partir de los datos personales de millones de usuarios que Facebook vendió, Cambridge Analytica desarrolló efectivamente un software para crear perfiles digitales muy precisos de muchos millones de electores, que utilizó para manipular a los votantes tanto en el Brexit como en las elecciones estadounidenses. Gran parte de lo que sabemos sobre esta empresa procede de la información aportada por el denunciante Christopher Wylie.

En cuanto a la implicación de Rusia, Wylie reveló haber visto en Cambridge Analytica a «ejecutivos de Lukoil», una compañía rusa con un acuerdo formal de cooperación con el FSB, interesados en la operación estadounidense y para quienes se preparó una presentación sobre cómo minar la confianza de los votantes en las instituciones cívicas. El denunciante aseguró, además, que «vimos pruebas de que los rusos estaban trabajando con clientes de

Cambridge Analytica inmediatamente antes y después de que esos clientes se unieran a la campaña de Trump».

También es real la persecución a una médica brasileña implicada en las campañas de vacunación contra el virus del Zika, lo mismo que la escena del acoso en un restaurante por parte de una multitud azuzada por las redes sociales y el episodio del vídeo de una niña bañándose en una piscina del patio que los algoritmos de YouTube asociaron a vídeos similares susceptibles de atraer el interés de pedófilos. Igualmente cierto es que Instagram está provocando un impacto fuertemente negativo en la salud mental de un porcentaje de sus jóvenes usuarios, incluidos graves trastornos alimentarios. Una investigación interna de Facebook, propietaria de Instagram, fue sacada a la luz por la denunciante Frances Haugen y documenta estos problemas.

También es verídica la escena de la irrupción de un hombre armado en una pizzería de Washington, la Comet Ping Pong, en cuyo sótano —que, por cierto, no existe— supuestamente la élite de la política estadounidense, incluida presuntamente Hillary Clinton, se dedicaba a la pedofilia, al asesinato y al canibalismo de niños. El Pizzagate, como se lo conoció, está en el origen de las teorías conspirativas de QAnon, que efectivamente existieron y produjeron los efectos descritos en esta novela, incluida la masacre de Christchurch, una acción armada junto a una presa en Estados Unidos y el asalto al Capitolio, entre otros hechos graves. Las manifestaciones de madres que creían que sus hijos iban a ser vendidos a la supuesta red de pedofilia de las élites ocurrieron realmente, habiéndose producido incluso homicidios de cónyuges por el mismo motivo.

La construcción de personajes como Leroy Roderick y quienes lo rodean se ha basado en diversas investigaciones sobre los votantes

republicanos, en particular los trumpistas. El estudio más importante es de la socióloga liberal Arlie Russell Hochschild, que pasó una temporada en Luisiana para comprender la mentalidad y los valores predominantes en la población blanca del Sur. «Como socióloga, tenía un profundo interés en entender cómo se vive la política en la derecha —es decir, la emoción subyacente a la política —explicó—. Para comprender sus emociones, tenía que ponerme en su piel. Al hacerlo, conocí su "historia profunda", la narrativa del *sentimiento*» (en cursiva en el original). Hochschild mostró de manera ejemplar la importancia de conocer a las personas y sus problemas, miedos y anhelos, y de superar los prejuicios y etiquetas con los que con frecuencia las catalogan sus detractores. Lo importante en la investigación es «no ridiculizar, no deplorar, no detestar, sino comprender», como estableció tan bien Spinoza.

Analizando a este electorado, entendemos claramente que, por lo general, se trata de personas de medios económicos escasos y con bajos niveles de educación. «Yo amo a los poco instruidos», ha declarado Trump, plenamente consciente de que ese es su electorado base. Esto significa que el electorado típico de los nacionalistas es el mismo que el de los socialistas: los descamisados. Por su parte, los movimientos liberales obtienen sobre todo votos de la clase media —antiguamente denominada «burguesía»—. En cambio, el electorado menos educado no siente mayor preocupación por los valores liberales, entre los que se incluye la idea del imperio de la ley. Para el electorado abierto a ideas antiliberales, la ley puede muy bien ser lo que el jefe o el partido decidan, algo que Trump también comprendió, como se constata en su declaración: «Podría ir a la Quinta Avenida, matar a alguien y no perdería votantes». Esta apelación a valores antiliberales ayuda a explicar un fenómeno raramente entendido: la transferencia de votos en Europa entre

partidos socialistas y nacionalistas. Si el nacionalismo y el socialismo son movimientos iliberales o antiliberales que se presentan como defensores del pueblo contra las élites, es natural que compitan por el mismo electorado: el antiliberal.

Por cierto, las ideas con las que Leroy se encuentra en su viaje al Norte —en particular, que la puntualidad y el profesionalismo constituyen racismo— se están difundiendo efectivamente en escuelas de Estados Unidos y han provocado protestas de padres y madres de todas las etnias. Lo mismo ocurre con el concepto de que la meritocracia es racista. Estas ideas provienen de la teoría crítica de la raza, un cuerpo teórico posmoderno según el cual la raza es una construcción social y el racismo no resulta de prejuicios individuales, sino que lo impregna todo, incluidas las políticas, el sistema legal e incluso a las personas blancas que creen no ser racistas y combaten el racismo. Obsérvese que el posmodernismo es un movimiento que tiende a ser crítico de conceptos liberales como los valores universales, la verdad, el mérito, el racionalismo y, por supuesto, el propio liberalismo.

El concepto *woke* de que todos los blancos son racistas es, en sí mismo, una idea racista encubierta bajo una pretensión de antirracismo, ya que parte del supuesto de que el racismo es exclusivo de una raza. Más grave aún, es discriminatorio porque rechaza la responsabilidad individual y se basa en un concepto de culpa colectiva racial, en el fondo el mismo concepto que está detrás de la persecución y el genocidio de los judíos por los nazis. En la teoría crítica de la raza, las personas son culpables no por lo que hicieron, sino por lo que «es» su raza, o por lo que otras personas de su raza hicieron. No importan los actos de cada individuo; lo único que importa es su identidad racial colectiva.

Los propios pensadores negros se muestran escandalizados con el *wokismo*. «A las personas no se las considera individuos que deban ser evaluados por sus propios méritos, sino miembros de tribus opresoras u oprimidas», ha observado Ayaan Hirsi Ali, intelectual somalí en rebeldía contra el racismo *woke*, subrayando que «todos los blancos estadounidenses se han vuelto moralmente sospechosos, mientras que a los no blancos se los presenta como víctimas de su explotación». Hirsi Ali ha señalado que los *wokistas* «han racializado la visión del mundo», y los ha acusado de ser ellos, en realidad, «los verdaderos racistas», a quienes «no les importa nada salvo una característica intrínseca de la persona, a menudo una característica inmutable como la raza».

Por su parte, el lingüista afroamericano John McWhorter ha descrito el racismo *woke* de la teoría crítica de la raza como «una religión que nos trata como simples» y «bajo la cual los blancos que se autoproclaman nuestros salvadores hacen que los negros parezcan los más tontos, los más débiles y los más autoindulgentes de la historia de nuestra especie, y enseñan a los negros a apreciar ese estatus y a valorarlo como si nos hiciera especiales». Además de subrayar que el *wokismo* es «destructivo», «antihumanista» y una «perversión de la sociopolítica», McWhorter ha condenado el impacto oscurantista de la aplicación de esa teoría a la vida real, como cuando se despidió a la rectora de una universidad estadounidense por supuesto racismo solo por decir que todas las vidas humanas importan, independientemente de la raza.

Los acontecimientos en Myanmar relativos a los rohinyás también son verídicos, incluida la masacre de Tula Toli; los supervivientes hablan de entre 1500 y 1700 muertos en la operación del Tatmadaw contra esa aldea. Del mismo modo que los *anons* creían realmente que existía una red de pedofilia en el sótano de una pizzería y que

Hillary Clinton formaba parte de esa red —por lo que había que «salvar a los niños»—, los budistas birmanos creían, de hecho, que los rohinyás se preparaban para lanzar la yihad y acabar con los budistas en Myanmar, de modo que «debían» salvarse atacando primero. Los *anons* estadounidenses y los budistas birmanos vivían en realidades paralelas: construcciones ficticias creadas por actores maliciosos en las redes sociales, que buscaron —y siguen buscando — obtener ventaja a partir del caos que desencadenaron en sus respectivas sociedades recurriendo a un cóctel de verdades, medias verdades y mentiras.

Entre los instrumentos de estos actores antiliberales para generar el caos se incluirá de ahora en adelante el más poderoso de todos: el *deepfake*. Gracias al desarrollo de la inteligencia artificial, hoy es relativamente fácil producir imágenes en las que vemos a personas haciendo y diciendo cosas que nunca hicieron ni dijeron en la vida real. El *deepfake* amenaza así con poner fin a nuestra capacidad de distinguir entre lo humano y la máquina, lo real y lo virtual, la verdad y la mentira, lo que tendría como consecuencia última el fin de la verdad.

Es cierto que, en un primer momento, la sustitución de la verdad por la mentira hace que los electores tomen decisiones basadas en información falsa, lo que produce resultados catastróficos. Mala información conduce a malas decisiones. Es lo que está ocurriendo en los regímenes liberales debido a la manipulación de las redes sociales por actores antiliberales. Pero, a la larga, las personas se darán cuenta de que la información es falsa y empezarán a poner en duda todo lo que oyen y leen. El resultado final, como se ha constatado a lo largo de la historia en los regímenes dictatoriales en general y en los totalitarios en particular, es la creación de la convicción generalizada de que no existe la verdad. «Si todo el

mundo te miente, la consecuencia no es que creas la mentira, sino que las personas dejan de creer en cualquier cosa», estableció Hannah Arendt acerca de los regímenes totalitarios, lo que llevó a Timothy Snyder a advertir de que «el autoritarismo comienza cuando ya no conseguimos establecer la diferencia entre lo que es verdadero y lo que es atractivo».

No es difícil imaginar, por tanto, el efecto devastador para las democracias liberales del uso de estas tecnologías por parte de dictaduras antiliberales como la rusa y la china —además de la iraní, la norcoreana y tantas otras—, y por parte de los movimientos antiliberales existentes en el propio Occidente. La amenaza es tan grande que en Estados Unidos ya se realizan juegos de guerra con la premisa del uso, por parte del enemigo, de *deepfakes* destinados a sabotear la confianza de las poblaciones occidentales en sus democracias, como los ejercicios efectuados en 2024, en la Situation Room de la Casa Blanca, para lidiar con *deepfakes* fabricados por una potencia dictatorial extranjera con imágenes falsas de candidatos al Senado destruyendo urnas con votos de sus adversarios.

La última palabra se la dejo a Aleksandr Solzhenitsyn y a la advertencia que el gran escritor ruso lanzó a la humanidad sobre la permeabilidad de los regímenes liberales a las ideas antiliberales; palabras que hoy siguen siendo tan válidas como cuando fueron redactadas, a escondidas y con miedo, en uno de los momentos y lugares más sombríos del siglo XX. «La naturaleza humana está llena de enigmas y contradicciones —escribió el autor de *Archipiélago Gulag*—. Uno de los enigmas es: ¿cómo es posible que personas aplastadas por el peso absoluto de la esclavitud y arrojadas al fondo de un pozo tengan, aun así, fuerza para levantarse y liberarse, primero con el espíritu y luego con el cuerpo; mientras que aquellos

que vuelan sin restricciones sobre las cumbres de la libertad de repente pierden el gusto por ella, pierden la voluntad de defenderla y, confusos y perdidos más allá de la esperanza, casi empiezan a desear la esclavitud? O, dicho de otro modo: ¿por qué las sociedades embrutecidas durante medio siglo por mentiras que se vieron obligadas a tragar encuentran dentro de sí cierta lucidez de corazón y de espíritu que les permite ver las cosas en su verdadera perspectiva y comprender el significado real de los acontecimientos; mientras que sociedades con acceso a todo tipo de información de repente se sumergen en la apatía, en una especie de ceguera en masa, un tipo de autoengaño voluntario?».

Esta es una descripción exacta de nuestro mundo.

Como siempre en mi obra de ficción, la información real que consta en esta novela tiene origen y se basa en la documentación. En el caso de este libro, las fuentes que he utilizado son múltiples y variadas, empezando por una serie de estudios académicos o institucionales.

Sobre las sospechas de que Donald Trump pudiera ser un agente involuntario, o incluso voluntario, de Rusia, mis fuentes han sido un conjunto de artículos, en concreto, «Timeline of Carter Page's Contacts with Russia», Artin Afkhami, Just Security, 5 de febrero de 2018; «A Collusion Reading Diary: What Did the Senate Intelligence Committee Find? Our Summary of the Senate Intelligence Committee's Final Report on Russian Interference in the 2016 Election», Todd Carney, Samantha Fry, Quinta Jurecic, Jacob Schutz, Tia Sewell, Margaret Taylor y Benjamin Wittes, *Lawfare*, 21 de agosto de 2020; y «Manafort Sentenced to Additional 43 Months in Prison», American Bar Association, 2024.

Para el mismo asunto, usé una serie de noticias como «Death of the GRU Commander», Peter Zwack, *Defence One*, 1 de enero de 2016; «Former CIA Chief: Putin Recruited Trump As An 'Unwitting Agent' of Russia», Nick Gass, *Politico*, 8 de mayo de 2016; «Senior ex-CIA Official: Putin Made Trump 'An Unwitting Agent' of Russia», Emily Stephenson, Mark Hosenball, Susan Heavy y Frances Kerry, Reuters, 5 de agosto de 2016; «Trump Is An 'Unwitting Agent' of Russia, Says Mike Morell», Charlie Rose, PBS, <https://www.youtube. com/watch?v=49kSzTmau6M>, 8 de agosto de 2016; «Former CIA Chief: Trump Is Russia's Useful Fool», Michael Hayden, *The Washington Post*, 3 de noviembre de 2016; «Rex Tillerson, an Aggressive Dealmaker Whose Ties with Russia May Prompt Scrutiny», Clifford Krauss, *The New York Times*, 11 de diciembre de 2016; «Donald Trump Inauguration: Vladimir Putin Supporters Hold All-Night Party and Joke 'Washington Will Be Ours': Amid Reports of Russian 'Trumpomania', the Party Is also Expected to Involve the Showing of Portraits of Trump, Vladimir Putin, and Marine Le Pen», Adam Lusher, *The Independent*, 20 de enero de 2017; «A Timeline of Michael Flynn's Interactions with Russia That Cost Him His Job», Pierre Thomas y Jonathan Karl, ABC News, 31 de marzo de 2017; «Trump Declines to Affirm NATO's Article 5», Rosie Gray, *The Atlantic*, 25 de mayo de 2017; «Russian Embassador Told Moscow That Kushner Wanted Secret Communications Channel with Kremlin», Ellen Nakashima, Adam Entous y Greg Miller, *The Washington Post*, 26 de mayo de 2017; «Four Explosive Lines in Trump Jr Emails», BBC, 11 de julio de 2017; «Trump Jr Meeting Controversy: The Key Players», BBC, 12 de julio de 2017; «Senate Slaps New julio on Russia, Putting Trump in a Corner», Patricia Zengerle, Reuters, 28 de julio de 2017; «Trump Associate Boasted That Moscow Business Deal 'Will Get Donald Elected'», Matt Apuzzo

y Maggie Haberman, *The New York Times*, 28 de agosto de 2017; «Paradise Papers: Commerce Chief Wilbur Ross's Links with Sanctioned Russian», BBC, 5 de noviembre de 2017; «Trump Commerce Secretary's Business Links with Putin Family Laid Out in Leaked Files», Jon Swaine y Luke Harding, *The Guardian*, 5 de noviembre de 2017; «The Hidden History of Trump's First Trip to Moscow», Luke Harding, *Politico*, 19 de noviembre de 2017; «A #TrumpRussia Confession in Plain Sight: Putin Ally Konstantin Rykov Explained the #Trump Russia Conspiracy on Facebook Over A Year Ago», Martin Longman, *Washington Monthly*, 24 de noviembre de 2017; «Ex-CIA Boss Says Russians Could Have Personal Dirt on Trump», Veronica Stracqualursi, CNN, 21 de marzo de 2018; «Comey On Why 'It's Possible' Trump Was Compromised by Russians: He's 'Constantly Bringing It Up'», Clare Foran, CNN, 19 de abril de 2018; «How Putin's Oligarchs Funneled Millions into GOP Campaigns», Ruth May, *The Dallas Morning News*, 8 de mayo de 2018; «Lies, China and Putin: Solving the Mystery of Wilbur Ross' Missing Fortune», Dan Alexander, *Forbes*, 18 de junio de 2018; «European Leaders Reeling from Trump's Hostile Behavior», Josh Rogin, *The Washington Post*, 26 de junio de 2018; «Trump Is Trying to Destabilize the European Union», Josh Rogin, *The Washington Post*, 28 de junio de 2018; «Trump Said 'NATO Is as Bad as NAFTA'. That's Scary», Alex Ward, *Vox*, 28 de junio de 2018; «Quit the EU for Better Trade Deal, Trump Reportedly Told Macron», Kim Willsher, *The Guardian*, 29 de junio de 2018; «Trump Invited the Russians to Hack Clinton. Were They Listening?», Michael Schmidt, *The New York Times*, 13 de julio de 2018; «Trump-Russia: Carter Page Surveillance Documents Released», BBC, 22 de julio de 2018; «How Russian Money Helped Save Trump's Business», Michael Hirsch, *Foreign Policy*, 21 de diciembre de 2018; «Trump Has Concealed

Details of His Face-to-face Encounters with Putin from Senior Officials in Administration», Greg Miller, *The Washington Post*, 13 de enero de 2019; «Here Are 18 Reasons Trump Could Be a Russian Asset», Max Boot, *The Washington Post*, 13 de enero de 2019; «New York Times: Trump Raised Withdrawing the US from NATO Several Times in 2018», Veronica Stracqualursi y Jim Acosta, CNN, 16 de enero de 2019; «House Rebukes Trump for Easing Russia Sanctions», Andrew Desiderio, *Politico*, 17 de enero de 2019; «'Conman' Trump Broke Law in Office, Cohen Tells Congress in Explosive Testimony», France24, 27 de febrero de 2019; «The Surreal Life of George Papadopoulos», T. A. Frank, *The Washington Post*, 20 de mayo de 2019; «FBI Search Warrants Detail Michael Cohen Russia Ties», Natasha Bertrand, *Politico*, 22 de mayo de 2019; «'I Will Answer Every Question': Onetime Trump Business Partner Felix Sater Is Set to Tell a House Panel New Details about Moscow Project», Anton Troianovski, *The Washington Post*, 20 de junio de 2019; «Michael Cohen Book Claims Trump Colluded with Russia and Will 'Never Leave Office Peacefully'», Doha Madani y Tom Winter, NBC News, 14 de agosto de 2020; «Michael Flynn: Once Indicted over Russia Communication. Voices Support for Russia Ahead of Potencial Ukraine Invasion», Derek Saul, *Forbes*, 24 de enero de 2022; «Trump Praised Putin over Ukraine So Much He See med to Imply We Should Invade Mexico», Noah Berlatsky, *The Independent*, 23 de febrero de 2022; «Donald Trump Just Can't Stop Praising Vladimir Putin», Chris Cilliza, CNN, 28 de marzo de 2022; «Trump Plots to Pull Out of NATO: If He Doesn't Get His Way», Asawin Suebsaeng y Adam Rawnsley, *Rolling Stone*, 23 de octubre de 2023; «Protect NATO from Donald Trump? The US Congress Just Passed That into Law», Alexander Panetta, CBC, 15 de diciembre de 2023; «Christopher Steele: Orbis Welcomes High Court Victory over

Trump», Gordon Corera, BBC, 1 de febrero de 2024; «Trump Says He Would Encourage Russia To 'Do Whatever the *Hell* They Want' to Any NATO Country That Doesn't Pay Enough», Kate Sullivan, CNN, 11 de febrero de 2024; «Trump Will Pull US Out of NATO If He Wins Election, Ex-Adviser Warns», Jim Sciutto, CNN, 12 de febrero de 2024; «POV: The Truth behind Trump's NATO Threats», Vesko Garčević, *Boston University Today*, 26 de febrero de 2024; «Who Is Paul Manafort, Donald Trump's Former Campaign Chairman?», Margie Cullen, *USA Today*, 10 de mayo de 2024; «Trump Secretly Gave Putin Covid Test Machines, Bob Woodward Book Says», Martin Pengelly, *The Guardian*, 8 de octubre de 2024; «Kremlin Confirms Trump Sent Russia Covid-19 Testes, after Former President Denied Bob Woodward Claim», Rob Picheta y Anna Chernova, CNN, 11 de octubre de 2024; «Trump Sidesteps Question on Putin Phone Calls», John Micklethwait, BBC, 16 de octubre de 2024; «Epstein Offered Reporter Photos of 'Donald Trump and Girls in Bikinis in My Kitchen': Email», James Hill, Jared Kofsky, Sasha Pezenik y Olivia Rubin, ABC News, 13 de noviembre de 2025; «So This Is Why Trump Didn´t Want to Release the Epstein Files», Sarah Fitzpatrick, *The Atlantic*, 24 de diciembre de 2025; «US Discussing Options to Acquire Greenland Including Using Military, White House Says», Jude Sheerin y Gabriela Pomeroy, BBC, 7 de enero de 2026; «Trump Doubles Down on Greenland Ahead of Davos Visit, Saying There Is 'No Going Back'», Tabby Wilson, BBC, 21 de enero de 2026; «Poland to Probe Possible Links Between Epstein and Russia, PM Tusk Says», Alan Charlish, Pawel Florkiewicz, Marek Strzelecki y Anna Wlodarczak-Semczuk, Reuters, 3 de febrero de 2026; «Epstein Tried to Cozy Up to Russian Officials, Including Putin, Documents Show», Isabelle Khurshudyan, Zahra Ullah y Austin Culpepper, CNN, 8 de febrero de

2026; y «What the Trump Team Claimed *vs.* What the Epstein Files Show», Aaron Blake, CNN, 11 de febrero de 2026.

Bibliografía que he usado para este tema: *The Plot to Destroy Democracy: How Putin and His Spies Are Undermining America and Dismantling the West*, de Malcolm Nance; *Collusion: How Russia Helped Trump Win the White House*, de Luke Harding; *Unredacted: Russia, Trump, and the Fight for Democracy*, Christopher Steele; *La Grande confrontation: Comment Poutine fait la guerre à nos démocraties*, de Raphaël Glucksmann; *The Russian FSB: A Concise History of the Federal Security Service*, de Kevin Riehle; y *L'Entretien d'embauche au KGB*, de Iegor Gran.

Sobre las manipulaciones y sus consecuencias en el referéndum del Brexit, en la elección de Donald Trump y en Occidente en general, incluido el papel y la influencia de Rusia, he recurrido a los artículos «Says Hillary Clinton 'Is the One That Labeled African-American Youth as Superpredators'», Allison Graves, The Poynter Institute, 28 de agosto de 2016; «Desinformation: A Primer in Russian Active Measures and Influence Campaigns», Select Committee on Intelligence, Senado de los Estados Unidos, Washington, D. C., 30 de marzo de 2017; «Russian Election Interference: Five European Experiences with Russian Election Interference», Erik Brattberg y Tim Maurer, Carnegie Endowment for International Peace, 2018; «Christchurch Mosque Attack Livestream Classification Decision», Te Mana Whakaatu Classification Office, 18 de marzo de 2019; «The Christchurch Attacks: Livestream Terror in the Viral Video Age», Graham Macklin, Combating Terrorism Center, West Point, julio de 2019; «Confronting Russia's Role in Transnational White Supremacist Extremism», Elizabeth Grimm Arsenault y Joseph Stabile, Just Security, 6 de febrero de 2020; «How Fake News Affected the 2016 Presidential Election», Christina

Georgacopoulos e Grayce Mores, LSU.edu, julio de 2020; «Russia», Intelligence and Security Committee of Parliament, Westminster, 2020; «Build the Wall and Wreck the System: Immigration Policy in Trump Administration», Ediberto Román y Ernesto Sagás, Florida International University College of Law, 2020; «Foreign Threats to the 2020 US Federal Elections», National Intelligence Council, Washington, D. C., 15 de marzo de 2021; y «Russian Meddling in Catalonia: A Playbook in Destabilization», Nick Wallis, Organized Crime and Corruption Reporting Project, 10 de noviembre de 2023.

Sobre esos mismos asuntos he consultado también numerosas noticias, en concreto, «NBC Fired Donald Trump for Calling Mexican Immigrants 'Rapists'», Emily St. James, *Vox*, 29 de junio de 2015; «Trump: I Could 'Shoot Somebody and I Wouldn't Lose Voters'», Jeremy Diamond, CNN, 24 de enero de 2016; «Trump Loves 'The Poorly Educated'... and Social Media Clamors», Melissa Fares, Reuters, 24 de febrero de 2016; «Split Supreme Court Blocks Obama Immigration Plan», Lawrence Hurley, Reuters, 25 de junio de 2016; «Transcript: Donald Trump's Taped Comments about Women», Penn Bullock, *The New York Times*, 8 de octubre de 2016; «Emails Reveal Clinton's Mixed Relationship with Wall Street», Jim Zarroli, NPR, 8 de octubre de 2016; «Lukoil Signs Cooperation Agreement with Federal Security Service of Russian Federation», Press Center PJSC Lukoil, 23 de mayo de 2017, chart.rsf.ru; «WikiLeaks Turned Down Leaks on Russian Government during US Presidential Campaign: The Leak Organization Ignored Damaging Information on the Kremlin to Focus on Hillary Clinton and Election. Related Hacks», Jenna McLaughlin, *Foreign Policy*, 17 de agosto de 2017; «Russia Used Hundreds of Fake Accounts to Tweet about Brexit, Data Shows», Robert Booth, Matthew Weaver, Alex Hern, Stacee Smith y Shaun Walker, *The Guardian*, 14 de noviembre de 2017; «Twitter Deleted 200 000

Russian Troll Tweets. Read Them Here», Ben Popken, NBC News, 14 de febrero de 2018; «'Information Warfare': How Russians Interfered in the 2016 Election», Dartunorro Clark, NBC News, 16 de febrero de 2018; «Donald Trump Says US Is Building a Wall in Colorado», Kevin Liptak, CNN, 24 de octubre de 2019; «Trump Tries To Claim Victory Even As Ballots Are Being Counted in Several States: NBC Has not Made a Call», Christina Wilkie, CNBC, 4 de noviembre de 2020; «Michael Flynn Calls for Trump to Suspend the Constitution and Declare Martial Law to Re-run Election», Justin Vallejo, *The Independent*, 3 de diciembre de 2020; «Timeline: What Trump Told Supporters For Months before They Attacked», Steve Inskeep, NPR, 8 de febrero de 2021; «Read Trump's Jan 6 Speech, A Key Part of Impeachment Trial», Brian Naylor, NPR, 10 de febrero de 2021; «Rush Limbaugh: How He Used Shock to Reshape America», Anthony Zurcher, BBC, 17 de febrero de 2021; «'The Scariest Thing I've Ever Seen in My Life': How the 'Ground Zero Mosque' Meltdown Set the Table for Trump», Spencer Ackerman, *Vanity Fair*, 9 de agosto de 2021; «Senator James Inhofe: Biden's Climate Fiats Aren't about Climate: They're about Control», James Inhofe, Fox News, 1 de octubre de 2021; «Rudy Giuliani's Melting Hair Dye 'Freak Show' Made Even Donald Trump Flinch», William Arkin, *Newsweek*, 19 de noviembre de 2021; «We Should Say It. Russia Is Fascist», Timothy Snyder, *The New York Times*, 19 de mayo de 2022; «How the Ukrainians Discovered 'Center 16', the Russian Espionage System», *The Geopost*, 9 de agosto de 2022; «Russia Secretly Gave $300 Million to Political Parties and Officials Worldwide, US Says», Edward Wong, *The New York Times*, 13 de septiembre de 2022; «Organização Internacional Diz Que 'Conflito Catalão Foi Instrumentalizado pela Rússia'», Rita Cipriano, *Observador*, 27 de julio de 2023; «Christchurch Victims Were Left Alone in Mosque for

10 Minutes Amid Chaos of Attack, Inquest Hears», Charlotte Graham-McLay, *The Guardian*, 1 de noviembre de 2023; «The Field of Geopolitics Offers Both Promise and Peril», Hal Brands, *Foreign Policy*, 28 de diciembre de 2023; «'Migrant Influencer' Urging Illegals to Squat in US Homes on Run from Authorities: Report», Michael Ruiz, Fox News, 27 de marzo de 2024; «Russian Propaganda Network Paid MEPs, Belgian PM Says», Pieter Haeck, *Politico*, 28 de marzo de 2024; «FBI Watching If US Support for Ukraine Will Spur Russian Risk Taking in 2024 Election», Sean Lyngaas, CNN, 9 de mayo de 2024; «Exclusive: US Intelligence Spotted Chinese, Iranian Deepfakes in 2020 Aimed at Influencing US Voters», Zachary Cohen, Sean Lyngaas y Evan Perez, CNN, 15 de mayo de 2024; «Donald Trump Found Guilty in New York Hush Money Trial», Erica Orden, *Politico*, 30 de mayo de 2024; «Trump Says Ukraine 'May Be Russian Someday', Eyes its Mineral Resources Ahead of Zelensky-Vance Meeting», Frank Andrews e Anhelina Shamlii, CBS News, 11 de febrero de 2025; «Belgian Former NATO Chief Accuses the US of 'High Treason'», Carl Deconinck, *Brussels Signal*, 18 de febrero de 2025; «Trump Blames Ukraine Over War With Russia, Saying It Could Have Made a Deal», David Smith, *The Guardian*, 19 de febrero de 2025; «Trump Calls Zelensky a 'Dictator' as Rift Between Two Leaders Deepens», Gabriela Pomeroy y George Wright, BBC, 20 de febrero de 2025; «America's Siding With Tyrannical Dictatorships Is a Step Too Far», *The Independent*, 25 de febrero de 2025; «Trump Says EU Was 'Formed to Screw US' and Tells Europe to Shoulder Ukraine Security», Alex Croft, *The Independent*, 26 de febrero de 2025; «Trump Says Ukraine 'More Difficult' to Deal with than Russia», Ian Aikman y Tom Bateman, BBC, 7 de marzo de 2025; y «Trump Is Saying 'Ukraine May Not Survive' Is a Dire Warning: and Threat», Mark Almond, *The Independent*, 10 de marzo de 2025.

Sobre la bibliografía sobre Rusia, Donald Trump, Estados Unidos y el ataque en curso a Occidente, las fuentes son: «Sin cielo», de Nathan Dubovitsky, y también otras obras sobre el pensamiento estratégico e ideológico del régimen ruso, como *Foundations of Geopolitics*, *The Fourth Political Theory* y «Fascism: Borderless and Red», de Alexander Dugin. Además, *Defecting from the FSB: The Truth Untold on the FSB Organization of Putin's Russia*, de Alexander Litvinenko; *The Plot to Hack America: How Putin's Cyberspies and WikiLeaks Tried to Steal the 2016 Election* y *The Plot to Betray America: How Team Trump Embraced Our Enemies, Compromised Our Security, and How We Can Fix It*, de Malcolm Nance; *Information Wars: How We Lost the Global Battle against Desinformation and What We Can Do about It*, de Richard Stengel; *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, de Arlie Russell Hochschild; *Russia and the Far-Right: Insights from Ten European Countries*, de Kacper Rekawek, Thomas Renard y Barbara Molas; *The War on the West: How to Prevail in the Age of Unreason*, de Douglas Murray; *The Road to Unfreedom: Russia, Europe, America*, de Timothy Snyder; y *How Democracies Die*, de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt.

Sobre los atentados de 1999 en Rusia y las sospechas de la participación del FSB, mis fuentes han sido: «The Question Russians Are Afraid to Ask», Gregory Feifer, Center for Security Studies, 2009; «Vladimir Putin & 1999 Russian Apartment-House Bombings: Was Putin Responsible?», David Satter, Hudson Institute, 17 de agosto de 2016; «Who's Blowing Up Russia?», Vladimir Voronov, The Henry Jackson Society; y «Remembering Ryazan», Yulia Akhmedova, *Novaya Gazeta Europe*, 25 de marzo de 2024.

En lo que se refiere a la conspiración de QAnon, las fuentes usadas han sido el estudio «The Gospel According to Q:

Understanding the QAnon Conspiracy from the Perspective of Canonical Information», Antonis Papasavva, Max Aliapoulios, Cameron Ballard, Emiliano de Cristofaro, Gianluca Stringhini, Savvas Zannettou y Jeremy Blackburn, Association for the Advancement of Artificial Intelligence, 2022.

También las noticias «President Trump Warns of 'the Calm before the Storm' during MilitaryMeeting», Jennifer Calfas, *Time*, 5 de octubre de 2017; «Henderson Man Named in Barricade Incident on Hoover Dam Bridge», Catherine Jarvis, KNTV, Las Vegas, 15 de junio de 2018; «QAnon, the Crazy Pro-Trump Conspiracy, Melts Down over OIG Report», Will Sommer, *Daily Beast*, 19 de junio de 2018; «Trump on QAnon Conspiracy Theory: 'Is That Supposed To Be a Good Thing?'», Shannon Pettypiece, NBC News, 20 de agosto de 2020; «How QAnon Uses Satanic Rhetoric to Set Up a Narrative of 'Good vs. Evil'», Paul Thomas, AP News, 20 de octubre de 2020; y «The Congressional Candidates Who Have Engaged with the QAnon Conspiracy Theory», Em Steck, Nathan McDermott y Christopher Hickey, CNN, 30 de octubre de 2020.

Sobre las fuentes bibliográficas para este tema, los libros consultados fueron *The Storm Is Upon Us: How QAnon Became a Movement, Cult, and Conspiracy Theory of Everything*, de Mike Rothschild; *Trust the Plan: The Rise of QAnon and the Conspiracy That Reshaped the World*, de Will Sommer; y *Operation Chaos: The Trump Coup Attempt and the Campaign to Erode Democracy*, de Kevin James Shay.

Sobre las redes sociales, usé como fuente los estudios «Conspiracy Theories and the Zika Epidemic», Shawn Smallman, Portland State University, 2018; y «Five Facts about How Americans Use Facebook, Two Decades after Its Launch», Pew Research Center, febrero de 2024. Además de las noticias «Twitter Taught Microsoft's

AI Chatbot To Be a Racist Asshole in Less Than a Day», James Vincent, *The Verge*, 24 de marzo de 2016; «Pew Research Center Says 45 % of Americans Get Their News from Facebook: The Number of People Getting News from Social Media Continues to Increase», Amy Gesenhues, *Martech*, 8 de noviembre de 2017; «YouTube Search Results for A List of Celebrities Hijacked by Conspiracy Theorists», Ben Collins, NBC News, 30 de julio de 2018; «Pope Francis' Pectoral Cross Is Not a Satanic Symbol, It Depicts Jesus», Reuters, 20 de abril de 2022; «Robert F. Kennedy Jr Repeatedly Suggested That Chemicals in Water Are Impacting Sexuality of Children», Abby Turner y Andrew Kaczynski, CNN, 13 de julio de 2023; «Message in the Sky over Italy's Beaches Spreads Conspiracy Theory on Francis Being the 'Anti-Pope'», Giulia Carbonaro, Euronews, 30 de agosto de 2023; y «Exclusive: Biden Officials Confront Limits of Federal Response in Exercise Preparing for 2024 Election Threats», Sean Lyngaas, CNN, 9 de febrero de 2024.

Como fuentes bibliográficas sobre las redes sociales con profundas implicaciones en el ataque a Occidente, he recurrido a *Mindfuck: They Steal Your Data, They Steal Your Brain, They Rule the World*, de Christopher Wylie; *Targeted: My Inside Story of Cambridge Analytica and How Trump, Brexit and Facebook Broke Democracy*, de Brittany Kaiser; *The Power of One: Blowing the Whistle on Facebook*, de Frances Haugen; *An Ugly Truth: Inside Facebook's Battle for Domination*, de Sheera Frenkel y Cecilia Kang; *Las redes del caos. La historia secreta de cómo las redes sociales empobrecen la mente y erosionan el futuro*, de Max Fisher; *Los ingenieros del caos*, de Giuliano da Empoli; *Lie Machines: How to Save Democracy from Troll Armies, Deceitful Robots, Junk News Operations, and Political Operatives*, de Philip Howard; *Deep Fakes and the*

Infocalypse: What You Urgently Need to Know, de Nina Schick; *The Reality Game: How the Next Wave of Technology Will Break the Truth and What We Can Do about It*, de Samuel Woolley; y *O Fim da Vergonha: Como a Direita Radical Se Normalizou*, de Vicente Valentim.

Las fuentes sobre la «Alameda del Cáncer» en Luisiana son «Pollution and Habitat Loss Make Mississippi River among Nation's Most Endangered», Donnelle Eller, *The Des Moines Register*, 19 de abril de 2022; «'Waiting to Die': Toxic Emissions and Disease Near the Louisiana Denka/DuPont Plant», University Network for Human Rights, US Environmental Protection Agency, julio de 2019; «Welcome to 'Cancer Alley', Where Toxic Air Is about to Get Worse», Tristan Baurick, Lylla Younes y Joan Meiners, ProPublica, 30 de octubre de 2019; «Louisiana Chemical Corridor Is the Country's Largest Hot Spot for Toxic Air, Cancer Risk», Halle Parker y Gordon Russell, *Times-Picayune*/Nola. com, 5 de noviembre de 2021; «US Justice Department Sues Two Companies over Pollution in Louisiana's 'Cancer Alley'», Oliver Laughland, *The Guardian*, 1 de marzo de 2023; «'We're Dying Here': The Fight for Life in a Louisiana Fossil Fuel Sacrifice Zone», Human Rights Watch, 25 de enero de 2024; y «Louisiana's Toxic Industries», CorpWatch-Holding Corporations Accountable, www.corpwatch.org. También la ya citada obra de Arlie Russell Hochschild menciona este problema.

Las referencias al *wokismo* se basan en las fuentes bibliográficas y textos: «The False Appeal of Socialism», Ayaan Hirsi Ali, Hoover Institution, 21 de septiembre de 2020; «What Is Critical Race Theory, and Why Is It Under Attack?», Stephen Sawchuk, *EducationWeek*, 18 de mayo de 2021; y «Onda '*Woke*' Ganha Força, e Reproduz a Intolerância Que Diz Combater», Amanda Péchy, *Veja*,

16 de febrero de 2024. Además del libro *Woke Racism: How a New Religion Has Betrayed Black America*, de John McWhorter.

Sobre la persecución a los rohinyás en Myanmar, consulté los artículos «Massacre at Tula Toli: Rohingya Recall Horror of Myanmar Army Attack», Oliver Holmes, *The Guardian*, 7 de septiembre de 2017; «The Destruction of Tula Toli», Oliver Slow, *Frontier Myanmar*, 30 de noviembre de 2017; y «Accounts of Rape, Burning Children and Murder: How a Rohingya Massacre Unfolded at Tula Toli», Rebecca Wright, CNN, 3 de diciembre de 2017. Además de los informes «Massacre by the River: Burmese Army Crimes against Humanity in Tula Toli», Human Rights Watch, 19 de diciembre de 2017; y «The Social Atrocity: Meta and the Right to Remedy for the Rohingya», Amnistía Internacional, 2022. Además del estudio «Buddhist Nationalist Sermons in Myanmar: Anti-Muslim Moral Panic, Conspiracy Theories, and Socio-Cultural Legacies», Niklas Foxeus, *Journal of Contemporary Asia*, número 3, volumen 53, 2023.

También las obras *I Feel no Peace: Rohingya Fleeing over Seas and Rivers*, de Kaamil Ahmed; *The Rohingyas: Inside Myanmar's Genocide*, de Azeem Ibrahim; *Myanmar's Enemy Within: Buddhist Violence and the Making of a Muslim Other*, de Francis Wade; y *The Rohingya Warrior: A Youth's Journey of Survival and Hope*, de Nur Sadek.

Finalmente, sobre los fundamentos del liberalismo y de los regímenes liberales, así como sobre las amenazas a las que se enfrentan, estas han sido mis lecturas: *Tratado teológico-político* y *Tratado político*, de Baruch Spinoza; *Dos tratados sobre el gobierno civil*, de John Locke; *Sobre la paz perpetua*, de Immanuel Kant; *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill; *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset; *La constitución de la libertad*, de Friedrich Hayek; *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper; *Los*

orígenes del totalitarismo, de Hannah Arendt; *Arquipiélago Gulag. 1918-56*, de Aleksandr Solzhenitsyn; *Capitalismo. El ideal desconocido*, de Ayn Rand; *Capitalismo y libertad*, de Milton Friedman; *Liberalism*, de Leonard Hobhouse; y *Capitalismo: Uma Breve Introdução*, de Claude Jessua.

Para concluir, un agradecimiento a las diversas editoriales que en todo el mundo trabajan en la difusión de mi obra; a mis lectores, cuyo entusiasmo nunca deja de conmoverme, y sin los cuales estos libros no existirían; a mi familia, tan penalizada por las muchas horas que cada año dedico a investigar y escribir; y claro, gracias siempre a mi Florbela.

El protocolo del caos
José Rodrigues dos Santos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta novela es una obra de ficción inspirada en hechos reales.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Rafael Brum

© José Rodrigues dos Santos, 2024

© Planeta de Livros Portugal, 2024

© Traducción de Virginia López, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-670-8232-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII

XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV

LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
LXXII
LXXIII
LXXIV
LXXV
LXXVI
LXXVII
LXXVIII
LXXIX
LXXX
LXXXI
LXXXII
LXXXIII
LXXXIV
LXXXV
LXXXVI
LXXXVII
LXXXVIII
LXXXIX
XC
XCI
XCII
XCIII
Epílogo
Nota final
Créditos